

*Walt Whitman*



HOUAS DE  
HIERBA

En 1855, Whitman publicó la primera de las innumerables ediciones de *Hojas de hierba*, un libro de poemas cuya principal novedad era un tipo de versificación no usado hasta entonces, y que se alejaba radicalmente del que el poeta había utilizado en los poemas sentimentales que escribió en la década anterior. Puesto que en esta obra alababa el cuerpo humano y glorificaba los gozos de los sentidos, se vio obligado a sufragar él mismo los gastos de su publicación, y a colaborar en las tareas de imprenta. Su nombre no aparecía en la portada de esta edición, pero sí un retrato suyo en camiseta, con los brazos en jarras y el sombrero ladeado, en actitud desafiante. En un largo prefacio, el autor saludaba el advenimiento de una nueva literatura democrática —acorde con el pueblo—, sencilla e irreductible, escrita por un nuevo tipo de poeta afectuoso, potente y heroico, que conduciría a los lectores a través de la poesía con la fuerza de su magnética personalidad.

Pero *Hojas de hierba* es también el retrato de una persona, Walt Whitman, que vierte sus pasiones singulares y sus anhelos más íntimos en sus páginas: «Esto no es un libro: / quien lo toca, toca a un hombre», escribe en un poema tardío. El amor por la naturaleza, la fuerza de su erotismo, la turbulencia de la vida en Nueva York y el abrumador ímpetu musical de su voz encuentran un eco dilatado en los poemas del libro. Para Harold Bloom, Whitman constituye el centro del canon norteamericano, porque toda «voz que en nuestra literatura contemporánea se alza en soledad, herida o estoica, tiende a asumir tonalidades whitmanianas».

*Walt Whitman*

## **HOJAS DE HIERBA**

**Selección de prosas**

# **CONTENIDO**

INTRODUCCIÓN, Eduardo Moga

PRÓLOGO, Jorge Luis Borges

## **HOJAS DE HIERBA**

### **I. DEDICATORIAS**

Canto de mí mismo

### **II. HIJOS DE ADÁN**

### **III. CÁLAMO**

### **IV. AVES DE PASO**

### **V. LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO**

### **VI. AL BORDE DEL CAMINO**

### **VII. REDOBLES DE TAMBOR**

### **VIII. RECUERDOS DEL PRESIDENTE LINCOLN**

La última vez que florecieron las lilas en el jardín

¡Oh, Capitán, mi Capitán!

### **IX. RIACHUELOS DE OTOÑO**

### **X. SUSURROS DE LA MUERTE CELESTIAL**

### **XI. DEL MEDIODÍA A LA NOCHE ESTRELLADA**

### **XII. CANTOS DE DESPEDIDA**

## **LA PROSA DE WALT WHITMAN**

## **ACERCA DEL AUTOR**

## **NOTAS**

# INTRODUCCIÓN

## 1. VIDA Y OBRA DE WALT WHITMAN

Entre quienes se acercan a la figura y la obra de Walt Whitman, no faltan los que suscriben la opinión formulada por Jorge Luis Borges en el prólogo a su traducción de *Hojas de hierba*:

Quienes pasan del deslumbramiento y del vértigo de *Hojas de hierba* a la laboriosa lectura de las piadosas biografías del escritor, se sienten siempre defraudados. En las grisáceas y mediocres páginas que he mencionado, buscan al vagabundo semidivino que les revelaron los versos y les asombra no encontrarlo<sup>[1]</sup>.

Lo mismo opina Sam Abrams, para quien la vida de Whitman está muy por debajo tanto de su obra como de las expectativas de los lectores; y especifica:

No hay nada heroico en la vida real de Walter Whitman, el hombre que se encontraba detrás del Walt Whitman poeta, protagonista de [...] *Hojas de hierba*. En realidad, Whitman era un hombre inseguro, apocado, desequilibrado y débil. [...] Walt Whitman es una creación del Walter Whitman hombre<sup>[2]</sup>.

En el extremo contrario se sitúa Concha Zardoya, entusiasta traductora del poeta, para quien «su vida es la más simplemente grande, la más amplia, la más llena, la más extraordinaria que acaso nunca haya existido. [...] Y esta vida [...] se ha vertido íntegramente en una obra extraña...»<sup>[3]</sup>. Pero la suya es, ciertamente, una opinión excepcional.

En cualquier caso, tanto si se subraya la anodinia como la excepcionalidad de la vida de Walt Whitman, todos parecen convenir en que *Hojas de hierba* encarna una formidable conciencia individual, un yo de dimensiones e intensidad máximas, un ser pleno y vivísimo, alejado tanto de la fabulación como del juego de máscaras, y volcado íntegramente en sus páginas. Así lo confirma Whitman en sus célebres versos de *Cantos de despedida*: «Camerado, esto no es un libro: / quien lo toca, toca a un hombre», y así lo confirma también en «Mirada retrospectiva a los caminos recorridos»:

Ciertamente, *Hojas de hierba* (no me cansaré de repetirlo) ha sido, en esencia, el aflorar de mi naturaleza emocional y de otros aspectos de mi personalidad: un intento, de principio a fin, de dejar constancia de una *Persona*, un ser humano (yo, en la segunda mitad del siglo XIX, en América), y de hacerlo con libertad, completa y fidedignamente. [...] Nadie entenderá mis versos, si insiste en verlos como una obra literaria, o un intento de obra literaria, o como algo cuyo objetivo principal sea el arte o la estética<sup>[4]</sup>.

Para valorar la escasez o, por el contrario, la riqueza de experiencias en la vida del poeta, y, en cualquier caso, para situarlo en el contexto histórico y cultural que determina, en buena parte, sus decisiones creativas, es conveniente un resumen biográfico<sup>[5]</sup>, que debe iniciarse el 31 de mayo de 1819, cuando Walter Whitman nace en West Hills, un caserío rural de Huntington, en el centro de Long Island, Nueva York, en el seno de una familia trabajadora, segundo hijo de Walter Whitman, carpintero y granjero, hombre de escasa formación, pero de pensamiento liberal, amigo y admirador de Thomas Paine, y ardiente americanista —llamó George Washington, Thomas Jefferson y Andrew Jackson, respectivamente, a tres de sus ocho hijos—, y de Louisa van Velsor, descendiente de inmigrantes holandeses. Whitman no vio la luz en una familia afortunada: el padre tuvo problemas con la bebida, al igual que su hermano Andrew, que murió a los 36 años; otro hermano, Jesse, mentalmente desequilibrado, atacó o amenazó con hacerlo a varios miembros de la familia, y hubo de ser ingresado en un hospital psiquiátrico, donde fallecería a los pocos años; otro más, Edward, sufría un retraso intelectual y requirió atenciones hasta su muerte; y su hermana Hannah, probablemente psicótica, fue maltratada por su marido.

En 1823, la familia Whitman se trasladó a Brooklyn, con la esperanza de beneficiarse de la bonanza inmobiliaria de la ciudad de Nueva York, que estaba en constante crecimiento, aunque las inversiones del padre de Walt, poco sagaz para los negocios, resultaron casi siempre un fracaso. De su vida en Brooklyn, no obstante, proviene el amor de Whitman por los transbordadores y por la experiencia del viaje, a la que él se asomaba diariamente en aquellos años de infancia. También allí, según recordó siempre, el marqués de Lafayette, héroe francés de la independencia americana, lo cogió en brazos, de entre la multitud, cuando visitó Nueva York el 4 de julio de 1825. En Brooklyn estudió seis años en la escuela pública, sin grandes alardes —su maestro, entre cuyas virtudes no se contaba la perspicacia, no le auguraba un futuro brillante, porque era gandul y pobre—, y ésa fue, más o menos, toda la educación reglada que recibió. Desde

muy temprano, no obstante, la complementó con una formación autodidacta que pasaba por visitar museos, teatros y bibliotecas, participar en sociedades de debate y asistir a conferencias. En ese tiempo se establece también la íntima vinculación de Whitman con el paisaje de Long Island y, en particular, con sus costas, que recorría siempre que iba a visitar a sus abuelos, residentes asimismo en la isla.

En 1830, con apenas once años, Whitman deja la escuela y empieza a trabajar como chico de los recados para Clarke, padre e hijos, un despacho de abogados de Brooklyn. La paga era magra, pero cierta compensación en especie resultó trascendental: la suscripción gratuita de Walt a una biblioteca circulante, que le ayudó sobremanera a ampliar su formación; allí leyó *Las mil y una noches*, a Defoe, a Fenimore Cooper y a casi todo Walter Scott. En 1831, Walt deja a los abogados y pasa a ser, brevemente, recadero de un médico. Luego se inicia como aprendiz en el *Long Island Patriot*, un periódico liberal. Allí se familiariza con el oficio de impresor, que tanta importancia tendría en sus primeros años y por el que siempre sentiría un respeto teñido de fascinación, y se interesa por el periodismo, que despertaría, con el tiempo, sus ambiciones literarias. En 1833, su familia, apremiada por una epidemia de cólera que se había desatado en la ciudad, y cansada de reveses económicos, vuelve a West Hills y deja solo a su hijo, de 14 años, trabajando de cajista en el *Long Island Star*, el semanario más importante de Nueva York. En noviembre de ese mismo año, 1833, aparece el primer artículo firmado por Whitman, «The Olden Time» [«El tiempo de antaño»], en el *New York Mirror*. Por desgracia, en 1836, dos incendios arrasan los distritos industriales de una ciudad construida sobre todo con madera, y también las imprentas en las que trabajaba Walt. Sin medios ni ocupación, vuelve a Long Island con su familia. Allí conseguirá un nuevo empleo, como maestro, aunque los seis años en que lo desempeñó se cuentan, según han revelado sus cartas a Abraham Paul Leech, entre los más tristes de su vida: las toscas costumbres y el execrable gusto de los aldeanos, además de un salario miserable y una fatigosa itineranda —trabajó en más de diez escuelas de la zona—, le deprimían indeciblemente. El rechazo de las aulas como lugar de aprendizaje, y la opción por un pensamiento libre, inspirado en la naturaleza y la propia interrogación de la conciencia, plasmados con frecuencia en sus poemas, son un reflejo de este desagradable periodo de su vida, que le hizo experimentar toda la degradación, ignorancia y vulgaridad de la raza humana. En medio de ese lustro infausto como maestro itinerante, en 1838, Whitman fundó su propio periódico, el semanario *The Long-Islander*, que, pese a sus esfuerzos, tuvo que cerrar al cabo de diez meses. Pasó luego algún tiempo trabajando otra vez como cajista en el *Long Island Democrat*, aunque fue

despedido por preferir los paseos por el campo al trabajo en la imprenta —«ya nos hemos librado de ese haragán», dijo la esposa de Benton, el editor, a lo que éste replicó: «sí, era un haragán, pero qué magnífico haragán»<sup>[6]</sup>, y, finalmente, hubo de retomar la actividad docente hasta 1841, año en que la abandonaría definitivamente. Regresa a Nueva York y vuelve a trabajar como cajista, en *The New World*, pero tiene ya en mente una nueva actividad: ser poeta y escritor de ficción. Entre 1841 y 1848, publica veinticuatro relatos en una veintena de periódicos y revistas, entre ellos *Democratic Review*, una de las revistas literarias más prestigiosas del país. Whitman fue aún más lejos y publicó en 1842 su primera —y, a la postre, única— novela, *Franklin Evans, el borracho*<sup>[7]</sup>, una diatriba contra una de las plagas de la época, el alcoholismo, del que habían sido víctimas tanto su padre como algunos de sus hermanos, y del que él no había estado lejos en sus desgraciados años de maestro rural. De escaso valor literario —el propio Whitman la consideraba «una auténtica porquería»—, la novela vendió, paradójicamente, 20 000 ejemplares, más de los que nunca se venderían de *Hojas de hierba* en toda su vida. Whitman se jactaba de haberla escrito por encargo, en tres días —tiene más de 200 páginas—, y acompañado por un buen oporto<sup>[8]</sup>. En cualquier caso, su preocupación por la intemperancia perduraría siempre, y se manifestaría también en varios poemas de *Hojas de hierba*, donde alude, con miseratativamente, cuando no despectivamente, a los borrachos.

Whitman trabaja en estos años para múltiples medios: el *New York Aurora* —de donde también fue despedido, al parecer, por su vagancia—, el *Evening Tattler*, el *New York Statesman*, el *The Daily Plebian*, el *The New York Democrat*, el *New Mirror*, el *The Subterranean* y el *Sunday Times*, y colabora con muchos otros. En 1845, sin embargo, regresa a Brooklyn, donde trabaja para el *Brooklyn Evening Star* y no deja de asistir a la ópera en Nueva York, que le fascina<sup>[9]</sup>. En 1846, se convierte en editor jefe del *Brooklyn Daily Eagle*, cargo que desempeñará hasta 1848. Cuando Whitman se manifiesta contrario a la esclavitud en sus páginas, el dueño del periódico, un demócrata conservador, lo despide. Inmediatamente después lo contratan para lanzar un nuevo periódico, el *Daily Crescent*, en Nueva Orleans, a donde viaja en febrero de 1848, acompañado por su hermano Jeff, y donde permanecerá hasta mayo de ese año. Este viaje le permitió ampliar su noción del país y de sí mismo, abriéndole no sólo al cosmopolitismo de una ciudad en la que se mezclaban los legados inglés, francés y español (pero en la que también asistió al horror de las subastas de esclavos), sino asimismo a los vastos paisajes del Misisipí y, a su regreso, de los Grandes Lagos y la bahía del Hudson, algo que tendrá un reflejo muy señalado en su poesía. El proyecto del *Daily Crescent* no cuaja —aunque



Whitman ha tenido tiempo de publicar en sus páginas un poema, «Sailing the Mississippi at Midnight» [«Navegando por el Misisipí a medianoche»], y un relato—, y, a su regreso a Brooklyn, funda y edita el *Brooklyn Freeman* —un semanario que abogaba por la «Tierra Libre», esto es, por que la esclavitud no se extendiera a los nuevos territorios de los Estados Unidos—, aunque la suerte vuelve a darle la espalda: la noche del día en que aparece el primer número, se incendia la redacción. En 1849, el frenólogo y reformador social Lorenzo N. Fowler practica un análisis frenológico de Whitman: el examen de sus protuberancias craneales le lleva a la conclusión de que el poeta cuenta con un carácter favorable y aptitudes suficientes para las tareas que desee emprender.

En los años inmediatamente anteriores a la aparición de la primera edición de *Hojas de hierba*, entre 1849 y 1855, la difícil situación económica de Whitman le obliga a abrir un colmado, que pronto se convirtió en librería e imprenta, y a trabajar en el negocio de la construcción, aunque con un éxito equiparable al cosechado por su padre. También continúa colaborando con periódicos, como el *Evening Post*. Con parte de ese dinero que tanto le costaba conseguir, Whitman se pagó la primera edición de *Hojas de hierba*, que apareció a finales de junio de 1855, y de la que se tiraron 795 ejemplares. No sólo eso: él mismo diseñó el libro y compuso los tipos —lo que no dice mucho de su pericia como cajista, porque en la edición menudean las erratas—. El volumen, de 95 páginas, contenía doce poemas sin título y un prefacio —que no se incorporaría a ninguna edición posterior, sino que se transformaría en poemas de la segunda: «A orillas del Ontario azul» y «Canto de la prudencia»—, y no indicaba el nombre del autor en la cubierta, sino sólo, en letra muy pequeña, en la página de créditos. La representación del autor se había confiado a un grabado, en el que Walter Whitman —así figuraba en el *copyright*— aparecía despreocupado, con una media sonrisa y cierto desaliño proletario. Días después de la publicación del libro, el 11 de julio, murió su padre. Whitman trabajó intensamente en la difusión de *Hojas de hierba*: envió ejemplares a autores destacados y a los periódicos, y hasta publicó varias reseñas en ellos, escritas por él mismo. El único intelectual respetado que respondió favorablemente a su envío fue Ralph Waldo Emerson, que le escribió una carta, fechada el 21 de julio, en el que alababa su trabajo y saludaba el inicio de una brillante carrera. El libro, no obstante, se vendió muy poco. Acaso por esta falta de éxito comercial, Whitman quiso volver a intentarlo enseguida con una segunda edición, que se publicó en 1856. Tenía una tirada de mil ejemplares y un formato muy distinto: aparecía ahora como libro de bolsillo, aunque había crecido hasta las 384 páginas, con 32 poemas, que ya tenían título —«Canto de mí mismo» constaba aquí como «Poema de Walt Whitman, un americano»: el

poeta había abandonado definitivamente aquel «Walter» de registro civil con el que había figurado en la edición príncipe—, y un apéndice que incluía la carta de Emerson —que Whitman ya había publicado, el 10 de octubre de 1855, en el *New York Tribune*; para ninguna de ambas publicaciones le pidió permiso a su autor— y la respuesta de Whitman a esa carta, un largo ensayo sobre su poesía. Pese a sus continuados esfuerzos, el resultado comercial siguió siendo magro; de hecho, se vendieron menos ejemplares todavía que de la primera edición.

Whitman se sobrepuso al escaso éxito de su poemario y llevó, durante algunos años, una vida bohemia, aunque no dejó de trabajar para los periódicos, como el *Daily Times* de Brooklyn. Se hizo habitual del restaurante Pfaff, donde se reunían los intelectuales y artistas más heterodoxos de la ciudad. Se relacionó con otros escritores: con Emerson, que lo fue a visitar a finales de 1855, aunque a Whitman no lo dejaron entrar en el hotel Astor, donde se alojaba el prócer, por su aspecto, impropio de un caballero; con Henry David Thoreau y Bronson Alcott, que también acudieron a verlo; con Ada Clare, George Arnold y Edmund Clarence Stedman; y con muchas feministas, como Sara Willis, Paulina Wright Davis o Sarah Tyndale. En 1860, unos editores de Boston, William Thayer y Charles Eldridge, le proponen una tercera edición de *Hojas de hierba* que ya no habrá de sufragar el propio poeta; más aún: le pagarán derechos por ella. Whitman se apresura a aceptar la oferta y viaja en marzo a Boston para supervisar los trabajos de edición. En la capital de Massachusetts se encuentra con Emerson, que le sugiere expurgar del libro que está a punto de aparecer, por escabrosos, los poemas de *Hijos de Adán*, a lo que Whitman se niega. En esta tercera edición se produce el mayor salto cuantitativo de toda la producción whitmaniana. Los años precedentes habían sido muy prolíficos, y el volumen aparece con 178 poemas y 456 páginas, aunque la mayor novedad es la reordenación interna de los poemas, que, salvo algunos, exentos —como «Saliendo de Paumanok», su composición programática—, se agrupan por temas y bajo títulos distintos: *Chants Democratic and Native American*, sobre la democracia americana; *Leaves of Grass*, como el conjunto de la obra, sobre asuntos religiosos o metafísicos; *Enfans d'Adam*, sobre el amor heterosexual; *Calamus*, sobre el amor homosexual; y *Messenger Leaves*, una recapitulación del libro en la que Whitman se calificaba a sí mismo de «Mesías» o «Redentor». Pero la tercera edición no sólo supuso un avance en el volumen de su producción, sino también su consolidación como poeta y, hasta cierto punto, su salto a la fama: el libro se vendió bien (se agotaron dos reimpresiones: entre dos y cinco mil ejemplares) y concitó numerosas reseñas, mayoritariamente favorables, muchas de ellas escritas por mujeres, por aquellas mujeres cuyos oídos los primeros críticos de

libro, varones, estaban seguros de que los versos de Whitman no podían sino ofender.

Pero justo entonces, el 12 de abril de 1861, cuando la fortuna empezaba a sonreír a Whitman, estalló la Guerra Civil, lo que le supuso, entre otras calamidades, un prolongado perjuicio editorial: Thayer y Eldridge se arruinaron y vendieron las planchas de su edición de *Hojas de hierba* a otro editor de Boston, Richard Worthington, que se dedicó a piratear el libro durante décadas, en competencia desleal con las ediciones legales posteriores, a las que restó difusión y ventas. Dos hermanos de Whitman, George y Andrew, se alistaron de inmediato en el ejército de la Unión; no así Walt, que ya había cumplido los cuarenta años, y que se quedó en Brooklyn y Nueva York. Allí sigue publicando en los periódicos, pero pronto empieza a visitar los hospitales de la ciudad en los que se ingresa a los heridos de guerra. Ya lo había hecho, en los años anteriores, con sus queridos cocheros y operarios del transbordador, pero ahora se ve obligado a hacerlo con mucha más frecuencia. Su labor con los enfermos es acompañarlos, consolarlos, escribir cartas por ellos, llevarles regalos y chucherías. En diciembre de 1862 se desplaza hasta el campo de batalla de Fredericksburg, preocupado por la suerte de su hermano George. Fue un viaje difícil, porque en una estación de tren le robaron la cartera, y hubo de seguir solo, sin dinero y con el país en guerra. Averigua que su hermano sólo está herido superficialmente, pero Whitman conoce en ese viaje todo el horror de la guerra: cadáveres innumerables, montones de miembros amputados, campos teñidos de sangre. Whitman se establece en Washington, D. C., se emplea a tiempo parcial en la pagaduría del ejército y sirve como enfermero voluntario en los hospitales de la ciudad. A eso se dedicará hasta junio de 1864, cuando, con la salud quebrantada, vuelve a Brooklyn. En esos años de voluntariado, Whitman estrecharía su amistad con el abolicionista William Douglas O'Connor, en cuya casa vivió alojado, y con el joven escritor John Burroughs, y mantendría dos relaciones de especial intensidad, ambas con soldados confederados: la primera, con Fewis Brown, un combatiente de Misisipí al que hubo que amputarle una pierna; y la segunda, ya en tiempos de paz, con un artillero llamado Peter Doyle.

En enero de 1865 regresa a Washington, D.C. Las gestiones de su amigo O'Connor le han procurado un puesto de trabajo en la Agencia de Asuntos Indios del Departamento del Interior. Las buenas noticias se suceden: su hermano George, que había sido hecho prisionero, es liberado en febrero, y la Guerra Civil acaba el 9 de abril. Sin embargo, cinco días después Abraham Lincoln es asesinado: el magnicidio tuvo un gran impacto en la nación y en Walt Whitman, que consideraba al presidente la personificación de la democracia

americana, de la Unión tan arduamente conseguida y del futuro en libertad del país. En homenaje a su figura y a su memoria, escribe «La última vez que florecieron las lilas en el jardín». En mayo publica *Redobles de tambor*, un opúsculo de 72 páginas integrado por los 53 poemas que había escrito en los años de la guerra. Pero a la alegría de la publicación siguió un revés laboral: el nuevo secretario del Interior, James Harlan, que era también pastor metodista, descubrió un ejemplar de *Hojas de hierba* en la mesa de Whitman, que aprovechaba los muchos ratos libres que le dejaba su trabajo para corregir los poemas, y se sintió escandalizado por su obscenidad. Harlan estaba resuelto a deshacerse de todo aquel que descuidara «su conducta, hábitos y relaciones según las normas de comportamiento y decoro dictadas por la civilización cristiana<sup>[10]</sup>», y Whitman fue una de sus primeras víctimas: en junio fue despedido. Recurre entonces, otra vez, a William Douglas O'Connor, que le consigue un nuevo trabajo, esta vez en la oficina del fiscal general, en la que prestará sus servicios hasta 1874. A finales de 1865 publicó un segundo opúsculo, con *Redobles de tambor* y *Continuación de redobles de tambor*, en el que se incluían los 18 poemas que no habían llegado a ver la luz en el primero: «La última vez que florecieron las lilas en el jardín» y el celeberrimo, y extraño en su producción —por el uso del metro y la rima—, «¡Oh, Capitán, mi Capitán!». En enero de 1866 se publica el famoso panfleto *The Good Gray Poet. A Vindication* [«El buen poeta gris. Una reivindicación»], de O'Connor, en el que su amigo hace una encendida defensa de su figura y de su poesía, frente a los ataques que había recibido siempre de los puritanos, el último de los cuales había sido Harlan.

En 1867 se publicó la cuarta edición de *Hojas de hierba*, que pasa por ser la más caótica y la menos agraciada de todas. Sólo incorpora seis poemas nuevos, está impreso en un papel de poca calidad, el nombre del autor vuelve a omitirse, y ni siquiera incluye un retrato de Whitman, como la también anónima primera edición. A sus 338 páginas se añaden los dos opúsculos con los poemas de la guerra publicados en 1865, con paginación separada, hasta un total de 444. Los poemas se agrupan confusa, si no anárquicamente, y muchas alusiones homoeróticas se han eliminado, entre otros cambios cuya necesidad no acaba de entenderse. Por si fuera poco, Whitman tuvo de nuevo que pagar la edición. Todo este desorden, aunque no querido por el poeta, puede interpretarse como un reflejo del desorden en el que se encontraba el país tras la guerra, y una expresión de la necesidad de reconstruirlo. En 1868 apareció, en Londres, la antología *Poemas*, preparada por William Michael Rossetti, la primera edición inglesa de su obra, gracias a la cual Whitman se ganó el amor de la escritora

inglesa Anne Burrows Gilchrist, y los elogios de Tennyson y, por lo menos al principio, de Swinburne.

Esa necesidad de reconstrucción acaso llevara a Whitman a una pronta reedición de *Hojas de hierba*, la quinta, en 1871, reimpressa en 1872 con dos poemas nuevos. Antes, a lo largo de 1871, había publicado otros dos opúsculos: *Viaje a la India*, que incluía 23 poemas nuevos y 52 de la edición de 1867; y *Después de todo, no sólo crear*, cuyo título era el del poema más importante del conjunto, que luego se convertiría en «Canto de la Exposición». Esta quinta edición presenta 36 poemas nuevos, con un total de 269, y un prefacio. *Redobles de tambor* ya se ha integrado en el cuerpo de la obra, pero Whitman vuelve a añadir a la edición, con paginación separada, los dos opúsculos que la han precedido. También en 1871 publica *Perspectivas democráticas*, un conjunto de ensayos sobre la democracia americana.

Pese al creciente reconocimiento de su obra, no son años favorables para Whitman: en 1870 atraviesa una depresión, en 1872 sufre una insolación, y en 1873 es víctima de una apoplejía y queda semiparalizado. Las cosas en la familia no van mejor: en febrero de 1873, fallece la mujer de su hermano Jeff, y, en mayo, su madre cae gravemente enferma: Whitman vuelve a Camden para poco más que verla morir. Poco después, se establece definitivamente en Camden, con su hermano George y su mujer. En 1874, es despedido de su trabajo.

La sexta edición de *Hojas de hierba* aparece en 1876, en dos volúmenes. El primero es, en realidad, una reedición de la de 1871, y se publica para conmemorar el centenario de la declaración de independencia de los Estados Unidos; de ahí que se la suela identificar como la «edición del Centenario». El segundo tomo, *Dos riachuelos*, es misceláneo, e incluye, en prosa, el prefacio de 1872 y otro que añade a esta edición, el ensayo *Perspectivas democráticas* y sus recuerdos de la guerra, *Apuntes durante la guerra*; y, en poesía, 25 poemas nuevos y el grupo *Viaje a la India*.

En los años siguientes a esta edición, Whitman goza de un creciente prestigio entre los lectores ingleses. Anne Gilchrist, admiradora devota de su obra, hasta el punto de escribir el primer gran estudio crítico de *Hojas de hierba*, *A Woman's Estimate of Walt Whitman* [«Cómo valora una mujer a Walt Whitman»], se establece incluso en los Estados Unidos, con sus cuatro hijos, entre 1876 y 1879, para estar cerca del poeta. Otro escritor, filósofo socialista y activista homosexual, Edward Carpenter, visita a Whitman en Camden en 1877 —lo volverá a hacer en 1884— y ayuda a difundir su pensamiento y obra. Oscar Wilde, en fin, le rendirá asimismo visita en 1882, y lo declarará el americano por el que siente más estimación; luego, en una carta a su amigo George Cecil Ives, se enorgullecerá del beso que le diera Whitman en los labios<sup>[11]</sup>. Mientras todo

esto sucede, cultiva la amistad del joven Harry Stafford, y lo visita con frecuencia en la casa de su familia. También en su propio país Whitman disfruta de una gran reputación: dicta conferencias sobre Thomas Paine en Filadelfia y sobre Abraham Lincoln en Nueva York —en una de ellas lo conocería José Martí, que sería el primero en dar cuenta de su obra en el mundo hispánico—, y en 1879 viaja al oeste, hasta Colorado. Sin embargo, cae enfermo y se instala en casa de su hermano Jeff, en San Luis, para recuperarse, hasta enero de 1880. Repuesto, viaja por Canadá entre junio y octubre de 1880, y visita a su amigo, admirador y futuro biógrafo, el psiquiatra Richard Maurice Bucke. Por fin, entre agosto y octubre de 1881, está en Boston, supervisando la séptima edición de *Hojas de hierba*, que James R. Osgood publicará en octubre. De sus 293 poemas, sólo 17 son nuevos, pero esta es una edición bien construida, que fija la estructura definitiva de la obra. Tras ella, Whitman ya sólo añadirá «anexos» a su poesía. Sin embargo, para disgusto tanto de Osgood como de Whitman, la edición se enfrenta a la denuncia interpuesta contra el libro por la Sociedad de Nueva Inglaterra para la Supresión del Vicio ante el fiscal del distrito de Boston Oliver Stevens. El editor, asustado, intenta que Whitman atienda las peticiones del fiscal —que exigen eliminar un buen número de poemas y de muchos pasajes de otros, aunque, curiosamente, ninguno de *Cálamo*, quizá porque las relaciones homoeróticas se presentan en él veladamente, mientras que, en el resto de *Hojas de hierba*, se habla con franqueza de la copulación—, pero el poeta se niega. Osgood retira entonces la edición y le da las planchas a Whitman, que se las entrega a otro editor, Rees Welsh, y luego a David McKay, que reimprimen la edición en Filadelfia. La operación es un éxito: la venta de los 6000 ejemplares del libro, que se publicitaba como el poemario que se había querido prohibir, le reportan a Whitman unos derechos de casi 1800 dólares entre 1882 y 1883, una cantidad nada desdeñable en la época. A esta edición del poemario acompañará también la de *Días ejemplares y Compendio*.

En 1883, se publica *Walt Whitman*, la biografía escrita por Richard Maurice Bucke y supervisada por Whitman. Ese 1884, el poeta compra una casa —la única que poseería en toda su vida, y en la que moriría— en Mickle Street, en Camden, y abandona la compañía de su hermano George y su mujer. Sus problemas de movilidad aumentan. Recibe las atenciones del joven Bill Duckett, que lo acompaña en sus paseos por la ciudad en un carruaje que los admiradores del poeta le han regalado para que pueda desplazarse, y de Horace L. Traubel, que lo visita diariamente y a quien Whitman nombrará uno de sus tres albaceas literarios, junto con Bucke y Thomas B. Harned. Traubel publicaría, entre 1906 y 1915, *Con Walt Whitman en Camden*, un diario, en tres volúmenes, en el que, al modo de James Boswell con Samuel Johnson, recoge

sus conversaciones con el poeta. También el inglés James William Wallace lo visitaría, en 1891: quería conocer al profeta de la nueva religión del socialismo. Asimismo desde Inglaterra, John Addington Symonds presionaba a Whitman para confirmar el sentido homoerótico de *Cálamo*. En 1890 Whitman le contesta por fin, jactanciosa aunque falazmente, que había tenido seis hijos y un nieto, sureño, que le escribía de vez en cuando. En 1888 sufre otra embolia, seguida de un deterioro general de la salud. Convencido de que el fin está próximo, diseña y encarga la construcción de un mausoleo de granito en el cementerio de Camden. También en 1888 publica *Ramas de noviembre*, que contiene 64 poemas, agrupados bajo el título «Horas de un septuagenario», y varios trabajos en prosa que habían visto la luz en los periódicos. Asimismo, aparece *Complete Poems and Prose. 1855-1888*, la reunión de todos sus escritos en un solo volumen. *Hojas de hierba*, impreso con las mismas planchas que la edición de 1881, incorpora aquí esas «Horas de un septuagenario», precedidas por el ensayo «Mirada retrospectiva a los caminos recorridos», que acompañará a las dos últimas ediciones.

La octava edición de *Hojas de hierba*, con 359 poemas, aparece en 1889, en una delicada edición de bolsillo, encuadernada en cuero. «Horas de un septuagenario» se añade en forma de anexo. En 1891, Whitman prepara la novena, en dos tomos, que será, en sus propias palabras, la versión finalmente completa de *Hojas de hierba*, después de 33 años de publicaciones crecientes y parciales. Los cien ejemplares de que consta la edición llegan a sus manos poco antes de la navidad de ese año, aunque en el libro figura 1892 como fecha de edición: es la conocida como *deathbed edition*, la edición del lecho de muerte. En el primer tomo se reproduce la edición de 1889, más un segundo anexo, con los 31 poemas de «¡Adiós, fantasía!» que habían visto previamente la luz, en un volumen homónimo, misceláneo de verso y prosa, en 1891. Tiene un total de 389 poemas. El segundo tomo es una recopilación de escritos en prosa.

Walt Whitman murió en su casa de Mickle Street el 26 de marzo de 1892. La causa del fallecimiento fue, según el certificado médico oficial, una pleuresía en el lado izquierdo, junto con una tuberculosis general y una nefritis parenquimatosa. Fue enterrado en su mausoleo del cementerio Harleigh, de Camden, el 30 de marzo.

## 2. LA IMPORTANCIA DE *HOJAS DE HIERBA*

Suele citarse, como origen de esa *opus magnum* que es *Hojas de hierba*, la conferencia que impartió Ralph Waldo Emerson en Nueva York el 5 de marzo de 1842, titulada «Naturaleza y facultades del poeta», a la que Whitman asistió como periodista del *Aurora*, y que reseñó en sus páginas. Emerson incluiría la conferencia en su segunda serie de ensayos dos años más tarde con el título de «El poeta»; consigna en ella su credo estético y define al poeta ideal —«el que dice, nombra y representa la belleza; el soberano, el que está en el centro; [...] el que anuncia lo nunca profetizado; el único sanador verdadero; [...] el dios que libera»—<sup>[12]</sup>, aunque confiesa, al mismo tiempo, no haberlo encontrado todavía en los Estados Unidos:

Busco en vano al poeta al que describo. [...] Aún no hemos tenido en América al genio que, con ojo tiránico, aprecie el valor de nuestros incomparables materiales, y vea, en la barbarie y el materialismo de nuestros tiempos, otro carnaval de los mismos dioses cuya descripción tanto admira en Homero. [...] nuestras pesquerías, nuestros negros e indios, nuestras fanfarronadas y nuestros rechazos, la cólera de los canallas y la pusilanimidad de los honrados, el comercio del norte, la plantación del sur, la conquista del Oeste, Oregón y Texas: todo esto no se ha cantado todavía. A nuestros ojos, América es un poema. Su amplia geografía deslumbra a la imaginación, y no pasará mucho tiempo hasta que sea cantada en verso. [Pero] aún no he encontrado, entre mis compatriotas, esa excelente combinación de dones que persigo<sup>[13]</sup>.

Whitman, autor hasta entonces de diecinueve poemas que obedecían a los esquemas formales y temáticos de la literatura inglesa desde el Romanticismo, la mayoría de los cuales había publicado en los periódicos con los que colaboraba —sobre todo, en el *Long Island Democrat*—, se sintió profundamente interpelado por las ideas de Emerson, y quiso convertirse en el poeta que estaba buscando<sup>[14]</sup>. Muchos otros autores lo acompañaron en esa tarea inaugural en un lustro prodigioso —Nathaniel Hawthorne con *La letra escarlata* (1850); Herman Melville con *Moby Dick* (1851), *Bartleby, el escribiente* (1853) y *Benito Cereno* (1855); Henry David Thoreau con *Walden o la vida en los bosques* (1854); y Henry Wadsworth Longfellow, con *El canto de Hiawatha* (1855)—, pero su *Hojas de hierba* estaba destinado a constituirse en el centro del canon norteamericano, como ha señalado Harold Bloom<sup>[15]</sup>. Whitman se decanta entonces por el poema épico, cuya amplitud versicular y hondura



oratoria le permitan cantar la grandeza extraordinaria de un mundo nuevo, y también de un hombre nuevo. Paradójicamente, en el prólogo de la primera edición de *Hojas de hierba*, Whitman afirma: «La expresión del poeta americano ha de ser trascendente y nueva. Ha de ser indirecta, no directa, descriptiva o épica». No obstante, la épica a la que se refiere, es la épica que ha resuelto dejar atrás, la épica de la tradición occidental, cuyo contenido, estructura y forma repudia, y que sustituye por equivalentes adecuados a la realidad social, histórica y cultural del país en que vive<sup>[16]</sup>. El héroe solitario de un pasado mítico, propio de las literaturas europeas desde el *Beowulf*, se transforma, en sus manos, en un héroe colectivo: *Hojas de hierba* se erige en una gran epopeya democrática, en la que todos —desde el esclavo hasta el presidente de la nación— son protagonistas, y todos aportan su perspectiva individual, igualmente valiosa, a una visión caleidoscópica de la realidad. *Hojas de hierba* construye, pues, por utilizar una expresión de D. H. Lawrence, una «identidad acumulativa», y puede definirse con el título de un libro de Gertrude Stein: «la autobiografía de todo el mundo». Sin embargo, importa subrayar que, en este cosmos multitudinario, el yo del poeta —ese yo heroico con el que Whitman sublima su anodinia vital— se dibuja con una rotundidad lacerante, y en continuo crecimiento. El poemario entero constituye un juego de equilibrios, o de influencias, entre el yo y los otros, entre el yo individual y el número infinito de seres que lo rodean. A la vez que Whitman canta al personaje colectivo, y lo insta a afirmarse, se canta a sí mismo, como portavoz o espíritu suyo, como encarnación de su cuerpo plural y casi inconcebible, dotado de todas las virtudes y todas las maldades del género humano. *Hojas de hierba* es, también, un libro de formación: de la formación, o más bien del estallido, de una personalidad singular, que crece al mismo tiempo que su país, que convive con sus sombras y sus deseos ocultos, como su país, y que descubre, con el tiempo, su identidad psicológica, su verdadero yo, enmarcado en el sobrecogedor escenario de un continente nuevo. Apoyada en esos dos ejes —América y el yo, distintos y lo mismo—, se levanta toda la estructura del poemario.

El carácter colectivo de la epopeya de Whitman se manifiesta asimismo en el marco físico: Whitman no canta a un espacio privilegiado, ni mucho menos legendario, sino a una realidad al alcance de la mano, heterogénea, contradictoria, informe a veces, sucia otras: la realidad de los labrantíos y las playas, de las acererías y los embarcaderos, de las praderas y los pantanos, y, sobre todo, de la turbulenta ciudad de Nueva York, cuyo protagonismo adquiere, en *Hojas de hierba*, una dimensión excepcional. A Whitman no le interesa evocar épocas pretéritas, sino ahincarse en un presente que reclama

atención, en constante hervor. La democracia americana está apenas consolidada —tras la guerra de 1812 con la antigua potencia colonial, Gran Bretaña, ha hecho falta llegar hasta la presidencia de Andrew Jackson, que concluye en 1837, para que pueda hablarse de solidez institucional— y sigue sometida a retos formidables: la conquista del oeste, los conflictos fronterizos —la guerra con México se prolonga de 1846 a 1848, y supone una vasta incorporación de territorio a los Estados Unidos—, la llegada masiva de inmigrantes de todos los continentes y, sobre todo, las diferencias en los modos de vida y los sistemas de producción de los estados que componen la Unión, que muy pronto desembocarán en la tragedia de la Guerra Civil. El mundo de *Hojas de hierba* es, pues, el mundo conocido por Whitman, el que se extiende a lo largo de la mayor parte del siglo XIX: un presente tan difícil y heteróclito como los habitantes del país, lleno de personas y hechos detestables, pero también de heroísmos cotidianos, de sucesos magníficos y de adelantos prodigiosos; un presente que sustituye, con sus glorias claroscuras, al pasado glorioso, entre otras razones, porque este pasado apenas existe aún en los Estados Unidos.

Por último, la nueva épica que perseguía Whitman no tenía sentido si no disponía también de un nuevo lenguaje, y acaso ésta sea la mayor revolución aportada por el poeta de Camden. Whitman abandona, de entrada, la narración lineal que caracterizaba a las grandes epopeyas de la antigüedad, y que daba cuenta, en orden cronológico, de los hechos relatados. Ello no sólo respondía a la tradición oral en que se encuadraba la épica, sino también a una visión jerárquica de la sociedad, propia de las monarquías occidentales, cuyos sucesos se encadenaban de acuerdo con el orden predeterminado por sus estamentos de poder, y del que no cabía disentir: las clases y los principios sociales eran inamovibles y definitivos. Whitman, por el contrario, creía en una sociedad abierta, dinámica, sin privilegios, cuya mejor plasmación literaria fuera un mosaico activo e interminable, en el que cada individuo constituyese una tesela, y en la que cada acto se relacionara horizontalmente con los demás. Así pues, *Hojas de hierba* se presenta en rotación, como una narración circular, o quizá fractal, en la que todo desemboca constantemente en todo, y en la que ningún hecho individual descuella de los demás, sino que todos se articulan en un conjunto vertiginoso, pero nunca caótico, porque, como ha señalado Sam Abrams, «existe un eje vertebrador que proporciona unidad a toda la obra: el proteico Walt Whitman. El fabuloso Walt Whitman es la síntesis y la suma de todo lo que sucede en el poema<sup>[17]</sup>». Importa observar, en relación con esta concepción democrática de la estructura de *Hojas de hierba*, que el libro fue creciendo, sin cesar, desde sus doce poemas de 1855 hasta los 389 de 1892: un

crecimiento orgánico, mediante oleadas sucesivas o estratos superpuestos, que era coherente con el crecimiento personal del autor y con el histórico de la nación, y que condecía con la naturaleza dispersa, orbicular, del proyecto whitmaniano.

Pero las modificaciones formales de la épica de *Hojas de hierba* no se limitan a la estructura. Whitman alteró sustancialmente también el lenguaje del género y, por extensión, el lenguaje de la poesía. La vieja retórica de los cantares de gesta representaba, para él, un cosmos periclitado, al que la bullente realidad americana ni correspondía ni podía corresponder, por más que muchos escritores estadounidenses, educados en los moldes de la literatura inglesa clásica, intentaran reproducirla en sus creaciones, con resultados cuando menos tediosos, si no lamentables. Whitman abandona el estilo elevado de la épica tradicional y su instrumento perfecto, el pie yámbico que ha dominado el verso inglés desde el Renacimiento —*El paraíso perdido*, de John Milton, verbigracia, tiene 10 565 pentámetros yámbicos—, para entregarse con promiscuidad a un verso libre, o versículo, del que voces tan autorizadas como Jorge Luis Borges consideran fundador: «Podríamos decir, aun pensando en los versículos de la Biblia o en Blake, que Whitman es el inventor del verso libre<sup>[18]</sup>». Con esta poderosa herramienta en la mano, adecuada al espíritu americano, joven y libérrimo, tal como lo veía el poeta —cuyo uso le valió, no obstante, un sinfín de reproches, como veremos después—, Whitman construye una obra sin esquemas fónicos, entrecortada, a meros golpes de verso —algunos de media línea y otros de dos dedos de espesor, como recuerda Cesare Pavese<sup>[19]</sup>, que se arremolinan, a veces, en composiciones breves, y, más a menudo, se dilatan en piezas sinuosas, o en sus muy celebradas —y también denostadas— enumeraciones. El ritmo respiratorio que alienta y se desprende de su versículo —a veces jadeo, a veces inspiración y espiración relajadas, a veces apnea— obedece tanto a una composición ambulante —Whitman era un gran andarín, que captaba imágenes y urdía versos en sus caminatas, reales o recordadas— como a un aliento oratorio: antes de ser poeta, Whitman quiso ser orador, para aleccionar y enardecer a sus compatriotas con las prédicas de una nueva moral, democrática, fraterna, comprometida, y las visiones de un mundo nuevo; una pretensión que, además de esta respiración prolongada, ha legado a *Hojas de hierba* exclamaciones, exhortos y reiteraciones. También es el ritmo del mar, ese resuello ondulante del que Whitman se embebía en su Long Island natal, esa cadencia recurrente como los días y las noches, pero siempre distinta. Ese ritmo pujante, que sustituye con ventaja a los oxidados metros de la preceptiva clásica, se convierte, en no pocas ocasiones, en el verdadero protagonista del poema: un lecho pedregoso por el que fluyen, con extraña majestuosidad, los

asombros e invocaciones del poeta. La aliteración (*To the plains of the poems of heroes, to the prairies spreading wide*: «a las llanuras de los poemas de los héroes, a las praderas que se extienden a lo lejos») y las estructuras paralelísticas apuntalan el fluir rítmico con la suficiente entereza, pero también con la suficiente discreción, como para que se preserve su musicalidad, sin que se convierta en el cascabeleo que Whitman detestaba.

Whitman abre asimismo su léxico a una verdadera irrupción de novedades: arcaísmos, neologismos, localismos, tecnicismos, barbarismos, coloquialismos y extranjerismos, y, en particular, da entrada en el poema a algo inimaginable en aquel momento: un vocabulario soez, que no teme referirse al excremento y la fornicación, a la basura y el semen. Whitman reivindica con frecuencia en sus poemas la necesidad de incorporarlo todo al lenguaje y a la vida, porque todo, incluyendo lo sucio y lo feo, forma parte del milagro incomprensible de existir. Del mismo modo, todo, incluyendo lo que no se considera poesía, puede y debe formar parte de la poesía. Esta reivindicación de la totalidad humana — constituida por hombres y mujeres, por viejos y jóvenes, por gente encumbrada y por gente anónima— es uno de sus mayores hallazgos, o, quizá, uno de sus hallazgos más perdurables, en plena sintonía con la pluralidad mesocrática, entrelazada, casi líquida, no ya de nuestra modernidad, sino de nuestra posmodernidad. Pero, al igual que sucede con la estructura de *Hojas de hierba*, que, siendo centrífuga, se ve refrenada por la omnipresencia del yo, la dicción también encuentra en este yo ubicuo la contención necesaria para ser eficaz. Así, la narración en primera persona y las frecuentes interrogaciones retóricas promueven la identificación del lector —que se siente interpelado, abrazado— con el texto. Animada por esta intención empática, la homodiegesis refuerza la verosimilitud de lo narrado, y su apariencia biográfica estimula la proyección biográfica del lector. Por su parte, las preguntas retóricas obligan a éste a participar en el poema, a dar una respuesta, mental o emocional, al interrogante planteado, y, así, a convertirse también en su protagonista. *Hojas de hierba* no es, sin embargo, un libro metafórico. De hecho, las metáforas escasean y, cuando se dan, no puede decirse que sean su mejor logro<sup>[20]</sup>. Su canto es, en realidad, un ofertorio: la presentación del universo que se ha descubierto —los paisajes y las gentes de los Estados Unidos, y el alma a que esos lugares y personas dan cuerpo— mediante la presentación de sus visiones. Los versos de Whitman engarzan visiones, y no metáforas u otras figuras del pensamiento, ni siquiera eso que llamamos comúnmente imágenes. Pero sus visiones son formas singulares de conocimiento: mecanismos sustitutivos de la razón, que es un espacio árido para el temperamento efervescente de Whitman, para su comprensión sanguínea. El poeta vacía sus ojos, sus sentidos,

en las páginas, y encadena cúmulos de percepciones, que documentan un pasmo o una fascinación. Sus visiones son tanto interiores como exteriores, tanto proféticas como actuales, fruto de una tarea de absorción de los elementos de la naturaleza y de la vida —absorber es uno de sus verbos preferidos— a la que Whitman está entregado sin descanso, siempre receptivo, siempre permeable. Esas visiones se ofrecen en los textos con la sencillez de un objeto: como realidades concluyentes que el poeta ha metabolizado en pensamiento, y que entrega al lector como otros objetos más, investidos con la misma perfección de lo existente, como facetas asombrosas del universo. Hay una pureza irrefutable en los versos de Whitman, por muchas fealdades que contengan; una pureza que no proviene de una aprehensión intachable de lo real, sino de la inmediata aceptación de eso que es real, como expresión del hecho extraordinario de existir y de su recolección sin artificio; una pureza que se identifica con una suerte de inocencia infantil, de esa actitud, sin juicio ni intolerancia, que constata y celebra lo que es. El poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen ha sintetizado con precisión esta plenitud totalizante de la poesía de Whitman:

La más grande exaltación de vida, la mayor plétora y acumulación, dan el tono peculiar. Todas las manifestaciones grandes y pequeñas del cosmos son aceptadas y glorificadas por el simple hecho de existir, de hallarse a nuestro alcance u ofrecidas lejos, pero siempre como presa posible de los sentidos, no para la contemplación o el análisis del intelecto, sino para la relación, el contacto, la entrega mutua. Tal anhelo de comunión con todas las cosas y el reconocimiento de las facultades humanas sin ausencia de una sola, dan a la poesía de Whitman semejanza de mar en su infinitud<sup>[21]</sup> ...

Este maravilloso amontonamiento de visiones se ordena, si es que podemos llamarlo así, mediante uno de los procedimientos más característicos de Whitman, la enumeración<sup>[22]</sup> —que Borges haría caótica en *El Aleph*, y que Neruda importaría a su *Canto general* con brío extraordinario, estableciendo así uno de los paralelismos más visibles entre ambos poetas, emparentados por tantos motivos—. La enumeración está en la descripción de las naves de la *Iliada* (II, 459-759) y en el *Números* de la Biblia, entre muchas otras obras de la literatura clásica, y sabemos que Whitman fue un lector apasionado tanto de Homero como de los Evangelios. Su pasión catalogadora es instrumento de su ansia totalizadora, esa que le hace llevar al poema todo cuanto ve, todo cuanto oye, en definitiva, todo lo que integra la realidad poliédrica de un país ilimitado; y también con su pasión democrática, que sitúa en un plano de igualdad a todos los elementos de lo contemplado: sus pensamientos, sus visiones, los



acontecimientos de los que es testigo, son intercambiables, como las piezas de un *collage*; y también, como recuerda Bloom, con su anhelo de conocimiento: «En Whitman, al conocer se lo llama “hacer inventario”<sup>[23]</sup>». Con sus enumeraciones, Whitman consigue un efecto amplificatorio: la voz parte de un elemento inicial, al que va superponiendo realidades adyacentes o emparentadas, hasta alcanzar una cima ontológica, a la que se corresponde una culminación sonora: leer en voz alta estos catálogos, y, en general, los poemas de Whitman, supone un ejercicio climático, en el que la multiplicidad de los acordes convive con un tono esencial, crecido hasta el arrebató. La enumeración whitmaniana inspira, en fin, una sensación de primitivismo: el yo de los poemas transmite su estupor inaugural, su pasmo ante la magnificencia de lo existente, que parece nombrar por primera vez. Y este bautismo de las cosas condice con el nacimiento de las cosas, con su revelación asombrosa, en un continente también recién nacido.

Aunque hay bibliotecas enteras dedicadas a filiar el pensamiento que subyace a *Hojas de hierba*, los comentaristas más perspicaces coinciden en señalar que las principales aportaciones del poemario no son filosóficas, sino estilísticas y formales, como acabamos de ver<sup>[24]</sup>. Ello no obstante, vale la pena repasar ese pensamiento subyacente, que determina, en buena parte, las opciones sintácticas de Whitman. Whitman es, en primer lugar, el poeta, el «bardo de la democracia», un autor identificado con el «destino manifiesto» de los Estados Unidos, que consistía en instaurar, por primera vez en la historia, un poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, sin el bagaje nefasto de las castas aristocráticas y los privilegios feudales; un poder desligado de todo poder extranjero, limpio de monarquías y medievalismos, en el que no cupiera ninguna forma de tiranía y la igualdad fuese un principio cotidiano e incuestionable. En *Hojas de hierba*, Whitman reivindica esa igualdad pronunciándose contra la esclavitud —como ciudadano, se manifestó también contra ella, aunque no sin matices<sup>[25]</sup>, y apoyó con rotundidad la causa antiesclavista de la Unión— y equiparando en derechos y dignidad a hombres y mujeres. Este principio igualitario se extendía también a su concepción de la sociedad, en la que todos, aun los más pobres o desvalidos, tenían derecho a un lugar bajo el sol, y a ser atendidos y escuchados, como seres humanos plenos y libres que eran. Su defensa de la «adhesividad», el término de la frenología con el que disfrazaba su referencia al homoerotismo, constituye, también, un sutil pero clamoroso alegato en favor de la igualdad del amor, ya fuera entre personas del mismo o de distinto sexo. La conminación de su poesía a que todos los hombres estimen su yo, sea cual sea, y lo experimenten como una realidad milagrosa e irreplicable, dotada con todos los favores de la creación, supone un

mandato radicalmente democrático, del que se excluye toda inclinación jerárquica, toda disposición clasificatoria<sup>[26]</sup>. El origen de esta aproximación a la democracia, entendida no tanto como sistema político —aunque también: Whitman aboga con entusiasmo por la democracia parlamentaria—, sino como actitud vital, es religioso. Pero no una religión tradicional —Whitman aborrecía los ritos eclesiásticos y los corpus doctrinales—, sino una religión íntima, humana, sin intermediarios, que dialogase con los misterios esenciales del ser y celebrase la gloria de la creación. Harold Bloom lo ha sintetizado así: «Whitman es un gran poeta religioso, aunque la religión sea la religión norteamericana y no el cristianismo<sup>[27]</sup>», y el propio Whitman ha resuelto la cuestión, afirmando: «Considero las *Hojas* el libro más religioso entre los libros. ¿Qué sería de las *Hojas* sin fe? Un recipiente vacío. La fe es su sustancia misma, su equilibrio, su declaración de asentimiento, su artículo de certeza<sup>[28]</sup>». El sentimiento religioso y, en un sentido más amplio, filosófico de Whitman se inscribe en ese periodo de síntesis que es el siglo XIX, en el que el Dios axial, motor del universo, origen, razón y fin de la vida humana, comparte su cetro con el hombre surgido de la Ilustración, que se siente el centro de la creación, un ser autónomo capaz de regir, individual y colectivamente, sus destinos. La irrupción de un materialismo creciente, derivado de la insurgencia de lo terrenal, del empuje del racionalismo y del desarrollo del capitalismo, especialmente agresivo en los Estados Unidos, empuja a algunos a subrayar los aspectos espirituales de la existencia, o, por lo menos, a intentar armonizarlos con los elementos físicos. El trascendentalismo, el movimiento promovido, entre otros, por Ralph Waldo Emerson, e inspirado en el fundamento trascendental de Kant, creía en la unidad de Dios y el mundo: el cosmos tenía alma, como los seres humanos tenían alma, y ambas se correspondían: lo que contenía una, estaba también contenido en la otra. La conciencia individual debía, pues, recuperar esa relación original con el universo y fundirse con la conciencia del mundo; y había de hacerlo con independencia, sin mediadores institucionales ni intérpretes eclesiales, mediante su intuición soberana y la observación directa de las leyes de la naturaleza: sólo así entraría en contacto con la energía cósmica que era el fundamento de todo. Pero no sólo el trascendentalismo influyó en Whitman. Los antecedentes cuáqueros de su familia hicieron que conociese bien, desde niño, las doctrinas de Elias Hicks, un disidente radical de la congregación, que creía que la luz interior del individuo lo unía con Dios. Hicks también defendía —y esto es muy significativo, tratándose de *Hojas de hierba*— que los impulsos básicos del hombre, incluyendo el deseo sexual, no estaban inspirados por el demonio, ni eran tampoco producto de la elección personal, sino aspectos de la naturaleza humana creada por Dios, que el hombre tenía

derecho a experimentar y conocer. El monismo trascendentalista y los ecos cuáqueros, igualmente panteístas, se manifiestan mediante dualidades en *Hojas de hierba*, y no resulta paradójico que sea así: Whitman es el poeta del cuerpo y del espíritu, de la mujer y del hombre, del bien y del mal, del amor y del odio, de la vida y la muerte; sus binomios reflejan las diversas epifanías del ser, pero, al mismo tiempo, su unidad esencial: todo forma parte de la naturaleza, es decir, todo forma parte del yo; todo es Dios, pues, y como tal ha de ser celebrado. Whitman ha sido considerado también un poeta místico, porque, como todos los místicos, reclama la unión con Dios, pero celebra con gozo las realidades materiales, efusión suya, aunque ese abrazo con la divinidad no debe implicar la disolución del yo, que permanece firme y entero en el ojo del torbellino unitivo; quizá por esto se le ha llamado «místico invertido», sin que la inversión se refiera esta vez a su condición sexual. Otros, a la vista de su afán integrador, que incorpora lo afín y lo opuesto, lo concordante y lo discordante, lo immaculado y lo soez, a un solo canto y un solo sentimiento, han subrayado posibles nexos con el hinduismo y otras corrientes del pensamiento oriental.

Sean cuales sean esos vínculos, Walt Whitman se identifica con América. La fuerza y la plenitud de su canto al país —no exento de panegirismo nacionalista, aunque esto no deba entenderse más que como consecuencia espontánea de su poesía alborozada— y a los individuos que lo habitan, a esos ciudadanos corrientes —*average*— que constituyen su médula verdadera, han hecho de él el canto mismo: su voz se ha fundido con la realidad descrita, como si esa voz fuera la realidad. Ezra Pound lo ha resumido con exactitud, aunque no sin vencer resistencias: «Él es América. Su crudeza desprende un terrible hedor, pero es América. [...] Es asqueroso, una píldora que da náuseas, pero que ha cumplido su función. [...] Él es a mi patria [...] lo que Dante es a Italia<sup>[29]</sup>». También Octavio Paz, seducido por el vértigo y el vigor de la épica whitmaniana, ha precisado esa íntima relación con el cosmos americano, esa vinculación esencial con el espacio que lo ha alumbrado, y al que habla: «Walt Whitman es el único gran poeta moderno que no parece experimentar inconformidad frente a su mundo. Y ni siquiera soledad: su monólogo es un inmenso coro. [...] La singularidad de la poesía de Whitman en el mundo moderno no puede explicarse sino en función de otra, aún mayor, que la engloba: la de América<sup>[30]</sup>».



### 3. PRESENCIA DE WHITMAN EN LAS LETRAS HISPÁNICAS

El primer autor de las letras hispánicas en dar cuenta de la figura y la obra de Walt Whitman fue el cubano José Martí. El 14 de abril de 1887, Whitman dio una conferencia en el teatro Madison de Nueva York para honrar la memoria del asesinado presidente Lincoln —dentro de un ciclo de conferencias anuales, con ese mismo objeto, que se había iniciado en 1879—<sup>[31]</sup>, a la que asistieron, entre otros miembros de la intelectualidad neoyorquina, Mark Twain y el entonces exiliado Martí, que sobrevivía en aquel destierro colaborando, con artículos y crónicas, con importantes periódicos americanos. A uno de ellos, *El Partido Liberal*, de México, mandó el titulado «El poeta Walt Whitman», que se publicó el 19 de abril, y que se reprodujo el 26 de junio en *La Nación* de Buenos Aires. Martí ya había leído poemas de Whitman, y aludido a ellos en diversos textos suyos<sup>[32]</sup>, pero en esta crónica dibuja, por fin, un retrato extenso y sugerente de aquel poeta cuya obra no había dejado de intrigarle desde que se estableció en Nueva York en 1872<sup>[33]</sup>. En realidad, muchas de las observaciones de Martí no hacen sino transcribir lo dicho por Whitman en la conferencia del 14 de abril —fue aquélla, según el cubano, una «plática resplandeciente, que por sus súbitos quiebros, trenos vibrantes, himnica fuga, olímpica familiaridad, parecía a veces como un cuchicheo de astros»—, pero, entre ellas, se incluyen apreciaciones incisivas, que revelan la estima en que ya tenía Martí al norteamericano: «Sólo los libros sagrados de la Antigüedad ofrecen una doctrina comparable por su profético lenguaje y robusta poesía, a la que en grandiosos y sacerdotales apotegmas emite, a manera de bocanadas de luz, este poeta viejo, cuyo libro pasmoso está prohibido», escribe Martí. Luego califica a Whitman de «hombre desnudo, virginal, amoroso, sincero, potente», de «hombre padre, nervudo y angélico», de «iconoclasta que quiere establecer la “institución de la camaradería”», y caracteriza sucesivamente a su poesía: «su irregularidad aparente, que en el primer momento desconcierta, resulta luego ser, salvo breves instantes de portentoso extravío, aquel orden y composición sublimes con que se dibujan las cumbres en el horizonte». En ella, como en el mundo, «todo está en todo, y lo uno explica lo otro. [...] Tanta fortuna es morir como nacer [...]. En su persona se contiene todo: todo él está en todo: donde uno se degrada, él se degrada: él es la marea, el flujo y el reflujo [...] [y] la religión perfecta está en la Naturaleza». El lenguaje de Whitman es «lenguaje de luz ruda», un «lenguaje henchido de animalidad soberbia», un lenguaje que «ha parecido lascivo a los que son incapaces de entender su grandeza: imbéciles ha habido que, cuando celebra en *Calamus*, con las imágenes más vehementes de la lengua humana, el amor de los amigos, creyeron ver, con remilgos de colegial

impúdico, el retorno de aquellas viles ansias de Virgilio por Cebetes y de Horacio por Gyges y Lycisco». El análisis de Martí del fraseo de Whitman no es menos lúcido ni entusiasta:

Su ritmo está en las estrofas, ligadas, en medio de aquel caos aparente de frases superpuestas y convulsas, por una sabia composición que maneja en grandes grupos musicales las ideas, como la natural forma poética de un pueblo que no fabrica piedra a piedra, sino a enormes bloqueadas [...] no caben en liras ni serventesios remilgados [...] trátase de reflejar en palabras el ruido de las muchedumbres que se asientan, de las ciudades que trabajan y de los mares domados y los ríos esclavos [...] jamás pierde la frase su movimiento rítmico de ola.

Martí alude en su artículo a muchos de los supuestos defectos de Whitman, para refutarlos o interpretarlos de una forma acorde con su pensamiento o su proceso creativo, desde las cacofonías hasta las enumeraciones, pasando por el desorden constructivo y léxico:

No es él, no, de los que echan a andar un pensamiento pordiosero, que va tropezando y arrastrando bajo la opulencia risible de sus vestiduras regias. [...] Un verso tiene cinco sílabas, el que le sigue cuarenta, y diez el que le sigue. Él no esfuerza la comparación, y en verdad no compara, sino que dice lo que ve o recuerda [...], emplea su arte, que oculta por entero, en reproducir los elementos de su cuadro con el mismo desorden con que los observó en la naturaleza. Si desvaría, no disuena, porque así vaga la mente sin orden ni esclavitud, de un asunto a sus análogos. [...] pudiera parecer que procede sin método alguno, sobre todo en el uso de las palabras, que mezcla con nunca visto atrevimiento, poniendo las augustas y casi divinas al lado de las que pasan por menos apropiadas y decentes. [...] Acumular le parece el mejor modo de describir, y su raciocinio no toma jamás las formas pedestres del argumento, ni las altisonantes de la oratoria, sino el misterio de la intimación, el fervor de la certidumbre y el giro ígneo de la profecía<sup>[34]</sup>.

Rubén Darío leyó el artículo de Martí y se interesó asimismo por Whitman, que, aunque avanzaba por derroteros estéticos distintos, perseguía igualmente un norte de renovación formal al que también aspiraba el nicaragüense. Darío recuerda el impacto que tuvo «El poeta Walt Whitman» en su descubrimiento del norteamericano:

Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella «Nación» colosal, la «sabana» de

antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. [...] Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo [...] un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que en Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*<sup>[35]</sup>.

Rubén Darío expresó su fervor por Whitman en una fecha tan temprana como el 16 de noviembre de 1888, cuando, en un artículo publicado en el periódico *La Época*, de Santiago de Chile, afirma:

Sobre todos los sombríos pensadores desfallecientes, en medio de las tinieblas filosóficas antiguas y modernas, miro augusta y sacerdotalmente profética la figura de un anciano que todavía vive, que ha aparecido en las regiones del porvenir y de la libertad, y cuya voz empieza a resonar por todas partes, porque es él hoy el primer poeta del mundo y ama a la humanidad con amor inmenso: [...] me refiero a Whitman, el pontífice yankee de la barba blanca<sup>[36]</sup>.

Su admiración adoptaría forma poética en la segunda edición del hito fundacional del Modernismo, *Azul...*, publicada en 1890, donde incluyó el soneto «Walt Whitman»:

En su país de hierro vive el gran viejo,  
bello como un patriarca, sereno y santo.  
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo  
algo que impera y vence con noble encanto.  
Su alma del infinito parece espejo;  
son sus cansados hombros dignos del manto;  
y con arpa labrada de un roble añejo  
como un profeta nuevo canta su canto.  
Sacerdote, que alienta soplo divino,  
anuncia en el futuro, tiempo mejor.  
Dice al águila: «¡Vuela!»; «¡Boga!», al marino,  
y «¡Trabaja!», al robusto trabajador.  
¡Así va ese poeta por su camino,  
con su soberbio rostro de emperador<sup>[37]</sup>!

El soneto de Darío —o, si no el poema propiamente dicho, sí el interés que demostraba por la figura de Whitman— despertó reacciones en cadena entre los escritores de Hispanoamérica. En 1895, Enrique Gómez Carrillo escribió un artículo «en respuesta» al soneto de Darío: «para el poeta de *Azul...* Whitman es un cantor del porvenir, mientras que para mí es el cantor de un pasado

fabuloso<sup>[38]</sup>». Dos años después, en el primer poema de su segundo libro, *Las montañas del oro*, Lugones exalta a Whitman: «Whitman entona un canto serenamente noble. / [...] Él adora [...] / El grande amor que labra los flancos de la hembra; / Y todo cuanto es fuerza, creación, universo, / pesa sobre las “vértebras enormes de su verso”<sup>[39]</sup>». José Santos Chocano, con arrogancia memorable, se repartía la geografía americana con Walt Whitman, en lo que era ya una de las primeras manifestaciones de la cercanía que sintieron los poetas de Hispanoamérica por el arraigo telúrico del estadounidense y la reivindicación del ser democrático del Nuevo Mundo: «Walt Whitman tiene el norte, pero yo tengo el sur». Darío volvería a Whitman en su literatura; en realidad, nunca lo abandonó. En las «palabras liminares» de *Prosas profanas* (1896) sostiene que «Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenque y Utatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman<sup>[40]</sup>» y el poema «A Roosevelt», de *Cantos de vida y esperanza* (1905), empieza así: «Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman, / Que habría que llegar hasta ti, Cazador...»<sup>[41]</sup>.

El artículo de José Martí llegó también a la península ibérica. Así lo reconoce Juan Ramón Jiménez, que, en *Españoles de tres mundos*, escribe:

Martí, con sus viajes de destierro (Nueva York era a los desterrados cubanos lo que París a los españoles), incorporó los Estados Unidos a Hispanoamérica y España, mejor que ningún otro escritor de lengua española, en lo más vivo y más cierto. Whitman, más americano que Poe, creo yo que vino a nosotros, los españoles todos, por Martí. El ensayo de Martí sobre Whitman, que inspiró, estoy seguro, el soneto de Darío al «Buen viejo», en *Azul...*, fue la noticia primera que yo tuve del dinámico y delicado poeta de *Arroyuelos de otoño*<sup>[42]</sup>.

Whitman tuvo, a través de Martí y Darío, y de las traducciones que fueron llegando a la península —la primera de las cuales fue en catalán (*Fulles d’herba*), a cargo del mallorquín Cebriá Montoliu, en 1909<sup>[43]</sup>; después aparecería, en castellano, la del uruguayo Álvaro Armando Vasseur, en 1912— alguna influencia en las vanguardias hispánicas. Los ultraístas, sobre todo, le prestaron atención. Uno de sus adalides y principales teóricos, Guillermo de Torre, ya habló en un artículo muy temprano del «claror augural emergido de las cósmicas *Leaves of Grass* que nos legó el profético hijo de Manhattan<sup>[44]</sup>» y, como poeta, encabezó la primera sección de *Hélices*, publicado en 1923, con un epígrafe de Whitman<sup>[45]</sup>, a la vez que una de sus composiciones, «Canto dinámico», citaba admirativamente los versos iniciales de *Salut au monde*:

«¡Viajar! ¡Fluir! ¡Tránsito! ¡Ascensión! / “Dame la mano, Walt Whitman” — como dice el Atlante, el buen poeta gris, en su emocionado “Saludo mundial”—. / ¡Oh, la incitante trayectoria perimundial!»<sup>[46]</sup>. Pero De Torre fue también un notario magnífico de los ismos peninsulares y europeos, y dedica a Whitman, en su monumental *Literaturas europeas de vanguardia*, cuya primera edición data de 1925, un extenso capítulo, «El ejemplo de Walt Whitman», en el que, para caracterizarlo, recoge la expresión rubeniana —«muy antiguo y muy moderno»— y añade: «sus poemas se hallan tan cerca de los psalmos bíblicos como el *Barnabooth* de Larbaud». De Torre, con su prosa ultraísta y, por lo tanto, hiperbólica, define a Whitman, a base de oxímoros, como un monista pluralista y como un egoísta altruista: su poesía plenipotente, sin ornamentos, sin «arrequives retóricos», cuyo «asombro beato ante el mundo, [cuya] sed inagotable de una plural comunión cósmica cristaliza en esas largas enumeraciones», impele el entusiasmo fervoroso de los modernos, al que contribuye su carácter de precursor. De Torre se lo apropia como anticipador de la gesta contemporánea, y lo justifica con esta afirmación de Whitman: «Las verdaderas realidades son las imágenes»<sup>[47]</sup>. De Torre incluye también una sintética nómina de los escritores que habían dedicado atención al poeta norteamericano, en la que figuran Enrique Díez-Canedo, que tradujo al castellano tres poemas de Whitman y le publicó un homenaje en la revista *España* (núm. 217, de 5 de junio de 1919); Borges, «que en sus primeros poemas tenía más de un eco directo de *Leaves of Grass*»<sup>[48]</sup>; y Eugenio Montes y César A. Comet, ultraístas ambos, autores de sendos artículos en *Cervantes y Grecia*, respectivamente, con ocasión del centenario de Whitman<sup>[49]</sup>. A ellos suma De Torre los ascendientes de Miguel de Unamuno en *El canto adámico*<sup>[50]</sup>, la poesía del mallorquín Gabriel Alomar y *El sendero innumerable*, de Pérez de Ayala, uno de cuyos poemas, «La última novia», «traduce literalmente varias estrofas del *Canto a mí mismo* y parafrasea otras, transformándolas en el sentido central de su propia composición»<sup>[51]</sup>.

De todos ellos, el que más perdurablemente ha cultivado la admiración por Whitman ha sido Jorge Luis Borges, y no sólo en su etapa ultraísta española, de la que abjuraría con rapidez. Lo conoció en Ginebra, en 1916, cuando él, como joven que era, se sentía muy infeliz, y Whitman, en cambio, le pareció rebosante de felicidad<sup>[52]</sup>. El descubrimiento se produjo gracias a la traducción de Johannes Schlaf (*Ais ich in Alabama meinen Morgengang machte*: «Mientras daba mi paseo matutino en Alabama»), aunque Borges se dio cuenta enseguida de lo absurdo que era leer a un poeta norteamericano en alemán, y encargó un ejemplar de *Hojas de hierba* en inglés a Londres. Y añade el argentino: «Todavía recuerdo el volumen, forrado en verde. Durante un tiempo, pensé en Whitman



no sólo como un gran poeta, sino como el único poeta. De hecho, llegué a pensar que todos los poetas del mundo hasta 1855 se habían limitado a conducir hacia Whitman, y que no imitarlo era una demostración de ignorancia<sup>[53]</sup>». En *Discusión*, un conjunto de ensayos literarios y culturales publicado en 1932, Borges incluye dos sobre el poeta norteamericano, «El otro Whitman» y «Nota sobre Walt Whitman». En el primero alaba su fuerza avasalladora y, como ya hemos visto, menosprecia sus enumeraciones. Frente a esa «falseada imagen de Whitman: la de un varón meramente saludador y mundial, un insistente Hugo inferido desconsideradamente a los hombres por reiterada vez», Borges reivindica al poeta de «laconismo trémulo y suficiente, hombre de destino comunicado, no proclamado<sup>[54]</sup>». En el segundo, más extenso y también, a mi juicio, más interesante, señala algo que reiterará después en el prólogo a su traducción de *Hojas de hierba*: la melancólica distancia que se observa entre «el orbe paradisiaco de sus versos [y] la insípida crónica de sus días<sup>[55]</sup>», y subraya que, mientras otros dramatizan sus desdichas, Whitman poetiza su felicidad. También destaca su panteísmo: «Whitman, con impetuosa humildad, quiere parecerse a todos los hombres [...] [quiere] identificarse, en una suerte de ternura feroz», con todos ellos. *Leaves of Grass*, advierte, «es el canto de un gran individuo colectivo, popular, varón o mujer<sup>[56]</sup>». La conclusión de Borges no puede ser más elogiosa, casi épica: «Vasta y casi inhumana fue la tarea, pero no menor fue la victoria<sup>[57]</sup>».

En su poesía, Whitman inspira reconociblemente algunos de los poemas de su etapa ultraísta, como «Himno del mar», aparecido en el núm. 37 de *Grecia*, de 31 de diciembre de 1919, y aparece en varias composiciones de *El otro, el mismo*, publicado en 1964, en cuyo prólogo manifiesta su deseo de que se advierta la influencia del norteamericano en algunos poemas. En «Mateo 25, 30» habla del «sol, que vieron los maravillados ojos de Whitman» y concluye: «Has gastado los años y te han gastado, / Y todavía no has escrito el poema»; y en «Otro poema de los dones», compuesto enumerativamente, a la manera del autor de *Hojas de hierba*, Borges da las gracias por «Whitman y Francisco de Asís, que ya escribieron el poema». Pero es en «Camden, 1892» —el lugar donde residió Whitman los últimos años de su vida, y el año en que murió— donde expresa su mayor identificación con Whitman, al que presenta como un hombre próximo a su fin:

El olor del café y de los periódicos.  
El domingo y su tedio. La mañana  
y en la entrevista página esa vana  
publicación de versos alegóricos  
de un colega feliz. El hombre viejo

está postrado y blanco en su decente  
habitación de pobre. Ociosamente  
mira su cara en el cansado espejo.  
Piensa, ya sin asombro, que esa cara  
es él. La distraída mano toca  
la turbia barba y la saqueada boca.  
No está lejos el fin. Su voz declara:  
casi no soy, pero mis versos ritman  
la vida y su esplendor. Yo fui Walt Whitman<sup>[58]</sup>.

Sin embargo, el mejor fruto whitmaniano de Borges no fueron sus poemas ni sus ensayos, sino la traducción de *Hojas de hierba*, a la que dedicó cuarenta y cinco años de su vida: desde 1924 hasta 1969, cuando publicó un fragmento del libro en la editorial Juárez, de Buenos Aires. Se trata de una traducción parcial: sólo incluye *Canto de mí mismo* y algunas muestras de algunos otros libros de Whitman<sup>[59]</sup>, precedida por un prólogo que puede considerarse su mejor reflexión sobre el autor norteamericano. Retoma en él lo que ya sabemos enunciado en «Nota sobre Walt Whitman»: el decepcionante contraste entre «el deslumbramiento y [el] vértigo de *Hojas de hierba* [y] la laboriosa lectura de las piadosas biografías del escritor<sup>[60]</sup>», una idea que condice con su obsesión por la identidad y su desdoblamiento —o su multiplicidad—, y por el paralelismo implícitamente establecido, al socaire de esa inquietud, entre Whitman, heroico en sus versos y anodino en su vida, y el propio Jorge Luis Borges. A continuación, el argentino subraya que «Whitman se impuso la escritura de una epopeya de ese acontecimiento histórico nuevo: la democracia americana», y que lo logró: «Ejecutó con felicidad el experimento más audaz y más vasto que la historia de la literatura registra<sup>[61]</sup>». Para ello renuncia al héroe único de la tradición épica y crea otro, «símbolo de la populosa democracia, [...] innumerable y ubicuo, como el disperso dios de los panteístas». Esa extraña criatura, a la que dio el nombre de Walt Whitman, es «de naturaleza biforme: es el modesto periodista Walter Whitman, oriundo de Long Island, [...] y es, asimismo, el otro que el primero quería ser y no fue, un hombre de aventura y de amor, indolente, animoso, despreocupado, recorredor de América». A él sumó el autor de *Hojas de hierba*, en opinión de Borges, un tercer personaje: «el lector, el cambiante y sucesivo lector<sup>[62]</sup>», lo que supone la consumación de su inverosímil experimento.

La influencia de Whitman sigue haciéndose notar en Hispanoamérica, y sobre todo en Chile. Vicente Huidobro dedica su libro *Adán*, de 1916, a la memoria de Ralph Waldo Emerson, «que habría amado este humilde Poema<sup>[63]</sup>». Guillermo

de Torre califica el poemario de «versiculario whitmaniano-emersoniano», y Cedomil Goic considera que «tiene de whitmaniano la repetición anafórica y paralelística, y especialmente el tono exaltado en “Himno del sol”, prosopopeya en que habla el sol<sup>[64]</sup>». En el prefacio, Huidobro transcribe una larga cita de «El Poeta», el ensayo que había inspirado a Whitman. Los poemas recrean el mito adánico, al que también recurre Unamuno para hablar de Whitman, y cantan el deslumbramiento ante la naturaleza del primer habitante de la Tierra. Su visión es inaugural: las montañas y el mar, el día y la noche, los árboles y el agua, y también el amor y el odio, la vida y la muerte, surgen por primera vez. Adán nombra las cosas del mundo y se siente parte del mundo: una realidad más de esa naturaleza cegadora y auroral. Ahí radica, singularmente, su vinculación con el «Canto de mí mismo». En «Adán ante el mar» leemos:

¡Oh Mar! en ti están todas las posibilidades.

Tus aguas están traspasadas de sonoridades

y tu canto está tan adherido

y mezclado a ti mismo,

está contigo tan unificado

que nadie adivinara

si tu agua forma el canto

o si tu canto forma el agua<sup>[65]</sup>.

En *Altazor o el viaje en paracaídas*, su gran obra, publicada en 1931, Huidobro elude toda mención de autores o personas reales, excepto en el caso de Walt Whitman. En el prefacio del libro, y encabezando sendos homenajes al norteamericano, a André Gide, a Arthur Rimbaud y a Charles Dickens —aunque a los tres últimos no los identifica expresamente—, escribe el chileno: «Lo veo todo, tengo mi cerebro forjado en lenguas de profeta. [...] Aquel que todo lo ha visto, que conoce todos los secretos sin ser Walt Whitman, pues jamás he tenido una barba blanca como las bellas enfermeras y los arroyos helados<sup>[66]</sup>». Los puntos de contacto entre *Altazor* y *Hojas de hierba* han sido analizados con precisión por Félix Hangelini, que subraya las similitudes en la perspectiva poética, con el desdoblamiento y la multiplicación del sujeto hablante; en la relevancia simbólica del viaje; en las intertextualidades directas entre ambos libros y los rasgos estilísticos comunes; en la desacralización que tanto Whitman como Huidobro llevan a cabo, impulsados por un afán humanista o rehumanizador; y en la construcción del mito poético como estructura última del texto<sup>[67]</sup>.



Otro grande chileno, Pablo Neruda, debe mucho de su inspiración y de su poesía a Walt Whitman. En el poema III de la sección IX del *Canto general*, de 1950, convoca a Whitman, «hermano profundo», suscitador de su canto:

Walt Whitman, levanta tu barba de hierba,  
mira conmigo desde el bosque,  
desde estas magnitudes perfumadas.  
¿Qué ves allí, Walt Whitman?  
Veo, dice mi hermano profundo,  
veo cómo trabajan las usinas [...].  
¡Dame tu voz y el peso de tu pecho enterrado,  
Walt Whitman, y las graves  
raíces de tu rostro  
para cantar esas reconstrucciones!  
Cantemos juntos lo que se levanta  
de todos los dolores, lo que surge  
del gran silencio<sup>[68]</sup> ...

Antes, en el primer poema de esta misma sección, Neruda ya ha reconocido la ascendencia de Whitman en el espíritu americano y en su propia obra:

Bajo la noche de las praderas hace ya tiempo  
reposan sobre la piel del búfalo en un grave  
silencio las sílabas, el canto  
de lo que fui antes de ser, de lo que fuimos.  
Melville es un abeto marino, de sus ramas  
nace una curva de carena, un brazo  
de madera y navío. Whitman innumerable  
como los cereales, Poe en su matemática  
tiniebla, Dreiser, Wolfe,  
frescas heridas de nuestra propia ausencia,  
Lockridge reciente, atados a la profundidad,  
cuántos otros, atados a la sombra:  
sobre ellos la misma aurora del hemisferio arde  
y de ellos está hecho lo que somos<sup>[69]</sup> .

El *Canto general*, como señala Selena Millares, «está imbuido del aliento profético y visionario del Poeta Gris<sup>[70]</sup>», pero no es, ni mucho menos, el único reconocimiento expreso que hace Neruda al poeta estadounidense. El más explícito acaso sea la «Oda a Walt Whitman», de *Nuevas odas elementales*, publicado en 1955, en la que Whitman aparece retratado con «firmeza de pino patriarca, [...] extensión de pradera / y [...] misión de paz circulatoria<sup>[71]</sup>». En

este largo poema filiforme, Neruda reconoce que Whitman le enseñó a ser americano y a levantar los ojos de los libros; también, que desenterró al hombre y dio dignidad al esclavo humillado. Whitman es «bardo», «enfermero», «cuidador nocturno», «panadero» y «primo hermano mayor / de mis raíces, / cúpula de araucaria<sup>[72]</sup>», y su obra se proyecta en un presente sombrío, que niega los valores que el poeta defendiera:

Nuevos  
y crueles años en tu patria:  
persecuciones,  
lágrimas,  
prisiones,  
armas envenenadas  
y guerras iracundas,  
no han aplastado  
la hierba de tu libro,  
el manantial vital  
de su frescura.  
Y, ¡ay!  
los  
que asesinaron  
a Lincoln  
ahora  
se acuestan en su cama,  
derribaron  
su sitial  
de olorosa madera  
y erigieron un trono  
por desventura y sangre  
salpicado<sup>[73]</sup>.

Sin embargo, antes y después hay otros homenajes a Whitman, que revelan la admiración que Neruda sentía por él y la influencia de su obra en su propia poesía. Ya en el poema 6 de *El hondero entusiasta*, publicado en una fecha tan temprana como 1933, aparece, como epígrafe, una cita del poema «Saliendo de Paumanok». Después, en los últimos años de su producción, vuelve a comparecer la figura patriarcal e inagotable del norteamericano. En *Una casa en la arena*, de 1966, Neruda describe así el locomóvil que había en el jardín de su casa en Isla Negra: «Tan poderoso, tan triguero, tan procreador y silbador y rugidor y tronador! Trilló cereales, aventó aserrín, taló bosques, aserró

durmientes, cortó tablones, echó humo, grasa, chispas, fuego, dando pitazos que estremecían las praderas. Lo quiero porque se parece a Walt Whitman<sup>[74]</sup>». La enumeración de las acciones y la materialidad de los referentes se aplican por igual al aparato agrícola y al poeta norteamericano. En *Fin de mundo*, publicado apenas tres años después, en 1969, Neruda se lamenta de la pervivencia de modelos poéticos antiguos, ante la ausencia de valores contemporáneos. Escribe en el poema «El xix»: «Walt Whitman no nos pertenece, / se llama Siglo Diecinueve, / pero nos sigue acompañando / porque nadie nos acompaña<sup>[75]</sup>». Por último, el primer poema de *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*, publicado el mismo año de su muerte, 1973, se titula «Comienzo por invocar a Walt Whitman», y, sombríamente satírico, dice así:

Es por acción de amor a mi país  
que te reclamo, hermano necesario,  
viejo Walt Whitman de la mano gris,  
para que con tu apoyo extraordinario  
verso a verso matemos de raíz  
a Nixon, presidente sanguinario.

[...]

Pidiendo al viejo bardo que me invista,  
asumo mis deberes de poeta  
armado del soneto terrorista<sup>[76]</sup> ...

Pero hay que retroceder un poco, porque, antes de Pablo Neruda, otro autor esencial de la literatura del siglo XX, Federico García Lorca, había compuesto una no menos célebre «Oda a Walt Whitman», incluida en *Poeta en Nueva York*, publicado en 1940 (aunque la versión definitiva no se ha conocido hasta 2013). La figura y la poesía de Whitman llegarían a Lorca, probablemente, por el famoso soneto de Darío —de quien era un constante lector— y, después, por «contagio de los ultraístas», como ha señalado Ian Gibson<sup>[77]</sup>. También, según el testimonio de Luis Rosales —continúa Gibson—, Lorca conocía la antología de Whitman hecha por Vasseur, y es probable que, gracias a su amistad con Adriano del Valle, hubiera accedido asimismo a la apasionada «Salutación a Walt Whitman» de Fernando Pessoa, escrita bajo el heterónimo de Álvaro de Campos en 1915. Sin embargo, fue León Felipe, traductor de Whitman, el que, durante la estancia de Lorca en los Estados Unidos, entre los veranos de 1929 y 1930, lo impuso definitivamente en el conocimiento del poeta norteamericano. «Oda a Walt Whitman», enmarcada en la visión desoladora de una Nueva York deshumanizada, presa de un furor industrial, constituye una desgarrada

manifestación de las contradictorias pulsiones homoeróticas de su autor. Whitman encarna la figura del homosexual sobrio, apolíneo, enemigo de la borrachera y la promiscuidad, amigo de los camaradas; el «viejo hermoso Walt Whitman», con la «barba llena de mariposas», con los «hombros de pana gastados por la luna» y la «voz como una columna de ceniza», ese «anciano hermoso como la niebla», es un ser adánico y «macho», frente al que se despliegan «los maricas, / turbios de lágrimas, carne para fusta, / bota o mordisco de los domadores<sup>[78]</sup>». Lorca dirige una furibunda invectiva contra los afeminados, que es acaso lo que él rechazaba en sí mismo. La oda sigue cultivando la imagen de un Whitman que repudia las prácticas homosexuales abominables, para abrazar una homosexualidad que podría calificarse de pura, sin evidencias humillantes, sin perjuicio para nadie, sin violencia ni sumisión; una pureza, señala Gibson, que «no equivalía a la abstención, a la castidad, sino a la sinceridad, a la autenticidad<sup>[79]</sup>». Tras una segunda diatriba contra los maricas, más virulenta aún que la primera —«¡No haya cuartel! La muerte / mana de vuestros ojos...»<sup>[80]</sup>—, el poema concluye con una nueva estampa del poeta neoyorquino, en la que se le describe como guía y redentor:

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson  
con la barba hacia el Polo y las manos abiertas.  
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando  
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.  
Duerme: no queda nada.  
Una danza de muros agita las praderas  
y América se anega de máquinas y llanto.  
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda  
quite flores y letras del arco donde duermes  
y un niño negro anuncia a los blancos del oro  
la llegada del reino de la espiga<sup>[81]</sup>.

Un año después de la publicación de *Poeta en Nueva York*, otro poeta español, el ya citado León Felipe, exiliado en México, publica una singular traducción del *Canto de mí mismo*, que él traduce como *Canto a mí mismo* —tan singular que aún no hay acuerdo sobre si es una traducción o una paráfrasis—<sup>[82]</sup>, en la editorial argentina Losada, precedida por un prólogo en verso, compuesto por nueve poemas. Felipe, que ha vivido en Nueva York desde 1923 hasta 1930, conoce bien a Whitman, más aún, ha hecho de Whitman uno de sus faros poéticos. El aliento humano y el carácter profético y democrático de la poesía whitmaniana influyen decisivamente en su obra, como revelan sus *Versos y oraciones del caminante*, publicados, significativamente, en 1930.

También en *Ganarás la luz*, que data de 1943, y que acaso sea su mejor libro, aparece Whitman como ascendiente ineludible y como motivo de reflexión sobre la labor del traductor. Tanto en «La calumnia» como en «Estoy en mi casa», incluidos en la primera sección del poemario, «Algunas señas autobiográficas», Felipe expone algunos de los conceptos manejados en la traducción de *Canto de mí mismo*, aunque sobre un trasfondo crítico: su versión no ha tenido una acogida favorable —pese a lo cual se convertirá en una de las versiones más leídas del *Canto* de Whitman—, e incluso ha motivado alguna reacción virulenta, como la de Jorge Luis Borges en la revista *Sur*, en 1942. Allí decía el argentino: «Pese a las injurias de Swinburne (“emite en algo que puede parecerse al inglés versos no siempre flatulentos y cacofónicos”), la importancia de Whitman es evidente; sería lastimoso que algún lector, encandilado por la cifra 1941, lo juzgara por la versión errónea y perifrástica de Felipe<sup>[83]</sup>». Y hace, a continuación, el siguiente —y malévolo— ejercicio de traducción comparada:

Ejemplo: Whitman escribe (*Song of myself*, p. 40):

Todos los cuartos de la casa los pueblo con una fuerza armada:  
Mis amantes, burladores de tumbas.

Felipe, fiel a Núñez de Arce, prefiere (*Canto a mí mismo*, p. 142):

Toda esta habitación la lleno yo de una fuerza poderosa,  
de un ejército invencible,  
de elementos que me aman,  
de genios destructores de sepulcros

Whitman acaba así un poema (*Song of myself*, p. 34):

A las once de la mañana empezaron a quemar los cadáveres.  
Ésta es la relación del asesinato de cuatrocientos doce muchachos.

Felipe corrige esa brevedad (*Canto a mí mismo*, p. 127):

A las once comenzaron a incinerar los cadáveres.  
Y ésta es la historia del asesinato a sangre fría, de aquellos cuatrocientos doce soldados, gloria de los Guardias Montañeses, tal como la contaban en Texas cuando yo era muchacho.

Whitman acaba así otro poema (*Song of myself*, p. 12):

No se apresuran, cada hombre golpea en su lugar.

Felipe le regala onomatopeyas (*Canto a mí mismo*, p. 60):

Ninguno se precipita  
y todos dan en su sitio  
pin, pan, pin, pan, pin, pan...

Whitman escribe (*Song of myself*, p. 24):

Walt Whitman, un cosmos, de Manhattan el hijo,  
turbulento, carnal, sensual, comiendo, bebiendo, engendrando...

Felipe «traduce» (*Canto a mí mismo*, p. 88):

Yo soy Walt Whitman...  
Un cosmos. ¡Miradme!  
El hijo de Manhattan.  
Turbulento y fuerte y sensual;  
como, bebo y engendro...

Y concluye Borges: «La transformación es notoria; de la larga voz sálmica hemos pasado a los engreídos grititos del cante jondo. Guillermo de Torre salva este libro con un epílogo excelente, que encierra alguna traducción fidedigna del poeta calumniado por León Felipe<sup>[84]</sup>».

Frente a estos juicios adversos, Felipe defiende en los poemas antedichos de *Ganarás la luz* un concepto de la traducción que se basa en considerar lo traducido como perteneciente al patrimonio común de los hombres, de cuya letra —no de su espíritu, que debe ser preservado— estos pueden enseñorearse y moldear. En este caso, su apropiación del *Canto de mí mismo* de Whitman ha sido tan intensa, tan íntima, que casi se ha transformado en el propio autor, como revela en «La calumnia»:

¿Y si yo me llamase Walt Whitman? A este viejo poeta americano de la Democracia le he justificado yo, le he prologado, le he traducido, le he falsificado y le he contradicho. Sí, le he contradicho, ¿y qué? ¿No se ha contradicho él también? [...] Alguien me ha insultado porque no sé traducir. Y me ha llamado calumniador. Y acaso yo no sea más que un calumniador *de mí mismo*. [...] hay profesores sagaces de la palabra y del espíritu: eruditos y psiquiatras que saben muy bien de dónde viene el poeta, a dónde va y qué es lo que quiere decir. ¡Oh, sabios honorables, vigilantes y beneméritos! Gracias a vosotros, el poeta podrá morir ya tranquilamente. Vosotros cuidaréis de descifrar y de explicar el testamento<sup>[85]</sup>.

En el poema siguiente, «Estoy en mi casa», Felipe afirma de nuevo su posesionarse de lo traducido, su manipulación legítima de lo colectivo:

Lo que hago con el libro de Jonás y con el libro de Job, lo hago también con el de Whitman si se le antoja al viento. Cambio los versículos y los hago míos, porque estoy en un terreno mostrenco, en un prado comunal, sobre la verde yerba del mundo, *upon leaves of grass*. [...] Estoy en mi casa. Y yo, que



no me atrevería nunca a cambiar las frases de una gacetilla o los signos de una crónica temporal, no tengo empacho aquí, ahora, en cambiar a mi manera las palabras de Whitman y las palabras de Jehová. (En la crónica temporal, lo esencial es la palabra que nadie debe trastornar; en la crónica poética o en el versículo sagrado, lo esencial es el espíritu que yo no cambio nunca, aunque modifique las palabras y quiebre la forma). Los cantos 44 y 45 de *Song of Myself* están contenidos ya en el capítulo VIII de los Proverbios. Yo no sé si Whitman lo sabía. Los *scholars* dirán que casi es una paráfrasis. (Que lo discutan y lo aclaren, que ése es su oficio). Yo he entrado en la traducción de estos dos cantos con tanta libertad, que ahora mismo, al volver a leerlos, ya no sé si son de la Biblia, de Whitman o míos [...] <sup>[86]</sup>.

En el prefacio poemático a su traducción —o perífrasis— del *Canto de mí mismo*, «Habla el prólogo», León Felipe caracteriza a Whitman y a su más famoso canto, pero también desliza algunas consideraciones sobre la traducción. Así, en el poema primero, «¿Es inoportuna esta canción?», identifica la labor que ha realizado con la de «trasbordar las consignas poéticas eternas», con «trasvasar de un cuenco a otro cuenco las genuinas / esencias de los pueblos», con «llenar las copas de nuestros viejos alfareros / con vinos de otras cepas y de otros lagares <sup>[87]</sup>». Igualmente, señala: «Yo he traducido la palabra *happiness* por alegría <sup>[88]</sup>», una observación que acredita su tendencia a amoldar la literalidad a sus propios marcos conceptuales y culturales, en ocasiones muy alejados de aquélla, y que, por su importancia, se reitera en su poesía: «¡Oh, Walt Whitman! Tu palabrahappiness la ha borrado mi llanto», escribe en «Pero diré quién soy más claramente», un poema de *Ganarás la luz* <sup>[89]</sup>? En un hombre de izquierdas como Felipe, tal ocupación tiene un sentido solidario y abrazador: «sólo la política separa a los hombres: / [...] El eje del universo descansa sobre una canción, no sobre una ley <sup>[90]</sup>». En una situación de guerra planetaria, como en la que se encontraba el poeta cuando dio a conocer su trabajo (dicho en sus palabras: «cuando avanza el trueno para borrar con trilita la palabra libertad» <sup>[91]</sup>), él quiere presentar, «con verbo castellano, y en mi vieja manera de decir, / a este poeta del amor, de la fe y de la rebeldía <sup>[92]</sup>». Whitman es, para Felipe, un hijo de la tierra, sin genealogía ni títulos, que «viene sencillamente a cantar una canción <sup>[93]</sup>». Pero esa canción no trae nada nuevo: sólo pretende despertar el conocimiento enterrado en el espíritu de los hombres y mujeres: el conocimiento de su dignidad y de su plenitud. «Más que el poeta de la democracia, / es un poeta místico y heroico. // El *Canto a mí mismo* / no es más que una invitación al heroísmo que se le hace al *average man*, al hombre de la calle <sup>[94]</sup>». Los escribas, los eruditos, los arqueólogos, no

tienen nada que decir: su canto es un canto para todos, luminoso, igualitario, polifónico. Whitman no desdeña a ninguno, ni consagra diferencias ni privilegios para nadie; y se atreve a decir también: «aquí está la carne para el apetito natural<sup>[95]</sup>». Whitman es un poeta totalitario, cuyo totalitarismo es el del amor, opuesto al del odio. El poeta, en fin, carece de biografía: el *Canto a mí mismo* es su verdadera autobiografía. Sin embargo, concluye Felipe, «los grandes poetas no tienen biografía, / tienen Destino. / Y el Destino no se narra... / se canta... / Escuchad<sup>[96]</sup>».

Pero no son sólo los autores citados hasta ahora los que promueven y prolongan el legado de Walt Whitman en la literatura hispana del siglo XX. En Chile, donde ha tenido tan sobresalientes valedores, la influencia de Whitman se advierte asimismo en otros poetas fundamentales, como Gabriela Mistral, cuyos libros *Tala*, de 1938 —en especial, los himnos que integran el capítulo «América»—, y *Poema de Chile*, de 1967, revelan la cercanía temática entre ambos autores, un mismo trasfondo bíblico y, asimismo, un idéntico sentido de vinculación con la tierra; y Pablo de Rokha, en cuya obra la presencia de Whitman es perceptible desde el principio: una de las figuras de los Estados Unidos que recupera en la sección «Yanquilandia» de su libro *Los gemidos*, de 1922, es, precisamente, Walt Whitman:

Como un Dios que edificase poemas a bofetadas mentales, Walt Whitman está sentado, está sentado sobre la majestad de la vida con el entendimiento del corazón en Yanquilandia, la pierna *derecha* en Pekín y la pierna *izquierda en Berlín*, todo el cuerpo sobre todo el mundo, jugando *póker* con los muertos *sobre* el tapete azul de lo infinito, platicando con las estrellas y *oyendo, oyendo, oyendo* los ruidos cóncavos y trascendentales de la época, la perpendicular yanqui, las tonadas tristes, tristes que los pastitos nuevos de Manhattan, tiernos como niñitos, tiernos como pajaritos, tiernos como animalitos, entonan atardeciendo, amaneciendo, atardeciendo entonan y la voz de las granjas rústicas<sup>[97]</sup> ...

Rokha maneja una dicción enérgica, de un vigor próximo a la violencia, y expresa una permanente aspiración épica, en la que se inmiscuye lo lírico: su voz recuerda al verbo exaltado, pero a la vez sutil, del norteamericano. También participa de la pujanza inaugural y de la videncia whitmaniana: de esa capacidad para abarcarlo todo, para vislumbrarlo todo. El poeta, así —tanto Whitman como Rokha—, «recoge la inquietud, la alegría y el dolor de su pueblo, y no sólo lo consuela o lo celebra, sino que lo insta a construir su futuro, a reflexionar [sobre] su historia y [sobre] su presente», como ha señalado Andrés Morales<sup>[98]</sup>. También en *Canto del macho anciano*, de 1961, las semejanzas con el *Canto de*

*mí mismo* son reconocibles: el poeta contempla la vida pasada, próxima ya a extinguirse, y, con un verso dilatado, torturadamente oratorio, repasa los desengaños de su biografía y las devastaciones del mundo.

Entre las promociones más recientes, destaca asimismo el aliento de Whitman en la poesía de Raúl Zurita. Desde sus primeros libros, *Purgatorio*, de 1979, y *Anteparaíso*, de 1982, Zurita adopta una perspectiva coral, integradora de las voces múltiples del pueblo, que denuncia la opresión de la dictadura, revelando, entre otras cosas, un paisaje social y geográfico mancillado. Pero esta dicción múltiple, cercana a la epopeya, reflejo del espíritu colectivo, de su presente y de su pasado, no carece de yo: el yo del poeta, cuyas turbulencias se proyectan en —o se imbrican con— las de sus conciudadanos, estableciendo así una relación, o una identidad, muy whitmaniana, entre el ser de uno y el ser de todos; una proyección —o imbricación— que alcanza su paroxismo en *Zurita*, de 2013, en la que el sujeto individual, biográficamente reconocible, como el Walt Whitman del *Canto de mí mismo*, alumbró un yo lírico que abarca al mundo y personifica la historia.

En la República Dominicana encontramos *El Contracanto a Walt Whitman. Canto a nosotros mismos*, de Pedro Mir, de 1952, que empieza diciendo:

Yo,  
un hijo del Caribe,  
precisamente antillano.  
Producto primitivo de una ingenua  
criatura borinquena  
y un obrero cubano,  
nacido justamente, y pobremente,  
en suelo quisqueyano.  
Recorrido de voces,  
lleno de pupilas  
que a través de las islas se dilatan,  
vengo a hablarle a Walt Whitman,  
un cosmos,  
un hijo de Manhattan.  
Preguntarán  
¿quién eres tú?  
Comprendo.  
Que nadie me pregunte  
quién es Walt Whitman.  
Iría a sollozar sobre su barba blanca.  
Sin embargo,

voy a decir de nuevo quién es Walt Whitman,  
un cosmos,  
un hijo de Manhattan<sup>[99]</sup>.

El poema —que recuerda al *Canto personal* que compuso Leopoldo Panero como réplica al *Canto general* de Pablo Neruda, aunque sin el ánimo reaccionario de aquél— incluye, además de la composición prologal, diecisiete piezas más, cuya idea central es la desvirtuación del ideal democrático whitmaniano en América, secuestrado por el capitalismo estadounidense; un capitalismo que se ha lanzado al dominio, e incluso a la ocupación, de los países hispanos. El poema acaba con un canto a la esperanza: los poetas piden paz; los poetas justifican a Walt Whitman, y confían en recuperar, luchando junto a obreros, pioneros y campesinos, su espíritu auroral y fraterno.

Por último, el nicaragüense Ernesto Cardenal publicó *Canto cósmico* en 1989, un extensísimo poema, dividido en 43 cantigas, que puede considerarse la última gran onda expansiva de Whitman en la literatura en español del siglo XX, y en la que la visión panteísta, acumulativa, del poeta norteamericano se proyecta en una invocación a la totalidad de lo existente, donde confluyen el lenguaje de la física cuántica, la fe en Jesucristo y el testimonio histórico. La multitud de fuentes documentales que maneja Cardenal, en forma de citas, paráfrasis, glosas y traducciones, y su minuciosa atención a los objetos, a los fenómenos de la naturaleza, a la infinita pluralidad de lo real, recuerdan al Whitman que quería abarcar todo lo percibido por los sentidos, pero también todo lo imaginado por el alma, y a la diversidad léxica del estadounidense, que incluía lenguajes técnicos, coloquialismos, neologismos y extranjerismos, entre otras muchas manifestaciones del discurso humano. Como ha señalado Iván Carrasco, siguiendo a Coronel Urtecho, el *Cántico cósmico* es la *Divina Comedia* del siglo XX: «un macro-poema sobre el cosmos, su origen, su desenvolvimiento y su culminación; en otras palabras, una versión poética contemporánea del Génesis, la evolución y el Apocalipsis, escrita desde una visión científica mezclada con visiones poéticas, filosóficas, míticas y religiosas<sup>[100]</sup>».

#### 4. LA RECEPCIÓN CRÍTICA (NEGATIVA) DE *HOJAS DE HIERBA*

Pocos libros han suscitado tantas críticas, y aun tanta detestación, como *Hojas de hierba* en la historia de la literatura. Muchas de las reseñas que dieron cuenta de la aparición del poemario, sobre todo de sus dos primeras ediciones, en 1855 y 1856 —en las posteriores, las invectivas se fueron atenuando, aunque nunca desaparecieron, en parte porque aquella escritura escandalosa había perdido novedad, pero también porque muchos lectores habían descubierto sus méritos—, supusieron ataques enconados o insultos en toda regla. Hoy resulta fácil criticar a los críticos, o burlarse de sus métodos, y tildarlos de enjuiciadores carpetovetónicos o de lectores sin genio (aunque no sin ingenio: las pullas son a veces formidables) ni sensibilidad. Dejando aparte la cuestión de que los que se limitan a ejercer la crítica raramente son estetas de fuste, hay que recordar que la crítica suele ir un paso por detrás de la realidad, que tiende a acomodarse en lo consolidado y a consolidar lo acomodado. Y cuando esa crítica se practica en un país de raigambre puritana y hecho a la austera preceptiva de la poesía victoriana, el resultado acostumbra a ser una incomodidad indecible, y la consiguiente inflexibilidad exegética, ante cuanto vulnere las normas establecidas, unas normas que Whitman zarandeó violentamente. Alguien que, en los Estados Unidos, en 1855, escribe: «La cópula no es para mí más vergonzosa que la muerte» o «el aroma de estas axilas es más exquisito que todas las plegarias», como hace Whitman en el famoso poema 24 de *Canto de mí mismo*, está garantizándose, no sólo la incompreensión, sino el odio de muchos. En la atención que muchos diarios o publicaciones periódicas dispensaron a esa primera edición de *Hojas de hierba*, y también a las siguientes, alienta, no una inquina personal, y ni siquiera una discrepancia estética, sino, sobre todo, un estupor cultural, una ininteligibilidad social y casi cósmica, un sentimiento de pertenencia a un orbe nuclearmente distinto a aquél en que habitaba Whitman.

La mayoría de los reseñistas que atendieron a *Hojas de hierba* —muchos eran anónimos— demostraron sin ambages esa estupefacción y un rechazo que excedía el sarcasmo y rayaba en la crueldad. Los motivos son muchos, pero hay una singular coincidencia en la abominación del lenguaje indecoroso, reflejo de una actitud que se juzgaba antisocial. Los medios o analistas cristianos eran especialmente feroces en sus invectivas. También los críticos ingleses demostraron una amplia animadversión por la obra de Whitman. Rufus Wilmot Griswold, un crítico muy influyente de la época, suscribía esta reseña en *The Criterion*, publicada el 10 de noviembre de 1855:

En cuanto al libro, sólo podemos señalar que refuerza vigorosamente las doctrinas de la metempsicosis, dado que es imposible imaginar cómo puede haber concebido la fantasía de un hombre semejante montón de estúpida porquería, si no es por estar poseído por el alma de un asno sentimental que hubiera muerto de un amor no correspondido. Este *poeta* (?), carente de ingenio, pero con cierto salvajismo errabundo, sólo sirve para demostrar la energía de que es capaz, a veces, la imbecilidad natural, cuando es presa de una fuerte excitación<sup>[101]</sup>.

Griswold concluía su trabajo aclarando que no había incluido ninguna cita del libro reseñado, porque le había sido imposible encontrar alguna «que no ofendiera a oídos educados». Y subraya: «Los anales del crimen demuestran que muchos monstruos han quedado impunes, porque en la exposición de su vileza se ha obrado con demasiada indelicadeza». Su última afirmación, en latín, sugiere —y es una de los primeros en hacerlo— el delito de la homosexualidad de Whitman: «*Peccatum illud horribile, inter Christianos non nominandum*» [«ese pecado nefando, que no cabe mencionar entre cristianos»<sup>[102]</sup>].

Un reseñista anónimo de *The Saturday Review*, amante de los autos de fe, escribe el 15 de marzo de 1856: «Tras cinco o seis páginas como las que acabamos de citar, el señor Whitman se hace, de pronto, sumamente inteligible, pero sumamente obscuro. Si las *Hojas de hierba* llegaran a posesión de cualquiera, nuestro consejo es que las tire inmediatamente al fuego<sup>[103]</sup>». Otro, esta vez de *The Critic*, de Londres, afirma lo siguiente en su reseña del 1 de abril de 1856, con no menor saña inquisitorial:

Pero ¿qué derecho tiene este Walt Whitman a que lo consideren poeta? [...] Whitman conoce tanto el arte como un puerco las matemáticas. Sus poemas —convengamos en llamarlos así—, en número de doce, desconocen la rima, y a nada se parecen tanto como a los gritos de guerra de los pieles rojas. [...] La profundidad de sus indecencias será la tumba de su fama, o debería serlo, si queda en el mundo algún sentido de la dignidad. La naturaleza misma de las composiciones de este hombre nos exime de demostrar con extractos la verdad de nuestras aseveraciones, pero nosotros, que no somos gazmoños, declaramos enfáticamente que el hombre que ha escrito la página 79 de *Hojas de hierba* nada reclama con tanto merecimiento como el azote público. Walt Whitman difama lo más noble de la humanidad, y llama a su verbo libre la verdadera expresión del hombre; nosotros, acaso confundidos por la civilización, lo llamamos la expresión de una bestia<sup>[104]</sup>.



La revista satírica londinense *Punch* publicó, también anónimamente, este breve, «Una extraña hoja», en su edición del 26 de abril de 1856:

Un matón americano, que atiende por Walt Whitman y que se llama a sí mismo *kosmos*, ha publicado un libro desquiciado que lleva por título *Hojas de hierba*. Sólo podemos decir que estas *Hojas de hierba* merecen ponerse al nivel de aquel montón de basura titulado *Fern Leaves [Hojas de helecho]*, de Fanny Fern, una «materia verde» parecida. Los campos de la literatura americana necesitan desesperadamente un desherbaje<sup>[105]</sup>.

El irlandés Henry Ridgard Bagshawe se despachó a gusto en otro breve, aparecido en el número 41 de *The Dublin Review*, de septiembre de 1856:

Hemos hojeado este libro con asco y con asombro: asombro de que haya quien ose imprimir este fárrago de inmundicia, estas elucubraciones que se parecen más al desvarío de un borracho, o de alguien medio loco, que a lo que una persona sensata juzgaría adecuado ofrecer a la consideración de sus semejantes. Si estas atrevidas, confusas, descoyuntadas caricaturas del verso suelto tienen algún significado, es, por lo general, indecente, y varias veces execrablemente profano. No deberíamos haber prestado ni una línea de atención a semejante insulto a la decencia y al sentido común como es este libro<sup>[106]</sup>.

Una reseña anónima más, del 20 de diciembre de 1856, aparecida en *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, recupera los afanes incendiarios<sup>[107]</sup> e insta a que la justicia tome cartas en el asunto:

Encontramos en la mesa (y de ahí irá al fuego) un fino volumen en octavo [...] con el curioso título arriba indicado [*Hojas de hierba*]. No contribuiremos a que se venda más este libro intensamente vulgar, no, absolutamente bestial, informando a nuestros lectores de dónde pueden comprarlo. No pretenderemos más crítica que llamar públicamente la atención del gran jurado hacia un hecho que debe serle sometido, y sugerir modestamente que se interne a su autor en un manicomio, y a sus mercenarios editores en la cárcel, por condescender a los más salaces apetitos de los mórbidos sensualistas<sup>[108]</sup>.

William Rounseville Alger, alarmado porque los doce poemas de la primera edición de *Hojas de hierba* se hubieran ya convertido en treinta y dos, y amenazaran con hacerse cientos, o incluso miles, «con la pertinacia proverbial de las malas hierbas», decide compartir con el público la opinión que el libro de

Whitman le merece, en el número 60 de *The Christian Examiner*, de noviembre de 1856:

Esto no es una cuestión literaria principalmente, sino relativa a la esencia misma de la religión y la moralidad. El libro podría pasar por bravucón y ridículo, si no fuera algo mucho más ofensivo. En conciencia, debemos llamarlo impío y obsceno. [...] Lo tenemos por una de las peores desgracias [de la literatura americana], [...] En cuanto al estilo, es una impertinencia para con el idioma inglés; y en cuanto al sentimiento, una afrenta a la reconocida moralidad de las personas respetables. [*Hojas de hierba* es una] audacia itifálica que insulta lo que es más sagrado y decente entre los hombres<sup>[109]</sup>.

Algún crítico, como el que firma, de nuevo anónimamente, la reseña del *Boston Saturday Evening Gazette* del 26 de mayo de 1860, hace en su reseña una parodia del estilo de Whitman:

Mira aquí, Walt Whitman, ¿qué te ha llevado a escribir este libro, estas *Hojas de hierba*, llenas de buenos pensamientos, malos pensamientos, picaros pensamientos, nobles pensamientos?

Ideas políticas, impolíticas, incomprensibles, insensatas, inexpressivas, impuras, vigorizantes, oscurecibles e infoliadas.

¿Lo hiciste para ganar centavos, monedas, dólares, pasta gansa, parné, *cash*?

Ese Walt Whitman, ese humano Walt, puede remar, montar, disputar, agasajar, recuperar, refocilar<sup>[110]</sup>.

La lista es muy larga, y se extiende, como se ha dicho, hasta las últimas ediciones de *Hojas de hierba*, es decir, a lo largo de toda la vida del poeta. Como ejemplos de esta persistente abominación, basten dos trabajos. El primero es más que un artículo extenso: es un ensayo, con el título de «Los poemas de Walt Whitman», firmado por Peter Bayne y publicado en *The Contemporary Review* nada menos que en diciembre de 1875, en el que se puede leer lo siguiente:

El secreto de la sorprendente novedad de Whitman, el principio de su juego de manos, radica en la superficie y puede resumirse con una sola palabra: extravagancia. En todos los casos, conscientemente o no, se hace esta pregunta: ¿qué es lo más extravagante que puedo decir? ¿Qué es tan paradójico, hiperbólico, ilógico, indecente, insensato, que no se haya dicho antes, y que tampoco se diría hoy, y que, por lo tanto, podría causar sensación? [...] Incapaz de auténtica originalidad poética, Whitman tuvo la inteligencia de inventar un truco literario y la astucia de aferrarse a él<sup>[111]</sup>.

La segunda muestra es una larga reseña de la séptima edición de *Hojas de hierba*, de 1881, de la que es responsable Francis Fisher Browne. Se publicó en el número 2 de *The Dial* en enero de 1882. En ella dice Browne:

Su falta de sentido de lo que resulta adecuado poéticamente, su fracaso para entender el oficio de poeta, es ciertamente asombroso. Su incapacidad en este sentido es casi tan fenomenal como la de un pintor que fuera insensible a los matices del color, o la de un delineante que no percibiera las formas. En tanto que apóstol y cronista singular de la Naturaleza, hay algo inexplicable en esta cerrazón a reconocer la existencia del ritmo y la cadencia como elementos presentes tanto en la Naturaleza como el alma humana. A la vista de su desprecio feroz por todo lo que sea musical en poesía, sería una magnífica ironía del destino que sólo se le recordara por las escasas piezas que poseen esa calidad propia de una melodía para piano de la que él tanto se mofa: ese genuino y tierno «Mi capitán», y el excelente «Etiopía saluda a la bandera<sup>[112]</sup>».

Vale la pena subrayar también que Whitman, acaso para contrarrestar las críticas desfavorables, que él ya preveía furibundas, y, en cualquier caso, como muestra de su permanente convicción —en la que fue pionero— de que había que trabajar sin pausa por elaborar una imagen que contribuyera a su popularidad y su fama, como ha subrayado David Haven Blake en *Walt Whitman and the Culture of American Celebrity* («Walt Whitman y la cultura de la celebridad americana»<sup>[113]</sup>), escribió tres críticas de la primera edición de su propio libro, que se publicaron anónimamente en sendos medios literarios: la primera, muy extensa, titulada «Walt Whitman y sus poemas», apareció en el número 5 de *United States Review*, en septiembre de 1855; la segunda, mucho más breve, «Un chico de Brooklyn», vio la luz en el *Brooklyn Daily Times* el 29 de septiembre de 1855; y la tercera, «Un poeta inglés y uno americano», en la que comparaba su poemario con *Maud y otros poemas*, de Alfred Tennyson, se publicó en el número 22.4 del *American Phrenological Journal*, correspondiente a octubre de 1855. Es innecesario decir que todas las referencias a *Hojas de hierba* en estas críticas son muy elogiosas. Quizá por eso sus contemporáneos sospecharon desde el principio, y confirmaron muy pronto con regocijo, que su autor era el mismo que el de los poemas.

Pero las opiniones contrarias a la poesía de Whitman no se limitaron a letraheridos y gacetilleros. Las compartieron también grandes de la literatura en inglés de su tiempo, como Henry David Thoreau, Henry James, Algernon Charles Swinburne, George Santayana, D. H. Lawrence y el mismísimo Robert Louis Stevenson, entre otros. *Hojas de hierba* removió los cimientos de esa literatura

y la conciencia de quienes la practicaban, y el hecho de que tantos notables de las letras inglesas y americanas reaccionaran a su propuesta, en uno u otro sentido, revela con nitidez la magnitud y el atrevimiento del desafío. Thoreau, por ejemplo, mantuvo una actitud ambigua con respecto a Whitman, que se fue haciendo más favorable con el paso del tiempo, pero que, en sus inicios, en los que prevalecía una cierta desconfianza entre ambos, le llevó a manifestaciones como ésta: «[Whitman] no sólo estaba ansioso por hablar sobre sí mismo, sino que también era reacio a que la conversación se apartase de ese tema durante demasiado rato<sup>[114]</sup>».

Henry James publicó una demoledora reseña de *Redobles de tambor* en el núm. 1 de *The Nation*, de 16 de noviembre de 1865:

Este volumen es una ofensa contra el arte. No basta ser ceñudo, y basto, y descuidado; el sentido común también es necesario, puesto que por el sentido común se nos juzgará. Incluso en las mentes más elementales existe, en asuntos literarios, cierto instinto conservador, muy preciso y muy hábil para detectar excentricidades. A este instinto la actitud del señor Whitman le parece monstruosa. Es monstruosa porque pretende persuadir al alma mientras injuria al intelecto, porque pretende gratificar a los sentimientos mientras ultraja al buen gusto. Y la cuestión es que lo hace *basándose en una teoría*, deliberadamente, conscientemente, arrogantemente. Es ese jueguito de parvulario: «Abre la boca y cierra los ojos». A menudo, nuestros corazones alcanzan un compromiso con el sentido artístico, pero nunca en directa violación de éste. [...] En vano buscamos en este libro una sola idea. Nada hallamos, salvo pretenciosas imitaciones de ideas y una mezcla de extravagancias y lugares comunes. Cada página es una burla al arte, a la medida, a la gracia y al buen sentido, y nada positivo se nos ofrece en su lugar<sup>[115]</sup>.

Swinburne sigue el camino contrario al de Thoreau y D. H. Lawrence —como veremos a continuación— y se desdice de anteriores elogios a Whitman, en que lo había comparado con William Blake, con una brutal sátira, «Whitmania», publicada en el número de *Fortnightly Review* correspondiente a agosto de 1887:

Bajo las torpes y sucias pezuñas de un arpista cuyo plectro sea un rastrillo, cualquier melodía se volverá un caos de disonancias, aunque el motivo de la melodía sea el primer principio de la naturaleza: la pasión del hombre por la mujer o la pasión de la mujer por el hombre. Y el animalismo malsanamente demostrativo y prominente de la whitmaniada es tan antinatural, tan

incompatible con los sanos instintos de la pasión humana, como el inmundo e inhumano ascetismo de san Macario y Simeón el Estilita [...] La Eva del señor Whitman es una verdulera borracha, que se ofrece, indecente, en el fango, en la basura del arroyo, entre los desperdicios podridos de su tenderete volcado. Pero la Venus del señor Whitman es una puta hotentote bajo la influencia de la cantárida y el ron adulterado<sup>[116]</sup>.

George Santayana —que, hay que recordar, se llamaba Jorge Agustín Nicolás Ruiz de Santayana y Borrás, y había nacido en Madrid— dedicó a Whitman consideraciones muy críticas, aunque entreveradas de matices que ponderaban la vigorosa sencillez de su estro, en «La poesía de la barbarie», un ensayo incluido en *Interpretaciones de poesía y religión*, de 1900:

Todos los poetas antiguos son sofisticados en comparación [con Whitman] y dan prueba de una preparación moral e intelectual más amplia. Walt Whitman ha vuelto al inocente estilo de Adán, cuando los animales desfilaban ante él uno tras otro y él los llamaba por su nombre. [...] En Whitman la superficie lo es absolutamente todo y la estructura subyacente carece de interés y casi de existencia. [...] [En sus poemas] una multiplicidad de imágenes pasan ante él, y él se entrega a cada una, por turnos, con absoluta pasividad. El mundo no tiene interior: es una fantasmagoría de continuas visiones, vivida, impresionante, pero monótona y difícil de distinguir en la memoria. [...] Esta abundancia de detalles sin organización, esta riqueza de la percepción sin inteligencia y de la imaginación sin gusto, constituyen la singularidad del genio de Whitman<sup>[117]</sup>.

D. H. Lawrence urdió una crítica burlesca de la poesía de Whitman, que incluyó en sus *Studies in Classic American Literature* («Estudios de literatura americana clásica»), publicado en 1923. Paradójicamente, el escritor inglés remataba su mofa con una conclusión elogiosa, en la que calificaba al autor de *Hojas de hierba* de «único pionero». Escribe Lawrence:

¿Efectos post-mortem?

Pero ¿qué hay de Walt Whitman?

El «buen poeta gris».

¿Era un fantasma, con tanta corporalidad?

El buen poeta gris.

Efectos post-mortem. Fantasmas.

Cierta insistencia espantosamente cruel. Cierta potaje horrible de partes humanas. Cierta estridencia y cierto portento.

Cierta escabrosidad en sus beatitudes.

[...]

YO SOY EL QUE SE DUELE DE AMOR.

¿Qué te parece? yo soy el que se duele. Primera generalización. Primera incómoda universalización, ¡de amor! ¡Dios mío! Mejor un dolor de barriga. Por lo menos un dolor de barriga es específico. ¡Pero el dolor de amor!

Imagínate que lo tienes debajo de la piel. ¡Todo eso!

YO SOY EL QUE SE DUELE DE AMOR.

Walter, déjalo. Tú no eres el que. Sólo eres un Walter limitado. Y tu dolor no incluye todo el Dolor de Amor, en absoluto. Si te dueles de amor, sólo te duele un poquito, y queda tanto fuera, no cubierto por tu dolor, que podrías moderarte algo.

YO SOY EL QUE SE DUELE DE AMOR.

¡CHUCU, CHUCU, CHUCU!

¡CHUCU, CHUCU, CHUCU, CHUCU, CHUCU, CHU!

Le recuerda a uno una máquina de vapor. Una locomotora<sup>[118]</sup> ...

Robert Louis Stevenson dedicó también un largo capítulo de sus *Familiar Studies of Men & Books* («Estudios familiares de hombres y libros»), publicado en 1882, a la obra de Whitman. Su análisis no es enteramente negativo; por el contrario, reconoce, junto a lo que él cree errores, no pocos méritos, y dibuja un tapiz complejo, aunque notablemente crítico. Encabeza su aproximación con una descripción que se ha hecho célebre: «Whitman, como un enorme perro lanudo al que acabaran de desatar, recorría las playas del mundo ladrando a la luna». Luego se ocupa de su estilo, y dice:

Ha elegido un verso lírico, basto, sin rima [...]; a veces tan áspero y desaliñado que sólo puede describirse diciendo que no se ha tomado la molestia de escribir en prosa. Tengo para mí que lo eligió principalmente porque era fácil de escribir [...]. Según Whitman, por otra parte, «ha llegado la hora, en esencia, de romper las barreras formales entre la prosa y la poesía [...] para cumplir con los más sólidos propósitos de estos grandes estados interiores, y por Texas, y California, y Oregón», una afirmación que se encuentra entre los más felices hallazgos del humor americano. Él llama a sus versos «recitativos», en una alusión, fácil de reconocer, a la forma musical. «Acordes fáciles para dedos ágiles —grita—, siento el resonar de vuestro clímax y vuestro final». Con demasiada frecuencia, me temo, él es el único que percibe el ritmo, y, a despecho del señor Swinburne, una buena parte de su obra, si la juzgamos por su verso, es cosa pobre y desnuda. [...] Whitman tiene escasa consideración por la decencia literaria, y se siente exonerado de toda timidez. No tiene miedo de usar jergas ni de resultar



aburrido; tampoco, me permitiré añadir, de ser ridículo. El resultado es una muy sorprendente mixtura de ordinaria grandeza, afectación sentimental y perfecto sinsentido<sup>[119]</sup>.

Hemos dejado para el final dos expresiones de crítica literaria mucho más feroces aún que las anteriores, porque excedían el ámbito del debate estético. Una pretendía condenar no ideal, sino materialmente a su autor. Se trata de la acusación que sostuvo contra *Hojas de hierba* Oliver Stevens, el fiscal del distrito de Boston, discípulo del más notorio censor de la historia de los Estados Unidos, Anthony Comstock, en el proceso instado contra *Hojas de hierba* por la Sociedad de Nueva Inglaterra para la Supresión del Vicio. La otra aspiraba a hacer de Whitman un caso de enfermedad mental, una especificidad patológica: está en *Degeneración*, de Max Nordau, el médico, crítico social y líder sionista, publicado en 1892, que dedica a Whitman unos párrafos memorables.

El 1 de marzo de 1882, el fiscal Stevens, ante la demanda presentada por los partidarios de que *Hojas de hierba*, y también su autor, ardieran en el infierno, envió una carta a James R. Osgood, el editor del poemario, en que le instruía meliflua pero contundentemente: «Opinamos que este libro es de tal naturaleza que le resultan aplicables las previsiones de las leyes relativas a la literatura obscena, y sugerimos la conveniencia de retirarlo de la circulación y de eliminar todas sus ediciones». Stevens exigía que se suprimieran los poemas «Una mujer me espera» y «A una prostituta cualquiera», y que se hiciesen cambios en otras piezas. Osgood dejó de distribuir el libro y no volvió a reimprimirlo, pero Whitman no cedió a las exigencias del fiscal.

Por su parte, el inclemente Nordau se despacha así:

[Whitman] era un vagabundo, un réprobo y un libertino, y sus poemas contienen estallidos de erotomanía tan desvergonzados y tan carentes de arte que su paralelo en literatura difícilmente podría encontrarse seguido del nombre del autor. Debe agradecer su fama a esas piezas bestialmente sensuales que atrajeron la atención de todos los rijosos de América. Está moralmente enfermo: es incapaz de distinguir el bien del mal, la virtud del crimen. [...] [Un tonto americano, W. D. O'Connor] lo ha llamado «el buen poeta gris», pero nosotros sabemos que esta «bondad» —que es, en realidad, estupidez moral y sensiblería mórbida— suele acompañar a la degeneración y se manifiesta hasta en los más crueles asesinos, como Ravachol. [Whitman] padece de megalomanía [...]. Está místicamente loco. [...] En sus poemas patrióticos, es un sicofante de esa democracia americana que compra votos, soborna a los funcionarios, abusa del poder y se rinde al dólar [...]. Sus composiciones puramente líricas, con todos esos extáticos



«joh!» y «jah!», con sus frases cursis sobre flores, prados, la primavera y la luz del sol, recuerdan a los más áridos, dulzones y afeminados de nuestro viejo Gessner, felizmente enterrado y olvidado<sup>[120]</sup> ...

## 5. LAS TRADUCCIONES DE *HOJAS DE HIERBA* Y ESTA TRADUCCIÓN

La primera traducción de la poesía de Walt Whitman que se conoció en España fue, como ya se ha avanzado, la realizada en catalán por Cebriá Montoliu — traductor también de Shakespeare, Ruskin y Emerson—, en 1909. Se titulaba *Fulles d'herba*, y apareció en Barcelona, en la colección «Biblioteca Popular de *L'Aveng*». Incluía 24 poemas y un prólogo, escuetamente titulado «Walt Whitman», que se inicia con un apostrofe a los catalanes:

¿Queréis aspirar de un trago la triple esencia de un ideal nuevo, este nuevo sueño de industrialismo intenso y democrático, de exaltación nacional y fraternidad universal, que, procedente de las brumas bárbaras, ha venido a despertaros, oh, catalanes, de vuestro encantamiento medieval con una sacudida tan fuerte que ha puesto, verdaderamente, vuestra vida social en peligro? Leed a Walt Whitman<sup>[121]</sup>.

Insiste poco después Montoliu en que se escuche a Whitman, «el inspirado cantor de la nueva democracia sajona, convertida en estandarte del espíritu social moderno [...], verdadera personificación y verbo del espíritu yanqui<sup>[122]</sup>». Considera después a Whitman un profeta en el viejo sentido sibilítico: un vate iluminado. Su estilo se le antoja «una ausencia completa de estilo»: Whitman es un poeta antiliterario que no rehuye ni la vulgaridad de la palabra ni la crudeza de la expresión. En cuanto a ésta, Montoliu tiene la sensatez de sugerir, a pie de página, que todos aquéllos a los que escandalicen algunos pasajes de la Biblia, de Homero y los clásicos griegos, de Dante y de Shakespeare, harán muy bien en no leer *Hojas de hierba*, «cuya honda moralidad ha salido victoriosa de los formidables ataques que ha recibido<sup>[123]</sup>». Compara, en fin, a Whitman con Gorki, y subraya su verso libre, cuyo ritmo es antes ideológico que fónico.

No sería hasta 1912 cuando se conocería con alguna amplitud la poesía de Whitman en el mundo hispánico, gracias a la traducción del poeta modernista uruguayo Armando Vasseur, titulada, simplemente, *Poemas*, y publicada por la

editorial valenciana F. Sempere y Compañía. Seguía siendo una versión parcial, y, de hecho, relativamente pequeña de la producción total de Whitman, pero contenía ya 85 poemas. Por otra parte, no era una traducción del inglés, idioma que Vasseur no manejaba, sino, probablemente, del italiano, en concreto de la versión hecha por Luigi Gamberale en 1900, reeditada en 1907. En el prólogo que precede a la traducción, Vasseur vincula a Whitman con los anhelos de renovación que Baudelaire plasmó en sus *Poemas en prosa*, y afirma que algunos de los poemas del norteamericano «parecen escritos por la misma mano que grabara *El Bhagavat Glizta (sic)*, mientras que en otros se manifiesta como una reencarnación de *Kalidassa*<sup>[124]</sup>». Más adelante, sostiene que sólo Nietzsche, en *Los siete sellos*, alcanza su altura lírica. A ambos, a Whitman y a Nietzsche, los considera los mejores poetas del siglo XIX; y señala que los dos ejercieron de enfermeros en guerras: Whitman, en la de Secesión americana, y Nietzsche, en la franco-prusiana de 1870-1871. La traducción de Vasseur, pese a los errores propios de una traducción doble, hecha, además, por alguien que no conoce bien el idioma traducido, fue muy influyente: se publicó, en sucesivas ediciones, hasta la sexta, en 1951, para la que escribió un nuevo prólogo, publicado en el núm. 89 de la revista coruñesa *Alfar*, en el cual explica sus métodos de traducción y la historia de su versión, y discute las opiniones de George Santayana sobre la poesía de Whitman, de las que ya hemos visto alguna muestra. En 1954, en su imprescindible *Walt Whitman en Hispanoamérica*, Fernando Alegría analizó minuciosamente la traducción de Vasseur y expuso sus muchas incoherencias: errores de interpretación, cambios en los títulos, reordenaciones extrañas de los poemas, omisiones de versos, adiciones inexplicables y una constante tendencia a transformar en la traducción, o directamente eliminar, las referencias sexuales, y aún más cuanto pudiera sugerir el espíritu homoerótico del original. Vasseur también modificaba algunos de los rasgos fundamentales del estilo de Whitman, como sus famosos catálogos, transformando las comas en puntos o insertando paréntesis: prosificaba, así, un elemento capital de su lirismo, y le negaba sus resonancias himnicas. Francisco Alexander ha sintetizado los defectos de la traducción de Vasseur con este juicio lapidario: «por su escaso valor literario y su poca fidelidad, no es digna ni del poeta del Norte ni de nuestro idioma<sup>[125]</sup>».

El siguiente hito en el trasvase de Whitman al castellano es la traducción del *Canto de mí mismo*, de León Felipe, en 1941, de la que ya hemos hablado. Pocos años después, en 1945, apareció una primera selección de los poemas de Whitman traducidos por la poeta chilena Concha Zardoya, *Cantando a la primavera*, en la prestigiosa colección Adonáis, de la editorial Rialp<sup>[126]</sup>, e inmediatamente, en 1946, se publicó su más amplia traducción de la poesía del

norteamericano, con 150 poemas, en *Walt Whitman. Obras escogidas*, cuyo ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía firmaba la poeta<sup>[127]</sup>. La traducción de Zardoya supone otro importante salto cuantitativo en el conocimiento de Whitman en el mundo hispánico por la amplitud de la muestra, pero no está exenta de errores. Francisco Alexander, de nuevo, los ha resumido en el prólogo a su propia versión de *Hojas de hierba*: «La traducción de Concha Zardoya representa sin duda un progreso respecto de la de su predecesor [Vasseur], a pesar de ser casi invariablemente prosaica y bronca, y de que la traductora no siempre se muestra capaz de seguir al poeta en sus altos vuelos líricos<sup>[128]</sup>». Por su parte, Rodolfo Rojo ha señalado, con alguna crueldad, que el entusiasmo de Zardoya «por el poeta desborda el texto original<sup>[129]</sup>».

En estos años cuarenta, menudean las traducciones, siempre parciales, de la poesía de Whitman: encontramos *Walt Whitman, cantor de la democracia. Ensayo biográfico y breve antología*, de Miguel R. Mendoza (México, Secretaría de Educación Pública, 1946); *La última vez que florecieron las lilas en el patio*, de Arturo Torres Rioseco (México, Colección Literaria de la *Revista Iberoamericana*, 1946); *Saludo al mundo*, de Gregorio Gasrnan (Santiago de Chile, Librería Negra, 1949); y *Poesías*, de José María Espinos (Barcelona, Fama, 1953), entre otras. Es en 1953, precisamente, cuando aparece la primera traducción completa de *Hojas de hierba* en castellano: la hizo el ya mencionado Francisco Alexander, poeta y musicólogo ecuatoriano. Se publicó en Quito, en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, y se ha reimpresso y reeditado en varias ocasiones y sellos, la última de ellas en la editorial Visor, en 2006. Alexander explica, en el preámbulo a su traducción, que la empezó hacia 1928 o 1929 en Nueva York, «luego de mi deslumbramiento de adolescente ante las riquezas de la obra whitmaniana<sup>[130]</sup>»; como en el caso de Borges, pues, su labor fue lentísima, y le llevó varias décadas culminarla. Alexander subraya la importancia que tiene que Whitman se traduzca completo. A su juicio, «una antología de Whitman es un atentado, ya que *Hojas de hierba* es un todo orgánico y, en cierto modo, un solo poema de mil facetas [...]. Pero ese procedimiento [el de la antología] no cabe con Whitman, a quien es preciso presentar íntegro y cabal —la mutilación de un poeta como Whitman es inadmisibles<sup>[131]</sup>».

La traducción de Alexander es diligente, e incluye, además, cuatro de los cinco prólogos que Whitman incorporó a las sucesivas ediciones del poemario (seis, si consideramos como tal la carta dirigida a Emerson incluida en la de 1856), aunque no esté exenta de gazapos, como todas, ni sea cierto que contenga los 389 poemas de *Hojas de hierba*, «sin que falte ni un verso<sup>[132]</sup>». Versos faltan, como en todas: en el poema «La marcha en las hileras acosadas, y

la ruta ignorada», de *Redobles de tambor*, por ejemplo, dice Whitman: *Till after midnight glimmer upon us the lights of a dim-lighted building, / We come to an open space in the woods, and halt by the dim-lighted building, / 'Tis a large old church at the Crossing roads'...*, pero en la traducción el segundo verso desaparece: «Hasta que, pasada la medianoche, nos llega el resplandor de las luces de un edificio débilmente alumbrado, / Es una iglesia vetusta en la encrucijada...» (p. 661). En los últimos versos de este mismo poema encontramos otra omisión. Dice Whitman: *Then the eyes close, calmly close, and I speed forth to the darkness, / Resuming, marching, ever in darkness marching, on in the ranks, / The unknown road still marching*, pero Alexandre traduce: «Cierra los ojos, y me precipito afuera, a las tinieblas, / Marchando aún por la ruta ignorada» (p. 662<sup>[133]</sup>). Se pueden entender, no obstante, estas ausencias, por la espesura textual en la que ha de moverse el ojo del traductor, que puede fácilmente saltarse algún verso, o parte de un verso, sin advertirlo. En cualquier caso, la traducción de Alexander ha merecido los elogios de Rolando Costa Picazo, prologuista de la edición de Colihue, para quien

... revela un profundo conocimiento del poeta estadounidense, y un gran respeto por las características de su poesía. Reproduce sus efectos retóricos, sus catálogos y repeticiones, y logra verdaderos triunfos en la traducción de sus vuelos líricos. Hay grandes momentos en Alexander, como su versión del pasaje 21 de *Canto de mí mismo*, que hacia el final se eleva en un *crescendo* erótico de proporciones wagnerianas, y de la exuberante sección 24, del mismo poema, cuya traducción es la tumba de todos los que se atrevieron a emprenderla y carecían de ese toque poético que debe poseer todo traductor de poesía<sup>[134]</sup>.

Borges, que publicaría su traducción no mucho después de que Alexander diera a conocer la suya, en 1969, le dedica también algunos comentarios. Supone un reconocimiento que lo haga: es la única que menciona de todas las traducciones precedentes, y no en términos desfavorables: «He consultado con provecho la de Francisco Alexander (Quito, 1956), que sigue pareciéndome la mejor». No obstante, se apresura a matizar su beneplácito: «Aunque suele incurrir en excesos de literalidad, que podemos atribuir a la reverencia o tal vez a un abuso del diccionario inglés-español<sup>[135]</sup>».

De la traducción de Borges, de la que también hemos hablado ya, en el capítulo dedicado a la presencia de Whitman en las letras hispánicas, hay que decir que es la mejor de todas las publicadas, entendiendo por mejor la más precisa y, por la obvia razón de quien la compuso, la más literaria. En los poemas traducidos por Borges no se advierten las revueltas explicativas que se

aprecian en otras versiones: sus fórmulas no parecen constituir un asedio a la mejor forma de decir algo, y que inevitablemente nos dan la impresión de no haberlo logrado del todo, sino el hallazgo de la expresión más limpia y persuasiva posible. Pero esta nitidez transcriptiva tiene una contrapartida: a veces se excede. Borges tiene tendencia a despojar al lenguaje de Whitman de parte de su complejidad, que él acaso juzgue repetitiva o superflua, pero que forma parte indisociable de su sintaxis, es decir, de su música. En realidad, proyecta en el poeta norteamericano su propio afán de laconismo, su inclinación personal a reducir los versos a su más escueta formulación. Es lógico: la personalidad del traductor se proyecta en el traducido, por aséptica que quiera ser su versión. Borges simplifica, hasta cierto punto, a Whitman: elimina adjetivos, reduce o suprime repeticiones, aúna sintagmas. Las necesidades rítmicas, o el impacto superior de una expresión más breve, pueden justificar, a veces, esta depuración, pero cabe preguntarse si no se está vulnerando algo muy definitorio de Whitman, algo esencial de su ser poético: esa multiplicidad de palabras, esa arborescencia de voces, que refiere la exuberancia de su visión y de su manera de transformar esa visión en canto. En el poema 6 de *Canto de mí mismo*, por ejemplo, escribe Whitman: *A child said What is the grass? fetching it to me with full hands, / How could I answer the child? I do not know what it is any more than he;* y Borges traduce: «Un niño me preguntó: ¿Qué es la hierba?, trayéndola a manos llenas, / ¿Cómo podría contestarle? Yo tampoco lo sé». La traducción es correcta, pero acaso habría que completarla, para ser completamente fiel a Whitman, con el objeto indirecto *defetching* («cayéndomela») y un segundo verso que reconociera todas las repeticiones y estructuras del original: «¿Cómo podía contestar al niño? Yo no sé más de lo que sabía él».

A la traducción de Borges siguen muchas otras, de nuevo parciales: *Hojas de hierba*, de Leandro Wolfson (Buenos Aires, Fausto, 1976); *Hojas de hierba*, de Mirta Rosenberg (Barcelona, Adiaxs, 1982); *Canto a mí mismo*, de Roberto Mattson (Buenos Aires, Renglón, 1984); *Los poemas «Calamus»*, de Rodolfo Rojo (Santiago de Chile, Andrés Bello, 1984); *Hojas de hierba*, de Alberto Manzano (Barcelona, Teorema, 1984); *Hojas de hierba. Antología bilingüe*, de Manuel Villar Raso (Madrid, Alianza, 1995); *Hojas de hierba*, edición de José Antonio Gurpegui y traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán (Madrid, Espasa-Calpe, 1999); *Saludo al mundo y otros poemas*, de Carlos Montemayor (Buenos Aires, Colihue, 1999); y *La extensión de mi cuerpo*, de Antonio Rivero Taravillo (Madrid, Nórdica, 2014). De éstas, que mantienen, en general, un buen nivel, la más interesante quizá sea la de Wolfson, traductor y teórico de la traducción, que es muy amplia e incorpora un interesante aparato crítico, con

referencias específicas a las particularidades expresivas y conceptuales de Whitman, y un buen volumen de notas.

Cabe destacar, por último, dos traducciones íntegras de la poesía de Whitman, que se suman a la de Alexander: *Poesía completa*, en dos tomos, del uruguayo Pablo Mañé Garzón (Sant Cugat del Valles, Ediciones 29, 1978), y la reciente *Hojas de hierba*, del argentino Pablo Ingberg (Buenos Aires, Losada, 2009). La traducción de Mañé, pintor además de traductor, ha sido abundantemente reeditada tanto en la colección en la que vio la luz como en otros sellos editoriales; sin ser mala, y con ocasionales aciertos, no brilla, es verbosa e incurre asimismo en errores flagrantes. La de Pablo Ingberg merece una consideración aparte, porque ni siquiera está escrita en español, aunque a ratos lo parezca: se diría hecha por el traductor de Google. Por ejemplo, esto escribe Whitman: *Ages back in ghostly millions frowning there behind us urging*, y así lo traduce Ingberg: «Eras atrás en ceñudos millones espectrales detrás de nosotros instándonos» (p. 455); o bien Whitman: *For great campaigns of peace the same the wiry threads to weave, / We know not why or what, yet weave, forever weave*, e Ingberg: «Para grandes campañas de paz lo mismo los hilos alambrescos tejer, / No sabemos por qué o qué, aunque teje, por siempre teje» (p. 901). Y cuando el norteamericano escribe: *Prais'd be the fathomless universe, / [...] for the sure-entwinding arms of cool-enfolding death*, el traductor hace un alarde de sintaxis adaptativa y espíritu de vanguardia, y traduce: «Loado sea el insondable universo, / [...] por los certiciñentes brazos de la frigi-envolvente muerte» (p. 641).

Traducir *Hojas de hierba*, en cualquier caso, es un reto formidable. En primer lugar, por su volumen. Como sabemos, Whitman amplió la edición inicial de 1855 hasta prácticamente su muerte: la última edición, la «del lecho de muerte», apareció apenas unos meses antes de que su autor falleciera en 1892. Se trata, pues, de la obra de toda una vida, incansablemente acrecida y modificada, del mismo modo en que, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez ampliaba y corregía la suya. La edición final de *Hojas de hierba* que se considera la más fiable y completa, contenida en *Complete Poetry and Collected Prose*, de Justin Kaplan, publicada en 1982, y que es la que hemos tenido en cuenta para nuestra traducción, suma 389 poemas y 490 páginas. Si, insatisfechos con este desafío, queremos traducir también la versión de 1855, que presenta diferencias significativas con la de 1891, el número de páginas crece hasta 608. Y si le añadimos los olvidables poemas de juventud y la poesía fragmentaria y dispersa que Whitman no quiso o no supo recoger en las sucesivas ediciones de *Hojas de hierba*, se acerca a las 700.

Otra dificultad muy notable de la poesía de Whitman son las particularidades de su vocabulario, y no sólo porque describan una realidad, ya remota, de un país en construcción —«el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo», escribe Gabriel García Márquez al principio de *Cien años de soledad*: una cita que conviene singularmente a *Hojas de hierba*—, sino por sus barbarismos y neologismos, con los que pretende dar una forma específica a su particular visión del mundo, tributaria de un conjunto heteróclito de credos e intereses, en el que, como hemos visto, confluían el trascendentalismo de Emerson y la frenología. Esta voluntad de acomodar el lenguaje a las necesidades de su pensamiento, aunque ello supusiera dar sentidos anómalos a las palabras o forzarlo hasta la ruptura, hace que sea muy difícil, a veces, encontrar las correspondencias adecuadas en castellano; con frecuencia, no existen, y hay que recurrir a los mismos mecanismos de flexión o derivación empleados por el poeta para hallar una opción admisible. Whitman habla, por ejemplo, de «adhesividad» o «amatividad», de «eídolos» o «afflatus», de «palabra En Masa» o «camerados», o bien cuenta las fechas, como hacían los cuáqueros, a partir de 1776, año de la declaración de independencia de los Estados Unidos. A ello se suma el espíritu democrático de su lenguaje, connatural a la épica democrática de su poesía, y que le impulsa a utilizar todo el arco léxico, desde cultismos y arcaísmos hasta vulgarismos o jergas profesionales. Son reseñables, en este sentido, los muchos términos propios de la carpintería, el oficio de su padre y, durante algún tiempo, también el suyo —en un verso, por ejemplo, incluye una palabra tan chirriante como «machihembrado», que yo he preferido traducir por «ensambladura»—, o de la tipografía, que él asimismo ejerció, *pro pane lucrando*, en su juventud. Como criterio general, se han respetado las particularidades léxicas presentes en *Hojas de hierba* —porque caracterizan materialmente el mundo descrito, o creado, por Whitman, y le dan un sabor propio: la extrañeza que generan es la misma que suscitaban entre sus contemporáneos—, pero no los rasgos ortográficos, que no aportan, a mi juicio, significación alguna y que obedecen, en muchos casos, a convenciones hoy abolidas, como la mayúscula inicial de verso —aunque Henry James, cáustico como siempre, la considerara el único indicio de que Whitman escribía en verso—, o la anomalía consistente en escribir «kosmos» por «cosmos» o «Kanada» por «Canadá». He preservado, no obstante, las mayúsculas enfáticas, porque son semánticamente relevantes.

Señalo una tercera característica de *Hojas de hierba* que dificulta su traducción: el ritmo que imprime su voz, un ritmo dilatado, versicular y enumerativo; una cadencia en la que se combina la lentitud de la dicción



amplia, pensada para la tribuna o el espacio abierto, y la velocidad que imprime la acumulación de acontecimientos, paisajes y caracteres. En el Archivo Walt Whitman ([www.whitmanarchive.org](http://www.whitmanarchive.org)) consta la que se cree única grabación de la voz del escritor, recitando cuatro versos del breve y tardío poema «América», que no se incluye en *Hojas de hierba*, hecha en 1889 o 1890, y contenida en un cilindro de cera, por Thomas Alva Edison. Superada la emoción que infunde oír a Whitman, como si de repente se levantara de la tumba, sorprende su prosodia, lentísima, que se entretiene en cada sílaba, en cada fonema, y su tono augusto, grandilocuente. No es ésta, sin embargo, la sensación que dan sus poemas a quien haya de traducirlos, siempre encabritados, siempre zarandeando las palabras, o exprimiéndolas, para hacer que digan más, para que reverberen con más intensidad, y, a la vez, con más ligereza, en la conciencia del lector. En su génesis se encuentran la Biblia, la epopeya antigua y la ópera, de la que Whitman era un amante apasionado —en sus poemas abundan el vocabulario musical y las alusiones a tenores y sopranos—, y sin la cual, como él mismo confesó, no habría escrito *Hojas de hierba*. Por eso resulta muy útil leerlos, en primer lugar, en voz alta: su cadencia, muy teatral, sugiere una audiencia expectante y sobrecogida —como la que él quería tener al principio de su vida, cuando aspiraba a ser orador y no poeta—, y comunica matices semánticos que pasarían inadvertidos en una mera lectura en silencio. En este contexto, una dificultad particular son las repeticiones, que constituyen un rasgo esencial del estilo de Whitman, y que deben preservarse, pero haciéndolos encajar, me parece, en el molde del castellano, un idioma más austero y hasta hostil a la reiteración. También me preocupa la puntuación de Whitman, acaso deudora de esta misma agitación, pero sumamente imprecisa, cuando no errónea; una puntuación en la que los traductores que me han precedido no suelen reparar, como si sólo hubiera que traducir las palabras y no los signos que las ordenan. Una de las tareas, pues, a las que me he aplicado con más dedicación ha sido a ajustarla al sentido que, en mi opinión, tienen los versos. Es arriesgado, porque confundir una coma o un punto puede trastocar asimismo el significado, y porque, y más importante, ese ajuste no puede interrumpir la concatenación alborotada, pero casi siempre esticomítica, de la poesía de Whitman, ni desvirtuar, de este modo, su fluir hímnico, que es una de sus mayores potencias; pero también es muy satisfactorio, porque, si se acierta, el verso brilla con una nitidez insólita: significa más, o significa mejor. He tratado, por todos los medios, de conservar la complejidad del fraseo whitmaniano, tan proustiano, con sus enumeraciones, sus cláusulas extensas, sus oraciones enclavadas en otras oraciones, sus paréntesis y sus ramificaciones, a pesar de que a veces la sintaxis se enreda hasta tal punto que uno ya no sabe cuál es el

antecedente, o el sujeto de la oración, o a qué califican los adjetivos. Los gerundios, de los que Whitman se sirve con prodigalidad, han sido difíciles de manejar, primero, porque suspenden la acción descrita, que suele multiplicarse en complementos directos, y, segundo, porque tienen unas connotaciones administrativas en castellano que resultan indigestas. En general, pues, he procurado sustituirlos por formas personales de los verbos, manteniendo, no obstante, su sentido acumulativo y, en la medida en que me ha sido posible, la dilatación temporal que introducen en el pasaje.

No acaban aquí los problemas: a veces, uno no sabe a qué género traducir los términos empleados por Whitman (como *esehugging and loving bed-fellow* que Borges supone mujer —«la compañera amorosa que comparte mi lecho»—, pero que hay las mismas razones para pensar que se trata de un hombre, es más, conociendo la biografía de Whitman, es casi seguro que se trata de un hombre) ni, más a menudo todavía, a qué número hacerlo, singular o plural. ¿Se dirige Whitman a una sola persona, a un individuo, a otro yo tan único como el suyo, o más bien, como poeta épico que es, a una pluralidad de oyentes, a una multitud de ciudadanos, a la comunidad potencialmente infinita de lectores? De vez en cuando, el contexto me ha dado la respuesta, o me ha ayudado a encontrarla; en otras ocasiones, el sentido profundo del poema me ha orientado en una u otra dirección; en algunas más, me temo, mi opción no tiene otro sostén que la intuición o la musicalidad, y la contraria es igualmente válida. Para esos casos, y para todos aquellos otros, que seguramente no serán pocos, en los que me haya equivocado, solicito la indulgencia del lector. En mi descargo invoco la complejidad y la espesura de la obra traducida, que son simultáneas a su belleza.

Mi traducción sigue la edición de Walt Whitman, *Complete Poetry and Collected Prose* [«Poesía completa y prosa reunida»], con selección, notas y cronología de Justin Kaplan, publicada por The Library of America (Nueva York, 1982). También he consultado Walt Whitman, *Leaves of Grass and Other Writings* [«Hojas de hierba y otros escritos»], edición de Michael Moon (Nueva York-Londres, W. W. Norton & Company, Inc., 2002), que es una versión corregida y aumentada de la «Norton Critical Edition» de Sculley Bradley y Harold W. Blodgett, publicada en 1965. La versión de *Hojas de hierba* traducida corresponde a la «edición del lecho de muerte», que en la edición de Kaplan aparece como *Leaves of Grass (1891-1892)* (pp. 147-655). Los originales de los prólogos se encuentran en las siguientes páginas: edición de 1855, pp. 5-26; edición de 1872, pp. 1000-1005; edición de 1876, pp. 1005-1014; edición de 1891, «Una mirada recorrida a los caminos recorridos», pp. 656-672; segundo anexo de la edición de 1891: pp. 637-638. Las crónicas en prosa se incluyen en

la sección *Complete Prose Works (1892)*: a *Specimen Days* [«Días ejemplares»] pertenecen «Paumanok, and My Life on It As Child and Young Man» [«Paumanok, y mi vida en ella de niño y de joven»] (p. 696-698), «Printing Office.-Old Brooklyn» [«La imprenta. El viejo Brooklyn»] (pp. 699-700), «Battle of Bull Run, July, 1861» [«Batalla de Bull Run, julio, 1861»] (pp. 708-711), «Down at the Front» [«En el frente»] (p. 712), «After First Fredericksburg» [«Tras el primer Fredericksburg»] (pp. 712-713), «Hospital Scenes and Persons» [«Escenas y personas en el hospital»] (pp. 715-717), «Abraham Lincoln» [«Abraham Lincoln»] (pp. 732-734) y «A Glimpse of War's Hell-Scenes» [«Un vistazo a terribles escenas de guerra»] (pp. 748-749); a *Collect* [«Compendio»], «Death of Abraham Lincoln» [«Muerte de Abraham Lincoln»] (pp. 1036-1047); y a *November Boughs* [«Ramas de noviembre»], «The Spanish Element in Our Nationality» [«El elemento español de nuestra nacionalidad»] (pp. 1146-1148). La carta de Ralph Waldo Emerson a Walt Whitman y la carta con la que éste le respondió aparecen en *Supplementary Prose*, pp. 1326-1337.

En cuanto a las notas que acompañan a la traducción, sólo pretenden proporcionar al lector una información que puede serle útil para comprender mejor el poema o el contexto en el que fue escrito. Se trata, en casi todos los casos, de notas que aclaran cuestiones lingüísticas, o que aportan datos sobre los hechos o personajes mencionados en los poemas. Son, pues, fácticas y no interpretativas: su propósito no es la glosa ni la exégesis literaria, sino sólo la resolución de dudas y la compañía discreta.

Quizá convenga, por último, exponer las razones por las que se ha optado por traducir el conjunto de *Hojas de hierba* y no sólo la edición de 1855 (o cualquiera de las posteriores, cada una de las cuales es alabada por algún motivo singular en la trayectoria poética de Whitman). Cuenta la de 1855 con muchos partidarios, que sostienen que es preferible, por recoger más genuinamente el impulso original —poderoso, imaginativo, sin afectación— que motivó su escritura. Entre ellos destacan Gay Wilson Allen, uno de sus mejores biógrafos, e Ivan Marki, que ha hecho una vehemente defensa de la primera edición como la mejor de Whitman en *The Trial of a Poet: An Interpretation of the First Edition of Leaves of Grass* [«La prueba de un poeta: una interpretación de la primera edición de *Hojas de hierba*»] (Nueva York, Columbia University Press, 1976). Harold Bloom, en cambio, aunque parece suscribir esta opinión al afirmar que «como solía ocurrir, la primera idea de Whitman fue la mejor», considera luego que, de las seis piezas canónicas de *Hojas de hierba*, sólo dos —*Canto de mí mismo* y «Los durmientes»—, pertenecen a la primera edición<sup>[136]</sup>. Otros, como Francisco Alexander, sostienen, a mi juicio con razón, que la obra de Whitman constituye una totalidad indivisible, si se la quiere entender como

el poeta la concibió, dinámica, globalmente, y no sólo en alguna de sus fases o aspectos. El criterio decisivo lo aporta el propio Whitman, que cerró su obra con la indicación de que consideraba la de 1891 la versión definitiva de *Hojas de hierba*, y que era la que debía publicarse en el futuro, si se daba esa oportunidad. En mi opinión, la obra de toda una vida, que ha crecido orgánicamente, fruto de sucesivas ampliaciones y una interminable corrección, con la que el poeta se muestra conforme, y cuyos hallazgos no se limitan a la entrega inicial, sino que se extienden hasta sus últimas páginas, no debe amputarse por un criterio selectivo basado exclusivamente en la estimación subjetiva. Traducir sólo la primera edición, o una parte cualquiera de su obra, supone sustraer al lector una parte sustancial, y muy meritoria, de su hercúlea labor como poeta.

EDUARDO MOGA

## PRÓLOGO

Quienes pasan del deslumbramiento y del vértigo de *Hojas de hierba* a la laboriosa lectura de las piadosas biografías del escritor, se sienten siempre defraudados. En las grisáceas y mediocres páginas que he mencionado, buscan al vagabundo semidivino que les revelaron los versos y les asombra no encontrarlo. Tal, por lo menos, ha sido mi experiencia personal y la de todos mis amigos. Uno de los propósitos de este prólogo es explicar, o intentar una explicación, de esa desconcertante discordia.

Dos libros memorables aparecieron en Nueva York el año 1855, ambos de índole experimental, ambos muy distintos. El primero, inmediatamente famoso y ahora relegado a las antologías escolares o a la curiosidad de los eruditos y de los niños, fue el *Hiawatha* de Longfellow. Este quiso donar a los pieles rojas que habían habitado New England una epopeya profética y mitológica en lengua inglesa. En pos de un metro que no recordara los habituales y que pudiera parecer aborígen, recurrió al Kalevala finlandés que había forjado —o reconstruido— Elías Lönnrot. El otro libro, entonces ignorado y ahora inmortalizado, fue *Hojas de hierba*.

He escrito que los dos eran distintos. Innegablemente lo son. *Hiawatha* es la obra meditada de un buen poeta que ha explorado las bibliotecas y que no carece de imaginación y de oído; *Hojas de hierba*, la inaudita revelación de un hombre de genio. Las diferencias son tan notorias que resulta increíble que ambos volúmenes fueran contemporáneos. Un hecho, sin embargo, los une: los dos son epopeyas americanas.

América era entonces el símbolo famoso de un ideal, ahora un tanto gastado por el abuso de las urnas electorales y por los elocuentes excesos de la retórica, aunque millones de hombres le hayan dado, y sigan dándole, su sangre. El orbe entero tenía puestos los ojos en América y en su «atlética democracia». Entre los testimonios innumerables, básteme ahora recordar al lector uno de los epígrafes de Goethe (Amerika, du hast es besser...). Bajo el influjo de Emerson, que de algún modo siempre fue su maestro, Whitman se

impuso la escritura de una epopeya de ese acontecimiento histórico nuevo: la democracia americana. No olvidemos que la primera de las revoluciones de nuestro tiempo, la que inspiró la revolución francesa y las nuestras, fue la de América y que la democracia fue su doctrina.

¡Cómo cantar de un modo condigno esa nueva fe de los hombres! Había una respuesta evidente; la que hubiera elegido, tentado por las facilidades de la retórica o por la mera inercia, casi cualquier otro escritor. Urdir laboriosamente una oda o tal vez una alegoría, no desprovista de interjecciones vocativas y de letras mayúsculas. Whitman, felizmente, la rechazó.

Pensó que la democracia era un hecho nuevo y que su exaltación requería un procedimiento no menos nuevo.

He hablado de epopeya. En cada uno de los modelos ilustres que el joven Whitman conocía y que llamó feudales, hay un personaje central —Aquiles, Ulises, Eneas, Rolando, El Cid, Sigfrido, Cristo— cuya estatura resulta superior a la de los otros, que están supeditados a él. Esta primacía, se dijo Whitman, corresponde a un mundo abolido o que aspiramos a abolir, el de la aristocracia. Mi epopeya no puede ser así; tiene que ser plural, tiene que declarar o presuponer la incomparable y absoluta igualdad de todos los hombres. Semejante necesidad parece conducir fatalmente a un mero fárrago de la acumulación y del caos; Whitman, que era un hombre de genio, sorteó prodigiosamente ese riesgo. Ejecutó con felicidad el experimento más audaz y más vasto que la historia de la literatura registra.

Hablar de experimentos literarios es hablar de ejercicios que han fracasado de una manera más o menos brillante, como las *Soledades* de Góngora o la obra de Joyce. El experimento de Whitman salió tan bien que propendemos a olvidar que fue un experimento.

En algún verso de su libro, Whitman recuerda telas medievales con muchos personajes, algunos aureolados y preeminentes, y declara que se propone pintar una tela infinita, poblada de infinitos personajes, todos con sus aureolas. ¿Cómo ejecutar semejante hazaña? Whitman, increíblemente, lo hizo.

Necesitaba, como Byron, un héroe, pero el suyo, símbolo de la populosa democracia, tenía que ser innumerable y ubicuo, como el disperso dios de los panteístas. Elaboró una extraña criatura que no hemos acabado de

entender y le dio el nombre de Walt Whitman. Esa criatura es de naturaleza biforme; es el modesto periodista Walter Whitman, oriundo de Long Island, que algún amigo apresurado saludaría en las aceras de Manhattan, y es, asimismo, el otro que el primero quería ser y no fue, un hombre de aventura y de amor, indolente, animoso, despreocupado, recorredor de América. Así, en alguna página de la obra, Whitman nace en Long Island; en otras en el Sur. Así, en una de las piezas más auténticas del *Canto de mí mismo*, refiere un episodio heroico de la guerra de México y dice haberlo oído contar en Texas, donde no estuvo nunca. Así, declara haber sido testigo de la ejecución del abolicionista John Brown. Los ejemplos podrían multiplicarse abrumadoramente; casi no hay página en que no se confundan el Whitman de su mera biografía y el Whitman que anhelaba ser y que ahora es, en la imaginación y en el afecto de las generaciones humanas.

Whitman ya era plural; el autor resolvió que fuera infinito. Hizo del héroe de *Hojas de hierba* una trinidad; le sumó un tercer personaje, el lector, el cambiante y sucesivo lector. Este ha tendido siempre a identificarse con el protagonista de la obra; leer Macbeth es de algún modo ser Macbeth. Walt Whitman, que sepamos, fue el primero en aprovechar hasta el fin, hasta el interminable y complejo fin, esa identificación momentánea. Al principio recurrió al diálogo; el lector conversa con el poeta y le pregunta qué oye y qué ve o le confía la tristeza que siente por no haberlo conocido y querido. Whitman responde a sus preguntas:

«Veo al gaucho que cruza la llanura, veo al incomparable jinete de caballos con el lazo en la mano, veo sobre las pampas la persecución de la hacienda brava.»

Y también:

«Estos son en verdad los pensamientos de todos los hombres en todas las épocas y países; no son originales míos.

Si no son tan tuyos como míos, son nada o casi nada,

Si no son el enigma y la solución del enigma, son nada,

Si no son tan cercanos como lejanos, son nada.

Esta es la hierba que crece donde hay tierra y hay agua,

Este es el aire común que baña el planeta».



Innumerables son los que han imitado, con éxito diverso, la entonación de Whitman: Sandbourg, Lee Masters, Maiakovski, Neruda... Nadie, salvo el autor del inextricable y ciertamente ilegible *Finnegans Wake*, ha vuelto a acometer la creación de un personaje múltiple. Whitman, insisto, es el modesto hombre que fue desde 1819 hasta 1892 y el que hubiera querido ser y no acabó de ser y también cada uno de nosotros y de quienes poblarán el planeta.

Mi conjetura de un triple Whitman, héroe de su epopeya, no se propone insensatamente anular, o de algún modo disminuir, lo prodigioso de sus páginas. Antes bien, se propone su exaltación. Tramar un personaje doble y triple y a la larga infinito, pudo haber sido la ambición de un hombre de letras meramente ingenioso; llevar a feliz término ese propósito es la proeza no igualada de Whitman. En una polémica de café sobre la genealogía del arte, sobre los diversos influjos de la educación, de la raza y del medio ambiente, el pintor Whistler se limitó a decir: Art happens (El arte sucede), lo cual equivale a admitir que el hecho estético es, por esencia, inexplicable. Así lo comprendieron los hebreos, que hablaban del Espíritu; así los griegos, que invocaban la musa.

En cuanto a la traducción... Paul Valéry ha dejado escrito que nadie como el ejecutor de una obra conoce a fondo sus deficiencias; pese a la superstición comercial de que el traductor más reciente siempre ha dejado muy atrás a sus ineptos predecesores, no me atreveré a declarar que una traducción aventaje a las otras. No las he descuidado, por lo demás; he consultado con provecho la de Francisco Alexander (Quito, 1956), que sigue pareciéndome la mejor, aunque suele incurrir en excesos de literalidad, que podemos atribuir a la reverencia o tal vez a un abuso del diccionario inglés-español.

El idioma de Whitman es un idioma contemporáneo; centenares de años pasarán antes que sea una lengua muerta. Entonces podremos traducirlo y recrearlo con plena libertad, como Jáuregui lo hizo con la Farsalia, o Chapman, Pop y Lawrence con la Odisea. Mientras tanto, no entreveo otra posibilidad que la de una versión como la mía, que oscila entre la interpretación personal y el rigor resignado.

Un hecho me conforta. Recuerdo haber asistido hace muchos años a una representación de Macbeth; la traducción era no menos deleznable que los actores y que el pintarrajeado escenario, pero salí a la calle deshecho de

pasión trágica. Shakespeare se había abierto camino; Whitman también lo hará.

JORGE LUIS BORGES

Buenos Aires, 19 de junio de 1969.

**HOJAS DE HIERBA**

Ven, dijo mi Alma,  
escribamos estos versos a mi Cuerpo (porque somos uno),  
para que, si volviera, invisible, de la muerte,  
o mucho, mucho después, en otras esferas,  
reemprendiese mis cantos ante un grupo de compañeros  
(y correspondieran a la corteza terrestre, a los árboles y vientos, al tumulto de las  
olas),  
siguiesen siendo míos, y pudiera contemplarlos todavía  
con una sonrisa de satisfacción; por eso, primero, aquí y ahora,  
firmo por el Cuerpo y el Alma, y les antepongo mi nombre.

WALT WHITMAN

Puesto que hay varias ediciones de *H. de H.*, con versiones y fechas distintas, quiero decir que prefiero y recomiendo ésta, completa, para su impresión futura, si la hubiera: copia y facsímil del texto contenido en estas 426 páginas. El periodo que sigue a la publicación y lanzamiento de una obra, especialmente si se trata de un libro, y que tan importante es para su adaptación, ha transcurrido ya; y, tras esperar a que hubiera pasado por completo, he consignado («Una mirada retrospectiva a los caminos recorridos») mis palabras finales.

W. W.

## DEDICATORIAS

### Canto del yo

Canto el yo, una simple persona, un individuo;  
sin embargo, pronuncio la palabra Democrática, la palabra *En Masse*<sup>[137]</sup>.  
Canto la fisiología, de la cabeza a los pies;  
ni la fisonomía por sí sola, ni el cerebro por sí solo, son dignos de la Musa: yo  
sostengo que la Forma completa es mucho más digna<sup>[138]</sup>,  
y canto por igual a la Hembra y al Varón.  
Con una inmensa pasión por la Vida, con nervio y energía,  
jubiloso y —concebido bajo las leyes divinas— libérrimo,  
al Hombre Moderno canto.

### Cuando meditaba en silencio

Cuando meditaba en silencio,  
sin prisa, sobre mis poemas, y les daba vueltas, y los rumiaba,  
se me apareció un Fantasma, que no infundía confianza,  
pero investido de una terrible belleza, edad y poder:  
era el genio de los poetas de las naciones de la antigüedad.  
Me fulminó con las antorchas de sus ojos  
y, a la vez que apuntaba con el dedo a muchos cantos inmortales,  
*¿qué cantas?*, me preguntó, con voz amenazadora.  
*¿Acaso ignoras que no hay sino un tema digno de los bardos perdurables,  
y que ese tema es la Guerra, el desenlace de las batallas,  
la formación de soldados perfectos?*  
Sea, respondí.  
*También yo, Sombra altiva, canto la guerra, y la mayor y más larga de todas:*

*la que se libra en mi libro con suerte dispar, con huidas, avances y retrocesos, y una victoria diferida e incierta  
(segura, no obstante, o casi segura al fin, según creo), en el campo de batalla del mundo,  
a vida o muerte, por el Cuerpo y el Alma eterna.  
Así que ya ves: yo también he llegado, entonando el himno de las batallas, para favorecer, sobre todo, a los soldados valerosos.*

### **En barcos, en el mar**

En barcos, en el mar,  
cuando el azul se extienda, ilimitado, por todas partes,  
y silbe el viento y suene la música de las olas, de las enormes e imperiosas olas,  
o algún navío solitario cabotee en la densa marina  
y, alegre, lleno de fe, despliegue las velas blancas  
y hienda el éter, envuelto por la espuma centelleante del día, o bajo las estrellas  
innumerables de la noche,  
acaso me lean —a mí, reminiscencia de la tierra— marineros viejos y jóvenes,  
en armonía, por fin.  
*He aquí nuestros pensamientos, pensamientos de navegantes,  
aquí no sólo aparece la tierra, la tierra firme, puede que digan entonces,  
aquí se aboveda el cielo y sentimos ondular la cubierta bajo los pies,  
percibimos el latido dilatado, el movimiento perpetuo del flujo y reflujo,  
las melodías del misterio inescrutable, las vagas y vastas insinuaciones del mundo  
salobre, las sílabas fluidas como un líquido,  
el perfume, el tenue crujir del cordaje, el ritmo melancólico,  
la perspectiva infinita y el horizonte lejano y borroso. Todo eso está aquí,  
y éste es el poema del océano.*  
No flaquees, pues, oh, libro: cumple tu destino.  
No eres sólo una reminiscencia de la tierra:  
también eres otro navío solitario que hiende el éter, con rumbo desconocido,  
pero siempre lleno de fe.  
Consorte de todo barco que navega, ¡navega tú!,

y llévalas, foliado, mi amor (queridos marineros: para vosotros lo deposito aquí, en cada hoja);  
i prospera, libro mío!, despliega las velas blancas, embarcación mía, y atraviesa las olas imperiosas,  
canta, navega, surca el azul ilimitado que se extiende desde mí a los siete mares para llevar esta canción a los marineros y a todos sus barcos.

### **A las naciones extranjeras**

He sabido que pedíais algo que os permitiera resolver este enigma del Nuevo Mundo,  
y que definiera a América y a su atlética Democracia.  
Os mando, pues, mis poemas, para que veáis en ellos lo que buscabais.

### **A un historiador**

Tú que celebras lo pasado,  
que has explorado lo exterior, la superficie de las razas, la vida manifiesta,  
que has considerado al hombre creación de la política, de las comunidades, de los gobernantes, de los sacerdotes;  
yo, habitante de los Allegheny<sup>[139]</sup>, considerándolo en sí mismo, a la luz de sus derechos,  
tomándole el pulso a la vida que rara vez se ha manifestado (el gran orgullo del hombre en sí mismo),  
cantor de la Personalidad, esbozando lo que todavía no existe,  
proyecto la historia del futuro.



## Para ti, vieja causa

¡Para ti, vieja causa!,  
tú, causa justa, apasionada, simpar,  
idea firme, implacable, dulce,  
imperecedera en el tiempo, las razas y los países,  
tras una guerra, extraña y funesta, una magna guerra librada por ti  
(creo que todas las guerras de la historia se han librado, en realidad, y seguirán  
librándose siempre, por ti),  
te dedico estos cantos, para acompañar tu marcha eterna.  
(Una guerra, ¡oh, soldados!, que no se agotaba en sí misma:  
mucho, mucho más estaba a la espera, en silencio, a retaguardia, y ahora avanza  
en este libro).  
¡Tú, orbe de orbes!  
¡Tú, principio hirviente! ¡Tú, germen latente, preservado! ¡Tú, centro!  
La guerra gira en torno a tu idea,  
con su airado y vehemente entramado de causas  
(cuyas grandes consecuencias se prolongarán durante tres milenios).  
Estos recitativos son para ti: mi libro y la guerra son uno;  
en su espíritu confluyen el mío y yo. Y, así como la contienda depende de ti,  
y la rueda gira sobre su eje, así este libro, inconsciente de sí,  
gira en torno a tu idea.

## Eídolos <sup>[140]</sup>

Conocí a un vidente  
que trascendía los matices y objetos del mundo,  
las disciplinas del arte y el conocimiento, los placeres y los sentidos,  
para espigar eídolos.  
No pongas en tus cantares, me dijo,  
el enigma de esta hora y este día, ni segmentos, ni partes; pon,  
pon primero, para que sean luz para todos y canción de entrada de todos,  
los eídolos.  
Siempre el oscuro inicio,

siempre el crecimiento, la curvatura del círculo,  
siempre el apogeo y, por fin, la confluencia (para, inevitablemente, volver a  
empezar),

¡eíolos!, ¡eíolos!

Siempre lo mudable,

siempre la materia, cambiante, caediza, rehacedera,

siempre los talleres, las fábricas divinas,

produciendo eíolos.

Henos aquí, tú o yo,

mujer, hombre o estado, conocidos o desconocidos:

parece que amasemos sólidas fortunas, que erijamos belleza y poder,

pero sólo construimos, en realidad, eíolos.

La manifestación evanescente,

la sustancia del genio del artista, o de los prolongados estudios del sabio,

o de los trabajos del guerrero, del mártir, del héroe,

moldearán su eidolon.

De toda vida humana

(reunidas sus partes, ordenadas, sin excluir pensamiento, emoción o acto alguno),

el todo, grande o pequeño, resumido, aunado,

en su eidolon.

El viejo, viejísimo impulso,

asentado en antiguos pináculos, helo aquí, en nuevos y más altos pináculos,

impelidos por la ciencia y la modernidad,

el viejo, viejísimo impulso, eíolos.

El presente inmediato,

el laborioso, fecundo e intrincado torbellino americano

de agregaciones y segregaciones, que libera, al fin,

los eíolos de hoy.

Y éstos con el pasado

de países desaparecidos, de los dominios de monarcas en ultramar,

de antiguos conquistadores, y antiguas campañas, y antiguas travesías,

acumulan eíolos.

Densidades, crecimiento, fachadas,

estratos montañosos, terrenos, rocas, árboles gigantescos,

de remoto origen, remota extinción y larga vida, que dejan

eíolos imperecederos.

*Exalte*<sup>[141]</sup>, arrebatado, extático,

lo visible no es sino la matriz generadora

de las tendencias órbicas<sup>[142]</sup> que moldean, y moldean, y no dejan de moldear

el poderoso eidolon de la tierra.  
El espacio todo, el tiempo todo  
(las estrellas, las terribles perturbaciones de los soles,  
que se expanden, estallan y se extinguen, tras prestar su servicio, más o menos  
duradero),  
llenos sólo de ídolos.  
Las miríadas silenciosas,  
los océanos infinitos en que desaguan los ríos,  
las innumerables identidades diferentes y libres, como el mirar,  
las verdaderas realidades, los ídolos.  
No es éste el mundo,  
ni éstos los universos; ellos son los universos,  
el propósito y el fin, la permanente vida de la vida,  
ídolos, ídolos.  
Más allá de tus lecciones, docto profesor,  
más allá de tu telescopio o espectroscopio, perspicaz observador, más allá de  
toda matemática,  
más allá de la cirugía y la anatomía del médico, más allá del químico y su química,  
las entidades de entidades, los ídolos.  
Sin fijar, pero fijos,  
siempre han estado, están y estarán  
arrastrando el presente a un futuro infinito,  
ídolos, ídolos, ídolos.  
El profeta y el bardo,  
empero, se mantendrán en estadios superiores  
y serán los mediadores y los intérpretes, ante la Modernidad y la Democracia,  
de Dios y los ídolos.  
Y tú, alma mía  
—alegrías, constantes ejercicios y exaltaciones  
han satisfecho ampliamente tu anhelo—, preparada para encontrarte  
con tus semejantes, los ídolos.  
Tu cuerpo permanente,  
el cuerpo que te acecha dentro del cuerpo,  
el único significado de la forma que eres, mi verdadero yo, mi ser,  
una imagen, un eidolon.  
Tus cantos no se encuentran en tus cantos,  
no hay sonos especiales que cantar, ninguno por sí solo;  
sin embargo, del conjunto surge, se eleva y se cierne, al fin,  
un eidolon, esférico, orbital.

## **Para él canto**

Para él canto:

construyo el presente sobre el pasado

(como un árbol perenne que crece desde la raíz, así se alza el presente sobre el pasado),

lo dilato con el tiempo y el espacio, y lo fundo con las leyes inmortales, para que, con ellas, devenga su propia ley.

## **Cuando leí el libro**

Cuando leí el libro, la famosa biografía,

me dije: así que esto es lo que el autor llama la vida de un hombre.

¿Y así escribirá también alguien mi vida, cuando yo haya muerto?

(Como si alguien supiera algo de mi vida;

a menudo pienso que ni siquiera yo sé nada, o muy poco, de mi verdadera vida:

apenas unos atisbos, un puñado de indicios fugaces, difusos e indirectos,

que quiero investigar aquí, para mi provecho).

## **Al comenzar mis estudios**

Al comenzar mis estudios, los primeros pasos me gustaron mucho:

el mero hecho de la conciencia, estas formas, la facultad del movimiento,

el insecto o animal más insignificante, los sentidos, la vista, el amor,

los primeros pasos, digo, me dejaron perplejo y me gustaron tanto,

que apenas he avanzado, ni querido avanzar:

he preferido detenerme y dedicar el tiempo a celebrarlo con cantos extáticos.

## Innovadores

Cómo surgen en la tierra (apareciendo a intervalos),  
cuánto se les valora y qué terribles son para la tierra,  
qué acostumbrados están a sí mismos, como a cualquier otro, qué paradójica se  
antoja su época,  
de qué modo la gente reacciona ante ellos, aunque no los conozca,  
cuánto hay de ineluctable, siempre, en su destino,  
cómo se equivocan siempre al elegir los objetos de su adulación y su recompensa,  
y cómo se ha de pagar siempre el mismo precio inexorable por  
la misma gran adquisición.

## A los Estados <sup>[143]</sup>

A los Estados, o a cualquiera de ellos, o a cualquier ciudad de los Estados, *Resistid mucho, obedeced poco.*

Si no cuestiona ya la obediencia, si ha sido completamente esclavizada, si ha sido completamente esclavizada, ninguna nación, estado o ciudad de esta tierra recobrará jamás la libertad.

## Viajes por los Estados

Emprendemos viajes por los Estados  
(sí, por el mundo, espoleados por estos cantos,  
zarpamos a todos los países, a todos los mares)  
nosotros, ávidos por aprender de todos, maestros de todos, amantes de todos.  
Hemos visto las estaciones ofrecerse y pasar,  
y hemos dicho: ¿por qué el hombre o la mujer no imitan a las estaciones y se entregan como ellas?

Pasamos una temporada en cada ciudad y cada pueblo,  
atravesamos Canadá, el Nordeste, el vasto valle del Misisipí y los estados del Sur,  
nos relacionamos de igual a igual con todos los estados,  
nos ponemos a prueba e invitamos a hombres y mujeres a escucharnos;  
nos decimos: Recordad, no tengáis miedo, sed francos, promulgad el cuerpo y el  
alma,  
quedaos una temporada y seguid vuestro camino, sed copiosos, castos,  
magnéticos, tened templanza;  
sólo entonces volverá lo que entreguéis, como vuelven las estaciones,  
y será tanto como las estaciones.

### **A una cantante de ópera**<sup>[144]</sup>

Ten, acepta este obsequio.  
Lo reservaba para algún héroe, orador o general,  
alguien que sirviera a la vieja y buena causa, a la gran idea, al progreso y la  
libertad de la raza,  
alguien que se opusiera con valentía a los déspotas, algún rebelde audaz.  
Pero veo que lo que reservaba te pertenece a ti tanto como a cualquier otro.

### **Yo, imperturbable**<sup>[145]</sup>

Yo, imperturbable, plantado en la Naturaleza, a mis anchas,  
señor de todo o señora de todo, sin perder el aplomo en esta turbamulta de cosas  
irracionales,  
imbuido como ellas, pasivo, receptivo, silencioso como ellas,  
descubriendo que mis ocupaciones, mi pobreza, mi notoriedad, mis flaquezas, mis  
crímenes, son menos importantes de lo que creía;

yo, frente al mar de México, o en Mannahatta<sup>[146]</sup> o Tennessee, o, lejos, al norte, o tierra adentro,  
hombre ribereño, o de los bosques, o de cualquier forma de vida campesina en estos Estados, o costero, o lacustre, o de Canadá;  
yo, dondequiera que viva mi vida, impasible ante las contingencias, enfrentándome a la noche, a las tormentas, al hambre, al ridículo, a los accidentes, a los desaires, como hacen los árboles y los animales.

### **Sabiduría**

Cuando miro hacia allí, veo los logros y la gloria en repliegue, recogándose, siempre constreñidos;  
hacia allí, las horas, los meses, los años; hacia allí, los negocios, los pactos, los establecimientos, incluso los más modestos;  
hacia allí, la vida cotidiana, el habla, los utensilios, la política, las personas, las haciendas;  
hacia allí, también nosotros, yo con mis hojas y mis cantos, confiado, admirativo: como un padre que va a ver a su padre y lleva a sus hijos consigo.

### **El barco que zarpa**

Contemplad el mar ilimitado  
y, en su seno, un barco que zarpa, con las velas desplegadas, aun las de la gavia, y el gallardete flameando. Navega el buque, navega, majestuoso; las olas, abajo, lo emulan, pugnan por adelantarlo,  
lo envuelven con el fulgor de su ondular y sus espumas.



## Oigo cantar a América

Oigo cantar a América, oigo sus diversas tonadas:

las de los artesanos<sup>[147]</sup>, cada uno con la suya, como ha de ser, alegre y vigorosa;

el carpintero y la suya, mientras mide los tablones o las vigas;

el albañil y la suya, al disponerse a trabajar, o al dejar el trabajo;

el barquero canta lo que le corresponde en la barca; el marinero canta en la cubierta del vapor;

el zapatero canta sentado en el banco; el sombrerero canta de pie;

la canción del leñador, la del labrador de camino por la mañana, o en la pausa del mediodía, o al anochecer,

el delicioso canturrear de la madre, o de la joven esposa absorta en sus tareas, o de la moza que cose o lava.

Todos cantan lo que corresponde a cada cual, hombre o mujer, y a nadie más,

el día, lo que corresponde al día, y, por la noche, la cuadrilla de mocetones, cordiales,

canta a pleno pulmón serenatas potentes y melodiosas.

## ¿Qué plaza está sitiada?

¿Qué plaza está sitiada y se esfuerza en vano por romper el sitio?

Mirad: envío a esa plaza a un comandante, diligente, valeroso, inmortal,

y con él a la caballería y a la infantería, y al parque de artillería

con sus artilleros, los más letales que hayan disparado jamás cañón alguno.

## Aunque todavía canto al uno

Aunque todavía canto al uno

(uno, pero hecho de contradicciones), lo dedico a la Nacionalidad

y deposito en él la rebeldía (¡Oh, derecho latente a la insurrección! ¡Oh, fuego insaciable, imprescindible!).

### **No me cerréis las puertas**

No me cerréis las puertas, orgullosas bibliotecas,  
porque lo que faltaba en vuestros bien surtidos anaqueles, y más necesario os  
era, ahora lo traigo:  
surgido de la guerra, he escrito un libro.  
Las palabras de ese libro no son nada, pero su intención lo es todo;  
un libro singular, sin relación con los demás, no sentido por el intelecto,  
pero con cuyas páginas, secretas latencias, habéis de estremeceros.

### **Poetas venideros**

¡Poetas venideros! ¡Oradores, vates, músicos venideros!  
No será este día el que me justifique, ni responda por lo que soy,  
sino vosotros, una generación nueva, nativa, atlética, continental, mayor que  
todas las conocidas.  
¡Despertad!, porque vosotros habéis de justificarme.  
Yo no hago sino escribir una o dos palabras reveladoras para el futuro.  
Yo no hago sino dar apenas un paso, para volver presuroso a las tinieblas.  
Soy un hombre que, paseando, ocioso, pero sin llegar a pararse, os lanza una  
mirada despreocupada y luego aparta el rostro,  
para que seáis vosotros quienes lo comprobéis y defináis,  
con todas sus esperanzas puestas en vosotros.

## **A ti**

Desconocido, si te encuentras conmigo al pasar y deseas hablarme, ¿por qué no  
habrías de hablarme?

¿Y por qué no habría de hablarte yo a ti?

## **Tú, lector**

Tú, lector, palpitas de vida y orgullo y amor, como yo.

Para ti son, pues, estos cantos.

## Saliendo de Paumanok<sup>[148]</sup>

### 1

Saliendo de la pisciforme Paumanok en que naciera,  
bien engendrado y criado por una madre perfecta,  
después de recorrer muchas tierras, amante de las aceras populosas,  
habitante de Mannahatta, mi ciudad, o de las sabanas del sur,  
o soldado acampado o portando armas y bagajes, o minero en California,  
o rudo morador de una casa en los bosques de Dakota, que come carne y bebe  
agua de la fuente,  
o entregado a la meditación en algún retiro inaccesible,  
lejos del estruendo de la multitud, arrebatado por momentos, y feliz,  
consciente del fresco caudal que desplaza, generoso, el Missouri, consciente del  
Niágara formidable,  
consciente de las manadas de búfalos que pacen en las llanuras, del toro hirsuto,  
fuerte de pecho,  
de la tierra, las rocas, las flores conocidas del Quinto mes<sup>[149]</sup>, las estrellas, la  
lluvia, la nieve, mi asombro,  
habiendo estudiado el canto del sinsonte y el vuelo del águila azor,  
y oído al amanecer, entre los cedros blancos, al incomparable zorzal ermitaño,  
cantando, en soledad, al Oeste, proclamo un Mundo Nuevo.

### 2

Victoria, unión, fe, identidad, tiempo,  
los acuerdos indisolubles, riquezas, misterio,  
progreso eterno, el cosmos y las noticias de hoy.  
Esto es, pues, la vida.  
He aquí lo que ha salido a la superficie después de tantas angustias y  
convulsiones.  
¡Qué curioso!, ¡qué real!  
Bajo los pies, el suelo divino; en lo alto, el sol.  
Ved cómo gira el globo,  
los continentes ancestrales, lejos, agrupados todavía,  
los continentes presentes y futuros al norte y al sur, unidos por un istmo.  
Ved los vastos espacios intransitables:  
cambian como en un sueño, se llenan de prisa,  
masas innumerables los inundan.

Ahora los ocupan las primeras personas, artes e instituciones conocidas.  
Ved cómo se proyecta en el tiempo,  
para mí, una audiencia interminable.  
Caminan con paso firme y regular, no se detienen nunca,  
sucesiones de hombres, americanos<sup>[150]</sup>, cien millones,  
una generación representa su papel y pasa,  
otra generación representa su papel y, a su vez, pasa.  
Han girado o ladeado la cabeza para escucharme;  
han puesto ojos retrospectivos en mí.

### 3

¡Americanos!, ¡conquistadores!, ¡desfiles humanitarios!  
¡Adelante!, ¡desfiles centenarios!, ¡Libertad<sup>[151]</sup>!, ¡masas!  
Para vosotros, un programa de cantos.  
Cantos de las praderas,  
cantos del larguísimo Misisipí, hasta el mar de México,  
cantos de Ohio, Indiana, Illinois, Iowa, Wisconsin y Minnesota,  
cantos que surgen del corazón de Kansas, y desde ahí, equidistantes,  
se elevan como incesantes latidos de fuego, para vivificarlo todo.

### 4

Coge mis hojas, América, llévalas al Sur y llévalas al Norte,  
dales la bienvenida en todas partes, porque son tu descendencia,  
abrázalas al Este y al Oeste, porque ellas quieren abrazarte,  
y vosotros, precedentes, uníos amorosamente a ellas, porque ellas se unen  
amorosamente a vosotros.  
Yo he conocido la antigüedad.  
Me he sentado a estudiarla a los pies de los grandes maestros.  
Ahora, si soy digno, oh, que vuelvan los grandes maestros y me estudien a mí.  
¿En nombre de estos Estados he de despreciar lo antiguo,  
si ellos son hijos de lo antiguo, y lo justifican?

### 5

Poetas, filósofos, sacerdotes,  
mártires, artistas e inventores muertos, gobiernos desaparecidos hace mucho,  
forjadores de idiomas en otras orillas,

naciones antaño poderosas y hoy subyugadas, desaparecidas, abandonadas,  
no me atrevo a seguir sin reconocer, con todo respeto, el mérito de cuanto ha  
surgido de vosotros, y llegado hasta nosotros;  
lo he examinado, y confieso que es admirable (lo he visitado durante algún  
tiempo),  
que nada puede superarlo, que nada merece mayores reconocimientos;  
lo contemplo un buen rato, pero luego lo desecho  
y me quedo aquí, en mi sitio, con mi propio día.  
Aquí la tierra femenina y la tierra masculina,  
aquí la herencia masculina y la herencia femenina del mundo, aquí el llamear de  
la materia,  
aquí la espiritualidad traductora, lo abiertamente confesado,  
lo siempre solícito, el *finale*<sup>[152]</sup> de las formas visibles,  
lo que satisface, y que ahora, tras una larga e inevitable espera, avanza.  
Sí, aquí viene mi dueña, el alma.

## 6

El alma,  
siempre, siempre, más perdurable que la tierra sólida y oscura, más que el flujo y  
el reflujó de las aguas.  
Compondré los poemas con materia, porque así serán —creo— insuperablemente  
espirituales,  
y los compondré con mi cuerpo y mi mortalidad,  
porque así podré abastecerme —creo— de los poemas de mi alma y mi  
inmortalidad.  
Compondré un canto para estos Estados, para que ningún estado, bajo ninguna  
circunstancia, sea sojuzgado por otro,  
y compondré un canto para que haya concordia día y noche entre los estados, y  
entre dos cualesquiera de ellos,  
y compondré un canto para los oídos del Presidente, llenos de armas que apuntan  
amenazadoramente,  
tras las cuales asoma una multitud de rostros insatisfechos;  
y un canto compongo del Uno, formado por todos,  
ese Uno resplandeciente, con colmillos, cuya cabeza excede a la de todos,  
el resuelto y belicoso Uno que los incluye y los supera a todos  
(por mucho que descuelle cualquier otra cabeza, la suya predomina sobre todas).  
Reconoceré a los países contemporáneos.

Recorreré toda la geografía del globo y saludaré cortésmente a todas las ciudades,  
grandes o pequeñas,  
iy a todos los trabajos! Pondré en mis poemas que con vosotros va el heroísmo,  
por tierra y por mar,  
y daré cuenta de todo heroísmo, desde un punto de vista americano.  
Entonaré el canto del compañerismo  
y revelaré lo único que, a la postre, ha de unirlos a todos:  
establecerán —creo— su propio ideal de amor viril, señalándolo en mí.  
Que se propaguen, pues, los fuegos devastadores que amenazaban con  
consumirme:  
apartaré cuanto haya retenido, durante tanto tiempo, esas llamas latentes,  
y les daré entera libertad.  
Escribiré el poema-evangelio de los camaradas y el amor,  
porque ¿quién sino yo puede entender el amor, con todo su dolor y su alegría?  
¿Y quién sino yo puede ser el poeta de los camaradas?

## 7

Yo soy el hombre que cree en las cualidades, las épocas, las razas.  
Me adelanto al pueblo, dotado con su propio espíritu.  
Esto es lo que canta una fe irrestricta.  
*¡Omnes!, ¡omnes*<sup>[153]</sup>! Que otros desdeñen lo que quieran.  
Yo compongo también el poema del mal; también eso conmemoro.  
En mí hay tanto de malo como de bueno, y también en mi país; y digo que, de  
hecho, el mal no existe  
(o, si existe, digo que es tan importante para ti, para la nación o para mí como  
cualquier otra cosa).  
También yo, siguiendo a muchos y seguido por muchos, inauguro una religión,  
desciendo a la arena  
(acaso esté destinado a proferir ahí los gritos más ensordecedores, los vítores  
resonantes del vencedor,  
¿quién sabe? Puede que broten de mí y que se eleven sobre todas las cosas).  
Nadie existe sólo por sí.  
Yo digo que la tierra toda y todas las estrellas del cielo existen por la religión.  
Yo digo que nadie ha sido nunca ni la mitad de lo piadoso que debería haber sido.  
Nadie ha adorado ni rendido culto nunca lo suficiente.  
Nadie ha imaginado siquiera cuán divino es, y cuán cierto es el futuro.  
Yo digo que la verdadera y permanente grandeza de estos Estados ha de ser su  
religión;



de otro modo, no hay grandeza verdadera ni permanente  
(ni reputación ni vida dignas de ese nombre sin religión,  
ni tierra, ni hombre o mujer sin religión).

## 8

¿Qué haces, muchacho?

¿Tan entusiasmado, tan entregado estás a la literatura, a la ciencia, al arte, a  
los *amours*<sup>[154]</sup>,

a estas ostensibles realidades, a la política, a lo que es útil?

¿O a tus ambiciones o negocios, sean los que fueren?

Bien está. No diré nada en su contra: yo también soy su poeta.

Pero observa qué rápidamente declinan, consumidos por la religión.

Porque no toda materia es combustible que dé calor, llama impalpable, a la vida  
esencial de la tierra,

al igual que aquéllos no lo son para la religión.

## 9

¿Qué buscas, tan pensativo y callado?

¿Qué necesitas, *camerado*<sup>[155]</sup>?

Hijo mío, ¿dirías que es el amor?

Escucha, hijo mío, escucha, América, hijo o hija:

aunque es doloroso amar en exceso a un hombre o una mujer, satisface, es  
grandioso.

Sin embargo, hay algo igual de grandioso, que hace que todo encaje,  
algo magnífico, sobrenatural, que obra con manos incansables, y provee a todos.

## 10

Sabedlo: sólo para diseminar en la tierra el germen de una religión mayor  
entono estos cantos, cada uno para cada cual.

¡Camarada!

Lo hago para que compartas conmigo dos grandezas, y una tercera que se eleva,  
englobándolas a ambas, y aún más resplandeciente:

la grandeza del Amor y la Democracia, y la grandeza de la Religión.

Mi propia mezcla, lo invisible y lo visible,

un océano misterioso en el que desembocan los ríos,

el espíritu profético de la materia que se mueve, tenaz, y revolotea a mi alrededor,  
seres vivos, identidades sin duda muy cerca de nosotros, en el aire, de las que nada sabemos,  
un contacto diario, hora tras hora, del que no puedo librarme,  
éstos escojo; éstos, que se me ha reclamado con insinuaciones.  
El que me ha dado un beso cada día, desde que era niño,  
no me ha atado, no me ha aprisionado con lo que me une a él;  
de igual modo, yo no estoy ligado al cielo ni al mundo espiritual,  
aunque hayan hecho tanto por mí, sugiriéndome temas.  
¡Oh, qué temas! ¡Igualdades! ¡Oh, divino promedio<sup>[156]</sup>!  
Gorjeos al sol, anunciados como ahora, o al mediodía, o al ponerse el sol,  
melodías que fluyen en el tiempo, que casi llegan hasta nosotros,  
me complazco con vuestros audaces acordes compuestos, los incremento y los transmito con alegría.

## 11

Cuando daba mi paseo matutino en Alabama,  
he visto a la hembra del sinsonte en el nido, entre unas zarzas, empollando sus huevos.  
También he visto al macho,  
y me he parado a escucharlo. Lo tenía al alcance de la mano; hinchaba la garganta y cantaba, alegre.  
Y, parado en aquel lugar, se me ha ocurrido que no sólo cantaba por lo que hubiera allí,  
ni para su compañera, ni para sí mismo, ni era todo devuelto por el eco,  
sino que, sutil, clandestina, lejana,  
era una orden que transmitía y un regalo secreto para los que nacían.

## 12

¡Democracia! Al alcance de tu mano, una garganta se hincha y canta, alegre.  
¡*Ma femme*<sup>[157]</sup>! Para la descendencia del futuro y la nuestra,  
para aquéllos que ya están aquí y los que aún han de venir,  
yo, exultante porque me hallen dispuesto, pienso entonar los cánticos más potentes y soberbios jamás oídos sobre la Tierra.  
Compondré cantos de pasión para indicarles el camino,

y también los vuestros, criminales, porque os miro con ojos benevolentes, y os llevo conmigo, como a cualquiera.

Compondré el auténtico poema de la riqueza,  
a fin de ganar, para el cuerpo y el espíritu, todo cuanto se adhiera, y progrese, y no se pierda con la muerte.

Derrocharé egoísmo, y demostraré que subyace en todo, y seré el bardo de la personalidad,  
y demostraré que el varón y la hembra no son sino iguales,  
¡y los órganos y actos sexuales! Concentraos en mí, porque me he determinado a proclamaros con voz clara y valerosa, y a demostrar que sois ilustres,  
y que no hay imperfección en el presente, ni puede haberla en el futuro,  
y demostraré que cuanto le sucede a alguien puede resultar en algo hermoso,  
y que no puede haber nada más hermoso que la muerte,  
y urdiré mis poemas de tal manera que sea evidente que el tiempo y el espacio constituyen un todo compacto,  
y que todas las cosas del universo son milagros perfectos, e igual de profundos.

No compondré poemas que se refieran a partes,  
sino que compondré poemas, cantos, pensamientos, que se refieran al todo,  
y no cantaré refiriéndome a un día, sino a todos los días,  
y no compondré ni un poema, o la parte más insignificante de un poema, que no se refiera al alma,  
porque, habiendo mirado los objetos del universo, encuentro que no hay ni uno solo, ni una sola partícula de ninguno, que no se refiera al alma.

### **13**

¿Alguien quería ver el alma?

Ved vuestra forma y vuestro semblante, personas, sustancias, bestias, los árboles, los ríos que fluyen, las rocas y las arenas.

Todos albergan placeres espirituales, de los que luego se desprenden.

¿Cómo es posible que el verdadero cuerpo muera y sea enterrado?

Tu verdadero cuerpo, y el cuerpo verdadero de cualquier hombre o mujer,

eludirá, parte por parte, las manos de los que limpian los cadáveres, e ingresará en las esferas que le son propias,

llevando consigo lo que haya acumulado desde el momento del nacimiento hasta el momento de la muerte.

Los tipos dispuestos por el impresor no devuelven la impresión, el significado, el asunto principal,

del mismo modo que el cuerpo y el alma, indiferentes antes de morir y después de morir, no devuelven la sustancia y la vida de un hombre, o la sustancia y la vida de una mujer.

Ved: el cuerpo incluye y es el significado, el asunto principal, e incluye y es el alma.

Quienquiera que seas, ¡qué soberbio y qué divino es tu cuerpo, o cualquiera de sus partes!

## 14

Quienquiera que seas, ¡para ti, anuncios sin fin!

Hija de estas tierras, ¿has esperado a tu poeta?

¿Has esperado a uno de verbo fluido y mano que señalara?

Para el varón de los Estados y para la hembra de los Estados,  
palabras exultantes, palabras para las tierras de la Democracia.

¡Tierras entrelazadas, nutricias!,

¡tierra del carbón y el hierro!, ¡tierra del oro!, ¡tierra del algodón, del azúcar, del arroz!,

¡tierra del trigo, de la carne de buey, de la carne de cerdo!, ¡tierra de la lana y el cáñamo!, ¡tierra de la manzana y la uva!,

¡tierra del pastoreo, tierra de los pastos del mundo!, ¡tierra de mesetas interminables, acariciadas por la brisa!,

¡tierra del rebaño, del huerto, de la saludable casa de adobe!,

¡tierras por las que serpentean el Columbia al noroeste y el Colorado al suroeste!,

¡tierra del Chesapeake oriental!, ¡tierra del Delaware<sup>[158]</sup>!,

¡tierra del Ontario, del Erie, del Hurón, del Michigan<sup>[159]</sup>!,

¡tierra de las Trece Colonias<sup>[160]</sup>!, ¡tierra de Massachusetts!, ¡tierra de Vermont y Connecticut!,

¡tierra de costas oceánicas!, ¡tierra de sierras<sup>[161]</sup> y cumbres!,

¡tierra de barqueros y marineros!, ¡tierra de pescadores!,

¡tierras inextricables!, ¡tierras abrazadas!, ¡apasionadas!,

¡una junto a la otra!, ¡el hermano mayor y el hermano menor!, ¡tierras huesudas!,

¡tierra de grandes mujeres!, ¡femenina!, ¡las hermanas expertas y las hermanas inexpertas!,

¡tierra de poderoso aliento!, ¡fortalecida por el Ártico!, ¡mecida por las brisas de México!, ¡diversa!, ¡compacta!,

¡la pensilvana!, ¡la virginiana!, ¡la de ambas Carolinas!,

¡oh, todas y cada una, mis bienamadas, mis intrépidas naciones!, ¡oh, a todas os acojo con perfecto amor!,

¡de ninguna puedo separarme!, ¡de ninguna antes que de otra!,  
¡oh, muerte! Oh, a pesar de todo, aún soy invisible para vosotras en esta hora, y  
con este irreprimible amor,  
en que camino por Nueva Inglaterra, como amigo, como viajero,  
y chapoteo descalzo en las aguas rizadas del verano, en las playas de Paumanok,  
y atravieso las praderas, y vuelvo a vivir en Chicago, y en todas las ciudades,  
y observo espectáculos, nacimientos, mejoras, construcciones, artes,  
y escucho a oradores y oradoras en salas públicas,  
de y a través de los Estados, como en la vida. Todo hombre y toda mujer son mis  
vecinos:  
el luisiano, el georgiano, tan cerca de mí, y yo tan cerca de él y de ella,  
el de Misisipí y el de Arkansas, que aún están conmigo, y yo aún con ellos,  
aún en las llanuras al oeste del río vertebral, aún en mi casa de adobe,  
aún regresando al este, aún en el estado Costero o en Maryland,  
aún canadiense, desafiando jovialmente al invierno, dando la bienvenida a la  
nieve y al hielo,  
pero hijo leal aún tanto de Maine como de New Hampshire, o de Rhode Island, o  
del estado de Nueva York<sup>[162]</sup>,  
navegando aún hacia otras costas para anexionarlas, pero acogiendo a los nuevos  
hermanos.  
Y por la presente dedico estas hojas a los nuevos, desde el mismo instante en que  
se unan a los viejos,  
y me sumo a ellos, para ser su compañero y su igual, y vengo a ti, en persona,  
ahora,  
para imponerte actos, personajes, espectáculos, conmigo.

## 15

Tenme como firme sostén, pero no te detengas, date prisa.  
Por tu vida, únete a mí.  
(Puede que se me haya de persuadir muchas veces antes de que consienta en  
entregarme realmente a ti, pero ¿y qué, en ese caso?  
¿No hay que persuadir muchas veces a la Naturaleza?)  
No soy un *dolce affetuoso*<sup>[163]</sup> lleno de melindres.  
Barbado, curtido por el sol, encanecido, imponente, he llegado  
para que me disputen los macizos galardones del universo que me dispongo a  
recibir.  
Yo se los concedo a quienquiera que persevere en conseguirlos.

## 16

Hago un alto en el camino.

¡Aquí estoy para ti!, ¡aquí, para América!

Todavía ensalzo el presente; todavía auguro un futuro gozoso, sublime, para los Estados;

y del pasado pronuncio lo que dejaron en el aire los aborígenes pieles rojas.

Los aborígenes pieles rojas,

que exhalaban un aliento natural, los sonidos de la lluvia y el viento, reclamos de pájaros y animales en los bosques, silabeados para que dispusiéramos de nombres:

Okonee, Koosa, Ottawa, Monongahela, Sauk, Natchez, Chattahoochee, Kaqueta, Oronoco,

Wabash, Miami, Saginaw, Chippewa, Oshkosh, Walla-Walla<sup>[164]</sup>.

Todo esto dejaron a los Estados, y se desvanecieron, se marcharon, colmando el agua y la tierra de nombres.

## 17

Se expanden, veloces, desde hoy,

elementos, estirpes, adaptaciones, turbulentos, rápidos y audaces.

Un mundo primigenio, otra vez, perspectivas de gloria que se ramifican sin cesar, una raza nueva que domina a las anteriores, y que las aventaja a todas, con nuevas contiendas,

con nuevas políticas, nuevas literaturas y religiones, con inventos y artes nuevos.

Y mi voz los anuncia a todos. No dormiré, sino que me alzaré:

¡océanos apaciguados de mi interior!, cuánto os siento ahora, insondables, procelosos, disponiendo oleajes y tormentas sin precedentes.

## 18

Ved los barcos de vapor que surcan mis poemas.

Ved, en mis poemas, inmigrantes que arriban y desembarcan continuamente.

Ved, en retaguardia, el tipi, el sendero, la cabaña del cazador, la chalana, la hoja de maíz, la concesión, la valla rudimentaria, la rústica aldea.

Ved cómo el mar Occidental, a un lado, y el mar Oriental, al otro, avanzan y retroceden en mis poemas, como en sus propias costas.

Ved pastos y bosques en mis poemas; ved animales, salvajes y domésticos; ved, más allá del Kaw<sup>[165]</sup>, innumerables manadas de búfalos paciendo en las extensiones de hierba breve y rizada.

Ved, en mis poemas, ciudades del interior, sólidas, extensas, con calles adoquinadas, con edificios de hierro y piedra, vehículos incesantes y comercio.

Ved la imprenta de vapor, multicilíndrica; ved el telégrafo eléctrico extenderse por el continente.

Ved cómo los latidos americanos atraviesan las profundidades de Atlántica<sup>[166]</sup> y llegan a Europa, y cómo Europa devuelve puntualmente los suyos.

Ved cómo arranca la locomotora, pujante y veloz, a pleno pulmón, pitando fuerte.

Ved a los labradores labrar sus tierras; ved a los mineros trabajar en las minas; ved las fábricas sin cuento.

Ved a los artesanos atareados, con sus herramientas, en los bancos de trabajo; ved cómo de entre ellos salen altos jueces, filósofos, Presidentes, vestidos con ropas de trabajo.

Vedme holgazanear por las tiendas y los campos de los Estados, bienamado, preso del día y de la noche.

Oíd los ecos resonantes de mi canto; leed, por fin, los indicios.

## 19

¡Oh, íntimo *camerado*! ¡Oh, tú y yo, por fin, sólo nosotros dos!

¡Oh, una palabra para despejar el camino que se extiende, sin fin, ante nosotros!

¡Oh, éxtasis indemostrable! ¡Oh, música desatada!

Ahora triunfo yo, pero tú también lo harás.

¡Oh, mano unida a otra mano! ¡Oh, placer absoluto! ¡Oh, uno más que desea y que ama!

¡Oh, avanzar con firme sostén! ¡No te detengas, date prisa, conmigo!



## Canto de mí mismo

### 1

Yo me celebro y me canto,  
y cuanto hago mío será tuyo también,  
porque no hay átomo en mí que no te pertenezca.  
Holgazaneo, e invito a mi alma.  
Holgazaneo, a mi antojo, y me paro a observar una brizna de hierba estival.  
Mi lengua, y hasta el último átomo de mi sangre, están formados por esta tierra,  
por este aire;  
nacido aquí, de padres nacidos aquí, lo mismo que sus padres, y lo mismo que los  
padres de éstos,  
yo, de treinta y siete años de edad, en perfecto estado de salud, empiezo ahora,  
y espero no acabar hasta la muerte.  
Dejo en suspenso credos y doctrinas;  
me aparto un trecho: los conozco bien, y no los olvidaré.  
Acojo el bien y el mal, y me permito hablar, sin preocuparme por los riesgos,  
naturaleza sin freno, con su energía primigenia.

### 2

Las casas y las habitaciones están llenas de aromas; los estantes están atestados  
de aromas.  
Yo aspiro la fragancia, y la reconozco, y me gusta.  
Su esencia me embriagaría, pero no lo permitiré.  
La atmósfera no es un aroma, no sabe a la esencia, no huele a nada.  
Mi boca ha sido siempre su destino: estoy enamorado de ella.  
Me iré a la ribera del bosque, y me quitaré el disfraz, y me quedaré desnudo:  
estoy loco por que entre en contacto conmigo.  
El vaho de mi aliento,  
ecos, ondulaciones, susurros roncós, amaranto, hilo de seda, horca y vid,  
mi respiración e inspiración, el latido de mi corazón, el paso de la sangre y el aire  
por los pulmones,  
el olor de las hojas verdes y las hojas secas, y el de la costa y las rocas oscuras del  
mar, y el del heno en el granero,  
el pedregoso sonido de las palabras que la boca arroja a los remolinos de viento,  
algunos besos fugaces, unos pocos abrazos, o brazos que se extienden para  
darlos,

el juego de luces y sombras al menearse, flexibles, las ramas de los árboles,  
el placer de estar solo o en el tráfgo de las calles, o en los campos, o en las  
laderas de las colinas,

la sensación de bienestar, el canto del mediodía, y el mío al levantarme de la  
cama y encontrarme con el sol.

¿Creías que mil acres eran muchos? ¿Creías que la tierra era mucha?

¿Tanto te ha costado aprender a leer?

¿Tan orgulloso te has sentido de captar el significado de los poemas?

Quédate conmigo este día y esta noche, y te harás con el origen de todos los  
poemas,

y con los bienes de la tierra y del sol (aún quedan millones de soles<sup>[167]</sup>);

ya no aceptarás las cosas de segunda o tercera mano, ni mirarás con los ojos de  
los muertos, ni te alimentarás de los espectros de los libros,

ni mirarás tampoco con mis ojos, ni aceptarás lo que yo diga,

sino que escucharás lo que llegue a ti de todas partes, y tu ser lo filtrará.

### 3

He oído lo que decían los que hablaban, su conversación sobre el principio y el fin,  
pero yo no hablo del principio ni del fin.

Nunca ha habido más principio que ahora,

ni más juventud o vejez que ahora,

y nunca habrá más perfección que ahora,

ni más cielo o infierno que ahora.

Impulso, impulso, impulso:

siempre el impulso procreador del mundo.

De la penumbra surge lo opuesto e igual, siempre la sustancia y la multiplicación,  
siempre el sexo,

siempre una identidad entretejida, siempre lo que difiere, siempre el brotar de la  
vida.

De nada sirve trabajar con esmero: lo saben tanto los ignorantes como los  
instruidos.

Seguros como los que más, a plomo sobre los montantes, sólidamente afianzados,  
ensamblados a las vigas,

fuertes como caballos, afectuosos, altivos, eléctricos,

aquí nos erigimos este misterio y yo.

Pura y diáfana está mi alma, y puro y diáfano, cuanto no es mi alma.

Si uno falta, ambos faltan, y lo visible es prueba de lo invisible,

hasta que se vuelve invisible, y requiere prueba a su vez.

Al revelar lo mejor y separarlo de lo peor, una edad ofende a la otra;  
y, como conozco la perfecta avenencia y ecuanimidad de las cosas, mientras  
discuten, guardo silencio, y me voy a bañar, y a admirarme.  
Bienvenidos sean todos mis órganos y atributos, y los de cualquier hombre limpio  
y sano;  
no hay en ellos ni una sola pulgada, ni siquiera una partícula de pulgada, que sea  
vil, y ninguna debe ser menos conocida que las otras.  
Estoy satisfecho: veo, bailo, río, canto;  
cuando el amigo amante que duerme a mi lado, y me abraza toda la noche, se  
retira, con pasos furtivos, al despuntar el día,  
dejando cestas llenas de toallas blancas, cuya abundancia colma la casa,  
¿he de postergar mi aceptación y mi comprensión, y de gritarles a mis ojos  
que dejen de escudriñar el camino,  
y que calculen, en el acto, hasta el último centavo, y me revelen  
exactamente el valor de uno y exactamente el valor de dos, y cuál es más valioso?

#### 4

Paseantes y curiosos me rodean;  
la gente que encuentro, la huella que ha dejado en mí la juventud, o el barrio y la  
ciudad en que vivo, o la nación,  
los últimos aniversarios, descubrimientos, invenciones, sociedades, autores  
antiguos y modernos,  
mi cena, la ropa, los compañeros, el aspecto, los cumplidos, los deberes,  
la indiferencia real o simulada de algún hombre o mujer a los que amo,  
la enfermedad de un pariente o de mí mismo, o la bellaquería, o la pérdida o falta  
de dinero, o el abatimiento o la exaltación,  
las batallas, los horrores de la guerra fratricida, la angustia por las noticias  
inciertas, los acontecimientos azarosos:  
todo esto me asalta, de día y de noche, y sale de mí otra vez,  
pero no es mi Yo.  
Más allá del tira y afloja, perdura lo que soy,  
regocijado, satisfecho, compasivo, ocioso, unitario:  
se inclina, se yergue o apoya el brazo en alguna base intangible pero firme,  
y mira, con la cabeza ladeada, curioso por lo que vaya a suceder,  
espectador y jugador al mismo tiempo, observador maravillado.  
Echo la vista atrás, y me veo en aquellos días en que me debatía, entre la niebla,  
con los políglotas y los discutidores;  
no traigo burlas ni razones: observo y espero.

## 5

Creo en ti, alma mía: el otro que soy no ha de rebajarse ante ti,  
ni tú has de rebajarte ante él.

Retoza en la hierba conmigo, desembaraza tu garganta;

no son palabras, música ni rimas lo que quiero, ni costumbres o discursos, ni  
siquiera los mejores:

sólo me gusta el arrullo, el rumor de tu voz asordada.

Recuerdo cuando nos acostamos en aquella transparente mañana de verano,

y apoyaste la cabeza en mi cadera, y te volviste despacio hacia mí,

y me abriste la camisa a la altura del pecho, y me hundiste la lengua en el corazón  
desnudo,

y te estiraste hasta sentir la barba, y luego hasta sujetarme los pies.

Enseguida crecieron y me rodearon la paz y el conocimiento que trascienden  
todas las disputas de la Tierra,

y desde entonces sé que la mano de Dios se ha prometido a la mía,

y que el espíritu de Dios es hermano del mío,

y que todos los hombres que han existido son también hermanos míos, y las  
mujeres, mis hermanas y amantes,

y que el amor es la sobrequilla de la creación,

y que son incontables las hojas enderezadas de los campos, o las ya mustias,

y las hormigas oscuras en las pequeñas cavidades subyacentes,

y las costras de musgo de la valla que zigzaguea, las piedras amontonadas, el  
saúco, el verbasco y la hierba carmín.

## 6

Un niño me preguntó: *¿Qué es la hierba?*, trayéndomela a manos llenas.

¿Cómo podía contestar al niño? Yo no sé más de lo que sabía él.

Supongo que es el emblema de mi temperamento, tejido con la tela verde de la  
esperanza.

Supongo que es el pañuelo del Señor,

una prenda fragante, un recuerdo, dejado caer a propósito,

con el nombre del dueño bordado en una punta, para que lo veamos, reparemos  
en él y preguntemos: *¿De quién es?*

O supongo que es un niño, el recién nacido de la vegetación.

O la supongo un jeroglífico uniforme,

que significa: Broto por igual en regiones despejadas o angostas,

crezco entre negros y entre blancos,

canadiense francés, virginiano de la costa, congresista, negro<sup>[168]</sup>: a todos me doy;  
de todos recibo.

Y ahora se me antoja la hermosa cabellera intonsa de las tumbas.

Te usaré con ternura, hierba rizada.

Acaso seas la transpiración del pecho de los jóvenes,

a los que, de haber conocido, habría amado;

acaso provengas de los ancianos, o de las criaturas arrancadas prematuramente  
del regazo de sus madres,

y ahora seas el regazo de las madres.

Esta hierba es demasiado oscura para que haya brotado de las cabezas canosas de  
las madres,

más oscura que las barbas descoloridas de los ancianos,

demasiado oscura para que haya brotado de sus empalidecidos paladares.

Oh, percibo tantas lenguas que hablan,

y percibo que no surgen en vano de esos paladares.

Ojalá pudiera traducir las alusiones a los muchachos y muchachas muertos,

y las alusiones a los viejos y a las madres, y a las criaturas arrancadas  
prematamente de su regazo.

¿Qué crees que ha sido de los jóvenes y los viejos?

¿Y qué crees que ha sido de las mujeres y los niños?

Están vivos y a salvo en alguna parte.

El retoño más pequeño demuestra que la muerte, en realidad, no existe,

y que, si alguna vez ha existido, ha impulsado la vida, y que no espera al final para  
detener su curso,

y que ha cesado en el instante mismo en que la vida ha aparecido.

Todo avanza y se expande, nada se derrumba,

y morir es diferente de lo que nadie haya podido imaginar, y más propicio.

## 7

¿Alguien ha pensado que nacer era una suerte?

Me apresuro a informarle, a él o a ella, de que igual suerte es morir; yo lo sé bien.

Yo muero con los que mueren, y nazco con el recién nacido al que acaban de  
lavar, y no soy sólo lo que hay entre mi sombrero y mis botas,

y examino múltiples objetos, todos distintos y todos buenos:

buena la tierra y buenas las estrellas, y bueno todo lo que les pertenece.

Yo no soy la tierra, ni nada que pertenezca a la tierra.

Yo soy el consorte y el compañero de todos, tan inmortales e insondables como  
yo.

(Ellos no saben lo inmortales que son, pero yo sí).

Cada especie para sí y para lo suyo, y para mí la mía, varón y mujer;  
para mí, los que han sido niños y aman a las mujeres;  
para mí, el hombre que tiene orgullo y que sabe cuánto duelen los desaires;  
para mí, la novia y la solterona, para mí, las madres y las madres de las madres;  
para mí, los labios que han sonreído, los ojos que han derramado lágrimas;  
para mí, los niños y los engendrados de niños.  
¡Desnúdate! No eres culpable ante mí, ni inservible, ni estás gastado.  
Veo a través del velarte y la guinga, aunque no lo quieras,  
y rondo tenaz, codicioso, incansable; no es posible librarse de mí.

## 8

El pequeño duerme en la cuna.

Aparto el tul y me quedo mirándolo un buen rato; sin hacer ruido, espanto las moscas con la mano.

El rapaz y la moza rubicunda se desvían al subir la colina enmarañada.

Los observo desde lo alto sin que me vean.

El suicida está tendido en el suelo ensangrentado del dormitorio.

Contemplo el cadáver y el pelo salpicado de sangre; veo dónde ha caído la pistola.

El chismorreo de las aceras, las llantas de los carros, el fango de las botas, la cháchara de los transeúntes,

el pesado ómnibus, el cochero con su interrogativo pulgar<sup>[169]</sup>, el estrépito de las herraduras en el empedrado,

los trineos y su tintinear, las bromas a gritos, las batallas de bolas de nieve,

los hurras a los héroes populares, el furor de las turbas,

el golpe de las cortinas de las angarillas, el enfermo al que llevan al hospital,

el encuentro de los enemigos, la súbita injuria, los puñetazos y la caída,

el gentío enardecido, el policía, con la estrella en el pecho, abriéndose paso de prisa hasta el centro de la multitud,

las piedras impasibles que reciben y devuelven tantos ecos,

los gemidos de los saciados o los hambrientos, que se desploman por una insolación o un síncope,

las quejas de las parturientas desprevenidas que corren a sus casas para dar a luz,

las palabras vivas y enterradas que siguen vibrando aquí, los gritos reprimidos por el decoro,

la detención de los criminales, los desaires, las proposiciones de adulterio, los consentimientos, los rechazos con los labios crispados:

a todo atiendo, a su despliegue o resonancia; llego y me marcho.

## 9

Los portones del granero están abiertos de par en par.  
El carro, cargado con la hierba seca de la cosecha, se mueve despacio.  
La luz, radiante, juguetea en la maraña de grises, castaños y verdes.  
Las brazadas se apilan en el pajar, hasta colmarlo.  
Ahí estoy, ayudando. He venido tumbado en la carga,  
sintiendo el blando traqueteo, con las piernas cruzadas.  
Salto ahora de los travesaños, y cojo, a manos llenas, tréboles y fleo de los prados;  
doy volteretas, y los manojos de hierba se me enredan en el pelo.

## 10

Salgo a cazar, solo, por montañas y escabrosidades.  
Me sorprenden la alegría y ligereza de mi paso.  
Al atardecer, busco un lugar seguro para pasar la noche.  
Enciendo el fuego y aso la pieza recién cobrada,  
y me duermo en un colchón de hojas, junto a la escopeta y el perro.  
El clíper yanqui, a todo trapo, corta el centellear del agua, y la tormenta.  
Mis ojos se posan en la tierra. Me inclino sobre la proa o lanzo gritos de júbilo  
desde cubierta.  
Los barqueros y pescadores de almejas habían madrugado y pasaron a buscarme.  
Me metí los bajos de los pantalones por dentro de las botas, me fui con ellos y lo  
pasé de maravilla.  
Ojalá hubieras estado aquel día con nosotros, junto al puchero con el estofado de  
almejas y pescado.  
Asistí a la boda de un trampero, a pleno sol, en el Lejano Oeste. La novia era una  
joven piel roja.  
El padre de ella y los amigos de él, sentados con las piernas cruzadas, fumaban en  
silencio. Llevaban mocasines, y de los hombros les colgaban unas mantas largas  
y gruesas.  
En un terraplén descansaba el trampero, vestido casi enteramente de pieles: la  
barba y la melena, frondosas, le protegían el cuello; y sujetaba la mano de la  
novia.  
La india tenía las pestañas largas y la cabeza descubierta. La cabellera, tosca y  
lacia, le caía, por los muslos voluptuosos, hasta los pies <sup>[170]</sup>.  
El esclavo fugitivo llegó a mi casa y se detuvo fuera.  
Le oí moverse: hizo crujir algunas ramas del montón de leña.  
Por la puerta entreabierta de la cocina lo vi cojear, exhausto,



y sentarse en un tronco. Me acerqué hasta donde estaba, lo hice entrar y lo tranquilicé.

Llené un barreño de agua para que se quitara el sudor del cuerpo y aliviase los pies magullados.

Luego le cedí una habitación contigua a la mía, y le di ropa basta pero limpia, y recuerdo perfectamente la turbación de sus ojos, y su incomodidad, y haberle puesto emplastos en las mataduras del cuello y los tobillos.

Se quedó conmigo una semana, hasta que se hubo recuperado y pasó al norte. Yo lo sentaba a mi lado en la mesa; el mosquete descansaba en un rincón.

## 11

Veintiocho muchachos se bañan en la orilla:

veintiocho jóvenes, llenos de cordialidad;

veintiocho años de vida de mujer, y tan solitarios.

De ella es el caserón que se levanta al pie de la barranca.

Se oculta, empolvada y bien vestida, tras los postigos de la ventana.

¿Cuál de los muchachos le gusta más?

Ah, hasta el menos agraciado le parece hermoso.

¿Adónde va usted, señora? Porque la estoy viendo:

chapotea en el agua, pero, quieta como una estatua, no se ha movido del cuarto.

Bailando y riendo, viene por la playa el bañista vigésimo noveno.

Los otros no la han visto, pero ella sí los ha visto, y le han encantado.

Las barbas de los jóvenes brillaban, empapadas; el agua les chorreaba del pelo y les caía, en breves regueros, por el cuerpo.

También una mano invisible les recorría el cuerpo:

bajaba, trémula, desde las sienes y las costillas.

Los jóvenes hacen el muerto en el agua; sus vientres blancos se abomban al sol.

No preguntan quién los abraza,  
no saben quién jadea y se hunde con la espalda suspensa y arqueada,  
no se imaginan a quién salpican con la espuma.

## 12

El aprendiz de carnicero se quita la ropa de matarife, o afila el cuchillo en la tabla del mercado.

Me paro a disfrutar de sus remoquetes y de sus pasos de baile, pausados o vivaces<sup>[171]</sup>.

Herreros tiznados, de pelo en pecho, rodean el yunque,

cada uno con un mazo. Están exhaustos. Hace mucho calor en la fragua.  
Desde el umbral lleno de escoria sigo sus movimientos.  
El cadencioso vaivén de los talles acompasa el de los fornidos brazos.  
En lo alto se balancean los martillos, lentos y firmes;  
ninguno se apresura: descargan los golpes cuando les toca.

### 13

El negro sujeta con firmeza las riendas de sus cuatro caballos, y el bloque se balancea debajo, amarrado por la cadena.

El negro que conduce el carro de la cantera se sostiene, alto y firme, con un pie en el estribo.

Su camisa azul deja al descubierto un cuello y un pecho poderosos, y cae, suelta, sobre su faja.

Su mirada es serena y taxativa. Se echa para atrás el sombrero, y el sol le bruñe el bigote y el pelo ensortijado, e ilumina la negrura de sus miembros pulidos y perfectos.

Contemplo al pintoresco gigante y lo amo, pero no me limito a eso, sino que me sumo al tiro.

En mí hay alguien que acaricia la vida, dondequiera que vaya; retrocedo y avanzo; me inclino ante los nichos laterales y los inferiores, sin omitir a persona u objeto alguno,

y lo absorbo todo, para mí y para este canto.

Bueyes que movéis el yugo y la cadena, o que os detenéis a la sombra de los árboles, ¿qué expresan vuestros ojos?

Mucho más, me parece, que toda la letra impresa que haya leído en mi vida.

En esas largas caminatas de todo el día, mis pasos asustan al pato joyuyo macho y al pato joyuyo hembra<sup>[172]</sup>:

alzan el vuelo a la vez, y describen lentos círculos por encima de mi cabeza.

Creo en sus alados propósitos

y reconozco el rojo, el amarillo y el blanco dentro de mí,

y considero que el verde, el violeta y las crestas que lucen no carecen de razón,

y no llamo indigna a la tortuga porque no sea otra cosa,

y, aunque el arrendajo nunca haya estudiado la escala musical, sus trinos me parecen bastante bien,

y la mirada de la yegua baya hace que me avergüence de mi simpleza.

## 14

El ganso silvestre guía de noche a la bandada;  
grazna ya-honk, y el graznido se me ofrece, desde lo alto, como una invitación.  
El petulante quizá lo juzgue sin sentido, pero yo, escuchándolo con atención,  
descubro su propósito y su lugar allí arriba, en el cielo invernal.  
El alce del norte, con sus afiladas pezuñas, el gato que descansa en el umbral, el  
parro carbonero, la marmota,  
los lechones aferrados a las ubres de la marrana que gruñe,  
los polluelos de la pava, y la pava con las alas semidesplegadas:  
en ellos y en mí reconozco una misma y antigua ley.  
La presión de mi pie contra el suelo desata centenares de afectos,  
que se burlan de mis esfuerzos por expresarlos.  
Estoy enamorado de cuanto crece al aire libre,  
de los hombres que viven entre el ganado, o de los que saben a océano o a  
bosque,  
de los armadores de barcos y de quienes los gobiernan, de los que empuñan  
hachas y mallos, y de los conductores de caballos:  
puedo comer y dormir con ellos semanas enteras.  
Lo más común, barato, cercano y fácil: eso soy Yo;  
yo, defendiendo mi suerte, gastando para ganar a espuertas,  
engalanándome para entregarme al primero que pase,  
no pidiendo al cielo que venga a mí cuando se me antoje,  
sino derrochándolo todo, libre, para siempre.

## 15

Canta la contralto, con voz cristalina, en la tribuna del órgano;  
el carpintero cepilla la tabla, y la lengua de su cepillo emite un silbido ceceante e  
ingrácido;  
los hijos casados y los solteros vuelven a casa para la cena de Acción de Gracias;  
el piloto empuña el gobernalle y lo hace girar con fuerza;  
el compañero espera, a pie firme, en el bote ballenero, con la lanza y el arpón  
listos;  
el cazador de patos avanza en silencio, con cautela, dando grandes pasos;  
los diáconos son ordenados, con las manos cruzadas, ante el altar;  
la joven hilandera avanza y retrocede al zumbido de la rueca;  
el granjero se para junto a la valla, en su paseo del Primer día, para contemplar  
los campos de avena y centeno;

el loco, cuya locura se ha confirmado, ingresa por fin en el manicomio  
(ya no volverá a dormir, como solía, en el catre del cuarto de su madre);  
el tipógrafo, de pelo blanco y mentón afilado, se afana en la caja:  
mientras desmenuza el tabaco de mascar, se le nublan los ojos con el manuscrito;  
atan los miembros deformes a la mesa de operaciones  
y lo amputado cae horriblemente en un balde;  
a la cuarterona joven la venden en pública subasta; el borracho cabecea junto a la  
estufa de la taberna<sup>[173]</sup>;  
el maquinista se arremanga; el policía hace la ronda; el portero observa al que  
pasa;  
el joven conduce el carromato (lo amo, aunque no lo conozca);  
el mestizo se ata las botas, ligeras, para participar en la carrera;  
en el Oeste, la cacería de pavos atrae a jóvenes y a viejos: algunos se apoyan en  
las escopetas, otros se sientan en troncos;  
del gentío sale el tirador, que ocupa su posición y se echa el arma a la cara;  
los grupos de inmigrantes recién llegados abarrotan el muelle y el malecón;  
los negros<sup>[174]</sup> azadonan el cañaveral, mientras el capataz, a caballo, los vigila;  
el clarín llama al baile: los caballeros corren a buscar pareja, y los que van a bailar  
se saludan con una reverencia;  
el chico, tumbado en la buhardilla, escucha la música de la lluvia en la techumbre  
de cedro;  
el cazador de Michigan pone trampas en la ribera de un afluente del Hurón<sup>[175]</sup>;  
la india<sup>[176]</sup>, envuelta en ropa con ribetes amarillos, pone a la venta mocasines y  
bolsas adornadas con abalorios;  
el entendido recorre la exposición con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada;  
mientras los marineros de cubierta echan las amarras del vapor, se tiende la  
pasarela para que desembarquen los pasajeros;  
la hermana pequeña sostiene la madeja, y la mayor la devana, parándose de vez  
en cuando para deshacer los nudos;  
la casada hace un año se recupera, y es feliz, después de dar a luz a su primer hijo  
la semana pasada;  
la yanqui rubia trabaja con la máquina de coser en la fábrica o en el taller;  
el empedrador se apoya en la maza; el lápiz del reportero vuela por la libreta; el  
rotulista pinta las letras de oro y azul;  
el chico del canal trota por el camino de sirga; el contable echa cuentas en el  
escritorio; el zapatero encera el hilo;  
el director de la banda marca el compás, y los ejecutantes lo siguen;  
el niño es bautizado; el converso hace su primera profesión de fe;

la regata se extiende por la bahía: la carrera ya ha empezado (¡cómo relucen las velas blancas!);  
el boyero vigila el rebaño, y grita a las reses para que no se descarríen;  
el buhonero suda con la carga auestas (el comprador regatea por un centavo);  
la novia se alisa el vestido blanco; el minuterero se mueve con parsimonia;  
el fumador de opio está acostado con la cabeza rígida y los labios entreabiertos;  
la prostituta, achispada, arrastra el chal por el suelo, y la cofia se le menea en lo alto de un cuello granujiento:  
el gentío se ríe de sus procaces juramentos, y los hombres intercambian guiños y la escarnecen  
(¡desdichada! Yo no me río de tus juramentos, ni te escarnezo);  
el Presidente ha convocado a su gabinete, y los Secretarios lo rodean;  
tres matronas pasean del brazo, majestuosas, por el pórtico de la plaza;  
la tripulación del pesquero apila el fletán en la bodega;  
el misuriano cruza las llanuras con sus mercaderías y su ganado;  
el cobrador recorre el tren, anunciado por el tintineo de las monedas;  
los carpinteros entariman el suelo; los hojalateros instalan el tejado; los albañiles reclaman el mortero;  
en fila, con el capazo al hombro, pasan los peones;  
las estaciones se suceden, y una multitud indescriptible se congrega: es el Cuarto día del Séptimo mes<sup>[177]</sup> (¡qué salvas de artillería y fusilería!);  
las estaciones se suceden, y el labrador labra, el segador siega, y la semilla de invierno cae en el surco;  
lejos, en los lagos, el pescador de lucios mira y espera junto al agujero abierto en la superficie helada;  
los gruesos tocones circundan el desmante; el colono sin derecho hunde el hacha con fuerza;  
los tripulantes de la chalana amarran al anochecer junto a los álamos negros o los pacanos;  
los cazadores de mapaches recorren las regiones del río Rojo o las bañadas por el Tennessee o el Arkansas<sup>[178]</sup>;  
brillan las antorchas en la oscuridad que envuelve al Chattahoochee o al Altamahaw<sup>[179]</sup>;  
los patriarcas se sientan a cenar rodeados por sus hijos, nietos y bisnietos;  
entre paredes de adobe o en tiendas de lona descansan los tramperos y cazadores tras las labores del día;  
la ciudad duerme y el campo duerme;  
los vivos duermen su sueño y los muertos, el suyo;  
el viejo marido duerme al lado de su mujer, y el marido joven, al lado de la suya;

y todos se proyectan en mí, y yo me proyecto en todos;  
y, sea bueno o malo formar parte de ellos, yo formo parte de ellos;  
y con todos y cada uno voy tejiendo el canto de mí mismo.

## 16

Soy de los viejos y de los jóvenes, de los necios tanto como de los discretos,  
despreocupado de los demás, preocupado siempre por los demás,  
maternal a la vez que paternal, niño a la vez que hombre,  
lleno de la materia que es basta y lleno de la materia que es delicada,  
ciudadano de la Nación de muchas naciones, de la más pequeña tanto como de la  
mayor,  
sureño lo mismo que norteño, plantador indolente y hospitalario a orillas del  
Oconee, donde vivo,  
yanqui que sigue su camino, siempre dispuesto a negociar, con las articulaciones  
más flexibles de la tierra y más duras de la tierra,  
kentuckiano que atraviesa el valle del Elkhorn<sup>[180]</sup> con polainas de piel de ciervo,  
luisiano o georgiano,  
barquero de los lagos o las ensenadas o las costas, indianés, wisconsinita u  
ohioano,  
cómodo con las raquetas de nieve canadienses, o errando en la espesura, o con  
los pescadores de Terranova,  
cómodo a bordo de la flota de rompehielos, navegando con los demás y virando,  
cómodo en las colinas de Vermont, o en los bosques de Maine, o en el rancho de  
Texas,  
camarada de los californianos, camarada de los hombres libres del Noroeste  
(adoro su corpulencia),  
camarada de los balseros y los carboneros, camarada de todos cuantos estrechan  
la mano e invitan a beber y a comer,  
aprendiz de los simples, maestro de los clarividentes,  
novicio principiante, pero con la experiencia de una miríada de estaciones,  
de todas las razas y castas soy, de todos los rangos y religiones,  
granjero, artesano, artista, caballero, marinero, cuáquero,  
presidiario, rufián, camorrista, abogado, médico, sacerdote.  
Todo lo resisto mejor que mi propia diversidad,  
respiro el aire, pero dejo mucho tras de mí,  
y no soy engreído, sino que estoy en mi sitio.  
(La polilla y las huevas de pescado están en su sitio,

los soles brillantes que veo y los soles oscuros que no alcanzo a ver están en su sitio,  
lo palpable está en su sitio, y lo impalpable en el suyo).

## 17

Éstos son, en verdad, los pensamientos de todos los hombres de todas las épocas y países: no los he creado yo.

Si no son tan tuyos como míos, no son nada, o casi nada.

Si no son el enigma y la solución del enigma, no son nada.

Si no son tan cercanos como lejanos, no son nada.

Ésta es la hierba que crece dondequiera que haya tierra y haya agua.

Éste es el aire compartido que baña el globo.

## 18

Con música estentórea vengo: con cornetas y timbales.

No sólo toco marchas para los vencedores aclamados, sino también para los sometidos y los muertos.

¿Te han dicho que triunfar era bueno?

Pues yo digo que también es bueno caer: las batallas se pierden con el mismo espíritu con el que se ganan.

Doblo y redoblo por los muertos.

Soplo en las boquillas, en su honor, con todas mis fuerzas y todo mi entusiasmo.

¡Vivas<sup>[181]</sup> a los vencidos!

¡Y a aquéllos cuyos buques de guerra se han hundido en el mar!

¡Y a los que se han hundido en el mar!

¡Y a todos los generales que han entrado en combate y han sido derrotados! ¡Y a todos los héroes derribados!

¡Y a los innumerables héroes desconocidos, iguales a los mayores héroes conocidos!

## 19

Ésta es la mesa puesta para todos, y esta la carne que ha de saciar el hambre: es tanto para el malvado como para el justo; a todos los he invitado.

No permitiré que nadie sea desairado o excluido.

La querida, el gorrón, el ratero, están, por la presente, invitados;

el esclavo de labios gruesos está invitado; el que sufre una enfermedad venérea está invitado:

no se hará ninguna diferencia entre ellos y los demás.

Éste es el roce de una mano esquiva; éste, el aroma y la ondulación del pelo;

éste, el contacto de mis labios con los tuyos; éste, el murmullo del deseo;

ésta, la profundidad insondable y la altura que reflejan mi rostro;

ésta, la meditada fusión de mí mismo, y otra vez la expansión.

¿Crees que tengo alguna intención oculta?

Pues bien, la tengo, porque las lluvias del Cuarto mes la tienen, y la mica de la roca la tiene.

¿Crees que quiero asombrar?

¿Asombra la luz del día? ¿Asombra el colirrojo real que canta, por la mañana, en el bosque?

¿Asombro yo más que ellos?

En esta hora cuento cosas en confianza.

Quizá no se las cuente a todo el mundo, pero te las cuento a ti.

## 20

¿Quién anda ahí, ansioso, grosero, místico, desnudo?

¿Cómo extraigo fuerza de la carne que como?

¿Qué es un hombre, por cierto? ¿Qué soy yo? ¿Qué eres tú?

Todo lo que señalo como mío, tú lo compensarás con lo tuyo:

si no, escucharme sería perder el tiempo.

Yo no lloriqueo como lloriquean en todo el mundo

porque los meses estén vacíos y la tierra no sea sino un revolcadero, una inmundicia.

El servilismo y la lamentación se envuelven con los polvos para inválidos<sup>[182]</sup>, y la resignación se extiende hasta los parientes más lejanos.

Yo llevo sombrero, a cubierto o al aire libre, según me plazca.

¿Por qué debería rezar? ¿Por qué debería venerar y ser ceremonioso?

Después de haber escrudiñado todos los estratos, y analizado hasta el menor detalle, y consultado a los doctores, y calculado minuciosamente,

no encuentro grasa más deliciosa que la adherida a mis propios huesos.

En todos me veo: ninguno es más que yo, ni un ápice menos que yo,

y lo bueno o malo que diga de mí, lo digo de ellos.

Sé que soy fuerte y que estoy sano.

Fluyen hacia mí, a perpetuidad, los objetos del universo, y convergen en mi ser.

Todos se han escrito para mí, y yo he de descifrar su significado.



Sé que soy inmortal.  
Sé que mi órbita no puede ser medida por el compás del carpintero.  
Sé que no me desvaneceré como los arabescos de fuego que dibuja un niño en la oscuridad de la noche con un tizón encendido.  
Sé que soy agosto.  
No perturbo a mi espíritu para que se reivindique o sea comprensible.  
Veo que las leyes elementales nunca piden perdón  
(creo que, después de todo, mi orgullo no es mayor que el nivel con el que construyo mi casa).  
Existo como soy: eso basta.  
Si nadie lo advierte en el mundo, me parece bien.  
Y si todos y cada uno lo advierten, me parece bien.  
Un mundo lo advierte —el mayor de todos, con creces, para mí—, y ese mundo soy yo;  
y, tanto si vengo a mí hoy como dentro de diez mil o de diez millones de años, lo aceptaré con alegría, o esperaré con la misma alegría.  
Mi pie se asienta en una ensambladura de granito.  
Me río de lo que llamáis disolución:  
conozco la amplitud del tiempo.

## 21

Soy el poeta del Cuerpo y soy el poeta del Alma.  
Los placeres del cielo están conmigo y los tormentos del infierno están conmigo.  
Aquéllos los implanto y los multiplico en mí; éstos los traduzco a una lengua nueva.  
Soy el poeta de la mujer igual que del hombre,  
y digo que tan noble es ser mujer como ser hombre,  
y digo que no hay nada tan noble como ser la madre de los hombres.  
Entono el canto de la expansión y el orgullo.  
Ya hemos agachado la cabeza bastante, y sufrido bastante desaprobación.  
Yo demuestro que el tamaño sólo es desarrollo.  
¿Has superado a los demás? ¿Acaso eres el Presidente?  
Pero carece de importancia: todos y cada uno te alcanzarán, e irán aún más lejos.  
Soy el que camina con la noche, suave y creciente.  
Invoco a la tierra y al mar, abrazados por la noche.  
¡Estréchame contra tus pechos desnudos, noche!, ¡estréchame, noche magnética y nutricia!,  
¡noche de vientos australes, noche de enormes estrellas solitarias!,

¡noche serena y soñolienta, enloquecida y desnuda noche de verano!  
¡Sonríe, oh, tierra voluptuosa, de aliento fresco!,  
¡tierra de árboles adormecidos y líquidos!,  
¡tierra del ocaso cumplido, tierra de las montañas coronadas de niebla!,  
¡tierra del vítreo derramarse de la luna llena, tintada apenas de azul!,  
¡tierra de luces y sombras que jaspean la corriente del río!,  
¡tierra del límpido gris de las nubes, que se aclaran y resplandecen en mi honor!,  
¡tierra de brazos que se extienden hasta muy lejos, fértil tierra de manzanos en flor!

Sonríe, porque llega tu amante.

Pródiga, me has dado amor; yo te doy, por tanto, amor.

¡Oh, amor apasionado, inefable!

## 22

¡Mar! A ti me abandono también. Adivino lo que quieres decir.

Contemplo desde la playa tus dedos como garfios, que me reclaman.

Creo que no quieres marcharte sin haberme tocado.

Pasemos un rato juntos: yo me desnudo; tú aléjame pronto de la costa,  
arrópame con suavidad, méceme en tu entresueño undoso,  
salpícame de amorosa humedad: yo te recompensaré.

Mar de fondo, bravío,

mar de respiraciones profundas, convulsas,

mar salmuera de la vida, mar de las tumbas aún por cavar, pero siempre dispuestas,

rugiente moldeador de tormentas, mar delicado y caprichoso,

soy un todo contigo y, como tú, de una fase y de todas las fases.

Participo del influjo y el reflujó, ensalzo el odio y la conciliación,

ensalzo a los amantes y a cuantos duermen en brazos de otros.

Soy el que testimonia amor al prójimo

(¿he de enumerar lo que contiene la casa y omitir la casa que lo contiene?).

No soy sólo el poeta de la bondad: no renuncio a ser también el poeta de la maldad.

¿Qué exabruptos son éstos sobre la virtud y el vicio?

El mal me impulsa y la reforma del mal me impulsa, pero yo permanezco indiferente.

Mi actitud no es la del que busca defectos, ni la del que rechaza.

Yo riego las raíces de todo lo que crece.

¿Temías acaso que la incesante preñez produjera escrófulas?

¿Has advertido que las leyes del cielo aún deben examinarse y rectificarse?  
Encuentro equilibrio a un lado y equilibrio en su antípoda,  
y una doctrina débil tan útil y firme como una doctrina sólida,  
y que las ideas y hechos del presente son nuestro despertar y nuestro punto de  
partida.

Nada es mejor que el aquí y ahora  
de este minuto que me alcanza, tras los decillones de minutos que lo han  
precedido.

Poco tiene de asombroso lo que se haya comportado bien en el pasado o se  
comporte bien ahora.

Lo eternamente asombroso es que pueda haber un hombre malvado o carente de  
fe.

## 23

¡Infinito despliegue de palabras de todas las épocas!

Y la mía, una palabra de la modernidad, la palabra *En Masse*.

Una palabra de la fe que nunca defrauda.

Ahora o en el futuro, tanto me da: acepto el Tiempo absolutamente.

Sólo él es sin tacha; sólo él lo abarca y completa todo.

Esta desconcertante y mística maravilla lo completa todo.

Acepto la Realidad y no oso cuestionarla.

El Materialismo la imbuye de principio a fin.

¡Viva la ciencia positiva! ¡Larga vida a la demostración exacta!

Traed uva de gato, mezclada con cedro y ramas de lila.

Éste es el lexicógrafo; éste, el químico; éste ha compuesto una gramática que  
desentraña los antiguos jeroglíficos<sup>[183]</sup>;

estos navegantes conducen su barco por mares procelosos y desconocidos;

éste es el geólogo; éste trabaja con el escalpelo; y éste es matemático.

¡Caballeros, para vosotros siempre los primeros honores!

Los hechos que desveláis son útiles, pero no son donde vivo,  
sino una forma de acceder a una parte de donde vivo.

Antes que las propiedades ya expresadas de las cosas, mis palabras  
recuerdan la vida aún inexpresada, la libertad y el desasimiento;

apenas dan cuenta de los epicenos y los castrados, sino que favorecen a los  
hombres y mujeres bien dotados,

y golpean el gong de la rebelión, y se juntan con los fugitivos y con los que traman  
y conspiran.

Walt Whitman, un cosmos, el hijo de Manhattan,  
turbulento, carnal, sensual, comedor, bebedor y procreador,  
ni sentimental, ni superior a hombres y mujeres, ni alejado de ellos,  
tan modesto como inmodesto.

¡Arrancad los cerrojos de las puertas!

¡Arrancad las puertas de los quicios!

Quien degrada a otro, me degrada a mí;

y cuanto se hace o dice, revierte en mí.

La inspiración divina me desborda, y me recorren el torrente y el índice.

Pronuncio el santo y seña primigenio; hago el signo de la democracia.

¡Por Dios! No aceptaré nada que no puedan recibir los demás, en las mismas  
condiciones.

Brotan de mí muchas voces largamente acalladas:

voces de las interminables generaciones de prisioneros y esclavos;

voces de los enfermos y desesperados, de los ladrones y enanos;

voces de ciclos de gestación y crecimiento;

y de los hilos que hilvanan las estrellas, y de los vientres, y de la sustancia paterna,

y de los derechos de aquéllos a los que otros oprimen,

y de los deformes, los triviales, los simples, los necios y los despreciados,

de la niebla en el aire y los escarabajos peloteros, con sus bolas de mierda.

Brotan de mí voces prohibidas:

voces de sexo y lujuria; voces veladas, a las que retiro el velo;

voces indecentes, que yo clarifico y transfiguro.

Yo no me tapo la boca con la mano.

Me mantengo tan puro en las tripas como en la cabeza y en el corazón.

La cópula no es para mí más vergonzosa que la muerte.

Creo en la carne y en los apetitos.

Ver, oír, tocar, son milagros, y cada parte, cada ápice de mí, es un milagro.

Divino soy por dentro y por fuera, y santifico cuanto toco y me toca:

el aroma de estas axilas es más exquisito que todas las plegarias;

y esta cabeza es más que las Iglesias, las biblias y todos los credos.

Si algo venero más que otra cosa, es la extensión de mi cuerpo, o de cualquiera de  
sus partes:

¡translúcida arcilla mía, eres tú!,

¡bordes y basas en sombra, sois vosotros!,

¡firme reja masculina, eres tú!,

¡cuanto contribuye a mi cultivo, eres tú!,

¡tú, poderosa sangre mía, y tu lácteo fluir, pálida desolladura de mi vida!,  
¡pecho que se abraza a otros pechos, eres tú!,  
¡ocultas circunvoluciones de mi cerebro, sois vosotras!,  
¡lavada raíz de cálamo<sup>[184]</sup>, becada asustadiza, nido resguardado, con dos huevos  
iguales, sois vosotros!,  
¡heno enmarañado de la cabeza, la barba y los músculos, eres tú!,  
¡savia que goteas del arce, fibra del trigo viril, sois vosotras!,  
¡sol generoso, eres tú!,  
¡vapores que ilumináis u oscurecéis mi rostro, sois vosotros!,  
¡arroyos y rocíos de sudor, sois vosotros!,  
¡vientos que me cosquilleáis, restregando vuestros genitales contra mí, sois  
vosotros!,  
¡amplios campos musculares, ramas de encina del sur, amoroso haragán de mis  
tortuosas sendas, sois vosotros!,  
¡manos que he cogido, caras que he besado, mortales a quienes he llegado a  
tocar, sois vosotros!  
Me adoro a mí mismo: hay tantas cosas en mí, y todas tan deliciosas.  
Cada momento y cada hecho me estremecen de alegría.  
No sabría decir por qué se me doblan los tobillos, ni el origen del más leve de mis  
deseos,  
ni la causa de la amistad que dispenso, ni de la amistad que recibo.  
Al subir las escaleras de mi veranda, me paro a considerar si todo esto existe, en  
verdad.  
Un dondiego en la ventana me satisface más que toda la metafísica de los libros.  
¡Contemplar el amanecer!  
La escasa luz disipa las sombras, diáfanas e inmensas.  
El sabor del aire es grato a mi paladar.  
Fragmentos del mundo cambiante se elevan en silencio —escarceos inocentes,  
que exudan frescura—  
y se precipitan, oblicuos, por todas partes.  
Algo que no alcanzo a ver endereza sus púas libidinosas.  
Mares de zumo brillante inundan el cielo.  
La tierra invadida por el cielo, la consumación diaria de su unión,  
el desafío lanzado por oriente, en ese instante, sobre mi cabeza,  
la burla mordaz: ¡veremos quién es el amo!

si yo no fuera capaz, ahora y siempre, de que la aurora saliese de mí.  
También nosotros ascendemos, deslumbrantes y tremendos como el sol.  
Basamos nuestra propia aurora, oh, alma mía, en el sosiego y la frescura del alba.  
Mi voz persigue lo que mis ojos no pueden alcanzar.  
Con un movimiento de la lengua abarco mundos y conjuntos de mundos.  
El habla es gemela de la vista, pero es incapaz de contenerse,  
y siempre me está provocando. Dice, sarcástica:  
*Walt, ya has acaparado bastante; ¿por qué no lo sueltas?*  
Vamos, no me atormentes: le das demasiada importancia a la palabra.  
¿Acaso no sabes, oh, lenguaje, que los capullos no se abren bajo tu peso?  
Aguardo en la sombra, protegido por la escarcha,  
y el lodo retrocede ante mis gritos proféticos;  
yo, fundamento de las causas, las equilibrio, por fin.  
Mi conocimiento es mi vida: se corresponde con el sentido de todas las cosas,  
la felicidad (y que todos los hombres y mujeres que me oigan salgan hoy mismo a  
buscarla).  
Te niego mi mérito definitivo: me niego a desprenderme de lo  
que realmente soy.  
Abarca mundos, pero no intentes nunca abarcarme a mí.  
Convoco lo más brillante y mejor de ti con sólo mirarte.  
La escritura y la conversación no me revelan.  
Llevo en el rostro la plenitud de esa revelación, y de todas las cosas.  
Con el silencio de mis labios sumo al escéptico en la confusión.

## 26

Ahora no haré sino escuchar,  
para que lo que oiga acrezca este canto, para que los sonidos lo enriquezcan.  
Oigo alardes de pájaros, el rumor del trigo que crece, el chismorreo de las llamas,  
el restallar de las ramas con las que cocino;  
oigo el sonido que más me gusta, el de la voz humana;  
oigo todos los sonidos: juntos, combinados, fundidos o sucesivos:  
sonidos de la ciudad y sonidos de fuera de la ciudad, sonidos del día y de la noche,  
jóvenes locuaces que hablan con quienes los aprecian, las risotadas de los obreros  
a la hora de comer,  
la gravedad airada de las amistades trucas, la voz desfallecida de los enfermos,  
la sentencia de muerte que pronuncian los labios pálidos del juez, aferrado al  
estrado,

el jaleo de los estibadores descargando en los muelles, el estribillo de los que  
levan anclas,  
el repicar de las alarmas, el grito de incendio, el apresurado estrépito de las  
máquinas y los carros de bomberos, con sus campanas premonitorias y sus luces  
de colores,  
la sirena del vapor, el pesado rodar del tren y los vagones que se acercan,  
la marcha lenta que encabeza el cortejo, en doble fila  
(van a hacer guardia ante algún cadáver: las banderas lucen crespones negros).  
Oigo el violonchelo (es el lamento de un corazón joven);  
oigo la corneta de llaves: se desliza, veloz, por mis oídos  
y me inflige, en las entrañas y en el pecho, un dolor suavísimo y arrebatador.  
Oigo el coro: es una ópera fantástica.  
Ah, esto sí que es música; esto es lo mío.  
Un tenor me colma, grandioso y nuevo como la creación.  
El chorro orbíco que sale de su boca me llena hasta los bordes.  
Oigo a la diestra soprano (¿qué vale mi canto comparado con el suyo?).  
La orquesta me hace describir órbitas mayores que la de Urano,  
me arranca ardores cuya existencia ni siquiera sospechaba,  
y me arroja al mar: chapoteo descalzo, y las olas me lamen, perezosas, los pies;  
me flagela un granizo furioso, me ahogo,  
y, saturado de morfina, dulce como la miel, estrangulado por los dogales de la  
muerte,  
me libero, al fin, para enfrentarme al enigma de los enigmas,  
que llamamos Ser.

## 27

¿Qué significa ser, en cualquiera de sus formas?  
(Todos damos vueltas y más vueltas, y acabamos volviendo siempre al mismo  
punto).  
Si no hubiera nada más desarrollado, la almeja<sup>[185]</sup> y su concha insensible serían  
suficientes.  
La mía no es una concha insensible.  
Me recorren transmisores instantáneos, tanto si me muevo como si estoy quieto:  
capturan los objetos y atraviesan con ellos, sin dañarlo, mi cuerpo.  
Me basta remover, o apretar, o tocar con los dedos, para ser feliz.  
Apenas soporto rozarme con otra persona.

¿Es éste, pues, el tacto, que me conduce, estremecido, hasta una nueva identidad?

Llamas y éter se precipitan por mis venas.

Mis extremidades traidoras se apresuran, en tropel, a ayudarlos.

Mi carne y mi sangre arrojan el rayo que ha de fulminar lo que apenas difiere de mí.

Por todas partes me provocan, salaces, y me agarrotan los miembros, y exprimen la ubre de mi corazón hasta extraer sus últimas gotas, y se comportan indecorosamente conmigo, sin atender a mis negativas, y me despojan, a propósito, de lo mejor de mí;

me desabrochan la ropa, me sujetan por la cintura desnuda,

engañan a mi confusión con la paz de la luz del sol y de los pastos,

apartan con impudicia a los demás sentidos,

los sobornan para que se intercambien con el tacto y se vayan a pastar a los extremos de mí,

sin consideración, sin respeto alguno por mis fuerzas, que flaquean, ni por mi enfado,

convocan al resto del rebaño para divertirse un rato

y se juntan, por fin, en un promontorio, para fastidiarme.

Los centinelas abandonan las demás partes que me constituyen.

Me han dejado a merced de un intruso sanguinario.

Todos acuden al promontorio para presenciar lo que sucede, y para hostigarme.

Los traidores me han entregado.

Desvarío, he perdido el juicio, yo, y no otro, soy el judas:

yo fui el primero en subir al promontorio, llevado por mis propias manos.

¡Tú, tacto miserable! ¿Qué estás haciendo? El aliento se me amontona en la garganta.

Abre las compuertas: eres demasiado para mí.

¡Tacto ciego, amoroso y pugnaz!, ¡tacto enfundado, encapuchado, de dientes afiladísimos!

¿Tanto te ha dolido abandonarme?

Despedida perseguida por la llegada, pago perpetuo de un préstamo perpetuo, lluvia torrencial y recompensa más torrencial aún, tras ella.

Los retoños prenden y se acumulan en el borde, prolíficos y vitales,



y los paisajes se proyectan, masculinos, sin mengua, dorados.

### 30

Todas las verdades esperan en todas las cosas.

Ni se apresuran a revelarse, ni se resisten a hacerlo.

No necesitan el fórceps obstétrico del cirujano.

Lo insignificante es tan grande, para mí, como cualquier otra cosa.

(¿Qué es más o menos que un roce?)

La lógica y los sermones no convencen nunca.

La humedad de la noche cala más hondo en mi alma.

(Sólo lo que resulta evidente a todo hombre y mujer, es cierto;  
sólo lo que nadie niega, es cierto).

Un minuto y una gota de mí me tranquilizan la mente.

Creo que los terrones húmedos se convertirán en amantes y en lámparas,  
y que el alimento del hombre o la mujer es un compendio de compendios,  
y que el sentimiento que los une es una cumbre y una flor,

y que esa enseñanza los hará ramificarse ilimitadamente, hasta que sea la génesis  
de todo,

hasta que todos y cada uno nos deleiten, y nosotros los deleitemos a todos.

### 31

Creo que una hoja de hierba no es menor que el camino recorrido por las  
estrellas,

y que la hormiga es asimismo perfecta, como un grano de arena o el huevo del  
reyezuelo,

y que la rana arbórea es una obra maestra para los encumbrados,

y que la zarzamora podría engalanar los salones del cielo,

y que la articulación más insignificante de mi mano ridiculiza a todas las  
máquinas,

y que la vaca que rumia, cabizbaja, supera a cualquier estatua,

y que un ratón es un milagro tan grande como para hacer dudar a sextillones de  
descreídos.

Y encuentro que en mí se incorporan el gneis, el carbón, los largos filamentos del  
musgo, frutas, granos y raíces comestibles,

y que me recubre, entero, un estucado de cuadrúpedos y pájaros,

y que he tenido buenas razones para distanciarme de lo que he dejado atrás,  
pero que puedo recuperar cuando desee.

En vano la timidez o la prisa,  
en vano las rocas plutónicas despiden su antiguo calor cuando me acerco,  
en vano se oculta el mastodonte tras el polvo de sus huesos,  
en vano los objetos se alejan muchas leguas y adoptan múltiples formas,  
en vano se asienta el océano en sus fosas y se esconden los monstruos en las  
profundidades,  
en vano el buitre elige por morada el cielo,  
en vano reptan la serpiente por entre la enredadera y los troncos,  
en vano se interna el alce en lo más espeso del bosque,  
en vano enfila el alca al norte, lejos, hacia el Labrador.  
Yo la sigo, deprisa, y trepo hasta el nido, en la hendidura del acantilado.

### 32

Creo que podría vivir con los animales: son tan plácidos e independientes;  
no me canso de mirarlos.

No se inquietan por su condición, ni se quejan de ella;  
no se desvelan de noche y lloran por sus pecados;  
no me exasperan con discusiones sobre sus deberes para con Dios;  
ninguno está descontento; a ninguno lo perturba el desvarío de poseer cosas;  
ninguno se postra ante nadie, ni ante los demás de su especie que vivieron hace  
milenios;

ninguno, en ningún lugar, es respetable o desgraciado.

Así revelan el parentesco que tienen conmigo, y yo lo acepto.

Me traen señales de mí mismo, y acreditan abiertamente que las poseen.

Me pregunto dónde las habrán conseguido.

¿Acaso he transitado yo por ahí hace tiempo y, en un descuido, se me han caído?

Avanzaba entonces y ahora y siempre,

reuniendo y enseñando más, siempre y muy deprisa,

infinito y omnígeno, un semejante entre ellos,

y, sin excluir a ninguno de quienes se acerquen para recordarme,

elijo a uno al que estime, y me voy con él, como con un hermano.

La gigantesca belleza de un semental, lozano y sensible a mis caricias:

de frente alta y ancha testuz,

miembros lustrosos y ágiles, cola que barre el suelo,

ojos rebosantes de una chispeante malicia, y orejas flexibles, finamente dibujadas.

Se le dilatan los ollares al sentir el abrazo de mis talones.

Los bien torneados miembros se estremecen de placer cuando echamos a correr y  
volvemos.

No te monto más que un minuto, y luego te dejo, semental.  
¿Para qué necesito tus pasos, si yo galopo más deprisa?  
De pie, y hasta sentado, corro más que tú.

### 33

¡Espacio y Tiempo! Ahora veo que es cierto lo que imaginé,  
lo que imaginé tendido en la hierba,  
lo que imaginé tumbado, solo, en la cama,  
y también al pasear por la playa, a la pálida luz de las estrellas, por la mañana.  
Me abandonan las amarras y los lastres; me acodo en islotes marinos,  
bordeo cordilleras, abarco continentes con las palmas de las manos;  
camino con mi visión.  
Cerca de las casas cuadrangulares de la ciudad, en cabañas de troncos,  
acampando con los leñadores,  
por los carriles del camino, por los barrancos y los cauces secos de los arroyos,  
escardando el cebollar o azadonando hileras de zanahorias y chirivías,  
atravesando sabanas, adentrándome en bosques,  
explorando, cavando en busca de oro, anillando los árboles de una finca recién  
comprada,  
abrasado, hasta los tobillos, por la arena caliente, remolcando el bote por las  
aguas someras del río,  
donde el puma se mueve, inquieto, en la rama del árbol, donde el venado se  
revuelve, con furia, contra el cazador,  
donde el crótalo se estira al sol en una roca, donde la nutria se alimenta de  
pescado,  
donde duerme el caimán, acorazado de escamas, en los pantanos,  
donde el oso negro busca raíces o miel, donde el castor allana el barro con la pala  
de la cola;  
sobre los cañaverales, sobre las flores amarillas de los campos de algodón, sobre  
los arrozales anegadizos,  
sobre el tejado a dos aguas de la granja, festoneado de musgo y con esbeltos  
retoños en los desagües,  
sobre el caqui del Oeste, sobre el maíz de hoja larga, sobre el lino delicado de  
hojas azules,  
sobre el alforfón, blanquecino, tostado, que susurra y sisea como los demás,  
sobre el verde oscuro del centeno, que la brisa ondula y ennegrece;  
escalando montañas, trepando con prudencia, sujetándome a las ramas bajas y  
retorcidas,

caminando por el sendero trazado en la hierba o abriéndome paso entre la maleza,  
donde la codorniz silba, entre el bosque y el trugal,  
donde el murciélago revolotea en los atardeceres del Séptimo mes, donde el enorme escarabajo dorado rasga la oscuridad,  
donde el riachuelo brota de las raíces del árbol añoso y corre hacia los prados,  
donde sesteaa el ganado, y espanta las moscas con sacudidas de la piel,  
donde la estopilla cuelga en la cocina, donde los morillos descansan en las losas del hogar, donde las telarañas caen, como festones, de las vigas;  
donde golpean los martillos pilones y giran los cilindros de la prensa,  
dondequiera que el corazón humano lata, angustiado, en los pechos,  
donde flota el globo en forma de pera (y yo en él, mirando al suelo sin temor),  
donde la cabina de salvamento<sup>[186]</sup> se desliza por el nudo corredizo, donde el calor incuba los huevos, de color verde pálido, en los agujeros de la arena,  
donde la ballena nada con el ballenato, sin descuidarlo nunca,  
donde el vapor deja a popa un largo penacho de humo,  
donde la aleta del tiburón corta el agua como una lasca negra,  
donde el bergantín en llamas es arrastrado por corrientes desconocidas,  
donde se amontonan las conchas en la cubierta limosa, bajo la que se pudren los cadáveres;  
donde la bandera estrellada flamea a la cabeza de los regimientos,  
acercándome a Manhattan por la isla larga,  
bajo el Niágara, cuyas cataratas me cubren como un velo,  
en el umbral de casa o en el apeadero de sólidos tablones, fuera,  
en las carreras, o de *picnic*, o bailando una giga, o disfrutando de un buen partido de béisbol,  
en juergas de hombres, entre chanzas de gañanes, chistes verdes, danzas de la lluvia<sup>[187]</sup>, borracheras y risotadas,  
en la sidrería, saboreando la pulpa morena, dulcísima, y chupando el zumo con una pajita,  
o pelando manzanas y pidiendo un beso por cada fruta roja que encuentre,  
en asambleas de vecinos, en fiestas de playa, en reuniones de amigos,  
desgranando el maíz o levantando casas;  
donde el sinsonte gorjea con delicia, y arrulla, y chilla, y llora,  
donde el heno se amontona en el granero, donde se desperdigan los tallos secos,  
donde la vaca de cría espera en el cobertizo,  
donde el toro se acerca para cumplir con sus obligaciones de macho, y el semental busca a la yegua, y el gallo monta a la gallina,  
donde pacen los novillos, donde los gansos picotean el grano con golpes secos,

donde las sombras del atardecer se extienden por la pradera desierta, ilimitada,  
y las manadas de búfalos, en su lento avance, por tierras próximas y lejanas,  
donde brilla el colibrí, donde se incurva, sinuoso, el cuello del viejo cisne,  
donde la gaviota sobrevuela, rauda, la playa, y emite una risa casi humana,  
donde las colmenas se alinean en un banco gris del jardín, medio escondidas por  
la maleza,  
donde las perdices de cuello rayado se posan en círculo en el suelo y estiran la  
cabeza,  
donde las carrozas fúnebres cruzan las arcadas de los cementerios,  
donde los lobos aúllan, en invierno, en los desiertos de nieve y entre los árboles  
cubiertos de escarcha,  
donde la garza sabacú se acerca de noche a la orilla del pantano para alimentarse  
de cangrejillos,  
donde las salpicaduras de los que se zambullen y los que nadan atemperan el  
ardor del mediodía,  
donde la cigarra se aplica a su cromática lengüeta en el nogal, junto al pozo,  
por los bancales de cidros y pepinos, cuyas hojas lucen nervaduras de plata,  
por el salegar o el claro del naranjal, o a la sombra cónica de los pinos,  
por el gimnasio, por la cantina y sus cortinajes, por la oficina o el auditorio  
público;  
contento con la gente del país y con los extranjeros, contento con lo nuevo y con  
lo viejo,  
contento con la fea y con la guapa,  
contento con la cuáquera que se quita la cofia y habla, melodiosa,  
contento con la música del coro de la iglesia enjalbegada,  
contento con las circunspectas palabras del predicador metodista, que suda,  
hondamente impresionado por la congregación en el campo;  
mirando escaparates en Broadway toda la mañana, con la nariz aplastada contra  
las gruesas lunas,  
o vagabundeando esa misma tarde, con la mirada en las nubes, por una callejuela  
o por la playa,  
rodeando con cada brazo la cintura de un amigo, y yo entre ambos;  
volviendo a casa con el taciturno rapaz de mejillas oscuras (que monta detrás de  
mí al caer el día),  
observando las huellas de los animales, o de los mocasines, lejos del  
campamento,  
junto al camastro, en el hospital, dando limonada al paciente con fiebre,  
o junto al ataúd, cuando todo se ha sosegado, examinando el cadáver a la luz de  
una vela;

viajando a cada puerto, en busca de negocios y aventura,  
apretando el paso en medio del gentío de ahora, tan impaciente y veleidoso como  
cualquiera,  
colérico con alguien a quien odio, dispuesto, en mi locura, a acuchillarlo,  
solo a medianoche en el patio de atrás, abandonado de la razón,  
recorriendo las viejas colinas de Judea, en compañía de Dios, hermoso y gentil,  
cruzando, veloz, el espacio, atravesando el cielo y las estrellas,  
atravesando los siete satélites y el ancho anillo<sup>[188]</sup>, y un diámetro de ochenta mil  
millas,  
atravesando el firmamento con los cometas, despidiendo bolas de fuego como  
ellos,  
llevando conmigo al niño creciente, que lleva a su propia madre, llena, en el  
vientre,  
rugiendo de ira, disfrutando, forjando proyectos, amando, amonestando,  
vacilando, apareciendo y desapareciendo,  
noche y día recorro esos caminos.

Visito los huertos de las esferas y veo lo que han producido:  
quintillones de frutos maduros y quintillones de frutos verdes.

Mis vuelos son los de un alma fluida y voraz:  
se desarrollan muy por debajo del alcance de las sondas.

Me sirvo de lo material y lo inmaterial.

No hay guardia que pueda detenerme, ni ley que me lo impida.

Estoy anclado poco tiempo.

Mis mensajeros zarpan de continuo, o me traen respuestas.

Salgo a cazar osos polares, para hacerme con sus pieles, y focas: salvo precipicios  
con la ayuda del bastón de punta de hierro, y me aferró a bloques de hielo  
caídos, azulados y quebradizos.

Subo al mástil de proa.

Ocupo mi puesto, entrada la noche, en la cofa de vigía.

Surcamos el océano Artico: basta la luz que hay.

Admiro, en la atmósfera clara, una prodigiosa belleza.

Enormes masas de hielo pasan junto a mí, y yo junto a ellas; el paisaje es nítido en  
todas direcciones.

Montañas coronadas de blanco se divisan a lo lejos: les entrego mis fantasías.

Nos acercamos a un inmenso campo de batalla, en el que pronto entablaremos  
combate.

Atravesamos con sigilo los colosales puestos avanzados del campamento,  
o entramos, por los suburbios, en una vasta ciudad en ruinas,

cuyos edificios arrumbados, cuya desmoronada arquitectura, valen más que todas las ciudades habitadas del globo.

Soy un mercenario. Vivaqueo junto a las fogatas de guardia de los invasores.

Echo al novio de la cama y yazgo con la novia.

Mis muslos y mis labios la buscan toda la noche.

Mi voz es la voz de la esposa, el chillido que da en la barandilla de la escalera:

suben el cuerpo de mi hombre, chorreante, ahogado.

Comprendo el gran corazón de los héroes,

la valentía de hoy y de siempre:

comprendo que el capitán, al ver al vapor naufragado y a la deriva, atestado de gente, y a la Muerte acosándolo en la tormenta,

se afirmara en su posición y se resistiese a ceder ni una pulgada, y fuese fiel a los días y fiel a las noches,

y escribiera con tiza en un tablón, con caligrafía desmesurada: *No desfallezcáis: no os abandonaremos,*

y que siguiera con ellos, y diera bordadas con ellos, tres días, y que no se rindiese, y que salvara, finalmente, a los náufragos,

y comprendo el aspecto de las mujeres, enjutas, con la ropa holgadísima, al embarcar en los botes desde un costado de la tumba que les estaba preparada, y el de los niños callados, de aire envejecido, y el de los enfermos a los que llevaban en andas, y el de los hombres sin afeitar, con los labios apretados.

Me lo trago todo: sabe bien, me gusta, lo hago mío.

Yo soy el hombre, el que sufrió: yo estuve allí<sup>[189]</sup>.

El desdén y la serenidad de los mártires,

la madre de antaño, condenada por bruja y quemada con leña seca ante la mirada absorta de sus hijos,

el esclavo perseguido que flaquea en la huida y se apoya en una valla, jadeando, empapado de sudor,

las punzadas de dolor, como alfilerazos, en las piernas y el cuello, las descargas asesinas y las balas:

todo esto siento o soy.

Soy el esclavo perseguido: me desgarran las mordeduras de los perros;

el infierno y la desesperación se ciernen sobre mí; los tiradores no dejan de disparar;

me aferró a los tablones de la valla; la sangre que vierto se deslía en el barro que me cubre;

me caigo en los matorrales y las piedras;

los jinetes espolean a los caballos reticentes y estrechan el círculo a mi alrededor:

aturdido, me abruman de insultos y de fieros golpes en la cabeza con los mangos de los látigos.

El sufrimiento es una de mis mudas.

Yo no le pregunto al herido cómo se siente, sino que me convierto en el herido.

Las heridas se me amoratan, mientras observo, apoyado en un bastón.

Soy el maltrecho bombero, con el esternón roto.

Las paredes se han desplomado y me han sepultado entre los escombros.

He aspirado calor y humo; he oído los gritos de mis camaradas y el repiquetear lejano de sus picos y palas.

Han retirado ya las vigas caídas, y me levantan con cuidado.

Tendido al aire de la noche, con la camisa enrojecida, guardan silencio para no molestarme.

Ya no siento dolor, después de tanto sufrimiento; yazgo exhausto, pero no infeliz.

Blancas y hermosas son las caras que me rodean: todos se han quitado los cascos.

El montón de gente arrodillada se difumina a la luz de las antorchas.

Resucitan los muertos y los ausentes.

Parecen la esfera o mis manecillas, y yo soy el reloj.

Soy un viejo artillero: cuento la historia del bombardeo de nuestro fuerte.

Vuelvo a estar allí.

Vuelve el prolongado redoble de los tambores.

Vuelve el ataque de los cañones y los morteros.

Vuelve a mis oídos atentos la respuesta de la artillería.

Participo en la acción; todo lo veo y todo lo oigo:

los gritos, los juramentos, el fragor del combate, los hurras por los disparos certeros,

la ambulancia<sup>[190]</sup> que pasa despacio, dejando un reguero de sangre,

las cuadrillas que acuden a las zonas dañadas y reparan lo indispensable,

las granadas que caen por los agujeros del techo, la explosión en forma de abanico,

el zumbir de miembros, cabezas, piedras, astillas y hierros por el aire.

Vuelven los estertores de mi general, moribundo, que manotea con furia y farfulla, entre borbotones de sangre: *No se preocupen por mí... Preocúpense por las trincheras.*

### 34

Refiero ahora lo que me contaron en Texas cuando era niño  
(no la caída de El Alamo:  
nadie escapó para contar la caída de El Alamo;



allí siguen aquellos ciento cincuenta hombres, silenciados).

Se trata de la historia del asesinato a sangre fría de cuatrocientos doce jóvenes<sup>[191]</sup>.

En su retirada, habían formado en cuadro, con la impedimenta como parapeto. Novecientas vidas del enemigo que los rodeaba, nueve veces su número, fueron el precio que se cobraron por adelantado<sup>[192]</sup>.

Su coronel cayó herido, y agotaron las municiones.

Acordaron una capitulación honrosa, recibieron las condiciones en un pliego sellado, entregaron las armas y desfilaron en calidad de prisioneros de guerra.

Eran la flor de la estirpe de los *rangers*<sup>[193]</sup>,

sin igual con el caballo, el rifle, la canción, la comida y la seducción,

grandes, turbulentos, generosos, apuestos, altivos y afectuosos,

barbados y curtidos por el sol, vestidos a la descuidada manera de los cazadores:

ninguno tenía más de treinta años.

La mañana del segundo Primer día del mes, los sacaron en grupos y los masacraron: era el principio de un hermoso verano.

La faena comenzó a eso de las cinco; hacia las ocho había acabado.

Ninguno acató la orden de arrodillarse.

Algunos arremetieron, en un esfuerzo tan insensato como inútil, contra sus asesinos; otros permanecieron de pie, impertérritos.

Unos pocos cayeron enseguida, alcanzados en la sien o el corazón: muertos y vivos se mezclaban en el suelo.

Los heridos y mutilados arañaban el barro, a la vista de los que llegaban después.

Algunos, moribundos, querían escapar arrastrándose:

a éstos los remataban a bayonetazos o con las culatas de los mosquetes.

Un muchacho que no llegaba a los diecisiete años se aferró a su asesino, hasta que otros dos fueron a separarlo.

Los tres acabaron con la ropa deshecha y cubiertos por la sangre del chico.

A las once empezaron a cremar los cuerpos.

He aquí la historia del asesinato de los cuatrocientos doce jóvenes.

## 35

¿Queréis que os cuente una antigua batalla naval?

¿Queréis saber quién fue el vencedor a la luz de la luna y las estrellas?

Escuchad la historia, tal como me la refirió el padre de mi abuela, el marinero<sup>[194]</sup>.

Te puedo asegurar que nuestro adversario no eludía el combate (dijo).

Tenía el malhumorado coraje de los ingleses: no hay otro más firme ni abnegado, ni lo ha habido, ni lo habrá.

Se acercó al caer la tarde, y nos barrió a cañonazos: fue horrible.  
Nos trabamos con él, se enredaron las vergas, los cañones se tocaban.  
Nuestro capitán trincaba con sus propias manos.  
Habíamos recibido algunas descargas de dieciocho libras bajo la línea de flotación.  
Con el primer disparo, habían estallado dos grandes piezas de nuestra cubierta inferior: la explosión había matado, y lanzado por los aires, a cuantos las rodeaban.  
Seguimos luchando al ponerse el sol, y en la oscuridad.  
A las diez de la noche, con luna llena, las brechas van en aumento y ya hay cinco pies de agua en el buque.  
El contramaestre suelta a los prisioneros encerrados en la bodega de popa, para que tengan una oportunidad de salvarse.  
Los centinelas impiden el acceso a la santabárbara.  
Ven tantas caras extrañas que ya no saben en quién confiar.  
Nuestra fragata se incendia.  
El otro nos pregunta si nos rendimos,  
si arriamos nuestra bandera y damos por terminada la pelea.  
Y ahora me río, ufano, porque oigo todavía la voz de mi pequeño capitán:  
*La bandera no se arría, grita sin perder la compostura; la lucha acaba de empezar.*  
Sólo nos quedan tres cañones.  
El capitán en persona dispara uno contra el palo mayor del enemigo.  
Los otros dos, cargados con metralla, barren las cubiertas y silencian su fusilería.  
Sólo las cofas secundan el fuego de esta pequeña batería, especialmente la de gavia.  
Ellos resisten con bravura la embestida.  
No hay un momento de tregua.  
Las bombas no dan abasto con las vías de agua, y el fuego amenaza la santabárbara.  
Un disparo ha inutilizado una de las bombas. Todos creemos hundirnos.  
Pero el pequeño capitán conserva la serenidad.  
No se apresura, habla con naturalidad,  
sus ojos nos alumbran más que los fanales.  
Se rindieron hacia la medianoche, a la luz de la luna.

## 36

La medianoche, extensa y quieta.  
Dos grandes cascos inmóviles en el pecho de las tinieblas.

Nuestro acribillado navío se hunde lentamente: nos disponemos a pasar al que hemos capturado.

El capitán, en el alcázar, imparte órdenes con frialdad, aunque está blanco como el papel.

Tiene cerca el cadáver de su joven asistente y el rostro sin vida de un viejo lobo de mar, de melena cana y mostacho primoroso.

A pesar de todos nuestros esfuerzos, las llamas siguen bailando, arriba y abajo. Suenan las voces enronquecidas de los dos o tres oficiales aún aptos para el servicio.

Hay montones informes de cuerpos, pedazos de carne humana adheridos a los mástiles y las vergas,

jarcias, aparejos que cuelgan, ligeras sacudidas causadas por la caricia de las olas, cañones negros e impasibles, fardos de pólvora dispersos, un olor penetrante, un puñado de estrellas en el cielo, que brillan en silencio, luctuosas, la delicada brisa del mar, que trae el olor a hierba y juncos de la costa, los mensajes que los muertos han confiado a los supervivientes, el siseo del bisturí, el roer de la sierra del cirujano, jadeos, quejidos guturales, el sonido de la sangre al caer, un breve alarido y, por fin, un largo y exhausto gemido.

Todo eso es así; todo eso es irreparable.

### 37

¡Alerta, holgazanes! ¡A las armas!

¡Se agolpan a las puertas conquistadas! ¡Estoy poseído!

Encarno a todos los proscritos y a todos los que sufren.

Me veo encarcelado, bajo la forma de otro hombre, y siento su dolor sordo, ininterrumpido.

Por mí montan guardia los carceleros, con la carabina al hombro.

Es a mí a quien dejan salir por la mañana y encierran por la noche.

No hay sedicioso que marche esposado a la cárcel sin que yo vaya con él, esposado también.

(Yo no soy el alegre, sino el que calla, y por cuyos labios crispados resbala el sudor).

No hay joven detenido por robo sin que yo lo acompañe, y sea asimismo juzgado y condenado.

No hay enfermo de cólera que exhale su último suspiro sin que yo lo exhale también.

Tengo la cara cenicienta, los músculos agarrotados: la gente se aparta de mí.  
Los mendigos se encarnan en mí y yo me encarno en ellos.  
Me siento, con la vergüenza pintada en el rostro, alargo el sombrero y pido limosna.

### 38

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!  
Algo me ha aturdido. ¡Atrás!  
Dadme un poco de tiempo para recuperarme del golpe, del sueño, de los sueños,  
del bostezar.  
Me descubro al borde de un error común.  
¡Si pudiera olvidar las burlas y los insultos!  
¡Si pudiera olvidar las lágrimas, los golpes y martillazos!  
¡Si pudiera mirar, como si fuera otro, mi propia crucifixión, mi coronación de  
sangre!  
Ahora lo recuerdo.  
Retomo la eternidad de aquel instante.  
La tumba de piedra multiplica lo que se le ha confiado, a ella o a todas.  
Los muertos se levantan, las heridas sanan, las ligaduras se deshacen.  
Avanzo, pletórico, dotado un supremo vigor, uno entre tantos en una procesión  
sin fin,  
que se dirige al interior, o sigue la costa, y cruza todas las fronteras.  
Nuestras urgentes disposiciones alcanzan todos los confines de la tierra.  
Las flores que llevamos en los sombreros son el fruto de milenios.  
*Eleves*<sup>[195]</sup>, ¡yo os saludo! ¡Adelante!  
Seguid anotando, seguid preguntando.

### 39

¿Quién es ese salvaje, tan efusivo y amistoso?  
¿Espera la civilización, o ya la ha dominado y dejado atrás?  
¿Es alguien del suroeste, criado al aire libre? ¿Es canadiense?  
¿Viene de las tierras del Misisipí? ¿De Iowa, de Oregón, de California?  
¿De las montañas, de las praderas, de los bosques? ¿O es un marinero?  
Dondequiera que vaya, hombres y mujeres lo aceptan, y lo desean.  
Desean gustarle, que los toque, que les hable, que se quede con ellos.  
Su comportamiento no conoce normas, como la nieve cuando cae; pronuncia  
palabras simples como la hierba; va despeinado, ríe, es ingenuo,

camina despacio, tiene facciones corrientes, modales y aires corrientes.  
Y todo eso se desprende, bajo nuevas formas, de las yemas de sus dedos  
e impregna el aire, con el olor de su cuerpo o de su aliento; todo surge de su  
mirada.

## 40

Sol ostentoso, no necesito tu calor. ¡Vuelve luego!  
Tú sólo iluminas las superficies; yo quiebro las superficies y también las  
profundidades.  
¡Tierra! Pareces buscar algo entre mis manos.  
Dime, viejo moño<sup>[196]</sup>, ¿qué se te ofrece?  
Hombre o mujer, te diría cuánto te quiero, pero no puedo;  
y te diría lo que hay en mí y en ti, pero no puedo;  
y te diría el anhelo que siento, aquello por lo que late mi corazón, de día y de  
noche.  
Mira: yo no doy conferencias ni limosnas;  
cuando doy, me doy a mí mismo.  
Ahí estás tú, impotente: te tiemblan las rodillas.  
Abre esa boca arrugada para que te insufle vigor;  
extiende las manos y levántate las solapas de los bolsillos.  
No se puede renegar de mí: yo me impongo. Tengo provisiones para dar y  
repartir.  
Todo cuanto poseo, lo doy.  
No te pregunto quién eres: eso no me importa.  
Nada puedes hacer, ni ser, sino aquello de lo que yo te imbuyo.  
Me acerco al esclavo de los algodones y al que limpia las letrinas.  
En su mejilla derecha deposito un beso fraternal.  
Y juro por mi alma que nunca renegaré de él.  
En las mujeres aptas para concebir engendro niños robustos y despiertos.  
(Hoy vierto la semilla de repúblicas mucho más arrogantes).  
Donde haya un moribundo, allí acudo, con prontitud, y abro la puerta,  
y retiro la ropa a los pies de la cama,  
y despido al médico y al cura.  
Abrazo al hombre que se hunde, y lo levanto con voluntad irresistible.  
¡No desesperes: aquí tienes mi cuello!  
¡Por Dios, no caerás! Apoya todo el peso en mí.  
Te infundo un tremendo aliento, te mantengo a flote,  
lleno todas las habitaciones de la casa con un ejército en armas

de gente que me ama y burla a la muerte.  
Duerme. Yo y ellos montaremos guardia toda la noche.  
Ni la duda ni la muerte se atreverán a ponerte la mano encima.  
Te he abrazado: desde este instante, sólo me perteneces a mí.  
Y cuando te levantes por la mañana, verás que es cierto lo que te digo.

## 41

Soy el que socorre a los enfermos que jadean, boca arriba,  
y el que aporta un socorro aún más necesario a los fuertes y erguidos.  
He oído lo que se ha dicho del universo.  
Lo llevo oyendo milenios.  
No está mal, si nos ponemos a pensar, pero ¿es eso todo?  
Vengo para magnificar y para afirmar.  
Desde el principio sobrepuje a los viejos mercachifles desconfiados,  
adopto las dimensiones exactas de Jehová,  
litografía a Cronos, a su hijo Zeus y a su nieto Hércules,  
compro bocetos de Osiris, Isis, Baal, Brahma y Buda,  
guardo en la carpeta a Manítú, un dibujo de Alá, un crucifijo tallado,  
junto a Odín y la horrible cara de Mexitli y tantos otros ídolos e imágenes <sup>[197]</sup>.  
Me hago con ellos por lo que valen, ni un centavo más.  
Admito que existieron en su época, y que cumplieron su cometido.  
(Alimentaron a los pollos implumes, que ahora son ya pájaros que han de alzar el  
vuelo y cantar por sí solos).  
Acepto los toscos bosquejos deíficos, los completo en mí y los reparto, pródigo, a  
todos los hombres y mujeres que veo.  
Descubro eso mismo, y aún más, en el carpintero que construye una casa,  
arremangado, con el mazo y el cincel, y exige mucho más de él.  
No objeto las revelaciones singulares: considero una voluta de humo o un pelo en  
el dorso de la mano tan asombrosos como una revelación.  
Los mozos encaramados a los carros de incendio o a las escalas de cuerda no  
valen menos, a mis ojos, que los dioses de las guerras de antaño.  
Oigo resonar sus voces en el estruendo de la destrucción.  
Sus brazos poderosos pasan indemnes por sobre listones carbonizados; sus  
frentes blancas emergen, ilesas, de las llamas.  
Junto a la mujer del artesano, con el bebé aferrado al pezón, que intercede por  
todos los nacidos,  
silban, durante la cosecha, las tres guadañas en fila de tres fornidos ángeles a los  
que la camisa se les ha salido del pantalón.

El mozo de cuadra pelirrojo, de dientes desiguales, expía sus pecados pasados y futuros  
vendiendo cuanto posee, viajando a pie para pagar a los abogados de su hermano, y sentándose a su lado mientras se le juzga por estafa.  
Lo que se ha esparcido tan generosamente yace en la vara cuadrada que me circunda, pero no alcanza a colmarla.  
Nunca se ha rendido suficiente adoración al toro y al escarabajo<sup>[198]</sup>,  
ni se ha imaginado cuán admirables son el estiércol y la mugre.  
Lo sobrenatural carece de importancia: yo mismo espero la hora en que me convierta en ser supremo.  
Ya se acerca el día en que haga tanto bien como los mejores, y sea tan prodigioso como ellos.  
¡Por mis cojones! Ya soy un creador,  
y aquí y ahora penetro en el seno emboscado de las sombras.

## 42

Clamo entre la multitud.  
Mi propia voz, rotunda, arrolladora, definitiva.  
Venid, hijos míos.  
Venid, niños y niñas, mujeres, parientes y amigos íntimos.  
Ahora el intérprete muestra su destreza; ya ha ejecutado el preludio de flauta.  
Acordes fáciles para dedos ágiles: siento el resonar de vuestro clímax y de vuestro final.  
La cabeza me da vueltas.  
Rueda la música, pero no proviene del órgano.  
Me rodea la gente, pero no son nada mío.  
Siempre la tierra dura y compacta;  
siempre los que comen y los que beben, siempre el sol naciente y el sol poniente,  
siempre el aire y las mareas incesantes;  
siempre yo y mis vecinos, alentadores, perversos, reales;  
siempre la antigua e inexplicable pregunta, siempre esa espina en el pulgar, ese aliento de escozor y sed;  
siempre la chanza hiriente, hasta que descubrimos el escondrijo del que se burla y lo obligamos a salir;  
siempre el amor, siempre el sollozante humor de la vida;  
siempre la venda que sujeta la mandíbula, siempre los caballetes de la muerte.  
Y los que caminan, por todas partes, con céntimos en los ojos<sup>[199]</sup>  
y se estrujan el cerebro para aplacar la avidez de sus vientres:

compran billetes, cobran, venden, pero nunca acuden a la fiesta.  
Muchos sudan, aran y trillan, pero sólo reciben desechos en pago;  
unos pocos poseen sin esfuerzo, y no dejan de reclamar el trigo.  
Ésta es la ciudad y yo soy uno de los ciudadanos.  
Lo que interesa a los demás, me interesa a mí: la política, las guerras, los  
mercados, los periódicos, las escuelas,  
el alcalde y los concejos, los bancos, los aranceles, los barcos de vapor, las  
fábricas, las acciones, los comercios, los bienes muebles e inmuebles.  
Pululan innumerables homúnculos, enfundados en levitas y cuellos de almidón.  
Sé quiénes son (y puedo asegurar que no son gusanos ni pulgas).  
Reconozco a mis dobles: el más endeble y superficial es inmortal, como yo.  
Lo que yo haga y diga, les espera a ellos también.  
Los pensamientos que se debaten en mí, se debaten también en ellos.  
Conozco perfectamente mi egoísmo.  
Sé que mis versos son omnívoros, pero he de seguir escribiéndolos.  
Quienquiera que seas, te llevaré a mi altura.  
Este canto mío no es fruto de la rutina,  
sino una abrupta interrogación que se aleja, a grandes saltos, para acercar las  
cosas.  
He aquí el libro impreso y encuadernado, pero ¿y el impresor y su aprendiz?  
He aquí las fotografías bien tomadas, pero ¿y tu mujer o tu amigo, estrechados  
entre tus brazos?  
He aquí el acorazado negro y los poderosos cañones de sus torretas, pero ¿y el  
valor del capitán y los fogoneros?  
He aquí, en las casas, las vajillas, las viandas y el mobiliario, pero ¿y los  
anfitriones, y la mirada de sus ojos?  
He ahí el cielo, pero ¿y aquí, o en la puerta de al lado, o al cruzar la calle?  
He aquí los santos y sabios de la historia, pero ¿y tú?  
He aquí sermones, doctrinas, teología, pero ¿y el insondable cerebro humano?  
¿Y qué es la razón? ¿Y qué es el amor? ¿Y qué es la vida?

### 43

No os desprecio, sacerdotes de todas las épocas, del mundo entero.  
Mi fe es la mayor de todas y la menor de todas.  
Abarca todos los credos antiguos y modernos, y todos los comprendidos entre los  
antiguos y los modernos.  
Creo que volveré a la Tierra dentro de cinco mil años.  
Espero la respuesta de los oráculos, honro a los dioses, saludo al sol,



hago un fetiche de la primera piedra o tronco de árbol, practico conjuros con varas en el círculo de obis<sup>[200]</sup>,  
ayudo al lama o al brahmán a despabilar las lámparas de los ídolos,  
bailo por las calles en una procesión itifálica<sup>[201]</sup>, soy un austero gimnosofista<sup>[202]</sup> de los bosques, en trance,  
bebo hidromiel de una calavera<sup>[203]</sup>, admiro los Shastras y los Vedas<sup>[204]</sup>, me atengo al Corán,  
recorro los teocallis<sup>[205]</sup>, manchados por la sangre de la piedra y el cuchillo, toco el tambor de piel de serpiente,  
acepto los Evangelios, acepto al que fue crucificado, sé, con certeza, que es divino,  
me arrodillo en misa, o me pongo de pie cuando rezan los puritanos, o permanezco sentado pacientemente en un banco de la iglesia,  
vocifero, echo espumarajos por la boca en los arrebatos de locura, o me quedo quieto como un muerto hasta que mi espíritu me despierte,  
miro las calles y la tierra, o más allá de las calles y la tierra,  
soy uno más de cuantos recorren el itinerario de itinerarios.  
Integrante de ese grupo centrípeta y centrífuga, me vuelvo y hablo como un hombre que deja encargos antes de emprender el viaje.  
Escépticos apocados, necios y excluidos,  
frívolos, adustos, abatidos, coléricos, conmovidos, descorazonados, ateos:  
os conozco a todos, conozco los mares del tormento, la duda, la desesperación y la falta de fe.  
¡Como golpean el agua las colas de las ballenas!  
¡Cómo se retuercen, rápidas como relámpagos, entre espasmos y borbotones de sangre!  
Sosegaos, ensangrentadas ballenas de los escépticos, de los adustos y abatidos.  
Ocupo mi lugar entre vosotros, como lo ocupé entre los demás.  
El pasado nos empuja a vosotros, a mí, a todos, exactamente igual.  
Y lo que aún no se ha probado, y ha de venir después, es para vosotros, para mí, para todos, exactamente igual.  
Desconozco lo que no se ha probado y ha de venir después,  
pero sé que, a su tiempo, se demostrará suficiente, y que no puede fallar.  
El que avanza es tenido en cuenta, y el que se detiene también: a ninguno ha de fallar.  
No puede fallarle al joven que murió y fue enterrado;  
ni a la joven que murió y fue inhumada junto a él;  
ni al niño que se asomó a la puerta, se marchó, y no se le ha visto más;

ni al anciano que ha vivido una vida sin sentido, y que siente por ello una amargura más intensa que la hiel;  
ni al pobre del asilo, carcomido por el alcohol y la sífilis;  
ni a los innumerables asesinados y náufragos, ni a los brutales kobongos<sup>[206]</sup>, llamados la hez de la humanidad;  
ni a las actinias, que se limitan a flotar con la boca abierta, para que entre la comida;  
ni a nada en la Tierra, o contenido en sus más antiguos sepulcros;  
ni a nada en las miríadas de esferas, ni en las miríadas de miríadas que las habitan;  
ni al presente, ni a la brizna más insignificante de lo conocido.

#### 44

Ya es hora de que me explique. Pongámonos de pie.  
Me despojo de lo conocido  
y me lanzo, con todos los hombres y mujeres, a lo Desconocido.  
El reloj indica la hora, pero ¿qué indica la eternidad?  
Ya hemos agotado billones de veranos e inviernos,  
pero aún quedan billones por venir, y billones después de éstos.  
Los nacimientos nos han traído riquezas y variedad,  
y otros nacimientos nos traerán riquezas y variedad.  
Yo no llamo a uno mayor y a otro menor:  
quien cumple con su tiempo y su lugar no es menos que cualquiera.  
¿Ha sido la humanidad cruel o celosa contigo, hermano mío, hermana mía?  
Lo siento por ti: no ha sido cruel ni celosa conmigo,  
sino enteramente amable: no contabilizo quejas.  
(¿Qué tengo yo que ver con las quejas?)  
Soy la culminación de las cosas cumplidas y el continente de las cosas venideras.  
Mis pies alcanzan el ápice de los ápices de la escalera.  
En cada peldaño hay multitud de épocas, y aún hay más en los espacios entre los peldaños.  
Los de abajo han sido recorridos, como había de ser, y sigo subiendo.  
A medida que asciendo, me hacen una reverencia los fantasmas a los que rebaso.  
Al fondo, veo la enorme Nada primigenia; sé que ya he estado ahí.  
Esperé sin ser visto, siempre, y me dormí en su letárgica bruma,  
y no me di prisa, ni me hizo daño alguno su fétido carbono.  
Durante mucho tiempo, sentí que me abrazaban con fuerza; durante mucho,  
mucho tiempo.

Inmensos han sido los preparativos de mi llegada;  
amistosos y fieles, los brazos que me han sostenido.  
Los ciclos transportaron mi cuna, remando sin cesar, como barqueros alegres.  
Para hacerme sitio, las estrellas se apartaron de sus órbitas  
y dispusieron sus influencias para preservar lo que había de sostenerme.  
Antes de nacer de mi madre, me guiaron generaciones.  
Mi embrión nunca estuvo inactivo: nada podía oprimirlo.  
Por él se condensó la nebulosa en orbe.  
Extensos estratos se acumularon lentamente para que descansara en ellos.  
Masas enormes de vegetación le dieron sustento.  
Saurios monstruosos lo llevaron entre sus fauces y lo depositaron con cuidado.  
Todas las fuerzas se han aplicado con denuedo a completarme y complacerme.  
Y ahora estoy aquí, en este lugar, con el alma fuerte.

## 45

¡Oh, era de la juventud! ¡Oh, elasticidad incansable!  
¡Oh, virilidad equilibrada, florida y plena!  
Los amantes me asfixian.  
Se me agolpan en los labios, se me amontonan en los poros de la piel,  
me empujan por las calles y los auditorios públicos, vienen a mí desnudos por la  
noche  
y me saludan a gritos, de día, desde los roquedales del río, moviéndose y  
gorjeando por encima de mi cabeza,  
llamándome desde los macizos de flores, desde los viñedos, desde la maleza  
intrincada,  
iluminando cada momento de mi vida,  
aplicando a mi cuerpo el delicado bálsamo de sus besos,  
arrancándose a puñados el corazón, sin hacer ruido, y entregándomelos.  
¡Vejez que soberbiamente te alzas! ¡Oh, bienvenida seas, gracia inefable de los  
días que agonizan!  
Cada edad no sólo se proclama a sí misma, sino también a lo que brota de ella y a  
cuanto la sigue,  
y una oscuridad que no diga nada proclama tanto como cualquier otra.  
Por la noche, abro la claraboya y veo las constelaciones dispersas,  
y todo lo que veo, multiplicado hasta donde alcanzo a distinguir, linda con otras  
constelaciones, aún más lejanas.  
Se extienden mucho más allá; se expanden, se expanden sin cesar,  
más lejos, más lejos, siempre más lejos.

Mi sol tiene su sol, alrededor del cual gira, obediente.  
Integra, con sus compañeros, un grupo de más amplia trayectoria,  
y lo siguen agrupaciones aún mayores, que convierten en puntos a los más grandes que contienen.  
Nada se detiene, ni puede detenerse nunca.  
Si yo, vosotros y todos los mundos existentes, con cuanto contienen, tanto en la superficie como debajo de ella, fuéramos reducidos a ser, otra vez, una pálida nebulosa, no importaría a la larga,  
porque volveríamos, ciertamente, al estado en el que ahora nos encontramos, y, sin duda, más allá, y luego más y más lejos todavía.  
Unos cuatrillones de eras, apenas unos octillones de leguas cúbicas no ponen en peligro el proceso, ni lo impacientan:  
no son sino partes; todo es sólo una parte.  
Por más lejos que mires, siempre habrá un espacio sin límites más allá.  
Por más que cuentes, siempre habrá un tiempo sin límites, antes y después.  
Mi cita ya ha sido concertada: es segura.  
Allí estará el Señor, esperando mi llegada, en perfectas condiciones.  
Allí estará el gran *Camerado*, el verdadero amante por el que me consumo.

## 46

Sé que me ha correspondido lo mejor del tiempo y del espacio, y que nunca me han medido, ni me medirán jamás.  
Mi viaje, a pie, es un viaje perpetuo (¡venid todos a escucharme!).  
Se me reconoce porque llevo un capote para la lluvia, un buen par de zapatos y un bastón cortado en el bosque.  
Ningún amigo mío ocupará el lugar que deje.  
No tengo cátedra, ni Iglesia, ni filosofía.  
No llevo a nadie hasta la mesa puesta, ni a la biblioteca, ni a la Bolsa.  
A cada uno de vosotros, sin embargo, hombre o mujer, os conduzco a la colina.  
Con el brazo izquierdo os sujeto por la cintura  
y con el derecho señalo el panorama que ofrecen los continentes y el camino público.  
Ni yo ni nadie podemos hacer ese camino por ti:  
has de hacerlo tú mismo.  
No queda lejos: está a tu alcance.  
Quizá lo estés recorriendo ya, desde que naciste, y no lo sepas.  
Quizá esté por todas partes, y atraviere la tierra y el mar.

Échate los bártulos al hombro, querido hijo, que yo me echaré los míos; y démonos prisa:

conoceremos, a lo largo del viaje, ciudades maravillosas y naciones libres.

Si te cansas, dame ambos fardos y apoya la mano en mi cadera.

Cuando llegue el momento, me devolverás el favor,

porque, una vez iniciada la marcha, ya no tendremos descanso.

Hoy, antes del amanecer, he subido a un cerro y he contemplado el cielo estrellado.

Y le he preguntado a mi espíritu: *Cuando abarquemos estos orbes, y el placer y el conocimiento de cuanto contienen, ¿nos sentiremos plenos y satisfechos, por fin?*

Y mi espíritu ha contestado: *No. Si alcanzamos esas alturas, es para trascenderlas.*

Tú también me haces preguntas, y te oigo.

Mi respuesta es que no puedo responder: has de encontrarla por ti mismo.

Siéntate un rato, querido hijo.

Aquí tienes galletas para comer y leche para beber.

Cuando hayas dormido y te hayas puesto ropa nueva, te daré un beso de despedida y te abriré la puerta para que salgas.

Llevas mucho tiempo teniendo sueños despreciables.

Te quito ahora las legañas de los ojos:

tienes que acostumbrarte al resplandor de la luz y de cada momento de tu vida.

Llevas mucho tiempo vadeando el agua, temeroso, aferrado a una tabla, en la playa.

Ahora quiero que seas un nadador sin miedo,

que te arrojes al mar, y que emerjas, y me hagas señas, y grites, y rompas, entre risas, el agua con el pelo.

## 47

Soy el maestro de los atletas.

El que despliega, a mi lado, un pecho más ancho que el mío demuestra la anchura de mi pecho.

El que más honra mi estilo es quien aprende, con él, a destruir al maestro.

El muchacho al que quiero no se hará hombre por la fuerza que se le insufla, sino por derecho propio;

será malvado antes que virtuoso, si obra por conformismo o miedo;

estará muy prendado de su novia, y gustará de un buen filete;

el amor no correspondido o el desaire lo herirán más profundamente que el tajo del acero;

será el primero en montar, en pelear, en dar en el blanco, en gobernar un esquife,  
en cantar o tocar el banjo;  
preferirá las cicatrices, los rostros barbados y picados de viruela, a todos los  
afeites,  
y a los curtidos por el sol a quienes no se exponen a la luz.  
Yo enseño a alejarse de mí, pero ¿quién puede alejarse de mí?  
Quienquiera que seas, te seguiré desde este mismo instante.  
Mis palabras te cosquillearán los oídos, hasta que las entiendas.  
No digo estas cosas por un dólar, ni para matar el tiempo hasta que llegue el  
barco.  
(Eres tú el que habla, tanto como yo: yo soy tu lengua,  
atada en tu boca, pero libre en la mía).  
Juro que nunca volveré a mencionar, en una casa, el amor o la muerte,  
y juro que nunca me traduciré sino a aquel o aquella que me acompañe, en  
privado, al aire libre.  
Si quieres entenderme, sube a las alturas o baja a la orilla del mar.  
El insecto más cercano es una explicación, y una gota o el vaivén de las olas, una  
clave.  
El mazo, el remo, el serrucho, secundan mis palabras.  
Ninguna escuela, ningún cuarto cerrado pueden hablar conmigo,  
pero sí pueden hacerlo los ignorantes y los niños.  
El joven artesano es al que tengo más cerca: me conoce bien.  
El leñador que lleva consigo el hacha y la jarra, me lleva también a mí, todo el día.  
El zagal que ara el campo se alegra de oír mi voz.  
En los barcos que navegan, navegan también mis palabras: voy con los pescadores  
y los marineros, y los amo.  
El soldado acampado o en marcha es mío.  
La noche antes de la batalla, muchos me buscan, y ahí estoy.  
En esa noche solemne (que puede ser la última), los que me conocen, me buscan.  
Mi rostro roza el rostro del cazador acostado, solo, en la manta.  
Al carretero que piensa en mí no le importan los bandazos del carro.  
La madre joven y la madre anciana me comprenden.  
La chica y la esposa dejan la aguja un momento y se olvidan de dónde están.  
Ellos, todos, quieren proseguir cuanto les he contado.

Yo he dicho que el alma no es más que el cuerpo.  
Y he dicho que el cuerpo no es más que el alma.

Y que nada, ni siquiera Dios, es mayor para uno que uno mismo.  
Y que quien camina un estadio sin amor, se dirige, amortajado, a su propio funeral.  
Y que yo, o tú, sin un céntimo, podemos comprar lo máspreciado de la tierra.  
Y que mirar con un solo ojo o mostrar una judía en la vaina confunde las enseñanzas de todos los tiempos.  
Y que no hay oficio ni ocupación en el que un joven que lo desempeñe no pueda convertirse en héroe.  
Y que no hay objeto, por blando que sea, que no pueda servir de eje de la rueda del universo.  
Y yo le digo a todo hombre y a toda mujer: que vuestra alma permanezca serena, sosegada, ante un millón de universos.  
Y le digo a la humanidad: no tengas curiosidad por Dios.  
Porque yo, que tengo curiosidad por todo, no siento curiosidad por Dios.  
(No hay palabras para expresar lo tranquilo que me siento ante Dios y ante la muerte).  
Oigo y veo a Dios en cada objeto, pero no lo comprendo en absoluto.  
Como tampoco comprendo que pueda haber alguien más maravilloso que yo.  
¿Por qué habría de empeñarme en ver a Dios mejor que hoy?  
Ve algo de Dios en cada hora de las veinticuatro, y en cada momento.  
En las caras de los hombres y las mujeres veo a Dios, y en mi cara reflejada en el espejo.  
Encuentro cartas de Dios tiradas por la calle, todas firmadas con su nombre.  
Pero las dejo donde están, porque sé que, dondequiera que vaya, otras llegarán, puntualmente, por los siglos de los siglos.

## 49

Y en cuanto a ti, Muerte, y a ti, amargo abrazo de la mortalidad, es inútil que intentéis asustarme.  
Sin vacilar acude el comadrón a su trabajo.  
Ve su mano experta presionar, recibir, sostener.  
Me reclino en el umbral de las puertas, flexibles y exquisitas, y observo la salida, y observo el alivio y la liberación.  
Y en cuanto a ti, Cadáver, creo que eres un buen abono, pero eso no me ofende.  
Aspiro la dulce fragancia de las rosas blancas, pujantes, toco los labios como hojas, toco los pulidos pechos de los melones.  
Y en cuanto a ti, Vida, te considero el residuo de muchas muertes.  
(Sin duda, yo he muerto ya diez mil veces).

Os oigo murmurar, oh, estrellas del cielo,  
oh, soles, oh, hierba de las tumbas, oh, transferencias y promociones perpetuas.  
Si vosotros no decís nada, ¿cómo puedo decirlo yo?  
Del turbio estanque del bosque otoñal,  
de la luna que baja por las pendientes de un ocaso susurrante,  
caed, chispas del día y de la tarde, caed sobre los tallos negros que se pudren en  
el barro,  
caed sobre el confuso lamento de las ramas secas.  
Asciendo desde la luna, asciendo desde la noche.  
En el resplandor espectral percibo el reflejo del sol de mediodía,  
y desemboco en lo firme y central, desde un punto de partida grande o pequeño.

## 50

Hay algo en mí. No sé lo que es, pero sé que está en mí.  
Desencajado y sudoroso. Luego, mi cuerpo se tranquiliza y enfría.  
Duermo, duermo mucho tiempo.  
No lo conozco. No tiene nombre. Es una palabra nunca dicha.  
No consta en ningún diccionario, expresión o símbolo.  
Se mueve en algo mayor que la tierra en la que yo me muevo.  
Para él, la creación es el amigo cuyo abrazo me despierta.  
Quizá debería decir más. ¡Esbozos! Ruego por mis hermanos y hermanas.  
¿Veis, oh, hermanos y hermanas?  
No es el caos ni la muerte. Es forma, unión, plan. Es la vida eterna. Es la Felicidad.

## 51

El pasado y el presente se marchitan. Los he llenado y los he vaciado,  
y ahora lleno el siguiente redil, el futuro.  
¡Tú, el que me escucha ahí arriba! ¿Qué tienes que confiarme?  
Mírame a la cara mientras apago las luces de la tarde.  
(Sé sincero: no te oye nadie más, y yo sólo me quedaré un minuto).  
¿Me contradigo?  
Muy bien, pues: me contradigo.  
(Soy enorme: contengo multitudes).  
Me concentro en los que están cerca, y aguardo en el umbral.  
¿Quién ha acabado lo que tenía que hacer hoy? ¿Quién terminará antes de cenar?  
¿Quién quiere pasear conmigo?  
¿Hablarás antes de que me vaya? ¿O lo harás cuando ya sea demasiado tarde?



El halcón moteado se cierne sobre mí, y me acusa: se queja de mi cháchara y mi holgazanería.

Tampoco a mí me han domesticado. Tampoco yo soy traducible.

Lanzo mi bárbaro chillido por sobre los tejados del mundo.

El último impulso del día se detiene para esperarme.

Arroja mi imagen, tras las otras, y tan fiel como ellas, a las llanuras sombrías.

Me atrae a la niebla y la penumbra.

Me voy como el aire. Sacudo el pelo, blanco, bajo el sol que se escapa.

Vierdo mi carne en remolinos, y la disperso como si fuera puntas de encaje.

Me lego al lodo, para crecer de la hierba que amo.

Si quieres volverme a tener, búscame debajo de tus botas.

Apenas sabrás quién soy o qué quiero decir.

Pero te daré salud a ti,

y fuerza y pureza a tu sangre.

Si no das conmigo al principio, no te desanimas.

Si no me encuentras en un lugar, busca en otro.

En algún sitio te estaré esperando.

## HIJOS DE ADÁN

### Al jardín, el mundo

Al jardín, el mundo, asciendo de nuevo  
y anuncio a los potentes compañeros, a las hijas, a los hijos;  
significo y soy el amor, la vida de sus cuerpos.  
Aquí, curioso, contemplo mi resurrección, tras el sueño.  
Los ciclos evolutivos, que describen grandes órbitas, me han traído otra vez,  
amoroso, maduro: todo se me antoja bello, todo, maravilloso,  
y mis miembros, y el fuego turbulento que siempre los anima, por alguna razón, lo  
más maravilloso de todo.  
Existo, y miro, y penetro en todo,  
satisfecho con el presente y satisfecho con el pasado.  
Eva me sigue, a mi lado o detrás,  
o me precede, y yo la sigo.

### De los ríos represados, dolientes

De los ríos represados, dolientes,  
de eso mío sin lo que no sería nada,  
de lo que me he resuelto a hacer ilustre, aunque me quede solo entre los  
hombres,

de mi voz resonante, que canta al falo,  
que canta el canto de la procreación,  
que canta la necesidad de que haya niños soberbios y, en ellos, adultos soberbios,  
que canta el ímpetu muscular y la unión,  
que canta el canto del compañero de cama (¡oh, anhelo irresistible!,  
¡oh, para todos y cada uno, la atracción del cuerpo correlativo!,  
¡oh, para ti, seas quien seas, el cuerpo correlativo, el que más te complace!),  
de ese roer voraz que me consume día y noche,  
de los momentos inaugurales, de los dolores avergonzados, a los que canto,  
en busca de algo que no he encontrado todavía, aunque lleve muchos años  
persiguiéndolo con afán,  
entono el canto del alma inconstante, a la ventura,  
y renazco con lo más agreste de la naturaleza, o entre animales,  
y de eso, de ellos y de cuanto los acompaña, informan mis poemas,  
y del olor de las manzanas y limones, del apareamiento de los pájaros,  
de la humedad de los bosques, del lengüetazo de las olas,  
de su desquiciada embestida contra la orilla, a ellos canto,  
ejecuto el preludio a media voz, anticipo la melodía,  
la bienvenida cercanía, la visión del cuerpo perfecto,  
el nadador que nada desnudo en la piscina, o que se hace el muerto,  
la forma femenina que se acerca, y yo pensativo, carne de amor, trémula,  
doliente,  
que preparo la lista divina para mí, para ti o para cualquiera,  
la cara, los miembros, el índice de la cabeza a los pies, y cuanto suscita,  
los delirios místicos, la locura de amor, el total abandono  
(acércate, no te muevas, escucha mi susurro:  
te quiero, oh, me posees por completo,  
oh, huir tú y yo de todos, e irnos muy lejos, libres, sin ley,  
como halcones por el aire o peces en el mar, no menos sujetos a la ley que  
nosotros),  
la furiosa tormenta que se desata en mí, este temblor apasionado.  
El juramento que hacen dos que se han unido de que nunca se separarán, el de la  
mujer que me ama y a la que amo más que a mi vida: yo presto ese juramento.  
(¡Oh, de buena gana lo arriesgo todo por ti,  
y que me pierda, si he de perderme!  
¡Oh, tú y yo! ¿Qué nos importa lo que hagan o digan los demás?,  
¿qué nos importa nada? Sólo gozar el uno del otro, y agotarnos el uno al otro, si  
así ha de ser).

Del capitán, del piloto al que entrego el navío,

del general al mando, que nos manda a mí y a todos, y de quien obtengo permiso,  
del tiempo que acelera el programa (ya he remoloneado bastante),  
del sexo, de la trama y de la urdimbre,  
de la intimidad, de los ayes solitarios,  
de tantas personas cerca, pero no la persona que deseo,  
de las manos que me recorren con suavidad el cuerpo y de los dedos que se me  
enredan en el pelo y la barba,  
del prolongado beso en los labios o el pecho,  
de la íntima presión que me embriaga, a mí y a cualquiera, y me hace desfallecer  
de hartura,  
de lo que sabe el divino esposo, del trabajo de la paternidad,  
de la exultación, la victoria y la tregua, del abrazo de quien duerme, de noche, a  
tu lado,  
de los poemas, que son actos, de los ojos, manos, caderas y pechos,  
del aferrarse del brazo tembloroso,  
de los cuerpos combados y su acometida,  
de la manta complaciente que apartamos de un lado y otro,  
de quien no quiere que lo deje, y a quien no quiero dejar  
(sólo un momento, oh, compañero paciente: vuelvo enseguida),  
de la hora en que brillan las estrellas y cae el rocío,  
de la noche emerjo un instante, aleteando,  
y té celebro, acto divino, y a vosotros, hijos que seréis concebidos,  
y a vosotras, poderosas entrañas.

## **Canto el cuerpo eléctrico**

### **1**

Canto el cuerpo eléctrico.

Los ejércitos de quienes amo me rodean, y yo los rodeo a ellos:  
no me dejarán ir hasta que me vaya con ellos, les responda,  
los purifique y los colme con el contenido de mi alma.

¿Acaso dudábamos de que los que corrompen sus cuerpos se están escondiendo?

¿Y de que los que profanan a los vivos son tan perversos como los que profanan a los muertos?

¿Y de que el cuerpo no vale menos que el alma?

¿Y de que, si el cuerpo no fuera el alma, qué sería el alma?

## 2

El amor por el cuerpo de un hombre o una mujer no requiere explicación, el cuerpo en sí no requiere explicación:

el del hombre es perfecto; el de la mujer es perfecto.

La expresión de la cara no requiere explicación,

pero la expresión de un hombre bien formado no sólo se refleja en su cara:

también lo hace en sus miembros y articulaciones —y, curiosamente, en las de sus caderas y muñecas—,

en su andar, en el porte de su cuello, en la flexión del talle y las rodillas, la ropa no lo oculta,

su condición delicada y fuerte traspasa el algodón y el velarte,

verlo pasar sugiere tanto como el mejor poema, o incluso más:

te paras para verle la espalda y la nuca, la caída de los hombros.

La derramada plenitud de los niños, los pechos y las cabezas de las mujeres, los pliegues de sus vestidos, su elegancia al cruzarse por la calle con nosotros, el contorno de su tercio inferior;

el nadador desnudo que cruza el fulgor verde, transparente, de la piscina, o boca arriba, mecido en silencio por el ondular del agua;

el balanceo, adelante y atrás, de los remeros en los botes; el jinete en la silla;

chicas, madres, amas de casa dedicadas a sus labores;

los jornaleros sentados, al mediodía, con las fiambreras abiertas, y sus mujeres que los esperan;

la mujer que calma a un niño; la hija del granjero en el huerto o el establo;

el mozo que azadona el maizal; el conductor del trineo que guía a sus seis caballos por entre la multitud;

la lucha de los luchadores, dos aprendices, ya crecidos, fuertes, afables, nacidos aquí, concluida la jornada, al atardecer, en el descampado,

las chaquetas y las gorras por el suelo, el abrazo del amor y de la resistencia, sujetándose por arriba y por abajo, con el pelo revuelto tapándoles los ojos;

la marcha de los bomberos uniformados, el movimiento de los músculos masculinos que se imprimen en los pantalones ceñidos y los cinturones,

el lento regreso del lugar del incendio, y su detenerse cuando la campana, de repente, vuelve a sonar, y su escuchar la alarma,

y sus diversas actitudes al hacerlo, espontáneas, perfectas, con la cabeza inclinada, el cuello encorvado y el contar;  
a ellos quiero: me libero, paso sin traba, me uno al pecho de la madre y su pequeño,  
nado con los nadadores, lucho con los luchadores, desfilo con los bomberos, y me detengo, escucho, cuento.

### 3

Conocí a un hombre, un humilde granjero, padre de cinco hijos,  
y éstos, a su vez, padres de hijos, y éstos, a su vez, padres de hijos.  
Aquel hombre poseía un vigor, una serenidad y una hermosura maravillosos;  
la forma de su cabeza, su pelo y su barba canosos y pajizos, el significado  
inconmensurable de sus ojos negros, la riqueza y amplitud de sus modales:  
para ver todo esto, iba a visitarlo; también era sabio.  
Medía seis pies de alto, y tenía más de ochenta años; sus hijos eran enormes,  
pulcros, barbados, cobrizos, apuestos.  
Ellos y sus hijas lo querían, todo el que lo veía, lo quería,  
y no lo querían por indulgencia: lo querían con amor personal.  
Sólo bebía agua, y la sangre se le traslucía, escarlata, en la cara morena.  
Salía a menudo a cazar y a pescar, gobernaba él mismo su barca, era dueño de  
una, excelente, que le había regalado un armador, y de escopetas que le habían  
regalado hombres que lo querían.  
Cuando iba con sus cinco hijos y sus muchos nietos a cazar o pescar, habrías dicho  
que era el más hermoso y fuerte del grupo,  
habrías deseado quedarte con él mucho tiempo, habrías deseado sentarte a su  
lado en la barca, para que os pudierais tocar.

### 4

Me he dado cuenta de que me basta estar con quienes quiero.  
Me basta, por la noche, la compañía de los demás.  
Me basta que haya a mi alrededor una carne hermosa, curiosa, que respire y ría.  
¿Es poco pasar entre ellos, o tocar a cualquiera, o rodear con el brazo levemente,  
apenas un instante, el cuello de él o de ella?  
No pido ningún otro placer. Nado en éste como en el mar.  
Hay algo en estar cerca de hombres y mujeres, y en mirarlos, y en su contacto y su  
olor, que es grato al alma.  
Todo es grato al alma, pero nada más que esto.

Ésta es la forma femenina:

irradia, de la cabeza a los pies, una aureola divina;

atrae con una atracción feroz, innegable;

me convoca su aliento, como si yo no fuera más que un vaho indefenso; todo se desploma, excepto ese aliento y yo.

Los libros, el arte, la religión, el tiempo, la tierra, visible y sólida, lo que se esperaba del cielo y se temía del infierno: todo se ha consumido.

Filamentos desordenados, brotes ingobernables surgen de él, y la respuesta es asimismo ingobernable.

El pelo, el pecho, las caderas, la curva de las piernas, las manos que caen, negligentes y difusas —las mías también difusas—,

el flujo agujoneado por el reflujo y el reflujo agujoneado por el flujo, la carne henchida de amor y deliciosamente dolorida,

y límpidos, ilimitados chorros de amor, cálidos y enormes, trémula gelatina del amor, panadizo y zumo delirante,

noche nupcial de amor que se abre paso, con firmeza y suavidad, en el alba postrada

y, ondulando, en el día propicio y manso,

y se abisma en la dulcísima hendidura de la carne diurna, que la abraza.

Éste es el núcleo —después de que el niño nazca de la mujer, el hombre nace de la mujer;

éste es el baño del nacimiento, ésta la fusión de lo pequeño y lo grande, y otra vez la salida.

No os avergoncéis, mujeres: vuestro privilegio abarca a los otros, y es el origen de los otros;

vosotras sois las puertas del cuerpo, y también las puertas del alma.

La hembra contiene todas las cualidades, y las atempera;

está en su lugar, y se mueve con perfecto equilibrio;

es todas las cosas debidamente veladas, es pasiva y activa,

concebirá tanto hijas como hijos, y tanto hijos como hijas.

Cuando veo a mi alma reflejada en la Naturaleza,

cuando veo, entre la niebla, a Una de inexpresable plenitud, cordura y belleza,

veo la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, a la Hembra veo.

El varón no es menos que el alma, ni más; también él está en su lugar,

también él es todas las cualidades, es acción y poder,  
el torrente del universo conocido está en él,  
el desprecio le sienta bien, y el deseo y el desafío le sientan bien,  
las pasiones más turbulentas y colosales, la dicha mayor, la mayor congoja, le  
sientan bien, para él se ha hecho el orgullo,  
el pleno despliegue del orgullo del hombre sosiega el alma y es excelente para el  
alma,  
el conocimiento le sienta bien, siempre le complace, todo lo somete a su propia  
prueba,  
sea cual sea el examen, sean cuales sean el mar y la vela, sólo aquí suelta, por fin,  
la sonda  
(¿en qué otro lugar, excepto aquí, podría soltarla?).  
El cuerpo del hombre es sagrado y el cuerpo de la mujer es sagrado.  
No importa de quién sea: es sagrado. ¿Es el del más humilde de la cuadrilla?  
¿Es el de uno de los inmigrantes que, con gesto triste, acaban de desembarcar en  
el muelle?  
Todos son de aquí, de todas partes, como los ricos, como tú;  
todos, hombres y mujeres, tienen un lugar en la procesión.  
(Todo es una procesión:  
el universo es una procesión de paso medido y perfecto).  
¿Tanto sabes tú, que al más humilde llamas ignorante?  
¿Te supones con derecho a tener una buena vista, y que él o ella carezcan de ese  
derecho?  
¿Crees que la materia se ha cohesionado desde su flotar difuso inicial, y que el  
suelo se ha asentado en la superficie, y que el agua corre y la vegetación brota,  
sólo para ti, y no para él y para ella?

## 7

Se subasta un cuerpo de hombre  
(porque, antes de la guerra, yo iba mucho al mercado de esclavos, y presenciaba  
las ventas).  
Ayudo al subastador: el muy gandul no sabe nada del negocio.  
Caballeros, vean esta maravilla:  
por más que pujen los licitadores, nunca pujarán lo bastante.  
El globo ha necesitado quintillones de años, sin un solo animal ni planta, para  
alumbrarlo;  
por él han girado sin descanso los ciclos evolutivos.  
En la cabeza, el desconcertante cerebro;



dentro de ella, y debajo, la hechura de los héroes.

Examinen estos miembros, rojos, negros o blancos, de nervios y tendones intrincados:

los desnudaremos, para que puedan verlos.

Sentidos exquisitos, ojos radiantes de vida, coraje, voluntad,

haces de músculos pectorales, espinazo y cuello flexibles, nada de carnes fofas,

brazos y piernas de buen tamaño,

y, dentro, más prodigios todavía.

Ahí dentro corre la sangre,

¡la misma sangre ancestral!, ¡la misma sangre roja, fluida!

Ahí se hincha y bombea un corazón, ahí radican todas las pasiones, deseos, anhelos, aspiraciones

(¿o creéis que no están ahí, porque no se manifiestan en salones o en aulas?).

No es sólo un hombre: es el padre de los que serán, a su vez, padres;

en él, el origen de estados populosos y prósperas repúblicas;

de él, innúmeras vidas inmortales, con innúmeras encarnaciones y alegrías.

¿Cómo saber quién nacerá de la progenie de su progenie, a lo largo de los siglos?

(¿Y de quién encontrarías que provienes tú mismo, si pudieras remontarte en el tiempo?)

## 8

Se subasta un cuerpo de mujer.

Ella tampoco es sólo ella misma: es la fecunda madre de madres.

Lleva en su seno a quienes crecerán y serán los compañeros de las madres.

¿Has amado alguna vez el cuerpo de una mujer?

¿Has amado alguna vez el cuerpo de un hombre?

¿No ves que son exactamente los mismos para todos en todas las naciones y en todas las épocas de la tierra?

Si hay algo sagrado, el cuerpo humano es sagrado,

y la gloria y la dulzura de un hombre son el signo de una hombría sin tacha,

y, tanto en un hombre como en una mujer, un cuerpo limpio, fuerte, musculado, es más hermoso que el rostro más hermoso.

¿No has conocido al necio que profanaba su cuerpo vivo? ¿O a la necia que profanaba su cuerpo vivo?

Porque ellos no se esconden, ni pueden esconderse.

¡Oh, cuerpo mío! No me atrevo a abandonar a tus semejantes en otros hombres o mujeres, ni a los semejantes de tus partes.

Creo que tus semejantes resistirán o caerán con los semejantes del alma (y que son el alma),

creo que tus semejantes resistirán o caerán con mis poemas, y que son mis poemas,

poemas del hombre, de la mujer, del niño, del muchacho, de la esposa, del marido, de la madre, del padre, del joven, de la joven,

cabeza, cuello, pelo, orejas, lóbulos y tímpanos,

ojos, pestañas, iris, cejas, el despertar o adormecerse de los párpados,

boca, lengua, labios, dientes, paladar, mandíbulas y articulaciones de las mandíbulas,

nariz, narinas y tabique nasal,

mejillas, sienes, frente, barbilla, garganta, nuca, escorzo del cuello,

hombros fuertes, barba viril, omóplatos, espalda y la amplia circunferencia del pecho,

brazo, axila, fosa cubital, antebrazo, músculos del brazo, huesos del brazo,

muñeca y articulaciones de la muñeca, mano, palma, nudillos, pulgar, índice, articulaciones de los dedos, uñas,

pecho ancho, vello rizado del pecho, esternón, costados,

costillas, vientre, espinazo, vértebras,

caderas, huesos de la cadera, fuerza de las caderas, redondez cóncava y convexa, pelotas del hombre, raíz del hombre,

muslos rotundos, que sostienen con firmeza al tronco,

músculos de la pierna, rodilla, rótula, tramo superior de las piernas, tramo inferior de las piernas,

tobillos, empeine, planta del pie, dedos, articulaciones de los dedos, el talón.

Todas las actitudes, toda la belleza, todo cuanto pertenece a mi cuerpo o al tuyo, o al cuerpo de cualquiera, hombre o mujer,

las esponjas de los pulmones, el saco del estómago, los intestinos suaves, limpios, las circunvoluciones del cerebro en el interior del cráneo,

simpatías, válvulas cardíacas, válvulas palatales, sexualidad, maternidad,

feminidad, todo cuanto es una mujer, y el hombre que nace de la mujer,

el útero, las tetas, pezones, leche, lágrimas, risa, llanto, miradas de amor, perturbaciones causadas por el amor y erecciones,

la voz, la palabra, el lenguaje, susurrar, gritar,

comida, bebida, pulso, digestión, sudor, sueño, caminar, nadar,

la elegancia de las caderas, saltar, reclinarse, abrazar, brazos que se doblan y que estrechan,  
el continuo movimiento de las comisuras de los labios y los ojos,  
la piel, lo atezado por el sol, pecas, pelo,  
la curiosa simpatía que experimentamos al palpar la carne desnuda del cuerpo,  
los ríos circulares del aliento, la inspiración y la espiración,  
la belleza de la cintura, y luego de las caderas, y luego más abajo, hacia las rodillas,  
las partículas rojas, diminutas, que hay dentro de ti y de mí, los huesos y el tuétano de los huesos,  
la exquisita sensación de salud.  
¡Oh, yo digo que éstas no son sólo las partes y los poemas del cuerpo, sino también del alma!  
¡Oh, ahora digo que son el alma!

### **Una mujer me espera**<sup>[207]</sup>

Una mujer me espera: todo lo contiene, nada falta,  
pero todo faltaría si faltase el sexo, o la mojadura del hombre adecuado.  
El sexo lo contiene todo: cuerpos, almas,  
significados, pruebas, purezas, delicadezas, resultados, promulgaciones,  
cantos, órdenes, salud, orgullo, el misterio de la maternidad, la leche seminal,  
todas las esperanzas, favores y dones, todas las pasiones, amores, bellezas y placeres de la tierra,  
todos los gobiernos, jueces, dioses y caudillos de la Tierra:  
el sexo los contiene a todos, como partes suyas y justificaciones suyas.  
El hombre que me gusta conoce y acepta, sin avergonzarse, las delicias de su sexo;  
la mujer que me gusta conoce y acepta, sin avergonzarse, las del suyo.  
Ahora me apartaré de las mujeres impasibles  
y me reuniré con la que me espere, y con aquéllas, ardientes, que me satisfagan:  
veo que me comprenden y no me niegan;  
veo que son dignas de mí: seré el robusto marido de todas ellas.  
No valen ni una pizca menos que yo;

la luz del sol y la fuerza del viento han curtido sus rostros;  
su carne posee la agilidad y la fuerza de los antiguos dioses;  
saben nadar, remar, montar, pelear, disparar, correr, golpear, retroceder,  
avanzar, resistir, defenderse;  
son, por sí solas, definitivas: serenas, claras, seguras de sí mismas.  
Os estrecho contra mí, mujeres,  
no puedo dejaros ir; os haré bien:  
soy para vosotras, y vosotras sois para mí, y no sólo en beneficio nuestro, sino  
también en beneficio de los demás;  
vosotras sois la envoltura en cuyo interior duermen grandes héroes y bardos  
que se niegan a despertar si no soy yo quien los toca.  
Soy yo, mujeres: me abro camino.  
Soy firme, acre, grande e imposible de disuadir, pero os amo  
y no os hago más daño del estrictamente necesario.  
Derramo la sustancia que es el principio de hijos e hijas idóneos para estos  
Estados, y empujo despacio, con músculo rudo,  
me acoplo con eficacia, no atiendo a súplicas  
y no me atrevo a retirarme hasta haber depositado lo que durante tanto tiempo  
se ha acumulado en mí.  
En vosotras vierto los ríos represados de mi ser,  
con vosotras envuelvo mil años futuros,  
en vosotras implanto lo máspreciado de mí y de América,  
de las gotas que destilo en vosotras nacerán jóvenes atléticas y feroces, artistas,  
músicos y cantantes nuevos,  
los niños que engendro en vosotras, engendrarán, a su vez, niños.  
Exigiré de mi derroche de amor hombres y mujeres perfectos,  
esperaré que se penetren unos a otros, igual que tú y yo nos penetramos ahora,  
contaré con los frutos de sus derramamientos, igual que cuento con los de mis  
derramamientos de ahora,  
y perseguiré las amorosas cosechas del nacimiento, la vida, la muerte y la  
inmortalidad que siembro, con tanto amor, en este instante.

## Mi espontáneo yo

Mi espontáneo yo, la Naturaleza,  
el día amante, el sol que se eleva, el amigo con el que soy feliz,  
el brazo del amigo que me cuelga, flojo, por el hombro,  
la colina blanqueada por las flores de los serbales  
y esa misma colina entrado ya el otoño, los matices del rojo, el amarillo, el gris, el  
púrpura y el verde claro y oscuro,  
la gruesa colcha de la hierba, de los animales y los pájaros, la ribera secreta y  
descuidada, las elementales manzanas, los guijarros,  
un goteo de hermosos fragmentos, la lista negligente en la que se suceden uno  
tras otro, mientras los convoco o pienso en ellos,  
los poemas de verdad (lo que llamamos poemas son meras representaciones),  
los poemas de la intimidad de la noche, y de hombres como yo,  
este poema que me cuelga, pudoroso y no revelado, y que llevo siempre conmigo,  
que todos los hombres llevan consigo  
(sabed de una vez por todas, y lo confieso sin ambages: dondequiera que haya  
hombres como yo, habrá poemas vehementes, masculinos, al acecho),  
pensamientos de amor, zumo de amor, aroma de amor, entrega de amor,  
enredaderas de amor y la savia trepadora,  
brazos y manos de amor, labios de amor, fálico pulgar de amor, pechos de amor,  
vientres contra vientres, adheridos por amor,  
tierra de amor casto, vida que sólo es vida después del amor,  
el cuerpo de mi amor, el cuerpo de la amada, el cuerpo del hombre, el cuerpo de  
la tierra,  
suaves brisas matinales del sudoeste,  
el abejorro peludo que murmura y revolotea, anhelante, que apresa la flor  
hembra ya crecida, se asienta en ella con firmeza y amor, y, doblándose, colma  
ahí su deseo, y se aferra, trémulo y tenso, hasta quedar saciado;  
la humedad temprana de los bosques,  
dos que duermen de noche, muy juntos, uno con el brazo por debajo de la cintura  
del otro,  
el olor de las manzanas, el aroma de la salvia pisada, de la menta, de la corteza de  
abedul,  
los anhelos del muchacho, su sonrojo y su turbación al confiarme sus sueños,  
la hoja que cae, en espiral, y queda muerta y satisfecha en el suelo,  
los agujones sin forma que me clavan las cosas que veo, la gente, los objetos,  
y mi propio agujón, axial, que me hiere tanto como cualquier otro,

los hermanos sensibles, órbicos, agazapados, a cuya intimidad sólo pueden acceder contactos privilegiados,  
la exploradora curiosa, la mano que recorre el cuerpo entero, el pudoroso retraimiento de la carne allí donde los dedos detienen la caricia y se hunden, el límpido líquido que contiene el muchacho,  
la exasperada corrosión, tan pensativa y dolorosa, el tormento, la irritable marea que nunca descansa, algo parecido a lo que siento yo, a lo que sienten los demás,  
el joven que se sonroja más y más, y la joven que se sonroja más y más, el joven que se despierta en lo más profundo de la noche, y cuya mano febril quiere reprimir lo que lo domina,  
la mística noche de amor, los extraños padecimientos, visiones y sudores, sólo a medias bienvenidos,  
el pulso latiendo en las palmas y los dedos temblorosos, envolventes, el muchacho ruborizado, encendido, avergonzado, enfadado;  
mi amante el mar, que se arroja sobre mí, desnudo y dispuesto, el alborozo de los gemelos que gatean en la hierba, al sol, bajo la vigilante mirada de su madre,  
el tronco del nogal, las cáscaras de nuez y las nueces oblongas, verdes o ya maduras,  
la continencia de las plantas, de los pájaros, de los animales, y mi consiguiente bajeza, si me escondiera o me considerase indecente, cuando los pájaros y los animales nunca se esconden ni se consideran indecentes,  
la gran castidad del padre, para igualar la gran castidad de la madre, el juramento de procreación que he prestado, mis lozanas y adánicas hijas, el ansia que me devora día y noche, hasta que me sature de aquello que producirá hijos que ocupen mi lugar cuando yo me haya ido,  
el alivio, el descanso y la satisfacción reparadores, y esta simiente<sup>[208]</sup> arrancada, al azar, de mí, ha sido útil: la tiro, negligente, a donde caiga.

### **Una hora de locura y alegría**

¡Una hora de locura y alegría! ¡Oh, furiosa, no me aprisiones!

(¿Qué es esto que me desata en tormentas?  
¿Qué significan estos gritos míos entre relámpagos y vendavales?)  
¡Oh, beber los delirios místicos, hasta apurarlos más que nadie!  
¡Oh, dolores agudísimos y deliciosos! (ellos son mi legado, hijos míos;  
tengo razones para contároslos, oh, novios).  
¡Oh, entregarme a ti, quienquiera que seas, y tú entregarte a mí, a despecho del  
mundo!  
¡Oh, volver al Paraíso! ¡Oh, pudorosa y femenina!  
¡Oh, atraerte a mí, que se posen en ti, por primera vez, los labios de un hombre  
decidido!  
¡Oh, el enigma, el nudo triple, el estanque oscuro y hondo, desatados e  
iluminados!  
¡Oh, correr, por fin, a donde hay espacio y aire suficientes!  
¡Librarse de viejas ataduras y convenciones: yo de las mías y tú de las tuyas!  
¡Encontrar una nueva despreocupación, inimaginada, en lo mejor de la  
Naturaleza!  
¡Quitarse la mordaza!  
Sentir, hoy o cualquier día, que me basto como soy.  
¡Oh, lo indemostrado, el éxtasis!  
¡Zafarse por completo de las anclas y las trabas ajenas!  
¡Conducirme libremente! ¡Amar libremente! ¡Arrojarme con temeridad,  
desafiando al peligro!  
¡Cortejar a la destrucción con burlas y provocaciones!  
¡Ascender, elevarme al cielo del amor que me ha sido reservado!  
¡Alcanzarlo con el alma ebria!  
¡Perderme, si así ha de ser!  
¡Alimentar el resto de la vida con una hora de plenitud y libertad,  
con una breve hora de locura y alegría!

### **Del undoso océano, la multitud**

Del undoso océano, la multitud, una gota vino, despacio, hasta mí,  
y me susurró: *Te quiero; pronto habré muerto;*  
*he venido de muy lejos sólo para mirarte y para tocarte,*

*porque no podía morir sin haberte mirado,  
porque tenía miedo de perderte.*

Ahora ya nos hemos conocido, nos hemos mirado, estamos a salvo:  
vuelve en paz al océano, amor mío;  
yo también formo parte de él, amor mío: no estamos tan lejos;  
¡contempla la redondez, la cohesión de todo, qué perfecta!  
Pero a ti y a mí el mar, irresistible, ha de separarnos:  
podrá hacerlo algún tiempo, mas no eternamente;  
no te impacientes, espera un momento, mira cómo saludo al aire, al océano y a la  
tierra  
cada día, al anochecer, por ti, amor mío.

### **Interminablemente, vuelvo a intervalos**

Interminablemente, vuelvo a intervalos,  
ilesos, errantes, inmortal,  
animoso, fálico, con las potentes entrañas originales, perfectamente dulce,  
yo, cantor de cantos adánicos,  
llamo, desde el nuevo jardín de Occidente, a las grandes ciudades,  
y deliro, preludio lo que se genera, ofrezco mis cantos, me ofrezco a mí mismo,  
me baño, baño mis cantos en Sexo,  
retoños de mis entrañas.

### **¡Cuánto tiempo nos han engañado a los dos!**

¡Cuánto tiempo nos han engañado a los dos!  
Transmutados, escapamos ahora, deprisa, como escapa la Naturaleza.  
Somos la Naturaleza. Hemos estado ausentes mucho tiempo, pero hemos vuelto:  
nos convertimos en plantas, troncos, follaje, raíces, corteza;



nos acomodamos en la tierra: somos rocas,  
somos robles, crecemos, uno al lado del otro, en los claros del bosque,  
pastamos, somos dos en el seno de las manadas salvajes, tan espontáneas como  
cualesquiera;  
somos dos peces nadando juntos en el mar;  
somos lo que las flores del algarrobo: derramamos fragancias en los caminos por  
la mañana y por la tarde;  
somos también la grosera tizne de las bestias, de las plantas, de los minerales;  
somos dos halcones rapaces: volamos, escrutando la tierra;  
somos dos soles resplandecientes, y los que encontramos el equilibrio, orbícos y  
estelares, somos como dos cometas;  
merodeamos, cuadrúpedos, por la espesura, enseñando los colmillos, y saltamos  
sobre la presa;  
somos dos nubes por el cielo, al amanecer y al atardecer;  
somos mares que confluyen, somos dos de esas olas alegres que se entrelazan y  
se empapan mutuamente;  
somos lo que la atmósfera: transparentes, receptivos, permeables, impermeables;  
somos nieve, lluvia, frío, oscuridad, somos todo lo que el globo produce, y todas  
sus influencias;  
hemos descrito círculos y más círculos, hasta llegar a casa los dos, de nuevo;  
lo hemos invalidado todo, excepto la libertad y nuestra alegría.

**¡Oh, himen! ¡Oh, himeneo!**

¡Oh, himen! ¡Oh, himeneo! ¿Por qué me atormentas así?

¡Oh!, ¿por qué me hieres tan fugazmente?

¿Por qué no continúas? ¡Oh!, ¿por qué cesas ahora?

¿Será porque, si prolongaras este instante fugaz, me matarías?

## **Yo soy el que se duele de amor**

Yo soy el que se duele de amor.

¿Gravita la Tierra? ¿No atrae la materia, dolorida, a la materia?

Pues así atrae mi cuerpo a todos cuantos encuentro o conozco.

## **Momentos elementales**

Momentos elementales, cuando me sorprendéis; ¡ah, aquí estáis!

Concededme los placeres de la lujuria,

haced que mis pasiones me aneguen, que la vida sea grosera y obscena.

Hoy me iré con los hijos predilectos de la Naturaleza; también por la noche.

Yo existo para los que creen en los deleites carnales; comparto las orgías de los jóvenes a medianoche,

bailo con los que bailan y bebo con los que beben;

resuena el eco de nuestro vocerío indecente, hago del más vulgar mi mejor amigo:

será indócil, ordinario, iletrado, alguien a quien los demás condenen por sus acciones.

No quiero seguir fingiendo: ¿por qué habría de renunciar a mis compañeros?

¡Oh, vosotros, a los que todos rehúyen: al menos yo no os rehúyo!

Yo me mezclo con vosotros: seré vuestro poeta,

y significaré para vosotros más que para nadie.

## **Una vez pasé por una ciudad populosa<sup>[209]</sup>**

Una vez pasé por una ciudad populosa, y registré en la memoria, para usarlos en el futuro, sus espectáculos, su arquitectura, sus costumbres, sus tradiciones.

Pero ahora de esa ciudad sólo recuerdo a una mujer, a la que conocí por casualidad y que me retuvo por amor.

Pasábamos juntos los días y las noches —hace mucho que he olvidado todo lo demás.

Sólo recuerdo, repito, a esa mujer que se me aferraba con pasión.

Volvemos a caminar, a amarnos, volvemos a separarnos,

vuelve a cogerme de la mano, no quiere que me vaya.

Se aprieta a mi lado, con labios silenciosos; tiembla y está triste.

### **Os he oído, dulces y solemnes tubos del órgano**

Os he oído, dulces y solemnes tubos del órgano, al pasar por la iglesia el domingo por la mañana;

vientos del otoño, vagando por el bosque al anochecer, he oído la sostenida quejumbre de vuestros suspiros;

he oído al perfecto tenor italiano cantar en la ópera, he oído cantar a la soprano del cuarteto.

¡Corazón de mi amor!, también a ti te he oído murmurar algo: lo hacías por entre las manos, alrededor de mi cabeza:

anoche, con todo en silencio, he oído las campanillas que hacía sonar, muy cerca, tu latido.

### **Miro al oeste desde las costas de California**

Miro al oeste desde las costas de California,

inquisitivo, incansable, en busca de lo que aún no he encontrado,

yo, un niño, muy viejo, miro, allende las olas, la casa de la maternidad, la tierra de las migraciones,

miro desde las costas de mi mar Occidental, y casi he agotado el círculo,

porque, habiendo partido hacia el oeste desde el Indostán, desde los valles de Cachemira,  
desde Asia, desde el norte, desde el Dios, el sabio y el héroe,  
desde el sur, desde las penínsulas floridas y las islas de las especias,  
y habiendo vagado mucho, habiendo dado la vuelta al mundo,  
ahora miro a mi hogar, de nuevo, complacido y alegre.  
(Pero ¿dónde está el lugar al que me encaminé hace tanto tiempo?  
¿Y por qué no lo he encontrado todavía?)

### **Como Adán temprano por la mañana**

Como Adán temprano por la mañana,  
salgo de la espesura, tras el sueño reparador.  
Vedme al pasar, oíd mi voz, acercaos,  
tocadme, apoyad la palma de la mano en mi cuerpo cuando paso,  
no tengáis miedo de mi cuerpo.

### En senderos no hollados

En senderos no hollados,  
en la vegetación que rodea a los estanques,  
huido de una vida ostentosa,  
de todos los valores proclamados hasta hoy, de los placeres, beneficios y  
conformidades  
—que he ofrecido, durante demasiado tiempo, como alimento a mi alma—,  
tengo ya claros valores no proclamados todavía, tengo claro que mi alma,  
que el alma del hombre por el que hablo, sólo disfruta con los camaradas,  
aquí, a solas, lejos del bullicio del mundo,  
oyendo lenguas aromáticas, y en sintonía con ellas,  
sin avergonzarme ya (porque en este apartado lugar puedo responder como no  
osaría hacerlo en ningún otro),  
entregado a una vida sin ostentación, que, no obstante, todo lo abarca,  
resuelto a no entonar hoy sino cantos de fraternidad masculina,  
proyectándolos en esta vida sustancial,  
legando, desde hoy, formas de amor atlético,  
esta tarde del delicioso mes Noveno de mis cuarenta y un años,  
procedo a revelar, a todos aquellos que son o han sido jóvenes,  
el secreto de mis noches y mis días,  
a celebrar la necesidad de camaradas.

## Fragante herbazal de mi pecho

Fragante herbazal de mi pecho,  
espigo hojas tuyas, y escribo en ellas, para examinarlas después a mi sabor,  
hojas de las tumbas, hojas del cuerpo, que crecen en mí, que crecen en la muerte,  
raíces perennes, hojas altas, ¡oh, el invierno no ha de helaros, hojas delicadas!,  
cada año volveréis a florecer, volveréis a emerger de vuestro retiro.  
¡Oh, no sé si muchos, al pasar, advertirán vuestra presencia o inhalarán vuestro  
exquisito aroma, pero barrunto que algunos lo harán!  
¡Oh, esbeltas hojas!, ¡oh, flores de mi sangre!, os permito que habléis, a vuestro  
modo, del corazón que subyace,  
pero ignoro vuestro significado subterráneo, no sois la felicidad,  
a menudo sois más amargas de lo que puedo soportar, me quemáis, me herís;  
sin embargo, sois hermosas a mis ojos, raíces tenuemente matizadas, me inducís  
a pensar en la muerte,  
la muerte es bella si proviene de vosotras (¿qué es bello, en definitiva, sino la vida  
y la muerte?);  
oh, creo que no es a la vida a la que dirijo estos cantos de amantes, sino a la  
muerte,  
porque con cuánta serenidad, qué solemnemente aflora para ascender hasta la  
atmósfera de los amantes.  
Muerte o vida me son entonces indiferentes: mi alma se niega a elegir  
(no estoy seguro, pero el alma exaltada de los amantes acoge más efusivamente a  
la muerte),  
y, oh, muerte, creo, en verdad, que estas hojas significan precisamente lo que tú  
significas.  
¡Creced, hojas benignas, para que os pueda ver! ¡Creced en mi pecho!  
¡Brotad del corazón que ahí se esconde!  
¡No os repleguéis, tímidas hojas, en vuestras raíces rosadas!  
¡No te quedes ahí, avergonzado, herbazal de mi pecho!  
Venid, he decidido desnudar este ancho pecho mío: llevo demasiado tiempo  
sofocándolo, ahogándolo;  
hojas emblemáticas, caprichosas, yo os abandono: ya no me servís;  
diré, sin más, lo que tenga que decir,  
sólo me proclamaré a mí y a mis camaradas, nunca más haré una llamada que no  
sea su llamada,  
provocaré con ella reverberaciones inmortales en los Estados,  
daré ejemplo a los amantes, para que adopten una forma y una voluntad  
permanentes en los Estados,

y a través de mí serán pronunciadas las palabras que vuelvan gozosa la muerte;  
dame, pues, tu acento, oh, muerte, para acomodarme a él,  
entrégate a mí, porque veo que eres mía por encima de todas las cosas, y que os  
habéis unido inseparablemente, amor y muerte;  
no dejaré que me sigas oprimiendo con lo que llamaba vida,  
porque me ha sido revelado que constituyes el significado esencial,  
que te ocultas, por alguna razón, en estas cambiantes formas de vida, y que  
existen fundamentalmente por ti,  
que surges de ellas y permaneces, realidad verdadera,  
que, tras la máscara de la materia, esperas, paciente, lo que haga falta,  
que algún día, quizá, lo domines todo,  
y disipes todo este despliegue de apariencias,  
y seas la razón de todo, aunque no dure demasiado;  
pero tú sí durarás.

### **Quienquiera que seas, que me das la mano**

Quienquiera que seas, que me das la mano,  
si algo falta, todo será inútil.  
Te lo advierto lealmente, antes de que pretendas más de mí:  
yo no soy como suponías, sino muy distinto.  
¿Quién es el que se haría seguidor mío?  
¿Quién se postularía como candidato a mis afectos?  
El camino es sospechoso; el resultado, incierto, acaso fatal.  
Tendrías que renunciar a todo: yo sería —así lo espero— tu único y exclusivo  
modelo;  
aun así, tu noviciado sería largo y agotador.  
Tendrías que abandonar toda pasada teoría sobre tu vida y toda conformidad con  
las vidas que te rodean.  
Suéltame, pues, antes de implicarte más, no me sujetes por los hombros,  
déjame y sigue tu camino.  
O bien probemos, a escondidas, en algún bosque,  
o tras una roca, a la intemperie  
(porque yo no me manifiesto en las habitaciones de las casas, ni acompañado,

y en las bibliotecas me quedo como mudo, papando moscas, o como si aún no hubiera nacido, o como si estuviera muerto),  
y es posible que, si subes a una colina alta, tras asegurarnos de que nadie, en millas a la redonda, se acerque sin que nos demos cuenta, o si surcas el mar, o recorres sus playas o alguna isla tranquila, te permita posar tus labios en los míos, con el largo beso del camarada o de quien acaba de convertirse en esposo, porque yo soy quien acaba de convertirse en esposo, y el camarada. O, si lo prefieres, metido en tu ropa, para sentir los latidos de tu corazón o descansar en tus caderas, llévame a donde vayas, en tierra o por mar; así, tocarte me bastará, será lo mejor, y tocándote dormiré, en silencio, y viajaré eternamente. Pero estudiar estas hojas te pone en peligro, porque ni a estas hojas ni a mí nos entenderás. Te serán inaprensibles al principio, y más aún después; yo también seré inaprensible, incluso cuando creas, sin ninguna duda, haberme atrapado, ¡fíjate! Ya puedes ver que te he eludido. Porque no es por lo que haya puesto en él por lo que he escrito este libro, ni por leerlo vas a averiguarlo, ni son quienes me admiran y elogian sin moderación los que me conocen mejor, ni los candidatos a mi amor (salvo, como mucho, unos pocos) saldrán victoriosos, ni mis poemas harán sólo el bien, sino también el mal, incluso en mayor medida, porque todo es inútil sin eso que a menudo intuyes, sin comprenderlo, y que yo he insinuado. Suéltame, pues, y sigue tu camino.

### **Para ti, oh, democracia**

Ven. Yo haré indisoluble el continente,  
crearé la más espléndida raza que haya iluminado el sol,  
crearé tierras divinas, magnéticas,  
con el amor de los camaradas,



con el amor para siempre de los camaradas.

Yo plantaré la camaradería, tan apretadamente como los árboles, en las riberas de todos los ríos de América, y de los grandes lagos, y en las praderas, construiré ciudades inseparables, con el brazo por los hombros, por el amor de los camaradas, por el amor viril de los camaradas.

Para ti son estos cantos míos, oh, Democracia: ¡para servirte, *ma femme!*  
Para ti, para ti pronuncio estos cantos.

### Éstas<sup>[211]</sup>, cantando en primavera

Éstas, cantando en primavera, reúno para los amantes  
(porque ¿quién sino yo puede comprender a los amantes, y toda su tristeza y alegría?,  
¿y quién sino yo puede ser el poeta de los camaradas?).  
Reuniéndolas atravieso el jardín, el mundo, pero pronto dejo atrás sus puertas.  
Ya por la orilla del estanque, ya vadeándolo, sin miedo a mojarme,  
ya siguiendo las vallas de madera, junto a las que se amontonan las piedras que han traído del campo y tirado allí  
(flores silvestres y parras y malas hierbas crecen por entre las piedras y las cubren en parte: las dejo atrás),  
lejos, muy lejos, en el bosque, o luego, en verano, holgazaneando, antes de saber a dónde ir,  
sin nadie, oliendo el olor de la tierra, parándome aquí y allá, en silencio, me había creído a solas, pero pronto me rodea un grupo:  
algunos caminan a mi lado, otros detrás y otros me cogen del brazo o me abrazan; cada vez se congregan más —son los espíritus de mis amigos más queridos, vivos o muertos—, hasta hacerse multitud, y yo en medio,  
reuniendo, repartiendo, cantando, camino con ellos,  
arranco prendas y se las tiro al más cercano:  
lilas, con una rama de pino,  
o un poco de musgo arrancado de un roble de Florida del que colgaba, y que ahora saco del bolsillo,  
o claveles, hojas de laurel y un puñado de salvia,

o lo que ahora, metiéndome en el estanque, saco del agua  
(oh, aquí vi por última vez a quien me ama con ternura, y que vuelve otra vez,  
para no separarse ya de mí,  
y ésta, oh, ésta será, desde ahora, la prenda de los camaradas, esta raíz de  
cálamo.

¡Intercambiáosla, jóvenes, y que ninguno la devuelva!),  
y ramitas de arce, y un montón de naranjas silvestres y castañas,  
y racimos de grosellas, y capullos de ciruelo, y el cedro aromático;  
rodeado por una espesa constelación de espíritus,  
errante, todas las señalo o toco al pasar, o las disperso, despreocupado, a mi  
alrededor,  
indicándole a cada uno cuál le corresponde, dándole alguna a todos,  
pero la que saco del agua, a la orilla del estanque, ésa me la guardo:  
también la entregaré, pero sólo a los que amen como yo soy capaz de amar.

### **No sólo brotando del pecho**

No sólo brotando del pecho,  
ni en los suspiros nocturnos, de rabia, insatisfecho conmigo mismo,  
ni en esos largos y mal reprimidos suspiros,  
ni en tantas promesas y juramentos rotos,  
ni en la voluntad desatada de mi alma enloquecida,  
ni en el sutil alimento del aire,  
ni en estos latidos que me golpean las sienes y las muñecas,  
ni en la curiosa sístole y diástole en la que algún día cesará,  
ni en tanto anhelo voraz sólo confesado al cielo,  
ni en los gritos, carcajadas y desafíos que he lanzado solo, en la espesura,  
ni en el ronco jadear de dientes apretados,  
ni en las palabras pronunciadas y vueltas a pronunciar, faramalla, ecos, palabras  
muertas,  
ni en el murmullo de los sueños cuando duermo,  
ni en los murmullos de estos increíbles sueños cotidianos,  
ni en los miembros y sentidos de mi cuerpo, que te atraen y te repelen de  
continuo; no ahí,

no en alguno o en todos ellos, ¡oh, adhesividad<sup>[212]</sup>!, ¡oh, pulso de mi vida!,  
necesito tanto que existas y te muestres como en estos cantos.

## De la terrible duda de las apariencias

De la terrible duda de las apariencias,  
de la posibilidad de que, después de todo, hayamos sido engañados,  
de que, quizá, la confianza y la esperanza no sean, al fin y al cabo, sino conjeturas,  
de que, quizá, la identidad más allá de la tumba sólo sea una bonita fábula,  
de que, quizá, las cosas que percibo, los animales, plantas, hombres, colinas, el  
fúlgido fluir del agua,  
el cielo del día y de la noche, los colores, densidades y formas, quizá sólo sean  
(como sin duda son) apariencias, y lo verdaderamente real esté aún por  
conocerse  
(¡cuántas veces salen de sí, a toda velocidad, como para confundirme o burlarse  
de mí!,  
¡cuántas veces pienso que ni yo ni nadie sabemos nada de ellas!),  
y, quizá, pareciéndome lo que son (como sin duda parecen), desde mi actual  
punto de vista, demuestren a la postre (como sin duda harán) no ser nada de lo  
que parecen, o nada en absoluto, consideradas desde puntos de vista  
enteramente distintos;  
para mí, a estas cosas y a otras parecidas dan respuesta, curiosamente, mis  
amantes, mis amigos queridos:  
cuando aquél al que amo viaja conmigo o se sienta a mi lado y me coge de la  
mano,  
cuando la sutileza del aire, lo impalpable, el sentido que las palabras y la razón no  
tienen, nos rodea y nos anega,  
me lleno de una sabiduría inenarrada e inenarrable, y permanezco en silencio, y  
no necesito nada,  
y no puedo responder a la pregunta de las apariencias o de la identidad más allá  
de la tumba,  
pero camino o sigo sentado, indiferente y satisfecho:  
el que me coge de la mano me ha satisfecho por completo.

## La base de toda metafísica

Y ahora, caballeros,  
unas palabras que se grabarán en su memoria y en su espíritu,  
base y también *finale* de toda metafísica.  
(Así se dirigía el viejo profesor a sus alumnos,  
al final de su abarrotado curso).  
He estudiado los sistemas antiguos y modernos, el griego y el germánico,  
he estudiado y expuesto a Kant, Fichte, Schelling y Hegel<sup>[213]</sup>,  
he explicado el saber de Platón y de Sócrates, mayor aún que el de Platón,  
e indagado y expuesto, tras mucho estudio, el de alguien superior incluso a  
Sócrates, el divino Jesucristo,  
y hoy recuerdo aquellos sistemas griego y germánico,  
y veo las filosofías todas, las Iglesias y doctrinas cristianas,  
pero, por debajo de Sócrates, y por debajo del divino Jesucristo, veo con claridad  
el entrañable amor del hombre por su camarada, la atracción del amigo por el  
amigo,  
del esposo y la esposa bien casados, de los hijos y los padres,  
de la ciudad por la ciudad y la tierra por la tierra.

## Cronistas futuros

Cronistas futuros,  
venid, os enseñaré lo que oculta esta apariencia impasible, os contaré qué decir  
de mí,  
publicad mi nombre y colgad mi retrato como el del amante más afectuoso,  
el retrato del amigo, del amante, a quien su amigo, su amante, amaba más que a  
nadie,  
que no se enorgullecía de sus cantos, sino del inconmensurable océano de amor  
que albergaba, y que vertía con prodigalidad,  
que daba, a menudo, solitarias caminatas, pensando en sus amigos queridos, en  
sus amantes,  
que, meditabundo, lejos del amado, pasaba las noches insatisfecho y sin dormir,

que conocía demasiado bien el enfermizo temor de que aquél a quien amaba le fuera secretamente indiferente,  
cuyos días más felices transcurrieron lejos, en los campos, en los bosques, en las colinas, caminando ambos de la mano, apartados de todos,  
que recorría a menudo las calles, con el brazo por los hombros del amigo, y con el brazo del amigo por los suyos.

### **Supe, al declinar el día**

Supe, al declinar el día, que mi nombre se había recibido con una ovación en el Capitolio, pero, aun así, aquella noche no fue una noche feliz;  
y cuando me iba de juerga, o se cumplían mis planes, tampoco era feliz.  
Pero el día en que me levanté, al amanecer, de la cama con una salud perfecta, renovado, cantando, aspirando el aliento maduro del otoño,  
cuando vi la luna llena palidecer al oeste, y desaparecer con la luz de la mañana, al pasear, solo, por la playa, y bañarme desnudo, entre risas, en el agua fría, y ver salir el sol,  
y cuando pensé que mi amigo, mi amante, ya estaba de camino, oh, entonces fui feliz,  
oh, entonces cada inspiración era más dulce, y ese día la comida me alimentaba mejor, y la jornada pasaba con deleite,  
y llegó la siguiente con igual alegría, y con la otra, al atardecer, llegó mi amigo, y aquella noche, reinando el silencio, yo oía el rumor de las aguas, lento, incesante, en la costa,  
y el susurro sibilante del líquido y la arena, como si se dirigiera a mí para felicitarme,  
porque aquél a quien más amaba dormía a mi lado, bajo la misma colcha, en la noche fría,  
a la quieta luz de la luna otoñal, con el rostro inclinado hacia mí  
y el brazo descansando en mi pecho; y aquella noche fui feliz.

## ¿Eres tú otra persona más a la que atraigo?

¿Eres tú otra persona más a la que atraigo?

Para empezar, te advierto de que soy muy diferente de lo que supones.

¿Esperas encontrar tu ideal en mí?

¿Tan fácil te parece que llegue a ser tu amante?

¿Crees que mi amistad te proporcionará una satisfacción sin sombras?

¿Crees que soy íntegro y fiel?

¿No ves más allá de esta fachada, de estos modales míos, amables y permisivos?

¿Te imaginas avanzando, sobre seguro, hacia un hombre de verdad, heroico?

¿No se te ha ocurrido, oh, soñador, que acaso todo sea apariencia, ilusión?

## Raíces y hasta hojas solas

Raíces y hasta hojas solas son éstas,

aromas llegados a los hombres y las mujeres de los bosques inhabitados y las orillas de los estanques,

acederas y claveles de amor, dedos que se retuercen con más fuerza que los sarmientos,

chorros que brotan de las gargantas de los pájaros ocultos en el follaje de los árboles cuando ha salido el sol,

brisas de la tierra y del amor que vienen de las costas vivas y os alcanzan en el mar vivo, ¡oh, marineros!,

bayas reblandecidas por el hielo, y frescas ramas del Tercer mes ofrecidas a los jóvenes que vagan por los campos cuando el invierno ya se retira,

capullos de amor puestos ante ti y dentro de ti, seas quien seas,

capullos que se desplegarán a la antigua:

si les das el calor del sol, se abrirán y te darán forma, color y perfume;

si te conviertes en su alimento y su humedad, se convertirán en flores, frutos, ramas altas y árboles.

## **El calor no se hace fuego devorador**

El calor no se hace fuego devorador,  
ni las olas del mar rompen y se retiran, en frenético vaivén,  
ni el aire, seco, delicioso, el aire del verano bien entrado, trae, con delicadeza, los  
copos blancos de miríadas de semillas,  
que flotan, y lo surcan grácilmente, para caer aquí y allá.  
Nada de esto, oh, nada en absoluto supera a mi propio fuego devorador, que arde  
por el amor de aquél a quien amo,  
ni nada oscila con mayor frenesí que yo.  
¿Se apresura la marea, en busca de algo, sin cejar nunca? Oh, también yo,  
oh, ni los copos ni los perfumes, ni las nubes altísimas, portadoras de lluvia,  
surcan el aire  
como lo surca mi alma,  
en todas direcciones, oh, amor, en busca de amistad, en busca de ti.

## **¡Caed, gotas!**

¡Caed, gotas!, ¡abandonad mis venas azules!  
¡Oh, gotas mías! Caed, gotas lentas,  
desprendeos, cándidas, de mí, manad, gotas de sangre,  
de las heridas infligidas para liberaros de donde estabais presas,  
de mi cara, de mi frente y mis labios,  
de mi pecho, del escondite en el que me ocultaba, abríos paso, gotas rojas, gotas  
de confesión,  
manchad todas las páginas, manchad todos los cantos que canto, todas las  
palabras que digo, gotas sangrientas,  
que conozcan vuestro calor escarlata, que brillen:  
saturadlos con vuestra esencia, y dejadlos empapados y llenos de vergüenza,  
resplandeced en cuanto he escrito o llegue a escribir, gotas de sangre,  
que todo se vea a vuestra luz, gotas de rubor.

## **Ciudad de orgías**

Ciudad de orgías, paseos y alegrías,  
ciudad a la que hará ilustre algún día que yo haya vivido y cantado en ti:  
ni tus celebraciones, ni tus cambiantes cuadros vivos, ni tus espectáculos me  
recompensan,  
ni tus interminables filas de casas, ni los barcos en los muelles,  
ni los cortejos por las calles, ni los brillantes escaparates y sus mercaderías,  
ni conversar con personas instruidas, ni participar en veladas o fiestas:  
nada de esto, sino, al pasar, ¡oh, Manhattan!, el frecuente destello de tus ojos,  
que me ofrecen amor,  
que ofrecen respuesta a los míos: ellos son mi recompensa;  
los amantes, los continuos amantes, sólo ellos me recompensan.

## **Contemplad esta cara curtida**

Contemplad esta cara curtida, estos ojos grises,  
esta barba, estas guedejas blancas que se derraman por el cuello,  
las manos renegridas y mi porte silencioso y sin encanto.  
Pero llega uno de Manhattan y, al despedirse, me besa delicadamente en los  
labios con robusto amor,  
y yo, al cruzar la calle o en la cubierta del barco, le devuelvo el beso.  
Observamos ese saludo de camaradas americanos en tierra y en el mar.  
Somos esas dos personas, espontáneas y desenvueltas.

## **En Luisiana vi crecer una encina del sur**

En Luisiana vi crecer una encina del sur.  
Se erguía sola, y el musgo le colgaba de las ramas.



Sin compañeros, crecía allí, echando hojas felices de un verde oscuro, y su aspecto, rudo, inflexible, vigoroso, me hizo pensar en mí. Me preguntaba, no obstante, cómo podía echar aquellas hojas felices allí sola, sin la vecindad de su amigo: yo sabía que no podría. Y le arranqué entonces una ramita con unas cuantas hojas, y la entretejé con un poco de musgo, y me la llevé, y la tengo puesta en un lugar visible de la habitación. No la necesito para recordar a los amigos queridos (porque creo que, últimamente, en nada pienso más que en ellos), pero me sigue pareciendo una prenda curiosa: me lleva a pensar en el amor viril. A pesar de ello, y aunque la encina del sur resplandece todavía, allá en Luisiana, solitaria, en un gran claro, echando hojas felices toda su vida, sin la compañía de un amigo o un amante, yo sé muy bien que no podría.

### **A un desconocido**

¡Desconocido que pasas! No sabes con cuánta pasión te contemplo. Has de ser el que estaba buscando, o la que estaba buscando (me viene como en sueños): yo he vivido, ciertamente, una vida de alegría contigo, en algún lugar; al cruzarnos, fluidos, afectuosos, castos, maduros, lo recuerdo todo: tú creciste conmigo, fuiste niño o niña conmigo; yo comí contigo y dormí contigo, tu cuerpo ha dejado de ser sólo tuyo e impedido que el mío fuera sólo mío, tú me concedes el placer de tus ojos, de tu cara y de tu carne, y, al pasar, me coges, a cambio, de la barba, el pecho y las manos. No he de hablarte; he de pensar en ti cuando me siento a solas, o me despierte por la noche, a solas. He de esperar: no dudo de que volveré a encontrarte. He de procurar no perderte.

## **En este momento, anhelante y pensativo**

En este momento, anhelante y pensativo, sentado a solas  
me parece que hay otros hombres, en otras tierras, anhelantes y pensativos;  
me parece que puedo tender la mirada y verlos en Alemania, Italia, Francia y  
España,  
o lejos, muy lejos, en China, o en Rusia o Japón, hablando otros dialectos;  
y me parece que, si conociera a esos hombres, me sentiría tan unido a ellos como  
a los de mi propia tierra.  
Oh, sé que seríamos hermanos y amantes;  
sé que sería feliz con ellos.

## **Sé que me han acusado**

Sé que me han acusado de querer destruir las instituciones,  
pero la verdad es que no estoy ni a favor ni en contra de las instituciones  
(¿qué tengo yo que ver con ellas, o con su destrucción?).  
Sólo quiero establecer en Mannahatta y en todas las ciudades de estos Estados,  
interiores o costeras,  
y en los campos y bosques, y en todas las embarcaciones, grandes o pequeñas,  
que surquen el agua,  
sin edificios, reglas, administradores ni disputas,  
la institución del amor de los camaradas.

## **Al apartar la hierba de las praderas**

Al apartar la hierba de las praderas, e inspirar su peculiar aroma,  
le exijo correspondencia espiritual,  
exijo el mayor y más íntimo compañerismo entre los hombres,

exijo que broten hojas de palabras, actos y seres:  
las de la atmósfera libre, toscas, bañadas por el sol, frescas, nutricias;  
las que van a su aire, tiasas, con paso desembarazado y resuelto, en cabeza, no a remolque;  
las de audacia indomable, las de carne dulce y lozana, sin mácula;  
las que miran a la cara, sin inmutarse, a los Presidentes y gobernadores, como preguntándoles *¿Quiénes sois vosotros?*;  
las nacidas de la pasión de la tierra, sencillas, nunca reprimidas, nunca obedientes;  
las de la América interior.

### **Cuando pienso en la fama conquistada**

Cuando pienso en la fama conquistada por los héroes y en las victorias de poderosos generales, no envidio a los generales, ni la Presidencia del Presidente, ni la mansión del rico.  
Sin embargo, cuando me hablan de la fraternidad de los amantes, de sus cuitas, del afecto y la fidelidad indeclinables que se han profesado a lo largo de la vida, arrojando peligros y odios, sin mudar, en la juventud y en la madurez y en la vejez, me quedo pensativo y me marcho deprisa, lleno de una negra envidia.

### **Somos dos chicos siempre juntos**

Somos dos chicos siempre juntos:  
uno nunca deja al otro,  
recorremos todos los caminos, hacemos excursiones al Norte y al Sur, disfrutamos de nuestra fuerza, estiramos los brazos, cerramos los puños, armados e intrépidos, comemos, bebemos, dormimos, amamos,

a ninguna ley nos debemos sino a la nuestra, navegamos, ejercemos de soldados,  
robamos, amenazamos,  
asustamos a los avaros, a los sirvientes y a los sacerdotes, respiramos aire,  
bebemos agua, bailamos en la hierba o en la playa,  
asaltamos ciudades, despreciamos las comodidades, nos reímos de las leyes,  
acosamos a los débiles,  
y consumamos nuestra correría.

### **Promesa a California**

Promesa a California,  
o, tierra adentro, a los pastos de las grandes llanuras y, más allá, al estrecho de  
Puget<sup>[214]</sup> y a Oregon:  
me quedaré un poco más en el Este, pero muy pronto viajaré a vosotros, para  
quedarme y enseñaros el robusto amor americano,  
porque sé muy bien que tanto yo como ese robusto amor os pertenecen a  
vosotros, tierras del interior y costas del mar Occidental,  
porque estos Estados tienden al interior y al mar Occidental, y yo también.

### **He aquí mis hojas más frágiles**

He aquí mis hojas más frágiles, que son, sin embargo, las más duraderas.  
A su sombra oculto mis pensamientos. No los enseño,  
pero ellas me revelan mejor que todos mis otros poemas.

## Ni máquina que ahorra trabajo

Ni máquina que ahorra trabajo,  
ni descubrimiento alguno he hecho;  
y no dejaré, tras de mí, un cuantioso legado con el que fundar un hospital o una biblioteca,  
ni el recuerdo de una acción valerosa por América,  
ni éxito literario ni intelectual, ni libros para la estantería,  
sino un puñado de canciones que vibran en el aire,  
para los camaradas y los amantes.

## Un vislumbre

Un vislumbre, atisbado por un resquicio,  
de un grupo de trabajadores y cocheros en una taberna, alrededor de la estufa,  
una noche de invierno, y yo, sentado en un rincón, sin que reparen en mi presencia;  
de un muchacho que me ama y al que amo, que se acerca en silencio y se sienta a mi lado para cogerme la mano;  
y de que pasamos un buen rato oyendo el ir y venir de la gente, los tragos que se dan, los juramentos y las bromas obscenas,  
contentos los dos, felices de estar juntos, hablando poco, acaso nada.

## Una hoja para las manos entrelazadas

Una hoja para las manos entrelazadas;  
¡vosotros, viejos y jóvenes!,  
¡vosotros, en el Misisipí y en todos los afluentes y pantanos del Misisipí!,  
¡vosotros, amables barqueros y artesanos!, ¡vosotros, matones!,

¡vosotros dos, y todos los cortejos que desfilan por las calles!  
Quisiera infundir mi espíritu en vosotros, hasta comprobar que os resulte normal  
ir por la calle cogidos de la mano.

### **Tierra, imagen mía**

Tierra, imagen mía,  
aunque parezcas impasible, amplia y esférica,  
sospecho que ahí no acaba todo;  
sospecho que encierras algo feroz, y que puede estallar,  
porque un atleta se ha enamorado de mí, y yo de él,  
pero yo encierro algo terrible y feroz para él, que puede estallar,  
y que no me atrevo a decir con palabras, ni siquiera en estos cantos.

### **En un sueño soñé**

En un sueño soñé que veía una ciudad a la que los ataques del resto de la tierra  
no podían derrotar,  
y soñé que ésa era la nueva ciudad de los Amigos.  
Nada superaba en ella a la calidad del robusto amor, que capitaneaba al resto.  
Se le vio a todas horas en las acciones de los hombres de esa ciudad,  
y en sus miradas y palabras.

## **¿Para qué creéis que empuño la pluma?**

¿Para qué creéis que empuño la pluma? ¿Para dar cuenta del barco de guerra, perfectamente diseñado, majestuoso, que he visto pasar hoy, junto a la costa, con todas las velas desplegadas?, ¿de los esplendores del pasado?, ¿o del esplendor de la noche que me envuelve?, ¿o de la cacareada gloria y el crecimiento de la gran ciudad que me rodea? No, lo hago, meramente, para dar cuenta de dos hombres sencillos que he visto hoy en el muelle, entre el gentío, diciéndose adiós como lo hacen los amigos que se quieren: uno colgado del cuello del otro, besándolo con pasión, y el que se iba, estrechando al que se quedaba entre sus brazos.

## **A Oriente y a Occidente**

A Oriente y a Occidente,  
al hombre del estado costero y al de Pensilvania,  
al canadiense del norte y al sureño al que adoro,  
estas hojas, con la plena confianza de que os represento como a mí mismo: el germen está en todos los hombres.  
Creo que el principal objetivo de estos Estados es establecer una soberbia amistad, *exalté*, desconocida hasta ahora,  
porque advierto que aguarda, y siempre ha aguardado, latente en todos los hombres.

## **A veces, me lleno de ira con el que amo**

A veces, me lleno de ira con el que amo, por miedo a profesar un amor no correspondido,

pero ahora creo que no hay amor que no sea correspondido: la retribución es segura, de un modo u otro  
(amé a alguien con ardor, y mi amor no fue correspondido, pero gracias a eso he escrito estos cantos).

### **A un chico del oeste**

Te enseñé a absorber muchas cosas, para ayudarte a ser mi élève,  
pero, si una sangre como la mía no te corre por las venas,  
si no te eligen, en silencio, los amantes, y tú no eliges en silencio a los amantes,  
¿de qué sirve que quieras ser mi élève?

### **¡Oh, amor, firmemente anclado y eterno!**

¡Oh, amor, firmemente anclado y eterno!, ¡oh, mujer que amo!,  
¡oh, novia!, ¡oh, esposa! ¡Pensar en vosotras me resulta más irresistible de lo que  
puedo expresar!

Después, separado, incorpóreo o reencarnado,  
etéreo, última realidad atlética, mi consuelo,  
asciendo, floto en las regiones de tu amor, oh, hombre,  
oh, compañero de mi errancia.



## **En una multitud**

En una multitud de hombres y mujeres,  
adviento a alguien que me elige por señas secretas y divinas,  
y que no reconoce a nadie —padres, esposa, marido, hermano, hijo— más  
cercano que yo:  
algunos están desconcertados, pero él no: éste me conoce.  
Ah, amante y perfecto igual,  
quería que me descubrieras así, por vías indirectas;  
y, cuando te encuentre, quiero descubrirte también así.

## **Oh, tú, al que a menudo me acerco en silencio**

Oh, tú, al que a menudo me acerco en silencio, allí donde estés, para estar  
contigo,  
cuando paso a tu lado, o me siento junto a ti, o me quedo en tu misma habitación,  
qué poco te imaginas el fuego, eléctrico y sutil, que has desatado en mi interior.

## **Esa sombra, imagen mía**

Esa sombra, imagen mía, que va de aquí para allá en busca de sustento,  
charlando, bromeando,  
cuántas veces me sorprendo mirándola en sus idas y venidas,  
cuántas veces me pregunto y pongo en duda que sea realmente yo.  
Pero entre mis amantes, y entonando estos cantos,  
oh, nunca dudo de que sea realmente yo.

## Lleno de vida ahora

Lleno de vida ahora, compacto, visible,  
yo, de cuarenta años de edad, en el año octogésimo tercero de los Estados <sup>[215]</sup>,  
a quien viva dentro de un siglo, o dentro de cualquier número de siglos,  
a ti, que no has nacido todavía, a ti te buscan estos cantos.  
Cuando los leas, yo, que fui visible, seré invisible.  
Ahora eres tú, compacto, visible, el que comprende mis poemas, y me busca,  
e imagina lo feliz que serías si estuviera a tu lado y fuera tu camarada;  
sé feliz, como si estuviera a tu lado (y no estés demasiado seguro de que no esté  
ahora contigo).

## *Salut au monde* <sup>[216]</sup>!

### 1

¡Oh, cógeme la mano, Walt Whitman!  
¡Cuántas maravillas desfilan ante nosotros! ¡Qué vistas, qué músicas!  
Cuántos eslabones unidos, interminablemente, cada uno con el anterior,  
cada uno respondiendo a todos, compartiendo la tierra con todos.  
¿Qué se expande dentro de ti, Walt Whitman?  
¿Qué olas y tierras feraces?  
¿Qué climas? ¿Qué personas y ciudades hay aquí?  
¿Quiénes son los niños, algunos de los cuales juegan, otros duermen?  
¿Quiénes son las doncellas? ¿Quiénes las casadas?  
¿Quiénes son estos ancianos que avanzan despacio, en grupo, con los brazos por  
los hombros unos de otros?  
¿Qué ríos son éstos? ¿Qué bosques y frutos son éstos?  
¿Cómo se llaman las montañas que se alzan, altísimas, entre la niebla?  
¿Qué son estas miríadas de casas, llenas de gente?

### 2

Dentro de mí se expande la latitud y se extiende la longitud.

Asia, África y Europa quedan al este; a América se le otorga el oeste.  
Ciñendo la panza de la tierra corre el ecuador ardiente.  
Curiosamente, el norte y el sur forman los extremos del eje.  
Dentro de mí está el día más largo, cuyo sol gira en elipse, sin ponerse durante  
meses;  
y extendido, a su tiempo, dentro de mí, el sol de medianoche asoma por el  
horizonte, para volverse a hundir.  
Dentro de mí, zonas, mares, cataratas, bosques, volcanes y archipiélagos:  
Malasia, Polinesia y las grandes islas de las Indias Occidentales.

### 3

¿Qué oyes, Walt Whitman?

Oigo cantar al trabajador y a la mujer del granjero;  
oigo, a lo lejos, los ruidos de los niños y las bestias al despuntar el día;  
oigo los gritos de los australianos que rivalizan en la persecución de los caballos  
salvajes;  
oigo la danza española, con sus castañuelas, a la sombra del nogal, y el rabel y la  
guitarra;  
oigo los continuos ecos del Támesis;  
oigo los sonoros cantos de libertad de los franceses;  
oigo del batelero italiano el recitativo musical de antiguos poemas;  
oigo a las langostas en Siria caer sobre el grano y la hierba, como lluvia que cayera  
de nubes terribles;  
oigo el estribillo copto caer, melancólicamente, al atardecer, en el pecho de la  
gran madre, el Nilo, negra y venerable;  
oigo el jaleo del mulero mexicano, y las campanillas de la muía;  
oigo la llamada del almuédano árabe desde el minarete de la mezquita;  
oigo a los sacerdotes cristianos en los altares de sus templos; oigo, receptivos, al  
bajo y a la soprano;  
oigo el grito del cosaco, y la voz del marinero que se hace al mar en Ojotsk<sup>[217]</sup>;  
oigo el resuello de la caravana de esclavos y sus tenebrosas cuadrillas, que pasan,  
en filas de dos y tres, encadenados por las muñecas y los tobillos;  
oigo a los hebreos leer sus crónicas y sus salmos;  
oigo los rítmicos mitos de los griegos y las poderosas leyendas de los romanos;  
oigo el relato de la vida y la pasión del hermoso Dios, el Cristo;  
oigo al hindú enseñar a su discípulo predilecto los amoríos, conflictos y máximas  
de poetas que escribieron hace tres mil años, transmitidos fielmente hasta hoy.

¿Qué ves, Walt Whitman?

¿Quiénes son éstos a los que saludas, y que, uno tras otro, te saludan a ti?

Veo una maravilla, esférica y enorme, rodar por el espacio;

veo granjas diminutas, aldehuelas, ruinas, cementerios, cárceles, fábricas, palacios, casuchas, chozas de bárbaros, tiendas de nómadas en la superficie; veo, a un lado, la parte en sombra en la que duermen los durmientes y, al otro, la parte iluminada;

veo la rápida y singular permuta de la luz y la sombra;

veo tierras lejanas, tan reales y próximas para sus habitantes como la mía lo es para mí.

Veo aguas caudalosas;

veo cumbres montañosas; veo, en su emplazamiento, la cordillera de los Andes;

veo con claridad el Himalaya, el Changsha, el Altái, el Gatas<sup>[218]</sup>;

veo los gigantescos pináculos de Elbrus, Kazbek, Bazardüzü<sup>[219]</sup>;

veo los Alpes estirios y los Alpes de Carnac<sup>[220]</sup>;

veo los Pirineos, los Balcanes, los Cárpatos y, hacia el norte, los Dofrafields<sup>[221]</sup>, y, en el mar, el monte Hekla<sup>[222]</sup>;

veo el Vesuvio y el Etna, las montañas de la Luna<sup>[223]</sup> y las montañas Rojas de Madagascar<sup>[224]</sup>;

veo los desiertos de Libia, Arabia y Asia;

veo los inmensos y pavorosos icebergs árticos y antárticos;

veo los océanos superiores e inferiores, el Atlántico y el Pacífico, el mar de México, el mar del Brasil y el mar de Perú,

las aguas del Indostán, el mar de China y el golfo de Guinea,

las aguas del Japón, la hermosa bahía de Nagasaki, enclavada entre montañas,

la extensión del Báltico, el Caspio, Botnia<sup>[225]</sup>, las costas británicas y el golfo de Vizcaya,

el límpido Mediterráneo, bañado por el sol, y de una a otra de sus islas,

el mar Blanco<sup>[226]</sup> y el mar que circunda Groenlandia.

Contemplo a los marineros del mundo:

algunos afrontan tormentas; otros se mantienen vigilantes, por la noche;

otros van, sin remedio, a la deriva; otros padecen enfermedades contagiosas.

Contemplo los veleros y vapores del mundo, algunos apiñados en el puerto, otros navegando;

algunos doblan el cabo de las Tormentas<sup>[227]</sup>; otros, la península de Cabo Verde<sup>[228]</sup>; otros, los cabos Guardafui<sup>[229]</sup>, Bon<sup>[230]</sup> o Bojador<sup>[231]</sup>;

otros, la punta de Dondra<sup>[232]</sup>; otros cruzan el estrecho de la Sonda<sup>[233]</sup>; otros, el cabo Lopatka<sup>[234]</sup>; otros, el estrecho de Bering;  
otros, el cabo de Hornos; otros surcan el golfo de México o recorren las costas de Cuba o Haití; otros, la bahía de Hudson o la bahía de Baffin<sup>[235]</sup>;  
otros pasan por el estrecho de Dover; otros entran en el de Wash<sup>[236]</sup>; otros, en el fiordo de Solway<sup>[237]</sup>; otros rodean el cabo Clear<sup>[238]</sup>; otros, el de Finisterre;  
otros cruzan el Zuiderzee<sup>[239]</sup> o el Escalda<sup>[240]</sup>;  
otros van y vienen por Gibraltar o los Dardanelos<sup>[241]</sup>;  
otros se abren paso laboriosamente por entre las masas de hielo del norte;  
otros remontan o descienden el Obi o el Lena<sup>[242]</sup>;  
otros, el Niger o el Congo; otros, el Indo, el Brahamaputra y el Mekong<sup>[243]</sup>;  
otros esperan, con las calderas encendidas, listos para zarpar en los puertos de Australia,  
esperan en Liverpool, Glasgow, Dublin, Marsella, Lisboa, Nápoles, Hamburgo, Bremen, Burdeos, La Haya, Copenhague,  
esperan en Valparaíso, Río de Janeiro, Panamá.

## 5

Veo los raíles de las vías férreas de la Tierra,  
los veo en Gran Bretaña, los veo en Europa,  
los veo en Asia y en África.  
Veo los telégrafos eléctricos de la tierra,  
veo los filamentos por los que circulan las noticias de las guerras, las muertes, lo perdido y lo ganado, y las pasiones de mi raza.  
Veo los largos cursos fluviales de la Tierra,  
veo el Amazonas y el Paraguay,  
veo los cuatro grandes ríos de China: el Amur, el río Amarillo, el Yang-Tsé y el Perla,  
veo por donde discurre el Sena, y por donde discurren el Danubio, el Loira, el Ródano y el Guadalquivir,  
veo los meandros del Volga, el Dniéper, el Oder,  
veo al toscano descender por el Arno, y al veneciano por el Po,  
veo al marinero griego salir de la bahía de Egina<sup>[244]</sup>.

## 6

Veo el emplazamiento del antiguo imperio de Asiria, y el de Persia, y el de la India;  
veo caer al Ganges desde el alto reborde de Sankara<sup>[245]</sup>.

Veo el lugar donde la idea de la Deidad se encarnó, por avatares, en formas humanas;  
veo los puntos en los que se sucedieron los sacerdotes de la Tierra, los oráculos, los que ofician los sacrificios, los brahmanes, los sabeos<sup>[246]</sup>, los lamas, los monjes, los muftís<sup>[247]</sup>, los predicadores;  
veo por donde paseaban los druidas en las arboledas de Mona<sup>[248]</sup>, veo el muérdago y la verbena;  
veo los templos de las muertes de los cuerpos de los dioses; veo los símbolos antiguos.  
Veo a Cristo comer el pan de la última cena, rodeado por jóvenes y viejos;  
veo donde aquel fuerte y divino joven, Hércules, trabajó con lealtad durante mucho tiempo, para morir después;  
veo el lugar en el que se desarrollaron la vida opulenta e inocente y el sino desventurado del hijo nocturno y hermoso, Baco, el de miembros armoniosos;  
veo a Kneph<sup>[249]</sup>, juvenil, ataviado de azul y coronado de plumas;  
veo a Hermes<sup>[250]</sup>, sin tacha, moribundo y bienamado, decir al pueblo: *No lloréis por mí, ésta no es mi verdadera patria; he vivido desterrado de mi patria verdadera, y ahora vuelvo a ella, vuelvo a la esfera celestial a la que todo el mundo ha de ir*<sup>[251]</sup>.

## 7

Veo los campos de batalla de la Tierra: en ellos crecen la hierba, las flores y el maíz;  
veo las huellas de expediciones antiguas y modernas.  
Veo mamposterías sin nombre, mensajes venerables de acontecimientos, héroes y crónicas terrenales desconocidos.  
Veo los escenarios de las sagas;  
veo pinos y abetos arrancados por las ráfagas del norte;  
veo peñascos y acantilados de granito; veo prados verdes y lagos,  
veo los enterramientos de los guerreros escandinavos;  
veo sus piedras erguirse a la orilla de océanos infatigables, para que las almas de los muertos, cuando se cansen de la quietud de sus tumbas, puedan levantarse y, desde el sepulcro, contemplar el oleaje inquieto, y renovarse con las tormentas, la inmensidad, la libertad y la acción.  
Veo las estepas de Asia;  
veo los túmulos de Mongolia; veo las tiendas de los calmucos y los basquires<sup>[252]</sup>;  
veo las tribus nómadas y sus rebaños de bueyes y vacas;

veo las mesetas melladas por barrancos; veo las junglas y desiertos;  
veo el camello, el caballo salvaje, la avutarda, la oveja de cola gorda, el antílope y  
el lobo que se amadriga.

Veo los altiplanos de Abisinia;

veo rebaños de cabras paciendo, y veo la higuera, el tamarindo, el datilero,  
y veo campos de tef<sup>[253]</sup> y manchas de verdor y oro.

Veo al vaquero brasileño;

veo al boliviano que sube al monte Sorata<sup>[254]</sup>;

veo al gaucho<sup>[255]</sup> que cruza las llanuras; veo al jinete incomparable empuñar el  
lazo,

veo perseguir en las pampas al ganado salvaje, por sus pieles.

## 8

Veo las regiones de nieve y hielo,

veo al samoyedo<sup>[256]</sup>, de ojos penetrantes, y al finlandés,

veo al cazador de focas enarbolando la lanza en el bote,

veo al siberiano en el trineo liviano tirado por perros,

veo a los cazadores de marsopas, veo las tripulaciones balleneras del sur del  
Pacífico y del norte del Atlántico,

veo los acantilados, los glaciares, los torrentes y los valles de Suiza; advierto los  
largos inviernos y el aislamiento.

Veo las ciudades de la Tierra y me constituyo, al azar, en parte de ellas,  
soy un parisiense de verdad,

soy un habitante de Viena, San Petersburgo, Berlín, Constantinopla,

soy de Adelaida, Sidney, Melbourne,

soy de Londres, Mánchester, Bristol, Edimburgo, Limerick,

soy de Madrid, Cádiz, Barcelona, Oporto, Lyon, Bruselas, Berna, Frankfurt,  
Stuttgart, Turin, Florencia,

mi lugar está en Moscú, Cracovia, Varsovia, o, hacia el norte, en Cristianía<sup>[257]</sup> o

Estocolmo, o en la Irkutsk<sup>[258]</sup> siberiana, o en alguna calle de Islandia:

me poso en todas estas ciudades, y prosigo mi vuelo.

## 10<sup>[259]</sup>

Veo los vapores que exhalan los países inexplorados,

veo a tipos salvajes, el arco y la flecha, la varilla envenenada, el fetiche y el obi.

Veo pueblos africanos y asiáticos,

veo Argel, Trípoli, Derna<sup>[260]</sup>, Mogador<sup>[261]</sup>, Tombuctú, Monrovia,

veo los enjambres de Pekín, Cantón, Benarés, Delhi, Calcuta, Tokio,  
veo al kru<sup>[262]</sup> en su choza, y al dahomeyano<sup>[263]</sup> y al asante<sup>[264]</sup> en las suyas,  
veo al turco fumar opio en Alepo,  
veo las pintorescas multitudes de las ferias de Kiva<sup>[265]</sup> y de Herat<sup>[266]</sup>,  
veo Teherán, veo Máscate y Medina y las arenas que las separan, veo las  
caravanas que avanzan trabajosamente,  
veo Egipto y a los egipcios, veo las pirámides y obeliscos,  
contemplo las historias cinceladas, las crónicas de los reyes conquistadores, las  
dinastías, grabadas en losas de arenisca o en bloques de granito,  
veo en Menfis las necrópolis que contienen momias embalsamadas, en sudarios  
de lino, y que descansan allí desde hace siglos,  
contemplo al tebano caído, con ojos como bolas, el cuello ladeado y las manos  
cruzadas sobre el pecho.  
Veo trabajar a todos los siervos de la Tierra,  
veo a todos los presos de las cárceles,  
veo todos los cuerpos humanos defectuosos de la Tierra:  
al ciego, al sordomudo, a los idiotas, jorobados y lunáticos,  
a los piratas, a los ladrones, a los traidores, a los asesinos y a los negreros de la  
Tierra,  
a los niños desvalidos, y a los viejos y viejas desvalidos.  
Veo varones y hembras por todas partes,  
veo la serena fraternidad de los filósofos,  
veo la constructividad de mi raza,  
veo los resultados de la perseverancia y la industria de mi raza,  
veo rangos, banderas, barbaries, civilizaciones, me sumo a ellos, me mezclo  
y saludo a todos los habitantes de la Tierra.

## 11

¡Tú, quienquiera que seas!  
¡Tú, hija o hijo de Inglaterra!  
¡Tú, miembro de las poderosas tribus e imperios esclavos! ¡tú, ruso de Rusia!  
¡Tú, africano de ascendencia incierta, negro de alma divina, fornido, de hermosa  
cabeza, formas nobles y soberbio destino, mi igual!  
¡Tú, noruego!, ¡sueco!, ¡danés!, ¡islandés!, ¡tú, prusiano!  
¡Tú, español de España!, ¡tú, portugués!  
¡Vosotros, francés y francesa de Francia!  
¡Tú, belga!, ¡tú, amante de la libertad de Holanda! (y linaje del que desciendo)



¡Tú, austríaco vigoroso!, ¡tú, lombardo!, ¡huno!, ¡bohemio!, ¡campesino de Estiria<sup>[267]</sup>!

¡Tú, vecino del Danubio!

¡Tú, obrero del Rin, del Elba o del Weser<sup>[268]</sup>!, ¡también tú, obrera!

¡Tú, sardo!, ¡tú, bávaro!, ¡suabo!, ¡sajón!, ¡valaco<sup>[269]</sup>!, ¡búlgaro!

¡Tú, romano!, ¡napolitano!, ¡tú, griego!

¡Tú, diestro matador en la arena sevillana!

¡Tú, montañés que vives sin ley en el Tauro<sup>[270]</sup> o el Cáucaso!

¡Tú, pastor de caballos de Bujará<sup>[271]</sup>, que vigilas a tus yeguas y sementales cuando pacen!

¡Tú, persa de hermoso cuerpo, que tiras al blanco con tu arco, a lomos de un velocísimo corcel!

¡Vosotros, chino y china de China!, ¡tú, tártaro de Tartaria!

¡Vosotras, mujeres de la Tierra, subordinadas a vuestras labores!

¡Tú, judío, que viajas, anciano ya, arrostrando todos los peligros, para posar tus plantas en suelo sirio!

¡Vosotros, los demás judíos, a la espera, en todas las naciones, de vuestro Mesías!

¡Tú, armenio pensativo, que meditas junto a un afluyente del Eufrates!, ¡tú que miras por entre las ruinas de Nínive!, ¡tú que escalas el monte Ararat!

¡Tú, peregrino exhausto, que saludas el lejano resplandor de los minaretes de La Meca!

¡Vosotros, jeques que gobernáis a vuestras familias y tribus desde Suez a Bab el-Mandeb<sup>[272]</sup>!

¡Tú, olivarero que velas por tus frutos en los campos de Nazaret, Damasco o el lago Tiberíades!

¡Tú, mercader del Tibet en las vastedades interiores o regateando en las tiendas de Lasa!

¡Tú, japonés o japonesa!, ¡tú, morador de Madagascar, Ceilán, Sumatra, Borneo!

¡Y vosotros, habitantes de cualquier lugar de Asia, África, Europa, Australia!

¡Y vosotros, en las innumerables islas de los archipiélagos del mar!

¡Y vosotros, en los siglos venideros, cuando me escuchéis!

¡Y vosotros, todos, en todas partes, a los que no he mencionado, pero que igualmente incluyo aquí!

¡Salud para todos! ¡Y los mejores deseos, de mi parte y de parte de América!

Cada uno, inevitable,

cada uno, ilimitado —cada uno o una, por derecho propio en la Tierra—,

cada uno, partícipe de los eternos designios de la Tierra,

cada uno, tan divino aquí como cualquier otro.

## 12

¡Tú, hotentote que chasqueas la lengua contra el paladar<sup>[273]</sup>! ¡Vosotros, hordas de pelo ensortijado!  
¡Vosotros, los que tenéis amo, que derramáis gotas de sudor o de sangre!  
¡Vosotros, formas humanas con el porte insondable y siempre majestuoso de las bestias!  
¡Tú, pobre kubu<sup>[274]</sup>, al que los más abyectos miran con desprecio, pese al brillo de tu lenguaje y a tu espiritualidad!  
¡Tú, empequeñecido kamchatkiano<sup>[275]</sup>, groenlandés y lapón!  
¡Tú, negro austral, desnudo, rojizo, tizado de hollín, de labios prominentes, que te arrastras en busca de alimento!  
¡Tú, cafre, bereber, sudanés!  
¡Tú, beduino demacrado, grosero, inculto!  
¡Vosotros, enjambres de apestados en Madrás, Nankín, Kabul, El Cairo!  
¡Tú, vagabundo ignorante de la Amazonia!, ¡tú, patagón!, ¡tú, fiyiano!  
No prefiero a los demás antes que a vosotros.  
Ni una sola palabra digo contra vosotros, dondequiera que estéis, lejos.  
(Ya vendréis a mí, en su momento).

## 13

Mi espíritu ha recorrido, compasivo y determinado, el mundo entero.  
He buscado a iguales y amantes, y los he encontrado a mi disposición en todas partes.  
Creo que una afinidad divina me ha equiparado a ellos.  
Creo, vapores, que me he elevado con vosotros, que me he desplazado hasta continentes remotos, y que he caído en ellos, por alguna razón.  
Creo que he soplado con vosotros, vientos.  
Y con vosotras, aguas, he tocado todas las orillas.  
He atravesado lo que han atravesado los ríos o estrechos del globo.  
Me he plantado en las bases de las penínsulas y en los peñascos más altos y encajados, para gritar desde allí:  
*Salut au monde!*  
Penetro en cualesquiera ciudades en las que penetren la luz o el calor.  
Me dirijo a todas las islas a las que se dirijan los pájaros.  
Hacia todos vosotros, en nombre de América,  
alzo, perpendicular, la mano, y hago la señal,  
que será eternamente visible, aun cuando me haya ido,

para todos los escondrijos y hogares de los hombres.

## **Canto del camino abierto**

### **1**

A pie y alegre, salgo al camino abierto,  
con salud, libertad y el mundo por delante,  
y una larga senda parda ante mí, que me conducirá a donde quiera.  
A partir de hoy, ya no llamaré a la buena suerte: yo soy la buena suerte;  
a partir de hoy, ya no habrá lamentos, ni pospondré nada, ni necesitaré nada.  
Se han terminado las lamentaciones domésticas, las bibliotecas y las críticas  
quejumbrosas.  
Con vigor, y satisfecho, recorro el camino abierto.  
La Tierra: eso basta.  
No quiero que las constelaciones se acerquen.  
Sé que están muy bien donde están.  
Sé que bastan a quienes las habitan.  
(Aún cargo, empero, con mis viejos y deliciosos fardos.  
Llevo a hombres y mujeres: los llevo conmigo a dondequiera que vaya,  
y juro que me es imposible desprenderme de ellos.  
Estoy lleno de ellos, y, a mi vez, yo los llenaré a ellos).

### **2**

Camino al que me incorporo, y a cuyo alrededor miro: creo que tú no eres lo  
único que hay aquí;  
creo que aquí se ocultan muchas cosas.  
Aquí, la profunda lección de ser acogido, sin preferencias ni rechazos:  
no se rechaza al negro de pelo ensortijado, ni al criminal, ni al enfermo, ni al  
analfabeto;  
el parto, el correr tras el médico, el vagar del mendigo, el tambalearse del  
borracho, las risotadas de los artesanos,

el adolescente que se ha escapado de casa, el carruaje del rico, el mequetrefe, la pareja huida,  
el vendedor que madruga, la carroza fúnebre, el traslado de muebles a la ciudad,  
la vuelta de la ciudad:  
todos pasan, y yo también paso; a nada ni nadie se le prohíbe;  
todos son aceptados, todos me serán queridos.

### 3

¡Tú, aire que me brindas el aliento con que hablo!  
¡Vosotros, objetos que dais forma a mis significados e impedís que se disgreguen!  
¡Tú, luz que nos envuelves, a mí y a todas las cosas, con lluvia delicada y equitativa!  
¡Vosotros, senderos practicados en las irregulares depresiones al borde de los caminos!  
Creo que en vosotros laten vidas ocultas, y me sois tan queridos.  
¡Vosotras, calles empedradas de las ciudades! ¡Vosotros, bordillos rotundos de las aceras!  
¡Vosotros, transbordadores! ¡Vosotros, tablas y postes de los muelles! ¡Vosotros, flancos revestidos de madera! ¡Vosotros, barcos lejanos!  
¡Vosotras, filas de casas! ¡Vosotras, fachadas agujereadas por ventanas!  
¡Vosotros, tejados!  
¡Vosotros, soportales y entradas! ¡Vosotras, albardillas y barandillas de hierro!  
¡Vosotras, ventanas cuyo transparente corazón revela tantas cosas!  
¡Vosotros, puertas y escalinatas! ¡Vosotras, arcadas!  
¡Vosotras, piedras grises de interminables pavimentos! ¡Vosotros, transitados cruces de caminos!  
Creo que os habéis quedado con algo de lo que os ha tocado, y que ahora queréis comunicármelo en secreto.  
De vivos y muertos habéis poblado vuestras impasibles superficies, y sus almas quieren manifestarse y mostrármeme amables.

### 4

La tierra se expande a derecha e izquierda,  
el cuadro viviente: cada rincón con sus mejores luces,  
la música que suena donde se desea, y que cesa donde no,  
la voz alegre del camino público, el sentimiento fresco y gozoso del camino.  
Oh, camino real que recorro, ¿acaso me dices *No me dejes?*

¿Dices *No te arriesgues: si me dejas, estás perdido?*

¿Dices *Ya estoy preparado: me han golpeado bien, y nadie me niega; adhiérete a mí?*

Y yo te contesto, oh, camino público, que no me asusta dejarte, aunque te quiera. Tú me expresas mejor que yo mismo.

Significarás más para mí que mi poema.

Creo que todas las heroicidades se concibieron al aire libre, igual que todos los poemas libres.

Creo que podría pararme aquí mismo y obrar milagros.

Creo que me gustará todo con lo que me cruce en el camino, y que yo gustaré a todos los que me vean.

Creo que todos los que vea serán felices.

## 5

Desde este instante, me declaro exonerado de límites y líneas imaginarias:

iré a donde me plazca, dueño y señor absoluto de mí,

escucharé a los demás, consideraré bien lo que digan,

me detendré, investigaré, recibiré, contemplaré,

me desprenderé, sin violencia, pero con voluntad indoblegable, de las ataduras que me sujeten.

Aspiro el espacio a bocanadas:

el este y el oeste son míos, y el norte y el sur son míos.

Soy mayor y mejor de lo que pensaba.

No sabía que contuviese tanta bondad.

Todo me parece hermoso.

Puedo repetir a hombres y mujeres una y otra vez: Me habéis hecho tanto bien, que quiero corresponderos;

me reaprovisionaré sobre la marcha, para mí y para vosotros;

me diseminaré sobre la marcha entre hombres y mujeres;

les infundiré una nueva alegría y una nueva aspereza.

Quien me niegue, no me perturbará;

quien me acepte, hombre o mujer, será bendecido y me bendecirá.

## 6

Si ahora apareciesen mil hombres perfectos, no me sorprendería;

si ahora apareciesen mil formas bellas de mujer, no me asombraría.

Ahora comprendo el secreto con el que se hacen las mejores personas:

crecer al aire libre y comer y dormir con la tierra.

Aquí hay lugar para una gran acción personal

(tal acción hinche los corazones de toda la raza humana:

su efusión de fuerza y de voluntad desborda la ley, y se burla de toda autoridad y de todo argumento que se le oponga).

He aquí la prueba de la sabiduría.

La sabiduría no se pone a prueba en las escuelas.

La sabiduría no se transmite de uno que la posea a otro que no la posea.

La sabiduría es del alma, y no es susceptible de demostración: ella es su propia demostración;

se aplica a todos los estados y objetos y cualidades, y se da por satisfecha;

es la certeza de la realidad e inmortalidad de las cosas, y la excelencia de las cosas;

hay algo en el espectáculo ingrátido de las cosas que la incita a salir del alma.

Vuelvo a examinar, ahora, filosofías y religiones.

Pueden funcionar en las salas de conferencias, pero no bajo las nubes espaciosas, o en el paisaje, o en los ríos que corren.

He aquí la comprensión.

He aquí al hombre en armonía: aquí comprende lo que hay en su interior,

el pasado, el futuro, la majestad, el amor —si tú faltas en ellos, ellos faltan en ti.

Sólo el meollo de las cosas nutre;

¿dónde está el que quita la cáscara por nosotros?,

¿dónde está el que desbarata estratagemas y envolturas por nosotros?

He aquí la adhesividad: no se ha forjado previamente; es oportuna.

¿Sabes lo que es que te amen los desconocidos al pasar?

¿Sabes lo que dicen esos ojos que se giran?

## 7

He aquí el eflujo del alma.

El eflujo del alma proviene del interior: atraviesa portales frondosos y siempre suscita preguntas.

¿Por qué este anhelo? ¿Por qué estos pensamientos entre tinieblas?

¿Por qué hay hombres y mujeres cuya proximidad hace que la luz del sol expanda mi sangre?

¿Por qué, cuando me dejan, decaen y languidecen los estandartes de mi alegría?

¿Por qué hay árboles bajo cuya sombra no puedo pasar sin que grandes y armoniosos pensamientos desciendan sobre mí?

(Creo que cuelgan de sus ramas en invierno y en verano, y caen siempre como frutos a mi paso).

¿Qué es lo que intercambio tan de repente con desconocidos?

¿Y con el cochero, cuando voy en el pescante, a su lado?

¿Y con el pescador que tira de su jábega por la playa, cuando paso por allí y me paro a observarlo?

¿Qué hace que me entregue libremente a la buena voluntad de una mujer y un hombre? ¿Y qué los hace a ellos entregarse libremente a la mía?

## 8

El eflujo del alma es la felicidad. He aquí la felicidad.

Creo que impregna el aire, en constante espera.

Se vierte ahora en nosotros: estamos cargados, como debe ser.

Aquí emerge la fluida adherencia.

La fluida adherencia es el frescor y la dulzura del hombre y la mujer.

(Las hierbas mañaneras no brotan todos los días con mayor frescor y lozanía de sus raíces, de lo que brota ella continuamente de sí misma).

Hacia la fluida adherencia exuda el sudor de la pasión de los jóvenes y los viejos.

De ella destila el encanto que se burla de la belleza y las dotes.

Hacia ella se eleva el estremecedor, el doloroso anhelo del contacto.

## 9

*Allons*<sup>[276]</sup>! Seas quien seas, ¡viaja conmigo!

Si viajas conmigo, encontrarás lo que nunca cansa.

La Tierra nunca cansa.

La Tierra es basta, silenciosa, incomprensible al principio; la Naturaleza es basta e incomprensible al principio.

No te desanimes, persevera: hay cosas divinas ocultas.

Te juro que faltan palabras para describir la belleza de las cosas divinas.

*Allons!* No debemos pararnos aquí.

Por tentadoras que sean las provisiones almacenadas y por cómodo que resulte el alojamiento, no podemos quedarnos aquí;

por resguardado que esté el puerto y por tranquilas que sean estas aguas, no podemos echar aquí el ancla;

por bienvenida que sea la hospitalidad que nos rodea, sólo nos está permitido disfrutar un rato de ella.

## 10

*Allons!* Habrá alicientes mayores:

surcaremos mares indómitos, sin rumbo;

nos dirigiremos a donde sople el viento, y rompan las olas, y el clíper yanqui navegue a todo trapo.

*Allons!* con energía, libertad, la tierra, los elementos, salud, desafío, alegría, amor propio, curiosidad.

*Allons!* Lejos de toda *formule*<sup>[277]</sup>!

De todas vuestras fórmulas, oh, sacerdotes materialistas con ojos de murciélago. El cadáver putrefacto obstruye el paso: enterrarlo es urgente.

*Allons!* ¡Pero os advierto!

El que viaje conmigo ha de tener la mejor sangre, músculos fuertes, resistencia.

Nadie, hombre ni mujer, puede someterse a la prueba si carece de salud o de valor.

No vengáis si ya habéis dado lo mejor de vosotros.

Sólo pueden acompañarme los que posean un cuerpo hermoso y decidido.

Aquí no se admiten enfermos, bebedores de ron ni a quienes sufran taras venéreas.

(Ni yo ni los míos convencemos con argumentos, símiles o rimas: convencemos con nuestra presencia).

## 11

¡Escucha! Te seré franco.

No te ofrezco los viejos premios, tan fáciles de conseguir, sino otros nuevos, más arduos:

los días que te han de suceder.

No acumularás eso que llaman riquezas;

repartirás con mano pródiga todo lo que ganes o consigas;

en cuanto llegues a la ciudad a la que estabas destinado, apenas hayas obtenido un acomodo satisfactorio, te sentirás impelido por un irresistible deseo de partir.

Los que dejes atrás te dirigirán sonrisas irónicas y se burlarán de ti.

A los reclamos de amor que recibas sólo has de responder con apasionados besos de despedida.

No permitirás que te retengan los que tienden las manos hacia ti.



## 12

*Allons!* ¡Tras los grandes Compañeros, y a sumarse a ellos!

Van también por el camino: hombres raudos y majestuosos, y las más grandes mujeres.

Gozan de los mares en calma y de los mares tempestuosos,  
son marineros de muchos barcos, caminantes de muchas millas,  
habituados a países lejanos, habituados a moradas remotas,  
confían en los hombres y las mujeres, observan ciudades, son trabajadores solitarios,  
se paran a contemplar matas, flores, conchas de la playa,  
bailan en los festejos nupciales, besan a las novias, ayudan con ternura a los niños, los llevan en su seno,  
son soldados en las revueltas, hombres junto a tumbas abiertas, o que depositan los ataúdes en ellas,  
viajan en todas las estaciones, consecutivas, a lo largo de los años, los curiosos años, cada uno de los cuales emerge del anterior,  
viajan como si llevaran compañeros, a saber, sus propias y diversas fases,  
avanzan desde los latentes e irrealizados días de la infancia,  
viajan con la alegría de la juventud, viajan con barbada y bien cuajada hombría,  
viajan con su feminidad, amplia, insuperada, satisfecha,  
viajan con la sublime vejez de la hombría y la feminidad,  
vejez serena, expandida, ancha con la desafiante anchura del universo,  
vejez que fluye libremente con la cercana y deliciosa libertad de la muerte.

## 13

*Allons!* hacia lo que no tiene fin, ni tuvo principio,

a sufrir mucho, caminatas de día, descansos de noche,

a que todo confluya en el viaje al que tiende, y en los días y las noches a los que tienden,

y a que confluya de nuevo al emprender viajes superiores,

a no ver nada, en ninguna parte, que no se pueda alcanzar y superar,

ni concebir tiempo alguno, por lejano que sea, que no se pueda alcanzar y superar,

a no mirar camino alguno, arriba o abajo, salvo el que se extienda ante ti, y te espere, por largo que sea, pero que se extienda ante ti, y te espere,

a no ver a ningún ser, ni a Dios ni a otro, sin encaminarte a él,

a no ver posesión alguna que no puedas poseer, y a disfrutar de todo sin trabajo ni dispendio, apropiándote del festín sin sustraerle ni una migaja,  
a hacerte con lo mejor de la granja del granjero y de la elegante villa del millonario, y de la casta ventura del matrimonio dichoso, y de los frutos de los huertos y las flores de los jardines,  
a hacerte, para tu beneficio, con lo que contengan las compactas ciudades por las que pases,  
y a llevar, después, edificios y calles contigo a dondequiera que vayas,  
y a extraer los pensamientos de los cerebros de los hombres cuando los encuentres, a extraer el amor de su corazón,  
y a atraer al camino, contigo, a tus amantes, aunque los dejes atrás,  
y a concebir al universo como un camino, como muchos caminos, como caminos para almas viajeras.

Todo se aparta para que avancen las almas.

Todas las religiones, todas las cosas sólidas, las artes y gobiernos, todo lo aparente que ha habido o que hay en este globo, o en cualquier globo, se mete en nichos y recovecos ante la procesión de almas que recorre los grandes caminos del universo.

Del avance de las almas de los hombres y las mujeres por los grandes caminos del universo, todo otro avance es emblema y sostén necesario.

Siempre vivas, siempre adelante,

augustas, solemnes, tristes, retraídas, desconcertadas, frenéticas, turbulentas, débiles, insatisfechas,

desesperadas, orgullosas, proclives, enfermas, aceptadas por los hombres, rechazadas por los hombres,

¡se van!, ¡se van! Sé que se van, pero ignoro a dónde;

sí sé que se van a un lugar mejor, a algo grande.

¡Quienquiera que seas, adelante! ¡Hombre o mujer, adelante!

No te quedes durmiendo u holgazaneando en casa, aunque la hayas construido, o aunque haya sido construida para ti.

¡Sal de tu oscuro confinamiento! ¡Sal de donde te ocultas!

Es inútil protestar: lo sé todo, y lo expongo.

Mira en tu interior, tan malo como el de los demás,

en las risas, el baile, el almuerzo y la cena de la gente,

dentro de la ropa y los adornos, dentro de esos rostros aseados, acicalados,

y verás un odio y una desesperación silenciosos, secretos.

En ningún marido, en ninguna esposa, en ningún amigo, confiamos para que oiga nuestra confesión.

Otro yo, nuestro doble, se esconde, acecha sin ser visto,

informe y mudo en las calles de las ciudades, educado y galante en los salones,  
en los vagones de tren, en los barcos de vapor, en las asambleas públicas,  
en los hogares de los hombres y mujeres, a la mesa, en el dormitorio, en todas  
partes,  
elegante y sonriente, muy tieso, con la muerte debajo del esternón y el infierno  
en el cráneo,  
bajo el velarte y los guantes, bajo las cintas y las flores artificiales,  
respetando las costumbres, sin hablar en absoluto de sí mismo,  
hablando de todo, menos de sí mismo.

## 14

*Allons!* ¡Por refriegas y guerras!

El objetivo designado no puede ser revocado.

¿Han tenido éxito las luchas del pasado?

¿Qué ha tenido éxito? ¿Tú? ¿Tu país? ¿La Naturaleza?

Pero entiéndeme bien: está en la esencia de las cosas que de la consecución del  
éxito, sea cual sea, surja siempre algo que haga necesaria una lucha mayor.

Mi llamada es la llamada a la batalla: yo fomento la rebelión activa.

El que vaya conmigo ha de ir bien armado.

El que vaya conmigo habrá de soportar, a menudo, una dieta frugal, pobreza,  
enemigos airados, deserciones.

## 15

*Allons!* El camino se abre ante nosotros.

Es seguro —lo he probado; mis pies lo han probado—, ¡no te detengas!

¡Que la cuartilla quede virgen en el escritorio, y el libro en el estante, sin abrir!

¡Que las herramientas se queden en el taller! ¡Que el dinero no se gane!

¡Que la escuela siga donde está! ¡No hagas caso de las protestas del maestro!

¡Que el predicador predique en el púlpito! ¡Que el abogado pleitee en los  
tribunales, y que el juez exponga la ley!

¡*Camerado*, te doy la mano!

Te doy mi amor, máspreciado que el dinero;

te doy mi ser, antes que el sermón o la ley.

¿Me darás tu ser? ¿Harás este viaje conmigo?

¿Estaremos juntos mientras vivamos?

## En el transbordador de Brooklyn

### 1

¡Pleamar a mis pies! ¡Te veo cara a cara!

Nubes del oeste —sólo queda media hora de sol—, también a vosotras os veo cara a cara.

¡Multitudes de hombres y mujeres, vestidos como de costumbre, qué curiosos me resultáis!

Los cientos y cientos de personas que cruzan en los transbordadores, de vuelta a casa, me resultan más curiosas de lo que suponéis.

Y vosotros, los que cruzaréis de una costa a otra dentro de muchos años, significáis más para mí, y estáis más presentes en mis pensamientos, de lo que podáis suponer.

### 2

El impalpable sustento que obtengo de todo a todas las horas del día, el plan sencillo, compacto, bien articulado, en el que yo no estoy integrado, en el que nadie está integrado, aunque formemos parte del plan,

las semejanzas del pasado y las del futuro,

las glorias enhebradas como cuentas en las cosas más insignificantes que veo y oigo al pasear por la calle o cruzar el río,

la rapidísima corriente, que me arrastra mar adentro,

los que vayan a seguirme, los vínculos que me unen a ellos,

la certeza de los otros, la vida, el amor, la vista y el oído de los otros.

Otros embarcarán en el transbordador y cruzarán de una orilla a otra;

otros verán subir la marea;

otros contemplarán la actividad de los barcos al norte y al oeste de Manhattan, y las alturas de Brooklyn al sur y al este;

otros verán las islas, grandes y pequeñas.

Dentro de cincuenta años, otros los verán cruzar, cuando sólo quede media hora de sol;

dentro de cien años, o de muchos cientos de años, otros los verán,

disfrutarán de la puesta de sol, de la pleamar que vierte las aguas en la costa, y de la bajamar que las devuelve al océano.

El tiempo y el lugar no importan; la distancia no importa.  
Estoy con vosotros, hombres y mujeres de una o muchas generaciones futuras.  
Igual que os sentís al mirar el río o el cielo, así me he sentido yo;  
igual que cualquiera de vosotros forma parte de la multitud, yo también he  
formado parte de la multitud;  
igual que os vivifican la alegría del río y el fulgor de la corriente, a mí también me  
han vivificado;  
igual que os apoyáis en la barandilla y os quedáis quietos, pero os lleva la  
corriente poderosa, yo también me he apoyado y dejado llevar;  
igual que contempláis los innumerables mástiles de los barcos y las gruesas  
chimeneas de los vapores, así los he contemplado yo.  
Yo también he cruzado muchas, muchas veces el río.  
He observado a las gaviotas del mes Duodécimo: las he visto planear, inmóviles,  
oscilar en lo alto;  
he visto un resplandor dorado iluminar parte de sus cuerpos y dejar el resto en  
sombra;  
he visto los lentos círculos que describían y su gradual alejamiento hacia el sur;  
he visto el reflejo del cielo de verano en el agua;  
me ha deslumbrado el trémulo resplandor de las huellas que dejaban sus rayos;  
he admirado los finos haces de luz, centrífugos, que aureolaban el reflejo de mi  
cabeza en el agua iluminada por el sol;  
he admirado la bruma que envolvía las colinas del sur y del suroeste;  
he admirado el vapor que se deshacía en hilachas violáceas;  
he mirado la bahía baja, para ver arribar a los navíos;  
he visto cómo se aproximaban, he visto a los que iban a bordo en los más  
ceranos,  
he visto el velamen blanco de las goletas y balandras, he visto los barcos anclados,  
los marineros atareados con las jarcias o a horcajadas en las vergas,  
los mástiles cilíndricos, el balanceo de los cascos, el serpentear de los airosos  
gallardetes,  
los vapores, grandes y pequeños, en movimiento, los pilotos en las cabinas,  
la estela blanca que dejan al pasar, el girar rápido, trepidante, de las ruedas,  
las banderas de todas las naciones, su arriado al ponerse el sol,  
las olas festoneadas por la luz del crepúsculo, las copas colmadas, las crestas  
relucientes y juguetonas,  
las extensiones más alejadas difuminándose progresivamente, los muros grises de  
los almacenes de granito junto a los muelles,

en el río, un grupo en sombra, el enorme remolcador flanqueado estrechamente por barcas a babor y estribor, la barca de heno, la gabarra rezagada, en la costa vecina, las llamas de las chimeneas de las fundiciones, que se elevan, fulgurantes, en la noche, y que proyectan una negrura parpadeante de un rojo y un amarillo vivísimos por sobre los tejados de las casas, y en las hendiduras de las calles.

#### 4

Todo esto, y todo lo demás, ha sido para mí igual que lo que ahora es para vosotros.

Quise bien a estas ciudades, quise bien al río, rápido y majestuoso. Los hombres y mujeres a los que vi, me eran todos muy cercanos, y otros también —otros que me miraban porque yo los había mirado (la hora llegará, aunque me pare aquí, hoy, esta noche).

#### 5

¿Qué hay, pues, entre nosotros?

¿Qué es la suma de los muchísimos, de los cientos de años que nos separan?

Sea lo que sea, no importa: la distancia no importa, el lugar no importa.

Yo también he vivido: el Brooklyn de amplias colinas ha sido mío;

yo también he caminado por las calles de la isla de Manhattan, y me he bañado en las aguas que la rodean;

yo también he sentido agitarse en mi interior preguntas extrañas, abruptas:

a veces, de día, me asaltaban entre la gente,

o al volver a casa por la noche, o ya acostado, me asaltaban;

también a mí me había golpeado aquella masa flotante, siempre en movimiento;

también yo había recibido una identidad gracias a mi cuerpo;

lo que era, sabía que lo era gracias a mi cuerpo, y lo que debería ser, sabía que debería serlo gracias a mi cuerpo.

#### 6

No sólo sobre ti caen jirones de sombra.

La oscuridad también me ha tizado a mí.

Mis mejores logros se me antojaban sospechosos y vacíos.

Los pensamientos que creía grandiosos, ¿no eran, en realidad, irrisorios?

Y tampoco eres tú el único que sabe lo que es ser malo.

Yo soy el que sabía lo que era ser malo.  
Yo también he anudado el viejo nudo de los contrarios,  
he chismorreado, he enrojecido de vergüenza, me he sentido agraviado, he  
mentido, he robado, he tenido envidia,  
he sido avieso, colérico, concupiscente, he albergado deseos inconfesables,  
he sido caprichoso, engreído, avaricioso, superficial, taimado, cobarde, malévolos,  
el lobo, la serpiente, el cerdo, no me han sido ajenos,  
la mirada engañosa, la palabra frívola, el deseo adúltero, no han faltado,  
rechazos, odios, postergaciones, mezquindades, desidias, nada ha faltado,  
he sido uno del montón, he compartido días y hechos con todos,  
he oído las voces altas y claras de los jóvenes que me llamaban por mi nombre  
más íntimo al verme pasar, o al acercarme,  
he sentido, de pie, sus brazos alrededor del cuello, o el roce despreocupado de su  
carne al sentarme,  
he visto a muchos por los que sentía amor, en la calle, en el transbordador o en la  
asamblea pública, pero no les he dicho una palabra,  
he vivido la misma vida que todo el mundo, con el mismo reír, sentir hambre y  
dormir,  
he representado el papel que aún recuerda al actor o a la actriz,  
el mismo viejo papel, ese papel que es lo que nosotros queremos que sea,  
grandioso, si nos apetece,  
o insignificante, si lo preferimos, o ambas cosas, grandioso e insignificante.

## 7

Me acerco aún más a ti.  
Lo que ahora pienses de mí, yo ya lo he pensado de ti: he hecho acopio de  
antemano.  
He meditado sobre ti, larga y seriamente, antes de que nacieras.  
¿Quién podía saber lo que había de acontecerme?  
¿Quién sabe si no estaré disfrutando con ello?  
¿Y quién sabe si, a pesar de la distancia, no te estaré mirando ahora, aunque tú no  
puedas verme?

## 8

Ah, ¿qué puede parecerme más majestuoso y admirable que Manhattan cuajada  
de mástiles,  
que el río y el ocaso y las olas festoneadas de la pleamar,

que el cuerpo oscilante de las gaviotas, el barco de heno a la luz del crepúsculo, la gabarra rezagada?

¿Qué dioses pueden aventajar a estos que me tienen de la mano, y que, con voces queridas, me llaman, prontas y claras, por mi nombre más íntimo, cuando me acerco?

¿Qué hay más sutil que esto que me une a una mujer o a un hombre cuando me mira a la cara?

¿Qué me funde ahora contigo, y qué derrama en ti mi significado?

Nos entendemos, ¿verdad?

Lo que te prometí, sin mencionarlo, ¿no lo has aceptado?

Lo que el estudio no podía proporcionar, lo que la prédica no podía cumplir, se ha cumplido, ¿verdad?

## 9

¡Sigue fluyendo, río!, ¡sube con la pleamar y baja con la bajamar!

¡Retozad, olas festoneadas, espumeantes!

¡Suntuosas nubes del ocaso, empapadme de vuestro esplendor, y empapad a los hombres y mujeres de las generaciones que me sucedan!

¡Cruza de orilla a orilla, multitudes innumerables de pasajeros!

¡Erguíos, altos mástiles de Mannahatta!, ¡erguíos, hermosas colinas de Brooklyn!

¡Late, cerebro desconcertado e inquisitivo!, ¡lanza preguntas y respuestas!

¡Párate aquí y en todas partes, eterna masa flotante!

¡Escrutad, ojos amantes y sedientos, las casas, las calles, las asambleas públicas!

¡Resonad, voces de muchachos!, ¡llamadme, altas, musicales, por mi nombre más íntimo!

¡Vive, vieja vida!, ¡representa la parte que recuerda al actor o a la actriz!,

¡representa el viejo papel, el papel grandioso o insignificante, según lo hagamos!

Considera, tú que me lees, que acaso te esté mirando por algún medio desconocido.

Mantente firme, barandilla que das al río, y sostén a los que se apoyan en ti con despreocupación y, sin embargo, se dejan llevar por la corriente.

Volad, aves marinas, volad a los lados, o describid amplios círculos, allí en lo alto.

¡Acoge el cielo de verano, agua, y guárdalo celosamente hasta que todos los ojos que te miran tengan tiempo de apropiárselo!

¡Divergid, finos haces de luz, del reflejo de mi cabeza, o de la cabeza de cualquiera, en el agua iluminada por el sol!

¡Venid, barcos de la bahía baja! ¡Pasad, arriba o abajo, goletas de velas blancas, balandras, gabarras!



¡Exhibíos, banderas de todas las naciones!, ¡sed debidamente arriadas al anochecer!

¡Que ardan, altas, las llamas de vuestras chimeneas, fundiciones!, ¡arrojad espesas sombras al caer la noche!, ¡arrojad luces rojas y amarillas contra los tejados de las casas!

Apariencias, presentes o futuras, revelad qué sois.

Tú, película necesaria, no dejes de envolver mi alma.

Que rodeen mi cuerpo, para mí, y tu cuerpo, para ti, aromas divinos.

Floreced, ciudades: traed vuestras mercancías, traed vuestros espectáculos, ríos anchos, suficientes.

Expáñdete, ser: acaso no haya otro más espiritual.

Manteneos en vuestro lugar, objetos: acaso no haya otros más duraderos.

Habéis esperado, siempre esperáis, hermosos ministros mudos.

Os recibimos, por fin, con libertad de espíritu: desde hoy seremos insaciables.

Ya no podréis frustrar nuestros deseos, o sustraeros a nosotros.

Os utilizamos, y no os repudiamos; os plantamos permanentemente en nuestro interior.

No os desentrañamos: os amamos; también hay perfección en vosotros.

Contribuís con lo que sois a la eternidad.

Grandes o pequeños, contribuís con lo que sois al alma.

## **Canto del que Responde**

### **1**

Escuchad ahora mi romanza matinal: revelo los signos del que Responde; canto a las ciudades y a las granjas que se extienden al sol ante mí.

Un joven viene a mí con un mensaje de su hermano.

¿Cómo sabrá el joven el cómo y el porqué de su hermano?

Dile que me envíe los signos.

Me quedo cara a cara con el joven, y le cojo la mano derecha con la izquierda, y la mano izquierda con la derecha,

y respondo por su hermano y por los hombres, y respondo por el que responde por todos, y envío estos signos.

A él todos lo esperan, a él se rinden todos; su palabra es decisiva, terminante.

A él lo aceptan, con él se lavan, en él se perciben como bañados por la luz.

En él se sumergen, y él se sumerge en ellos.

Mujeres hermosas, las naciones más altivas, leyes, el paisaje, personas, animales, la tierra profunda y sus atributos, el océano inquieto (así entono mi romanza matinal),

todos los placeres y propiedades, el dinero y todo lo que el dinero pueda comprar,

las mejores granjas, donde otros laboran y plantan, y él inevitablemente cosecha, las ciudades más nobles y valiosas, que otros nivelan y edifican, y donde él se domicilia,

nada es para nadie si no es para él, lo que está cerca y lo que está lejos son para él, los barcos en el mar,

los espectáculos perpetuos y los desfiles en tierra son para él, si es que son para alguien.

Él pone las cosas en su lugar.

Él extrae el día de sí con plasticidad y amor.

Él dispone sus horas, recuerdos, padres, hermanos y hermanas, asociaciones, trabajos y políticas de forma que los demás nunca los avergüencen, ni pretendan dominarlos.

Él es el que Responde.

Lo que se puede responder, él lo responde; lo que no se puede responder, él enseña por qué no se puede responder.

El hombre es una conminación y un desafío

(es inútil esconderse; ¿oyes las burlas, las risas?, ¿oyes los ecos irónicos?).

Libros, amistades, filósofos, sacerdotes, acción, placer y orgullo se esfuerzan en dar satisfacción.

Él indica la satisfacción, y también indica a quienes se esfuerzan en dar satisfacción.

Sea cual fuere el sexo, sean cuales fueren la estación o el lugar, va sin pena, tranquilo y a salvo, de día o de noche.

Tiene la llave maestra de los corazones: suya es la respuesta a las manos que rezan en los pomos de las puertas.

Su acogida es universal. El fluir de la belleza no es mejor acogido ni más universal que él.

Bienaventurada es la persona a la que favorece de día, o con la que duerme de noche.

Toda existencia posee su idioma; todo tiene un idioma y una lengua.

Él resuelve todas las lenguas en la suya, y se la confiere a los hombres; y cualquiera la traduce, y se traduce a sí mismo.

Una parte no contrarresta a otra: él las une a todas, y las ve unirse.

Él dice, del mismo modo, y sin hacer distinciones, *¿Cómo estás, amigo?* al Presidente en la recepción

y *Buenos días, hermano* a Cudge<sup>[278]</sup>, que azadona el cañaveral.

Y ambos le entienden y saben que sus palabras son cabales.

Pasea a sus anchas por el Capitolio.

Pasea por el Congreso, y un Representante le dice a otro: *Ha llegado nuestro nuevo igual.*

Luego los artesanos lo toman por artesano,

y los soldados suponen que también lo es, y los marineros, que ha surcado los mares,

y los autores lo toman por autor, y los artistas por artista,

y los obreros perciben que podría trabajar con ellos y amarlos,

y que, sea cual sea la tarea, él podría desempeñarla, o haberla desempeñado ya,

y que, sea cual sea la nación, en ella encontraría a sus hermanos y hermanas.

Los ingleses creen que descende de ingleses,

a un judío le parece judío, ruso a un ruso, familiar y cercano, a nadie le parece lejano.

Todo aquél al que mire en la posada del camino lo reclama como suyo.

El italiano o el francés están seguros, el alemán está seguro, el español está seguro y el isleño de Cuba está seguro.

El mecánico, la tripulación de cubierta de los Grandes Lagos, o del Misisipí o del San Lorenzo o del Sacramento<sup>[279]</sup>, o de la bahía de Hudson o de Paumanok, lo reclaman como suyo.

El hidalgo con pureza de sangre reconoce la pureza de la suya;

el que insulta, la prostituta, el ciego de ira, el mendigo, se ven a sí mismos en sus formas de comportarse: extrañamente los transmuta,

ya no son viles: apenas se reconocen, tanto han cambiado.

## 2

Las revelaciones y la correspondencia del tiempo,

la perfecta sensatez denota al maestro entre los filósofos;

el tiempo, nunca interrumpido, se revela por partes;

lo que revela siempre al poeta es la agradable compañía de una multitud de cantores, y de sus palabras;

las palabras de los cantores son las horas o los minutos de luz o de sombra, pero las palabras del hacedor de poemas son la luz y la sombra universales; el hacedor de poemas establece la justicia, la realidad y la inmortalidad; su penetración y su poder envuelven las cosas y a la raza humana; él es la gloria, y por eso extrae tanto de las cosas y de la raza humana.

Los cantores no engendran; sólo el Poeta engendra.

Los cantores son bienvenidos y comprendidos, y aparecen con bastante frecuencia, pero raros son el día y el lugar en que haya nacido el hacedor de poemas, el que Responde

(ese día no se ha dado en un siglo, ni en cinco siglos, a pesar de sus muchos nombres).

Los cantores de las sucesivas horas de los siglos pueden tener nombres ostensibles, pero el nombre de cada uno de ellos es el de un cantor.

El nombre de cada uno es cantor de la vista, cantor del oído, cantor de la cabeza, cantor de la dulzura, cantor de la noche, cantor de los salones, cantor del amor, cantor del misterio, o de otras cosas.

Esperad ahora y siempre las palabras de los verdaderos poemas.

Las palabras de los verdaderos poemas no sólo agradan;

los verdaderos poetas no son seguidores de la belleza, sino maestros augustos de la belleza;

la grandeza de los hijos es la exudación de la grandeza de las madres y los padres; las palabras de los verdaderos poemas son la culminación, el aplauso final de la ciencia.

Instinto divino, amplitud de miras, la ley de la razón, salud, rudeza del cuerpo, recogimiento,

alegría, el sol que nos broncea, la dulzura del aire: he aquí algunas de las palabras de los poemas.

El marinero y el viajero subyacen en el hacedor de poemas, el que Responde;

el constructor, el geómetra, el químico, el anatomista, el frenólogo, el artista: todos ellos subyacen en el hacedor de poemas, el que Responde.

Las palabras de los verdaderos poemas os dan más que poemas:

os dan con qué crear, por vosotros mismos, poemas, religiones, política, guerra, paz, conducta, historias, ensayos, vida cotidiana y todo lo demás;

igualan rangos, colores, razas, credos y sexos;

no buscan la belleza: son buscadas;

siempre tocándolas, o muy cerca de ellas, les sigue la belleza, deseante, dispuesta, enferma de amor.

Preparan para la muerte, pero no son el final, sino más bien el principio.

No llevan a nadie, hombre o mujer, a su término, ni a darse por satisfecho o sentirse colmado.

A quien se llevan, se lo llevan para arrojarlo al espacio y que contemple el nacimiento de las estrellas, que aprenda uno de los significados, que se lance con absoluta fe y recorra los anillos infinitos, y no vuelva a encontrar reposo.

### Nuestro viejo *feuillage*<sup>[280]</sup>

¡Siempre nuestro viejo *feuillage*!

Siempre la península verde de Florida, el inestimable delta de la Luisiana, siempre los algodones de Alabama y Texas,

siempre las colinas doradas y las depresiones de California, y las montañas plateadas de Nuevo México, siempre Cuba, la del dulce aliento,

siempre la vasta ladera que desagua en el mar del Sur, inseparable de las que desaguan en los mares del Este y el Oeste,

la superficie en el octogésimo tercer año de estos Estados<sup>[281]</sup>, los tres millones y medio de millas cuadradas,

las dieciocho mil millas de costas marítimas y bahías exteriores, las treinta mil millas de ríos navegables,

los siete millones de familias distintas, e idéntico número de viviendas —y todo esto, y mucho más, ramificándose en prolongaciones sin cuento,

siempre la libertad y la diversidad, siempre el continente de la Democracia,

siempre las praderas, los pastos, los bosques, las grandes ciudades, los viajeros, Canadá, las nieves,

siempre estas tierras compactas, ceñidas a las caderas por el cinturón que ensarta los inmensos lagos ovalados,

siempre el Oeste con sus nativos fuertes y una creciente densidad: sus habitantes, amistosos, amenazadores, irónicos, que desprecian a los invasores,

todos los panoramas, al Sur, al Norte, al Este, todos los actos, promiscuamente ejecutados siempre,

todos los personajes, movimientos, crecimientos, algunos advertidos, otros — miríadas— inadvertidos.

Camino por las calles de Mannahatta y reúno todo esto,

en los ríos interiores, de noche, a la luz de las teas de pino, los vapores cargan  
madera,  
de día, a plena luz del sol, en el valle del Susquehanna, y en los valles del Potomac  
y el Rappahannock, y en los valles del Roanoke y el Delaware<sup>[282]</sup>,  
en los páramos del norte, los depredadores rondan por las colinas de Adirondack  
o beben las aguas del Saginaw<sup>[283]</sup>,  
en una ensenada solitaria, un tarro blanco, perdido de la bandada, se mece en  
silencio en el agua,  
en los establos de los granjeros, los bueyes, exhaustos, descansan después de  
arar,  
en los lejanos hielos árticos, la morsa hembra está tumbada, amodorrada, y a su  
alrededor juegan las crías,  
el halcón surca espacios que los hombres no han surcado todavía, en el más  
remoto océano polar, espumeante, cristalino, abierto, allende los bancos de  
hielo,  
delante, donde el barco embiste a la tempestad, sube y baja una bruma blanca,  
en tierra firme, lo que se hace en las ciudades cuando las campanas dan, al  
unísono, la medianoche,  
en los bosques vírgenes, los sonidos que allí resuenan: el aullido del lobo, el  
rugido de la pantera y el ronco bramido del alce,  
en invierno, bajo el duro hielo azul del lago Moosehead<sup>[284]</sup>, y en verano, visible en  
las aguas claras, la enorme trucha,  
en latitudes inferiores, donde el aire es más cálido, en las Carolinas, el buitre  
negro planea muy por encima de las copas de los árboles,  
más abajo, al cedro rojo le cuelgan festones de musgo español, y crecen pinos y  
cipreses en el blanco arenal que se extiende a lo lejos,  
rudimentarias embarcaciones descienden por el gran Pedee<sup>[285]</sup>, plantas  
trepadoras, parásitas, envuelven árboles enormes con flores de colores y bayas,  
las vaporosas gualdrapas de la encina del sur casi llegan al suelo, movidas por un  
viento silencioso,  
el campamento de los carreteros de Georgia al anochecer, los fuegos de la cena y  
el cocinar y comer de blancos y negros,  
treinta o cuarenta carros, las muías, el ganado y los caballos comen del comedero,  
las sombras y relumbres, arriba, bajo el follaje de los viejos sicómoros, las llamas y  
el humo negro del pino tea, que se estira dibujando volutas,  
los pescadores del sur que faenan, los estrechos y ensenadas de la costa de  
Carolina del Norte, la pesca del sábalo y la pesca del arenque, las grandes  
jábegas, los molinetes de la orilla operados por caballos, los establecimientos en  
que se limpia, cura y embala,

en lo más profundo del pinar, la trementina gotea de las incisiones hechas en los árboles: allí están las fábricas que procesan la trementina, allí trabajan los negros, fornidos, y el suelo aparece cubierto de pinaza en todas direcciones, en Tennessee y Kentucky, los esclavos se afanan con el carbón, en la fragua, cerca de las llamaradas del horno, o desgranar el maíz, en Virginia, el hijo del plantador vuelve tras una larga ausencia, y la vieja nodriza mulata, contentísima, lo llena de besos de bienvenida, en los ríos, los barqueros han amarrado sus embarcaciones al anochecer, y descansan en ellas, al abrigo de las riberas altas, algunos de los más jóvenes bailan a los sones del banjo o el violín, otros, sentados en la regala, fuman y charlan, avanzada ya la tarde, el sinsonte, el mimo de América, canta en el pantano Great Dismal<sup>[286]</sup>, donde las aguas verdosas, el olor a resina, el musgo abundante, el enebro y el ciprés, al norte, mozos de Mannahatta, una agrupación de tiro al blanco que vuelve, al caer la noche, de una excursión: las bocachas de sus mosquetes lucen ramilletes de flores que les han regalado las mujeres, niños que juegan, o uno que duerme en el regazo de su padre (¡cómo mueve los labios!, ¡cómo sonrío, dormido!), el explorador que cabalga por las praderas al oeste del Misisipí, sube a una loma y mira alrededor, la vida de California, el minero barbudo y su ropa basta, la firme amistad californiana, la dulzura del aire, las tumbas solitarias que se encuentran, al pasar, junto al sendero de los caballos, en Texas, el algodonal, las chozas de los negros, los conductores de las muías o los bueyes uncidos a rústicos carretones, las pacas de algodón apiladas en las riberas o los muelles, y rodeándolo todo, proyectándose a lo alto y a lo ancho, el Alma Americana, de hemisferios iguales, uno de Amor, otro de Expansión u Orgullo, *en arrière*<sup>[287]</sup>, las conversaciones de paz con los aborígenes iraqueses, el calumet, la pipa de la paz, el arbitraje y la aprobación, el cacique que exhala el humo, primero en dirección al sol, luego hacia la tierra, la ceremonia de la danza de las cabelleras, ejecutada con las caras pintadas y exclamaciones guturales, la partida de la horda de guerreros, la larga y silenciosa marcha, la fila india, las hachas que cuelgan, la sorpresa y la degollina de los enemigos,

todos los actos, escenas, formas, personas, actitudes de estos Estados, todos los recuerdos e instituciones,  
todos estos Estados juntos, cada milla cuadrada de estos Estados, sin exceptuar ni una partícula,  
y yo, complacido, recorro las veredas y los campos, los campos de Paumanok, observando el vuelo en espiral de dos pequeñas mariposas amarillas que se persiguen y salen disparadas hacia lo alto,  
la golondrina que cruza como una flecha, la destructora de insectos, la que viaja al sur en otoño, pero vuelve al norte cuando empieza la primavera,  
el peón que conduce el rebaño de vacas al caer el día, y les grita para que no se entretengan pastando al borde del camino,  
el muelle de la ciudad, Boston, Filadelfia, Baltimore, Charleston, Nueva Orleans, San Francisco,  
los barcos que zarpan cuando los marineros tiran del cabrestante,  
el anochecer —yo en la habitación—, el sol poniente,  
el sol poniente de verano que brilla en la ventana abierta y revela el enjambre de moscas, suspensas, que se balancean en el aire, en el centro de la habitación, y se lanzan de un lado a otro, arriba y abajo, y proyectan fugaces manchas de sombra en la pared opuesta a la que recibe la luz,  
la atlética matrona americana que se dirige a una audiencia multitudinaria, varones, hembras, inmigrantes, mezclas, la abundancia, la individualidad de los Estados, cada cual para sí: los que ganan dinero, fábricas, maquinaria, las fuerzas mecánicas, el molinete, la palanca, la polea, todas las certezas,  
la certeza del espacio, del crecimiento, de la libertad, de la futuridad, en el espacio, las espóradas<sup>[288]</sup>, las islas dispersas, las estrellas, en tierra firme, las tierras, mis tierras,  
¡oh, tierras, que tanto amo!, lo que sois —lo que seáis— lo llevo, al azar, a estos cantos, y me convierto en parte de ello, sea lo que fuere,  
al sur, grazno y aleteo lentamente, rodeado por miríadas de gaviotas que invernan en las costas de Florida,  
otras veces, entre las riberas del Arkansas, del río Grande, del Nueces, del Brazos, del Tombigbee, del río Rojo, del Saskatchewan o del Osage<sup>[289]</sup>, río y brinco y corro con el agua de los manantiales,  
al norte, en los arenales, en alguna bahía poco profunda de Paumanok, exploro el agua con las bandadas de garcetas níveas, en busca de gusanos y plantas acuáticas,  
el pitirre retrocede, con gorjeo triunfal, después de haber picado al cuervo, y yo también gorjeo triunfalmente,



la bandada migratoria de gansos silvestres desciende en otoño para descansar: el grueso de la bandada se alimenta, los centinelas vigilan alrededor, con la cabeza erguida, y son relevados, cada cierto tiempo, por otros centinelas, y yo me alimento y hago guardia con ellos,  
en los bosques de Canadá, el alce, grande como un buey, acorralado por los cazadores, se yergue con desesperación sobre los cuartos traseros, y se abalanza con los delanteros, de pezuñas afiladas como cuchillos, y yo me abalanzo asimismo contra los cazadores, acorralado, presa de la desesperación, en Mannahatta, calles, embarcaderos, movimiento de barcos, almacenes e innumerables dependientes,  
y también yo de Mannahatta, cantándola, no menos en mí mismo que Mannahatta entera en sí misma,  
cantando la canción de Estas mis tierras, unidas para siempre —mi cuerpo no está más inevitablemente unido, trozo a trozo, ni creado, a partir de mil contribuciones diferentes, para formar una identidad, que lo inevitablemente unidas que están estas tierras, y que la identidad única que han creado, nacimientos, climas, la hierba de los grandes Llanuras de los pastos, ciudades, trabajos, muerte, animales, productos, guerra, el bien y el mal: todo eso soy yo,  
todas esas cosas, con sus detalles, nos ofrece el viejo *feuillage* a mí y a América; ¿qué menos podría hacer yo que difundir el secreto de su unión, para ofreceros algo parecido a vosotros?  
¡Quienquiera que seas!, ¿qué puedo hacer sino ofrecerte hojas divinas, para que tú también puedas ser elegido, como yo?,  
¿qué puedo hacer sino cantar, como hago aquí, e invitarte a que tú mismo recojas ramilletes del incomparable *feuillage* de estos Estados?

### **Canto de las alegrías**

¡Oh, componer el canto más jubiloso,  
lleno de música, lleno de virilidad, de feminidad, de niñez!,  
lleno de tareas comunes, lleno de mieses y de árboles.  
¡Oh, las voces de los animales, oh, la velocidad y el equilibrio de los peces!  
¡Oh, el caer de la lluvia en un canto!

¡Oh, la luz del sol y el movimiento de las olas en un canto!  
¡Oh, la alegría de mi espíritu, desenjaulado, raudo como el relámpago!  
No basta con poseer este mundo, ni un tiempo limitado:  
yo poseeré miles de mundos y la totalidad del tiempo.  
¡Oh, las alegrías del maquinista! ¡Ir en locomotora!,  
¡Oír el silbido del vapor, el chirriar alborozado, el pitido, la risa de la locomotora!  
Abrirse paso con impulso irresistible y perderse a lo lejos.  
¡Oh, el paseo gozoso por campos y laderas!  
Las hojas y las flores de las hierbas más corrientes, la fresca, húmeda quietud de  
los bosques,  
el exquisito olor de la tierra al amanecer y durante la mañana.  
¡Oh, las alegrías del jinete y la amazona!  
La silla, el galopar, el peso en la montura, el fresco murmullo del viento en las  
orejas y el pelo.  
¡Oh, las alegrías del bombero!  
¡Oigo la alarma en lo más cerrado de la noche,  
oigo campanas, gritos! ¡Me adelanto al gentío, corro!  
La visión de las llamas me vuelve loco de placer.  
¡Oh, la alegría del luchador fornido, plantado en la arena, en óptimas condiciones,  
consciente de su poder, ansioso por enfrentarse a su oponente!  
¡Oh, la alegría de la vasta y elemental simpatía que sólo el alma humana es capaz  
de generar y de emitir en oleadas constantes e ilimitadas!  
¡Oh, las alegrías de la madre!  
La vigilia, la resistencia, el precioso amor, la angustia, la vida pacientemente  
entregada.  
Oh, la alegría del aumento, del crecimiento, de la recuperación,  
la alegría de aliviar y apaciguar, la alegría de la concordia y la armonía.  
Oh, volver al lugar en que nací,  
oír el canto de los pájaros una vez más,  
deambular por la casa y el granero y por los campos una vez más,  
y por el huerto y por las veredas una vez más.  
Oh, haberme criado en la vecindad de bahías, lagunas, arroyos, o en la costa,  
continuar y trabajar allí toda la vida,  
el olor salobre y húmedo, la playa, las algas que quedan al descubierto cuando  
baja la marea,  
el trabajo de los pescadores, el trabajo del pescador de anguilas y del pescador de  
almejas,  
vengo con el rastrillo y la pala para pescar almejas, vengo con el arpón para  
pescar anguilas,

¿ha bajado la marea? Me uno al grupo de almejeros en los bancales, me río y trabajo con ellos, y hago bromas sobre la faena, como un joven animoso, en verano cojo la nasa y el arpón para las anguilas, y me voy al hielo —tengo un hacha pequeña para abrir agujeros.

Vedme de punta en blanco, al salir, radiante, o al volver por la tarde, con la panda,

la pandilla de chavales duros, mayores y no tan mayores, que prefieren mi compañía a cualquier otra,

de día para trabajar conmigo, y de noche para dormir conmigo.

Otras veces, con el calor, montar en barca y sacar las nasas de langostas de sus emplazamientos, donde las han hundido con piedras (conozco las boyas),

¡oh, qué dulce es la mañana del Quinto mes en el agua, cuando remo hacia las boyas, justo antes de amanecer!

Tiro a un lado de las nasas de mimbre, y, cuando las saco, las langostas, de color verde oscuro, esgrimen desesperadamente las tenazas; les clavo estaquillas en las articulaciones de las pinzas.

Voy a todos los sitios, uno tras otro, y después vuelvo remando a la orilla,

¡y allí, en un enorme perol de agua hirviendo, las langostas se cocerán hasta que se pongan moradas!

Otras veces, pesco caballas:

voraces, enloquecidas por el anzuelo, casi en la superficie, se diría que ocupan millas y millas de agua;

otras veces, capturo pescado de roca en la bahía de Chesapeake, uno más entre los pescadores de rostro cetrino;

otras veces, pesco anjovas al arrastre, frente a Paumanok: firme, con el pie izquierdo en la regala, lanzo lejos,

con el brazo derecho, los anillos de cuerda fina,

y veo cómo viran y zarpan a mi alrededor, rapidísimos, cincuenta esquifes, compañeros míos.

Oh, ir en bote por los ríos,

descender por el San Lorenzo, el soberbio paisaje, los vapores,

los barcos que zarpan, las Mil Islas<sup>[290]</sup>, la almadía, de vez en cuando, y los espigados remos de los almadieros,

las pequeñas casetas de las almadías, y el hilo de humo que dejan al preparar la cena por la noche.

(¡Oh, algo pernicioso y terrible!

¡Algo alejado de una vida irrelevante y piadosa!

¡Algo no probado! ¡Algo en trance!

¡Algo desanclado, libérrimo!)

Oh, trabajar en las minas, o forjar el hierro,  
vaciarlo en la fragua, y la propia fragua, el techo alto, tosco, el lugar espacioso y  
sombrio,  
el horno, el líquido hirviente que se derrama y corre.  
¡Oh, sentir otra vez las alegrías del soldado!  
Sentir la presencia de un comandante valeroso, ¡sentir su simpatía!,  
observar su serenidad, ¡reconfortarse con el calor de su sonrisa!  
Entrar en combate: ¡oír el toque de los clarines y el redoble de los tambores!  
¡Oír el estruendo de la artillería, y que refuljan al sol las bayonetas y los cañones  
de los mosquetes!  
¡Ver a los hombres caer y morir, sin una queja!  
¡Probar el bárbaro sabor de la sangre: ser así de diabólico!  
¡Disfrutar con las heridas y la muerte del enemigo!  
¡Oh, las alegrías del ballenero! ¡Oh, vuelvo a surcar mi antigua ruta!  
Siento el movimiento del barco bajo los pies, siento la caricia de las brisas  
atlánticas,  
oigo el grito desde el tope del mástil: ¡Allí resopla!  
De nuevo trepo a la jarcia, para mirar con los demás: bajamos, locos de excitación,  
salto al bote que ya han arriado, remamos hacia donde está nuestra presa,  
nos acercamos con sigilo, veo la masa montañosa, adormilada al sol,  
veo al arponero ponerse de pie, veo el arma dispararse de su brazo vigoroso,  
oh, de nuevo, veloz, a lo lejos, en el océano, la ballena herida se sumerge a  
barlovento y me arrastra,  
la veo salir otra vez a la superficie para respirar, nos acercamos a ella a golpe de  
remo,  
adviento la lanza clavada profundamente en el costado, enredada en la herida,  
volvemos a quedarnos atrás, la veo sumergirse de nuevo, la vida se le escapa,  
al emerger chorrea sangre, la veo nadar en círculos cada vez más pequeños,  
cortando el agua, y la veo morir:  
da un salto convulso en el centro del círculo, y se queda tendida, inmóvil, en la  
espuma sanguinolenta.  
¡Oh, vieja virilidad mía, la más noble de todas mis dichas!  
Mis hijos y nietos, mi pelo y mi barba blancos,  
mi corpulencia, serenidad y majestad, frutos de una larga vida.  
¡Oh, alegría en sazón de la feminidad! ¡Oh, felicidad, al fin!  
Tengo más de ochenta años, soy la más venerable de las madres  
y conservo la lucidez. ¡Cómo vienen todos a mí!  
¿Qué atractivos son éstos, mayores que cualesquiera de antaño? ¿Qué florecer,  
superior al florecer de la juventud?

¿Qué belleza es ésa, que desciende sobre mí y que irradia de mí?

¡Oh, las alegrías del orador!

Henchir el pecho, y que truene la voz desde las costillas y la garganta,  
hacer que la gente se enfurezca, llore, odie, desee contigo,  
guiar a América, dominar a América con una lengua abrumadora.

¡Oh, la alegría de mi espíritu, apoyado en sí, que recibe su identidad de la materia,  
y ama la materia, que observa las personalidades y las absorbe,  
el espíritu que me devuelven, vibrante, la vista, el oído, el tacto, la razón, el  
lenguaje, la comparación, la memoria y cosas parecidas,  
la auténtica vida de mis sentidos y mi carne, que trasciende los sentidos y la  
carne,

mi cuerpo hecho de materia, mi vista hecha de ojos materiales,  
me han demostrado hoy, incontestablemente, que no son los ojos materiales los  
que ven,

ni mi cuerpo material el que ama, camina, ríe, grita, abraza o procrea!

¡Oh, las alegrías del granjero!

¡Las alegrías del ohioano, del ilinoisano, del wisconsinita, del canadiense, del  
iowano, del kanseño, del misuriano, del oregonés!

Levantarse al despuntar el día y encarar sin tardanza el trabajo,  
labrar la tierra en otoño para cosechar lo sembrado en invierno,  
labrar la tierra en primavera para el maíz,  
cultivar huertos, injertar árboles, recoger manzanas en otoño.

¡Oh, bañarse en la piscina, o en un buen lugar, en la playa,

¡chapotear en el agua!, caminar con el agua por los tobillos, o correr desnudo por  
la playa!

¡Oh, percibir el espacio!,

la abundancia de todo, que no haya límites,

emerger y ser del cielo, del sol y la luna, y de las nubes fugitivas, como una más de  
ellas.

¡Oh, la alegría de un yo viril!

No mostrarse servil con nadie, ni someterse a nadie, ni a tirano alguno, conocido  
o desconocido,

marchar siempre erguido, con paso vivo y elástico,

mirar con ojos serenos o centelleantes,

hablar con voz plena y sonora, que nazca de un pecho dilatado,

oponer la personalidad propia a todas las demás personalidades de la Tierra.

¿Conoces las maravillosas alegrías de la juventud?

¿Las alegrías de los compañeros queridos y de las palabras amables y de las caras  
que ríen?

¿La alegría del día agradable, que irradia luz? ¿La alegría de los juegos que nos dejan sin aliento?

¿La alegría de la música suave, la alegría del salón de baile iluminado, y de los que bailan?

¿La alegría de la cena abundante, la juerga y la bebida?

No obstante, ¡oh, suprema alma mía!,

¿conoces las alegrías del pensamiento reflexivo?

¿Las alegrías del corazón libre y solitario, del tierno, umbrío corazón?

¿Las alegrías del paseo a solas, del espíritu oprimido pero orgulloso, del sufrimiento y la lucha?

¿La angustia, la agonía y el éxtasis, las alegrías de la meditación solemne, de día o de noche?

¿Las alegrías de pensar en la Muerte, en las grandes esteras del Tiempo y el Espacio?

¿Las alegrías proféticas de ideales de amor mejores y más elevados, la esposa divina, el camarada dulce, eterno, perfecto?

Alegrías enteramente tuyas, ser inmortal, alegrías dignas de ti, oh, alma.

Oh, mientras viva, ser el soberano de la vida, no su esclavo,

afrontar la vida como un conquistador poderoso,

sin ira, sin hastío, sin quejas ni críticas ni desdenes,

a las rigurosas leyes del aire, el agua y la tierra mostrarles el alma inexpugnable,

y que nunca nada exterior ganará control sobre mí.

Porque no sólo canto, y recalco, las alegrías de la vida: ¡canto las alegrías de la muerte!,

el hermoso contacto de la Muerte, que sosiega y paraliza apenas unos instantes, con motivo;

yo mismo me desembarazo de mi cuerpo excrementicio, para que sea incinerado, o devuelto al polvo, o enterrado,

pero mi cuerpo verdadero me ha sido preservado, sin duda, para acompañarme en otras esferas,

mi cuerpo vacío ya no es nada para mí, y vuelve a las purificaciones, a los demás ritos, a los usos eternos de la Tierra.

¡Oh, atraer con algo más que la atracción!

Cómo pueda ser, lo ignoro. ¡Pero contemplad ese algo que no obedece a nada!

Es ofensivo, nunca defensivo. Sin embargo, qué magnético es.

¡Oh, luchar en franca desventaja, enfrentarse a los enemigos sin temor!

¡Estar completamente solo contra ellos, probar mi resistencia!

¡Arrostrar la contienda, la tortura, la cárcel, el odio del pueblo!

¡Subir al patíbulo, arrojarme contra las bocas de los fusiles con perfecta indiferencia!

¡Ser verdaderamente un Dios!

¡Oh, hacerme a la mar en barco!

Abandonar esta insoportable tierra firme,  
abandonar la extenuante uniformidad de las calles, las aceras y las casas,  
¡abandonarte a ti, oh, tierra sólida e inmóvil, y abordar un barco,  
y navegar, navegar, navegar!

¡Oh, que la vida sea, desde ahora, un poema de nuevas alegrías!

¡Bailar, aplaudir, exultar, gritar, brincar, saltar, rodar y rodar, y navegar siempre!

Ser un marinero del mundo con rumbo a todos los puertos,  
ser el barco mismo (contemplad las velas que despliego al aire y al sol),  
un barco veloz, a todo trapo, lleno de palabras fértiles, lleno de alegrías.

## Canto del hacha

### 1

Arma bien moldeada, desnuda, pálida,  
cabeza extraída de las entrañas de la madre,  
carne de madera y hueso de metal, de un solo brazo, de un solo labio,  
hoja azul, agrisada, crecida al rojo vivo, astil brotado de una ínfima semilla:  
descansas entre la hierba y en la hierba;  
estás hecha para apoyarte y para que se apoyen en ti.  
Formas sólidas y atributos de formas sólidas, oficios, imágenes y sonidos  
masculinos,  
larga y diversa secuencia emblemática, trazos de música,  
dedos del organista que recorren en staccato el teclado del gran órgano.

### 2

Bienvenidas sean todas las tierras del mundo, cada una por lo que es,  
bienvenidas sean las tierras del pino y el roble,  
bienvenidas sean las tierras del limón y el higo,

bienvenidas sean las tierras del oro,  
bienvenidas sean las tierras del trigo y el maíz, bienvenidas las de la uva,  
bienvenidas sean las tierras del azúcar y el arroz,  
bienvenidas las tierras del algodón, bienvenidas las de la patata y el boniato,  
bienvenidas sean las montañas, las llanuras, los arenales, los bosques, las  
praderas,  
bienvenidas las fértiles riberas de los ríos, las mesetas, los calveros,  
bienvenidos los pastizales infinitos, bienvenido el suelo fecundo de los huertos,  
del lino, la miel y el cáñamo,  
e igualmente bienvenidas sean las demás tierras, de aspecto más inhóspito,  
tierras ricas como las del oro o del trigo y la fruta,  
tierras mineras, tierras de filones viriles, escabrosos,  
tierras del carbón, el cobre, el plomo, el estaño y el cinc,  
tierras del hierro, tierras en las que se fabrica el hacha.

### 3

En la pila de leña, un madero, y el hacha que sostiene,  
la rústica choza, la parra a la entrada, el terreno desbrozado para el futuro jardín,  
el golpeteo irregular de la lluvia en las hojas cuando amaina la tormenta,  
gemir y lamentarse a ratos, pensar en el mar,  
pensar en los barcos batidos por la tormenta, escorados peligrosamente, y en los  
mástiles serrados,  
la sensación de los enormes maderos de las casas antiguas, y de los establos,  
el grabado o la narración que se recuerdan, el viaje a la ventura de hombres,  
familias y bienes,  
el desembarco, la fundación de una ciudad,  
la travesía de quienes buscaban una Nueva Inglaterra y la han encontrado, los  
inicios en cualquier parte,  
los asentamientos del Arkansas, el Colorado, el Ottawa, el Willamette<sup>[291]</sup>,  
el avance lento, los víveres que escasean, el hacha, el rifle, las alforjas,  
la belleza de todos los valientes que se han lanzado a la aventura,  
la belleza de los rostros, francos y descuidados, de los leñadores, jóvenes y viejos,  
la belleza de la independencia y la partida, de las acciones que se bastan a sí  
mismas,  
el desprecio americano por los reglamentos y las ceremonias, la impaciencia sin  
límites ante la restricción,  
la deriva libre del carácter, el indicio captado en tipos al azar, la solidificación,  
el matarife, los hombres a bordo de goletas y balandras, el almadiero, el pionero,



los madereros en el campamento de invierno, el amanecer en el bosque, bloques de nieve en las ramas de los árboles, el chasquido ocasional, el sonido limpio y agradable de la propia voz, la canción festiva, la vida natural del bosque, la dura jornada, la fogata nocturna, la cena que sabe bien, la conversación, la cama hecha con ramas de abeto y piel de oso, el que construye casas en las ciudades o en cualquier parte, preparar las juntas, las escuadras, los ensamblajes, hacer el serrado preliminar, alzar las vigas, colocarlas en su sitio y que queden simétricas, enclavar los postes, tal como estaban preparados, los golpes de las mazas y martillos, las actitudes de los hombres, sus miembros curvados, agachados o de pie, a horcajadas en las vigas, metiendo los pernos, sujetándose a los pilares y los tirantes, con un brazo rodeando la plancha y con el otro blandiendo el hacha, los entarimadores juntando los tablones para clavarlos, sus posturas al entregar las armas a los porteadores, los ecos que resuenan por la casa vacía; el enorme almacén que se está construyendo en la ciudad, ya muy adelantado, los seis armadores, dos en el medio y dos más a cada extremo, que llevan al hombro, con cuidado, un madero muy largo que hará de viga transversal, la apretada fila de albañiles, con las paletas en la mano derecha, que colocan deprisa los ladrillos de la pared lateral, de doscientos pies de largo, las espaldas que suben y bajan, flexibles, el golpeteo continuo de las paletas en los ladrillos, los ladrillos hábilmente encajados, uno tras otro, en su lugar, y asentados con un golpe del mango de la paleta, los materiales apilados, el mortero en los esparaveles, que llenan sin pausa los peones de albañil; los carpinteros especializados en la arboladura de los barcos, la fila hormigueante de aprendices talludos, el descargar las hachas contra el tronco cuadrado, para darle forma de mástil, el lacónico y estridente crujir del acero, introducido, de través, en el pino, las astillas, del color de la mantequilla, que saltan en copos o en lascas, la agilidad con que se mueven los brazos y las caderas, fuertes, bajo ropa cómoda, el que construye, contra el mar, muelles, puentes, malecones, mamparos, boyas, estáis, el bombero de la ciudad, el incendio que estalla de repente en la plaza de casas apiñadas,

los carros que llegan, los gritos roncacos, los movimientos desembarazados, el arrojo,  
las órdenes enérgicas impartidas por los altavoces, el alinearse de los hombres, el subir y bajar de los brazos para impulsar el agua,  
los chorros delgados, espasmódicos, azulinos, los ganchos y escalas que se traen y se ponen en acción,  
el maderamen que se corta y se lanza al vacío, o por entre los pisos, si el fuego viene de abajo,  
el gentío que contempla el espectáculo, con las caras encendidas, el resplandor y la espesura de las sombras,  
el forjador en su fragua, y quien haya de usar el hierro que ha forjado, el que fabrica el hacha grande y la pequeña, el que la suelda y la templea, el que, para probarla, empaña con el aliento el acero frío y pasa el pulgar por el filo,  
el que pule el mango y lo encaja con firmeza;  
el borroso sucederse de los retratos de cuantos la han usado en el pasado, los pacientes artesanos primitivos, los arquitectos e ingenieros, el remoto edificio de Asiria y el remoto edificio de Mizra<sup>[292]</sup>, los lictores romanos que precedían a los cónsules<sup>[293]</sup>, el antiguo guerrero europeo que blande el hacha en el combate, el brazo alzado, el resonar de los golpes en el yelmo, el alarido final, el cuerpo que se desploma, flácido, el amigo y el enemigo que se acercan corriendo, los vasallos levantiscos, resueltos a obtener la libertad, y ahora sitiados, las intimaciones para que se rindan, el acometer las puertas del castillo, la tregua y el parlamento, el saqueo de una ciudad que ya entonces era antigua, la irrupción tumultuosa y desordenada de mercenarios y fanáticos, estruendo, llamas, sangre, borrachera, locura, casas y templos desvalijados, los chillidos de las mujeres en las garras de los forajidos, el artero latrocinio de los vivanderos, la desbandada de los hombres, la desesperación de los viejos, el infierno de la guerra, las crueldades de los credos, la relación de todas las palabras y actos ejecutivos, justos o injustos, el poder de la personalidad, justo o injusto.

## 4

¡Fuerza y valor, siempre!

Lo que vigoriza la vida, vigoriza la muerte,  
y los muertos avanzan tanto como los vivos,  
y el futuro no es más incierto que el presente,  
puesto que la aspereza de la tierra y del hombre contiene tanto como  
la *delicatesse*<sup>[294]</sup> de la tierra y del hombre,  
y nada perdura sino las cualidades personales.

¿Qué crees tú que perdura?

¿Crees que una gran ciudad perdura?

¿O un floreciente estado industrial? ¿O una constitución bien concebida? ¿O los  
barcos de vapor mejor contruidos?

¿O los hoteles de granito y hierro? ¿O las obras maestras de la ingeniería, los  
fuertes, los armamentos?

¡No! Nada de eso tiene valor por sí mismo.

Ocupan su tiempo, los bailarines bailan, los músicos tocan para ellos,  
tiene lugar el espectáculo, todo marcha bien, desde luego,  
todo marcha estupendamente, hasta el fogonazo de un desafío.

Una gran ciudad es la que alberga a los mejores hombres y mujeres.

Aunque sólo se componga de unas cuantas chabolas destartadas, será la mayor  
ciudad del mundo.

## 5

El emplazamiento de una gran ciudad no es sólo el lugar en el que se extiendan  
los muelles, las dársenas, las fábricas y los almacenes,  
ni el lugar en el que los recién llegados saluden sin cesar o se leven las anclas de  
los que se van,

ni el lugar de los edificios más altos y suntuosos o de las tiendas en las que se  
vendan productos de todo el mundo,

ni el lugar de las mejores bibliotecas y escuelas, ni el lugar en el que más abunde  
el dinero,

ni el lugar más poblado.

Donde se alce la ciudad con la más recia estirpe de oradores y bardos,

donde se alce la ciudad a la que amen, y que corresponda a su amor y los  
entienda,

donde no haya otros monumentos a héroes que las palabras y los actos  
cotidianos,

donde la frugalidad esté en su sitio, y la prudencia en el suyo,  
donde los hombres y las mujeres no tengan en mucho a las leyes,  
donde deje de haber esclavos y dueños de esclavos,  
donde el pueblo se rebele al instante contra el inacabable atrevimiento de  
aquéllos a quienes haya elegido,  
donde hombres y mujeres violentos se vuelquen como vuelca el mar, al reclamo  
de la muerte, sus olas desatadas y devastadoras,  
donde la autoridad externa siga siempre a la autoridad interna,  
donde el ciudadano sea siempre la cabeza y el ideal, y el Presidente, el Alcalde, el  
Gobernador y los demás sean sólo empleados,  
donde se enseñe a los niños a gobernarse por sí mismos, y a depender de sí  
mismos,  
donde la ecuanimidad se acredite con los hechos,  
donde se fomente especular sobre el alma,  
donde las mujeres desfilen por las calles con los hombres,  
donde se incorporen a la asamblea pública y ocupen su lugar como los hombres,  
donde se alce la ciudad de los más fieles amigos,  
donde se alce la ciudad de la pureza de los sexos,  
donde se alce la ciudad de los padres más sanos,  
donde se alce la ciudad de las madres con los mejores cuerpos,  
ahí se alza la gran ciudad.

## 6

¡Qué poca cosa son los argumentos ante un solo hecho que los desafíe!  
¡Cómo se marchita la magnificencia de los materiales con que se construyen las  
ciudades ante la mirada de un hombre o una mujer!  
Todo espera o permanece incompleto hasta que aparece un ser fuerte;  
un ser fuerte es la prueba de la raza y de la habilidad del universo:  
cuando él o ella aparece, se sobrecoge la materia,  
cesan las disputas sobre el alma,  
las viejas costumbres y expresiones se someten a revisión, y se apartan o se  
desechan.  
¿Qué son ahora vuestras ganancias?, ¿de qué sirven?  
¿Y vuestra respetabilidad?  
¿Qué son ahora vuestra teología, vuestra educación, vuestra sociedad, vuestras  
tradiciones, vuestros códigos?  
¿A dónde han ido vuestras burlas del ser?  
¿A dónde, vuestras objeciones al alma?

## 7

Un paisaje yermo cubre el yacimiento: contiene lo mejor, pese a su aspecto desagradable;  
ahí está la mina, ahí, los mineros,  
ahí, la forja, y el metal fundido, y los herreros, cerca, con las tenazas y los martillos;  
cerca está lo que siempre ha servido y sigue sirviendo.  
Nada ha servido mejor que esto, y ha servido a todos.  
Ha servido al griego, de palabra fácil y entendimiento sutil, y mucho antes del griego;  
ha servido para construir los edificios perdurables;  
ha servido al hebreo, al persa, al antiquísimo indostano;  
ha servido al que erigía túmulos en el Misisipí, ha servido a aquéllos cuyas reliquias se conservan en Centroamérica;  
ha servido para alzar templos en los bosques o las llanuras de Albión, con sus toscos pilares y sus druidas;  
ha servido para abrir cuevas enormes, altas, silenciosas, en las colinas nevadas de Escandinavia;  
ha servido a los que, en tiempos inmemoriales, grabaron en muros de granito esbozos del sol, la luna, las estrellas, los barcos y las olas;  
ha servido para despejar los caminos por los que irrumpieron los godos, ha servido a las tribus que se dedicaban al pastoreo y a los nómadas;  
ha servido al remoto celta, ha servido a los intrépidos piratas del Báltico;  
ha servido, antes que a ningún otro, a los venerables e inofensivos etíopes;  
ha servido para construir los timones de las galeras dedicadas al placer y también los de las destinadas a la guerra;  
ha servido para todas las grandes obras terrestres y para todas las grandes obras marinas;  
en la Edad Media y antes de la Edad Media;  
ha servido, entonces como ahora, no sólo a los vivos, sino también a los muertos.

## 8

Veo al verdugo europeo,  
enmascarado, vestido de rojo, de piernas enormes y brazos fuertes y desnudos:  
se apoya en un hacha pesada.  
(¿A quién acabas de matar, verdugo europeo?  
¿De quién es esa sangre, húmeda y pegajosa, que te ha salpicado?)

Veo los limpios ocasos de los mártires,  
veo a los fantasmas bajar de los patíbulos:  
fantasmas de señores muertos, de damas sin corona, de ministros inculcados, de  
reyes destronados,  
rivales, traidores, envenenadores, caudillos caídos en desgracia y tantos otros.  
Veo a los que, en todos los países, han muerto por la buena causa.  
La semilla es escasa, pero nunca dejará de haber cosecha.  
(No lo olvidéis, oh, reyes extranjeros, oh, sacerdotes: nunca dejará de haber  
cosecha).  
Veo lavar la sangre del hacha.  
Tanto la hoja como el mango quedan limpios.  
Ya no hacen saltar a chorros la sangre de los nobles europeos; ya no se abaten  
sobre el cuello de las reinas.  
Veo retirarse al verdugo: ahora es inútil.  
Veo el patíbulo mohoso, sin nadie; ya no hay hachas en él.  
Veo el poderoso y cordial emblema del poder de mi raza, la más joven y grande  
de las razas.

## 9

(¡América! No me jacto de mi amor por ti:  
tengo lo que tengo).  
¡Salta el hacha!  
El bosque, sólido, se expresa con fluidez.  
Caen sucesivamente, se elevan y cobran forma:  
cabaña, tienda de campaña, desembarcadero, inspección,  
mayal, arado, pico, palanca, pala,  
ripia, baranda, puntal, friso, jamba, listón, panel, gablete,  
ciudadela, techo, taberna, academia, órgano, museo, biblioteca,  
cornisa, espaldar, pilastra, balcón, ventana, torreón, pórtico,  
azada, rastrillo, horca, lápiz, carro, bastón, sierra, garlopa, mazo, cuña, asa de  
prensa,  
silla, cuba, fleje, mesa, postigo, aspa, marco corredizo, suelo,  
costurero, cofre, instrumento de cuerda, barca, marco y tantas otras cosas,  
capitolios de Estados y capitolio de la nación de los Estados,  
largas e imponentes filas de casas en las avenidas, orfanatos o asilos para pobres  
y enfermos,  
vapores y clípers de Manhattan midiéndose con todos los mares.  
¡Surgen las formas!

Las distintas formas de usar el hacha, y de quienes las blanden, y de cuanto los rodea,  
los que cortan la madera y los que la transportan al Penobscot o Kennebec<sup>[295]</sup>,  
los que viven en cabañas en las montañas de California, o a la orilla de lagunas, o en el Columbia,  
los que viven al sur, en las riberas del Gila<sup>[296]</sup> o del río Grande, y sus amistosos encuentros, los personajes y el entretenimiento,  
los que viven a lo largo del San Lorenzo, o al norte, en Canadá, o más abajo, en Yellowstone, los que viven en la costa y lejos de la costa,  
pescadores de focas, balleneros, marinos que se abren paso entre los hielos del Ártico.

¡Surgen las formas!

Formas de fábricas, arsenales, fundiciones, mercados,  
formas del doble hilo de las vías férreas,  
formas de las traviesas de los puentes, vastas estructuras, vigas, arcos,  
formas de las flotas de barcas, remolcadores y embarcaciones de lagos, canales y ríos,  
astilleros y diques secos en los mares orientales y occidentales, y en muchas bahías y lugares apartados,  
las sobrequillas de encina del sur, las tablas de pino, las vergas, las raíces de alerce para las curvaturas<sup>[297]</sup>,  
los propios barcos en ruta, las gradas de los andamios, los obreros atareados dentro y fuera,  
las herramientas esparcidas en derredor, el taladro grande y el taladro pequeño, la azuela, el perno, la cuerda, la escuadra, la gubia y el cepillo.

## 10

¡Surgen las formas!

La forma medida, aserrada, pulida, ensamblada, barnizada,  
la forma del ataúd que contendrá al muerto, amortajado,  
la forma moldeada en postes, los postes del armazón de la cama, los postes del lecho nupcial,  
la forma de la artesilla, la forma de los balancines que la sostienen, la forma de la cuna del niño,  
la forma de las tablas del suelo, la tablas del suelo para los pies de los bailarines,  
la forma de las tablas del hogar familiar, el hogar de los padres e hijos afectuosos,  
la forma del tejado del hogar de los jóvenes dichosos, hombre y mujer, el tejado que cobija al joven y a la joven felizmente casados,

el tejado que protege la cena gozosamente preparada por la casta esposa, y gozosamente tomada por el casto marido, satisfecho del trabajo de hoy.

¡Surgen las formas!

La forma del banquillo del acusado en el tribunal, y del hombre o la mujer que lo ocupan,

la forma de la barra de la taberna, en la que se apoyan el joven que bebe ron y el viejo que bebe ron,

la forma de la avergonzada e iracunda escalera, que conoce pasos furtivos,

la forma del artero sofá y de la pareja adúltera, indeseable,

la forma de la mesa de juego, con sus diabólicas pérdidas y ganancias,

la forma de la escala para el asesino convicto, el asesino demacrado, maniatado, y, a su lado, el alguacil y sus ayudantes, la multitud callada, empalidecida, y la soga colgando.

¡Surgen las formas!

Formas de puertas por las que entrar y salir,

la puerta queda paso al amigo con el que se ha roto, y que se marcha de prisa, abochornado,

la puerta que admite buenas noticias y malas noticias,

la puerta por la que el hijo, confiado hasta el engreimiento, abandonó el hogar,

la puerta por la que volvió a entrar, tras una larga y escandalosa ausencia, enfermo, derrotado, perdida la inocencia, sin recursos.

## **11**

Surge su forma,

menos protegida que nunca, pero más protegida que nunca,

la vulgaridad y la suciedad entre las que se mueve, no la vuelven vulgar ni sucia,

adivina el pensamiento al pasar, nada se le oculta,

pero no por eso es menos considerada o afectuosa,

es la bienamada, sin excepción: no tiene motivos para tener miedo, y no tiene miedo,

blasfemias, peleas, canciones de borrachos, obscenidades, le son indiferentes,

guarda silencio, es dueña de sí misma, no la ofenden,

las recibe como lo hacen las leyes de la Naturaleza, es fuerte,

también ella es una ley de la Naturaleza: ninguna otra es más fuerte.

## **12**

¡Surgen las formas principales!



Formas de la Democracia total, fruto de siglos,  
formas que siempre proyectan otras formas,  
formas de ciudades turbulentas y viriles,  
formas de los amigos y de la gente hospitalaria del mundo entero,  
formas que apuntalan la tierra, y apuntaladas por la tierra.

## Canto de la exposición<sup>[298]</sup>

### 1

(Ah, poco le importa al trabajador  
cuánto le acerca su trabajo a Dios,  
el Trabajador que derrocha amor en el tiempo y el espacio).  
Después de todo, no sólo crear, no sólo fundar,  
sino traer, acaso desde muy lejos, lo ya fundado,  
concederle nuestra identidad, nuestro promedio, ilimitado, libérrimo,  
infundir en la materia, basta y torpe, el vital fuego religioso,  
y no tanto para repeler o destruir, como para aceptar, fundir, rehabilitar,  
para obedecer y también para mandar, para seguir más que para guiar:  
éstas son las lecciones de nuestro Nuevo Mundo,  
¡aunque lleva tan poco siendo Nuevo, y tanto siendo el Viejo, Viejo Mundo!  
La hierba lleva mucho creciendo,  
la lluvia lleva mucho cayendo,  
el globo lleva mucho girando.

### 2

Ven, Musa, emigra de Grecia y Jonia,  
cancela, por favor, esas deudas pagadas con creces,  
aquel asunto de Troya y la cólera de Aquiles, las andanzas de Eneas y Ulises,  
pon letreros de «Se ha mudado» y «Se alquila» en las peñas de tu níveo Parnaso,  
y haz lo mismo en Jerusalén, coloca el cartel en lo alto de las puertas de Jaffa<sup>[299]</sup> y  
en el monte Moriá<sup>[300]</sup>,

e igual en las murallas de tus castillos en Alemania, Francia y España, y en tus colecciones italianas,  
porque has de saber que una esfera mejor, más fresca y activa, un dominio ancho e inexplorado, te espera, te reclama.

### 3

Receptiva a nuestra llamada,  
o más bien a su propio deseo, largamente acariciado,  
unida a una irresistible gravitación natural,  
¡viene! Oigo el roce de su túnica,  
aspiro la deliciosa fragancia de su aliento,  
observo su andar divino, sus ojos curiosos, que no dejan de moverse,  
en este mismo escenario.  
¡La dama de las damas! ¿He de creer, pues,  
que ninguno de aquellos antiguos templos y esculturas clásicas fue capaz de  
retenerla?  
¿Y que ni las sombras de Virgilio y Dante, ni una miríada de recuerdos, poemas y  
viejas asociaciones, han podido atraerla y aferrarse a ella,  
sino que a todos ha abandonado, y que está aquí?  
Sí, si me permitís que lo diga,  
yo, amigos míos, la distingo con claridad, ya que vosotros no:  
la misma alma inmortal de la expresión de la tierra, de la actividad, de la belleza,  
del heroísmo,  
llegada hasta aquí, tras todos sus avatares, concluidos los estratos de sus temas  
anteriores,  
ocultos, cubiertos por los estratos de hoy, cimientos de los de hoy,  
acabada, destruida por el tiempo, su voz junto a la fuente de Castalia<sup>[301]</sup>,  
muda la esfinge de Egipto, de labios partidos, mudas las tumbas que han burlado  
a los siglos,  
acabadas, para siempre jamás, las epopeyas de los caballeros con yelmo de  
Europa y Asia, extinguida la primitiva invocación de las musas,  
acallada para siempre la voz de Calíope, muertas Clio, Melpómene y Talía<sup>[302]</sup>,  
concluido el ritmo majestuoso de Una y de Oriana<sup>[303]</sup>, abandonada la busca del  
Santo Grial<sup>[304]</sup>,  
Jerusalén reducida a cenizas que dispersa el viento, extinta,  
las sombrías columnas, a medianoche, de los ejércitos cruzados, que se  
desvanecen con la aurora,

Amadís y Tancredo<sup>[305]</sup>, desaparecidos por completo, Carlomagno, Roldán y Oliverio<sup>[306]</sup>, desaparecidos, Palmerín<sup>[307]</sup>, el ogro, ido, desvanecidos los torreones que el Usk<sup>[308]</sup> reflejaba en sus aguas, desvanecido Arturo, con todos sus caballeros, Merlin y Lanzarote y Galahad<sup>[309]</sup>, todos desaparecidos, disueltos, como una exhalación. ¡Ha pasado! ¡Ha pasado! Nos ha abandonado, sin remisión, ese mundo otrora poderoso y ahora vacío, inanimado, fantasmal, ese mundo recamado, deslumbrante, extranjero, con sus maravillosas leyendas y mitos, sus reyes ufanos y sus castillos desafiantes, sus sacerdotes y señores de la guerra y damas de la corte, todos metidos en los osarios, en los ataúdes, con corona y armadura, ensalzados por las páginas floridas de Shakespeare, y llorados por el verso, triste y sedoso, de Tennyson<sup>[310]</sup>. Afirmo que veo, amigos míos, ya que vosotros no, a la ilustre emigrada (que, ciertamente, en su día, aunque siempre la misma, cambió, viajó mucho) acudir con presteza a esta cita, abrirse paso resueltamente, avanzar entre la confusión, sin que la descorazonen ni el estrépito de las máquinas ni los agudos pitidos de los silbatos de vapor, sin que la cohíban ni un ápice las tuberías de desagüe, los gasómetros, los fertilizantes artificiales, sonriente y feliz, con la palmaria intención de quedarse, ¡aquí está, instalada entre los trastos de cocina!

#### 4

Pero espera. ¿No estoy siendo maleducado? Te presento, Columbia<sup>[311]</sup>, a la extranjera; ¿para qué vivo sino para cantarla? En nombre de la libertad, ¡sé bienvenida, inmortal! Daos las manos y sed ya hermanas para siempre. ¡No tengas miedo, oh, Musa! En verdad, nuevas costumbres, nuevos días, te acogen, te rodean. Te seré franco: es una raza rarísima, de nuevo cuño, pero, a la vez, la misma raza humana de siempre, la misma por dentro y por fuera, con las mismas caras y los mismos corazones, con los mismos sentimientos y anhelos, con el mismo amor, con la misma belleza y las mismas costumbres.

No te censuramos, viejo Mundo, ni nos separamos, en realidad, de ti (¿se separaría un hijo de su padre?).

Te recordamos, te vemos aplicado a la construcción de tus deberes, de tu esplendor, a lo largo de los siglos.

Hoy construimos nosotros los nuestros.

Más formidable que las tumbas de Egipto,  
más hermosa que los templos griegos y romanos,  
más orgullosa que la catedral de Milán, con sus agujas y sus estatuas,  
más pintoresca que los torreones del Rin,  
planeamos construir ya, para que los supere a todos,  
tu gran catedral, la sagrada industria, que no será una tumba,  
sino una reserva, para siempre, de los inventos prácticos.

Como en una visión,

ahora, al cantarla, la veo alzarse, observo y profetizo, por fuera y por dentro,  
su heterogénea arquitectura.

Alrededor del palacio, más alto, más hermoso y más amplio que ninguno que  
haya habido hasta ahora,

la maravilla moderna de la Tierra, que supera a las siete de la historia  
y se eleva, grada tras grada, con fachadas de hierro y cristal,  
alegrando al sol y al cielo, matizada con los colores más vivos,  
bronce, lila, huevo de petirrojo, azul marino y carmesí,  
sobre cuya dorada cúpula ondearán, tras tu bandera, Libertad,  
las banderas de los Estados y de todos los países,  
y se arracimará una estirpe de palacios altos y hermosos, pero menores <sup>[312]</sup>.

Entre sus muros se iniciará cuanto promueva una vida humana perfecta:  
se probará, se enseñará, se perfeccionará, se exhibirá visiblemente.

No sólo las obras y productos del mundo, todo con lo que se comercia,  
se representará aquí: también a todos los trabajadores del mundo.

Allí podréis seguir el curso, en plena actividad,

en los cambiantes estados que determinan sus muchos movimientos prácticos, de  
los arroyos de la civilización,

la materia mudará de forma, ante vuestros ojos, como por arte de magia,

en casi todos los campos se recogerá algodón,

que se secará, limpiará, desmotará, embalará, hilará y convertirá en tela delante  
de vosotros,

veréis manos ocupadas en los procesos antiguos y en los procesos nuevos,

veréis los distintos granos, y hacer la harina, y a los panaderos hornear el pan,

veréis los minerales sin refinar de California y Nevada pasar por diferentes procesos hasta transformarse en lingotes, veréis al impresor disponer los tipos y aprenderéis qué es un componedor, observaréis, asombrados, cómo giran los cilindros de la rotativa<sup>[313]</sup> y cómo escupen, rápida y uniformemente, las hojas impresas, la fotografía, el modelo, el reloj, el alfiler, el clavo, serán creados ante vosotros. En grandes y tranquilas salas, un museo imponente os dará infinitas lecciones sobre los minerales; otro ilustrará los bosques, las plantas, la vegetación; otro, los animales, la vida animal y su evolución. Un edificio majestuoso será el auditorio de música; otros albergarán otras artes; el saber, las ciencias todas, estarán aquí: ninguna será desdeñada, sino todas honradas, atendidas, ejemplificadas.

## 6

(Éste, éste y éstos serán, América, *tus* pirámides y obeliscos, tu faro de Alejandría, tus jardines de Babilonia, tu templo de Olimpia).

Los muchos varones y hembras que no trabajan estarán aquí siempre ante los muchos que sí trabajan, con incalculables beneficios para ambos, y con gloria para todos.

Gloria a ti, América, y a ti, Musa Eterna.

¡Y aquí viviréis, poderosas Matronas!

En vuestra vasta heredad, mayor que cualquiera del pasado, cuyos ecos perdurarán por los siglos de los siglos en forma de cantos diferentes, entonados con más orgullo, más resueltos. La vida práctica, apacible, la vida del pueblo, el Pueblo mismo, se alzarán, se iluminarán, se bañarán en la paz, alborozado y seguro en la paz.

## 7

¡Nada de hablar de la guerra! ¡Y nada de guerra!

¡Que mi vista sobrecogida no contemple nunca más ese espectáculo de cadáveres ennegrecidos y mutilados!,

ese infierno desencadenado, esa incursión sangrienta, más propia de tigres salvajes, o de lobos de lengua larga, que de seres racionales.

En lugar de eso, acelerad las campañas de la industria con vuestros ejércitos indomables de ingenieros,

con vuestros pendones del trabajo ondeando al viento,  
con el son alto y claro de vuestros clarines.

¡Nada de viejos romances!

¡Nada de novelas, de enredos y comedias de cortes extranjeras!

Nada de versos de amor endulzados con rimas, de intrigas y amoríos de gandules,  
aptos sólo para banquetes nocturnos, en los que los bailarines bailan hasta el  
amanecer,

y abundan los placeres malsanos, y una minoría se disipa, extravagante,  
entre perfumes, calores y vino, bajo las deslumbrantes arañas.

A vosotras, sensatas y reverendas hermanas <sup>[314]</sup>,

alzo la voz para pedir os temas mejores para los poetas y para el arte,  
para exaltar el presente y lo real,

para revelar al hombre común la gloria de su paseo diario y su negocio,

para cantar que nunca hay que impedir el ejercicio y la vida química,

para el trabajo manual de todos y cada uno, arar, azadonar, cavar,

plantar árboles y cuidarlos, y también bayas, hortalizas y flores,

para que todos los hombres se preocupen por hacer algo, y todas las mujeres  
también,

para usar el martillo y la sierra (corte por la veta o al sesgo),

para cultivar la afición a la carpintería, a la albañilería, a la pintura,

para trabajar como sastre, modista, enfermera, mozo de cuadra, mozo de cuerda,

para inventar un poco, algo ingenioso, que ayude a lavar, a cocinar, a limpiar,

y para no considerar deshonroso dedicarse a estos menesteres.

Yo digo que hoy te traigo aquí, Musa,

todas las ocupaciones, todos los deberes, grandes y pequeños,

el trabajo, el saludable trabajo y el sudor, interminable, sin cesar,

los viejísimos fardos de la vida práctica, los intereses, las alegrías,

la familia, la paternidad, la infancia, el marido y la mujer,

las comodidades del hogar, el propio hogar y rodos sus enseres,

los alimentos y su conservación, la química que se aplica a este propósito,

todo cuanto conforma al hombre y a la mujer comunes, fuertes, completos, con

buena sangre, la personalidad longeva y perfecta,

y ayuda a que lleve una vida saludable y feliz, y moldea su alma

para la vida eterna y verdadera que ha de llegar.

Con las más recientes comunicaciones, obras y transportes del mundo,

la energía del vapor, las grandes líneas expresas, el gas, el petróleo,

estos triunfos de nuestro tiempo, el delicado cable del Atlántico,

el ferrocarril del Pacífico, el canal de Suez, los túneles del monte Cenis y del San

Gotardo y del Hoosac <sup>[315]</sup>, el puente de Brooklyn,

esta tierra atravesada por vías férreas, por barcos de vapor que recorren todos los mares,  
traigo nuestra redondez, el globo actual.

## 8

Y tú, América,  
tu descendencia descuella sobre todas las cosas, pero Tú la excedes todavía,  
con la Victoria a tu izquierda y a tu derecha la Ley;  
todo lo sostienes tú, Unión, todo lo fundes, lo absorbes, lo toleras:  
a ti, siempre a ti, yo te canto.  
Y tú, Mundo, tú también,  
con tus amplias geografías, múltiples, distintas, distantes,  
que reúnes en un solo idioma órbico y común,  
en un destino común e indivisible para Todos.  
Y, gracias a los hechizos que concedes a tus ministros leales,  
yo personifico aquí mis temas, y los convoco, para que desfilen ante ti.  
¡Contempla, América! (¡y tú, inefable huésped y hermana!)  
Por ti acuden en tropel tus aguas y tus tierras.  
¡Contempla! Tus campos y granjas, tus bosques y montañas lejanos,  
vienen como en procesión.  
Contempla el mar  
y, en su pecho ilimitado y palpitante, los barcos.  
Mira las manchas blancas de sus velas, henchidas al viento, en el verde y azul;  
mira el ajetreo de los vapores, entrando o saliendo del puerto;  
mira, oscuros y ondulantes, los largos penachos de humo.  
Contempla, en Oregón, allá lejos, al norte y al oeste,  
o en Maine, lejos también, al norte y al este, a tus alegres leñadores  
empuñar las hachas todo el día.  
Contempla, en los lagos, a tus pilotos al timón, a tus remeros,  
¡cómo doblan el fresno esos brazos musculosos!  
Y ahí, junto a la fragua, y ahí, junto al yunque,  
contempla a tus fornidos herreros blandir los mazos,  
levantarlos con decisión y dejarlos caer luego con alegre estruendo,  
como una risa tumultuosa.  
Observa el espíritu inventivo por todas partes, la rapidez con que patentas,  
tus talleres y fundiciones, uno tras otro, construidos o en construcción.  
Mira hasta dónde llegan las llamas de las chimeneas.  
Observa tus granjas interminables, al Norte y al Sur,

tus opulentas hijas, los estados orientales y occidentales,  
los diversos productos de Ohio, Pensilvania, Misuri, Georgia, Texas y los demás,  
tus cosechas infinitas de heno, trigo, azúcar, aceite, maíz, arroz, cáñamo y lúpulo,  
tus graneros a rebosar, los inacabables trenes de carga y los almacenes colmados,  
la uva madura en la viña, las manzanas en la huerta,  
la madera, la carne de vaca, la carne de cerdo, las patatas, el carbón, el oro y la  
plata, incalculables,  
el hierro inagotable en las minas.  
¡Todo es tuyo, oh, sagrada Unión!  
Barcos, granjas, tiendas, graneros, fábricas, minas,  
ciudades y estados, Norte, Sur, lo individual y lo colectivo,  
¡todo, Madre venerada, te lo dedicamos a ti!  
¡Tú, protectora absoluta!, ¡tú, baluarte de todos!,  
porque sabemos bien que, mientras tú das a todos y a cada uno (generosa como  
Dios),  
sin ti nadie, ni tierra, hogar,  
barco, mina o cosa alguna, estarían hoy seguros,  
ni nada, ni nunca, estaría seguro.

## 9

¡Y tú, Emblema que flameas por encima de todo!  
Delicada belleza, unas palabras para ti (podría ser saludable).  
Recuerda que tu soberanía nunca ha sido tan indiscutida como hoy.  
Te he observado en otros paisajes, bandera.  
No tan elegante, ni plena, ni florecida en pliegues de seda inmaculada  
te he visto, sino hecha jirones en el mástil astillado,  
o aferrada con desesperación al pecho de un joven portaestandarte,  
objeto de una lucha encarnizada, a vida o muerte, durante mucho tiempo,  
entre el tronar de los cañones y las maldiciones y los gemidos y los gritos, y el  
agudo crepitar de las descargas de fusilería,  
y las masas de hombres moviéndose como demonios, y las vidas expuestas al  
peligro como si no valieran nada;  
lo que quedaba de ti estaba manchado de barro y hollín, empapado de sangre.  
Para eso, belleza mía, para que pudieras coquetear ahí arriba, como ahora,  
segura,  
he visto caer a muchos hombres buenos.  
¡Ahora este lugar y todas estas cosas y la paz futura son tuyos, oh, Bandera!



¡Y este lugar y cuantos sean en el futuro son para ti, oh, Musa universal!, ¡y tú para ellos!

¡Y este lugar y cuantos sean en el futuro, oh, Unión, el trabajo y los trabajadores, tuyos!

Que nadie se separe de ti: desde ahora, ya sólo Uno, nosotros y tú (porque la sangre de los hijos, ¿qué es: sólo la sangre materna?

Y las vidas y los trabajos, ¿qué son, a fin de cuentas, sino los caminos que conducen a la fe y a la muerte?).

Enumeramos nuestras inconmensurables riquezas: son para ti, querida Madre; hoy las poseemos indisolublemente contigo.

No pienses que nuestro canto, que nuestra exhibición, son productos groseros o destinados al lucro: ¡son para ti, para el alma que encierras, eléctrica, espiritual!

Nuestras granjas, inventos, cosechas, ¡los poseemos en ti!, ¡ciudades y estados en ti!

¡Nuestra libertad entera se contiene en ti!, ¡nuestras propias vidas, en ti!

## Canto de la secuoya

### 1

Un canto de California,  
una alusión profética, un pensamiento impalpable para ser inspirado como el aire,  
un coro de dríades que se desdibuja, que desaparece, o de hamadríades<sup>[316]</sup>, que desaparece,

un voz de gigante surgida del cielo y la tierra, que murmura, fatídica,  
la voz de un poderoso árbol moribundo en el denso bosque de secuoyas.

*Adiós, hermanos míos,*

*Adiós, oh, tierra y cielo, adiós, aguas vecinas,  
mi hora ha llegado, se ha cumplido el plazo.*

En la costa septentrional,

tras las playas ceñidas por rocas y cuevas,

en el aire salobre del mar, en el país de Mendocino<sup>[317]</sup>,

con el ronco y grave acompañamiento del oleaje,

con el crepitar de los hachazos que asestan brazos vigorosos, y que suenan como música,  
hendido hasta el fondo por las afiladas lenguas de las hachas, en el denso bosque de secuoyas,  
oí al poderoso árbol entonar su canto fúnebre.  
Los leñadores no lo oyeron: no hubo eco en las chabolas<sup>[318]</sup> del campamento, los carreteros y los cadeneros y los que manejaban el gato de tornillo, cuyo oído es muy fino, no lo oyeron, cuando los espíritus del bosque abandonaron sus guaridas milenarias para corear el estribillo,  
pero yo sí lo oí, con claridad, en el alma.  
Sus miríadas de hojas murmuraban desde la copa altísima, a doscientos pies del suelo, y también su tronco y sus gruesas ramas, y su corteza de un pie de espesor, ese canto de las estaciones y el tiempo, un canto no sólo del pasado, sino del futuro.

*Vida mía aún no revelada,  
y vosotros, placeres venerables e inocentes,  
perenne, resistente vida mía, que ha conocido el placer bajo la lluvia y el sol de muchos veranos,  
y la blanca nieve y la noche y las ventiscas;  
oh, grandes placeres, recios y pacientes, intensos placeres de mi alma, desdeñados por el hombre  
(pues sabed que tengo alma, que me es adecuada, y que también tengo conciencia, identidad,  
y que la tienen las montañas y las rocas, y la tierra toda),  
placeres de la vida que nos son adecuados, a mí y a mis hermanos,  
nuestra hora ha llegado, el plazo se ha cumplido.  
Pero no cedamos a la tristeza, majestuosos hermanos,  
nosotros, que hemos vivido con grandeza nuestra vida;  
con la serena satisfacción de la Naturaleza, con enorme y tácito deleite,  
damos la bienvenida a aquéllos por los que hemos trabajado en el pasado,  
y les dejamos el campo libre.  
Por ellos, anunciados hace mucho tiempo,  
por una raza soberbia, para que también ellos vivan con grandeza su vida,  
por ellos abdicamos, ¡en ellos nosotros, oh, reyes del bosque!,  
en ellos este cielo y este aire, estas cumbres, Shasta, Nevadas<sup>[319]</sup>,  
estos precipicios inmensos, escarpados, esta amplitud, estos valles, el lejano Yosemite;*

*en ellos serán absorbidos, asimilados.*

*Después, con más noble acento,  
con más orgullo aún, más extático, se elevó el canto,  
como si los herederos, las deidades de Occidente,  
se le unieran con voz magistral.*

*Ni pálidas, como si descendieran de los fetiches de Asia,  
ni rojas, como si surgiesen del viejo matadero dinástico de Europa  
(territorio de confabulaciones asesinas para hacerse con los tronos, en el que todo  
huele a guerra y a patíbulo),  
sino nacidas de los prolongados e inofensivos dolores de la Naturaleza, y  
pacíficamente construidas después,  
estas tierras vírgenes, tierras de la costa occidental,  
al hombre nuevo, culminante, a ti, nuevo imperio,  
prometido hace mucho tiempo, te las ofrecemos, te las dedicamos.*

*Vosotros, deseos ocultos;*

*tú, común hombría espiritual, meta de todo, que en ti misma hallas el equilibrio, y  
que dictas la ley, en lugar de acatarla;*

*tú, divina feminidad, señora y fuente de todo, de donde surgen la vida y el amor, y  
todo lo que procede de la vida y el amor;*

*tú, invisible esencia moral de la infinita materia de América (que, era tras era, se  
afana en la muerte igual que en la vida)*

*tú que, a veces conocida, pero más a menudo desconocida, das forma y moldeas,  
en verdad, al Nuevo Mundo, y lo adaptas al Tiempo y al Espacio,*

*tú, voluntad nacional oculta en los abismos, escondida pero siempre alerta;*

*vosotros, propósitos pasados y presentes tenazmente perseguidos, inconscientes  
acaso de vosotros mismos,*

*pero que nunca os desviáis por errores pasajeros, por las perturbaciones de la  
superficie;*

*tú, germen vital, universal, inmortal, subyacente en todos los credos, artes, leyes y  
literaturas,*

*construid aquí, para siempre, vuestro hogar, estableceos aquí, ocupad este lugar,  
estas tierras de la costa occidental,*

*que os ofrecemos, que os dedicamos.*

*Para que el hombre que nazca de vosotros, de vuestra raza característica,*

*sea aquí fuerte y benigno, y crezca como un gigante, y se equipare en tamaño a la  
Naturaleza,*

*y alcance los espacios vastos, puros, ilimitados, no ceñidos por muro o techo  
alguno,*

*y ría cuando arrecie la tormenta o brille el sol, aquí goce y aquí se acostumbre, con paciencia, aquí atienda a sí mismo, y se desarrolle a sí mismo (sin atender a fórmulas ajenas), aquí ocupe su tiempo, para caer cuando deba, para contribuir, despreocupado por fin, para desaparecer, para servir.*

Así, en la costa septentrional, con el eco de las voces de los carreteros, y el sonido metálico de las cadenas, y la música de las hachas de los leñadores, y los troncos y ramas que caen, el estruendo, el grito sofocado, el gemido, estas palabras, mezcladas, salidas de la secuoya, como si fueran voces antiquísimas que susurraran, en éxtasis, y las dríades, centenarias e invisibles, que se retiran, cantando, y abandonan sus escondites en los bosques y las montañas, de la cordillera de la Cascada a la de Wahsatch<sup>[320]</sup>, o al lejano Idaho, o a Utah, rindiéndose a las deidades de la modernidad, el coro y las señales, las perspectivas de la humanidad inminente, los asentamientos, los rasgos todos, en los bosques de Mendocino percibí.

## 2

El espectáculo de California, deslumbrante, áureo, la escena súbita y fastuosa, las tierras inabarcables, bañadas por el sol, las que se extienden, variopintas, desde el estrecho de Puget hasta el sur de Colorado, las acariciadas por el aire más suave, más puro, más saludable, los valles y despeñaderos, los campos de la Naturaleza roturados hace tiempo y en barbecho, la química, cíclica y silenciosa, el lento y sostenido sucederse de las eras, la maduración de la superficie vacante, la formación subterránea de las riquísimas vetas, hasta que llega, por fin, lo Nuevo, se hace cargo, toma posesión, y una raza laboriosa, hormigueante, se establece por todas partes y lo organiza todo: arriban los barcos de todas partes del mundo, y zarpan con destino a todas partes del mundo, la India, y China, y Australia, y los miles de islas paradisiacas del Pacífico,

ciudades populosas, los inventos más recientes, los vapores fluviales, los trenes, muchísimas granjas prósperas, con maquinaria, y lana, y trigo, y uva, y el oro extraído de la tierra.

### 3

Pero vosotras, tierras de la costa occidental, atesoráis mucho más (lo anterior no son sino medios, instrumentos, la base).

Veo en vosotras la promesa cierta, aunque hasta ahora postergada, de milenios, la promesa que se ha de cumplir: nuestra especie común, la raza.

Una nueva sociedad, por fin, cuyo correlato es la Naturaleza:

en el hombre nacido de vosotras, más que vuestras cumbres o vuestros robustos árboles imperiales;

en la mujer, más, mucho más que todo vuestro oro o vuestras vides, más aún que el aire, vital.

Recién llegado, en efecto, a un mundo nuevo, pero roturado hace tiempo, veo al genio de lo moderno, hijo de lo real y lo ideal,

desbrozar el suelo para que la ancha humanidad, la verdadera América, heredera de un pasado tan glorioso,

construya un futuro más glorioso todavía.

## Canto a las ocupaciones

### 1

¡Un canto a las ocupaciones!

En el trabajo de las máquinas, y en el desempeño de los oficios, y en el laboreo de los campos, yo encuentro los desarrollos, encuentro los significados eternos.

¡Trabajadores y Trabajadoras!

Aunque desplegara cabalmente todos los conocimientos prácticos y ornamentales que he adquirido, ¿qué significaría eso?

Aunque fuese como el director del colegio, el propietario caritativo, el estadista sabio, ¿qué significaría eso?

Aunque fuera para vosotros como el patrono que os emplea y os paga, ¿os  
satisfaría eso?

Los instruidos, virtuosos, benevolentes, y los términos habituales;  
alguien como yo, y los términos habituales, nunca.

Ni siervo ni amo soy.

No me decanto por lo caro ni por lo barato, sino por lo mío, me disfrute quien me  
disfrute.

Estaré en paz contigo y tú estarás en paz conmigo.

Si trabajas en una tienda, estoy tan cerca de ti como el que más;

si le regalas algo a tu hermano o a tu mejor amigo, yo exijo lo mismo que tu  
hermano o tu mejor amigo;

si tu amante, marido, mujer, es bienvenido de día o de noche, yo también he de  
serlo;

si te degradas, cometes un crimen o caes enfermo, lo mismo haré yo por amor a  
ti;

si tú recuerdas tus actos imprudentes y delictivos, ¿crees que no puedo recordar  
yo mis actos imprudentes y delictivos?;

si te emborrachas a la mesa, yo me emborracharé al otro extremo de la mesa;

si tropiezas con un extraño por la calle, y te enamoras de él o de ella, bueno, yo  
también tropiezo a menudo con extraños por la calle, y me enamoro de ellos.

Y bien, ¿qué has pensado de ti?

¿Has sido tú el que se ha tenido en menos?

¿Has sido tú el que ha considerado al Presidente superior a ti?

¿O a los ricos más ricos que tú? ¿O a los instruidos más sabios que tú?

(Porque estés sucio o tengas granos, o porque te hayas emborrachado una vez, o  
porque hayas robado,

o porque estés enfermo, o seas reumático, o una prostituta,

o frívolo, o impotente, o porque carezcas de instrucción y nunca hayas visto tu  
nombre en letras de molde,

¿te consideras menos inmortal?).

## 2

¡Almas de hombres y mujeres! No es a vosotras a quienes llamo invisibles,  
inaudibles, intangibles e incapaces de tocar;

no es con vosotras con quienes discuto los pros y contras, para determinar si  
estáis vivas o no;

confieso públicamente quiénes sois, aunque nadie más lo confiese.

Veo a adultos, adolescentes y niños, de este país y de todos los países, al aire libre  
o bajo techo, a uno igual que a cualquier otro,  
y a todo lo demás, detrás o a su través.  
La esposa, ni un ápice inferior al marido;  
la hija, tan buena como el hijo;  
la madre, tanto como el padre.  
Prole de los ignorantes y los pobres, jóvenes aprendices de oficios,  
mozos de granja y viejos de granja,  
marineros, comerciantes, pobladores de las costas, inmigrantes,  
a todos los veo, de cerca y de lejos, igual:  
ninguno se me escapará, y ninguno deseará escapárseme.  
Os traigo lo que tanto necesitáis y, sin embargo, tenéis.  
No es dinero, ni amores, ni ropa, ni comida, ni erudición, aunque valga lo mismo,  
y no mando a ningún agente o intermediario, no ofrezco nada que represente su  
valor, sino el valor mismo.  
Hay algo que le llega a uno ahora y siempre.  
No es algo que se haya impreso, predicado o debatido: elude el debate y la  
imprensa.  
No es algo para poner en un libro, y no está en este libro.  
Es para ti, seas quien seas, tan cerca de ti como tu propio oído, o tu vista:  
lo sugiere lo más próximo, lo más común, lo más accesible: eso lo provoca  
siempre.  
Aunque leas en muchos idiomas, no leerás nada al respecto;  
aunque leas la alocución del Presidente, tampoco leerás nada sobre ello,  
ni en los informes del Departamento de Estado o del Tesoro, ni en la prensa diaria  
o semanal,  
ni en el censo o las declaraciones de renta, los precios vigentes o los recuentos de  
existencias.

### 3

El sol y las estrellas que flotan en el aire,  
la Tierra, con forma de manzana, y nosotros en ella: su deriva es grandiosa, sin  
duda.  
No sabría calificarla, salvo de grandiosa, y que es la felicidad,  
y que el designio oculto que explica que estemos aquí no es una elucubración, ni  
un chiste, ni una probatura,  
ni algo que, si nos acompaña la suerte, quizá salga bien o, sin ella, sea un fracaso,  
o que, ante cierta contingencia, pueda retirarse.

La luz y la sombra, la extraña sensación del cuerpo y la identidad, la codicia que, con perfecta complacencia, todo lo devora, el orgullo y la expansión infinitos del hombre, sus indecibles alegrías y pesares, la maravilla que advertimos en todos los que vemos, y las maravillas que ocupan, para siempre, cada instante,

¿en cuánto los has estimado, *camerado*?

¿Los has estimado en lo mismo que tu oficio o tu trabajo en la granja? ¿O que los beneficios de tu establecimiento?

¿O para procurarte una posición? ¿O para entretener el ocio de un caballero, o el de una dama?

¿Se te ha ocurrido acaso que el paisaje haya cobrado sustancia y forma para ser pintado en un cuadro?

¿O los hombres y mujeres, para que escriban sobre ellos, o para que les compongan canciones?

¿O la fuerza de la gravedad, y las grandes leyes y las armoniosas combinaciones y los fluidos del aire, para ser asuntos de sabios?

¿O la tierra oscura y el mar azul, para que los representen mapas y cartas?

¿O las estrellas, para que las agrupen en constelaciones y les den nombres fantásticos?

¿O que el crecimiento de las semillas sea para integrar tablas agrícolas, o la agricultura misma?

A las viejas instituciones, a estas artes, bibliotecas, leyendas, colecciones, y a la práctica depositada en los productos manufacturados, ¿les daremos un valor tan alto?

¿Daremos un alto valor a nuestro dinero y nuestros negocios? No tengo ninguna objeción:

les doy el valor más alto posible. Sin embargo, a un niño nacido de una mujer y un hombre le doy un valor más allá de todo valor.

Creíamos que nuestra Unión era grandiosa, que nuestra Constitución era grandiosa.

No digo que no sean grandiosas y buenas, porque lo son.

Hoy sigo tan enamorado de ambas como tú,

y también de Ti, y de todos mis semejantes sobre la faz de la tierra.

Consideramos divinas las biblias y religiones. No digo que no sean divinas; digo que todas han surgido de ti, y que pueden seguir surgiendo de ti.

No son ellas las que dan vida, sino tú.

Las hojas no brotan menos de los árboles, o los árboles de la tierra, que de ti.



## 4

Acumulo en ti, seas quien seas, la suma de toda reverencia conocida.  
El Presidente está allí, en la Casa Blanca, por ti; no eres tú el que está aquí por él.  
Los Secretarios trabajan en sus despachos para ti; no tú, aquí, para ellos.  
El Congreso se reúne cada mes Duodécimo por ti.  
Las leyes, los tribunales, la organización de los estados, las actas fundacionales de las ciudades, el ir y venir del comercio y el correo: todo es para ti.  
Tomad nota, queridos estudiosos:  
las doctrinas, la política y la civilización surgen de ti;  
las esculturas y los monumentos y cualquier cosa inscrita en cualquier parte se corresponden contigo;  
lo esencial de la historia y las estadísticas, hasta donde alcanzan los registros, está ahora en ti, igual que los mitos y los relatos.  
Si tú no estuvieras ahora aquí, respirando, andando, ¿dónde estarían ellos?  
Los poemas más renombrados serían ceniza; las plegarias y las obras de teatro estarían vacías.  
La arquitectura es en lo que la conviertes al mirarla  
(¿pensabas que consistía en piedras blancas o grises?, ¿o en las líneas de los arcos y las cornisas?).  
La música es lo que se despierta en ti cuando te lo recuerdan los instrumentos;  
no son los violines ni las cornetas, no es el oboe ni la percusión, no es la partitura cuya melodiosa romanza canta el barítono, ni la del coro masculino, ni la del coro femenino:  
está más cerca y más lejos que ellos.

## 5

¿Volverá entonces el todo?  
¿Podemos apreciar indicios de lo mejor mirándonos al espejo? ¿No hay nada más, ni mayor?  
¿Está todo ahí contigo, con el alma mística e invisible?  
Extraña y difícil, esta verdad paradójica doy.  
Los objetos más burdos y el alma invisible son uno.  
Construir casas, tomar medidas, serrar tablones,  
herrar, soplar el vidrio, fabricar clavos o toneles, techar con metal, enmaderar,  
armar barcos, construir muelles, salar el pescado, que los albañiles pavimenten las aceras,

la bomba, el martinete, la gran torre de perforación, el horno de carbón y el horno de ladrillos,  
minas de carbón y cuanto contienen, lámparas que brillan en la oscuridad, ecos, canciones, reflexiones, vastos pensamientos primigenios que asoman a rostros tiznados,  
fundiciones, fraguas en las montañas o en las riberas de los ríos, hombres alrededor que comprueban la aleación con pértigas gigantescas, masas de mineral, la combinación exacta de mineral, piedra caliza y carbón,  
el alto horno y el horno de pudelar, la masa que aparece, por fin, al fondo de la mezcla, el taller de laminación, los gruesos lingotes de hierro, el raíl en forma de T, sólido, perfectamente moldeado, para las vías férreas,  
almazaras, sederías, fábricas de albayalde, el ingenio azucarero, sierras a vapor, los grandes molinos y establecimientos industriales,  
labrar la piedra, piezas elegantes para fachadas o dinteles de puertas o ventanas, el mazo, la gradina, el protector del pulgar,  
el calador, el caldero de cemento hirviente y el fuego que lo alimenta, la paca de algodón, el gancho del estibador, el serrucho y el banquillo del aserrador, el molde del moldeador, el cuchillo del matarife, la sierra para el hielo y todo el trabajo que requiere el hielo,  
la tarea y las herramientas del aparejador de barcos, del engarrafador, del fabricante de velas, del fabricante de poleas,  
artículos de gutapercha, de cartón piedra, pinturas, brochas, fabricación de brochas, los útiles del vidriero,  
la chapa y el bote de cola, los adornos del pastelero, el decantador y las copas, las tijeras y la plancha,  
la lezna y la rodillera, la medida de una pinta y la medida de un cuarto <sup>[321]</sup>, el mostrador y el taburete, la pluma de escribir, de pluma o de metal, la fabricación de toda clase de herramientas cortantes,  
la cervecería, la elaboración de cerveza, la malta, las cubas, todo lo que hacen los cerveceros, los vinicultores, los vinagreros,  
curtir el cuero, construir carrromatos, fabricar calderas, trenzar cuerdas, destilar, pintar letreros, cocer cal, recoger algodón, galvanizar, imprimir por electrotipia o estereotipia,  
máquinas de hacer duelas, cepilladoras, segadoras, aradoras, trilladoras, carros a vapor,  
el carro del carretero, el ómnibus, el pesado carretón,  
la pirotecnia, disparar, por la noche, fuegos de artificio multicolores, fantásticas figuras y surtidores,

carne de vaca en el puesto del carnicero, el matadero en el que trabaja, el carnicero con la ropa de faena,  
las porquerizas, el mazo de matar cerdos, los ganchos de los que cuelgan, la cuba de escaldar, destriparlos, la cuchilla del carnicero, el mazo del envasador y el abundante trabajo que supone, en invierno, envasar la carne de cerdo,  
molinos de harina, moler el trigo, el centeno, el maíz, el arroz, los barriles normales y los barriles de tres cuartos, las barcazas cargadas, los montones enormes en los muelles y malecones,  
los hombres y el trabajo de los hombres en los transbordadores, los ferrocarriles, las embarcaciones de cabotaje, los pesqueros, los canales,  
la rutina diaria de tu vida, o de la vida de cualquiera, la tienda, el taller, el almacén o la fábrica,  
los espectáculos siempre al alcance, de día y de noche, ¡trabajador, seas quien fueres, tu vida cotidiana!  
En ella y en ellos radica buena parte del peso; en ella y en ellos, mucho más de lo que habías calculado (y mucho menos también);  
en ellos, realidades para ti y para mí; en ellos, poemas para ti y para mí;  
en ellos, no tú mismo: todo lo abarcáis tú y tu alma, con independencia de su valor;  
en ellos, el desarrollo adecuado; en ellos, todos los temas, indicios, posibilidades.  
Yo no afirmo que lo que veas más allá sea fútil, no te aconsejo que pares, no digo que lo que te haya guiado, y que creías magnífico, no sea magnífico. Sólo digo que nada conduce a nada mayor que a lo que conduce todo esto.

## 6

¿Vais a buscar muy lejos? Acabaréis por volver, seguro.  
En lo que conozcáis mejor encontraréis lo mejor, o casi equiparable a lo mejor; en los más allegados encontraréis a los más cariñosos, a los más fuertes, a quienes os aman con más devoción;  
la felicidad, el conocimiento: no en otro lugar, sino en este lugar, no en otra hora, sino en esta hora;  
el hombre, en el primero que veáis o toquéis, siempre el amigo, el hermano, el vecino de al lado, y la mujer, en la madre, la hermana, la esposa;  
los gustos y las ocupaciones populares tendrán preferencia en los poemas, y en todas partes;  
vosotros, hombres y mujeres trabajadores de estos Estados, sois dueños de vuestra propia vida, recia y divina,  
y todo lo demás cede su lugar a hombres y mujeres como vosotros.

Cuando cante el salmo en lugar del cantor,  
cuando predique la escritura en lugar del predicador,  
cuando descienda el púlpito y ocupe el lugar del escultor que haya tallado el  
facistol,  
cuando pueda yo tocar el cuerpo de los libros de día o de noche, y cuando ellos  
puedan tocar el mío también,  
cuando un curso universitario sea tan convincente como una mujer y un niño  
dormidos,  
cuando el oro amonedado del sótano sonría como la hija del vigilante nocturno,  
cuando los títulos de propiedad holgazaneen, sentados delante de mí, y sean  
compañeros afectuosos,  
pienso tenderles la mano y considerarlos igual que considero a los hombres y  
mujeres como vosotros.

## **Canto de la tierra que gira**

### **1**

Canto de la tierra que gira, y de las palabras concordantes.

¿Acaso pensabas que ésas eran las palabras, esas líneas verticales, esas curvas,  
esos ángulos, esos puntos?

No, ésas no son las palabras: las palabras sustanciales están en la tierra y el mar,  
están en el aire, están en ti.

¿Acaso pensabas que ésas eran las palabras, los deliciosos sonidos que salen de  
las bocas de tus amigos?

No: las verdaderas palabras son más deliciosas que ellos.

Los cuerpos humanos son palabras, miríadas de palabras

(en los mejores poemas reaparece el cuerpo, del hombre o de la mujer, bien  
moldeado, natural, alegre;

todos sus miembros son aptos, activos, receptivos, sin vergüenza ni necesidad de  
sentirla).

Aire, tierra, agua, fuego: éstas son las palabras.

Ellas y yo somos una sola: mis cualidades se compenetran con las tuyas; mi  
nombre no les dice nada.

Aunque se pronunciara en tres mil idiomas distintos, ¿qué sabrían aire, tierra, agua y fuego de mi nombre?

Una presencia sana, un gesto de amistad o de mando, son palabras, dichos, significados.

El mero placer que suscita el aspecto de algunos hombres y mujeres también son palabras, significados.

La configuración de las almas es obra de esas inaudibles palabras de la tierra. Los maestros conocen las palabras de la tierra y las usan más que las palabras audibles.

Mejorar es una de las palabras de la tierra.

La tierra ni se retrasa ni se apresura.

Posee todos los atributos, crecimientos y efectos, latentes en ella desde el impulso inicial.

No es sólo hermosa a medias: sus defectos y excrecencias revelan tanto como sus perfecciones.

La tierra no retiene: es generosa.

Las verdades de la tierra siempre aguardan, sin ocultarse demasiado.

Tienen calma, son sutiles y no se pueden transmitir por escrito: lo imbuyen todo y se comunican por sí mismas de buen grado, sugiriendo un sentimiento y una invitación. Yo digo y digo, pero no hablo. Y, si no me oyes, ¿de qué te sirvo?

Engendrar, perfeccionar: si no lo hago, ¿de qué sirvo?

*(Accouche! Accouchez*<sup>[322]</sup>*!*

¿Permitirás que tu propio fruto se pudra dentro de ti?  
¿Te agacharás y te ahogarás ahí?)

La tierra no discute,  
no es patética, ni tiene planes,  
no grita, no se apresura, no persuade, ni amenaza, ni promete,  
no discrimina, no padece comprensibles fracasos,  
no cierra nada, no rechaza nada, no excluye a nadie,  
da cuenta de todos los poderes, objetos y estados, no excluye a ninguno.

La tierra no se exhibe ni rehúsa exhibirse, y posee,  
bajo los sonidos ostensibles, bajo el augusto coro de los héroes y el lamento de los esclavos,  
bajo las persuasiones de los amantes, las maldiciones, las boqueadas de los moribundos, la risa de los jóvenes, los acentos de los vendedores,  
bajo todo esto, palabras infalibles.

Para sus hijos, las palabras de la gran madre elocuente y muda son infalibles.

Las verdaderas palabras son infalibles, porque lo es el movimiento y lo es la reflexión.

También el día y la noche son infalibles, y el viaje que hemos emprendido.

De las hermanas interminables,

de los incesantes cotillones de hermanas,

de las hermanas centrípetas y centrífugas, las mayores y menores,

la hermosa hermana que conocemos sigue bailando con las demás<sup>[323]</sup>.

Dando la espalda, ancha, a cuantos la miran,

con las fascinaciones de la juventud y las iguales fascinaciones de la vejez,

se sienta aquélla a la que amo, como todos; se sienta, imperturbable,

con lo que parece un espejo en la mano, por el que mira lo que sucede detrás.

Mira, sentada, sin invitar a nadie, sin rechazar a nadie,

con un espejo ante los ojos, incansable, día y noche.

Vistas de cerca o vistas de lejos,

puntualmente aparecen las veinticuatro cada día en público,

puntualmente se acercan y se van, con sus acompañantes, o con un acompañante.

No son sus semblantes los que miran, sino los de quienes están con ellas,

los semblantes de las mujeres o los niños, o los semblantes masculinos,

los francos semblantes de los animales o los seres inanimados,

el paisaje o las aguas o la exquisita aparición del cielo,

nuestros semblantes, el mío y el tuyo, cuya imagen devuelven fielmente.

Cada día, sin falta, aparecen en público, pero nunca dos veces con el mismo acompañante.

Abrazando al hombre, abrazándolo todo, proceden los trescientos sesenta y cinco, irresistiblemente, alrededor del sol;

abrazándolo todo, con su alivio, con su sostén, les siguen, muy de cerca, trescientos sesenta y cinco descendientes de los primeros, tan seguros y necesarios como ellos.

Dando tumbos, pero avanzando con firmeza, sin miedo a nada,

soportando, atravesando, transportando eternamente la luz del sol, la tormenta, el frío y el calor,

heredando la comprensión y la determinación del alma,

penetrando y dividiendo el fluido vacío que lo rodea y hacia el que se dirige,

sin que lo retrase impedimento alguno, sin anclar ningún ancla, sin estrellarse contra arrecife alguno,

veloz, alegre, satisfecho, sin privación ni pérdida,

capaz de todo y listo para rendir cuentas en cualquier momento,

el divino barco surca el mar divino.

## 2

¡Quienquiera que seas! El movimiento y la reflexión te están destinados.

El divino barco surca el divino mar por ti.

¡Quienquiera que seas! Tú eres el hombre o la mujer por los que la tierra es sólida y líquida;

tú eres el hombre o la mujer por los que el sol y la luna cuelgan del cielo;

para nadie más que para ti son el presente y el pasado;

para nadie más que para ti es la inmortalidad.

Cada hombre para sí y cada mujer para sí: ésa es la palabra del pasado y del presente, y la verdadera palabra de la inmortalidad;

nadie puede adquirir por otro, nadie;

nadie puede crecer por otro, nadie.

La canción es para el cantor, y vuelve sobre todo a él;

la enseñanza es para el maestro, y vuelve sobre todo a él;

el asesinato es para el asesino, y vuelve sobre todo a él;

el robo es para el ladrón, y vuelve sobre todo a él;

el amor es para el amante, y vuelve sobre todo a él;

el regalo es para quien lo da, y vuelve sobre todo a él, infaliblemente;

el discurso es para el orador, la actuación es para el actor y la actriz, no para la audiencia;

y no hay hombre que entienda otra grandeza o bondad que la suya, o su indicio.

## 3

Juro que la tierra estará completa, ciertamente, para el hombre o la mujer que estén completos.

La tierra sólo está mellada, rota, para el hombre o la mujer que estén mellados y rotos.

Juro que no hay grandeza ni poder que no emulen a los de la tierra.

No puede haber teoría plausible, si no corrobora la teoría de la tierra.

No puede haber política, canto, religión, comportamiento, o lo que sea, plausible, si no se compara con la amplitud de la tierra,

si no afronta la exactitud, vitalidad, imparcialidad y rectitud de la tierra.

Juro que empiezo a ver el amor con espasmos más dulces que el que corresponde al amor,

ése que a sí mismo se contiene, que nunca invita y nunca rechaza.

Juro que empiezo a percibir poco o nada en las palabras audibles.

Todo confluye para presentar los significados nunca dichos de la tierra;

todo confluye en quien canta las canciones del cuerpo y de las verdades de la tierra,  
en quien elabora los diccionarios de palabras que la imprenta es incapaz de tocar.  
Juro que veo lo que es mejor que decir lo mejor:  
dejar siempre lo mejor sin decir.  
Cuando me propongo decir lo mejor, descubro que no puedo:  
mi lengua es ineficaz de raíz,  
mi aliento no obedece a los órganos que lo exhalan,  
me quedo mudo.  
Lo mejor de la tierra, de todos modos, no puede ser dicho: toda ella, o cualquiera de sus partes, son mejores;  
no es lo que habías previsto: es más vulgar, más fácil, más cercano.  
No se expulsa a las cosas de los lugares que ocupaban.  
La tierra sigue siendo tan positiva y directa como antes.  
Los hechos, las religiones, el progreso, la política, las profesiones, siguen siendo tan reales como antes,  
pero también el alma es real, también es positiva y directa.  
Ningún razonamiento o prueba lo ha establecido;  
su crecimiento innegable lo ha establecido.

#### 4

Lo que digo es el eco de los tonos de las almas y de las frases de las almas (si no fuera el eco de las frases de las almas, ¿qué sería?; si no se refiriera especialmente a ti, ¿qué sería?).  
Juro que nunca más tendré nada que ver con la fe que dice lo mejor, y que abrazaré la fe que deja lo mejor sin decir.  
¡Seguid diciendo, los que decís!, ¡seguid cantando, los que cantáis!  
¡Profundizad!, ¡moldead!, ¡amontonad las palabras de la tierra!  
Continuad trabajando, época tras época: nada tiene que perderse.  
Puede que tenga que esperar mucho, pero, ciertamente, encontrará su uso.  
Cuando los materiales estén preparados, comparecerán los arquitectos.  
Te juro que los arquitectos comparecerán sin falta;  
te juro que te comprenderán y te justificarán.  
El mejor será el que más te conozca, y todo lo abarque, y sea fiel a todo.  
Ni él ni ninguno ha de olvidarte: todos percibirán que no eres ni una pizca inferior a ellos;  
en ellos serás glorificado plenamente.



## Juventud, día, vejez y noche

Juventud, vasta, lozana, amorosa; juventud llena de gracia, fuerza y fascinación.  
¿Sabes que la Vejez puede venir en pos de ti con la misma gracia, fuerza y fascinación?

Día florido y espléndido, día en que brilla un sol inmenso, día de acción, ambición y risa.

La Noche te sigue de cerca con un millón de soles, y sueño, y una oscuridad reparadora.

## AVES DE PASO

### Canto de lo universal

#### 1

Ven, dijo la Musa,  
dedícame un canto que ningún poeta haya entonado todavía,  
cántame lo universal.

En esta espaciosa tierra nuestra,  
entre tantísima vulgaridad, entre la escoria,  
contenida y a salvo en su centro, en su corazón,  
anida la semilla de la perfección.

Todas las vidas participan de ella, en alguna medida;  
nadie nace sin que ella nazca: oculta o al descubierto, la semilla espera.

#### 2

¡Mira! Descuella la ciencia, con su mirada inquisitiva;  
domina lo moderno, como desde una cumbre;  
dicta mandatos sucesivos y absolutos.

Pero, de nuevo, ¡mira!: el alma supera a la ciencia.

Por ella la historia, como la piel de un fruto, se ha acumulado en el globo.

Por ella miríadas de estrellas giran en el espacio.

Describiendo trayectorias en espiral, con largos desvíos  
(como un barco que virase y virase en el mar),  
por ella fluye lo parcial en lo permanente  
y por ella tiende lo real a lo ideal.

Por ella la evolución mística,  
y la justificación no sólo del bien, sino también de lo que llamamos el mal.  
De sus máscaras, las que sean,  
del enorme tronco podrido, de la astucia y la maña y el llanto,  
surgirán la salud y la alegría, la alegría universal.  
De la masa, lo mórbido y lo somero,  
de la mayoría perversa, de los diversos e innumerables fraudes de los hombres y  
los estados,  
eléctrico, antiséptico todavía, adhiriéndose a todo, bañándolo todo,  
sólo el bien es universal.

### 3

Por sobre la maleza de la enfermedad y el sufrimiento  
un pájaro vuela libre, eternamente,  
en lo alto, por el aire más puro, más feliz.  
De la más tenebrosa nube de la imperfección  
surge siempre, como una saeta, un rayo de luz perfecta,  
un relumbre de la gloria celestial.  
Como una disonancia de la moda y la costumbre,  
del enloquecido guirigay babélico, de las orgías ensordecedoras,  
sosegando los intervalos, se oye apenas una melodía,  
y en alguna playa remota suena el coro final.  
Oh, benditos ojos, corazones dichosos  
que ven, que conocen el hilo sutil que nos guía  
por el imponente laberinto.

### 4

Y tú, América,  
para la culminación del proyecto, para pensarlo y hacerlo realidad,  
para esto (y no para ti) has llegado.  
Tú también lo envuelves todo,  
lo abrazas y transportas y acoges todo, y, por sendas nuevas y anchas,  
tiendes asimismo a lo ideal.  
Las fes medidas de otras tierras, las grandezas del pasado,  
no son para ti, sino tus propias grandezas,  
fes y amplitudes deíficas que lo absorben todo, que lo comprenden todo,  
todo apto para todo.

Todo, todo para la inmortalidad:  
el amor, como la luz, lo envuelve, en silencio, todo,  
y todo lo bendicen las perfecciones de la naturaleza:  
las flores, los frutos del tiempo, los huertos divinos y ciertos,  
las formas, los objetos, lo que crece, las cosas humanas maduran en imágenes  
espirituales.

Concédeme, oh, Dios, cantar ese pensamiento;  
concédeme, concédeles al hombre o la mujer a los que amo esta fe insaciable.  
En Tu totalidad, aunque nos lo niegues todo, no nos niegues  
creer en Tus designios, contenidos en el Tiempo y el Espacio:  
salud, paz y salvación universal.

¿Es un sueño?

No: su ausencia es el sueño.

Y, faltando esto, el conocimiento y la riqueza de la vida son un sueño,  
y el mundo entero es un sueño.

¡Pioneros! ¡Oh, pioneros!

Venid, hijos míos de rostro curtido,  
seguidme en orden, preparad las armas,  
¿lleváis las pistolas?, ¿y las hachas bien afiladas?,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

No nos podemos quedar aquí:

hemos de seguir, queridos míos, hemos de arrostrar los embates del peligro,  
nosotros, las razas jóvenes y vigorosas: los demás dependen de nosotros,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

Oh, jóvenes, jóvenes del Oeste,  
tan impacientes, tan llenos de acción, tan llenos de orgullo y amistad viril,  
os veo, jóvenes del Oeste, os veo, con claridad, marchar con los adelantados,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

¿Se han detenido las razas de los mayores?

¿Decaen y concluyen la lección, cansados, allende los mares?

Nosotros asumimos esa labor eterna, y la carga, y la lección,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

Dejamos atrás todo lo pasado

y accedemos a un mundo nuevo, más poderoso, diverso,  
un mundo fresco y fuerte del que nos apoderamos, el mundo del trabajo y de la  
marcha,

¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

Enviamos destacamentos sin pausa

por los precipicios, por los desfiladeros, por las montañas escarpadas,

y conquistamos, defendemos, nos arriesgamos, nos aventuramos por caminos desconocidos,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Talamos bosques muy antiguos,  
detenemos el curso de los ríos, excavamos minas profundas —las ofendemos—,  
exploramos la superficie, vastísima, solevantamos el suelo virgen,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Sontos hombres de Colorado,  
de los picos gigantescos, de las grandes sierras y altiplanos,  
de la mina y el barranco, de la trocha de caza venimos,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
De Nebraska, de Arkansas,  
somos una raza de tierra adentro, de su centro, de Misuri, cuya sangre se ha  
mezclado con la sangre continental,  
les damos las manos a todos los camaradas, a todos los sureños, a todos los  
norteños,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¡Oh, raza irresistible y turbulenta!  
¡Oh, raza bienamada en todos! ¡Oh, me duele el pecho de amor por todos!  
¡Oh, afligido y, a la vez, exultante, me siento arrebatado de amor por todos!  
¡Pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Elevad a la poderosa madre y señora,  
que ondea, delicada, en las alturas; todo lo gobierna, sembrada de estrellas  
(inclinaos todos).  
Elevad a la señora guerrera, dotada de armas y colmillos, severa, impasible,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Ved, hijos míos, hijos resueltos,  
por las multitudes que nos siguen no debemos rendirnos nunca, ni flaquear,  
millones de espectros de los tiempos pasados fruncen el ceño ahí detrás y nos  
empujan,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
No dejan de avanzar las prietas filas,  
con refuerzos siempre a punto, con los huecos que dejan los muertos  
rápidamente ocupados,  
en la batalla, en la derrota, progresan, nunca se detienen,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¡Oh, morir avanzando!  
¿Hemos de desfallecer y morir algunos de nosotros? ¿Ha llegado la hora?

Entonces es mejor que muramos en marcha, y es seguro que el hueco se llenará  
enseguida,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Todos los latidos del mundo,  
en formación, nos marcan el compás con el ritmo del Oeste;  
juntos o separados, se colocan, resueltos, en vanguardia, todos por nosotros,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Las intrincadas y diversas representaciones de la vida,  
todas las formas y espectáculos, todos los trabajadores en sus puestos de trabajo,  
todas las gentes del mar y las gentes de la tierra, todos los amos y sus esclavos,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Todos los desventurados que aman en silencio,  
todos los presos de las cárceles, todos los justos y los pecadores,  
todos los dichosos, todos los que sufren, todos los vivos, todos los moribundos,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
También yo, con el cuerpo y el alma,  
nosotros, un curioso trío, escogemos y proseguimos nuestra marcha errante  
por estas playas sombrías, acosados por los fantasmas,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¡Mira, la esfera del globo, como una flecha!  
Mira, la rodean los orbes hermanos: constelaciones de soles y planetas,  
días deslumbrantes, noches místicas, y sus sueños,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Éstos son nuestros, están con nosotros  
para el trabajo primordial, mientras los que nos siguen esperan detrás,  
embrionarios,  
y nosotros encabezamos el desfile, despejamos el camino para la marcha,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¡Oh, hijas del Oeste!  
¡Oh, hijas mayores y menores! ¡Oh, madres y esposas!  
No os dividáis nunca: vuestras filas han de ser compactas,  
¡pioneras! ¡Oh, pioneras!  
¡Latentes juglares de las praderas!  
(amortajados bardos de otras tierras, descansad: ya habéis hecho vuestro  
trabajo),  
os oigo acercaros y cantar, ya os alzáis y camináis mezclados con nosotros,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
No los deleites,  
no el cojín ni la pantufla, no el sosiego ni el estudio,

no las riquezas seguras, que acaban hastiando: los placeres insustanciales no son para nosotros,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¿Se hartan de comer los amantes de banquetear?  
¿Duermen los durmientes corpulentos? ¿Han cerrado y asegurado las puertas?  
Sean nuestras las comidas frugales y las mantas en el suelo,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
¿Ha caído la noche?  
¿Tan arduo ha sido el último trecho del camino? ¿Cabeceábamos al andar, y nos hemos parado, desalentados?  
Os doy una hora para que descanséis y olvidéis,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!  
Hasta que con toques de trompeta  
nos convoque, remoto, el amanecer. ¡Escuchad! Alta y clara oigo su llamada.  
¡Deprisa! ¡Al frente del ejército! ¡Deprisa! Saltad a vuestros puestos,  
¡pioneros! ¡Oh, pioneros!

## A ti

Quienquiera que seas, me da miedo que camines por los parajes de los sueños, y que estas supuestas realidades se te deshagan en las manos y bajo los pies. Ahora mismo tus rasgos, tus alegrías, tu habla, tu casa, tu oficio, tus modales, tus problemas, tus locuras, tu indumentaria, tus delitos, se están disipando, y se alejan de ti.  
Se me aparecen tu alma y tu cuerpo verdaderos:  
se apartan de los negocios, del comercio, las tiendas, el trabajo, las granjas, la ropa, la casa, comprar, vender, comer, beber, sufrir, morir.  
Quienquiera que seas, ahora pongo mi mano en ti, para que seas mi poema, y te susurro al oído:  
he amado a muchas mujeres y hombres, pero a nadie amo tanto como a ti.  
Oh, he sido lento y mudo,  
hace mucho que debería haberme encaminado a ti,  
nada debería haber divulgado sino a ti, nada debería haber cantado sino a ti.  
Lo dejaré todo, y vendré, y compondré himnos en tu honor.

Nadie te ha entendido, pero yo te entiendo.

Nadie te ha hecho justicia; tampoco tú te has hecho justicia.

No hay nadie que no te haya encontrado imperfecto: yo soy el único que no encuentra imperfecciones en ti.

No hay nadie que no haya querido sojuzgarte: yo soy el único que nunca consentirá en sojuzgarte.

Yo soy el único que no te somete a ningún amo o propietario, a nadie mejor, a Dios, más allá de quienes están intrínsecamente en ti.

Los pintores han pintado a sus multitudes, con una figura central, cuya cabeza nimbaba una luz áurea.

Pero yo pinto miríadas de cabezas, todas nimbadas de una luz áurea que surge de mi mano, del cerebro de todos los hombres y mujeres, y resplandece eternamente.

¡Oh, podría cantar tantas glorias y grandezas de ti!

No te has conocido: llevas dormido toda la vida.

Es como si tus párpados hubieran estado cerrados casi todo el tiempo, y lo que has hecho vuelve ahora para escarnecerte.

(Si tu austeridad, tus conocimientos, tus oraciones, no vuelven para escarnecerte, ¿para qué vuelven?)

Ese escarnio no eres tú.

Debajo y dentro de él te advierto al acecho.

Te sigo hasta donde nadie más te ha seguido.

Si el silencio, la mesa de trabajo, la expresión frívola, la noche, la rutina habitual, te ocultan a los ojos de los demás o a tus propios ojos, no te ocultan a los míos; si el rostro afeitado, el mirar inquieto, el aspecto impuro, evitan a los demás, no me evitan a mí;

yo aparto el atavío coqueto, la actitud pervertida, la embriaguez, la avaricia, la muerte prematura.

No hay don alguno en el hombre o en la mujer que no te corresponda también a ti;

no hay virtud, no hay belleza alguna en el hombre o en la mujer que no se hallen por igual en ti;

no hay coraje ni resistencia en los demás que tú no tengas también;

ningún placer espera a los otros que no te espere asimismo a ti.

En cuanto a mí, nada doy a nadie sin darte algo parecido, con todo cuidado, a ti.

Nunca canto las glorias de nadie, ni siquiera de Dios, si antes no he cantado las tuyas.

¡Quienquiera que seas! ¡Reclama lo tuyo, cueste lo que cueste!

Estos espectáculos del Este y del Oeste son insignificantes, comparados contigo.



Estos prados inmensos, estos ríos interminables: tú eres inmenso e interminable como ellos.

Estas furias, estos elementos, estas tormentas, estas convulsiones de la Naturaleza, estos trances de aparente disolución: tú eres su señor o su señora; señor o señora, por derecho propio, de la Naturaleza, de los elementos, del dolor, de las pasiones, de la disolución.

Los grilletes ya no te aprisionan los tobillos, hallas en ti recursos inagotables, viejo o joven, hombre o mujer, basto, bajo, rechazado por todos: lo que seas es proclamado.

Al nacer, en la vida y en la muerte, en tu entierro, se te otorgan los medios, no se escatima nada;

en tus enfurecimientos, en tus pérdidas, en tu ambición, ignorancia y aburrimento, lo que eres encuentra su camino.

## Francia

### El 18.º Año de estos Estados<sup>[324]</sup>

Un gran año y un gran lugar;

un grito natal, ronco y discordante, resuena para conmover el corazón de la madre más íntimamente que ninguno hasta ahora.

Recorrí las playas de mi mar Oriental

y, sobreponiéndose a las olas, oí una voccecita,

vi a una divina criatura despertarse y llorar, lastimera, entre el rugido de los cañones, las blasfemias, los gritos y el estruendo de los edificios que se derrumbaban.

No me repugnó la sangre que corría por las calles, ni los cadáveres, solos o apilados, ni los que se llevaban en carretas;

no me desesperó la degollina; no me impresionaron las repetidas descargas de fusilería.

Pálido, callado, adusto, ¿qué podía yo decir ante aquella retribución, durante tanto tiempo incubada?

¿Podía yo desear una humanidad diferente?

¿Podía yo desear que la gente fuese de madera y piedra?

¿O que no hubiera un destino, una época, en que prevaleciese la justicia?  
¡Oh, Libertad! ¡Oh, compañera mía!  
También aquí están, en reserva, la hoguera, la metralla y el hacha, para emplearlas en caso de necesidad;  
tampoco aquí, aunque lleven mucho tiempo reprimidas, podrán ser destruidas nunca;  
también aquí podrían acabar alzándose y asesinando, extáticas;  
también aquí podrían exigir el pago de todos los atrasos de la venganza.  
Por eso firmo este saludo desde el otro lado del mar,  
sin negar ese terrible nacimiento y ese bautismo rojos.  
Pero recuerdo la vocecita que oí, lastimera, y espero, con absoluta confianza, aunque haya de hacerlo durante mucho tiempo,  
y desde este día, triste y convincente, sostengo la causa heredada, para todos los países,  
y envío, con mi amor, estas palabras a París,  
donde creo que algunos *chansonniers*<sup>[325]</sup> las comprenderán,  
porque supongo que todavía hay música latente en Francia, a raudales.  
Oh, ya oigo el bullicio de los instrumentos: pronto ahogarán a lo que pueda interrumpirlos;  
oh, creo que el aire de levante trae una marcha triunfal, una marcha de libertad, que llega hasta aquí y me colma de una alegre locura.  
Correré a ponerla en palabras, para justificarla.  
Aún he de cantar otra canción para ti, ma femme.

## Yo y lo mío

Yo y lo mío, siempre gimnásticos,  
para aguantar el frío o el calor, para apuntar bien con el arma, para gobernar un bote, para manejar caballos, para engendrar hijos soberbios,  
para hablar con soltura y claridad, para sentirme en casa entre gente humilde, y para sobrevivir a trances terribles en la tierra y el mar.  
No para alguien que borde  
(siempre abundarán los bordadores: también a ellos les doy la bienvenida),  
sino para la fibra de las cosas y lo inherente a los hombres y las mujeres.

No para cincelar adornos,  
sino para cincelar, con golpes libérrimos, las cabezas y miembros de muchos  
Dioses supremos, para que los Estados puedan verlos andar y hablar.  
Dejadme hacer las cosas a mi manera.  
Que otros promulguen las leyes: yo no las tendré en cuenta.  
Que otros alaben a los hombres eminentes y exalten la paz: yo exalto la agitación  
y el conflicto;  
yo no alabo a ningún hombre eminente: yo censuro al considerado más digno.  
(¿Quién eres tú? ¿Y de qué te has sentido culpable, en secreto, toda tu vida?  
¿Vas a dejar toda tu vida de lado? ¿Vas a trabajar como un esclavo y estar de  
cháchara toda la vida?  
¿Y quién eres tú, que refieres, de memoria, años, páginas, lenguas, recuerdos,  
sin ser consciente, a día de hoy, de que no dices bien ni una sola palabra?)  
Que otros acaben los modelos: yo nunca acabo los modelos;  
yo los empiezo, según leyes inagotables, como hace la Naturaleza, siempre  
frescos y modernos.  
Yo no impongo obligaciones.  
Lo que otros imponen como obligaciones, yo lo ofrezco como impulsos vitales.  
(¿Impondré la actividad del corazón como una obligación?)  
Que otros resuelvan las preguntas. Yo no resuelvo nada: yo suscito preguntas  
incontestables.  
¿Quiénes son esos que veo y que toco, y qué les pasa?  
¿Qué les pasa a mis semejantes, que me atraen, hasta casi tocarlos, con tiernas  
informaciones e indicios?  
Insto al mundo a desconfiar de lo que digan mis amigos, y a escuchar a mis  
enemigos, como hago yo.  
Os exijo que rechazéis siempre a los que quieran explicarme, porque ni yo mismo  
acierto a explicarme.  
Os exijo que no me utilicéis nunca para formular teorías o fundar escuelas.  
Os exijo que dejéis a todo el mundo en libertad, como lo he dejado yo.  
Después de mí, ¡la perspectiva!  
Oh, veo que la vida no es corta, sino inconmensurablemente larga.  
Recorro el mundo, desde hoy, con castidad y templanza, madrugador, creciendo  
siempre.  
Cada hora es el semen de siglos, y de más siglos.  
He de seguir recibiendo estas continuas lecciones del aire, el agua, la tierra:  
me doy cuenta de que no tengo tiempo que perder.

## Año de meteoros<sup>[326]</sup>

(1859-1860)

¡Año de meteoros! ¡Año siniestro!

Quisiera hilar en palabras retrospectivas algunos de tus hechos y tus signos;  
quisiera cantar la lucha por la 19.<sup>a</sup> Presidenciada<sup>[327]</sup>;

quisiera cantar a aquel anciano, alto, canoso, que subió al patíbulo en Virginia<sup>[328]</sup>  
(yo estaba cerca, en silencio, con los dientes apretados, observando;

estaba muy cerca de ti, viejo, cuando, con fría indiferencia, pero temblando por la  
edad y las heridas aún abiertas, subiste al patíbulo);

quisiera cantar, con canto abundante, los datos del censo de los Estados,  
las listas de población y producción; quisiera cantar tus barcos y sus cargamentos,  
los barcos, negros y esplendorosos, que arriban a Manhattan, algunos llenos de  
inmigrantes, otros, provenientes del istmo<sup>[329]</sup>, cargados de oro.

Todo esto quisiera cantar, a todo, cuando llega, quisiera dar la bienvenida,  
¡y también a ti quisiera cantarte, buen mozo! ¡Te doy la bienvenida, joven  
príncipe de Inglaterra<sup>[330]</sup>!

(¿Recuerdas el alboroto de las multitudes en Manhattan cuando pasabas con tu  
cortejo nobiliario?

Entre esas multitudes estaba yo, y te distinguí con mi afecto).

Y no me olvido de cantar aquel prodigio: el barco que remontó las aguas de mi  
bahía;

esbelto, majestuoso, el *Great Eastern*<sup>[331]</sup>, de 600 pies de eslora, remontó las  
aguas de mi bahía;

su deslizarse veloz, rodeado por miríadas de pequeñas embarcaciones, no me  
olvido de cantar,

ni al cometa que vino del norte, sin anunciarse, y colmó el cielo de resplandor,  
ni a la tumultuosa procesión de estrellas fugaces que, deslumbrantes, nos  
coronaron

(un instante, un largo instante, rodaron sus esferas de luz sobrenatural por  
encima de nuestras cabezas,

y después se alejaron y, engullidas por la noche, desaparecieron).

Tales cosas canto, incierto como ellas: con sus destellos quisiera urdir e iluminar  
estos cantos,

¡tus cantos, oh, año en el que se entrelazan el bien y el mal, año de presagios!,  
año de cometas y meteoros fugaces y extraños, ¡mira, aquí tienes a uno  
igualmente fugaz y extraño!

Mientras te recorro deprisa, revoloteando, para caer y desaparecer al punto, ¿qué es este canto,  
qué soy yo mismo sino una de tus estrellas fugaces?

## Con los antecedentes

### 1

Con los antecedentes,  
con mis padres y mis madres y el acumulo de épocas pasadas,  
con todo aquello que, de no haber sido, yo no estaría ahora aquí, como estoy,  
con Egipto, la India, Fenicia, Grecia y Roma,  
con el celta, el escandinavo, el de Albión y el sajón,  
con las antiguas empresas marítimas, leyes, artesanías, guerras y viajes,  
con el poeta, el escaldo<sup>[332]</sup>, la saga, el mito y el oráculo,  
con la venta de esclavos, con los fanáticos, con el trovador, el cruzado y el monje,  
con los continentes ancestrales desde los que hemos venido a este nuevo continente,  
con sus reinos y reyes declinantes,  
con sus declinantes sacerdotes y religiones,  
con las playas diminutas que contemplamos, al mirar atrás, desde nuestras grandes playas actuales,  
con los años innumerables que no han dejado de sucederse, y que han alcanzado a estos años;  
tú y yo hemos llegado, América ha llegado, y está construyendo este año, ¡este año!, que se proyecta en incontables años por venir.

### 2

Oh, pero no son los años: soy Yo, eres Tú.  
Tocamos todas las leyes y nos correspondemos con todos los antecedentes.  
Somos el escaldo, el oráculo, el monje y el caballero: fácilmente los abarcamos a ellos y a más,

permanecemos en el tiempo sin principio ni final, permanecemos entre el bien y el mal,

todo gira a nuestro alrededor, hay tanta oscuridad como luz, el propio sol y su sistema planetario giran a nuestro alrededor, su sol, y el suyo a su vez, todo gira a nuestro alrededor.

En cuanto a mí (desgarrado, tormentoso, en estos días vehementes), tengo la idea de todo, y lo soy todo, y creo en todo; creo que el materialismo es verdad y que el espiritualismo es verdad: ninguna parte rechazo.

(¿He olvidado alguna parte?, ¿algo en el pasado?)

Ven a mí, seas quien seas o lo que seas, hasta que te reconozca).

Respeto a Asiria, China, Teutonia y los hebreos, adopto todas las teorías, mitos, dioses y semidioses, constato que los antiguos relatos, biblias, genealogías, son verdaderos, sin excepción,

afirmo que todos los días pasados fueron lo que habían de ser, y que de ningún modo podrían haber sido mejores de lo que fueron, y que hoy es lo que debe ser, y que América también lo es, y que de ningún modo hoy y América podrían ser mejores de lo que son.

### 3

En nombre de estos Estados, y en el tuyo y el mío, Pasado, y en nombre de estos Estados y en el tuyo y el mío, Presente. Sé que el pasado fue magnífico y que el futuro será magnífico, y sé que ambos, extrañamente, se aúnan en el presente (por aquél a quien represento, por el hombre normal y corriente, y por ti, si eres ese hombre), y que dondequiera que esté yo, o estés tú, en este día, se encuentra el centro de todos los días, de todas las razas, y que ahí radica el significado de cuanto ha surgido jamás de las razas y los días, o de cuanto surja en el futuro.

## Un festival en Broadway<sup>[333]</sup>

### 1

Llegados del Japón, allende el mar Occidental,  
corteses, atezados, los embajadores, cada uno con dos espadas,  
reclinados en sus calesas, descubiertos, impasibles,  
recorren hoy Manhattan.  
¡Libertad<sup>[334]</sup>! Ignoro si otros ven lo que yo veo:  
en el desfile con los nobles del Japón, los mensajeros  
cierran la marcha, o se mueven de un lado a otro, o avanzan en formación.  
Pero voy a cantarte una canción de lo que veo, Libertad.  
Cuando la Manhattan de millones de pies baja, sin freno, por las aceras,  
cuando los atronadores cañones hacen que me levante con esas orgullosas salvas  
que tanto me gustan,  
cuando las bocas redondas de los cañones escupen sus saludos por entre el humo  
y el hedor que tanto me gustan,  
cuando el relampaguear de los cañones me pone enteramente en alerta, y nubes  
celestiales cubren mi ciudad con un dosel de bruma finísima,  
cuando los erectos troncos, espléndidos e innumerables, los bosques de los  
muelles, se adensan con estandartes,  
cuando todos los barcos, con sus mejores galas, exhiben la bandera,  
cuando ondean todos los gallardetes y las guirnaldas cuelgan de las ventanas,  
cuando Broadway se entrega a los transeúntes y a los circunstantes, cuando la  
multitud es más espesa,  
cuando las fachadas de los edificios bullen de gente, cuando decenas de miles de  
ojos miran a la vez,  
cuando se adelantan los huéspedes de las islas, cuando el desfile avanza  
visiblemente,  
cuando se realiza el llamamiento, cuando llega la respuesta que llevaba miles de  
años esperando,  
yo también me levanto, contesto, bajo por las aceras, me confundo con la  
multitud y miro con todos.

### 2

¡Manhattan de soberbio rostro!  
¡Camaradas americanos<sup>[335]</sup>! Por fin Oriente viene a nosotros.  
A nosotros, ciudad mía,

a caminar por el espacio que separa a nuestras altas bellezas de mármol y de hierro, alineadas a uno y otro lado,  
vienen hoy nuestros antípodas.

Viene la Originadora,  
el nido de las lenguas, la que lega poemas, la raza prístina,  
la de sangre floreciente, pensativa, arrebatada por la meditación, ardiente de pasión,  
con perfumes provocativos y ropajes anchos y vaporosos,  
con el rostro curtido por el sol, con el alma intensa y los ojos brillantes,  
viene la raza de Brahma.

¡Fíjate en este cantáble! Todo esto, y mucho más, destella el desfile,  
que se transforma al moverse: un caleidoscopio divino se mueve, y cambia, ante nosotros.

Porque no son sólo los embajadores ni los cetrinos japoneses de su isla:  
también aparece, flexible y silencioso, el hindú, y el propio continente asiático, el pasado, los muertos,  
la oscura noche-aurora, rica en prodigios y fábulas inescrutables,  
los misterios recónditos, las viejas y desconocidas abejas colmeneras,  
el norte, el sofocante sur, la Asiria oriental, los hebreos, los antepasados de los antepasados,  
vastas ciudades desiertas, el presente que se escapa: todas estas cosas, y más, están en el desfile del festival.

La geografía, el mundo, están en él,  
el Gran Mar, la camada de islas, la Polinesia y la costa más allá,  
la costa que contemplas desde ahora, ¡Libertad!, desde tus doradas playas occidentales,  
los países que radican en ella, con sus poblaciones, los millones en masse que ahora, extrañamente, están aquí,  
los mercados populosos, los templos donde los ídolos se alinean a los lados o se sitúan al final, el bonzo, el brahmán y el lama,  
el mandarín, el campesino, el mercader, el artesano y el pescador,  
la cantante y la bailarina, los que viven en éxtasis, los emperadores en retiro, Confucio en persona, los grandes poetas y héroes, los guerreros, las castas, todos acuden en tropel, y se amontonan; vienen de todas partes: del macizo de Altái<sup>[336]</sup>,  
del Tibet, de los cuatro ríos caudalososísimos que serpentean en China<sup>[337]</sup>,  
de las penínsulas meridionales y de las islas semicontinentales, de Malasia.  
Todos, y cuanto les es propio, se me aparecen, palpables, y yo me adueño de ellos,



y ellos se adueñan de mí, y me retienen amistosamente,  
hasta que aquí los cante, ¡Libertad!, por ellos y por ti.  
Porque yo también alzo la voz y me uno al festival:  
soy el cantor, canto, por sobre el festival,  
canto al mundo en mi mar Occidental,  
canto, abundante, a las islas allende el mar, tantas como estrellas hay en el cielo,  
canto al nuevo imperio, más esplendoroso que ninguno anterior, que se me  
aparece como una visión,  
canto a América, mi señora, canto a una supremacía mayor,  
canto, para el futuro, a un millar de ciudades que florecerán con el tiempo en  
aquellos archipiélagos,  
mis veleros y mis vapores los enhebran,  
mis barras y estrellas ondean al viento,  
se inaugura el comercio, el sueño del tiempo ha cumplido su objetivo, las razas  
han renacido, se han remozado,  
las vidas, los trabajos prosiguen —ignoro con qué objeto—, pero lo viejo, lo  
asiático, renovado, como debe ser,  
comienza hoy, rodeado por el mundo.

### 3

¡Y tú, Libertad del mundo!  
Ocuparás el centro, equilibrada, durante miles y miles de años,  
igual que hoy vienen a ti, de un extremo, los nobles de Asia  
y mañana, desde el otro, la reina de Inglaterra te enviará a su primogénito<sup>[338]</sup>.  
El signo se invierte, el mundo se contiene en sí mismo,  
el anillo se cierra, el viaje concluye,  
la tapa de la caja se ha abierto imperceptiblemente, pero el perfume sale en  
abundancia.  
¡Joven Libertad!, con la venerable Asia, la madre de todo,  
sé considerada ahora y siempre, ardiente Libertad, porque tú lo eres todo;  
inclina la cabeza, depón tu orgullo ante la madre lejana que ahora te envía  
mensajes desde allende los archipiélagos,  
inclina la cabeza, depón tu orgullo esta vez, joven Libertad.  
¿Tanto tiempo llevan los niños descarriándose a occidente?, ¿tan largo ha sido el  
paseo?  
¿Tanto tiempo llevan las épocas oscuras desembocando, desde el Paraíso, en  
occidente?

¿Se han dirigido permanentemente los siglos hacia allí, sin que se supiera, por ti, por alguna razón?

Están justificados, se han consumado: ahora irán también en la otra dirección, para viajar hacia ti desde donde se encuentren;

ahora caminarán, obedientes, hacia el este, por ti, Libertad.

## LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

### De la cuna que se mece sin fin

De la cuna que se mece sin fin,  
de la garganta del sinsonte, lanzadera musical,  
de la medianoche del Noveno mes,  
por las arenas estériles y los campos de más allá, por los que el niño saltaba de la  
cama y vagaba solo, descalzo, sin sombrero,  
bajo el halo de la lluvia,  
por sobre el juego místico de las sombras, que se entrelazan y retuercen como si  
estuvieran vivas,  
de los escaramujos y zarzales,  
de los recuerdos del pájaro que cantaba para mí,  
de tu recuerdo, triste hermano, de aquel espasmódico subir y bajar que oía,  
bajo aquella media luna amarilla, tardía, hinchada como de llorar,  
de aquellas primeras notas de deseo y amor, allí, entre la niebla,  
de los miles de respuestas incesantes de mi corazón  
y de las miríadas de palabras que han suscitado,  
de la palabra más rotunda y deliciosa,  
de las que, como ahora, vuelven a recorrer la escena,  
como una bandada que, entre gorjeos, se echa a volar, o pasa por encima de  
nuestras cabezas,  
traído aquí con premura, antes de que todo se me escape,  
hombre ya, aunque, a juzgar por estas lágrimas, niño otra vez  
que se tira a la arena y desafía a las olas,  
yo, cantor de penas y alegrías, unificador del presente y del futuro,

sirviéndome de todas las señales, pero superándolas enseguida,  
canto un recuerdo.

Una vez, en Paumanok,  
cuando el aroma de las lilas inundaba el aire y crecía la hierba del Quinto mes,  
había en los escaramujos de esta costa  
dos visitantes alados, de Alabama, los dos juntos,  
y, en su nido, cuatro huevos de color verde claro con motas pardas,  
y todos los días el macho iba y venía por los alrededores,  
y todos los días la hembra se acomodaba en el nido, sin piar, con los ojos  
brillantes,  
y todos los días yo, un niño curioso, sin acercarme demasiado, sin molestarlos  
nunca,  
los observaba, con cautela, los absorbía, los traducía.

*¡Brilla!, ¡brilla!, ¡brilla!*

*¡Derrama tu calor, gran sol,  
sobre nosotros, los dos juntos!*

*¡Los dos juntos!*

*Soplen vientos del norte o soplen vientos del sur,  
con la claridad del día o la negrura de la noche,  
en nuestro hogar, o en ríos y montañas muy lejos del hogar,  
nunca dejaremos de cantar, despreocupados,  
mientras estemos juntos.*

Hasta que, de pronto, una mañana,  
acaso muerta, sin saberlo su compañero,  
la hembra no se acomodó en el nido,  
ni volvió por la tarde, ni la siguiente,  
ni apareció nunca más.

Y, desde entonces, durante todo el verano, envuelto por el rumor del mar,  
y por la noche, bajo la luna llena, con tiempo sereno,  
sobreponiéndose al ronco oleaje del mar,  
o de día, revoloteando entre los escaramujos,  
vi y oí, a ratos, al macho supérstite,  
el solitario visitante de Alabama.

*¡Soplad!, ¡soplad!, ¡soplad!*

*Soplad, vientos marinos, en la costa de Paumanok.*

*Espero y esperaré, hasta que me devolváis a mi compañera.*

Sí, cuando brillaban las estrellas,  
toda la noche, en el extremo de un poste festoneado de musgo,  
casi entre las olas que rompían,

se posaba el maravilloso cantor solitario, y arrancaba lágrimas.  
Llamaba a su compañera,  
vertía los significados que, de entre todos los hombres, sólo yo conozco.  
Sí, hermano mío, los conozco;  
los demás quizá no, pero yo he atesorado esas notas:  
más de una vez me he acercado, furtivo, sigiloso, entre tinieblas, a la playa,  
evitando la luz de la luna, confundíéndome con las sombras,  
recordando las formas oscuras, los ecos, los sonidos y visiones, cada uno de su  
especie,  
braceando, incansable, en los rompientes,  
y, descalzo, niño apenas, con el pelo revuelto por el viento,  
he escuchado mucho, mucho rato.  
He escuchado para retener, para cantar las notas que ahora traduzco,  
siguiéndote, hermano mío.  
*¡Sosiégate!, ¡sosiégate!, ¡sosiégate!*  
*Cada ola sigue a otra, y la sosiega,*  
*y otra, de nuevo, la abraza y la golpea, siempre muy juntas,*  
*pero mi amor no me sosiega, no.*  
*La luna está baja: ha salido tarde;*  
*anda rezagada: oh, la creo grávida de amor, de amor.*  
*El mar se arroja, enloquecido, contra la tierra,*  
*con amor, con amor.*  
*¡Oh, noche! ¿No estoy viendo, acaso, a mi amor revolotear entre los rompientes?*  
*¿Qué es ese punto negro que diviso ahí, en lo blanco?*  
*¡En voz alta!, ¡en voz alta!, ¡en voz alta!*  
*¡En voz alta te llamo, amor mío! Alta y clara dirijo la voz a las olas:*  
*tienes que saber, con certeza, quién está aquí, aquí,*  
*tienes que saber quién soy, amor mío.*  
*¡Luna baja!*  
*¿Qué es esa mancha oscura en tu ocre?*  
*¡Oh, es la forma, la forma de mi compañera!*  
*Oh, luna, no me prives más de ella.*  
*¡Tierra!, ¡tierra!, ¡tierra!*  
*A dondequiera que fuese, oh, creo que podrías devolverme a mi compañera, si*  
*quisieras,*  
*porque estoy casi seguro de vislumbrarla dondequiera que mire.*  
*¡Oh, estrellas nacientes!*  
*Quizá aquélla a la que tanto deseo, se eleve, se eleve con alguna de vosotras.*  
*¡Oh, garganta!, ¡oh, garganta trémula!*

*¡Suenan más clara en el aire!  
Atraviesa los bosques, la tierra:  
en alguna parte, a la escucha, para captarte, ha de estar aquélla a la que deseo.  
¡Desplegaos, canciones!  
¡Canciones nocturnas y solitarias!  
¡Canciones de amor desolado! ¡Canciones de muerte!,  
¡Canciones a la luz de una luna rezagada, amarilla, menguante!  
¡Oh, a la luz de esa luna que casi se hunde en el mar!  
Oh, canciones insensatas, canciones de desesperación.  
¡Pero con suavidad! ¡Bajad el tono!  
¡Con suavidad! Sólo quiero murmurar.  
Y tú espera un momento, tú, ronco mar,  
porque me parece haber oído, en alguna parte, a mi compañera responderme,  
aunque débilmente: he de guardar silencio, he de guardar silencio para escuchar,  
pero no del todo, porque entonces no vendrá de inmediato a mí.  
¡Aquí, amor mío!  
¡Estoy aquí! ¡Aquí!  
Con esta nota apenas sostenida, me anuncio a ti;  
esta llamada sutil es para ti, amor mío, para ti.  
Que no te lleven a otra parte los señuelos.  
Eso es el silbido del viento, no mi voz;  
eso, el ajetreo de la espuma, que salpica,  
ésas, las sombras del follaje.  
¡Oh, oscuridad! ¡Oh, en vano!  
Oh, estoy triste y enfermo.  
¡Oh, halo oscuro en el cielo que ciñe a la luna y se hunde en el mar!  
¡Oh, reflejo turbulento en el agua!  
¡Oh, garganta! ¡Oh, corazón palpitante!  
Y yo cantando inútilmente, inútilmente toda la noche.  
¡Oh, pasado! ¡Oh, vida feliz! ¡Oh, cantos jubilosos!  
En el aire, en los bosques, por los campos,  
¡amada!, ¡amada!, ¡amada!, ¡amada!, ¡amada!  
Pero mi compañera ya no está, ya no está conmigo.  
Ya no estamos juntos.  
El aria termina,  
pero todo lo demás continúa: brillan las estrellas,  
sopla el viento, se oye el eco continuo del canto del pájaro,  
con gemidos airados la anciana madre, cruel, se lamenta sin cesar,  
en la arena crujiente y gris de la playa de Paumanok*

la media luna amarilla, agrandada, se inclina, se deja caer, hasta rozar el rostro del  
agua,  
y un niño embelesado, con cuyos pies se entretienen las olas, con cuyo pelo se  
entretiene el aire,  
con el amor preso en el pecho durante tanto tiempo, y ahora, por fin, liberado,  
derramándose tumultuosamente,  
y el sentido del aria depositándose deprisa en su oído, en su alma,  
y unas lágrimas corriéndole por las mejillas,  
y el coloquio, el trío, todos hablando  
en voz baja: la anciana madre brutal, sin dejar de llorar,  
acompañando hoscamente las preguntas del alma del niño, y susurrando algún  
secreto enterrado  
al bardo que empieza a cantar.

¡Demonio o pájaro! (dijo el alma del niño),  
¿es en verdad a tu compañera a la que cantas, o es a mí?  
Porque yo, un niño de lengua aún adormecida, te he oído  
y, de golpe, he aprendido cuál era mi destino, he despertado,  
y mil cantores, mil cantos, más claros, vibrantes y apesadumbrados que los tuyos,  
mil ecos melódicos han nacido ya a la vida en mí, para no morir nunca.  
Oh, tú, cantor solitario, que cantas sin compañía, que me proyectas,  
oh, yo, solitario oyente, nunca dejaré de perpetuarte,  
nunca más huiré, nunca más me faltarán la reverberación  
ni los lamentos del amor insatisfecho;  
nunca permitas que vuelva a ser el niño tranquilo que había sido hasta que allí,  
aquella noche,  
junto al mar, a la luz de aquella luna amarilla, abatida,  
apareció el mensajero, el incendio, el dulce infierno interior,  
la necesidad desconocida, mi destino.

¡Oh, dame la clave! (se esconde aquí, en la oscuridad, en algún sitio)

¡Oh, si tanto he de tener, déjame tener más todavía!

Una palabra, pues (porque he de conquistarla),

la palabra final, superior a todas,

sutil, elevada. ¿Cuál es? Escucho.

¿La estáis susurrando vosotras, y la habéis susurrado siempre, vosotras, olas del  
mar?

¿Es la que nace en vuestras márgenes líquidas, en vuestras arenas húmedas?

A lo que, en respuesta, el mar

sin demora, sin prisa,

me susurró toda la noche, y muy claramente al despuntar el día,

musitó la grave y deliciosa palabra muerte,  
y de nuevo muerte, muerte, muerte, muerte,  
con un siseo melodioso, que no era el del pájaro ni el de mi turbado corazón de  
niño,  
sino que se me acercaba como para hacerme alguna confidencia, y susurraba a  
mis pies,  
y luego se me encaramaba a los oídos, y me bañaba todo, suavemente,  
muerte, muerte, muerte, muerte, muerte.  
No me olvido de ello,  
sino que fundo el canto que me cantó mi sombrío demonio y hermano  
a la luz de la luna en la playa gris de Paumanok  
con los miles de cantos propios que se despertaron desde entonces  
y con los que quise responder, al azar,  
y, con ellos, la clave, la palabra que surgió de las olas,  
la palabra del canto más agradable y de todos los cantos,  
aquella rotunda y deliciosa palabra que, arrastrándose hasta mis pies  
(o como una vieja arpía que, envuelta en ricos ropajes, echada a un lado, mece la  
cuna),  
me susurró el mar.

## **Al refluir con el océano de la vida**

### **1**

Al refluir con el océano de la vida,  
al enderezar mis pasos por las playas que conozco,  
al pasar por donde las ondas te lavan de continuo, Paumanok,  
por donde emiten sus roncós y sibilantes susurros,  
por donde la anciana madre cruel llora sin fin a sus náufragos,  
mientras meditaba una tarde de otoño, con la mirada puesta en el sur,  
poseído por este yo eléctrico de cuyo orgullo surgen mis poemas,  
me sentí arrebatado por el espíritu que seguía las líneas que dibujaban mis pies,  
la orilla, el sedimento que representa toda el agua y toda la tierra del globo.  
Fascinado, aparté la mirada del sur, la posé en aquellos esbeltos montículos,



broza, paja, astillas, maleza, viscosidades,  
verdín, costras brillantes en las rocas, hojas de posidonia, abandonadas por la  
marea,  
y anduve muchas millas, acompañado por el fragor de las olas;  
allí, entonces, Paumanok, mientras pensaba en lo que tiempo atrás había pensado  
sobre las semejanzas,  
todo esto me ofreciste, isla pisciforme,  
al enderezar mis pasos por las playas que conozco,  
al caminar con ese eléctrico yo en busca de modelos.

## 2

Al enderezar mis pasos a playas que no conozco,  
al escuchar el lamento fúnebre, las voces de los náufragos, hombres y mujeres,  
al inhalar las brisas impalpables que me asedian,  
mientras el océano, misterioso, ondulante, se me acerca cada vez más,  
tampoco yo represento más que un ínfimo despojo arrastrado por la corriente,  
un puñado de arena y de hojas muertas que he de juntar,  
juntar, y sumergirme en ellas, como si fuera parte de ellas.  
Oh, confuso, frustrado, humillado hasta besar el polvo,  
agobiado por haberme atrevido a abrir la boca,  
consciente de que, entre tanta cháchara, cuyos ecos vuelven a mí, no he tenido  
nunca la menor idea de quién o qué era,  
pero también de que, frente a mis arrogantes poemas, mi Yo real sigue intacto, no  
revelado, inalcanzado,  
y que se ríe de mí, desde su apartado retiro, con saludos y reverencias de burlona  
enhorabuena,  
con carcajadas irónicas ante las palabras que he escrito,  
señalando con el dedo, en silencio, a estos cantos, y luego a la arena.  
Percibo que, en realidad, no he entendido nada, ni una sola cosa, y que nadie  
podrá hacerlo nunca,  
y que la Naturaleza aquí, en presencia del mar, aprovecha para atormentarme con  
sus dardos hirientes,  
porque me he atrevido a abrir la boca para cantar.

## 3

Uno y otro océano: me uno a vosotros.

Murmuramos a la par, y, como un reproche, arrastramos arena y restos a la deriva, sin saber por qué:  
estos restos, ciertamente, te representan a ti, y a mí, y a todos.  
Tú, playa desmenuzable, repleta de desechos,  
tú, isla pisciforme: cojo lo que está a mis pies;  
lo que es tuyo, es mío, padre.  
También yo, Paumanok,  
también yo he sido burbuja, he flotado en lo inconmensurable, he sido arrojado a la playa,  
también yo soy un resto del naufragio, un desecho,  
también yo dejo pecios en ti, isla pisciforme.  
Me arrojo contra tu pecho, padre,  
me aferró a ti de tal modo que no puedas liberarte,  
te estrecho con firmeza, hasta que me respondas.  
Bésame, padre,  
rózame con tus labios, como rozo yo los labios amados,  
susúrrame, mientras te abrazo con fuerza, el secreto del murmullo que envidio.

#### 4

Refluye, océano de la vida (volverás con la pleamar),  
y no dejes de lamentarte, anciana madre cruel,  
llora sin fin a tus naufragos, pero no me temas, no me niegues,  
no susurres ronca e irascible a mis pies cuando te toque o me aparte de ti.  
Me refiero, con ternura, a ti y a todos,  
y hago acopio para mí y para este fantasma que observa a dónde nos dirigimos, y que nos sigue, a mí y a lo mío.  
Yo y lo mío, montículos dispersos, pequeños cadáveres,  
espumarajos, blancos como la nieve, y burbujas  
(mira: mis labios muertos rezuman limo, por fin<sup>[339]</sup>;  
mira: los colores del prisma brillan, ondulan),  
manojos de paja, arenas, fragmentos  
que muchos estados de ánimo, contradictorios, trajeron a flote hasta aquí:  
tormentas, calma chicha, oscuridad, marejadas,  
pensativas, meditabundas, una exhalación, una lágrima salobre, una salpicadura  
de agua o barro,  
surgidas igualmente de los fermentos insondables del abismo,  
uno o dos capullos arrancados y marchitos, llevados por las olas, a la deriva;  
también es para nosotros el lamento fúnebre, el sollozo de la Naturaleza,

también allí de donde venimos suenan, estentóreas, las trompetas de las nubes, y, caprichosos, traídos aquí sin que sepamos de dónde, nos derramamos ante ti, estés arriba, andando o sentado:  
seas quien seas, también yacemos, como desechos, a tus pies.

## Lágrimas

¡Lágrimas!, ¡lágrimas!, ¡lágrimas!

De noche, a solas, lágrimas,

que caen, que no dejan de caer, en la playa blanca, y que se traga la arena,

lágrimas, no brilla ni una estrella, todo es oscuridad y desolación,

húmedas lágrimas que vierten los ojos de una cabeza embozada;

oh, ¿quién es ese fantasma, ese bulto en la oscuridad, que llora?,

¿qué masa informe es ésa, inclinada, agachada en la arena?

Lágrimas que corren, lágrimas entre sollozos, dolores ahogados por gritos espantosos.

¡Oh, tormenta, has cobrado forma, y te yergues, y corres, velocísima, por la playa!

¡Oh, violenta y lúgubre tormenta nocturna, huracanada! ¡Oh, tempestad que eructas, desesperada!

Oh, sombra sosegada y decorosa de día, de semblante tranquilo y andar acompasado,

pero, de noche, cuando alzas el vuelo sin reparar en nadie, ¡oh, qué océano desatado

de lágrimas, lágrimas, lágrimas!

## A la fragata real<sup>[340]</sup>

Tú, que has dormido toda la noche en la tormenta,

que despiertas con renovado vigor y despliegas las alas prodigiosas

(¿ha estallado la tormenta? Ascendes y la rebasas,  
y descansas en el cielo, el esclavo que te acuna),  
eres ahora un distante punto azul, un punto que flota, muy lejos, en el cielo,  
y a la claridad que nace aquí, en la cubierta, te contemplo  
(yo también soy sólo una mota, un punto que flota en la inmensidad del mundo).  
Lejos, muy lejos, mar adentro,  
después de que las fuertes corrientes nocturnas hayan sembrado de pecios la  
playa,  
con el día que regresa, sereno y feliz,  
con el alba rosada y elástica, con el fulgor del sol,  
con el límpido extenderse del aire cerúleo,  
tú también regresas.  
Tú, nacida para acompañar a la galerna (eres todo alas),  
para enfrentarte al cielo y a la tierra y al mar y al huracán,  
tú, barco aéreo que nunca pliegas velas,  
que atraviesas, incansable, espacios, reinos giratorios, durante días, incluso  
semanas,  
que, al llegar el ocaso, contemplas el Senegal, y, por la mañana, América,  
que juegas entre nubarrones y relámpagos:  
en ellas, en tus experiencias, si poseyeras mi alma,  
¡qué gozos!, ¡qué gozos serían tuyos<sup>[341]</sup>!

### **A bordo, al timón**

A bordo, al timón,  
un joven timonel gobierna con prudencia el barco.  
Entre la niebla, en la costa, tañe tristemente  
una campana marítima, oh, una campana que advierte del peligro, mecida por las  
olas.  
Sí, realmente avisas del peligro, campana que tañes junto a los arrecifes,  
y tañes, y tañes, para advertir al barco del lugar en el que podría naufragar.  
Porque con la alerta, oh, timonel, atiendes la advertencia sonora,  
gira la proa, y el buque, con su carga, vira, veloz, impulsado por las velas grises,

el hermoso y noble barco, con sus riquezas, se aleja con rapidez y alegría, y se pone a salvo.

¡Pero, oh, barco, barco inmortal!, ¡barco a bordo del barco!

Barco del cuerpo, barco del alma, navegando, navegando, navegando.

### En la playa, de noche

En la playa, de noche,

hay una niña con su padre,

mirando, a oriente, el cielo otoñal.

Y en la alta oscuridad,

mientras nubes rapaces, nubes funerarias, se extienden en negras masas

y luego descienden, plomizas, apresuradas,

por una transparente franja de éter que aún queda al este

se eleva, enorme y majestuoso, Júpiter, el señor de los astros,

y muy cerca de él, un poco más arriba,

nadan las delicadas hermanas, las Pléyades<sup>[342]</sup>.

En la playa, la niña, de la mano de su padre,

contempla esas nubes funerarias que descienden, victoriosas, prontas a devorarlo todo,

y llora en silencio.

No llores, niña,

no llores, mi amor.

Déjame enjugarte las lágrimas con estos besos.

Esas nubes rapaces no saldrán victoriosas mucho más,

ni poseerán el cielo mucho más; sólo devoran la sombra de las estrellas.

Júpiter resurgirá, ten paciencia; vuelve otra noche a mirar y las Pléyades resurgirán:

son inmortales; todas esas estrellas, doradas y plateadas, volverán a brillar,

las grandes y las pequeñas volverán a brillar, perduran,

los vastos soles inmortales y las lunas perdurables y pensativas brillarán de nuevo.

Entonces, querida niña, ¿sólo lloras por Júpiter?

¿Es que sólo piensas en la muerte de las estrellas?

Algo hay

(te doy el consuelo de mis labios, y añado, susurrando:  
te ofrezco la primera sugerencia, el problema y la pista),  
algo hay más inmortal aún que las estrellas  
(muchas son las muertes, muchos los días y noches que pasan),  
algo que perdurará todavía más que el reluciente Júpiter,  
más que el sol o que cualquier satélite,  
o que las radiantes hermanas, las Pléyades.

### **El mundo bajo las aguas**

El mundo bajo las aguas,  
bosques submarinos, ramas y hojas,  
posidonia, grandes líquenes, extrañas flores y semillas, espesas marañas, claros y  
turba rosada,  
diversos colores, grises pálidos y verdes, púrpuras, blancos y dorados, juegos de  
luz en el agua,  
nadadores mudos por entre las rocas, coral, viscosidades, hierbas, algas y el  
alimento de los nadadores,  
existencias perezosas que pacen, suspendidas, o que se arrastran lentamente por  
el fondo,  
el cachalote, en la superficie, que resopla y salpica, o que se divierte con las aletas  
de la cola,  
el tiburón al que parecen pesarle los párpados, la morsa, la tortuga, el peludo  
leopardo marino y la raya;  
y hay pasiones ahí: guerras, persecuciones, tribus, y ver en esas profundidades  
oceánicas, y respirar ese aire espeso, como hacen tantos,  
y pasar de esa visión a la visión de aquí, y al aire sutil que respiran seres como  
nosotros, que caminan por esta esfera,  
y pasar de la nuestra a la de esos seres que caminan por esferas distintas.

## En la playa, de noche, solo

En la playa, de noche, solo,  
mientras la anciana madre la mece y la arrulla, con voz ronca, cantándole una  
canción,  
mientras veo brillar a las estrellas, pienso en la clave de los universos y del futuro.  
Una vasta similitud lo une todo,  
todas las esferas, maduras, inmaduras, pequeñas, grandes, soles, lunas, planetas,  
todas las distancias en el espacio, por grandes que sean,  
todas las distancias en el tiempo, todas las formas inanimadas,  
todas las almas, todos los seres vivos, aunque sean muy diferentes o vivan en  
mundos distintos,  
todos los procesos gaseosos, líquidos, vegetales, minerales, los peces, las bestias,  
todas las naciones, banderas, barbaries, civilizaciones, idiomas,  
todas las identidades que han existido o que puedan existir en este globo, o en  
cualquier globo,  
todas las vidas y muertes, todas las cosas del pasado, el presente y el futuro,  
esta vasta similitud lo abarca todo, y siempre lo ha abarcado,  
y lo seguirá abarcando eternamente, y lo contendrá, compacto, y lo encerrará.

## Canto para todos los mares y todos los barcos<sup>[343]</sup>

### 1

Hoy, un breve y tosco recitativo  
de los barcos que surcan los mares, cada cual con su bandera y su insignia,  
y de sus héroes anónimos, de las olas que se extienden hasta donde alcanza la  
vista,  
de la espuma que salpica y de los vientos ululantes;  
y de todo esto, un canto para los marineros de todas las naciones,  
imprevisible, como el oleaje.  
De los capitanes, jóvenes o viejos, y de sus segundos, y de todos los marineros  
intrépidos,

de los pocos, escogidos, taciturnos, a los que el destino no puede sorprender ni la muerte consternar,  
seleccionados con parquedad y sin ruido por ti, viejo océano, elegidos por ti, mar, que seleccionas las razas, que las entresacas a tiempo, y unes a las naciones, amamantadas por ti, vieja y ronca nodriza, y que te encarnan, indómitas, invencibles como tú.  
(Los héroes de la tierra o del mar, de uno en uno, o de dos en dos, siempre aparecen;  
y se preserva la estirpe, nunca se pierde, por rara que sea: queda la semilla).

## 2

¡Despliega, oh, mar, separadas, las banderas de las naciones!  
¡Despliega, visibles como nunca, sus distintas insignias!  
Pero reserva para ti y para el alma del hombre un pabellón que ondee sobre todos los demás,  
una enseña espiritual tejida para todas las naciones, un emblema del hombre vencedor de la muerte,  
una prenda de todos los capitanes valerosos y de todos los marineros y oficiales intrépidos,  
y de todos cuantos sucumbieron en el cumplimiento del deber,  
que los recuerde a todos, entretejida con los capitanes intrépidos, jóvenes o viejos,  
un gallardete universal, que ondee sutilmente, sin pausa, para todos los bravos marinos,  
en todos los mares, en todos los barcos.

### **Patrullando por Barnegat<sup>[344]</sup>**

Furiosa, furiosa la tempestad, y el mar, encrespado,  
constante el bramido del viento, que retumba, grave, sin cesar,  
a ratos, penetrantes risotadas demoníacas,  
olas, ventisca y medianoche desatan su trinidad más bestial,  
y por las sombras corren penachos blancos como la leche,



violentas rachas de nieve azotan la arena y el barro de la playa, donde el mortífero viento de levante se abre paso entre la oscuridad y avanza, acechante y seguro, por entre los hirientes remolinos y la espuma (y aquello a lo lejos, ¿qué es, un naufragio? ¿Brilla la señal roja?), el barro y la arena de la playa se remueven, incansables, hasta el amanecer, lentos, constantes, en medio del ronco bramido que nunca remite, y al filo de la medianoche, recorrido por aquellos penachos blancos como la leche, se debate un grupo de figuras imprecisas, extrañas, que desafía a la noche y observa con cautela a la bestial trinidad.

### **Tras el barco**

Tras el barco, tras el ulular del viento, tras las velas blanquecinas, tensas en los palos y las maromas, por debajo, miríadas y miríadas de olas presurosas que estiran el cuello y orientan su rumbo, en flujo incesante, hacia la estela del barco, olas del océano, efervescentes y bulliciosas, alegres fisgonas, olas, olas ondulantes, líquidas, desiguales, olas que compiten entre sí, que se dirigen al remolino, risueñas, animosas, llenas de curvas, por donde el gran buque navega y vira, y desplaza a la superficie, olas grandes y pequeñas que corren, anhelantes, por toda la extensión del océano, y la estela del barco al pasar, juguetona, relampagueando al sol, procesión multicolor, salpicada de espuma, de fragmentos, que siguen al barco imponente y veloz, y a su estela.

## AL BORDE DEL CAMINO

### Una balada de Boston

(1854 <sup>[345]</sup>)

Para llegar temprano a la ciudad de Boston, esta mañana he madrugado.

Esta esquina es un buen lugar: me quedaré aquí para ver el espectáculo.

¡Deja paso, Jonathan<sup>[346]</sup>!

¡Paso al alguacil del Presidente!, ¡paso a los cañones del gobierno!,

¡paso a la infantería y a los dragones federales! (y los espectros se atropellan, numerosos).

Me encanta mirar las Barras y Estrellas. Espero que los pífanos toquen el *Yankee Doodle*.

¡Cómo brillan los sables de los escuadrones de vanguardia!

Todos empuñan el revólver y desfilan, muy erguidos, por la ciudad de Boston.

Viene luego la niebla y un cortejo de antiguallas, cojeando:

algunos llevan piernas de palo; otros van vendados, exangües.

Vaya, ¡esto sí que es un espectáculo! ¡Ha sacado a los muertos de las tumbas!

¡Los habitantes de los viejos cementerios de las colinas han venido corriendo para verlo!

¡Fantasmas, innumerables fantasmas en los flancos y en la retaguardia!,

¡tricornios apolillados, muletas de niebla!,

brazos en cabestrillo, ancianos apoyados en los hombros de los jóvenes.

¿Qué os preocupa, fantasmas yanquis?, ¿qué es toda esta cháchara que sale de vuestras bocas desdentadas?

¿Es que tenéis convulsiones por la fiebre? ¿O confundís las muletas con fusiles y apuntáis con ellas?

Si las lágrimas os ciegan, no veréis al alguacil del Presidente;  
si gemís con esos gemidos, ahogaréis a los cañones del gobierno.  
¡Tened vergüenza, viejos chiflados! Bajad los brazos y dejaos en paz las canas.  
Aquí tenéis a vuestros bisnietos, boquiabiertos. Sus mujeres los contemplan desde las ventanas.

Mirad con qué elegancia visten, qué bien se comportan.  
De mal en peor: ¿no podéis soportarlo? ¿Os estáis retirando?  
¿Tan muerta os resulta esta hora con los vivos?

¡Retiraos, entonces, atropellaos!  
¡A vuestra tumbas! ¡Volved, volved a las colinas, viejos cojos!

No creo que éste sea ya vuestro lugar.  
Pero éste sí es el lugar de algo: ¿queréis que os lo diga, caballeros de Boston?  
Se lo diré al oído al Alcalde; entonces él enviará un comité a Inglaterra,  
que obtendrá una autorización del Parlamento, irá al panteón real con una carreta,  
desenterrará el ataúd del rey Jorge <sup>[347]</sup> le quitará rápidamente la mortaja,  
empacará sus huesos para la travesía  
y dará con un clíper yanqui muy veloz: aquí te dejo este cargamento, clíper de panza negra,  
leva anclas, despliega velas y pon rumbo a la bahía de Boston.

Ahora requerid de nuevo al alguacil del Presidente, sacad los cañones del gobierno,  
traed de sus casas a los que se desgañitan en el Congreso, organizad otro desfile y  
haced que lo custodien infantes y dragones.

Y ahora llega el plato fuerte.  
¡Mirad, ciudadanos de orden! ¡Mujeres, asomaos a las ventanas!  
Que el comité abra la caja, ordene las costillas regias, pegando las que no se aguanten,  
coloque la calavera encima de las costillas, y le ponga una corona.  
Ya te has vengado, viejo: la corona ha vuelto a donde le corresponde, y más allá,  
incluso.

Métete las manos en los bolsillos, Jonathan: desde hoy, eres un hombre con todas las de la ley,  
y muy simpático. Ése es uno de tus privilegios.

## Europa

### Años 72 y 73 de Estos Estados<sup>[348]</sup>

Abandonó de pronto el sopor de su vetusto cubil, el cubil de los esclavos,  
y saltó como un rayo, casi espantada de sí misma:  
pisaba cenizas y harapos, y estrangulaba a los reyes.

¡Oh, esperanza y fe!

¡Oh, doloroso recinto de los patriotas exiliados!

¡Oh, corazones afligidos!

Volved la mirada a este día, y renaced.

Y vosotros, pagados para ultrajar al Pueblo, mentirosos, ¡atended!

No por el mucho dolor que habéis causado, ni por vuestros innumerables  
asesinatos y actos de lujuria;

no por las muchas y abyectas formas en que los tribunales, aprovechándose de la  
ingenuidad de los pobres, los desvalijaban;

no por tantas promesas hechas por labios regios y rotas después, entre  
carcajadas:

aunque estaban a su merced, nada de esto hizo que la venganza asestara sus  
golpes, o que rodaran las cabezas de los nobles;

el Pueblo despreciaba la ferocidad de los reyes.

Pero la dulzura de la misericordia fraguó la amargura de la destrucción. Ya  
vuelven los monarcas, aterrados;

regresan con toda la pompa y un largo séquito: el verdugo, el sacerdote, el  
recaudador de impuestos,

el soldado, el abogado, el señor, el carcelero y el sicofante.

Aunque, ¡mirad!, detrás de todos viene alguien, agachado, a hurtadillas,

impreciso como la noche, cubierto, de la cabeza a los pies, por la catarata de  
pliegues de sus ropajes escarlatas,

y de rostro y mirada inescrutables,

que aparta con el brazo el manto púrpura

y deja ver, solamente, un dedo corvo que señala a lo alto, como la cabeza de una  
serpiente.

Mientras tanto, los cadáveres se amontonan en fosas recién abiertas, cadáveres  
ensangrentados de jóvenes,

la soga cuelga pesadamente de la horca, vuelan las balas de los príncipes, las  
criaturas del poder se ríen,

y todo esto trae frutos, y son buenos.

Esos cadáveres de jóvenes,  
esos mártires que cuelgan de las horcas, esos corazones atravesados por el plomo  
gris,  
fríos e inertes como parecen, viven en otro lugar, con vitalidad incólume.  
¡Viven en otros jóvenes, oh, reyes!  
Viven en hermanos dispuestos, de nuevo, a desafiaros.  
La muerte los ha purificado: los ha instruido y exaltado.  
No hay tumba de un asesinado por la libertad en la que no crezca la semilla de la  
libertad, que da, a su vez, nuevas semillas,  
que los vientos dispersan y vuelven a sembrar, y que nutren las lluvias y las  
nieves.  
No hay espíritu liberado del cuerpo por las armas de los tiranos  
que no recorra, invisible, la tierra, susurrando, aconsejando, advirtiendo.  
Libertad, que otros desesperen de ti: yo nunca desespero de ti.  
¿Está cerrada la casa? ¿Ha salido el dueño?  
No obstante, estad preparados, no os canséis de vigilar:  
volverá pronto; sus mensajeros ya se acercan.

### **Un espejo de mano**

Tenlo con firmeza y mira la imagen que te devuelve (¿quién es?, ¿eres tú?):  
por fuera, un hermoso atuendo; por dentro, cenizas y suciedad.  
No más ojos vivaces, ni voz sonora, ni andar elástico:  
ahora son los ojos, la voz, las manos y el andar de un esclavo,  
el aliento de un borracho, el rostro enfermizo de un comilón, la carne de un  
sifilítico,  
los pulmones que se pudren y se caen a pedazos, la acidez y las úlceras de  
estómago,  
el reuma de las articulaciones, las tripas estreñidas por la abominación,  
la circulación de la sangre oscura y emponzoñada,  
el hablar balbuceante, el oído y el tacto embotados,  
ya no quedan ni cerebro ni corazón, ni magnetismo sexual.  
Así te ves en el espejo de mano antes de irte.  
¡Qué rápido has llegado a esto, y con aquel comienzo!

## Dioses

Amante divino y Camarada perfecto  
que esperas satisfecho, invisible todavía, pero cierto:  
sé tú mi Dios.

Tú, tú, el Hombre Ideal,  
justo, capaz, hermoso, contento y afectuoso,  
completo en cuerpo y dilatado en espíritu,  
sé tú mi Dios.

Oh, Muerte (porque la Vida ya se ha cumplido),  
que abres la puerta de la mansión celestial y nos guías por ella,  
sé tú mi Dios.

Algo de lo más poderoso, de lo mejor que veo, concibo o sé  
(que rompa esta atadura que paraliza, para liberarte a ti, a ti, oh, alma),  
sé tú mi Dios.

Grandes ideas, aspiraciones de las razas,  
heroísmos y hazañas de los entusiastas arrebatados,  
sed vosotros mis Dioses.

O Tiempo y Espacio,  
o forma de la Tierra divina y maravillosa,  
o figura hermosa que veo e idolatro,  
o resplandeciente orbe solar o estrella nocturna,  
sed vosotros mis Dioses.

## Germen

Formas, cualidades, vidas, humanidad, lenguaje, pensamientos,  
los conocidos y los desconocidos, los de las estrellas  
y las estrellas mismas, algunas formadas, otras informes,  
maravillas como las de ciertos países, la tierra, los árboles, las ciudades, los  
habitantes, lo que sean,  
soles espléndidos, las lunas y sus anillos, las incontables combinaciones y efectos,

y cosas como éstas, y tan buenas como ellas, visibles aquí o en cualquier parte, encuentran lo que necesitan en un puñado de espacio que extendiendo el brazo y casi cojo con la mano,  
y que contiene el principio de todas y cada una, la virtud, el germen de todo.

## **Pensamientos**

Sobre la propiedad: como si uno, hombre o mujer, capaz de poseer cosas, no pudiera hacerse con todas a voluntad e incorporarlas a su ser;  
sobre la perspectiva: imagínate que, con una mirada retrospectiva al caos formativo, se hubiera previsto el crecimiento, la plenitud y la vida alcanzados en el viaje  
(pero veo que el camino continúa, y que el viaje continúa eternamente);  
sobre aquello de lo que carecía la tierra, y que, en el momento oportuno, le ha sido proporcionado, y sobre lo que aún ha de serle proporcionado,  
porque todo lo que veo y sé, creo que encuentra su sentido fundamental en lo que aún ha de serle proporcionado.

## **Cuando oí al docto astrónomo**

Cuando oí al docto astrónomo,  
cuando me presentaron, ordenadas en columnas, las pruebas y las cifras,  
cuando me enseñaron las cartas y los diagramas, para que los sumara, dividiera y midiese,  
cuando oí desde mi asiento la conferencia del astrónomo, que suscitaba grandes ovaciones en la sala,  
qué pronto me sentí inexplicablemente hastiado,  
hasta que me escabullí y me fui a andar solo,  
respirando el místico y húmedo aire de la noche, y mirando las estrellas,

de vez en cuando, en perfecto silencio.

## Perfecciones

Sólo ellas se entienden y entienden a sus semejantes,  
como sólo las almas entienden a las almas.

## ¡Oh, yo! ¡Oh, vida!

¡Oh, yo! ¡Oh, vida! De las preguntas recurrentes,  
de las filas interminables de desleales, de las ciudades llenas de idiotas,  
de mí, que siempre me reprocho algo (porque ¿quién hay más idiota que yo?, ¿y  
quién más desleal?),  
de ojos que ansían la luz en vano, de los objetos despreciables, de la lucha  
siempre renovada,  
de los magros resultados de todo, de las sórdidas multitudes que veo ajetrearse a  
mi alrededor,  
de los años vacíos e inútiles de los demás, con los que me mezclo y confundo,  
la pregunta, ¡oh, yo!, tan triste y recurrente, es: ¿qué hay de bueno en todo esto,  
oh, yo, oh, vida?

### *Respuesta*

Que estás aquí, que la vida existe, y la identidad;  
que prosigue la obra, sobrecogedora, y que tú puedes contribuir con un verso.



## A un Presidente <sup>[349]</sup>

Todo lo que haces y dices es, para América, un voluble espejismo.  
No has aprendido nada de la Naturaleza: de la política de la Naturaleza no has aprendido la gran amplitud, rectitud e imparcialidad,  
no has sabido ver que sólo cosas como éstas sirven a estos Estados,  
y que lo que sea menos que ellas habrá de desaparecer, tarde o temprano, de estos Estados.

### Me siento a contemplar

Me siento a contemplar todo el dolor del mundo, y toda la opresión y la vergüenza;  
oigo los sollozos secretos, convulsos, de jóvenes angustiados, llenos de remordimientos por lo que han hecho;  
veo, en el arroyo, a la madre maltratada por sus hijos, moribunda, olvidada, demacrada, desesperada;  
veo a la esposa maltratada por el marido; veo al avieso seductor de jovencitas;  
advierto la tortura de los celos y del amor no correspondido, que intenta ocultarse: todo esto veo en la Tierra.  
Veo los efectos de la batalla, de la peste, de la tiranía; veo mártires y prisioneros;  
observo una hambruna en el mar, y a los marineros echar a suertes a quién hay que matar para que vivan los demás;  
observo los insultos y las humillaciones a que los arrogantes someten a los trabajadores y los pobres, a los negros y gente así.  
Todo esto, toda esta vileza y este sufrimiento inacabable que me he sentado a contemplar,  
veo, y oigo, y callo.

## **A los ricos donantes**

Lo que me dais, lo acepto con placer:

algo de sustento, un techo y un jardín, y un poco de dinero al convocaros con mis poemas,

albergue y desayuno cuando viajo por los Estados. ¿Por qué debería avergonzarme recibir estas dádivas?, ¿por qué solicitarlas públicamente?

Porque yo no soy de los que no dan nada al hombre y a la mujer;

porque yo doy, al hombre y a la mujer, acceso a todos los dones del universo.

## **El galanteo de las águilas**

Paseando por la ribera del río (mi caminata matutina, mi descanso),

oí de pronto, en lo alto, un ruido sordo, el galanteo de las águilas,

el vertiginoso contacto amoroso allí arriba, en el espacio,

el abrazo de las garras, su entrelazarse, una rueda viviente que giraba, furiosa,

cuatro alas batientes, dos picos, una masa arremolinada y compacta

que se precipitaba, que daba vueltas, que se arracimaba en bucles y caía luego a plomo,

hasta quedar suspendida sobre el río, las dos hechas una: un momento de tregua,

un sereno e inmóvil equilibrio, tras el cual se separan, se sueltan las garras

y ascienden de nuevo, oblicuas, con vuelo pausado y sostenido, para seguir cada una su propio camino:

ella el suyo, él el suyo, otra vez.

## **Vagando, con el pensamiento**

**(Después de leer a Hegel)**

Vagando con el pensamiento por el Universo, vi al poco Bien que hay precipitarse hacia la inmortalidad,  
y a ese vasto todo llamado Mal precipitarse hacia sí mismo, y perderse, y extinguirse.

### **Cuadro campestre**

Por la amplia puerta del tranquilo granero campesino,  
un prado iluminado por el sol, en el que pastan el ganado y los caballos,  
y niebla, y paisaje, y el horizonte que se desvanece, a lo lejos.

### **El asombro de un niño**

En silencio y asombrado, aunque sólo era un niño,  
recuerdo que todos los domingos oía al predicador citar a Dios en sus sermones,  
como si se peleara con algún ser o alguna influencia.

### **El corredor**

Por un camino llano corre el corredor, bien entrenado:  
es delgado y fibroso, y tiene las piernas musculadas;  
lleva ropa ligera y se echa hacia adelante al correr,  
con los puños entrecerrados y los brazos un poco levantados.

## **Mujeres hermosas**

Las mujeres, sentadas o moviéndose de un lado para otro, algunas mayores, otras jóvenes:

las jóvenes son hermosas, pero las mayores son más hermosas que las jóvenes.

## **Madre e hijo**

Veo al niño que duerme acurrucado contra el pecho de su madre.

Madre e hijo duermen. Los observo mucho tiempo en silencio.

## **Pensamiento**

Sobre la obediencia, la fe, la adhesividad:

me paro a contemplar, desde muy lejos, y encuentro algo profundamente conmovedor en que grandes masas de hombres sigan a quienes no creen en los hombres.

## **Enmascarada**

Una máscara, un disfraz perpetuo y natural,  
esconde la cara, esconde las formas;  
cambios y transformaciones a cada hora, a cada momento,  
que le sobrevienen incluso cuando duerme.

## **Pensamiento**

Sobre la Justicia, como si la Justicia pudiera ser otra cosa que la propia y amplia ley, expuesta por jueces y salvadores naturales, como si pudiera decidirse que fuera esto o aquello.

## **Deslizándome por todo**

Deslizándome por todo, a través de todo, de la Naturaleza, el Tiempo y el Espacio, como un barco que avanzara por el agua, el viaje del alma —no sólo la vida, sino la muerte, muchas muertes— cantaré.

## **¿Nunca ha habido un momento en el que...?**

¿Nunca ha habido un momento en el que un súbito rayo divino se precipitara e hiciera estallar estos ambiciosos planes de negocios —libros, política, arte, amoríos—, para expresar la nada?

## **Pensamiento**

Sobre la Igualdad, como si me perjudicara dar a los demás las mismas oportunidades y derechos que tengo yo, como si no fuera indispensable para mis propios derechos que otros también los posean.

## **A la vejez**

Veo en ti el estuario que se ensancha y extiende majestuosamente para verterse en el mar.

## **Lugares y épocas**

Lugares y épocas: ¿qué hay en mí que los abraza a todos, siempre y en todas partes, y hace que me sienta en casa?

Formas, colores, densidades, olores: ¿qué hay en mí que se corresponde con ellos?

## **Ofrendas**

Aparecen mil hombres y mujeres perfectos.

Alrededor de cada uno de ellos se reúne un montón de amigos, de niños y jóvenes alegres, con ofrendas.

## A los Estados

**Para identificar la 16.<sup>a</sup>, 17.<sup>a</sup> y 18.<sup>a</sup> Presidenciada** [\[350\]](#)

¿Por qué acostarse, por qué interrogar? ¿Por qué estamos todos adormecidos?  
Qué ocaso cada vez más tenebroso. La espuma sobrenada en el agua.  
¿Quiénes son esos que andan con recelo por el Capitolio, como murciélagos o  
sabuesos nocturnos?  
¡Qué inmunda Presidenciada! (¡Oh, tórridos soles del Sur! ¡Oh, árticas heladas del  
Norte!).  
¿Ésos son, de verdad, los Congresistas? ¿Y aquellos los Jueces supremos? ¿Y ése el  
Presidente?  
Pues, si es así, seguiré durmiendo un rato, porque veo que estos Estados también  
duermen, y no les faltan motivos  
(todos nos despertamos, como debe ser, con la oscuridad creciente, con el lejano  
retumbar del trueno y el brillo amortiguado del relámpago;  
Sur, Norte, Este, Oeste, el interior y el litoral: nos despertaremos, sin duda).

## REDOBLES DE TAMBOR

### Primero, oh, unos cantos como preludio

Primero, oh, unos cantos como preludio.

Que resuenen en el tenso timbal el orgullo y la alegría de mi ciudad,

cómo condujo a las demás a las armas, cómo dio la señal,

cómo se incorporó, ágil, sin vacilar un instante

(¡Qué soberbia! ¡Oh, Manhattan, mía, simpar!

¡Oh, la más fuerte en la hora de tribulación! ¡Oh, más genuina que el acero!),

cómo te incorporaste, cómo te despojaste del hábito de la paz, con gesto de  
indiferencia,

cómo mudaron las suaves melodías de la ópera, sustituidas por el pífano y el  
tambor,

cómo marchaste a la guerra (los cantos de guerra nos servirán de preludio)

y cómo los redobles de tambor de Manhattan abrieron la marcha.

Cuarenta años llevaba viendo desfilas a los soldados en mi ciudad,

cuarenta años de exhibición, hasta que, de pronto, esta ciudad fecunda y  
turbulenta, esta dama,

insomne entre sus barcos, sus casas, su incalculable riqueza,

rodeada por un millón de hijos, súbitamente,

en plena noche, al recibir noticias del sur,

dio un puñetazo en el suelo, enfurecida.

Una sacudida eléctrica: la noche la sostuvo,

hasta que, al amanecer, con ominoso zumbido, nuestra colmena liberó a sus  
miríadas.

Y entonces, de las casas y los talleres, de todos los portales,



saltaron, tumultuosas, y, ¡mirad!, Manhattan en armas.  
Obedientes a los redobles de tambor,  
los jóvenes forman y se arman,  
los artesanos se arman (la paleta, la garlopa, el martillo del herrero, todos abandonados con precipitación),  
el abogado deja el bufete y se arma, el juez deja el juzgado,  
el cochero abandona el carro en la calle: salta y deja abruptamente las riendas en el lomo de los caballos,  
el dependiente deja la tienda, el jefe, el contable, el portero: todos se marchan.  
Se forman escuadrones por todas partes, de común acuerdo, y se arman.  
A los reclutas jóvenes, niños incluso, los mayores les enseñan a llevar el equipo, y les ajustan cuidadosamente los correajes.  
Se arman fuera, se arman dentro, relumbran los cañones de los mosquetes, las tiendas blancas se apiñan en campamentos, alrededor de los cuales montan guardia centinelas armados; el cañón del amanecer y de nuevo al anochecer.  
Llegan regimientos armados todos los días, cruzan la ciudad y embarcan en los muelles  
(¡Qué gallardo aspecto a su paso hacia el río, sudorosos, con los fusiles al hombro! ¡Cuánto me gustan! Son morenos de cara, y llevan la ropa y las mochilas cubiertas de polvo: podría abrazarlos).  
Hierva la sangre de la ciudad: ¡a las armas! ¡a las armas!, se oye por todas partes, las banderas ondean en las agujas de las iglesias y en todos los edificios públicos, en todos los comercios,  
la despedida entre lágrimas, la madre besa al hijo, el hijo besa a la madre (la madre no quiere que se vaya, pero no dice nada para retenerlo),  
la escolta tumultuosa, la policía en primera fila, abriendo paso,  
el entusiasmo desbordante, los vítores de la multitud a sus favoritos,  
la artillería, los cañones, mudos, que brillan como el oro, y que, arrastrados por el empedrado, ruedan con un ruido sordo  
(cañones mudos, pronto romperéis vuestro silencio, pronto, desenganchados de vuestros arzones, iniciaréis una sangrienta labor).  
Y todo el fragor de los preparativos, toda la determinación de armarse:  
el servicio hospitalario, las hilas, vendas y medicamentos,  
las mujeres que se ofrecen voluntarias como enfermeras, el trabajo que ha empezado en serio: ya no es un mero desfile.  
¡Guerra! ¡Avanza una raza en armas! La batalla es bienvenida: ya no hay marcha atrás.  
¡Guerra! Ya dure semanas, meses o años, una raza en armas avanza para darle la bienvenida.

¡En marcha, Mannahatta! ¡Merece, oh, un canto digno!  
¡Se acerca, oh, una existencia viril en los campamentos!  
Y la poderosa artillería,  
los cañones que brillan como el oro, y un trabajo de gigantes: servirlos bien.  
¡Desenganchadlos de los arzones! (y no como en los últimos cuarenta años, para  
rendir saludos de cortesía;  
cargadlos con algo más que la pólvora y el taco).  
Y tú, señora de las naves, tú, Mannahatta,  
vieja matrona de esta ciudad orgullosa, cordial y turbulenta,  
cuando disfrutabas de la paz y la opulencia, te sumías a menudo en la reflexión y  
fruncías secretamente el ceño, rodeada de tus hijos.  
Ahora, sin embargo, sonríes, exultante, vieja Mannahatta.

### Mil ochocientos sesenta y uno <sup>[351]</sup>

Año en armas, año de la contienda,  
nada de rimas primorosas ni de sentimentales versos de amor en tu honor, año  
terrible:  
no eres un poetilla empalidecido que cuente las sílabas despacio, ceceando, en el  
escritorio,  
sino un hombre erguido y fuerte, vestido de azul, que avanza, con el fusil al  
hombro  
y un cuchillo a un costado, en el cinturón, de cuerpo bien compuesto, y cara y  
manos curtidas por el sol.  
Te oí gritar, y tu voz poderosa recorrió el continente,  
tu voz masculina, oh, año, que se elevaba por sobre las grandes urbes,  
por sobre las gentes de Manhattan; y como a uno de sus obreros, como a uno de  
sus habitantes, te vi,  
o cruzando, a grandes zancadas, las praderas de Illinois e Indiana,  
o atravesando el Oeste con paso alegre, para descender por los Allegheny,  
o proveniente de los Grandes Lagos o en Pensilvania, o en cubierta, por el río  
Ohio,  
o hacia el sur por los ríos Tennessee o Cumberland <sup>[352]</sup> o en Chattanooga <sup>[353]</sup>, en la  
cima de la montaña:

vi tu andar y tus miembros vigorosos cubiertos de azul, provistos de armas, año  
robusto,  
y oí tu voz resuelta una y otra vez;  
oh, año que rompiste a cantar por las bocas de los cañones, de labios redondos,  
yo te repito, año presuroso, devastador, triste, enloquecido.

### **¡Batid, batid, tambores!**

¡Batid, batid, tambores! ¡Sonad, clarines, sonad!  
Irrumpid —por las ventanas, por las puertas— en la solemnidad de la iglesia  
como una fuerza incontenible y dispersad a los fieles,  
y también en la escuela donde se aplica el erudito;  
no dejéis tranquilo al novio: ninguna felicidad puede tener ahora con la novia,  
ni sosiego alguno el pacífico granjero que labra los campos o cosecha el grano.  
Redoblad con fiereza, tambores; sed estridentes, clarines.  
¡Batid, batid, tambores! ¡Sonad, clarines, sonad!  
Imponeos al tráfico de las ciudades, al estrépito de las ruedas por las calles.  
¿Están listas las camas para que la gente duerma por la noche? Pues nadie puede  
dormir en ellas;  
y de día no habrá regateos, ni actuarán los agentes de negocios, ni los  
especuladores. ¿Les gustaría continuar?  
¿Querrían los que hablaban seguir hablando? ¿Intentaría cantar el cantante?  
¿Se pondría de pie el abogado para exponer su caso ante el juez?  
Aumentad, pues, vuestra cadencia y vuestra intensidad, tambores; y vosotros,  
clarines, sonad con más fuerza.  
¡Batid, batid, tambores! ¡Sonad, clarines, sonad!  
No parlamentéis, no os paréis a reconvenir a nadie,  
no os preocupéis por el tímido, ni por el que llora o reza,  
no os preocupéis por el viejo que suplica al joven,  
acallad al niño y los ruegos de la madre,  
zarandead incluso los ataúdes en que los muertos esperan a los coches fúnebres.  
Vibrad con violencia, oh, tambores terribles; sonad alto, clarines.

## Dejo Paumanok y vuelo como un pájaro

Dejo Paumanok y vuelo como un pájaro.

Me elevo a lo más alto, describiendo círculos, para cantar la idea de todos.

Me dirijo al norte, para entonar allí los cantos del Ártico;

a Canadá, para absorber Canadá; y luego a Michigan,

a Wisconsin, a Iowa, a Minnesota, para cantar sus cantos, inimitables;

y después a Ohio e Indiana, para cantar los suyos; a Misuri y Kansas y Arkansas,  
para cantar los suyos;

a Tennessee y Kentucky, a las Carolinas y Georgia, para cantar los suyos;

a Texas, y así hasta California, errante pero aceptado en todas partes,  
para cantar primero (al son de guerra de los tambores, si es necesario)

la idea de todos: del mundo occidental, uno e inseparable,

y después el canto de todos los miembros de estos Estados.

## Canto del estandarte al amanecer

### *EL POETA*

Oh, un canto nuevo, un canto de libertad,

que flamea, flamea, flamea, flamea, con sonidos, con voces más claras,

con la voz del viento y la del tambor,

con la voz del estandarte y la voz del niño y la voz del mar y la voz del padre,

a ras de suelo y en lo alto,

el suelo en el que se encuentran el padre y el hijo,

la altura a la que dirigen la mirada,

donde flamea el estandarte al amanecer.

¡Palabras! ¡Palabras de los libros! ¿Qué sois?

Basta de palabras. Escuchad y ved:

mi canto se despliega al viento; debo cantar

bajo el flamear del estandarte y el pendón.

Tejeré el acorde, lo entrelazaré.

El deseo del hombre y el deseo del niño, yo los entrelazaré: les daré vida,

e insertaré la bayoneta que reluce, y haré que silben balas y postas

(como quien proyecta un símbolo y una amenaza en el futuro, trompeteando con la voz: *¡Alzaos y estad alerta! ¡Alzaos y estad alerta!*), y derramaré sangre en los versos, llena de voluntad, llena de alegría, y luego lo soltaré, lo liberaré, para que vaya a rivalizar con el estandarte y el pendón que flamean.

### ***EL PENDÓN***

Sube, bardo, bardo,  
sube, alma, alma,  
sube, querido niño,  
a volar conmigo por entre las nubes, por el viento, y a jugar con la luz inconmensurable.

### ***EL NIÑO***

Padre, ¿qué es eso que, ahí arriba, me hace señas con el dedo?  
¿Y qué es lo que me dice todo el rato?

### ***EL PADRE***

No es nada, hijo, eso que ves en el cielo,  
y no te dice nada. Pero mira, hijo,  
todo lo que brilla en los hogares, en las casas de préstamos que ya abren,  
y observa a los vehículos, cargados de mercancías, listos para recorrer las calles.  
¡Esto, ah, esto, cuánto se aprecia y cuánto se trabaja por conseguirlo!  
¡Cuánto lo envidian todos en la Tierra!

### ***EL POETA***

El sol se eleva, nuevo, rosado,  
recorre sus canales el distante azul del mar  
y el viento sobrevuela el pecho del mar, hacia tierra,  
el viento, fuerte y constante, del oeste o del sudoeste,  
que flota, feliz, con la espuma, blanca como la leche, de las aguas.  
Pero yo no soy el mar ni el sol rojo,  
yo no soy el viento que se ríe como una jovencita  
ni el vendaval que fortalece, ni el que azota,  
ni el espíritu que fustiga al cuerpo hasta sentir el terror y la muerte,

sino el que, invisible, viene y canta, canta, canta,  
el que balbucea en los arroyos y se precipita en chaparrones sobre la tierra,  
el que reconocen los pájaros en el bosque por la mañana y por la tarde,  
y reconocen la arena de la playa y la ola que silba, y ese estandarte y ese pendón  
que flamean y flamean ahí, en lo alto.

### ***EL NIÑO***

Oh, padre, está vivo, está lleno de gente, tiene hijos,  
oh, ahora me parece que les habla a sus hijos,  
lo oigo, me habla a mí, oh, ¡qué maravilla!  
Oh, se ensancha, se extiende y corre muy deprisa, oh, padre mío,  
es tan grande que ha tapado el cielo.

### ***EL PADRE***

Basta, basta, tonto,  
lo que dices me entristece, me disgusta mucho:  
mira con los demás, te repito, y olvídate de estandartes y pendones;  
contempla las aceras bien dispuestas y las sólidas paredes de las casas.

### ***EL ESTANDARTE Y EL PENDÓN***

Habla al niño, oh, bardo de Manhattan,  
a todos nuestros niños, al norte o al sur de Manhattan;  
señálanos este día, y no te preocupes por los demás. Y, sin embargo, no sabemos  
por qué,  
pues ¿qué somos, meros trozos de tela, sin provecho alguno,  
que flamean al viento?

### ***EL POETA***

Yo no sólo veo y oigo trozos de tela:  
yo oigo la marcha de los ejércitos, oigo al centinela vigilante,  
oigo los gritos de júbilo de millones de hombres, ¡oigo la Libertad!,  
Oigo batir los tambores y sonar las trompetas,  
yo mismo parto, me elevo con rapidez y vuelo,  
uso las alas del pájaro terrestre y uso las alas del pájaro marino, y miro como  
desde las alturas,

no niego los preciosos frutos de la paz, veo ciudades populosas y sus incalculables riquezas,  
veo innumerables granjas, veo a los granjeros trabajar en los campos o los graneros,  
veo trabajar a los artesanos, veo edificios por todas partes, echados los cimientos, en construcción o ya acabados,  
veo pasar caravanas de vagones, a toda velocidad, por las vías férreas, tiradas por locomotoras,  
veo los almacenes, las estaciones de Boston, Baltimore, Charleston, Nueva Orleans,  
diviso al Oeste las inmensas extensiones de cereal, y las sobrevuelo un rato, paso a los bosques madereros del Norte, y de nuevo a la plantación del Sur, y otra vez a California;  
abarcándolo todo, veo los beneficios incalculables, las reuniones con mucho trajín, los salarios devengados,  
veo la Identidad formada por treinta y ocho espaciosos y altivos Estados (y muchos más que han de venir),  
veo fuertes costeros, en las bocanas de los puertos, veo barcos arribar y zarpar, y, sobre todo (¡sí! ¡sí!), mi pequeño pendón, alargado como una espada, que, izado ahora por las drizas, se encrespa, raudo, en señal de guerra y desafío, junto a mi gran estandarte azul, junto a mi estandarte estrellado, para descartar la paz en toda la extensión de la tierra y el mar.

### ***EL ESTANDARTE Y EL PENDÓN***

¡Más fuerte todavía, más alto, con más energía, bardo! ¡Más lejos todavía, hiende aún más el espacio!  
Que nuestros hijos dejen de creer que sólo significamos riqueza y paz: podemos ser terror y mortandad, y eso somos ahora.  
Ahora no somos uno de esos espaciosos y altivos Estados (ni cinco, ni diez de ellos),  
ni un mercado o una estación, ni un banco de la ciudad, sino estas cosas y todas las cosas: la tierra parda, dilatada, y las minas que subyacen en ella, son nuestras,  
y las costas del mar son nuestras, y los ríos, grandes y pequeños, y los campos que riegan, y las cosechas y la fruta son nuestros, las bahías y los canales y los barcos que arriban y zarpan son nuestros, y nosotros, por sobre todo,

por sobre el área que se extiende a nuestros pies, los tres o cuatro millones de millas cuadradas, las capitales, los cuarenta millones de personas, ¡oh, bardo!, nosotros, sí, nosotros, supremos en la vida y la muerte, nos exhibimos, imperiosos, alzados, no sólo ahora: mil años entonaremos este canto, por tu mediación, para el alma de un pobre niño.

### ***EL NIÑO***

Oh, padre mío, no me gustan las casas: nunca significarán nada para mí; ni me gusta el dinero. Pero sí me gustaría subir ahí, oh, querido padre, me gusta ese estandarte: quiero ser ese pendón; tengo que serlo.

### ***EL PADRE***

Hijo mío, me llenas de angustia: ser ese pendón sería terrible. No sabes lo que significa hoy, y después de hoy, y siempre: significa no ganar nada, sino desafiarlo y arriesgarlo todo, significa encabezar guerras —¡y, oh, qué guerras!—: ¿qué tienes tú que ver con ellas? ¿Qué tienes que ver con esas pasiones demoníacas, con la masacre, con la muerte prematura?

### ***EL ESTANDARTE***

Yo canto, pues, a los demonios y a la muerte, y todo lo pondré, sí, todo, yo, pendón de guerra con forma de espada, y un nuevo y extático placer, y los deseos que balbucean los niños, mezclados con los sonidos de una tierra apacible y el líquido embate del mar, y los barcos negros trabados en combate, envueltos en humo, y el frío glacial del remoto norte, de cedros y pinos rumorosos, y el retumbar de los tambores y el fragor de los soldados en marcha, y el sol ardiente al mediodía, y las olas del mar que peinan la playa de mi costa oriental, y también la de mi costa occidental,



y todo cuanto comprenden ambas costas, y el Misisipí, cuyo curso no cesa, y sus meandros y cascadas,  
y mis campos de Illinois, y mis campos de Kansas, y mis campos de Misuri, el Continente, consagrando enteramente la identidad, sin reservarse ni un átomo, ¡verteos! Sumergid a lo que hace preguntas, a lo que canta, junto con todo y lo que produce el todo,  
fundid, sostened, reclamad, devoradlo todo,  
pero no con labios delicados, ni con música de esos labios, sino saliendo de la noche, ya para siempre, no con voz persuasiva, sino graznando como cuervos, aquí, al viento.

### ***EL POETA***

Se me dilatan las venas, los miembros: por fin tengo claro el tema.  
Amplio estandarte que sales de la noche, yo te canto, altivo y resuelto.  
Estallo, después de haber esperado mucho, demasiado tiempo, sordo y ciego: he recuperado el oído y la palabra (gracias a un niño),  
y oigo, desde lo alto, oh, pendón de guerra, tu irónica llamada y tu demanda, ¡insensato! ¡insensato! (y, sin embargo, pese a todo, yo te canto), ¡oh, estandarte!,  
no eres las casas de la paz, ni una parte de su prosperidad, ni toda ella (si es necesario, volverás a disponer de todas esas casas para destruirlas;  
y no has pensado en destruirlas, valiosas como son, sólidas, llenas de comodidades, construidas con dinero:  
¿que sigan siendo sólidas, pues? No, ni una hora más, a menos que tú te asientes, sólido, en ellas y en todo),  
¡oh, estandarte!, tú no eres el dinero, tanpreciado, ni lo que producen las granjas, ni el alimento material,  
ni los excelentes almacenes, ni las mercancías descargadas en los muelles,  
ni los soberbios barcos, a vela o a vapor, que parten en busca de su carga, o que la traen,  
ni la maquinaria, los vehículos, el comercio, los ingresos. Eres tal como te veo desde hoy:  
surges, veloz, de la noche, y traes, arracimadas, estrellas (que nunca dejan de expandirse),  
divides el alba, y cortas el aire, tocado por el sol, y mides el cielo (apasionadamente contemplado, y deseado, por un pobre niño,  
mientras los demás siguen ocupados, o enzarzados en la charla, predicando sin cesar austeridad, austeridad),

¡oh, tú, en lo alto!, ¡oh, pendón!, donde ondulas como una serpiente que sisea,  
curiosa,  
fuera de alcance, una idea sólo, aunque por ti se batalle con furia y se arriesgue  
una muerte sangrienta; te amo,  
te amo tanto. ¡Oh, estandarte, que precedes al día con estrellas traídas de la  
noche!,  
sin valor, objeto para los ojos, por encima de todo, que todo lo reclama  
(propietario absoluto de todo), ¡oh, estandarte y pendón!,  
también yo lo dejo todo —por grande que sea, no es nada—: casas, máquinas, no  
son nada, y no las veo:  
sólo te veo a ti, ¡oh, pendón guerrero!, oh, amplísimo estandarte barrado, sólo a  
ti te canto,  
flameando al viento en lo alto.

## **Abandonad, oh, días, vuestros abismos insondables**

### **1**

Abandonad, oh, días, vuestros abismos insondables, hasta arrasar, grandiosos y  
fieros.  
Durante mucho tiempo he devorado, para mi alma gimnástica y hambrienta,  
cuanto me ha ofrecido la tierra.  
Durante mucho tiempo he recorrido los bosques del norte, he visto precipitarse el  
Niágara,  
he viajado por las praderas y dormido en su seno, he cruzado las Nevadas, he  
cruzado las mesetas,  
he subido a las cumbres rocosas que jalonan el Pacífico, me he adentrado en el  
mar,  
he navegado con tormenta, y he renacido gracias a la tormenta,  
he contemplado con alegría las fauces amenazantes de las olas  
y observado sus crestas blancas elevarse, presurosas, encrespadas,  
he oído arreciar el viento, he visto negros nubarrones,  
he visto, desde abajo, lo que surgía y se elevaba (¡oh, qué soberbio! ¡oh, indómito  
como mi corazón, y poderoso!),

he oído, luego del relámpago, el continuo bramar del trueno,  
he distinguido a las hilachas del relámpago perseguirse por el cielo, repentinas y  
veloces, en medio del estruendo,  
todo esto, y otras cosas semejantes, he visto, alborozado, asombrado, pero  
también pensativo e imperioso;  
toda la sobrecogedora fuerza del globo me circundaba,  
pero allí yo y mi alma nos alimentábamos, nos alimentábamos satisfechos,

## 2

Estuvo bien, alma: me preparaste bien.

Ahora avanzamos para saciar un hambre latente y mayor,  
ahora nos adelantamos para recibir lo que la tierra y el mar nunca nos han dado.  
No cruzamos bosques imponentes, sino ciudades, más imponentes todavía.  
Algo más que el Niágara se vierte ahora para nosotros:  
torrentes de hombres (fuentes y regatos del Noroeste, ¿sois inagotables?).  
¿Qué eran aquellas tormentas de las montañas y el mar frente a estas calles y  
estas casas?  
¿Qué, frente a las pasiones de las que soy testigo, hoy, a mi alrededor? ¿Se  
encrespaba el mar?  
¿Hacía sonar el viento sus acordes de muerte bajo los nubarrones?  
¡Mirad! De abismos más insondables surge algo más mortífero y terrible:  
es Manhattan, que se alza, que avanza, con ceño amenazador, y Cincinnati y  
Chicago, desencadenadas.  
¿Qué era aquella turbulencia que vi en el océano? Pues ved lo que viene ahora,  
cómo trepa, audaz, con pies y manos, cómo embate,  
cómo, luego del relámpago, brama el verdadero trueno, con qué intensidad  
brillan los relámpagos,  
y cómo, iluminada la noche por su fulgor, la Democracia avanza, a grandes  
zancadas, con gesto desesperado, vengativo  
(aunque me ha parecido oír, en la oscuridad, un gemido lastimero, un sollozo  
ahogado,  
en una pausa de esta confusión ensordecedora).

## 3

¡Truena, avanza, Democracia! ¡Descarga tu golpe vengador!  
Y vosotros, ¡oh, días, oh, ciudades!, levantaos más que nunca,

estallad con más fuerza, con más fuerza todavía, ¡oh, tormentas! Me habéis hecho mucho bien:

mi alma, adiestrada en las montañas, absorbe vuestro alimento inmortal.

Llevaba mucho tiempo en las ciudades, y recorriendo caminos, de granja en granja, sólo satisfecho a medias:

una duda abominable se retorció como una serpiente, y reptaba ante mí, y me precedía siempre, y se volvía a mirarme con frecuencia, y silbaba quedamente, con ironía.

Abandoné aquellas ciudades que tanto amaba, y me apresuré en busca de las certidumbres que me fuesen idóneas,

hambriento, hambriento, hambriento de energías primigenias y de Naturaleza intrépida:

sólo eso me renovaba, sólo eso podía saborear.

Esperé a que estallara el fuego reprimido: en el agua y en el aire, esperé mucho,

pero ya no espero más: estoy completamente satisfecho, estoy harto,

he presenciado el verdadero relámpago, he visto eléctricas mis ciudades,

he vivido para ver el estallido del hombre y el alzamiento en armas de América.

Por consiguiente, ya no buscaré el alimento en los solitarios bosques del norte,

ya no peregrinaré por las montañas, ni surcaré el mar tempestuoso.

### **Virginia, el oeste**

Al noble padre, caído en días aciagos,

vi con la mano alzada, amenazante, blandiendo

(suspendidos los recuerdos de antaño, suspendidos el amor y la fe)

el cuchillo desquiciado ante la Madre de Todo.

Al noble hijo he visto abandonar,

con pasos nerviosos, la tierra de las praderas, la tierra de las aguas de Ohio e Indiana,

y al gigante inquebrantable urgir al rescate a su abundante prole,

vestida de azul, con los fieles fusiles al hombro.

Entonces habló, reposada, la Madre de Todo:

y vosotros, Rebeldes (me pareció oírle decir), ¿por qué lucháis contra mí, por qué queréis mi vida,

si me habéis de defender siempre?

Si me habéis dado a Washington, y ahora también a éstos.

## Ciudad de barcos

¡Ciudad de barcos!

(¡Oh, barcos negros! ¡Oh, barcos terribles!

¡Oh, hermosos vapores y veleros de proas afiladas!)

¡Ciudad del mundo! (porque aquí están todas las razas:  
todos los países de la Tierra contribuyen a ella)

¡Ciudad del mar! ¡Ciudad de mareas rápidas y resplandecientes!

¡Ciudad cuyas alegres mareas continuamente suben o bajan, formando remolinos  
y estelas de espuma!

¡Ciudad de muelles y almacenes! ¡Ciudad de altas fachadas de mármol y hierro!

¡Ciudad orgullosa y apasionada! ¡Ciudad fogosa, enloquecida, extravagante!

¡Levántate, oh, ciudad! No sólo por la paz, sino por lo que eres realmente:  
belicosa.

No tengas miedo: no te sometas a ningún modelo, salvo al tuyo, ¡oh, ciudad!

Mírame: ¡encármame como yo te he encarnado!

Nunca he rechazado nada de lo que me has ofrecido; a quien tú has adoptado, yo  
lo he adoptado.

Buena o mala, nunca te cuestiono: todo me gusta; nada condeno;  
canto y celebro todo cuanto te pertenece, pero basta de paz.

En la paz, cantaba a la paz, pero ahora es mío el tambor de guerra,

y a la guerra, a la sangría de la guerra, canto por tus calles, ¡oh, ciudad!

**Voluntario de 1861-1862 (en el Parque de Washington, en Brooklyn, ayudando al Centenario)**

Dame la mano, viejo Revolucionario,  
ya casi hemos llegado a la cima de la colina: está a pocos pasos (hagan sitio, caballeros).

Me has seguido bien por el camino, a pesar de tus ciento y pico años:  
puedes andar, anciano, aunque tus ojos casi no vean ya;  
conservas tus facultades: pronto me servirán a mí.

Descansa, mientras te explico qué significa esta multitud que nos rodea.

Abajo, en la llanura, los reclutas hacen instrucción.

Allí está el campamento. Un regimiento sale mañana.

¿Oyes a los oficiales dar órdenes?

¿Oyes el entrechocar de los mosquetes?

Pero ¿qué te pasa ahora, anciano?

¿Por qué tiembles y me aprietas la mano?

Las tropas sólo hacen la instrucción, rodeadas de sonrisas

y de amigos y mujeres cercanos, muy arreglados,

bajo el espléndido sol de la tarde,

y verdes lucen los prados del verano, y corre una brisa fresca, juguetona,

por las ciudades orgullosas y pacíficas, y por el brazo de mar que las separa.

Pero la instrucción y la revista se han acabado, y los soldados vuelven a los cuarteles.

¡Escucha cuánta aprobación! ¡Escucha esos aplausos!

La muchedumbre se despide y se dispersa, pero nosotros, anciano

—por algo te he traído aquí—, tenemos que quedarnos,

para que hables tú cuando te corresponda, y yo para escucharte y contarlo.

***EL CENTENARIO***

Cuando te he apretado la mano, no ha sido porque sintiera terror,

sino porque, de repente, abrumadora,

ahí abajo, donde los chicos hacían la instrucción, y en las laderas por las que subían,

y donde están plantadas las tiendas, y hasta donde alcanza la vista, al sur, al sudeste y al sudoeste,

más allá de las colinas, en las tierras bajas, en los confines de los bosques, en las costas y las ciénagas (ahora llenas), había resurgido, súbita, vivísima, como hace ochenta y cinco años, no una mera revista militar, saludada con aplausos por los amigos, sino una batalla en la que yo participé —sí, hace mucho tiempo, pero participé en ella, y pisé esta misma cima, este mismo suelo. Sí, éste es el terreno.

Aunque esté casi ciego, al hablar lo vuelvo a ver lleno de gente salida de la tumba. Retroceden los años, desaparecen calles y mansiones, reaparecen los toscos fuertes, se montan los cañones reforzados, veo las trincheras, que se extienden desde el río hasta la bahía, contemplo el panorama de las aguas, contemplo las posiciones elevadas y las cuestas.

Aquí estábamos acampados; era verano, por esta época.

Conforme hablo, lo recuerdo todo, recuerdo la Declaración<sup>[355]</sup>:

se leyó aquí, con todo el ejército formado; nos la leyeron aquí.

El General<sup>[356]</sup> estaba en el centro, rodeado por su estado mayor. Desenvainó la espada y la sostuvo en alto:

refulgó al sol, ante todo el ejército.

Fue una acción audaz. Los buques de guerra ingleses acababan de arribar.

Los veíamos fondeados en la parte inferior de la bahía.

Los transportes hervían de soldados.

Unos días después, habían desembarcado, y llegó la batalla.

Veinte mil se lanzaron contra nosotros.

Eran un cuerpo de veteranos, provisto de buena artillería.

No voy a contar toda la batalla,

pero sí que, por la mañana, ordenaron a una brigada que avanzara, para entablar combate con los casacas rojas:

de esa brigada quiero hablar, y de lo resuelto que fue su avance,

y de cuánto, y con qué vigor, sostuvo su posición, desafiando a la muerte.

¿Quién crees que avanzó resueltamente, arrostrando con gallardía la muerte?

La brigada de los más jóvenes, dos mil valientes

reclutados en Virginia y Maryland, a la mayoría de los cuales conocía personalmente el General.

Avanzaron, a buen paso y con ánimo vivo, hacia las aguas de Gowanus<sup>[357]</sup>,

hasta que de pronto, sin ser vistos, moviéndose por los desfiladeros de los bosques, que habían ganado por la noche,

aparecieron los británicos, los rodearon desde el este, los sometieron a un bombardeo feroz,  
y la brigada de los más jóvenes quedó cercada, a merced del enemigo.  
El General los veía desde la colina.  
Hicieron varios intentos desesperados por romper el cerco,  
y luego se agruparon, en filas muy prietas, con la bandera en el centro.  
Pero las baterías los diezmaban desde las colinas, ¡los diezmaban!  
¡Aún me horroriza aquella matanza!  
Vi el rostro del General perlado de sudor.  
Le vi retorcerse las manos de angustia.  
Mientras tanto, los británicos maniobraban para empujarnos a combatir en campo abierto,  
pero no confiábamos en nuestras posibilidades en un combate a campo abierto.  
Entablamos la lucha por destacamentos.  
Hicimos salidas en varios puntos, pero la fortuna nos fue siempre adversa.  
Nuestro enemigo lograba siempre ventaja, y avanzaba, y nos obligó a retroceder a las fortificaciones de la colina.  
Allí nos volvimos una amenaza, y se detuvo.  
Ésa fue la suerte de la brigada de los más jóvenes, dos mil valientes.  
Pocos volvieron: casi todos siguen allí, en Brooklyn.  
Ésa y aquí fue la primera batalla de mi General.  
No había mujeres mirándonos, ni sol al que calentarse, y no concluyó en aplausos.  
Nadie nos ovacionó entonces.  
Pasamos aquella noche oscura bajo una lluvia gélida, con mucha niebla: estábamos exhaustos, llenos de frustración, de un humor lúgubre.  
Muchos lores arrogantes, acampados a poca distancia, se reían de nosotros: les oíamos festejar la victoria; brindaban por ella con vino.  
Húmedo y gris, amaneció otro día,  
pero, al llegar la noche, dejó de llover y se levantó la niebla,  
y, silencioso como un fantasma, mientras el enemigo estaba seguro de tenernos en su poder, mi General ordenó la retirada.  
Lo vi en la ribera del río,  
al pie de la barcaza que iluminaban las antorchas, urgiendo a embarcar.  
Mi General esperó a que hubieran pasado todos los soldados y todos los heridos, y entonces (justo antes de amanecer) estos ojos se posaron en él por última vez.  
Todos parecían apesadumbrados.  
Muchos, sin duda, pensaron en capitular.  
Pero cuando mi General pasó a mi lado,  
de pie en la barca, mirando al sol naciente,



vi algo muy distinto de la capitulación.

## **FINAL**

Basta. Aquí concluye la historia del Centenario.

Ambos, presente y pasado, han intercambiado su lugar,  
y yo, su nexo, el cantor de un futuro esplendoroso, soy el que habla.

¿Es éste el campo que holló Washington?

¿Y estas aguas que cruzo, indiferente, cada día, son las aguas que él cruzara,  
tan resuelto en la derrota como otros generales en los triunfos de los que están  
más orgullosos?

He de copiar esta historia y difundirla al este y al oeste.

He de perpetuar esa mirada que centelleó en vosotros, ríos de Brooklyn.

Ved: cuando vuelve la ronda anual, vuelven los fantasmas.

Es 27 de agosto y los británicos han desembarcado.

La batalla empieza y nos es contraria. Contemplad, por entre el humo, el rostro de  
Washington.

La brigada de Virginia y Maryland se ha adelantado para interceptar al enemigo,  
pero la han cercado, y una artillería mortífera la bate desde las colinas.

Caen las filas, una tras otra, y la bandera se inclina en silencio,  
bautizada ese día con la sangre de las heridas de muchos jóvenes,  
con la muerte y la derrota, con las lágrimas de madres y hermanas.

¡Ah, laderas y colinas de Brooklyn! Os tengo ahora por más valiosas de lo que  
vuestros dueños creyeron:

en vuestro seno se alza un campamento muy antiguo;

se alza, para siempre, el campamento de la brigada muerta.

## **La caballería cruzando un vado**

Serpentea el escuadrón, en orden de batalla, entre islotes verdes.

Avanza, sinuoso, y las armas refulgen al sol: oíd cómo resuenan los metales;

observad el río de plata: los caballos chapotean y se paran a beber, remolones;

observad a los jinetes de tez curtida, que descansan, con indolencia, en las sillas:  
cada grupo, cada individuo, es un cuadro.

Algunos aparecen ya en la orilla opuesta; otros acaban de entrar en el vado.  
Entretanto,  
escarlatas, azules y blancos como la nieve,  
los guiones ondean alegremente al viento.

### **Vivac en la ladera de una montaña**

Veo ahora ante mí a un ejército en marcha que hace un alto.  
Abajo se extiende un fértil valle, con graneros y la huerta del verano.  
Detrás, las laderas aterrazadas de una montaña, abruptas, con eminencias  
y quebraduras, rocosas, a las que se aferran unos cedros cuyas copas apenas se  
distinguen.  
Aquí y allá —algunas muy lejos, en la montaña—, una constelación de fogatas,  
y las sombras de las siluetas de los hombres y caballos, que aparecen, agrandadas,  
trémulas,  
y el cielo todo —¡el cielo!—, remoto, inalcanzable, tachonado de estrellas  
eternas, que rompen a brillar.

### **Un cuerpo de ejército en marcha**

Precedidas por las avanzadillas,  
ya con el ruido de un disparo aislado, que restalla como un latigazo, ya con una  
descarga irregular,  
las nutridas hileras prosiguen su avance, y también las prietas brigadas,  
con un fulgor tenue, esforzándose al sol: los hombres, cubiertos de polvo,  
siguen, en columnas, arriba y abajo, las ondulaciones del terreno;  
la artillería se mezcla con ellos: retumban las ruedas, sudan los caballos.  
El cuerpo de ejército avanza.

## **Junto a la llama temblorosa del vivac**

Junto a la llama temblorosa del vivac

me rodea una procesión, lenta y solemne. Pero primero advierto las tiendas del ejército dormido, el contorno borroso de los campos y los bosques, la oscuridad rasgada, aquí y allá, por las fogatas, el silencio, alguna figura que se mueve, cerca o más allá, espectral, los matorrales y los árboles (al levantar la vista, parecen mirarme furtivamente), mientras desfilan en procesión mis pensamientos, oh, amables, prodigiosos pensamientos

sobre la vida y la muerte, sobre el hogar y el pasado y los seres queridos, y sobre los que están lejos.

Forman una solemne y lenta procesión, mientras, sentado en el suelo, atiendo a la llama temblorosa del vivac.

## **Ven de los campos, padre**

Ven de los campos, padre, hay una carta de nuestro Pete, y ven a la puerta, madre, hay una carta de tu querido hijo.

Mira, es otoño,

mira cómo las hojas de los árboles —de un verde más intenso, más amarillos y más rojos—,

meneadas por la brisa, olean los pueblos de Ohio,

y cómo las manzanas ya están maduras en los huertos, y la uva en las parras

(¿hueles el olor de la uva en las parras?

¿hueles el alforfón, en el que zumbaban las abejas?).

Sobre todo, mira el cielo, tan sereno y transparente después de la lluvia, surcado por nubes prodigiosas,

y también abajo, igualmente sereno, donde todo es hermoso y vital, y la granja prospera.

En los campos todo prospera,

pero déjalos y ven, padre, acude a la llamada de tu hija,

y ven también a la entrada, madre, ven enseguida.

Se da tanta prisa como puede, angustiada por un presentimiento. Le tiemblan las piernas.

Ni siquiera se entretiene en arreglarse el pelo o en colocarse la cofia.

Abre enseguida el sobre.

Oh, ésta no es la letra de nuestro hijo, aunque esté firmada con su nombre.

¡Oh, una mano extraña escribe por nuestro querido hijo! ¡Oh, alma torturada de la madre!

Se le nublan los ojos y todo lo ve negro: sólo capta las palabras principales, frases entrecortadas, *herida por arma de fuego en el pecho, escaramuza de la caballería, evacuado al hospital, ahora débil, pero pronto estará mejor.*

Ahora sólo existe su figura para mí

en todo el laborioso y opulento Ohio, lleno de ciudades y granjas:

mortalmente pálida, aturdida, muy débil,

apoyada en el quicio de la puerta.

*No te aflijas tanto, querida madre* (le dice la mayor de las hijas, entre sollozos, mientras las más pequeñas se arremolinan a su alrededor, sin habla, consternadas).

*Mira, querida madre, la carta dice que Pete pronto estará mejor.*

Ay, el pobre muchacho nunca estará mejor (ni quizá necesite estar mejor, alma cándida, espíritu valiente).

Mientras ellos se reúnen a la puerta de la casa, él ya ha muerto:

el único hijo varón ha muerto.

Pero la madre necesita estar mejor.

Enflaquecida, guarda luto.

De día no toca la comida, y de noche duerme con sobresalto; se despierta a menudo.

Se despierta llorando a medianoche, presa de un hondo anhelo:

oh, si pudiera retirarse sin ser notada, dejar la vida en silencio,

para seguir, para buscar, para acompañar a su querido hijo muerto.

### **Pasé una noche de extrañavigilia en el campo de batalla**

Pasé una noche de extraña vigilia en el campo de batalla.

Cuando ese día, hijo mío y camarada, caíste a mi lado,  
cruzaste conmigo una mirada que nunca podré olvidar,  
y, tendido en el suelo, me alargaste la mano, oh, muchacho, y rozaste la mía.  
Entonces me apresuré al combate, al combate indeciso,  
y, bien entrada la noche, al ser relevado, pude volver, por fin, al lugar,  
para encontrarte muerto, frío, querido camarada, para encontrar tu cuerpo, hijo  
de besos devueltos (que ya nunca más devolverás en la tierra),  
tu rostro sin cubrir a la luz de las estrellas. Curiosa escena: soplaban un viento  
nocturno, suave pero frío,  
y allí me quedé, en una larga vigilia. El campo de batalla se extendía  
borrosamente a mi alrededor.  
Fue una vigilia tranquila, maravillosa, en el fragante silencio de la noche:  
no derramé ni una lágrima; ni siquiera exhalé un largo suspiro. Te estuve mirando  
mucho rato,  
hasta que me senté en el suelo, a tu lado, algo inclinado, con la barbilla en las  
manos,  
y pasé unas horas deliciosas, unas horas místicas e inmortales contigo, querido  
camarada, aunque sin una lágrima, sin una palabra.  
Fue una vigilia de silencio, amor y muerte, una vigilia por ti, hijo mío, soldado mío  
—las estrellas viajaban por el cielo, silenciosas, y al este ascendían otras nuevas—,  
la vigilia definitiva por ti, valiente joven (no pude salvarte, tan rápida fue tu  
muerte;  
en vida, te amé fielmente, y cuidé de ti, y estoy seguro de que volveremos a  
encontrarnos),  
hasta que, en las postrimerías de la noche, justo al romper el alba,  
amortajé a mi camarada con su manta, envolviéndolo bien:  
le tapé bien la cara, y la doblé con cuidado por debajo de los pies;  
y entonces, allí, bañado por el sol naciente, deposité a mi hijo en la tumba, en  
aquella tumba mal cavada,  
y así acabó mi extraña vigilia, mi vigilia nocturna en el borroso campo de batalla,  
mi vigilia por aquel muchacho que devolvía los besos (y que ya nunca más  
devolverá en la tierra),  
mi vigilia por el camarada rápidamente muerto, una vigilia que nunca olvidaré,  
como no olvido que, brillando ya el día,  
me levanté del suelo helado, sostuve a mi soldado envuelto en el sudario de la  
manta,  
y lo enterré donde había caído.

## En marcha con la tropa acosada, y el camino desconocido

En marcha con la tropa acosada, y el camino desconocido

por un bosque espeso y oscuro, con pasos que no resuenan.

Nuestro ejército ha sufrido grandes pérdidas, y los supervivientes se retiran, abatidos,

hasta que, pasada la medianoche, distinguimos un edificio débilmente iluminado, llegamos a un claro del bosque y hacemos un alto junto al edificio débilmente iluminado.

Es una antigua iglesia, muy grande, situada en un cruce de caminos, ahora un improvisado hospital.

Entro apenas un minuto y veo un espectáculo que sobrepasa lo que ningún cuadro o poema hayan representado jamás:

sombras de una negrura indecible, apenas rasgadas por velas y faroles que van de aquí para allá,

y, junto a una gran antorcha resinosa, con el tumultuoso penacho rojo de las llamas, envuelta en nubes de humo,

cuerpos, montones de cuerpos, que apenas distingo, en el suelo, o en los bancos de la iglesia,

y, a mis pies —a éste sí lo distingo—, un soldado, apenas un muchacho, en peligro de morir desangrado (le han disparado en el vientre).

Le restaño la herida provisionalmente (está blanco como un lirio)

y, cuando ya me marchó, recorro otra vez la escena para absorberla por completo:

caras, variedades, posturas indescriptibles, la mayoría sumidos en la oscuridad, algunos muertos,

cirujanos que operan, ayudantes que sostienen las candelas, el olor a éter, el olor a sangre,

el hacinamiento, oh, el hacinamiento de los cuerpos ensangrentados, y el patio también atestado,

algunos en el suelo, otros en tablones o camillas, otros más sudando, sacudidos por los espasmos de la muerte,

y, de vez en cuando, un gemido o un grito, las órdenes o las llamadas del médico, el fulgor de las antorchas reflejado en el menudo instrumental de acero.

Todo lo revivo al cantar: veo otra vez los cuerpos, huelo los olores,

oigo las órdenes impartidas fuera: *A formar, muchachos, a formar,*

pero antes me inclino sobre el chico moribundo, que abre los ojos y esboza apenas una sonrisa,

y luego los cierra, los cierra sin desazón, y yo me doy prisa por volver a la oscuridad

y proseguir la marcha con la tropa, una marcha que continúa entre tinieblas, una marcha, aún, por el camino desconocido.

### **Lo que vi en el campamento en un amanecer borroso y gris**

Lo que vi en el campamento en un amanecer borroso y gris,  
al salir muy temprano de la tienda, sin haber dormido,  
y caminar despacio, al aire fresco de la mañana, por el sendero que bordea el hospital de campaña:

tres cuerpos en sendas camillas, desatendidos, abandonados,  
tapados con mantas de lana, grandes y parduzcas,  
grises y pesadas, que los envuelven, que los cubren por entero.

Intrigado, me paro a mirarlos en silencio,

y, con delicadeza, retiro la manta de la cara del que tengo más cerca.

¿Quién eres tú, viejo escuálido y horrible, canoso, de ojos hundidos?

¿Quién eres tú, querido camarada?

Me acerco entonces al segundo. ¿Y quién eres tú, querido hijo mío?

¿Quién eres tú, dulce muchacho de mejillas aún sonrosadas?

Luego al tercero, con cara ni de niño ni de hombre, que trasluce serenidad, como hecha de hermoso marfil, entre blanco y amarillo.

Muchacho, creo conocerte: esta cara se me antoja la del propio Jesucristo, muerto y divino y hermano de todos, que aquí yace otra vez.

### **Mientras recorría, cansado, los bosques de Virginia**

Mientras recorría, cansado, los bosques de Virginia,

arrullado por la crepitante música de las hojas que dispersaba al andar (porque era otoño),  
reparé en la tumba de un soldado, al pie de un árbol.  
Mortalmente herido, lo habían enterrado allí al emprender la retirada (era fácil entender lo que había pasado);  
un alto al mediodía y, ¡arriba!, no hay tiempo que perder, pero habían dejado estas palabras  
garabateadas en una tablilla clavada en el árbol junto a la tumba:  
*Audaz, prudente, fiel, y mi queridísimo camarada.*  
Estuve meditando mucho rato, y luego proseguí mi camino.  
Se sucedieron después muchas cambiantes estaciones, y muchas escenas de la vida,  
pero, a veces, en esas estaciones y escenas cambiantes, abruptamente, estando a solas, o en una calle abarrotada de gente,  
se me aparece la tumba del soldado desconocido, se me aparece aquella tosca inscripción de los bosques de Virginia:  
*Audaz, prudente, fiel, y mi queridísimo camarada.*

## **Ni el piloto**

Ni el piloto se ha impuesto llevar el barco a puerto, pese a las adversidades y los frecuentes extravíos,  
ni el explorador que se adentra en tierra, agotado de tanto andar,  
abrasado por los desiertos, helado por las nieves, empapado por los ríos,  
persevera hasta alcanzar su destino,  
más de lo que yo mismo me he impuesto, me escuchen o no, componer una marcha para estos Estados  
que sea un grito de combate, un llamamiento a las armas, si es necesario, para los años, para los siglos venideros.



## **¡Año que temblaste y vacilaste bajo mis pies!**

¡Año que temblaste, que vacilaste bajo mis pies!

El viento de tu verano era cálido, pero el aire que respiraba me heló por dentro. Una espesa penumbra se abrió paso por entre la luz del sol, y me oscureció por completo.

¿He de cambiar mis cantos triunfales?, me pregunté.

¿Debo aprender a cantar las frías endechas de los vencidos?

¿Y los sombríos himnos de la derrota?

### **El curador de heridas**

#### **1**

Viejo ya, y encorvado, me rodean, al llegar, caras nuevas, y me retrotraigo al pasado para responder a los niños:

vamos, viejo, cuéntanos, me dicen, como si fuesen jóvenes y me amaran (enardecido, airado, pensé en tocar a rebato y llamar a una guerra sin cuartel, pero enseguida me fallaron los dedos, bajé la cabeza y me resigné a sentarme con los heridos, para confortarlos, o escrutar en silencio a los muertos).

Muchos años después de aquellas escenas, de aquellas furiosas pasiones, de aquellos azares, de aquellos héroes sin igual (¿tan valiente fue un bando? El otro no lo fue menos), vamos, vuelve a ser testigo, píntanos a los ejércitos más poderosos de la Tierra; de esos ejércitos, rápidos, prodigiosos, ¿qué viste que puedas contarnos?, ¿qué es lo que ha calado más hondamente en ti? De los pánicos inexplicables, de los combates más reñidos, de los tremendos asedios, ¿qué es lo que perdura en lo más hondo?

#### **2**

Oh, muchachas y jóvenes a los que amo y que me amáis, lo que me preguntáis evoca lo más extraño y azaroso de aquellos días.

Soldado alerta, llego tras una larga marcha, cubierto de sudor y polvo,  
llego en el momento crucial, y me sumo a la refriega, aullando en cada carga  
victoriosa,  
e irrumpo en los fortines capturados, pero, mirad, aquí se desvanecen, como las  
aguas rápidas de un río,  
pasan y se alejan, se desvanecen. No me detendré en los peligros o las alegrías del  
soldado  
(las recuerdo bien: muchas eran las penalidades y pocas las alegrías, pero yo  
estaba contento).  
Mas en silencio, en las proyecciones de los sueños,  
mientras sigue su curso el mundo del lucro, las apariencias y la juerga,  
y se olvida enseguida cuanto ya ha pasado, y las olas borran las huellas de la  
arena,  
yo vuelvo, con rodillas flexibles, y franqueo las puertas (en cuanto a ti, ahí arriba,  
seas quien seas, sígueme sin hacer ruido, y ten ánimo).  
Con vendas, agua y esponja  
acudo, de prisa, a atender a mis heridos,  
donde los hayan dejado tras la batalla,  
donde su preciosa sangre enrojecza la hierba, la tierra,  
o alineados, en el hospital de campaña, o bajo techo, en el hospital;  
vuelvo a las largas filas de camillas, y las recorro, por ambos lados, de arriba  
abajo:  
me acerco a todas y cada una, una tras otra, sin dejarme ninguna;  
me sigue un ayudante con una palangana y un cubo para los desechos,  
que no tardará en llenarse de sangre y de trapos ensangrentados, en vaciarse y  
volverse a llenar.  
Sigo, paro,  
con rodillas flexibles y pulso firme vendo las heridas,  
soy enérgico con todos, las punzadas de dolor son agudas pero inevitables.  
Uno vuelve a mí sus ojos suplicantes, ¡pobre chico! No sé quién eres,  
pero creo que, en este momento, no me negaría a morir por ti, si eso pudiera  
salvarte.

### 3

Sigo y sigo (¡abríos, puertas del tiempo!, ¡abríos, puertas del hospital!).  
Curo la cabeza machacada (pobre mano perturbada, no te arranques el vendaje),  
examino el cuello del jinete, atravesado de parte a parte por una bala:  
la respiración es pedregosa, y tiene los ojos vidriosos, pero lucha por su vida

(¡ven, dulce muerte!, ¡déjate persuadir, oh, muerte hermosa!,  
¡ven pronto, por piedad!).

Amputada la mano, del muñón del brazo

retiro las hilachas llenas de coágulos, quito la escara, y lavo el pus y la sangre.

El soldado ladea la cabeza en la almohada.

Tiene los ojos cerrados, está pálido, no se atreve a mirar el muñón sangriento:  
aún no lo ha mirado.

Curo una herida en el costado, profunda, muy profunda;

sólo durará uno o dos días más: ved el cuerpo debilitado, consumido,  
ved el rostro lívido.

Curo el hombro perforado, el balazo del pie,

limpio la carne pútrida, corroída por la gangrena, tan nauseabunda, tan  
repugnante,

mientras el ayudante sigue detrás, a un lado, con la palangana y el cubo.

Soy fiel: no flaqueo.

El fémur fracturado, la rodilla, la herida en el abdomen:

todo esto, y más, lo curo con manos impasibles (pero muy dentro del pecho me  
abrsa un fuego, una llama ardiente).

#### 4

Así pues, en silencio, en las proyecciones de los sueños,

vuelvo, prosigo, trenzo mi camino por los hospitales,

alivio a los lesionados y los heridos con manos balsámicas,

paso las noches junto a los que no pueden descansar, algunos muy jóvenes,

otros con grandes padecimientos: recuerdo una experiencia dulce y triste

(los brazos afectuosos de muchos soldados han rodeado este cuello, y descansado  
en él;

los besos de muchos soldados guardan estos labios y esta barba).

Mucho, demasiado tiempo, América

Mucho, demasiado tiempo, América,

llevas viajando por caminos llanos y tranquilos, y aprendiendo sólo de las alegrías  
y la prosperidad.

Pero ahora, oh, ahora, has de aprender de las crisis de angustia, y avanzar, y  
enfrentarte al destino más cruel, sin retroceder,

y concebir y enseñar al mundo lo que son realmente tus hijos *en masse*

(porque ¿quién sino yo ha concebido lo que son realmente tus hijos *en masse*?).

## Dame el sol, silencioso y espléndido

### 1

Dame el sol, silencioso y espléndido, y su haz de rayos deslumbrantes;  
dame el jugoso fruto del otoño, rojo, maduro, de la huerta;  
dame un campo en el que crezca la hierba sin segar;  
dame un emparrado, dame las uvas de la parra;  
dame maíz y trigo nuevos, dame animales que se muevan despacio, ejemplo de  
satisfacción;  
dame noches de paz absoluta, como las de las altas mesetas al oeste del Misisipí,  
en las que mire a las estrellas;  
dame, al amanecer, un jardín fragante de flores hermosas, por el que pueda  
pasear sin que me molesten;  
dame por esposa una mujer de aliento fresco, de la que nunca me canse;  
dame un hijo perfecto, dame una vida hogareña, en el campo, lejos del ruido del  
mundo;  
dame que entone cantos espontáneos, recluido en mí mismo, que sólo oiga yo;  
dame soledad, dame Naturaleza, ¡vuelve a darme, oh, Naturaleza, tu cordura  
primigenia!  
Todo esto exijo tener (cansado de la agitación incesante, atormentado por la  
porfía de la guerra),  
todo esto pido sin descanso que se me procure, con gritos que me brotan del  
corazón;  
pero, aunque lo pido sin descanso, me aferró a mi ciudad,  
día tras día y año tras año, oh, ciudad, recorro tus calles,  
a las que me tienes encadenado algún tiempo, y de las que te niegas a soltarme,  
aunque me das para que me harte, para enriquecerme el alma: me das  
eternamente caras  
(oh, ya veo lo que quería evitar: se me enfrenta, subvierte mis gritos;  
veo a mi alma pisotear lo que pedía).

### 2

Guarda tu sol, silencioso y espléndido;  
guarda tus bosques, oh, Naturaleza, y los apacibles parajes que los rodean;  
guarda tus campos de trébol y alfalfa, tus maizales y huertos;  
guarda tus campos de alforfón en flor, en los que zumban las abejas del Noveno  
mes;

dame caras y calles, ¡dame esos fantasmas incesantes, interminables, que andan por las *trottoirs*<sup>[358]</sup>!;

dame ojos sin fin, dame mujeres, ¡dame camaradas y amantes a millares!: que cada día vea nuevos, y que cada día les dé la mano;

dame espectáculos así, ¡dame las calles de Manhattan!;

dame Broadway, y desfiles de soldados, ¡dame el sonido de trompetas y tambores!

(compañías o regimientos de soldados: algunos bisoños, exaltados y temerarios; otros, cumplido ya el plazo, vuelven en filas diezmadas, jóvenes pero muy envejecidos, exhaustos, y marchan sin reparar en nada);

¡dame las costas y los muelles espesamente orlados por la oscuridad de los barcos!

¡Oh, que sea para mí! ¡Oh, una vida intensa, llena hasta reventar, y variada!

¡La vida del teatro, de la taberna, del gran hotel, para mí!

¡La cantina del barco de vapor! ¡La excursión multitudinaria! ¡El desfile a la luz de las antorchas!

Las prietas filas de la brigada que marcha a la guerra, seguida por los carros del ejército, cargados hasta los topes;

gente, interminable, que pasa dando grandes voces, pasiones, festivales, las calles de Manhattan con su latir poderoso, con redoble de tambores, como ahora,

el coro bullicioso e interminable, el entrechocar de los mosquetes (incluso el espectáculo de los heridos),

¡las multitudes de Manhattan, con su turbulento coro musical!,

los ojos y las caras de Manhattan, para mí, siempre.

### **Elegía para dos veteranos**

Cae suavemente  
el último rayo de sol del Sábato que termina,  
aquí, en la calle, y más allá mira  
a una tumba doble, recién hecha.  
Mira cómo sube la luna,  
la luna redonda, de plata, por el este.

Qué hermosa la luna cadavérica, espectral, en los tejados,  
la luna inmensa y silenciosa.

Veo una triste procesión,  
y oigo el sonido de los clarines que se acercan  
e inundan los canales que son las calles de la ciudad  
como si fueran voces y lágrimas.

Oigo el retumbar de los tambores  
y el redoble, sin pausa, de los tamborcillos,  
y cada golpe, cada convulsión de los parches,  
me atraviesa de parte a parte.

Traen al hijo y al padre  
(ambos cayeron a la cabeza del encarnizado asalto:  
dos veteranos, el padre y el hijo, cayeron juntos,  
y la tumba doble les espera).

Ya se acercan los clarines,  
y los tambores redoblan más convulsos,  
y ya casi no queda luz en las calles;  
la marcha fúnebre me envuelve.

En el cielo, al este, flota  
y se mueve, luminoso, un vasto y doliente fantasma  
(es el gran rostro transparente de una madre,  
que brilla cada vez más en el cielo).

¡Oh, poderosa marcha fúnebre, me gustas!

¡Oh, luna inmensa, me consuela tu semblante de plata!

¡Oh, mis dos soldados! ¡Oh, veteranos que vais a ser enterrados!

Lo que tengo también os doy.

La luna os da luz,

y los clarines y tambores os dan música,  
y mi corazón, oh, soldados míos, veteranos,  
mi corazón os da amor.

**Tras la matanza se alzó, profética, una voz**

Tras la matanza se alzó, profética, una voz.

No perdáis el ánimo: el afecto resolverá los problemas de la libertad.  
Los que se aman, serán invencibles,  
darán la victoria a Columbia.  
Hijos de la Madre de Todo, vuestra será la victoria.  
Os reiréis con desdén de los ataques del resto de la Tierra.  
Ningún peligro arredrará a los amantes de Columbia.  
Si es preciso, mil se inmolarán, sin dudarlo, por uno solo.  
El de Massachusetts será camarada del misuriano,  
el de Maine, el de la calurosa Carolina y el oregonés formarán una trinidad de  
amigos,  
y cada uno será para los demás más valioso que todas las riquezas de la Tierra.  
A Michigan llegarán, delicados, los perfumes de Florida:  
no el perfume de las flores, sino otros más fragantes, que trascienden a la muerte.  
Será corriente, en las casas y las calles, el afecto viril.  
Los más atrevidos, los más rudos, se rozarán, mejilla con mejilla.  
La Libertad dependerá de los amantes.  
La Igualdad perdurará gracias a los camaradas.  
Todo esto ha de ataros, ha de uniros con más fuerza que unas argollas de hierro.  
Y yo, en éxtasis, ¡oh, compañeros!, ¡oh, tierras!, con el amor de los amantes os  
ato.  
(¿Pensabais que los abogados os mantendrían unidos?  
¿O un acuerdo firmado en un papel? ¿O las armas?  
No, ni el mundo, ni ser vivo alguno, dan esa cohesión).

### **Vi acorralado al viejo general**

Vi acorralado al viejo General  
(viejo como era, los ojos grises aún le brillaban en la batalla como estrellas).  
Su exigua fuerza estaba completamente cercada en el fuerte.  
En un esfuerzo desesperado, pidió voluntarios para burlar las líneas enemigas,  
y vi a más de cien dar un paso al frente. Eligió a dos o tres,  
y les dio órdenes aparte. Las escucharon con atención, junto al ayudante, que  
permanecía muy serio.  
Los vi marcharse con alegría y arriesgar voluntariamente la vida.

## La visión del artillero

Mi mujer duerme a mi lado, y hace mucho que han terminado las guerras, y mi cabeza descansa en la almohada, en casa, y ha pasado la medianoche, baldía, y apenas oigo, en este silencio, rodeado por la oscuridad, la respiración de mi hijo. Y aquí, en el dormitorio, al despertarme, me oprime una visión.

El combate se entabla aquí, fantástico, irreal.

Lo inician las avanzadillas, que se arrastran con cautela y abren fuego: oigo el intermitente ¡pam! ¡pam!,

oigo el ruido de los diferentes proyectiles, el breve chasquido de la fusilería, veo la explosión de las granadas, que dejan nubecillas blancas, oigo el chillar de los obuses,

la metralla que silba como el viento por entre los árboles (arrecia, tumultuosa, la contienda),

todas las escenas vividas en las baterías vuelven a mí, con pleno detalle, el estrépito y el humo, el orgullo de los hombres junto a sus piezas.

el artillero jefe que ajusta la mira de la suya y apunta; luego escoge la mecha de la duración adecuada,

y, tras disparar, lo veo echarse un lado, ansiosamente, para apreciar el efecto.

En otra parte oigo el grito de carga de un regimiento (que esta vez dirige el joven coronel, blandiendo el sable)

y veo los claros abiertos por las descargas enemigas (que enseguida vuelven a llenarse, sin tardanza).

Respiro el humo sofocante; las nubes bajas lo ocultan todo.

Se produce, durante algunos segundos, una pausa extraña: ninguno de los dos bandos dispara,

pero luego vuelve el caos, más ensordecedor que nunca, con los oficiales dando órdenes y haciendo llamadas perentorias,

mientras, de algún apartado rincón del campo, el viento me trae a los oídos un grito de júbilo (algún éxito especial),

y prosigue el tronar de los cañones, lejos o muy cerca (suscitando, aun en sueños, una exaltación diabólica y una alegría demencial en lo más profundo de mi alma),

y el apresuramiento de la infantería para cambiar de posición, y las baterías y la caballería que se desplazan de aquí para allá

(a los que caen, a los que mueren, no les presto atención; a los heridos, chorreantes de sangre, no les presto atención: algunos se dirigen cojeando a retaguardia),

mugre, bochorno, precipitación, edecanes al galope o en plena carrera,



el tableteo de las armas cortas, el admonitorio zumbido de la fusilería (todo esto imagino ver y oír)  
y las bombas que estallan en el aire, y, de noche, los cohetes multicolores.

### **Etiopía saluda a la bandera**

¿Quién eres tú, mujer oscura, tan vieja, apenas humana,  
con ese pelo lanudo y blanco, envuelto en un turbante, y los pies huesudos y  
descalzos?

¿Por qué te levantas aquí, al lado del camino, y saludas a la bandera?

(Al bordear nuestro ejército los pinares y arenales de Carolina  
sales de tu choza, Etiopía, y vienes a mí,  
que sigo al esforzado Sherman en su marcha hacia el mar<sup>[359]</sup>).

*A mí, amo, cien años hace que me arrancaron de mis padres;  
era una niña, y me cazaron igual que se caza a una alimaña,  
y luego, cruzando el mar, aquí me trajo el cruel negrero.*

No dice nada más, pero allí pasa todo el día.

No deja de mover la cabeza enturbantada, ni de mirar a un lado y a otro con ojos  
oscuros,

ni de obsequiar con reverencias a los regimientos, al paso de los guiones.

¿Qué te pasa, malhadada, llorosa mujer, apenas humana?

¿Por qué meneas la cabeza, con ese turbante amarillo, rojo y verde?

¿Tan extrañas y maravillosas son las cosas que ves o que has visto?

### **La juventud no me pertenece**

La juventud no me pertenece,

ni la *delicatesse*; no puedo engañar al tiempo con cháchara.

Desmañado en el salón, no soy elegante, ni bailo bien.

En los círculos cultos me siento envarado, porque no estoy hecho para la cultura, ni tampoco para la belleza o el conocimiento, aunque sí para un par de cosas: he dado de comer a los heridos y reconfortado a muchos soldados que se morían, y, a ratos, mientras esperaba, o en medio del campamento, he compuesto estos cantos.

### **Raza de veteranos**

Raza de veteranos, ¡raza de vencedores!,  
raza de la tierra, lista para el combate, ¡raza de la marcha de conquista!  
(ya no la raza de la credulidad, la raza sumisa),  
raza que en adelante no reconocerá otra ley que su propia ley,  
raza de la pasión y la tormenta.

### **Mundo, entérate bien**

Mundo, entérate bien: se desvanece la plata de las estrellas,  
se desgarran la Vía Láctea, blanca trama deshecha,  
y treinta y ocho carbones<sup>[360]</sup>, funestos y encendidos,  
púrpuras, significativos, que advierten de que nadie se acerque,  
lucen, hoy y para siempre, desde estas costas.

## **Oh, mozo de las praderas, de rostro curtido**

Oh, mozo de las praderas, de rostro curtido,  
antes de que llegaras al campamento, llegaron muchos regalos, muy bien recibidos:

llegaron elogios, obsequios y alimentos, hasta que, por fin, entre los reclutas, llegaste tú, taciturno, sin nada que ofrecer. Pero nos bastó mirarnos para que, fíjate, me dieras más que todos los regalos del mundo.

## **Mira hacia abajo, hermosa luna**

Mira hacia abajo, hermosa luna, y baña esta escena:

vierte con suavidad las ondas del nimbo de la noche en los rostros lúgubres,  
abotargados, lívidos;

en los muertos, que yacen de espaldas, con los brazos abiertos,  
vierte tu nimbo pródigo, luna sagrada.

## **Reconciliación**

Palabra que reina sobre todas, hermosa como el cielo.

Es hermoso que la guerra y todas sus carnicerías se pierdan en el tiempo,  
que las manos de las hermanas Muerte y Noche vuelvan a lavar, y para siempre,  
con suavidad, incesantemente, este mundo mancillado.

Mi enemigo está muerto, un hombre divino como yo está muerto:

miro su cadáver, pálido, yerto, en el ataúd, y me acerco,

y me inclino sobre él, y rozo con los labios la tez pálida que descansa en el ataúd.

## Qué solemne cuando, uno a uno

(Ciudad de Washington, 1865)

Qué solemne cuando, uno a uno,  
vuelven los soldados, sudorosos y exhaustos, y desfilan ante mí,  
y aparecen los rostros y las máscaras, y yo observo los rostros para estudiar las  
máscaras

(igual que levanto la vista de la página para estudiarte a ti, querido amigo, seas  
quien seas).

Qué solemne el pensamiento que mi alma le susurra a cada uno de estos  
soldados, y a ti.

Veo, detrás de cada máscara, la maravilla de un alma fraterna.

Oh, ninguna bala podría matar nunca lo que realmente eres, querido amigo,  
y ninguna bayoneta atravesarlo.

¡El alma! Te veo, tan grande como cualquier otro, tan bueno como el mejor,  
esperando, confiado y alegre: ninguna bala podría matarte  
y ninguna bayoneta atravesarte, oh, amigo.

## He reclinado la cabeza en tu regazo, camerado

He reclinado la cabeza en tu regazo, *camerado*,  
y reanudo la confesión hecha, reanudo lo que os dije a ti y a la intemperie.

Sé que soy impaciente, y que impaciento a los demás.

Sé que mis palabras son armas cargadas de peligro, cargadas de muerte,  
porque me enfrento a la paz, a la seguridad y a todas las leyes establecidas, para  
quebrantarlas.

Porque todos me han negado, soy más resuelto de lo que habría sido jamás si me  
hubiesen aceptado.

No hago caso, y nunca he hecho caso, de la experiencia, las precauciones, las  
mayorías o el ridículo,

y la amenaza de eso que llaman el infierno significa muy poco, o nada, para mí,  
y la promesa de eso que llaman el cielo significa muy poco, o nada, para mí.

¡Querido *camerado*! Confieso que te he apremiado a avanzar conmigo, y que aún te apremio, sin la menor idea de cuál será nuestro destino, ni si saldremos victoriosos, o seremos aplastados y vencidos.

### **Racimo delicado**

¡Racimo delicado! ¡Bandera de vida desbordante!  
¡Cubres todas mis tierras! ¡Bordeas todas mis costas!  
¡Bandera de muerte! (¡te he visto abrirte paso por entre el humo de la batalla!, ¡te he oído flamear y crepitar, paño desafiante!)  
¡Bandera cerúlea! ¡Bandera solar, constelada por los orbes de la noche!  
¡Ah, hermosa plata mía! ¡Ah, lana mía, blanca y carmesí!  
¡Ah, cantar tu canto, poderosa matrona mía!,  
sagrada madre mía.

### **A un paisano**

¿Me pedías rimas dulzonas?  
¿Pretendías las sosegadas y lánguidas rimas del paisano?  
¿Tan difícil de seguir has encontrado lo que acabo de cantar?  
Yo no cantaba para que me siguieras, ni para que me entendieses; ni lo hago ahora  
(yo he nacido del mismo germen que la guerra:  
el redoble de los tambores es música para mis oídos; me fascina la elegía marcial que, con grave lamento y latido convulso, encabeza las exequias del oficial).  
¿Qué puede significar para alguien como tú, de todos modos, un poeta como yo?  
Deja, pues, mis obras  
y hazte arrullar por lo que puedas comprender, por las melodías del piano:  
yo no arrullo a nadie, y tú nunca me entenderás.

## **Escucha, victoriosa, en las cumbres**

Escucha, Victoriosa, en las cumbres  
desde donde, con frente poderosa, contemplas el mundo  
(el mundo, oh, Libertad<sup>[361]</sup>, que ha conspirado en vano contra ti),  
tras haber frustrado sus incontables asedios,  
dominadora, con el sol resplandeciente en derredor,  
y te revelas incólume, con plenitud y lozanía inmortales, escucha: en esta hora  
suprema,  
no vengo a recitarte un poema encendido, ni el verso arrebatado de un virtuoso,  
sino un puñado de palabras que contienen las tinieblas de la noche y heridas  
sangrantes  
y los salmos de los muertos.

### **Espíritu cuya obra ha concluido**

**(Ciudad de Washington, 1865)**

Espíritu cuya obra ha concluido, ¡espíritu de horas aciagas!,  
antes de partir, borra de mis ojos los bosques de bayonetas;  
espíritu de las dudas y los temores más sombríos (aunque urgiéndonos siempre,  
sin desmayo, a avanzar),  
espíritu de tantos días solemnes y tantas escenas bárbaras, espíritu eléctrico,  
que sobrevolaste, balbuceando, la guerra ya acabada, como un fantasma  
incansable,  
e inflamaste la tierra con tu hálito de fuego, al redoble constante del tambor,  
ahora que el sonido de los parches, hueco y áspero hasta el final, reverbera a mi  
alrededor,  
y tus filas, tus filas inmortales, vuelven de la batalla,  
y los mosquetes descansan en los hombros de los jóvenes,  
y veo los hombros erizados de bayonetas,  
y esos bosques de bayonetas inclinadas asoman en la distancia, se aproximan y  
luego desaparecen, de regreso al hogar,

con un movimiento uniforme, oscilando de derecha a izquierda,  
subiendo y bajando armoniosamente, al compás de la marcha;  
espíritu de horas que he conocido, con rojez febril un día y pálidas como un  
cadáver el siguiente,  
tócame la boca antes de partir, ciérrame los labios,  
entrégame la cólera de tus latidos, infúndela en mí, cólmame de corrientes  
convulsas:  
que broten de mis cantos, arrasadoras, lacerantes, cuando te hayas ido,  
que te identifiquen con el futuro en estos cantos.

### **Adiós a un soldado**

Adiós, soldado,  
el de las rudas campañas (que hemos compartido),  
las marchas forzadas, la vida en el campamento,  
la acalorada refriega en frentes opuestos, las largas maniobras,  
las batallas, rojas, y sus matanzas, el estímulo, el juego terrible y brutal,  
la magia de los corazones viriles y valerosos; la corriente del tiempo os ha  
atravesado a ti y a tus semejantes, llenándoos  
de guerra y de la expresión de la guerra.  
Adiós, querido camarada.  
Has cumplido tu misión, pero yo, más belicoso,  
yo y esta combativa alma mía,  
empeñados aún en nuestra campaña,  
por caminos no hollados, en los que se apostan enemigos emboscados,  
y sufriendo dolorosas derrotas, y numerosas crisis, a menudo confusos,  
seguimos marchando, siempre adelante, seguimos haciendo la guerra; sí, aquí  
damos expresión a batallas aún más encarnizadas, aún más decisivas.

## Vuélvete, oh, Libertad<sup>[362]</sup>

Vuélvete, oh, Libertad: la guerra se ha acabado;  
apártate de ella y expándete sin vacilar, abarca, resuelta, el mundo entero;  
vuélvete de los países que miran atrás y consignan pruebas del pasado,  
de los cantores que exaltan la estela de las glorias del pasado,  
de los cantos del mundo feudal, de los triunfos de los reyes, la esclavitud y la  
casta;  
vuélvete al mundo, a los triunfos que nos están reservados, aún por venir;  
abandona ese mundo orientado al pasado  
y déjaselo a los cantores del ayer, regálales la estela del pasado:  
lo que queda, queda para los cantores que te han de celebrar a ti: las guerras  
venideras son para ti  
(mírate, avezada a las guerras pretéritas; también lo estarás a las presentes).  
Vuélvete, pues, y no te alarmes, oh, *Libertad*, vuelve el rostro inmortal  
al futuro, que es mayor que el pasado,  
y que se apresta, con premura y convencimiento, a recibirte.

### A la tierra fecundada que pisaron

A la tierra fecundada que pisaron invoco con este último canto  
(salgo de la tienda para no volver; aflojo y desato las cuerdas);  
al aire fresco de la mañana, ante un horizonte que se extiende a lo lejos y unos  
panoramas en los que se ha restaurado la paz,  
a los feraces campos emanativos y a los paisajes infinitos allende esos campos, al  
Sur y al Norte,  
a la tierra fecundada de todo el mundo Occidental, para que dé testimonio de mis  
cantos,  
a las colinas de los Allegheny y al incansable Misisipí,  
a las rocas invoco con este canto, y a todos los árboles de los bosques,  
a las llanuras de los poemas de los héroes, a las praderas que se extienden a lo  
lejos,  
al mar remoto y a los vientos invisibles, y al aire puro e impalpable;  
y todos me responden (aunque no con palabras):



la tierra corriente, testigo de la guerra y la paz, asiente en silencio;  
la pradera me acerca a su seno, como el padre acerca al hijo a su pecho acogedor;  
el hielo y la lluvia del Norte, que me dieron principio, me alimentan hasta el fin,  
pero mis cantos sólo madurarán completamente con el ardiente sol del Sur.

## RECUERDOS DEL PRESIDENTE LINCOLN <sup>[363]</sup>

### La última vez que florecieron las lilas en el jardín

#### 1

La última vez que florecieron las lilas en el jardín,  
y la gran estrella declinaba a occidente, en el cielo nocturno <sup>[364]</sup>,  
lloré, y volveré a llorar cada vez que vuelva la eterna primavera.  
Primavera que siempre vuelves, me traes una segura trinidad:  
la lila en flor, perenne, la estrella declinante al oeste  
y el recuerdo de mi amado.

#### 2

¡Oh, poderosa y caída estrella occidental!  
¡Oh, sombras de la noche! ¡Oh, noche melancólica, llorosa!  
¡Oh, gran estrella desaparecida! ¡Oh, tinieblas que la ocultan!  
¡Oh, manos crueles que me reducís a la impotencia! ¡Oh, desvalida alma mía!  
¡Oh, nube implacable que me rodeas, carcelera de mi alma!

#### 3

En el jardín de una vieja granja, cerca de la valla blanqueada,  
crece una mata de lilas, alta, con hojas acorazonadas, de un verde intenso,  
llena de capullos puntiagudos, que se elevan, delicados, con ese aroma  
penetrante que adoro:  
cada hoja es un milagro. Y de esta mata del jardín,

de capullos delicadamente coloreados y hojas acorazonadas, de un verde intenso, arranco una rama con su flor.

#### 4

En el pantano, en rincones recónditos,  
tímido, escondido, gorjea un pájaro.

Solitario, el zorzal,  
el ermitaño retraído, que evita los poblados,  
canta, para sí, una canción.

Una canción que brota de una garganta sangrante,  
una canción de vida que surge de la muerte (porque bien sé, querido hermano,  
que, si no te fuera dado cantar, morirías sin remedio).

#### 5

Por el pecho de la primavera, por el campo y las ciudades,  
por veredas y bosques antiquísimos, en cuyo suelo las violetas acaban de asomar,  
tachonando de color la hojarasca gris,  
por los herbazales a ambos lados de los caminos, atravesando la hierba  
interminable,  
atravesando el trigo amarillo, lanceolado, cuyos granos se alzan del sudario de la  
tierra parda,  
atravesando la explosión blanca y rosada de los manzanos en los huertos,  
transportando un cadáver a la tumba en la que ha de descansar,  
viaja, de noche y de día, un ataúd<sup>[365]</sup>.

#### 6

Ataúd que pasas por veredas y calles,  
de día y de noche, con nubes inmensas que ensombrecen la tierra,  
con la pompa de las banderas enrolladas a los mástiles y las ciudades de luto,  
con el espectáculo de los Estados como mujeres con velos de crespón,  
con largos cortejos serpenteantes, y las antorchas de la noche,  
con innumerables teas encendidas, con el mar silencioso de rostros y cabezas  
descubiertas,  
con la estación que espera, el ataúd que llega y las caras sombrías,  
con himnos fúnebres toda la noche, con miles de voces que se alzan, poderosas y  
solemnes,

con las voces afligidas de los himnos que se vuelcan en torno al ataúd,  
con las iglesias en penumbra y los órganos estremecidos: por todos estos sitios  
viajas,  
con el doblar perpetuo de las campanas.  
Ten, ataúd que pasas despacio,  
te doy mi ramita de lilas.

## 7

(No para ti, no para uno solo:  
flores y verdes ramas traigo para todos los ataúdes,  
porque fresco como la mañana querría que fuese este canto en tu honor, oh,  
muerte prudente y sagrada.  
Con ramos de rosas,  
oh, muerte, te cubro con rosas y los primeros lirios,  
pero, sobre todo, con las lilas que acaban de florecer;  
arranco y arranco, copioso, las ramas de los arbustos,  
y vengo, con los brazos llenos, y te las entrego,  
a ti y a todos los ataúdes, oh, muerte).

## 8

Oh, orbe de occidente que surcas el cielo,  
ahora sé lo que querías decirme cuando, hace un mes, paseaba  
en silencio por la noche oscura y transparente,  
y veía que tenías algo que contarme, porque te acercabas a mí, noche tras noche,  
y declinabas, como si quisieras situarte a mi lado (mientras las demás estrellas nos  
miraban),  
y caminábamos juntos, en la noche solemne (porque algo que no sé qué era me  
impedía dormir),  
y la noche avanzaba, y yo te veía, en las lindes del oeste, abrumado de dolor,  
y ahí, en una elevación del terreno, con la brisa de la noche, transparente y fría,  
contemplé cómo pasabas y te perdías en la negrura abismal de la noche,  
y mi alma se sumió en su desventura, insatisfecha, al igual que tú, orbe pesaroso,  
concluso, hundido en la noche, y desapareció.

## 9

Sigue cantando en el pantano,

oh, tímido y tierno cantor. Oigo tus notas, oigo tu llamada,  
las oigo y acudo, te entiendo,  
pero me entretengo un momento: me detiene una estrella esplendorosa;  
la estrella, un camarada que se va, me sujeta y me detiene.

## 10

Oh, ¿cómo cantaré al muerto al que amaba?  
¿Y cómo engalanaré mi canto para el espíritu grande y bueno que se ha ido?  
¿Y qué perfume llevaré a la tumba de mi amado?  
Vientos marinos que soplan del este y del oeste,  
que soplan de mar Oriental y del mar Occidental, hasta reunirse en las praderas:  
con ellos y con el aliento de mi canto  
perfumaré la tumba de mi amado.

## 11

Oh, ¿qué colgaré en las paredes de la habitación?  
¿y qué cuadros serán los que cuelgue en las paredes,  
para adornar el sepulcro de mi amado?  
Cuadros de la primavera que nace, y de granjas y hogares,  
con el anochecer del Cuarto mes, y el humo gris, luciente,  
con el dorado caudal del sol esplendoroso, indolente, que agoniza, e inflama y  
expande el aire,  
con la hierba, blanda y fresca, bajo los pies, y las hojas, de un verde claro, de los  
árboles prolíficos,  
y, a lo lejos, el fluido barniz, el pecho del río, cuya superficie, aquí y allá, riza el  
viento,  
con colinas que bordean las riberas, y muchas líneas que se recortan contra el  
cielo, y sombras,  
y la ciudad al alcance de la mano, atestada de casas y chimeneas,  
y todas las escenas de la vida y los talleres, y los trabajadores que vuelven al  
hogar.

## 12

Mirad, cuerpo y alma, esta tierra,  
mi Manhattan y las agujas de sus iglesias, y las mareas burbujeantes y presurosas,  
y los barcos,

una tierra ancha y diversa, el Sur y el Norte bañados por la luz, las riberas del Ohio  
y el resplandeciente Misuri,  
y las praderas, cubiertas de hierba y maíz, que se extienden hasta el infinito.  
Mirad el sol incomparable, sereno y altivo,  
la mañana violeta y púrpura, de brisas apenas perceptibles,  
la luz, nacida sin violencia, delicada, inconmensurable,  
el milagro que se extiende, bañándolo todo, la plenitud del mediodía,  
la tarde, deliciosa, que llega, la noche, bienvenida, y las estrellas:  
todo brilla en mis ciudades; todo envuelve al hombre y a la tierra.

### 13

No dejes de cantar, pájaro pardusco y gris, no dejes de cantar.  
Canta en los pantanos, en los lugares recónditos, derrama tu canto en los  
arbustos,  
tu canto ilimitado, salido de la oscuridad, salido de los cedros y los pinos.  
No dejes de cantar, querido hermano, entona tus agudos trinos,  
tu grave canto humano, con voz de supremo dolor.  
¡Oh, diáfano y libre y tierno!,  
¡oh, arrebatador y fluido para mi alma!, ¡oh, cantor prodigioso!,  
sólo a ti te oigo. Sin embargo, la estrella me retiene (aunque pronto se habrá ido);  
la lila, con su aroma imperioso, me retiene.

### 14

Pues bien, el día en que me senté y miré al frente,  
al declinar la luz diurna en los campos de primavera, con los campesinos  
preparando la cosecha,  
ante el inmenso e inconsciente paisaje de mi tierra, con sus lagos y bosques,  
y la celestial belleza del aire (tras los vendavales y las tormentas),  
bajo la bóveda fugitiva del cielo de la tarde, con las voces de los niños y las  
mujeres,  
y las mareas en perpetuo movimiento, y vi los barcos navegar,  
y el verano acercarse, opulento, y los campos bullir de labor,  
y las distintas casas, infinitas, en las que todo proseguía, cada una con sus  
comidas y sus minucias cotidianas,  
y las calles, con su palpitante palpar, y las ciudades contenidas, allí, en aquel  
instante,  
abatiéndose sobre todo y entre todo, envolviéndome a mí y a todo,

apareció la nube, apareció una larga estela negra,  
y conocí a la muerte, la idea y el sagrado conocimiento de la muerte.  
Y entonces, con el conocimiento de la muerte caminando a un lado  
y la idea de la muerte caminando, pegada a mí, al otro,  
y yo entre ambos, como rodeado de compañeros, como si fuéramos de la mano,  
huí a la noche acogedora, a la noche que no habla, para ocultarme en ella,  
hasta la orilla del agua, por el sendero que bordea el pantano, entre tinieblas,  
hasta los oscuros y solemnes cedros y los pinos espectrales, inmóviles.  
Y me recibió el cantor, tan tímido con los demás,  
el pájaro pardusco y gris que ya conocía nos recibió a los tres camaradas,  
y entonó el cántico de la muerte, y un poema para mi amado.  
De los lugares más apartados y recónditos,  
de los cedros fragrantés y los pinos espectrales, inmóviles,  
llegaba el cántico del pájaro.  
Y me sentí arrebatado por su hechizo,  
mientras retenía a mis camaradas, como si los cogiera de la mano, en la oscuridad  
de la noche,  
y la voz de mi espíritu armonizaba con el canto del pájaro.  
*Ven, muerte hermosa, muerte consoladora,  
envuelve al mundo con tu ondular y llega, por fin, llega con serenidad,  
de día, de noche, a todos, a cada uno,  
tarde o temprano, muerte delicada.  
Loado sea el universo insondable,  
por la vida y la alegría, por los objetos y el saber, curiosos,  
y por el amor, por la dulzura del amor. ¡Loado, loado, loado  
sea por el abrazo seguro, fuerte y frío de la muerte!  
Madre sombría que siempre rondas, sigilosa,  
¿nadie te ha cantado nunca un canto de sincera bienvenida?  
Yo te lo canto, pues: yo te glorifico por encima de todo,  
yo te traigo una canción para que, cuando hayas de venir, lo hagas sin vacilar.  
Acércate, poderosa libertadora.  
Cuando así sucede, cuando ya te los has llevado, yo canto jubiloso a los muertos,  
extraviados en tu océano de amor,  
anegados por el torrente de tu bienaventuranza, oh, muerte.  
De mí recibirás alegres serenatas.  
Danzas propongo para saludarte, y galas y festejos.  
El espectáculo del paisaje que se abre ante nosotros y el cielo que se extiende en lo  
alto son adecuados,  
y la vida y los campos, y la noche inmensa y pensativa.*

*La noche silenciosa, bajo un manto de estrellas,  
la costa del océano y la ola, ronca y rumorosa, cuya voz me es conocida,  
y el alma que se vuelve a ti, oh, vasta y velada muerte,  
y el cuerpo que se acurruca, agradecido, a tu lado.  
Por sobre las copas de los árboles te mando una canción,  
por sobre las olas que se elevan y se desploman, por sobre la miríada de campos y  
las vastas praderas,  
por sobre las ciudades populosas y los muelles y caminos que hormiguan de  
gente,  
te mando este cántico con alegría, con alegría, oh, muerte.*

## 15

En armonía con mi alma  
siguió cantando, alto y fuerte, el pájaro pardusco y gris:  
se propagaban sus notas puras, meditadas, y llenaban la noche.  
Altas en los pinos y cedros umbríos,  
claras en la húmeda y fragante frescura del pantano;  
y yo allí, en la noche, con mis camaradas.  
Mientras, mi vista, que estaba presa en mis ojos, se abrió  
a dilatados panoramas de visiones.  
Y vi de soslayo a los ejércitos,  
vi, como en un silencioso sueño, cientos de banderas de combate,  
las vi enarboladas por entre el humo de la batalla, y agujereadas por las balas,  
llevadas de un lado a otro por entre la humareda, desgarradas, ensangrentadas,  
y, al final, reducidas a un puñado de jirones en las astas (y todo en silencio),  
y las astas, astilladas y rotas.  
Vi los cadáveres de la batalla, miríadas de cadáveres,  
y las blancas osamentas de los jóvenes: las vi;  
y vi los despojos, los innumerables despojos de todos los soldados muertos en la  
guerra,  
pero también vi que no eran como se pensaba:  
descansaban, no sufrían;  
los vivos se quedaban y sufrían, la madre sufría,  
y la esposa y el hijo y el camarada, pensativo, sufrían,  
y los ejércitos supervivientes sufrían.



Dejo atrás las visiones, dejo atrás la noche,  
dejo atrás las manos que sujetaba de mis compañeros,  
dejo atrás el canto del pájaro ermitaño y el canto concorde de mi alma,  
canto victorioso, canto nacido de la muerte, pero diverso y siempre mudable,  
grave y doliente, aunque de notas claras, que se elevan y caen, e inundan la  
noche,  
y que, tristemente, se debilitan y se apagan, como si no dejaran de advertir, pero  
que vuelven a estallar de alegría,  
cubriendo la tierra y colmando toda la extensión del cielo,  
como aquel poderoso salmo que una noche oí llegar de lugares recónditos;  
todo lo dejo atrás: y te abandono a ti, lila de hojas acorazonadas,  
te dejo en el jardín, en flor, de vuelta con la primavera.  
Y dejo de cantar para ti,  
de mirarte en el oeste, cara al oeste, y de comunicarme contigo,  
oh, camarada cuyo rostro de plata resplandece en la noche.  
Pero preservemos todo lo rescatado de la noche,  
la canción, el prodigioso canto del pájaro pardusco y gris,  
y el canto concorde, el eco suscitado en mi alma,  
con la luminosa y declinante estrella, de rostro abrumado por el dolor,  
con los que me daban la mano al acercarnos a la llamada del pájaro,  
camaradas míos, y yo entre ellos, de imborrable recuerdo, para el muerto que  
tanto he amado,  
para el alma más dulce, más sabia, de todos mis días y todas mis tierras, y por  
respeto a él:  
la lila y la estrella y el pájaro entrelazados con el canto de mi alma,  
allí, en los pinos fragantes y los cedros umbríos y borrosos.

## ¡Oh, Capitán, mi Capitán! <sup>[366]</sup>

¡Oh, Capitán, mi Capitán! Ha terminado el proceloso viaje.

El barco ha salvado todos los escollos, y hemos ganado el premio que perseguíamos.

El puerto está cerca, ya oigo las campanas, la gente proclama su júbilo.

A la firme quilla siguen los ojos, al navío porfiado y audaz.

Pero ¡oh, corazón, corazón, corazón!

Oh, rojas gotas de sangre

donde, en cubierta, yace mi Capitán,

frío y muerto.

¡Oh, Capitán, mi Capitán! Levántate y escucha las campanas.

Levántate: por ti ondea la bandera; por ti suena el clarín;

por ti, los ramilletes y las guirnaldas engalanadas; por ti, el gentío que se agolpa en la orilla;

a ti te llama la marea humana; a ti vuelven sus rostros anhelantes.

¡Aquí, Capitán, padre querido!

¡Que tu cabeza descansa en mi brazo!

Ha de ser un sueño que en la cubierta

hayas caído, frío y muerto.

Mi capitán no responde; sus labios, lívidos e inmóviles.

Mi padre no siente mi brazo: no tiene pulso ni voluntad.

El barco ha anclado, sano y salvo: su travesía ha concluido.

Del proceloso viaje el barco arriba, victorioso, con su trofeo.

¡Exultad, oh, costas! ¡Repicad, oh, campanas!

Pero yo, con paso fúnebre,

camino por la cubierta donde yace mi Capitán,

frío y muerto.

## **Que enmudezcan hoy los campamentos**

**(4 de mayo de 1865)**

Que enmudezcan hoy los campamentos:

soldados, pongamos crespones en las armas gastadas de combatir,  
y que cada cual se retire a celebrar, con el alma recogida,  
la muerte de nuestro querido comandante.

Ya no sufrirá los conflictos terribles de la vida,  
ni la victoria, ni la derrota; no lo asaltarán las oscuras vicisitudes del tiempo,  
que arremeten, incesantes, como nubes por el cielo.

Pero canta, poeta, en nuestro nombre,

canta el amor que le profesamos: tú, que has vivido en los campamentos, lo sabes  
bien.

Mientras inhuma el féretro,

canta; mientras le cierran las puertas de la tierra, pronuncia un verso  
para los afligidos corazones de los soldados.

## **Este polvo fue una vez el hombre**

Este polvo fue una vez el hombre

amable, sencillo, justo y resuelto, bajo cuya prudente mano  
del crimen más abominable de la historia, en cualquier época o país,  
se salvó la Unión de estos Estados.

## A orillas del Ontario azul<sup>[367]</sup>

### 1

A orillas del Ontario azul,  
pensando yo en los días de guerra y en la paz que nos había sido devuelta, y en los  
muertos, que ya no pueden volver,  
un Fantasma gigantesco, soberbio, de severo semblante, me abordó y me dijo:  
*Cántame un poema que brote del alma de América, cántame el himno de la  
victoria,  
ataca las marchas de la Libertad<sup>[368]</sup>, y marchas más tronantes todavía,  
y entóname, antes de que te vayas, la canción de los padecimientos de la  
Democracia.*  
(La Democracia, destinada a conquistar, sonrío, no obstante, traicionera, por  
todas partes;  
hay muerte y deslealtad a cada paso).

### 2

Una Nación se anuncia,  
y yo crezco del único modo en que puedo ser apreciado:  
a nadie rechazo, a todos acepto, y todo lo reproduzco después de acuerdo con  
mis propias formas.  
Un linaje del que dan prueba el tiempo y los hechos.  
Somos lo que somos: nacer refuta cualquier objeción.  
Nos esgrimimos como se esgrime un arma.  
Somos, en sustancia, poderosos y tremendos.  
Somos, en sustancia, ejecutivos, y nuestra variedad basta.  
Somos, para nosotros, en sustancia, los más hermosos.  
Nos mantenemos, en perfecto equilibrio, en el centro, y desde ahí nos  
ramificamos por el mundo,  
desde Misuri, Nebraska o Kansas, riéndonos, con desdén, de los ataques.  
Nada fuera de nosotros nos es pecaminoso.  
Sea lo que fuere lo que aparezca o no aparezca, sólo somos hermosos o  
pecaminosos en nuestro ser.  
(¡Oh, Madre! ¡Oh, Hermanas queridas<sup>[369]</sup>!  
Si nos perdemos, no será a manos de un vencedor:  
sólo por nuestra mano nos sumimos en la noche eterna).

### 3

¿Pensabas que sólo podía haber un ser supremo?

Puede haber un número infinito de seres supremos, pero uno no contrarresta a otro, ni una vida contrarresta a otra, más de lo que aquello que ven unos ojos contrarresta lo que ven otros.

Todo es apto para todos.

Todo es para los individuos; todo es para ti.

Ninguna condición está prohibida, ni la de Dios, ni la de nadie.

Todo viene por el cuerpo: sólo la salud te pone en relación con el universo.

Produce grandes Personas, y lo demás se dará por añadidura.

### 4

La piedad y la conformidad, para quienes les plazcan;

la paz, la obesidad, la fidelidad, para quienes les plazcan.

Yo soy el que, con mofa, grita a los hombres, mujeres y naciones:

¡Levantaos de vuestras poltronas y luchad por vuestras vidas!

Yo soy el que recorre los Estados con lengua de espino, preguntando a todos con los que me cruzo:

¿Quién eres tú, que sólo querías que te dijeran lo que ya sabías?

¿Quién eres tú, que sólo querías un libro como compañero de tus dislates?

(Con punzadas de dolor y lamentos como los tuyos, ¡oh, engendradora de muchos hijos!,

estos bravíos clamores doy a una raza orgullosa).

Oh, tierras, ¿os gustaría tener más libertad que cuanto ha existido?

Si queréis tener más libertad que cuanto ha existido, venid a escucharme.

Temed a la gracia, la elegancia, la civilización, la delicadeza,

temed a la dulzura excesiva, a la melosidad,

cuidaos de la progresiva madurez mortal de la Naturaleza,

cuidaos de lo que precede al decaer de la fuerza de los hombres y los Estados.

### 5

El tiempo, los precedentes, llevan mucho tiempo acumulando materiales sin gobierno.

América aporta constructores, con sus propios estilos.

Los inmortales poetas de Asia y Europa han cumplido su labor y pasado a otras esferas.

Queda algo por hacer: superar lo que han hecho.

América, que siente curiosidad por lo extranjero, se atiene a lo suyo, a toda costa. Se mantiene distante, espaciosa, compuesta, sólida, y empieza a hacer un uso adecuado de los precedentes:

no los rechaza, ni al pasado, ni lo que hayan producido, de acuerdo con sus formas;

recibe la lección sin alterarse, y advierte cómo sacan lentamente el cadáver de la casa;

advierte que lo dejan un rato a la puerta, y que convino a los días que le tocó vivir, y que su vida ha pasado al heredero recio y bien plantado que se acerca, y que conviene a los días que ha de vivir.

Una Nación debe guiar a toda época.

Una tierra ha de ser promesa y garantía del futuro.

Estos Estados son el poema más amplio.

He aquí, no una sola nación, sino una ingente Nación de naciones.

He aquí los actos de los hombres, que se corresponden con los actos confesos del día y de la noche.

He aquí lo que se mueve en masas magníficas, sin preocuparse por los detalles.

He aquí las escabrosidades y las barbas, la amistad y combatividad, que complacen al alma.

He aquí las comitivas, he aquí las multitudes, la igualdad, la diversidad, que complacen al alma.

## 6

¡Tierra de tierras, y de bardos que lo corroboren!

Uno de entre ellos dirige a la luz el rostro criado en el oeste, cuyos rasgos hereditarios le fueron legados tanto por su padre como por su madre.

Sus sustancias primordiales son la tierra, el agua, los animales y los árboles; está hecho de materiales comunes, con sitio para lo lejano y lo cercano, y acostumbrado a prescindir de otras tierras; es encarnación de su tierra, la atrae, en cuerpo y alma, hacia sí, se le cuelga al cuello con amor incomparable, hinca su músculo seminal en sus méritos y deméritos, hace que sus ciudades, orígenes, acontecimientos, diversidades y guerras se expresen por él,

hace que sus ríos, lagos y bahías desemboquen en él:

el Misisipí con sus crecidas anuales y sus cambiantes cascadas, y el Columbia, el Niágara y el Hudson agotándose, con amor, en él;

si la costa del Atlántico se extiende, o la costa del Pacífico se extiende, él se extiende con ellas, al Norte o al Sur,  
las abarca, de Este a Oeste, y toca cuanto contienen;  
le crecen brotes que compiten con los del pino, el cedro, el abeto, la encina del sur, el algarrobo, el castaño, el nogal, el álamo de Virginia, el naranjo y el magnolio,  
espesas tan enmarañadas como las de un cañaveral o un pantano;  
se asemeja a las laderas y los picos de las montañas, a los bosques revestidos por el hielo transparente del norte;  
le nacen pastos frescos y naturales como las sabanas, como las serranías, como las praderas;  
en él se dan vuelos, giros y chillidos que responden a los del águila pescadora, el sinsonte, la garza nocturna y el águila;  
su espíritu circunda al espíritu de su país, abierto al bien y al mal,  
circunda las esencias de lo real, de los viejos tiempos y de los nuevos tiempos,  
circunda las costas, islas y tribus de pieles rojas recién descubiertas,  
los navíos azotados por la tempestad, los desembarcos y asentamientos, el tamaño y la musculatura de los embriones,  
el altivo desafío del Año Uno<sup>[370]</sup>, la guerra, la paz, la redacción de la Constitución, los distintos Estados, el proyecto, sencillo y adaptable, los inmigrantes, la Unión, siempre llena de charlatanes, pero siempre segura e inexpugnable, el interior inexplorado, las cabañas de troncos, los claros del bosque, la fauna salvaje, los cazadores, los tramperos,  
circunda la multiforme agricultura, las minas, la temperatura, la gestación de nuevos estados,  
el Congreso, que se reúne cada mes Duodécimo, y cuyos miembros acuden a la sesión, puntualmente, desde los lugares más remotos,  
circunda el noble carácter de los artesanos y los granjeros, especialmente de los jóvenes,  
y es sensible a sus modales, a su forma de hablar y vestir, a sus amistades, a la actitud que observan, propia de personas que ignoran lo que es estar en presencia de superiores,  
la lozanía y franqueza de su fisionomía, la abundancia y resolución de su frenología<sup>[371]</sup>,  
la pintoresca desenvoltura de su porte, la fiereza que demuestran cuando se les ofende,  
el desparpajo con el que hablan, su gusto por la música, la curiosidad y afabilidad que los caracteriza, su largueza, su hechura compuesta,  
el entusiasmo y el espíritu de empresa que los domina, su gran amatividad<sup>[372]</sup>,

la perfecta igualdad de varones y hembras, el movimiento fluido de la población,  
la flota superior, el libre comercio, las pesquerías, la caza de ballenas, la  
extracción de oro,  
las ciudades atestadas de muelles, las vías férreas y marítimas que se entrecruzan  
por todas partes,  
fábricas, vida mercantil, maquinaria que ahorra trabajo, el Noreste, el Noroeste,  
el Sudoeste,  
los bomberos de Manhattan, el intercambio yanqui<sup>[373]</sup>, la vida en la plantación  
del sur,  
la esclavitud —y la conspiración traicionera, homicida, para levantarla sobre las  
ruinas de todo lo demás;  
hay que seguir luchando contra ella: ¡asesina! Que sea tu vida o la nuestra, y no  
haya cuartel.

## 7

(Mira, ahí, muy alto en el cielo, hoy  
la Libertad<sup>[374]</sup> ha vuelto del campo conquistado.  
Reparo en la nueva aureola que te nimba la cabeza,  
ya no blandamente astral, sino deslumbrante, cegadora,  
conjunción del llamear de la guerra y una moderada irradiación,  
y tu porte incommovible, ahí, donde estás,  
con la mirada inextinguible y el puño levantado,  
pisándole el cuello a quien te amenazaba, aplastando sin piedad al que te  
despreciaba,  
al arrogante que, con desdén insensato, se lanzaba a grandes pasos contra ti,  
blandiendo el puñal asesino,  
el hinchado, el fanfarrón, que ayer quería hacer tantas cosas  
y hoy es sólo una carroña maldita, despreciada por todos,  
una fétida inmundicia, relegada a los gusanos del estercolero).

## 8

Otras cosas tienen fin, pero la República es siempre constructiva y mantiene  
siempre su perspectiva;  
otros adornan el pasado, pero yo os adorno a vosotros, oh, días del presente;  
oh, días del futuro, yo creo en vosotros: me aísló por vosotros.  
Oh, América, puesto que tú construyes en bien de la humanidad, yo construyo en  
bien tuyo.



Oh, canteros bienamados, yo guío a cuantos trazan planes con decisión y ciencia,  
yo conduzco al presente, con mano amable, hacia el futuro.  
(Bravo por todo cuanto impulsa a los hijos sensatos a la época siguiente,  
pero maldito sea lo que se consume sin pensar en la mácula, los dolores, la  
consternación, la debilidad que lega).

## 9

Escuché al Fantasma en la costa de Ontario.  
Oí la voz que se elevaba en demanda de bardos:  
sólo ellos, nativos y grandiosos, pueden alear a estos Estados en el compacto  
organismo de una Nación.  
Mantener unidos a los hombres con un papel y un sello, o por la fuerza, carece de  
valor.  
Sólo mantiene unidos a los hombres aquello que los aglutina a todos en un  
principio vivo, como el que sostiene a los miembros del cuerpo o a las fibras de  
las plantas.  
De todas las razas y épocas, son estos Estados, cuyas venas rebosan de materia  
poética, los más necesitados de poetas, y los que tendrán a los mejores, y los  
que mejor se servirán de ellos.  
Sus referentes habituales no serán tanto sus Presidentes como sus poetas.  
(¡Alma de amor y lengua de fuego!  
¡Ojo que penetre en las profundidades abismales y abarque el mundo!  
Ah, Madre, prolífica y plena en todo lo demás, aunque ¿hasta cuándo estéril,  
estéril?)

## 10

De estos Estados, el poeta es el hombre ecuaníme.  
No en él, sino fuera de él, las cosas resultan grotescas, excéntricas, y no rinden  
por completo sus frutos.  
Nada fuera de su lugar es bueno; nada en su lugar es malo.  
Él da las proporciones adecuadas a los objetos y cualidades, ni más ni menos.  
Es el árbitro de lo diverso, es la clave.  
Él iguala a su época y su tierra.  
Suministra lo que se ha de suministrar, reprime lo que se ha de reprimir.  
En tiempos de paz, por su boca habla el espíritu de la paz, grande, rico, próspero,  
constructor de ciudades populosas, fomento de la agricultura, las artes y el

comercio, faro del estudio del hombre, del alma, de la salud, de la inmortalidad, del gobierno.

En tiempos de guerra, es el mejor sostén de la guerra, aporta una artillería tan devastadora como la de los ingenieros, puede derramar sangre con cada palabra que diga.

Los años que tienden a la infidelidad, él los refrena con la solidez de su fe.

Él no discute: es la sentencia (la Naturaleza lo acepta absolutamente).

Él no juzga como juzga el juez, sino como el sol que se derrama en algo indefenso.

Como es el que más lejos ve, es el que más fe tiene.

Lo que piensa son los himnos en alabanza de las cosas.

Cuando se discute sobre Dios y la eternidad, guarda silencio.

No ve la eternidad como una obra con prólogo y desenlace;

ve la eternidad en los hombres y mujeres, y no ve a los hombres y mujeres como sueños o partículas.

Por la gran Idea, la idea de individuos libres y perfectos,

por ella, el bardo marcha a la cabeza, líder de líderes.

Su actitud alienta a los esclavos y horroriza a los déspotas extranjeros.

No se extingue la Libertad, no retrocede la Igualdad:

ambas perviven en los sentimientos de los jóvenes y de las mujeres elegidas

(no en vano han estado siempre dispuestas las cabezas indómitas de la tierra a caer por la Libertad).

## 11

La gran Idea:

ésa es, oh, hermanos míos, la misión de los poetas.

Cantos de desafío, siempre listos;

cantos urgentes a las armas y a la marcha:

la bandera de la paz se pliega deprisa, y, en su lugar, se despliega la bandera que ya conocemos,

la bandera de guerra de la gran Idea.

(¡Paño rabioso que he visto alzarse!

Bajo una lluvia de plomo, saludo a tus pliegues flameantes.

Te canto por encima de todas las cosas, a ti, que ondeas en el combate, y me llamas —¡oh, reñido combate!—.

Los cañones abren la boca rosada y centelleante, gritan las balas,

el frente de batalla cobra forma entre la humareda, las descargas de fusilería se suceden desde la línea de fuego,

pero oíd: ya resuenan las palabras ¡A la carga!, y el clamor de la refriega, y los alaridos furiosos, enloquecedores, y los cadáveres ruedan por el suelo, fríos, helados por la muerte, por tu preciada vida, paño rabioso que he visto alzarse).

## 12

¿Eres tú el que asumiría ser maestro o poeta aquí, en los Estados?

El lugar es agosto; las condiciones, duras.

El que asuma ser maestro aquí ha de prepararse en cuerpo y alma.

Tendrá que examinarse, reflexionar, armarse, fortificarse, endurecerse, ganar agilidad.

Lo someteré, con antelación, a muchos y acuciantes interrogatorios.

¿Quién eres tú, que quieres hablar o cantar a América?

¿Has estudiado sus tierras, sus lenguajes y hombres?

¿Has aprendido la fisiología, la frenología, la política, la geografía, el orgullo, la libertad, la amistad de la tierra, los sustratos y los fines?

¿Has considerado el pacto orgánico del primer día del primer año de la Independencia, suscrito por los Delegados, ratificado por los estados y leído por Washington a la cabeza del ejército?

¿Te has hecho con la Constitución Federal?

¿Ves a quienes han abandonado los procedimientos y poemas feudales, y abrazado los poemas y procedimientos de la Democracia?

¿Eres fiel a las cosas? ¿Enseñas lo que enseñan la tierra y el mar, los cuerpos de los hombres, la feminidad, la amatividad, la furia heroica?

¿Has pasado de prisa por las costumbres efímeras, por las popularidades?

¿Eres capaz de resistir a todas las seducciones, locuras, torbellinos, contiendas feroces? ¿Eres fuerte? ¿Formas parte, en verdad, del Pueblo?

¿No perteneces a alguna camarilla? ¿A alguna escuela o religión?

¿Has acabado ya de reseñar, de criticar la vida? ¿Animas ahora a la vida?

¿Te ha vivificado la maternidad de estos Estados?

¿Posees también las antiguas pero siempre lozanas virtudes de la tolerancia y la imparcialidad?

¿Amas por igual a quienes se resignan a la madurez, a los recién nacidos, al pequeño y al grande, a los que yerran?

¿Qué le traes a mi América?

¿Concuerdas con mi país?

¿O es algo que ya se ha hecho o dicho mejor antes?

¿No lo habrás importado, o a su espíritu, por barco?  
¿No será sólo un cuento? ¿O unos versos? ¿O una lindeza? ¿Contiene a la buena y vieja causa?  
¿No es algo que lleva mucho tiempo a la zaga de poetas, políticos y literatos de países enemigos?  
¿No asume acaso que lo notoriamente desaparecido sigue aquí?  
¿Responde a necesidades universales? ¿Mejorará las costumbres?  
¿Trompetea la orgullosa victoria de la Unión en la guerra de secesión?  
¿Puede tu obra enfrentarse al campo abierto y a las playas del mar?  
¿La absorberé, como absorbo la comida y el aire, para reaparecer, encarnada en fuerza, en porte, en rostro?  
¿Han contribuido a formarlo trabajos de verdad, creadores de verdad, no meros amanuenses?  
¿Se enfrenta cara a cara con los descubrimientos, con los calibres, con los hechos modernos?  
¿Qué significa para las gentes, el progreso y las ciudades de América? ¿Para Chicago, Canadá, Arkansas?  
¿Ve a los verdaderos guardianes, amenazantes, silenciosos, tras los guardianes en apariencia? ¿A los artesanos, a los habitantes de Manhattan, a los occidentales y sureños, tan significativos por su apatía como por la prontitud de su amor?  
¿Ve lo que al fin sobreviene, y siempre ha sobrevenido: a los contemporizadores, a los que ponen parches, a los intrusos, a los parciales, a los alarmistas, a los descreídos que le han reclamado algo, alguna vez, a América?  
¡Qué burlona y despectiva negligencia!  
El sendero, sembrado del polvo de los esqueletos,  
y, al borde del camino, otros arrojados con desdén.

### 13

Las rimas y los rimadores mueren; los poemas destilados de poemas mueren;  
los enjambres de imitadores y pedantes pasan, y sólo dejan cenizas;  
los admiradores, los importadores, los obedientes, no son sino el mantillo de la literatura.  
América se justifica por sí misma: dadle tiempo. Ningún disfraz puede engañarla ni ocultarle nada: es impasible.  
Sólo saldrá a recibir a sus semejantes.  
Si surgen sus poetas, saldrá a recibirlos a su debido tiempo, sin temor a equivocarse

(un poeta sólo se pone a prueba cuando su país lo ha asimilado con tanto afecto como él ha asimilado a su país).

Domina aquél cuyo espíritu domina; sabe más dulce quien es, a la larga, más dulce.

La sangre del fuerte bienamado por el tiempo no conoce restricción.

Para satisfacer la necesidad de cantos, de filosofía, de una ópera autóctona apropiada, de industria naval, o de cualquier industria, el más grande, hombre o mujer, es aquel que contribuye con el mayor ejemplo práctico original.

Ya surge, sin ruido, una generación despreocupada, y ocupa las calles.

Los labios de la gente sólo saludan a los que hacen, a los que aman, a los que satisfacen, a los que saben con certeza.

Pronto ya no habrá sacerdotes. Yo digo que su tarea ha concluido.

La muerte no conoce emergencias aquí, pero la vida es una perpetua emergencia. ¿Son soberbios tu cuerpo, tus días, tus costumbres? Cuando hayas muerto, serás soberbio.

La justicia, la salud, el amor propio, allanan el camino con una fuerza irresistible.

¿Cómo te atreves a poner obstáculos a un hombre?

## 14

¡Formad detrás de mí, Estados!

Un hombre ante todo: yo mismo, típico, ante todo.

Dadme la paga por la que he luchado.

Dadme a cantar los cantos de la gran Idea y llevaos todo lo demás.

He amado a la tierra, al sol, a los animales; he despreciado las riquezas.

He dado limosna a todos los que la han pedido, me he levantado en defensa de los estúpidos y los locos, he dedicado mis ganancias y mi trabajo a los demás, he odiado a los tiranos, no he discutido sobre Dios, he sido paciente con todos, indulgente con todos, no me he descubierto ante nada conocido o desconocido, he ido, sin reparo, con gente sin educación pero con carácter, y con jóvenes, y con madres de familia,

he leído estas hojas, para mí mismo, al aire libre, las he puesto a prueba junto a los árboles, bajo las estrellas, en las riberas de los ríos,

y he desechado cuanto ofendiera a mi alma o envileciese a mi cuerpo,

no he reclamado para mí nada que no haya reclamado escrupulosamente para los demás en idénticos términos,

y he corrido a los campamentos, y encontrado y aceptado a camaradas de todos los estados

(en este pecho se han reclinado muchos soldados moribundos para exhalar su último suspiro;  
este brazo, esta mano, esta voz, han alimentado, levantado, restablecido, han devuelto a la vida a muchos cuerpos postrados).  
Estoy dispuesto a esperar a que se me entienda, cuando crezca la afición por mí, sin rechazar a nadie, permitiéndolo todo.  
(Di, oh, Madre, ¿no he sido fiel a tu pensamiento?  
¿No os he tenido presentes, a lo largo de la vida, a ti y a todo lo tuyo?)

## 15

Juro que empiezo a ver el significado de todo esto.  
No es la Tierra, no es América lo que es tan grande.  
Soy Yo el que lo es, o lo ha de ser; eres Tú, ahí arriba, o cualquiera.  
Lo es caminar, a buen paso, por civilizaciones, gobiernos, teorías, por poemas, festivales y espectáculos, para formar individuos.  
Subyaciendo a todo, individuos.  
Juro que nada que desdeñe a los individuos es bueno para mí.  
El pacto americano se ha firmado con individuos.  
El único gobierno es el que levanta acta de los individuos.  
Toda la teoría del universo se dirige infaliblemente a un solo individuo, a saber, a Ti.  
(¡Madre! Con grave y sutil sensatez, con la espada desnuda en la mano, te he visto, por fin, negarte a tratar si no era directamente con los individuos).

## 16

Subyaciendo a todo, el Nacimiento.  
Juro que seré siempre fiel a mi nacimiento, ya sea pío o impío.  
Juro que nada me maravilla, salvo el nacimiento.  
Hombres, mujeres, ciudades, naciones, son hermosos sólo por haber nacido.  
Subyaciendo a todo está la Expresión del amor por los hombres y las mujeres (juro que he visto ya demasiadas formas ruines e incapaces de expresar el amor por los hombres y las mujeres;  
desde este día, adopto mi propia forma de expresar el amor por los hombres y las mujeres).  
Juro que me haré con todas las cualidades de mi raza  
(decid lo que queráis, pero sólo se adecúa a estos Estados aquél cuyas costumbres favorezcan la audacia y la sublime turbulencia de los Estados).

Subyaciendo a las lecciones de las cosas, los espíritus, la Naturaleza, los gobiernos, las propiedades, juro que percibo otras lecciones; subyaciendo a todo cuanto es para mí, estoy yo mismo, y de cuanto es para ti, estás tú mismo (la misma vieja y monótona canción).

## 17

Oh, veo, como en un relámpago, que esta América es sólo tú y yo:  
su poder, sus armas, su testimonio, somos tú y yo;  
sus crímenes, sus mentiras, sus robos, sus deserciones, somos tú y yo;  
su Congreso somos tú y yo; los funcionarios, los capitolios, los ejércitos, los barcos, somos tú y yo;  
su interminable gestación de nuevos Estados somos tú y yo;  
la guerra (aquella guerra encarnizada y sangrienta que me he propuesto olvidar) fuimos tú y yo;  
lo natural y lo artificial somos tú y yo;  
la libertad, el lenguaje, los poemas, las ocupaciones, somos tú y yo;  
el pasado, el presente y el futuro somos tú y yo.  
No me atrevo a evitar ninguna parte de mí,  
ni parte alguna de América, buena o mala;  
no eludo construir para aquello que construye para la humanidad;  
ni equilibrar jerarquías, temperamentos, credos y sexos;  
ni justificar la ciencia o el progreso de la igualdad;  
ni alimentar la sangre arrogante del fuerte, bienamado por el tiempo.  
Yo soy para quienes nunca han sido dominados,  
para hombres y mujeres cuyos caracteres nunca han sido dominados,  
para aquéllos a los que leyes, teorías y convenciones nunca podrán dominar.  
Yo soy para quienes caminan, codo con codo, con la Tierra entera,  
para quienes inauguran algo, para inaugurarlo todo.  
No me humillará lo irracional.  
Penetraré en lo que haya en ello de sarcástico para conmigo.  
Haré que las ciudades y las civilizaciones acaten mi parecer.  
Esto es lo que América me ha enseñado, todo esto; y yo, a mi vez, lo enseño.  
(Democracia, cuando las armas apuntaban, desde todas partes, a tu pecho,  
te vi alumbrar, con serenidad, hijos inmortales, vi en sueños dilatarse tu forma,  
te vi cubrir al mundo con un amplio manto).

## 18

Haré frente al espectáculo del día y de la noche,  
y averiguaré si he de ser menos que ellos;  
veré si no soy tan majestuoso como ellos;  
veré si no soy tan sutil y real como ellos;  
veré si he de ser menos generoso que ellos;  
veré si carezco de significado, mientras casas y barcos tienen significado;  
veré si los peces y los pájaros se bastan a sí mismos, y si yo no he de bastarme a  
mí mismo.

Mido mi espíritu con el vuestro, orbes, plantas, montañas, bestias.

Sois abundantes, pero os absorbo a todos, y me hago vuestro dueño.

América aislada, pero que lo encarna todo: ¿qué es, en fin, sino yo mismo?

Estos Estados, ¿qué son sino yo mismo?

Ahora sé por qué la tierra es burda, torturadora, perversa: lo es por mí.

Os apreso, precisamente, para que seáis mías, formas terribles, bastas.

(Madre, inclínate, acerca tu rostro al mío.

No sé para qué son estas conjuras, estas guerras, estos aplazamientos.

No conozco el éxito de lo logrado, pero sé que, gracias a la guerra y el crimen, tu  
obra prosigue, y ha de proseguir).

## 19

Así, pues, a orillas del Ontario azul,

abanicado por los vientos, acuciado por el tropel de las olas,

me estremecí con los latidos de la fuerza, y me poseyó el hechizo de mi tema,

hasta que se rompió la urdimbre que me sujetaba.

Y vi el alma libre de los poetas:

los más eminentes bardos de las épocas pasadas desfilaron ante mí,

hombres corpulentos y extraños, dormidos, ocultos durante mucho tiempo, me  
fueron revelados.

## 20

¡Oh, verso mío, arrebatado, llamada que hago, no te burles de mí!

No te he proclamado por los bardos del pasado, para invocarlos;

ni siquiera para convocar a esos bardos eminentes aquí, en la ribera del Ontario,

he cantado, caprichoso y enérgico, este agreste canto.

Sólo invoco a bardos para mi tierra



(porque la guerra, la guerra ha terminado, y los campos están despejados),  
hasta que prorrumpen en marchas triunfales, dirigidas, desde hoy, al futuro,  
para alegrar, oh, Madre, tu alma ilimitada y expectante.  
¡Bardos de la gran Idea!, ¡bardos de los inventos de la paz! (¡porque la guerra, la  
guerra ha terminado!),  
bardos, empero, de ejércitos latentes, de un millón de soldados a la espera,  
siempre listos,  
¡bardos cuyos cantos parecen brotar de ascuas o del bifurcado zigzaguo del  
rayo!,  
¡bardos del ancho Ohio, del ancho Canadá!, ¡bardos de California!, ¡bardos del  
interior!, ¡bardos de la guerra!  
A vosotros, con este hechizo, os invoco.

## **Inversiones**

Que lo que iba delante vaya detrás.  
Que lo que iba detrás pase al frente.  
Que los fanáticos, los tontos, los desaseados, hagan nuevas propuestas.  
Que se pospongan las antiguas propuestas.  
Que el hombre busque el placer en todas partes, menos en sí mismo.  
Que la mujer busque la felicidad en todas partes, menos en sí misma.

## RIACHUELOS DE OTOÑO

### Como consecuencia, etc.

Como consecuencia de la acumulación de lluvias en verano,  
o de los riachuelos traviesos que corren en otoño,  
o de las retículas de muchos arroyos bordeados de hierba,  
o de los regatos subterráneos que se dirigen al mar,  
cantos de años sucesivos canto.

En primer lugar, los rápidos siempre renovados de la vida (que pronto, muy pronto confluirán con los viejos ríos de la muerte).

Algunos recorren los labrantíos o los bosques de Ohio;  
otros, los cañones del Colorado, desde sus fuentes, las nieves perpetuas;  
otros fluyen medio ocultos en Oregón, o al sur, en Texas;  
otros se abren paso, por el norte, hasta el Erie, Niágara y Ottawa;  
otros, hasta las bahías del Atlántico y, así, hasta la inmensidad salada.

Por ti, quienquiera que seas, que ahora lees este libro,  
por mí, por todo el mundo, fluyen estas corrientes;  
y todas, todas se encaminan al místico océano.

Corrientes para alumbrar un nuevo continente,  
propuestas que lo líquido envía a lo sólido,  
fusión de tierra y océano, olas tiernas y pensativas  
(no sólo las inofensivas, sino también las encrespadas y ominosas,  
las olas abismales de la tempestad, emergidas de las profundidades, ¿quién sabe de dónde?,  
que rugen en la inmensidad, con mástiles quebrados y velámenes desgarrados).

O del mar del Tiempo, recolectándolo todo y dándole fin<sup>[375]</sup>,  
traigo un montón de algas y de conchas.  
Oh, Conchitas, de curiosos convólvulos y fría limpidez, insonoras,  
¿no evocaréis acaso, aplicadas a los tímpanos,  
murmullos y ecos, la tenue y distante música de la eternidad,  
llevada tierra adentro, enviada desde la ribera del Atlántico, compases para el  
alma de las praderas,  
susurradas reverberaciones, acordes jubilosos para los oídos de Occidente,  
antiguas noticias, aunque siempre nuevas e intraducibles, partes infinitesimales  
de mi vida, y de muchas vidas  
(porque no sólo entrego mi vida y mis años, sino todo: todo lo entrego),  
estos pecios de las profundidades, arrojados a la superficie, y ya secos,  
en las costas de América?

## El regreso de los héroes<sup>[376]</sup>

### 1

Por las tierras, y por estos días apasionados, y por mí,  
me refugio ahora un momento en ti, oh, tierra de los campos de otoño,  
me reclino en tu pecho, me entrego a ti,  
respondo al latido de tu ecuánime corazón,  
y entono este verso para ti.  
Oh, tierra sin voz, confíame una voz;  
oh, cosecha de mis tierras, oh, plantíos infinitos del verano,  
oh, tierra parda, pródiga, parturienta, oh, útero infinito y fecundo,  
un canto que te narre.

### 2

Siempre en este escenario  
se representa el sereno drama anual de Dios:  
procesiones fastuosas, cantos de pájaros,  
el amanecer, que nutre y vivifica el alma,

el mar undoso, las olas en la playa, las olas fuertes y musicales,  
los bosques, los árboles recios, los árboles esbeltos y ahusados,  
los innumerables ejércitos liliputienses de la hierba,  
el calor, los aguaceros, las dehesas inconmensurables,  
el panorama de las nieves, la orquesta libre de los vientos,  
la extensa e iluminada bóveda de las nubes, las orlas cerúleas, plateadas,  
las estrellas, en lo alto, creciendo, las plácidas estrellas que nos llaman,  
los rebaños y manadas en movimiento, las llanuras y prados esmeraldas,  
el espectáculo de las múltiples tierras, y de su vegetación, y de cuanto producen.

### 3

América fecunda, ¡engastada  
estás hoy en nacimientos y alegrías!  
Gimes bajo el peso de tus riquezas, te arropa la opulencia,  
te carcajeas por el dolor que te causan tan grandes posesiones,  
la miriada de hilos, como ensortijadas vides, que constituye la urdimbre de tu vida  
enhebra tus vastos dominios,  
como un mercante enorme, cargado hasta casi zozobrar, arribas a puerto,  
y como la lluvia cae del cielo, y los vapores emanar de la tierra, así te han llovido  
a ti los bienes más preciados, y de ti han emanado.  
¡Tú, envidia del globo!, ¡tú, milagro!,  
tú, que te has bañado, y ahogado, y nadado en la abundancia,  
tú, afortunada Señora de los graneros tranquilos,  
tú, Dama de las Praderas, que te sientas en el centro para contemplar tu mundo, y  
miras al Este y al Oeste,  
dispensadora, cuya palabra basta para conceder un millar de millas, y un millón de  
granjas, y nada se te pasa,  
tú, que todo lo aceptas, tú, hospitalaria (eres hospitalaria como sólo Dios lo es).

### 4

En mi última canción, triste era mi voz,  
triste era el espectáculo que me rodeaba, lleno del estruendo del odio y de la  
humareda de la guerra;  
en medio del conflicto, de los héroes, me planté,  
o bien pasé, despacio, por entre los heridos y agonizantes.  
Pero ahora ya no canto la guerra,  
ni la marcha acompasada de los soldados, ni las tiendas de los campamentos,

ni los regimientos que se apresuran a desplegarse en orden de batalla;  
basta ya del triste, del antinatural espectáculo de la guerra.

¿Pidieron sitio aquellas filas enardecidas e inmortales, los primeros ejércitos en  
dar un paso al frente?

Piden sitio, ay, las espeluznantes filas, los ejércitos pavorosos que los siguieron.

(Pasad, pasado, orgullosas brigadas que desfiláis con paso firme y nervioso,  
de hombros jóvenes y fuertes, con mochilas y mosquetes;  
con cuánto entusiasmo os veía ponerlos en marcha.

Pasad y volved a redoblar, tambores,

porque otro ejército asoma, oh, otro ejército cada vez más numeroso,

hormigueante, arrastrándose a retaguardia, oh, tú, creciente y pavoroso ejército,

oh, vosotros, regimientos lamentables, atacados por la diarrea, mortal, por la  
fiebre,

oh, queridos mutilados de mi tierra, con vendajes ensangrentados y muletas,  
mirad, os sigue vuestro pálido ejército).

## 5

Pero en estos días luminosos,

en el hermoso paisaje que se extiende a lo lejos, en los caminos y veredas, en los  
atestados carros de labranza, en los frutos y graneros,

¿han de entrometerse los muertos?

Ah, a mí no me perjudican los muertos: concuerdan con la Naturaleza,

concuerdan muy bien con el paisaje, bajo los árboles y bajo la hierba,

y siguiendo el borde del cielo, en el lejano margen del horizonte.

Tampoco os olvido a vosotros, a los Difuntos,

a los que he perdido, ni en verano ni en invierno,

sino que muchas veces, cuando salgo, como ahora, y mi alma anda extasiada y en  
paz, como gratos fantasmas

reviven vuestros recuerdos, y pasan, en silencio, a mi lado.

## 6

Yo vi el día en que regresaron los héroes

(pero los héroes insuperables nunca volverán:

a ellos no los vi ese día).

Vi al interminable cuerpo de ejército, vi la procesión armada:

la vi acercarse, desfilando por divisiones,

y dirigirse al norte, hecho ya el trabajo; acampaban a ratos en grandes aglomeraciones de tiendas.

No hay soldados de fiesta; todos son jóvenes, pero ya veteranos: cansados, curtidos, hermosos, fuertes, hijos del campo y del taller, endurecidos por muchas y prolongadas campañas, y por marchas llenas de sudor, hechos a los campos ensangrentados de feroces combates.

Una pausa: los ejércitos esperan,  
un millón de enardecidos conquistadores esperan en orden de batalla;  
también el mundo espera. Y entonces, con la suavidad con que cae la noche, y  
con la certeza con que amanece el día,  
se disuelven, desaparecen.

¡Exultad, oh, tierras, victoriosas tierras!

Vuestra victoria no está allí, en esos campos estremecedores, enrojecidos,  
sino aquí: de aquí surge vuestra victoria.

Disolveos, desapareced, ejércitos; dispersaos, soldados de azul,  
separaos, abandonad para siempre esas armas que dan muerte:  
otras son las armas y los campos que os esperan, tanto al Sur como al Norte,  
para librar guerras más sensatas, guerras agradables, guerras dadoras de vida.

## 7

¡Alto, oh, garganta mía, y claro, oh, alma!

La estación del agradecimiento y la voz de la entrega total,  
el canto de la alegría y de la fuerza, para que la fertilidad sea ilimitada.

Los campos, labrados o sin cultivar, se expanden ante mí.

Veo la verdadera pelea de mi raza, la primera o la última,  
la violenta e inocente pelea del hombre.

Veo a los héroes dedicados a otras tareas;  
veo en sus manos, bien sujetas, las mejores armas.

Veo donde la Madre de Todo

se detiene largamente, y mira con los ojos muy abiertos,  
y cuenta lo mucho y diverso que se ha cosechado.

Es un panorama lejano, bañado por el sol, lleno de trajín:

la pradera, el huerto y el grano amarillo del Norte,

el algodón y el arroz del Sur, y la caña de Luisiana,

campos en barbecho, despejados, trebolares y alfalfares,

vacas y caballos que pacen, rebaños de ovejas y piaras de cerdos,

ríos innumerables que fluyen, majestuosos, e innumerables arroyos juguetones,

y salutíferas serranías que recorren brisas con olor a hierba,

y la hierba, buena y verde, ese milagro delicado: la hierba que nunca deja de brotar.

## 8

¡Seguid trabajando, héroes! ¡Cosechad!

No sólo en aquellos campos de batalla posó en vosotros  
la Madre de Todo, de imponente presencia, sus ojos radiantes.

¡Seguid trabajando, héroes! ¡Y hacedlo bien! ¡Empuñad bien las armas!

La Madre de Todo, ahora como siempre, os está observando.

Satisfecha América, en los campos del Oeste

contemplas a esos monstruos rastreros:

los inventos humanos y divinos, esos artefactos que ahorran trabajo;

ves girar a los rastrillos para el heno, y moverse en todas direcciones, como  
imbuidos de vida,

y las segadoras, a vapor o tiradas por caballos,

las trilladoras y mondadoras, que separan el grano de la paja, ves la agilidad con  
que funciona la aventadora,

ves el más moderno aserradero, la desmotadora sureña de algodón y la  
mondadora de arroz.

Bajo tu mirada, oh, Maternal,

con estos y otros aparatos, y con la fuerza de sus propias manos, los héroes  
cosechan.

Todos recolectan y todos cosechan.

Pero, si no fuera por ti, oh, Poderosa, ni una sola hoz colgaría, como ahora, sin  
peligro,

ni se menearían, como ahora, las borlas de seda de un solo tallo de maíz.

Cosechan, a tu amparo, hasta la mínima brizna de hierba brotada a la luz de tu  
gran rostro:

cosechan el trigo de Ohio, Illinois, Wisconsin, las espigas —con sus espigas—  
crecidas bajo tu mirada;

cosechan el maíz de Misuri, Kentucky, Tennessee: cada mazorca en su vaina  
verdosa;

recogen el heno apilado y lo depositan en los graneros, fragantes y tranquilos;

la avena, a sus arcones, la patata blanca y el alforfón de Michigan, a los suyos;

recogen el algodón en Misisipí o Alabama, extraen y amontonan el dorado  
boniato de Georgia y las Carolinas,

esquilan la lana de California o Pensilvania,

cortan el lino en los estados centrales, y el cáñamo y el tabaco en los Fronterizos,

cogen el guisante y la judía, o las manzanas de los árboles, o los racimos de uva de las vides,  
o cuanto madure en estos estados, al Norte o al Sur,  
bajo los rayos del sol y bajo tu mirada.

### **Érase un niño que salía**

Érase un niño que salía cada mañana,  
y el primer objeto que miraba, en ese objeto se convertía,  
y ese objeto se volvía parte de él todo el día, o una parte del día,  
o muchos años, o extensos ciclos de años.  
Las primeras lilas se volvieron parte de ese niño,  
y la hierba, y los dondiegos de día, blancos y encarnados, y el trébol, blanco y encarnado, y el canto del mosquero fibí,  
y los corderos del Tercer mes, y los lechones sonrosados de la cerda, y el potro de la yegua y el ternero de la vaca,  
y la pollada ruidosa del corral o junto al fango del estanque,  
y los peces suspendidos, tan curiosamente, allá abajo, y el hermoso y curioso líquido,  
y las plantas acuáticas, con sus cabezas airosas y planas: todo se volvía parte de él.  
Los brotes del Cuarto y del Quinto mes se volvieron parte de él,  
y los retoños del grano en invierno, y los del maíz amarillento, y las raíces comestibles del huerto,  
y los manzanos florecidos, y la fruta después, y las bayas, y las hierbas más vulgares del camino,  
y el viejo borracho que se levantaba de la letrina de la taberna y volvía, tambaleándose, a casa,  
y la maestra que pasaba, camino del colegio,  
y los chicos que pasaban, amistosos o peleones,  
y las chicas, arregladas, lozanas, y el muchacho y la muchacha negros y descalzos,  
y todos los cambios de la ciudad o el campo por los que fuese.  
Sus propios padres, el que lo había engendrado y la que lo había concebido en su seno y dado a luz,  
dieron mucho más aún de sí a este niño:



le dieron, tras ese día, todos los días: se volvieron parte de él.

La madre, en casa, poniendo en silencio los platos en la mesa para cenar;

la madre, de palabras afables, de cofia y camisón limpios, que huele tan bien al pasar;

el padre, fuerte, seguro de sí mismo, viril, mezquino, iracundo, injusto,

el golpe, la palabra airada, el acuerdo estricto, la persuasión artera,

las costumbres familiares, el lenguaje, la compañía, el mobiliario, el corazón henchido y anhelante,

el afecto que nunca será desmentido, el sentido de la realidad, la sospecha de que todo pueda ser, a la sazón, irreal,

las dudas que asaltan de día y las que lo hacen por la noche, los curiosos sí y cómo:

si lo que se aparece es lo que parece, o sólo destellos y manchas;

si los hombres y mujeres que se apretujan en las calles no son destellos y manchas, ¿qué son?

Las calles mismas, y las fachadas de las casas, y las mercaderías de los escaparates,

los vehículos, los caballos de tiro, los embarcaderos de recia tablazón, el intenso tráfico de los transbordadores,

el pueblo de la serranía, visto desde lejos, al anochecer, más allá del río,

sombras, aureola y niebla, la luz que cae en los tejados y aguilones, blancos y pardos, a dos millas de distancia,

la goleta cercana que cabecea, soñolienta, con la marea, la barquita perezosamente remolcada por la popa,

el tumulto de las olas presurosas, las crestas que se rompen y golpean,

los estratos de nubes multicolores, la extensa franja de tinte castaño, lejana y solitaria, y la extensión de pureza en que permanece inmóvil,

la línea del horizonte, el vuelo del cormorán, la fragancia de la marisma y el barro de la orilla.

Todo esto se volvió parte de aquel niño que salía cada día, y que aún sale, y que seguirá saliendo siempre cada día.

## Vieja Irlanda<sup>[377]</sup>

Lejos de aquí, en una isla de prodigiosa belleza,  
se inclina sobre una tumba una anciana madre, afligida.  
Reina antaño, se sienta ahora en el suelo, escuálida y harapienta;  
el pelo blanco le cae, enmarañado, por los hombros;  
a sus pies, abandonada, hay un arpa real que nadie tañe,  
muda desde hace mucho. También ella lleva mucho tiempo en silencio, llorando a  
su heredero —y su esperanza— amortajado:  
de toda la tierra, su corazón es el más lleno de dolor, porque es el más lleno de  
amor.

Sólo una palabra, anciana madre:

ya no tienes que seguir ahí, en el frío suelo, con la cabeza entre las rodillas,  
no, ya no tienes que seguir sentada, tras el velo de tus guedejas enmarañadas,  
porque has de saber que a quien lloras no está en esa tumba.

Ha sido una ilusión: el hijo al que amas no ha muerto, en realidad;  
el Señor no ha muerto: ha resucitado, joven y fuerte, en otro país.

Cuando llorabas, junto al arpa abandonada, en la tumba,  
aquello por lo que llorabas se ha marchado: ha abandonado la tumba.

Los vientos le fueron propicios y el mar lo ha transportado,  
y ahora, con sangre roja y nueva,  
se mueve en un nuevo país.

## La casa de los muertos de la ciudad<sup>[378]</sup>

En el portal de la casa de los muertos de la ciudad,  
por donde pasaba, alejándome del bullicio,  
me detengo, con curiosidad, porque, mira, acaban de traer el cadáver de una  
paria, de una pobre prostituta.

Depositán el cuerpo, que nadie ha reclamado, en el húmedo suelo de ladrillos:  
divina mujer, su cuerpo, veo el cuerpo, sólo miro ese cuerpo,  
esa casa otrora llena de pasión y belleza; en nada más reparo:  
ni la helada quietud, ni el agua que sale del grifo, ni los olores morbíficos me  
impresionan:

sólo la casa, esa casa prodigiosa, esa bella casa delicada, ¡esa ruina!,  
¡esa casa, más perdurable que todas las residencias jamás construidas, alineadas!,  
más que el capitolio cuya cúpula blanca corona una estatua majestuosa, más que  
las viejas catedrales y sus altísimas agujas,  
esa casita vale más que todo eso: ¡casa pobre, sin esperanza!  
Ruinas hermosas y terribles, morada del alma, alma ellas mismas,  
casa rehuida, no reclamada: inspira el aliento de mis labios trémulos;  
recoge la lágrima que derramo al alejarme, con el pensamiento puesto en ti,  
casa muerta del amor, casa de la locura y el pecado, desmoronada, derruida,  
casa de la vida, que hace poco aún hablaba y se reía, pero, ah, pobre casa, muerta  
ya entonces,  
casa decorada, llena de ecos, durante meses, durante años, pero muerta, muerta,  
muerta.

## Este abono

### 1

Algo me espanta cuando más tranquilo me creía.  
Dejo los bosques silenciosos que he amado,  
pero no caminaré por los pastos,  
ni me quitaré la ropa que llevo para abrazar a mi amante, el mar,  
ni pondré en contacto mi carne con la tierra, como si fuera otra carne, para  
vivificarme.  
Oh, ¿cómo es posible que la propia tierra no sienta asco?,  
¿cómo podéis estar vivos, brotes de primavera?,  
¿cómo puedes proporcionar salud tú, sangre de la hierba, de las raíces, de los  
huertos, del grano?  
¿Acaso no te echan continuamente cadáveres infectos?  
¿Acaso no maltratan con muertos a todos los continentes?  
¿Qué has hecho de los restos  
de tantas generaciones de comilones y borrachos?  
¿Dónde has vertido el líquido inmundo y la carne hedionda?  
Hoy no veo huella de ellos en ti, o quizá me engañe:

abriré un surco con el arado, hundiré la pala en el césped y sacaré lo que haya debajo;  
estoy seguro de que aparecerá la carne hedionda.

## 2

¡Observa este abono! ¡Obsérvalo bien!

Quizá sus larvas hayan formado parte de un cuerpo enfermo, ¡pero observa!

La hierba primaveral cubre las praderas;

la judía rompe, sin hacer ruido, el mantillo del huerto;

se alza la delicada lanza de la cebolla;

los capullos se acumulan en las ramas del manzano;

resucita el trigo: pálido, sale de la tumba;

el matiz despierta en el sauce y la morera;

los pájaros cantan por la mañana y por la tarde, mientras las hembras permanecen en los nidos;

los polluelos rompen los cascarones;

aparecen los recién nacidos: la vaca expulsa al ternero, la yegua al potro;

de su montículo brotan puntualmente las hojas verdes y oscuras de la patata,

y del suyo, los tallos amarillos del maíz; las lilas florecen en los jardines;

y lo que crece en verano se muestra inocente y desdeñoso por encima de todas esas capas de muertos.

¡Qué química!

Que los vientos no sean, en realidad, malsanos;

que no haya engaño en este aguaje verde y transparente del mar, que me sigue, con amor,

y que no entrañe peligro que me lama, con sus lenguas, el cuerpo todo, desnudo;

que no me transmita las fiebres que se han depositado en él;

que todo esté limpio siempre;

que el trago fresco del pozo sepa tan bien;

que las moras sean tan sabrosas, tan jugosas;

que los frutos del manzanar y los frutos del naranjal, que los melones, las uvas, los melocotones, las ciruelas, no me envenenen;

que cuando me tumbe en la hierba, no contraiga ninguna enfermedad,

aunque las briznas de hierba broten, probablemente, de lo que alguna vez haya sido una enfermedad contagiosa.

Me aterroriza, ahora, la Tierra, tan serena y paciente.

Cuánta dulzura brota de toda esa corrupción.

Gira sobre su eje, inofensiva e inmaculada, arrastrando una sucesión interminable de cadáveres infectos;  
del hedor que encierra, destila vientos exquisitos;  
renueva, inadvertida, las cosechas anuales, pródigas, suntuosas;  
otorga materiales divinos a los hombres, y acepta, al fin, sus despojos.

### **A un revolucionario europeo derrotado** <sup>[379]</sup>

¡Ánimo todavía, hermano o hermana míos!  
Aguanta: hay que servir a la Libertad, pase lo que pase;  
nada vale lo que desbaratan uno o dos fracasos, o el número que sea de fracasos,  
o la indiferencia o ingratitud de la gente, o una deslealtad cualquiera,  
o que el poder enseñe los dientes: soldados, cañones, códigos penales.  
Aquello en lo que creemos, espera siempre, latente, en todos los continentes:  
a nadie invita, nada promete, se sienta tranquilo a la luz, es terminante y  
equilibrado, no conoce el desaliento,  
aguarda, paciente: aguarda su hora.  
(Éstos no son sólo cantos de lealtad,  
sino también de insurrección,  
porque he jurado ser el poeta de los rebeldes del mundo entero,  
y quien me acompañe debe renunciar a la paz y la rutina,  
y arriesgarse a perder la vida en cualquier momento).  
La batalla se recrudece: suenan las alarmas, y se suceden los avances y las  
retiradas;  
el descreído triunfa, o cree triunfar;  
la cárcel, el patíbulo, el garrote, las esposas, el collar de hierro y los grilletes hacen  
su trabajo;  
los héroes, tanto los conocidos como los anónimos, pasan a otras esferas;  
los grandes rétores y escritores son desterrados, y languidecen en tierras  
extrañas;  
la causa duerme; las gargantas más poderosas se ahogan en su propia sangre;  
los jóvenes bajan la mirada cuando se encuentran;  
pero, a pesar de todo, la Libertad no ha abandonado el lugar, ni el descreído se ha  
hecho enteramente con él.

Cuando la libertad abandona un lugar, no es la primera en hacerlo, ni la segunda o la tercera:

espera a que todos los demás se hayan marchado, y sale la última.

Cuando ya nadie recuerde a los héroes ni a los mártires,

y cuando toda la vida, y las almas de todos los hombres y mujeres, hayan sido expulsados de todas partes de la Tierra,

sólo entonces la libertad, o la idea de la libertad, será expulsada de esa parte de la Tierra,

y el descreído se hará enteramente con ella.

¡Ten, pues, valor, revolucionario de Europa, revolucionaria de Europa!

Porque mientras no cese todo, tú tampoco has de cesar.

No sé para qué sirves (tampoco sé para qué sirvo yo, ni para qué sirve nada),

pero me esforzaré por averiguarlo, incluso en el fracaso,

en la derrota, en la pobreza, en el error, en la cárcel, porque también todo esto es grande.

¿Creíamos que la victoria era grande?

Lo es. Pero ahora, cuando ya no tiene remedio, me parece que la derrota es grande,

y que son grandes la consternación y la muerte.

### **Tierras sin nombre**

Naciones diez mil años anteriores a estos Estados, y muchas veces diez mil años anteriores a estos Estados,

infinidad de épocas en las que hombres y mujeres como nosotros crecieron, e hicieron su camino, y desaparecieron,

cuántas grandes ciudades se han erigido, cuántas ordenadas repúblicas, cuántas tribus nómadas o dedicadas al pastoreo,

cuántas historias, gobernantes, héroes, acaso superiores a todos los demás,

cuántas leyes, costumbres, riquezas, artes, tradiciones,

qué variedad de matrimonios, cuántas indumentarias, cuánta fisiología y frenología,

cuánta libertad y esclavitud entre ellos, cuántas creencias sobre la vida y la muerte,

los ingeniosos y sabios que ha habido, los hermosos y poéticos, los brutos y subdesarrollados:

nada queda: ni una huella, ni una crónica; y, sin embargo, todo queda.

Oh, yo sé que la vida de esos hombres y mujeres no ha sido en vano: no más que la nuestra;

yo sé que forman parte del plan del mundo, tanto como nosotros, ahora, formamos parte de él.

Están lejos, pero cerca de mí:

algunos tienen el rostro ovalado, culto y tranquilo;

algunos son salvajes y van desnudos; algunos semejan enormes colonias de insectos;

algunos viven en tiendas: pastores, patriarcas, tribus, jinetes;

algunos merodean por los bosques; algunos viven apaciblemente en granjas: trabajan, cosechan, llenan los graneros;

algunos cruzan avenidas pavimentadas, entre templos, palacios, fábricas, bibliotecas, espectáculos, juzgados, teatros, maravillosos monumentos.

¿Han desaparecido realmente estos miles de millones de hombres?

¿Han desaparecido estas mujeres de la ancestral experiencia de la Tierra?

¿Sólo de nosotros dependen sus vidas, ciudades, artes?

¿No alcanzaron nada definitivo por sí mismos?

Yo creo que todos y cada uno de los hombres y mujeres que llenaron esas tierras sin nombre, existen ahora aquí, o en algún otro sitio, invisible para nosotros, en exacta proporción con aquello a partir de lo cual él o ella crecieron en vida, e hicieron, sintieron, amaron, pecaron o se convirtieron en vida.

Yo creo que aquello no fue el fin de esas naciones, ni de ninguno de sus habitantes, como éste no será el fin de mi nación, ni de mí;

de sus lenguajes, gobiernos, matrimonio, literatura, productos, juegos, guerras, costumbres, crímenes, cárceles, esclavos, héroes, poetas,

sospecho que los resultados esperan, curiosamente, en un mundo invisible todavía, equivalentes a los obtenidos en el mundo visible;

sospecho que allí los encontraré;

sospecho que allí encontraré los antiguos pormenores de esas tierras sin nombre.

## Canto de la prudencia<sup>[380]</sup>

Iba por las calles de Manhattan pensando  
en el Tiempo, en el Espacio, en la Realidad, en cosas así, y, con ellas, en la  
Prudencia.

Siempre hay una última explicación que dar sobre la prudencia.

Lo pequeño y lo grande se desprenden por igual, sin ruido, de la prudencia que  
conviene a la inmortalidad.

El alma es de sí misma.

Todo converge en ella; todo se refiere a lo que sigue.

Todo lo que hace, dice o piensa una persona tiene importancia.

El hombre o la mujer no pueden hacer ni un movimiento que les afecte un día, un  
mes o un periodo cualquiera de su vida directa, o en la hora de su muerte,  
sin que eso mismo les afecte también, después, en la vida indirecta.

Lo indirecto vale tanto como lo directo.

El espíritu recibe del cuerpo tanto como le da al cuerpo, si no más.

No hay palabra o acto, chancro, despigmentación o soledad de onanista,  
no hay putridez de tragones o bebedores de ron, malversación, astucia, traición,  
asesinato, seducción o prostitución

que no tenga resultados después de la muerte tan reales como antes de la  
muerte.

La caridad y la fuerza personal son las únicas inversiones con algún valor.

No es necesario especificar: todo cuanto hagan un varón o una hembra, que sea  
vigoroso, benevolente y limpio, redundará en su beneficio  
en el orden inmutable del universo y en su perduración eterna.

Quien ha sido sensato, recibe interés:

salvaje, criminal, Presidente, juez, granjero, marino, artesano, literato, joven,  
viejo, da igual:

el interés llegará; todo llegará.

Individual o conjuntamente, afectan ahora, afectaron a su época y afectarán  
siempre a todo lo pasado, a todo lo presente y a todo lo futuro:

todas las acciones valerosas en la guerra y en la paz;

toda la ayuda prestada a parientes, extraños, pobres, viejos, afligidos, niños,  
viudas, enfermos y marginados;

toda la abnegación que se mantuvo firme y señera en los naufragios, viendo a  
otros ocupar los botes salvavidas;

todo ofrecimiento de dinero o de la propia vida por la buena y vieja causa, o por  
un amigo, o por una opinión;

todos los afanes de los entusiastas, de los que se burlan sus vecinos;



todo el dulce e ilimitado amor de las madres, y su precioso sufrimiento;  
todos los hombres honrados, derrotados en conflictos de los que se tiene noticia,  
o de los que no;  
toda la grandeza y la virtud de las naciones de la antigüedad, cuyos fragmentos  
hemos heredado;  
toda la virtud de las docenas de naciones de la antigüedad, cuyos nombres,  
épocas o situación nos resultan desconocidos;  
todo lo que se ha iniciado con espíritu viril, haya tenido éxito o no;  
todas las sugerencias de la divina mente del hombre, o de la divinidad de su boca,  
o que moldeen sus enormes manos;  
todo cuanto sea bien pensado o dicho hoy en cualquier parte del globo, o en  
cualquiera de las estrellas errantes, o en cualquiera de las estrellas fijas, por  
quienes estén allí, como nosotros estamos aquí;  
todo cuanto haya de ser pensado o hecho por ti, seas quien seas, o por  
cualquiera.

Todo esto beneficia, ha beneficiado y beneficiará a las identidades de las que ha  
surgido, o de las que surja.

¿Pensabas que todo vivía sólo su momento?

El mundo no existe así; ninguna parte, palpable o impalpable, existe así.

Nada se consume sin provenir de algo consumado mucho antes, ni esto de otra  
consumación anterior,

sin que la más lejana que se pueda concebir esté más cerca del principio que  
cualquier otra.

Lo que satisface a las almas es verdad.

La prudencia satisface enteramente las ansias y la voracidad de las almas:  
sólo ella satisface, por fin, al alma.

El alma posee un orgullo desmesurado que se rebela contra toda lección, salvo la  
suya.

Ahora exhalo la palabra de la prudencia que camina con el tiempo, el espacio y la  
realidad,

y que es la respuesta al orgullo que rechaza toda lección, excepto la suya.

Lo que sea la prudencia es indivisible:

se niega a separar una parte de la vida de las demás;

no distingue entre justos e injustos, ni entre los vivos y los muertos;

casa todos los pensamientos o actos con su correlato;

no conoce perdón posible ni expiación sustitutiva;

sabe que el joven que ha arriesgado serenamente la vida, y la ha perdido, se ha  
hecho un gran bien,

mientras que el que nunca la ha puesto en peligro, y la conserva, hasta alcanzar la vejez, con dinero y rodeado de comodidades, probablemente no haya conseguido nada que valga la pena mencionar;  
sabe que sólo habrá aprendido, realmente, quien haya aprendido a preferir los resultados,  
quien favorezca al cuerpo y al alma por igual,  
quien perciba que lo indirecto se sigue necesariamente de lo directo,  
quien, en espíritu, ante cualquier emergencia, ni se precipite hacia la muerte, ni la evite.

## La cantante en la cárcel<sup>[381]</sup>

### 1

*¡Oh, visión conmisericordiosa, vergonzante y malhadada!*

*¡Oh, pensamiento sobrecogedor: un alma convicta!*

Resonaba el estribillo por la estancia, por la cárcel;  
subía al techo, a la bóveda celeste,  
y derramaba torrentes de melodía, con acentos tan melancólicos, tan dulces e intensos, como nunca se habían oído;  
llegaba hasta el centinela más alejado, y hasta los guardias armados, que interrumpían sus rondas:  
el latido de los oyentes se detenía, presa del éxtasis y la conmoción.

### 2

El sol declinaba, en el Oeste, un día de invierno,  
cuando, por un pasillo estrecho, entre los ladrones y forajidos del país  
(sentados allí a cientos, asesinos de caras marcadas, falsificadores arteros,  
congregados para la misa dominical, rodeados de guardianes,  
muchos, bien armados, que los observaban con ojos vigilantes),  
pasó una dama, serena, con un inocente niño de cada mano.  
Los sentó en unos bancos, a su lado, en el estrado,  
y, tras ejecutar con el instrumento un prelude grave y cadencioso,

con una voz que se imponía a todo, entonó un himno muy antiguo y singular.  
Un alma confinada entre barrotes y flejes  
grita ¡ayuda!, ¡oh, ayuda!, mientras se retuerce las manos;  
con los ojos cegados y el pecho sangrante,  
no halla perdón, ni el bálsamo del reposo.  
Anda, sin cesar, de un lado a otro,  
¡oh, días descorazonadores!, ¡oh, noches de aflicción!  
Ni una mano amiga, ni un rostro amante,  
ni favor alguno recibe, ni una palabra de gracia.  
No fui yo el que cometió el pecado:  
el cuerpo, despiadado, me arrastró a él;  
aunque peleé mucho, y con valor,  
el cuerpo era demasiado para mí.  
Anímate, querida alma presa,  
porque tarde o temprano llegará la gracia;  
para liberarte y devolverte al hogar  
vendrá la muerte, la divina exoneradora.

*Ya no convicta, ni avergonzada, ni doliente,  
¡parte, alma emancipada por Dios!*

### 3

La cantante enmudeció.  
Sus ojos claros, serenos, desplegaron una mirada que se extendió a cuantos la  
contemplaban,  
un extraño mar de rostros carcelarios, un millar de caras distintas, astutas,  
brutales, cosidas a cicatrices, hermosas;  
luego se levantó, recorrió otra vez el estrecho pasillo que se abría entre ellos  
—su vestido susurraba, en medio del silencio, al rozarlos—  
y se perdió, con sus hijos, en la oscuridad.  
Entretanto, sobre todos, convictos y vigilantes armados, antes de que se movieran  
(el convicto se había olvidado de la cárcel; el vigilante, de la pistola cargada),  
se cernieron, durante un minuto prodigioso, el silencio y la quietud:  
hubo profundos sollozos, apenas contenidos, y gemidos de seres perversos,  
conmovidos hasta las lágrimas,  
y la respiración entrecortada de los jóvenes, y los recuerdos del hogar:  
la voz de la madre que canta una nana, los cuidados de la hermana, la infancia  
feliz;  
el espíritu, largamente reprimido, despertaba a la evocación.

Fue un minuto maravilloso. Pero después, en medio de la noche solitaria, para muchos, muchos de los que estuvieron allí, y años más tarde, incluso en la hora de la muerte, el triste estribillo, la música, la voz, las palabras, volverán, y la dama grande, serena, recorrerá el estrecho pasillo, y se oirá de nuevo la doliente melodía, y la cantante cantará en la cárcel:

*¡Oh, visión conmisericordiosa, vergonzante y malhadada!*

*¡Oh, pensamiento sobrecogedor: un alma convicta!*

### **Canción para la estación de las lilas**

Cantadme ahora la alegría de la estación de las lilas (que vuelve a la memoria), disponed, oh, lengua y labios, en honor de la Naturaleza, los recuerdos del verano que empieza, juntad las señales de bienvenida (como niños que cogen piedrecitas o hacen collares de conchas), poned, en abril y mayo, ranitas arbóreas que croen en los estanques, el aire elástico, abejas, mariposas, el gorrión y su sencillito piar, el azulejo y la golondrina veloz, sin olvidar al pájaro carpintero <sup>[382]</sup> ni el resplandor de sus alas de oro, la neblina serena, preñada de sol, el humo pegajoso, el vapor, el rielar del agua y los peces que alberga, el firmamento cerúleo, todo cuanto sea jocundo y chispeante, el correr de los arroyos, los bosques de arces, los tonificantes días de Febrero y la refinación del azúcar, el petirrojo saltarín, de ojos brillantes y pecho anaranjado, cuya llamada, clara y musical, se oye al amanecer, y de nuevo al anochecer, o cuando revolotea en el manzanar, construyendo el nido para su compañera, la nieve fundida de marzo, los brotes verdes y amarillos del sauce, ¡porque la primavera ha llegado!, ¡el verano ha llegado! ¿Y qué hay en él, y qué nace de él?

Tú, alma, libre, y una inquietud por algo que desconozco.

Vamos, no nos entretengamos más aquí: ¡de pie y en marcha!

¡Oh, si pudiéramos volar como los pájaros!

¡Oh, huir, navegar como un barco!  
y surcarlo todo, en todo, contigo, oh, alma, como el barco surca el agua,  
y juntar estos indicios, los preludios, el cielo azul, la hierba, las gotas del rocío por  
la mañana,  
el aroma de las lilas, las matas de hojas verdes y oscuras, acorazonadas,  
las violetas del bosque, las florecillas pálidas y delicadas que se llaman inocencias,  
muestras y variedades que no son sólo para sí, sino para su entorno,  
para ornar el matorral amado, para cantar con los pájaros  
un gorjeo de alegría por la estación de las lilas, que vuelve a la memoria.

### **Esbozos para una tumba**

**(G.P., enterrado en 1870<sup>[383]</sup>)**

#### **1**

¿Qué podemos cantar, oh, tú que yaces en esta tumba?  
¿Qué tablillas, qué inscripciones te dedicaremos, oh, millonario?  
No sabemos qué vida has llevado,  
excepto que la has pasado traficando en las guaridas de los agentes de bolsa:  
lo tuyo no ha sido el heroísmo, ni la guerra, ni la gloria.

#### **2**

En silencio meditaba  
mi alma, con los ojos entornados, como si esperase,  
apartada de todos los ejemplos, de todos los monumentos a los héroes.  
Mientras tanto, en la perspectiva interior,  
surgían, sin ruido, fantasmáticos (como, de noche, las auroras boreales),  
retablos radiantes, escenas proféticas, incorpóreas,  
proyecciones espirituales.  
En una se veía, en las calles de la ciudad, la casa de un trabajador  
tras la jornada laboral: limpia, aireada, iluminada por la lámpara de gas;  
la alfombra está barrida y el fuego baila, alegre, en la chimenea.

En otra, la sagrada escena del parto:  
una madre feliz daba a luz, sin dolor, un niño perfecto.  
En otra, ante un almuerzo abundante,  
se sentaban los padres, tranquilos, y los hijos, satisfechos.  
En otra, en grupos de dos o tres, los chiquillos  
se concentraban, a cientos, por las calles y senderos,  
camino del colegio, rematado por una alta cúpula.  
En otra, un hermoso trío:  
la abuela, y su amante hija, y la amante hija de su hija, sentadas,  
charlaban y cosían.  
En otra, en una serie de nobles salas,  
rodeados de libros y periódicos, y cuadros en las paredes, y delicadas estatuillas,  
había grupos de amigos oficiales, y de artesanos jóvenes y mayores,  
leyendo, conversando.  
Todas eran imágenes del trabajo,  
en el campo y la ciudad, de mujeres, hombres y niños:  
sus necesidades estaban cubiertas, y ellos, tostados por el sol y llenos, por una  
vez, de alegría,  
el matrimonio, la calle, la fábrica, la granja, la habitación de la casa, la de la  
pensión,  
el trabajo y la fatiga, el baño, el gimnasio, el patio de recreo, la biblioteca, la  
universidad,  
el estudiante, chico o chica, al que llevan para que aprenda,  
los enfermos atendidos, los descalzos calzados, el huérfano que encuentra padre  
y madre,  
el hambriento alimentado, el que no tiene casa, cobijado  
(las intenciones, perfectas y divinas;  
la ejecución y los detalles, acaso humanos).

### 3

Oh, tú que yaces en esta tumba,  
de ti provienen estas escenas, de ti, dador pródigo, liberal,  
que correspondes a los dones de la tierra, enorme como la tierra;  
tu nombre mismo es una tierra, con montes, campos y mareas.  
No sólo junto a vuestras corrientes, ríos,  
junto a ti, en tus riberas, Connecticut,  
junto a ti y a toda la vida que bulle en ti, viejo Támesis,

junto a ti, Potomac, que lavas el suelo que Washington holló, junto a ti,  
Patapsco<sup>[384]</sup>  
a ti, Hudson, a ti, infinito Misisipí, no sólo junto a vosotros,  
sino en alta mar proyecta, pensamiento mío, su memoria.

## **De detrás de esta máscara**

**(Para exponer ante un retrato)**

### **1**

De detrás de esta máscara inclinada, de vulgar factura,  
de estas luces y sombras, de este drama de todo,  
de este telón común de la cara, que yo contengo para mí, y tú para ti, y cada cual  
para sí  
(tragedias, penas, risas, lágrimas, ¡oh, cielos!,  
¡cuántas obras apasionadas, desbordantes, ha ocultado este telón!),  
de este barniz del cielo más puro y sereno de Dios,  
de esta película de las honduras hirvientes de Satán,  
de este mapa de la geografía del corazón, de este pequeño continente ilimitado,  
de este mar insondable,  
de las circunvoluciones de este globo,  
de este orbe astronómico más sutil que el sol o la luna, que Júpiter, Venus o  
Marte,  
de esta condensación del universo (más aún, he aquí el único universo,  
he aquí la idea: todo está contenido en este místico puñado),  
de estos ojos burilados, que te entregan sus destellos para que los transportes al  
futuro,  
para que los lances, y giren en el espacio, que rota, oblicuo, para que de ellos  
emane,  
para ti, seas quien seas, una mirada.

## 2

Viajero de los pensamientos y los años, de la paz y de la guerra,  
de la juventud desaparecida hace tiempo y de la madurez que ya declina  
(como si el primer volumen de un libro ya se hubiera leído y puesto a un lado, y  
éste fuese el segundo,  
con cantos, aventuras y especulaciones que pronto acabarán también),  
me paro un rato aquí y me vuelvo a mirarte,  
al igual que en el camino, o ante alguna puerta entreabierta por casualidad, o  
ante una ventana franca,  
me detengo, me inclino, me descubro y te saludo a ti, en especial,  
para atraer a tu alma, y abrazarla inseparablemente con la mía,  
y luego seguir, seguir viaje.

## Vocalización

### 1

Vocalización, temple, concentración, determinación y el divino poder de  
pronunciar palabras.

¿Has fortalecido los pulmones y flexibilizado los labios con mucho ensayo, con  
una práctica decidida, o te los ha otorgado tu constitución?

¿Te mueves en estas amplitudes con idéntica amplitud?

¿Has alcanzado, como debe ser, el divino poder de pronunciar palabras?

Porque sólo al final, después de muchos años, después de la castidad, la amistad,  
la procreación, la prudencia y la desnudez,

después de recorrer la tierra y atravesar ríos y lagos,

después de desembarazar la garganta, después de absorber épocas,  
temperamentos, razas, después del conocimiento, la libertad y los crímenes,

después de una fe completa, después de aclaraciones y elevaciones, y de apartar  
obstáculos,

después de todo esto, y de más, puede, sólo puede, que a un hombre, o a una  
mujer, le sobrevenga el divino poder de pronunciar palabras;

en ese caso, todos corren a su lado: nadie se niega, acuden todos:



ejércitos, barcos, monumentos de la antigüedad, bibliotecas, cuadros, máquinas, ciudades, odio, desesperación, concordia, dolor, robo, asesinato y aspiración cierran filas  
y se disponen, como se les requiere, a marchar, obedientes, por la boca de ese hombre o de esa mujer.

## 2

¿Oh, qué hay en mí que me hace temblar de este modo, al oír esas voces?  
Seguiré, sin vacilar, a quien quiera, hombre o mujer, que me hable con la voz adecuada,  
como el agua sigue a la luna, en silencio, con pasos fluidos, en todos los rincones del globo.  
Todo espera a la voz adecuada.  
¿Dónde está el órgano ejercitado y perfecto?, ¿dónde, el alma desarrollada?  
Porque veo que los sonidos de las palabras que pronuncian son más profundos, más dulces y nuevos, imposibles en otras condiciones.  
Veo cerebros y labios cerrados, tímpanos y sienes intactos,  
hasta que advenga lo que tiene la cualidad de golpear y de abrir,  
hasta que advenga lo que tiene la cualidad de revelar cuanto permanece dormido, aunque siempre esté dispuesto, en todas las palabras.

### **Al que fue crucificado**

Mi espíritu se dirige al tuyo, querido hermano.  
No te inquietes porque muchos de los que pronuncian tu nombre no te entiendan.  
Yo no pronuncio tu nombre, pero te entiendo.  
Te señalo con alegría, oh, camarada, y te saludo, y saludo a cuantos han estado y están contigo, y también a los que vendrán,  
para que todos trabajemos juntos y transmitamos la misma carga y la misma herencia,  
nosotros, pocos e iguales, indiferentes a los territorios, indiferentes a las épocas,

nosotros, que abarcamos todos los continentes, todas las castas, que permitimos todas las teologías,  
compasivos, perceptivos, vínculo de los hombres,  
caminamos en silencio entre disputas y afirmaciones, pero no rechazamos a los que disputan, ni nada de lo afirmado;  
oímos el griterío, el estruendo; nos llegan de todas partes las discordias, las rivalidades, las recriminaciones:  
se echan perentoriamente sobre nosotros y nos acorralan, camarada,  
pero nos desasimos, y recorreremos, en libertad, todos los caminos de la tierra, en todas las direcciones, hasta inscribir nuestra marca imborrable en el tiempo, en las diversas épocas,  
hasta saturar el tiempo y las épocas, para que los hombres y mujeres de las razas y edades futuras sean hermanos y amantes, como lo somos nosotros.

### **Vosotros, criminales, que comparecéis ante la justicia**

Vosotros, criminales, que comparecéis ante la justicia,  
vosotros, convictos encerrados, asesinos condenados, cargados de cadenas,  
¿quién soy yo para no comparecer también ante la justicia o ir a la cárcel?,  
¿yo, despiadado y diabólico como el que más, cuyas muñecas, cuyos tobillos no están cargados de cadenas?  
Vosotras, prostitutas, que os exhibís en las aceras, u obscenas en vuestros cuartos,  
¿quién soy yo para consideraros más obscenas que yo mismo?  
¡Oh, culpable! Lo confieso: ¡al descubierto!  
(Oh, admiradores, no me alabéis, ni me hagáis cumplidos: me avergonzáis;  
yo veo lo que vosotros no veis; yo sé lo que vosotros ignoráis).  
Por dentro estoy sucio, obstruido;  
mi rostro, impasible en apariencia, esconde las mareas incesantes del infierno;  
la lujuria y la perversidad me son aceptables;  
acompañó a delincuentes, lleno de un amor apasionado;  
siento que soy uno de ellos, que formo parte de esos convictos y prostitutas:  
desde ahora, pues, no renegaré de ellos, porque ¿cómo podría renegar de mí mismo?

## **Leyes para las creaciones**

Leyes para las creaciones,  
para los artistas y los líderes resueltos, para las nuevas generaciones de  
profesores y perfectos literatos de América,  
para los nobles sabios y los músicos futuros.

Todo debe referirse al conjunto del mundo y a su compacta verdad;  
ningún asunto prevalecerá; todas las obras ilustrarán la ley divina de lo indirecto.

¿Qué supones que es la creación?

¿Qué supones que satisface al alma, excepto caminar en libertad y no tener  
superiores?

¿Qué supones que quiero darte a entender de mil maneras, salvo que el hombre y  
la mujer valen tanto como Dios?

¿Y que no hay Dios más divino que Tú?

¿Y que eso es lo que los mitos de la antigüedad, y los actuales, significan, a fin de  
cuentas?

¿Y que tanto tú como cualquiera debéis respetar esas leyes cuando abordéis la  
creación?

## **A una prostituta cualquiera**

Cálmate, no estés incomoda conmigo: yo soy Walt Whitman, generoso y fuerte  
como la Naturaleza:

mientras el sol no te excluya, yo no te excluiré;

mientras el agua no se niegue a brillar para ti, y las hojas a susurrar para ti, mis  
palabras no se negarán a brillar ni a susurrar para ti.

Muchacha, yo te doy cita, y te emplazo a que te prepares para ser digna de  
encontrarte conmigo,

y a que seas paciente y perfecta hasta mi llegada.

Hasta entonces, te saludo con una mirada significativa, para que no me olvides.

## Mucho tiempo he buscado

Mucho tiempo he buscado Intenciones,  
la clave de la historia del pasado, para mí y para estos cantos, y ya la he encontrado.

No está en las fábulas que se guardan en las bibliotecas (que ni acepto ni rechazo);

no está en las leyendas más que en cualquier otra cosa;

está en el presente: es esta tierra, hoy;

está en la Democracia (el sentido y propósito de todo lo pasado);

es la vida de un hombre o una mujer, hoy, el hombre corriente de hoy;

está en los idiomas, en las costumbres de la sociedad, en las literaturas y las artes;

está en el amplio espectáculo de las cosas artificiales, los barcos, la maquinaria, la política, los credos, los avances modernos y el intercambio de las naciones.

Todo para lo moderno; todo para el hombre corriente de hoy.

## Pensamiento

Sobre las personas encumbradas, que ofician ceremonias, que se han hecho ricas,  
que han adquirido grandes conocimientos, y cosas parecidas

(para mí, todo eso a lo que han llegado estas personas desaparece bajo sus pies,  
salvo en lo que afecte a sus cuerpos y a sus almas;

así, a menudo se me aparecen escuálidas y desnudas,

y a menudo se me hace que unas se burlan de otras, y cada cual de sí mismo o de sí misma,

y que el meollo de sus vidas, esto es, la felicidad, rebosa del excremento putrefacto de los gusanos,

y que a menudo estos hombres y mujeres pasan sin darse cuenta por las verdaderas realidades de la vida, y persiguen realidades falsas,

y que a menudo están vivos para lo que la costumbre les ha proporcionado, y para nada más,

y que, a menudo, son sólo tristes y premiosos *sonnambules*<sup>[385]</sup> que caminan, sin despertar, en la oscuridad).

## Milagros

A ver, ¿quién cree que un milagro sea una gran cosa?

Yo no sé de nada que no sea un milagro.

Cuando voy por las calles de Manhattan,

o echo un vistazo al cielo, más allá de los tejados,

o ando descalzo por la playa, al borde del agua,

o me paro debajo de un árbol, en el bosque,

o hablo, de día, con alguien a quien quiera, o duermo en la cama, por la noche,  
con alguien a quien quiera,

o me siento a la mesa para cenar con los demás,

o miro al desconocido que tengo delante en el tranvía,

o observo a las abejas que trajinan en la colmena una mañana de verano,

o a los animales que pacen en los campos,

o a los pájaros, o la maravilla de los insectos voladores,

o la maravilla del sol que se pone, o de las estrellas que brillan, clavadas,

o la curva finísima, delicada, exquisita, de la luna nueva en primavera:

todo esto, y todo lo demás, cada cosa y todas las cosas, son milagros para mí,  
que concuerdan por entero, pero cada uno distinto y en su lugar.

Para mí, cada hora de luz y de oscuridad es un milagro,

cada pulgada cúbica de espacio es un milagro,

cada yarda cuadrada de la superficie de la Tierra está sembrada de milagros,  
y cada pie de su interior hierve de ellos.

Para mí, el mar es un continuo milagro,

y los peces que nadan en él, las rocas, el movimiento de las olas, los barcos y la  
gente que llevan a bordo:

¿hay milagros más extraños?

## Chispas de la rueda

Por donde transita todo el día la multitud incesante de la ciudad,  
me aparto, y me uno a un grupo de chicos que observa.

En la acera, junto al bordillo,

un afilador afila en la rueda un cuchillo muy grande.

Inclinado sobre él, lo aplica con cuidado a la piedra, que, con rítmicos movimientos de pie y rodilla,

hace girar deprisa, mientras sostiene la hoja con suavidad pero con firmeza; saltan entonces, en copiosos chorros de oro, las chispas de la rueda.

La escena, y cuanto implica, me abrumba y me conmueve:

el viejo triste, de barbilla afilada, ropa raída y un ancho tahalí de cuero; yo, efusivo y fluido, un fantasma que flota curiosamente, ahora absorto y detenido;

el grupo (un punto inadvertido en la inmensidad que lo rodea),

los niños quietos, atentos; el zumbido intenso, orgulloso, inquieto, de las calles;

el ronroneo grave, ronco, de la piedra que gira, la hoja ligeramente apoyada, y, dispersándose, cayendo, saltando a los lados, en diminutas lluvias de oro, las chispas de la rueda.

### **A un discípulo**

¿Se necesita una reforma? ¿Y tú la has de hacer?

Cuanto mayor sea la reforma que Se necesita, mayor debe ser la Personalidad requerida para llevarla a cabo.

¡Tú! ¿No ves lo útil que sería tener los ojos, la sangre y la cara limpios y afables?

¿No ves lo útil que sería tener un cuerpo y un alma tales que, cuando te sumaras a la multitud, una atmósfera de deseo y autoridad se sumara contigo, y todos quedasen impresionados por tu Personalidad?

¡Oh, el imán!, ¡la carne, una y otra vez!

Ve, querido amigo, y, si es preciso, déjalo todo y empieza a acostumbrarte al valor, a la realidad, al amor propio, a lo concreto y lo elevado;

y no descanses hasta que hayas proclamado y remachado tu propia Personalidad.

## **Desenvuelto de las envolturas**

Desenvuelto de las envolturas de la mujer, se desenvuelve el hombre, y siempre se ha de desenvolver;

sólo desenvuelto de la mujer más soberbia de la Tierra, se ha de desenvolver el hombre más soberbio de la Tierra;

desenvuelto de la mujer más afectuosa, se ha de desenvolver el hombre más afectuoso;

sólo desenvuelto del cuerpo perfecto de una mujer, puede formarse un hombre un cuerpo perfecto;

sólo desenvueltos de los inimitables poemas de la mujer, pueden surgir los poemas del hombre (sólo de aquéllos han surgido los míos);

sólo desenvuelto de la fuerte y arrogante mujer amada, puede aparecer el fuerte y arrogante hombre amado;

sólo desenvueltos de los poderosos abrazos que me da la bien musculada mujer que amo, nacen los poderosos abrazos del hombre;

desenvueltos de los pliegues del cerebro de la mujer, nacen los pliegues del cerebro del hombre, obedientes, como debe ser;

desenvuelta de la justicia de la mujer, se desenvuelve toda justicia;

desenvuelta de la compasión de la mujer, toda compasión;

un hombre es algo grande sobre la Tierra, y durante toda la eternidad, pero hasta la menor partícula de esa grandeza del hombre se desenvuelve de la mujer;

el hombre cobra forma, primero, en la mujer, y sólo luego puede cobrar forma en sí mismo.

### **¿Qué soy, después de todo?**

¿Qué soy, después de todo, sino un niño al que le gusta el sonido de su propio nombre, y que lo repite una y otra vez?

Me aparto para oírlo, y nunca me cansa.

Para ti, también tu nombre.

¿Creías que tu nombre sólo podía pronunciarse de dos o tres formas distintas?

## **Cosmos**

Quien incluye a la diversidad y es la Naturaleza;  
quien es la amplitud de la tierra, y la tosquedad y la sexualidad de la tierra, y la gran caridad de la tierra, y también el equilibrio;  
quien no ha mirado en vano por la ventana de los ojos, o cuyo cerebro no ha celebrado en vano audiencia con los mensajeros;  
quien contiene a los creyentes y a los descreídos, quien es un amante majestuoso;  
quien, hombre o mujer, respeta, como es debido, la proporción trina de realismo, espiritualidad y sentido estético o intelectual;  
quien, tras haber considerado el cuerpo, concluye que todos sus órganos y partes son buenos;  
quien, gracias a la teoría de la tierra y de su propio cuerpo, masculino o femenino, entiende, mediante sutiles analogías, todas las demás teorías:  
la teoría de una ciudad, de un poema y de la compleja política de estos Estados;  
quien no sólo cree en nuestro globo, con el sol y la luna, sino en otros globos, con sus soles y sus lunas;  
quien, hombre o mujer, construye su casa, no para un día, sino para siempre, y ve a razas, épocas, fechas, generaciones,  
al pasado, al futuro, vivir en ella, como el espacio, juntos, inseparables.

## **Que otros alaben lo que les plazca**

Que otros alaben lo que les plazca,  
pero yo, desde la ribera del caudaloso Misuri, no alabo nada, en el arte o en lo que sea,  
si no ha inhalado profundamente la atmósfera de este río, y el aroma de las praderas del Oeste,  
y lo exuda, a su vez.



## ¿Quién aprende la lección completa?

¿Quién aprende la lección completa?

Patrón, oficial, aprendiz, clérigo y ateo,

el estúpido y el sabio pensador, padres e hijos, comerciante, empleado, mozo de cuerda y cliente,

editor, autor, artista y colegial: acercaos y comenzad.

No es una lección: aparta cuanto impide el acceso a una buena lección, y de ésta a otra, y de ésta a otra más.

Las grandes leyes se aceptan y se aplican sin discusión.

Yo soy del mismo estilo, porque soy amigo suyo:

nos queremos sin debernos nada; no me paro a hacerles zalemas.

Descanso, abstraído, y oigo bellas historias sobre las cosas, y sobre las razones de las cosas;

son tan bellas, que me espabilo para escucharlas.

No puedo explicarle a nadie lo que oigo; no puedo explicármelo a mí mismo. Es maravilloso.

No es poca cosa que este globo esférico y delicioso orbite eternamente con tanta exactitud, sin un sobresalto ni un solo segundo de error.

No creo que se hiciese en seis días, ni en diez mil años, ni en diez mil millones de años,

ni que se diseñara y construyese por partes, igual que un arquitecto diseña y construye una casa.

No creo que setenta años sea el tiempo de un hombre o una mujer,

ni que setenta millones de años sea el tiempo de un hombre o una mujer,

ni que los años puedan nunca detener mi existencia, ni la de nadie.

¿Es maravilloso que sea inmortal, como lo son todos?

Sé que es maravilloso, pero también lo es que vea, y cómo me concibieron en el seno de mi madre,

y haber pasado, tras un trance que duró un par de veranos e inviernos, de niño que gatea, a andar y hablar: todo eso es igualmente maravilloso.

Y que mi alma te abrace ahora, y que nos influyamos el uno al otro sin vernos siquiera, y sin que nos veamos, acaso, jamás, es del todo maravilloso.

Y que pueda pensar cosas como éstas es también maravilloso,

y que pueda hacértelas pensar a ti, y que sepas que son verdad, es también maravilloso.

Y la que luna gire alrededor de la Tierra, y con la Tierra, es igualmente maravilloso,

y que ambas se equilibren con el sol y las estrellas es igualmente maravilloso.

## Pruebas

Todo se somete a ellas, allí donde están, recogidas, seguras, en el alma, inaccesibles al análisis.

Ni las tradiciones ni las autoridades exteriores son los jueces:

ellas son los jueces de las autoridades exteriores y de todas las tradiciones;

ellas corroboran, al pasar, sólo a cuanto las corrobore a ellas, y las toque.

Pese a ello, poseen eternamente la capacidad de corroborar lo que está cerca y lo que está lejos, sin excepción.

## La antorcha

En mi costa noroccidental, de noche, un grupo de pescadores mira.

En el lago que se extiende ante ellos, otros pescan salmones.

La canoa, una sombra imprecisa, se mueve por el agua negra con una antorcha encendida en la proa.

## Oh, estrella de Francia<sup>[386]</sup>

**1870-1871**

Oh, estrella de Francia,

el brillo de tu esperanza y tu fuerza y tu fama,

como un buque que hubiese guiado mucho tiempo, con orgullo, a la flota,

semeja hoy un barco zozobrado que arrastra la tormenta, un casco desarbolado;

entre sus multitudes enloquecidas, a punto de ahogarse,

no hay timón ni timonel.

Estrella oscurecida, golpeada,

orbe no sólo de Francia, pálido símbolo de mi alma y de sus más queridas esperanzas,  
de la lucha y la osadía, de la cólera divina en pro de la libertad,  
de las aspiraciones a un lejano ideal, de los sueños entusiastas de fraternidad,  
terror del tirano y el sacerdote.  
Estrella crucificada, vendida por traidores,  
estrella que jadea en una tierra devastada por la muerte, tierra heroica,  
extraña, apasionada, burlona, frívola tierra.  
¡Desdichada! No te censuraré, empero, por tus errores, vanidades y pecados:  
tu sufrimiento, sin parangón, tu dolor, los han acallado,  
y te han vuelto sagrada.  
Porque, aun con tus muchas faltas, siempre perseguías una meta elevada;  
porque nunca te vendiste, por mucho que te pagasen;  
porque te despertaste llorando de tu narcótico sueño;  
porque sólo tú entre tus hermanas, como una gigante, arremetiste contra quienes  
te ultrajaban;  
porque no pudiste, ni quisiste, cargar con las cadenas acostumbradas;  
esta cruz, tu rostro lívido, tus manos y pies atravesados,  
la lanza clavada en tu costado.  
¡Oh, estrella! ¡Oh, barco de Francia, tantas veces rechazado, tantas desorientado!  
¡Arriba, orbe herido! ¡Oh, barco, no te detengas!  
Seguro como el barco de todos, la Tierra,  
producto de un fuego mortal y una caótica turbulencia,  
que se libra, por fin, de sus espasmos de furia y sus venenos,  
y emerge, con fuerza y belleza perfectas,  
para seguir su curso bajo el sol,  
¡así tú, oh, barco de Francia!  
Pasados los días, disipadas las nubes,  
concluido el alumbramiento, la tan ansiada liberación,  
¡hela aquí!, renacida, dominando el mundo de Europa  
(y contestando, alegre, desde allí, como un rostro enfrentado a otro rostro, reflejo  
de nuestra Columbia),  
de nuevo tu estrella, oh, Francia, tu hermosa y resplandeciente estrella,  
en la paz del cielo, más clara y luminosa que nunca,  
brillará, inmortal.

## El amansador de bueyes

En un lejano condado del norte, en la plácida región de los pastos,  
vive un amigo granjero, el tema de mi recitativo, un famoso amansador de  
bueyes.

Le llevan los de tres y cuatro años para que los dome.

Coge al novillo más indomable del mundo, y lo doma, y lo amansa.

Se acerca, sin látigo, sin miedo, al animal joven que recorre, furioso, el corral  
y que levanta, nervioso, la testuz, con los ojos encendidos de cólera.

Pero ved qué pronto se aplaca esa cólera, qué pronto lo amansa el amansador.

¡Ved! En las granjas de los alrededores hay un centenar de bueyes, viejos y  
jóvenes, y es él quien los ha amansado:

todos lo conocen; todos le tienen afecto.

¡Ved! Algunos animales son magníficos, y altaneros.

Unos son bayos; otros, moteados; a uno le cruza el lomo una franja blanca; otros  
son pintos;

algunos tienen cuernos grandes y lustrosos (una buena señal). ¡Ved las pieles  
lustrosas!,

ved a esos dos con sendas estrellas en la frente, ved los cuerpos redondeados y  
las grupas anchas,

qué tiesos y bien plantados, ¡qué ojos sagaces, qué hermosos!

Contemplan a su amansador, quieren tenerlo cerca: ¡se vuelven para mirarlo!

¡Qué expresión anhelante! Qué inquietos se ponen cuando se aleja.

Me maravilla pensar en cómo lo verán (los libros, la política, los poemas  
desaparecen; todo lo demás desaparece).

Confieso que envidio la fascinación que ejerce mi callado e iletrado amigo,

al que adora el centenar de bueyes que vive en las granjas

de ese lejano condado norteño, en la plácida región de los pastos.

## Lo que piensa un anciano del colegio

(Para la inauguración de un colegio público en Camden, Nueva Jersey,  
1874<sup>[387]</sup>)

Lo que piensa un anciano del colegio,  
un anciano que reúne recuerdos de juventud y flores que la juventud misma no  
puede reunir.

Sólo ahora te conozco,  
hermoso cielo auroral; ¡oh, rocío de la mañana en la hierba!  
Y veo estos ojos centelleantes,  
estos cúmulos de sentido místico, estas vidas jóvenes,  
que se construyen, que se abastecen como una flota inmortal,  
prestos a navegar por los mares inconmensurables  
en el viaje del alma.

¿Sólo un grupo de niños y niñas?  
¿Sólo las pesadas clases de ortografía, escritura y cálculo?  
¿Sólo un colegio público?

Ah, más, infinitamente más  
(como advirtió George Fox<sup>[388]</sup> con su grito de alarma: «¿A este montón de  
ladrillos y argamasa, a estos suelos, ventanas y barandillas muertas llamáis  
Iglesia?

Vamos, esto no es la Iglesia en absoluto: la Iglesia son las almas vivas,  
eternamente vivas»).

Y tú, América,  
¿has echado las cuentas reales de tu presente,  
las luces y sombras de tu futuro, bueno o malo?  
Mira a tus niñas y niños, al maestro y a la escuela.

### **Al vagar por la mañana**

Al vagar por la mañana,  
salido de la noche y de sus pensamientos sombríos, a ti te tengo en el  
pensamiento:

¡por ti suspiro, armoniosa Unión!, ¡por ti, divino pájaro cantor!,  
por ti, patria, sumida en días aciagos, acuciada por la arteria y la consternación,  
por todas las bajezas, por todas las traiciones<sup>[389]</sup>,  
y este simple prodigio he contemplado: el zorzal que alimenta a su polluelo,  
el zorzal cantor, cuyas notas de alegría y fe extática

no dejan de ratificar al alma, y de solazarla.  
Ahí pensé, y sentí,  
que si gusanos, serpientes y larvas repugnantes pueden convertirse en dulces  
cantos espirituales,  
si los bichos se transmutan así, y para eso se utilizan, y así son bendecidos,  
bien puedo confiar en ti, patria, en tu suerte y en tus días.  
¿Quién sabe si no son éstas las lecciones que te convienen?  
Acaso de ellas surja tu canto futuro, tu trinar jubiloso,  
destinado a colmar el mundo.

### Música italiana en Dakota<sup>[390]</sup>

**(«La banda del Decimoséptimo Regimiento: la mejor de cuantas haya oído  
nunca»)**

En el suave aire del atardecer, que todo lo envuelve  
—rocas, bosques, el fuerte, el cañón, los centinelas haciendo la ronda, las  
extensiones interminables—,  
fluyendo con dulzura las notas de flautas y cornetines,  
eléctrica, meditabunda, turbulenta, artificial  
(y, sin embargo, extrañamente adecuada al lugar, con significados desconocidos  
hasta ahora,  
más sutil que nunca, más armoniosa, como si hubiera nacido aquí, como si tuviera  
que ver con esto,  
no con los salones pintados de la ciudad, ni con el auditorio del teatro de la ópera,  
sonidos, ecos, acordes errantes, como si estuvieran realmente en casa,  
el inocente amor de la *Sonnambula*, los tríos con la angustia de *Norma*  
y tu extático coro, *Poliuto*<sup>[391]</sup>),  
bañada por los rayos límpidos, sesgados, de un crepúsculo gualdo,  
música, música italiana en Dakota.  
Entretanto, la Naturaleza, soberana de este nudoso reino,  
oculta en escondrijos lúgubres, bárbaros,  
reconoce esa concordancia, aunque venga de muy lejos  
(como una antigua raíz o un manto de tierra a su más reciente flor o fruto),

y escucha, complacida.

### **Con todos tus dones**

Con todos tus dones, América,  
erguida, segura, presta a servir, vigilas al mundo.  
Te han sido otorgados el poder, la riqueza y la extensión, pero ¿y si, otorgado  
todo esto y otras cosas semejantes,  
te faltase algo todavía? (el problema último del hombre no se resuelve nunca).  
El don de la mujer perfecta para ti: ¿y si te faltara este don de dones?,  
¿lo femenino que te culmine?, ¿la belleza, la salud, lo que te complete, idóneos  
para ti?,  
¿las madres idóneas para ti?

### **Mi pinacoteca**

En una casita tengo cuadros colgados. No está quieta.  
Es redonda, y apenas mide unas pulgadas de lado a lado.  
¡Pero, mirad, caben todos los espectáculos del mundo, todos los recuerdos!  
Aquí, los retablos de la vida, y allá, la muerte, agrupada.  
Y éste, ¿sabéis quién es? El cicerone en persona,  
cuyo dedo señala los muchos cuadros.

## Los estados de las praderas

Un nuevo jardín de la creación, sin su soledad primigenia,  
denso, alegre, moderno, poblado por millones, con ciudades y granjas,  
urdido con hierro, compuesto, entrelazado, múltiple en su unidad;  
todo el mundo ha contribuido a construirlo: sociedad de la libertad, la ley y la  
prosperidad,  
corona y paraíso fecundo, hasta hoy, de los cúmulos del tiempo,  
que justifica el pasado.

## Altiava música de la tormenta

### 1

Altiava música de la tormenta,  
ráfaga que silba, libérrima, por las praderas,  
recio susurrar de las copas de los árboles, viento de las montañas,  
formas imprecisas, como personas; vosotras, orquestas escondidas;  
vosotras, serenatas de fantasmas con los instrumentos a punto,  
que mezcláis con el ritmo de la Naturaleza las lenguas de todas las naciones;  
vosotros, acordes que se dirían abandonados por grandes compositores; vosotros,  
coros;  
vosotras, danzas religiosas, informes, libres; vosotras, venidas de Oriente;  
vosotros, rumor de los ríos y rugir de las cascadas;  
vosotros, disparos lejanos y galopar de la caballería,  
ecos de campamentos con toda suerte de toques de corneta:  
¿por qué venís en tropel, e irrumpís en la solitaria habitación en la que sueño,  
conquistando la madrugada,  
y os apoderáis de mí, y me dejáis desfalleciente?

### 2

Adelante, oh, alma mía, y que lo demás se desvanezca.  
Escucha, no los pierdas: es a ti al que se dirigen,



hendiendo la noche, irrumpiendo en la habitación de mis sueños;  
por ti cantan y bailan, oh, alma.

Un canto festivo,

el dúo del novio y la novia, una marcha nupcial,

cantada con labios de amor, con el corazón de los amantes rebosando amor,

y el rubor de las mejillas, y los perfumes, y el cortejo inquieto, lleno de rostros  
amigos de mayores y jóvenes,

y las notas limpias de las flautas, y el cantábile de las arpas.

Se acerca ahora el retumbar de los tambores.

¡Victoria<sup>[392]</sup>! ¿Ves, entre la humareda de la pólvora, los estandartes hechos  
jirones, pero aún ondeantes, la desbandada de los vencidos?

¿Oyes los vítores del ejército vencedor?

(Ah, alma, los sollozos de las mujeres, el gemir agónico de los heridos,

el silbido y la crepitación de las llamas, las ruinas ennegrecidas, las ciudades en  
cenizas,

el canto fúnebre y la desolación de la humanidad).

Ahora me colman unos aires antiguos, medievales.

Veo y oigo a viejos arpistas tañer sus instrumentos en los festivales galeses;

oigo a los *minnesinger*<sup>[393]</sup> cantar sus trovas de amor;

oigo a los juglares, a rapsodas, los trovadores, de la Edad Media.

Suena ahora el gran órgano,

trémulo, mientras debajo (como los cimientos de la tierra,

en los que, habiendo surgido, descansan, y de los que, habiendo brotado,  
dependen,

todas las formas de la belleza, la gracia y la fuerza, todos los matices conocidos,  
los tallos verdes de hierba y los pájaros que cantan, los niños que corretean y  
juegan, las nubes del cielo)

vibra un bajo intenso, cuyo latir no se interrumpe,

que baña, sostiene y lo funde todo, que es madre de todo;

lo acompañan multitudes de todos los instrumentos,

tocan los ejecutantes, todos los músicos del mundo,

los solemnes himnos y misas, que despiertan la adoración,

los apasionados cantos del corazón, las doloridas invocaciones,

los inconmensurables cantantes del pasado

y, para su armonía, el propio diapasón de la tierra,

de los vientos y los bosques y las poderosas olas del océano,

componen una nueva orquesta, que une años y climas, y los rejuvenece  
infinitamente,

como en los días pasados descritos por los poetas, el Paraíso<sup>[394]</sup>,

el extravío, la larga separación, pero ahora, cumplido el peregrinaje,  
acabado el viaje y regresado el viajero al hogar,  
el hombre y el arte se funden de nuevo con la Naturaleza.

*Tutti*<sup>[395]</sup>! Para la tierra y el cielo

(el director Todopoderoso acaba de dar, por fin, la señal con la batuta).

La estrofa viril de los esposos del mundo,

y la respuesta de todas las esposas.

Las lenguas de los violines

(yo creo, oh, lenguas, que vosotras le habláis a este corazón, que no puede hablar,  
a este anhelante y ensimismado corazón, que no puede hablar).

### 3

Ah, desde que era pequeño,

tú sabes, alma, que todo sonido era música para mí:

la voz de mi madre cuando cantaba una nana o entonaba un himno

(la voz, oh, tiernas voces, amadas voces de la memoria,

milagro supremo, oh, voces de la madre querida, de la hermana),

la lluvia, el maíz que crece, la brisa que corre por entre las hojas alargadas del  
maíz,

el acompasado romper de las olas en la arena,

el gorjeo del pájaro, el chillido del halcón,

las notas de las aves que migran, de noche, en vuelo bajo, al norte o al sur,

el salmo en la iglesia del pueblo o en la arboleda, el servicio religioso al aire libre,

el violinista en la taberna, el coro de hombres, la interminable canción marinera,

los mugidos del ganado, el balido de las ovejas, el canto del gallo al amanecer.

Todas las canciones de los países de hoy suenan a mi alrededor:

los aires alemanes de amistad, vino y amor;

las baladas irlandesas, y sus alegres bailes y gigas; las coplas inglesas;

las canciones de Francia; las melodías escocesas; y, por encima de todas,

las incomparables composiciones de Italia.

Pálida, pero arrebatada por la pasión, cruza el escenario

la majestuosa Norma<sup>[396]</sup>, blandiendo la daga.

Veo un brillo sobrenatural en los ojos de Lucía<sup>[397]</sup>, pobre loca;

el pelo le cae, desordenado, por la espalda.

Veo cuando Ernani<sup>[398]</sup>, al recorrer el jardín nupcial,

ceñido por el aroma de las rosas nocturnas, radiante, con su prometida de la  
mano,

oye la llamada infernal, el anuncio de la muerte que proclama el cuerno.

Para las espadas que se cruzan y los cabellos grises que se descubren al cielo,  
el bajo y el barítono del mundo, claros, eléctricos,  
el dúo de trombones, ¡Libertad<sup>[399]</sup> para siempre!  
A la espesa sombra de los castaños  
que crecen junto a los antiguos y gruesos muros de un convento, surge una queja,  
un canto de amor perdido, la antorcha de la juventud y de la vida, apagada por la  
desesperación,  
el canto del cisne moribundo: a Fernando se le rompe el corazón<sup>[400]</sup>.  
Amina<sup>[401]</sup>, recuperada al fin, despierta de su infortunio, y canta:  
abundantes como las estrellas y alborozados como la luz de la mañana son los  
torrentes de su alegría.  
(Viene la dama fecunda,  
el orbe resplandeciente, la Venus contralto, la madre en flor,  
la hermana de los dioses supremos: oigo a la Alboni).

#### 4

Oigo estas odas, sinfonías, óperas.  
Oigo en *Guillermo Tell*<sup>[402]</sup> la música de un pueblo alzado y enfurecido.  
Oigo *Los hugonotes*, *El profeta* o *Roberto*, de Meyerbeer<sup>[403]</sup>,  
el *Fausto* de Gounod<sup>[404]</sup> o el *Don Juan* de Mozart<sup>[405]</sup>.  
Oigo la músicaailable de todas las naciones,  
el vals, ese delicioso compás que me anega de dicha,  
el bolero, al puntear de las guitarras y el repiqueteo de las castañuelas.  
Veodanzas religiosas, antiguas y modernas;  
oigo el sonido de la lira hebrea;  
veo a los cruzados marchar, portando la cruz en alto, al retumbar marcial de los  
címbalos;  
oigo la monótona salmodia de los derviches, salpicada de gritos frenéticos,  
mientras dan vueltas y vueltas, siempre en dirección a la Meca;  
veo las danzas religiosas, que ejecutan en trance, de los persas y los árabes;  
de nuevo en Eleusis, el hogar de Ceres<sup>[406]</sup>, veo bailar a los modernos griegos,  
les oigo dar palmas al inclinarse,  
oigo cómo arrastran métricamente los pies.  
Veobailar, de nuevo, a los antiguos y descompuestos coribantes<sup>[407]</sup>, que se  
herían unos a otros;  
veo a los jóvenes de Roma caer de rodillas y levantarse, y arrojar y coger sus  
armas,  
al son agudo de las chirimías.

Oigo la llamada del almuédano en la mezquita de los musulmanes;  
veo a los fieles dentro, sin ceremonias ni sermones, sin discusiones ni palabras,  
sino en silencio, extraños, devotos, con las cabezas altas, arreboladas, y una  
expresión de éxtasis.

Oigo el arpa egipcia de muchas cuerdas,  
los cánticos primitivos de los barqueros del Nilo,  
los sagrados himnos imperiales de China,  
a los sones delicados del litófono (la madera y la piedra, golpeadas),  
o, al son de las flautas hindúes y al nervioso punteo de la vina<sup>[408]</sup>  
un conjunto de bayaderas<sup>[409]</sup>.

## 5

Ahora me dejan Asia y África, y Europa se apodera de mí, y me ensancha.  
Con acompañamiento de órganos enormes y orquestas, oigo, como si los cantara  
un magno orfeón,

el enérgico himno de Lutero *Eine feste Burg ist unser Gott*<sup>[410]</sup>,  
el *Stabat Mater dolorosa* de Rossini<sup>[411]</sup>

o, flotando en las sombras de alguna catedral, de espléndidos vitrales,  
el apasionado *Agnus Dei* o el *Gloria in Excelsis*.

¡Compositores!, ¡colosales maestros!

Y vosotros, cantores de países ancestrales, ¡*soprani, tenori, bassi*<sup>[412]</sup>!:  
un bardo nuevo que canta en el Oeste  
os manda, reverente, su amor.

(Todo esto me ha llevado a ti, oh, alma.

Todos los sentidos, espectáculos y objetos llevan a ti,  
pero ahora creo que es el sonido el que lleva a ti, por encima de todo).

Oigo el concierto anual de los niños en la catedral de San Pablo

o, bajo el techo altísimo de algún auditorio colosal, las sinfonías y oratorios de  
Beethoven, Hándel o Haydn:

*La Creación*<sup>[413]</sup> me sumerge en el oleaje de lo divino.

Haced que sean míos todos los sonidos (grito, luchando como un demente),  
llenadme con todas las voces del universo,

otorgadme sus latidos, y también los de la Naturaleza,

las tempestades, las aguas, los vientos, las óperas y los cánticos, las marchas y los  
bailes:

pronunciadlos, derramadlos: ¡todos los quiero!

Me desperté entonces, poco a poco,  
y, parándome un momento para preguntar a la música de mi sueño,  
para preguntar a todos aquellos recuerdos, a la furiosa tempestad,  
y a todas las canciones de las sopranos y los tenores,  
y a aquellas danzas orientales, arrebatadas de fervor religioso,  
y a los dulces y variados instrumentos, y al diapasón de los órganos,  
y a todas las quejas, sin artificio, de amor, dolor y muerte,  
le dije a mi alma, callada y curiosa, mientras salía de la cama de la habitación de  
mis sueños,  
ven: he encontrado la clave que llevaba buscando tanto tiempo;  
salgamos, reconfortados, a la luz del día,  
correspondamos, jubilosos, a la vida, recorramos el mundo, la realidad,  
alimentados, ya para siempre, por nuestro sueño celestial.  
Y dije, además:  
Quizá lo que has oído, oh, alma, no era el soplar del viento,  
ni el sueño de una devastadora tormenta, ni el aleteo del águila pescadora, ni su  
áspero chillido,  
ni la vocalización de una Italia radiante de sol,  
ni el majestuoso órgano alemán, ni el magno orfeón, ni los estratos de la armonía,  
ni las estrofas de los esposos y esposas, ni el estruendo de la marcha militar,  
ni las flautas, ni las arpas, ni los toques de corneta en los campamentos,  
sino, de acuerdo con un ritmo nuevo, idóneo para ti,  
poemas que tienden un puente entre la Vida y la Muerte, vagamente  
transportados por el aire nocturno, inapresados, no escritos,  
que nos adentraremos en el día audaz y escribiremos.

## Viaje a la India

### 1

Yo canto mis días,  
canto los grandes hitos del presente,  
canto las obras ligeras y resistentes de los ingenieros,

nuestras maravillas modernas (que superan a las Siete de la Antigüedad, tan ciclópeas):

en el Viejo Mundo, a Oriente, el canal de Suez;

el Nuevo, atravesado por el poderoso ferrocarril;

los mares, incrustados de finos y elocuentes cables<sup>[414]</sup>.

Pero, ante todo, se oye, y se oirá siempre, este grito contigo, oh, alma:

¡El Pasado!, ¡el Pasado!, ¡el Pasado!

¡El Pasado!, ¡oh, oscura e insondable retrospección!

Abismo fecundo, ¡los durmientes y las sombras!

El pasado, ¡la grandeza infinita del pasado!

Porque ¿qué es el presente, después de todo, sino un fruto del pasado?

(Como un proyectil modelado, impelido, supera cierta línea y

prosigue su trayectoria,

así el presente, completamente modelado, impelido por el pasado).

## 2

¡Viaje, oh, alma, a la India!

*Eclaircise*<sup>[415]</sup> los mitos asiáticos, las fábulas primitivas.

No sólo vosotras, orgullosas verdades del mundo,

ni vosotros, hechos de la ciencia moderna,

sino también los mitos y fábulas de antaño, los fábulas de África y Asia,

los rayos del espíritu, que llegan muy lejos, los sueños desatados,

las biblias y leyendas, que calan muy hondo,

las atrevidas tramas de los poetas, las religiones ancestrales,

¡oh, vosotros, templos más bellos que los lirios bañados por el sol naciente!,

¡oh, vosotras, fábulas que desdeñáis lo conocido, que eludís el abrazo de lo conocido, para elevaros al cielo!,

¡vosotras, altas y deslumbrantes torres, con pináculos, rojas como rosas, bruñidas de oro!,

¡torres de fábulas inmortales, construidas con sueños mortales!

¡También a vosotros os doy la bienvenida, como al resto!

También a vosotros os canto con alegría.

¡Viaje a la India!

Mira, alma, ¿acaso no reconoces la voluntad de Dios desde el principio?

La tierra había de ser recorrida, conectada por redes;

las razas, los vecinos, habían de darse y recibirse en matrimonio;

los océanos habían de ser cruzados, lo lejano había de hacerse próximo,

las tierras habían de unirse.

Yo canto un nuevo culto:

a vosotros, capitanes, viajeros, exploradores, el vuestro;  
a vosotros, ingenieros, a vosotros, arquitectos, maquinistas, el vuestro;  
a vosotros, no sólo en nombre del comercio o del transporte,  
sino en nombre de Dios, y en el tuyo, oh, alma.

### 3

¡Viaje a la India!

Mira, alma, este díptico para ti:

en uno veo el canal de Suez inaugurado, abierto,  
y la procesión de vapores, encabezada por el de la emperatriz Eugenia<sup>[416]</sup>;  
observo, desde cubierta, el extraño paisaje, el cielo limpio, la arena allanada a lo  
lejos,  
y dejo atrás, rápidamente, a los pintorescos grupos, a las cuadrillas de obreros,  
a las gigantescas dragas.  
En otro, muy distinto (pero tuyo, todo tuyo, oh, alma, como el primero),  
veo al ferrocarril del Pacífico surcar mi continente, superando todos los  
obstáculos,  
y a caravanas de vagones serpentear sin descanso por el Platte<sup>[417]</sup>, llevando carga  
y pasaje,  
y oigo el rugido presuroso de las locomotoras y el agudo pitido de vapor;  
oigo el reverberar del eco en el paisaje más grandioso del mundo;  
cruzo las llanuras de Laramie<sup>[418]</sup>, advierto las formas grotescas de las rocas, los  
cerros;  
veo la tierra cubierta de espuelas de caballero y cebollas silvestres, los estériles e  
incoloros desiertos de salvia;  
diviso a lo lejos, o muy cerca, encima de mí, las grandes montañas: veo el río  
Wind<sup>[419]</sup> y las montañas Wahsatch,  
veo el monte Monumento<sup>[420]</sup> y el Nido del Águila<sup>[421]</sup>, cruzo el Promontorio<sup>[422]</sup>,  
subo a las Nevadas,  
exploro el noble monte Elk<sup>[423]</sup> y rodeo su base,  
veo la cordillera de Humboldt<sup>[424]</sup>, recorro el valle y cruzo el río,  
veo las claras aguas del lago Tahoe<sup>[425]</sup>, veo pinares majestuosos,  
o, al cruzar el gran desierto, las llanuras alcalinas, veo fascinantes espejismos de  
aguas y prados,  
y lo uno todo con dos finas líneas  
que conectan las tres o cuatro mil millas recorridas  
y enlazan el mar Oriental y el mar Occidental,

la ruta entre Europa y Asia<sup>[426]</sup>.

(¡Ah, genovés<sup>[427]</sup>, tu sueño, tu sueño!

Hoy, cuando tantos siglos llevas en la tumba,  
la costa que descubriste advera tu sueño).

#### 4

¡Viaje a la India!

Pugnas de muchos capitanes, relatos de muchos marineros muertos,  
se instalan, sigilosos, en mi ánimo y se adueñan de él,  
como nubes y nubecillas en el cielo inalcanzado.

A lo largo de la historia, por sus declives,

como un riachuelo que se hundiese ahora y volviera a emerger después,

un pensamiento incesante, una heterogénea comitiva: mira, alma, ante ti, ante tu  
vista, se elevan

los proyectos, los viajes, de nuevo, las expediciones:

Vasco da Gama<sup>[428]</sup> se hace otra vez a la mar,

y otra vez se conquista saber, se sostiene la brújula del navegante,

se descubren tierras y se fundan naciones: tú eres fundada, América,

con un gran destino, concluida la larga prueba del hombre,

y tú, redondez del mundo, al fin demostrada.

#### 5

Oh, vasta Redondez, flotas en el espacio,  
cubierta por entero de fuerza y belleza visibles.

En ti alternan la luz y el día y la fecunda oscuridad del espíritu;

arriba, la inefable procesión del sol y la luna y las estrellas innúmeras,

y, abajo, las muchas hierbas y aguas, los numerosos animales, montañas y  
árboles,

con un propósito inescrutable, con alguna oculta intención profética,

y ahora me parece que, por primera vez, mi pensamiento empieza a abarcarte.

De los jardines de Asia descienden, radiantes,

Adán y Eva, seguidos por su multitudinaria progenie.

Vagan, curiosoan, ansían, exploran, inquietos,

y se interrogan, confusos, informes, febriles, con infelicidad en el corazón

y este triste e incesante estribillo: *¿Por qué, alma insatisfecha? y ¿A dónde, oh,  
vida burlona?*

¿Quién aliviará la fiebre de estos niños?



¿Quién justificará estas inquietas exploraciones?  
¿Quién revelará el secreto de la tierra impasible?  
¿Quién nos vinculará con ella? ¿Qué es esta Naturaleza separada, tan antinatural?  
¿Qué representa esta tierra para nuestros sentimientos (tierra hostil, sin un latido  
que responda a los nuestros,  
tierra fría, camposanto)?  
Sin embargo, alma, ten por seguro que la primera intención persiste, y que se  
llevará a cabo;  
acaso ya haya llegado la hora.  
Después de que se hayan cruzado los mares (y todos parecen cruzados ya),  
después de que los grandes capitanes e ingenieros hayan cumplido su tarea,  
después de los nobles inventores, después de los científicos, los químicos, los  
geólogos, los etnólogos,  
llegará por fin el poeta digno de ese nombre,  
llegará el verdadero hijo de Dios, entonando sus versos.  
Entonces no sólo vuestras hazañas, oh, viajeros, oh, científicos e inventores, se  
justificarán:  
todos estos corazones, como de niños intranquilos, serán aliviados;  
todos los sentimientos serán correspondidos, y el secreto, revelado;  
todas las separaciones, todas las distancias, serán salvadas, y unidas, y  
entrelazadas;  
la tierra entera, esta fría, impasible y áfona tierra, encontrará plena justificación;  
la divina *Trinitas*<sup>[429]</sup> se cumplirá gloriosamente, fortalecida por el verdadero hijo  
de Dios, el poeta  
(él, incuestionablemente, atravesará estrechos y conquistará montañas,  
doblará el cabo de Buena Esperanza, y no en vano);  
y la Naturaleza y el Hombre no volverán a separarse ni a disgregarse jamás:  
el verdadero hijo de Dios los fundirá absolutamente.

## 6

¡Año ante cuyas puertas abiertas canto<sup>[430]</sup>!  
¡Año del objetivo cumplido!  
¡Año del matrimonio de los continentes, climas y océanos!  
(y no simplemente del dogo de Venecia desposando al Adriático<sup>[431]</sup>).  
En ti veo, oh, año, al globo terráqueo que es dado, y que todo lo da,  
a Europa unida con Asia, con África, y a todas ellas con el Nuevo Mundo;  
veo tierras, geografías, bailar ante ti, con guirnaldas de fiesta,  
como novios de la mano.

¡Viaje a la India!

Aire fresco del remoto Cáucaso, cuna consoladora del hombre;  
fluye el río Eúfrates y vuelve a iluminarse el pasado.

Mira, alma: lo pretérito comparece.

Las más antiguas tierras del mundo, las más ricas y populosas,  
las corrientes del Indo y el Ganges y sus muchos afluentes

(hoy, caminando por las costas de mi América, los contemplo a todos: los  
recupero),

la historia de las campañas militares de Alejandro y de su repentina muerte<sup>[432]</sup>,  
a un lado, China, y, al otro, Persia y Arabia,

al sur, los grandes mares y el golfo de Bengala,

el fluir de las literaturas, las tremendas epopeyas, religiones y castas,

el antiguo Brahma, oculto en un pasado remoto, el tierno y joven Buda,

los imperios del centro y del sur, y todas sus posesiones y dueños,

las guerras de Tamerlán<sup>[433]</sup>, el reinado de Aurangzeb<sup>[434]</sup>,

los mercaderes, gobernantes, exploradores, musulmanes, venecianos, Bizancio,  
los árabes, portugueses,

los primeros viajeros, todavía famosos, Marco Polo, el moro Battuta<sup>[435]</sup>,

dudas que resolver, las incógnitas del mapa, vacíos que llenar,

el pie inquieto del hombre, las manos que nunca descansan,

tú misma, oh, alma, que no te resistes a un desafío.

Los navegantes medievales se alzan ante mí,

el mundo de 1492. y el despertar de su empresa,

algo que hinche a la humanidad como la savia de la tierra en primavera,  
cuando ya declina el esplendor crepuscular de la caballería.

¿Y quién eres tú, triste sombra?

Gigantesca, visionaria, tú misma una quimera,

dotada de miembros majestuosos, con ojos fulgurantes y piadosos

que proyectan, con cada mirada, un mundo de oro,

y lo matizan con espléndidos matices.

Y como al histrión principal

que se acerca a las candilejas de un gran escenario,

veo al Almirante en persona, dominándolo todo

(prototipo histórico del valor, la acción y la fe).

Contempladlo zarpar de Palos al frente de su flotilla,

contemplad su travesía, su regreso, su gran fama,

sus desventuras, sus calumniadores, contempladlo prisionero, encadenado,

contemplad su abatimiento, su pobreza y su muerte.

(Me yergo, curioso, en el tiempo, y observo los trabajos de los héroes.

¿Es larga la espera? ¿Son amargas la calumnia, la pobreza y la muerte?  
¿Lleva siglos la semilla olvidada en el suelo? Mirad: cuando Dios quiere,  
se alza de noche, germina, florece,  
y llena la tierra con su utilidad y su belleza).

## 7

Viaje, en verdad, oh, alma, al pensamiento primigenio,  
no sólo a tierras y mares, sino a tu clara lozanía,  
a la joven madurez de la cría y la floración,  
a los reinos de las biblias en flor.  
Oh, alma, irrefrenable, yo contigo y tú conmigo,  
empieza a circunnavegar el mundo,  
el hombre, el viaje de vuelta de su mente  
al paraíso original de la razón;  
vuelve, vuelve al nacimiento de la sabiduría, a las intuiciones inocentes,  
otra vez a la hermosa creación.

## 8

Oh, ya no podemos esperar más.  
También nosotros embarcamos, oh, alma;  
también nosotros nos lanzamos, con alegría, a mares inexplorados,  
a navegar, sin temor, por marejadas de éxtasis, hacia costas desconocidas,  
impulsados por el viento (tú apretándome contra ti; yo, a ti contra mí, oh, alma),  
cantando en libertad, elevando nuestro himno a Dios,  
alzando nuestro canto de gozosa exploración.  
Con risas y muchos besos  
(que otros supliquen; que otros lloren sus pecados, sus remordimientos, su  
humillación),  
oh, alma, tú me complaces, y yo a ti.  
Ah, más que cualquier sacerdote, oh, alma, creemos nosotros en Dios,  
pero no nos atrevemos a tomarnos el misterio de Dios a la ligera.  
Oh, alma, tú me complaces, y yo a ti,  
ya sea atravesando estos mares o en las colinas, o despiertos por la noche.  
Pensamientos, silenciosos pensamientos sobre el Tiempo y el Espacio y la Muerte,  
como agua que corre,  
me transportan por regiones infinitas,  
cuyo aire respiro, cuyas olas oigo, y me anegan.

Báñame, oh, Dios, en ti, cuando mi alma y yo  
subamos a ti, para estar donde tú estés.

Oh, Tú, trascendente,

innominado, fibra y aliento,

luz de la luz, irradiador de universos y centro suyo,

tú, poderoso centro de lo verdadero, lo bueno y lo amante,

tú, fuente moral, espiritual, manantial de afecto, tú, embalse

(oh, medita bunda alma mía, oh, sed insatisfecha, ¿no esperas ahí?,

¿no esperas acaso, en alguna parte, al Camarada perfecto?),

tú, latido, tú, motivo de las estrellas, soles, sistemas,

que se mueven, describiendo círculos, ordenados, seguros, armoniosos,

por la informe vastedad del espacio.

¿Cómo podría pensar, cómo exhalar un solo aliento, cómo hablar, si fuese incapaz  
de salir de mí

y proyectarme en esos universos superiores?

Muy pronto me abruma pensar en Dios,

en la Naturaleza y sus maravillas, en el Tiempo y el Espacio y la Muerte,

pero me vuelvo y te invoco, oh, alma, mi Yo real,

y te veo señorear sin acritud los orbes,

acoplarte al Tiempo, sonreír, satisfecha, a la Muerte,

y colmar hasta expandir la vastedad del Espacio.

Mayor que las estrellas o los soles,

a saltos, oh, alma, prosigues el viaje.

¿Qué amor que no sea el tuyo y el nuestro podría crecer más?

¿Qué aspiraciones o deseos superarían a los tuyos y a los nuestros, oh, alma?,

¿qué soñados ideales?, ¿qué planes de pureza, perfección o fuerza?,

¿qué alegre disposición a renunciar a todo, en bien del prójimo?,

¿a padecerlo todo, en bien del prójimo?

Me anticipo, oh, alma, al momento en que, llegada la hora,

cruzados todos los mares, doblados los cabos, concluido el viaje,

acorralada, te enfrentes, arrostrés a Dios, y, alcanzada la meta, te sometas a él,

como el Hermano Menor, henchido de amistad, de amor completo, encuentra al

Mayor

y se deshace de afecto en sus brazos.

## 9

¡Viaje allende la India!

¿Tienen tus alas plumas para tales vuelos?

Oh, alma, ¿emprendes, de verdad, viajes como éstos?

¿Te diviertes en aguas como éstas?

¿Sondeas las profundidades del sánscrito y los Vedas?

Da rienda suelta, pues, a tu inclinación.

¡Viaje a vosotros, a vuestras costas, a vuestros ancestrales e inextricables enigmas!

¡Viaje a vosotros, a vuestro dominio, a vuestros asfixiantes problemas!

A vosotros, sembrados de restos de esqueletos que, en vida, nunca os alcanzaron.

¡Viaje allende la India!

¡Oh, secreto de la tierra y el cielo!

¡De vosotras, oh, aguas del mar!, ¡oh, arroyos y ríos serpenteantes!,

¡de vosotros, oh, bosques y campos!, ¡de vosotras, imponentes montañas de mi tierra!,

¡de vosotras, oh, praderas!, ¡de vosotras, peñas grisáceas!

¡Oh, rubor de la mañana!, ¡oh, nubes!, ¡oh, lluvia y nieves!,

¡oh, día y noche, viaje a vosotros!

¡Oh, sol y luna y todas vosotras, estrellas!, ¡Sirio <sup>[436]</sup> y Júpiter!

¡Viaje a vosotros!

¡Viaje, viaje de inmediato! ¡Me hierva la sangre en las venas!

¡Partamos, oh, alma! ¡Leva el ancla al instante!

¡Corta las amarras, iza, despliega el velamen!

¿No llevamos ya bastante aquí, plantados como árboles?

¿No nos hemos arrastrado bastante, comiendo y bebiendo como bestias?

¿No nos hemos cegado, no nos hemos aturdido bastante con los libros?

Navega, pero pon proa sólo a las aguas profundas,

y exploremos, oh, alma, intrépidos, yo contigo y tú conmigo,

porque nos dirigimos a donde ningún marino se ha aventurado todavía;

nuestro barco, nosotros mismos y todo corre peligro.

¡Oh, mi alma valiente!

¡Oh, navega más allá, más allá todavía!

¡Oh, alegría audaz, pero tranquila! ¿No son todos los mares de Dios?

¡Oh, navega más allá, más allá, más allá todavía!

## Plegaria de Colón<sup>[437]</sup>

Soy un viejo maltrecho, derruido,  
arrojado a esta playa inhóspita, lejos, muy lejos del hogar,  
acorralado por el mar y por rostros oscuros, insumisos, durante doce meses  
terribles,  
rígido, entumecido por los muchos trabajos, enfermo, a un paso de la muerte.  
Recorro la costa de la isla  
para desahogar mi apesadumbrado corazón.  
¡Me anega la congoja!  
Quizá no viva ni un día más.  
No hallo descanso, oh, Dios, no puedo comer, ni beber, ni dormir,  
hasta que elevo mi ser y mi plegaria, una vez más, a Ti,  
hasta que te respiro y me baño, una vez más, en Ti, y hablo contigo,  
y me comunico, una vez más, contigo.  
Tú conoces mis años, mi vida entera,  
mi larga vida de trabajos constantes, y no solamente de adoración;  
Tú sabes de las oraciones y vigias de mi juventud;  
sabes de las solemnes y visionarias meditaciones de mi madurez;  
sabes que, antes de comenzar, todo lo consagré para llegar a Ti;  
sabes que, con los años, he ratificado esos votos y los he observado  
estrictamente;  
sabes que ni una sola vez he perdido la fe en Ti, ni ante Ti he dejado de  
extasiarme;  
encadenado, encarcelado, caído en desgracia, no me he quejado:  
todo lo he aceptado de Ti, porque todo proviene de Ti.  
Tú has llenado todas mis empresas;  
pensando en Ti he alumbrado y ejecutado todas mis especulaciones, todos mis  
planes;  
por Ti he surcado aguas profundas y recorrido la Tierra;  
las intenciones, los propósitos, las aspiraciones eran míos, pero los resultados te  
los he dejado a Ti.  
Oh, estoy seguro de que provenían de Ti.  
El ímpetu, el ardor, la voluntad indomable,  
el potente mandato que percibía en mi interior, y que no puede expresarse en  
palabras,  
un mensaje que el Cielo me susurraba, incluso en sueños:  
todo eso me ha impulsado.  
Por mí y por todo eso, he cumplido el trabajo;

por mí, los antiguos países de la Tierra, empalagados, constreñidos, se han desceñido y liberado;

por mí, se han rodeado y unido los hemisferios, y también lo desconocido a lo conocido.

No conozco el final: está todo en Ti.

Grande o pequeño, lo ignoro. Quizá vastas heredades o tierras;

o quizá la maleza humana que conozco, inmensa y bestial,

trasplantada allí, gane estatura y un conocimiento que sean dignos de Ti;

o quizá las espadas que conozco se conviertan en útiles de labranza;

o quizá la cruz inerte que conozco, la cruz muerta de Europa, retoñe y florezca.

Un esfuerzo más, con esta desolada arena por altar:

Tú, Dios, has iluminado mi vida

con el rayo de luz constante, inefable, que me has otorgado,

una rara luz, indecible, que ilumina a la luz misma,

más allá de todas los signos, descripciones e idiomas.

Por eso, oh, Dios, que éstas sean mis últimas palabras: aquí, de hinojos,

viejo, pobre e inválido, Te doy las gracias.

Mi fin está próximo.

Las nubes ya se ciernen sobre mí.

Con el viaje frustrado y el rumbo, objeto de disputa, extraviado,

a Ti rindo mis barcos.

La laxitud se apodera de mis manos, de mis miembros;

mi cerebro, atormentado, aturdido.

Que se deshaga el viejo maderamen; yo no me desharé:

me aferraré a Ti, oh, Dios, aunque las olas me zarandeen;

a Ti, a Ti al menos te conozco.

¿Habla el profeta por mi boca, o desvarío?

¿Qué sé de la vida? ¿Y qué de mí mismo?

Ni siquiera conozco mi propia obra, pasada o presente.

Ante mí se despliegan vagas conjeturas, siempre cambiantes,

de mundos nuevos y mejores, y de su formidable alumbramiento,

que se burlan de mí, que me dejan perplejo.

Y estas cosas que veo de pronto, ¿qué significan?

Como si algún milagro o una mano divina apartara el velo de mis ojos,

vastas formas sombrías me sonríen en el aire y el cielo,

y barcos innumerables surcan las olas lejanas,

y oigo himnos, en lenguas desconocidas, que me saludan.

## Los durmientes<sup>[438]</sup>

### 1

Transito toda la noche por mi visión  
con pies ligeros: ando, de prisa y en silencio, y me paro,  
y me inclino, con los ojos abiertos, sobre los ojos cerrados de los durmientes;  
transito confuso, extraviado, fuera de lugar, contradictorio:  
vacilo, observo, me inclino y me paro.  
Qué solemnes se les ve, tumbados y quietos;  
qué silenciosamente respiran los pequeños en las cunas.  
Las facciones lastimosas de los *ennuyés*<sup>[439]</sup>, las pálidas de los cadáveres, las caras  
lívidas de los borrachos, las cenicientas y enfermizas de los onanistas,  
los cuerpos acuchillados en los campos de batalla, los dementes  
encerrados en habitaciones de puertas reforzadas, los idiotas sagrados<sup>[440]</sup>, los  
recién nacidos que asoman por las puertas y los moribundos que asoman por las  
puertas:  
la noche los impregna, los envuelve a todos.  
Los cónyuges duermen plácidamente en la cama: él con la mano en la cadera de la  
esposa, y ella con la mano en la cadera del esposo;  
las hermanas duermen juntas, amorosamente, en su cama;  
los hombres duermen juntos, amorosamente, en la suya;  
y la madre duerme con su hijo, cuidadosamente arropado.  
Los ciegos duermen, y los sordomudos duermen;  
el preso duerme bien en la cárcel; duerme el hijo que se ha escapado de casa;  
el asesino al que van a ahorcar al día siguiente, ¿qué tal duerme?;  
y el asesinado, ¿qué tal duerme?  
Duerme la hembra que ama sin ser correspondida;  
duerme el varón que ama sin ser correspondido;  
duerme la cabeza del especulador que se ha pasado maquinando todo el día;  
y duermen los caracteres coléricos y traicioneros: todos, todos duermen.  
Me quedo en la oscuridad, con la mirada gacha, al lado de los que más sufren, de  
los más inquietos.  
Paso las manos, para sosegarlos, a unas pocas pulgadas de ellos.  
Los desvelados se hunden en las camas y duermen a ratos.  
Atravieso las sombras y nuevos seres aparecen.  
La tierra se separa de mí y se pierde en la noche.  
Había visto que era hermosa; ahora veo que lo que no es la tierra es hermoso.  
Voy de una cama a otra, y duermo apretujado contra cada uno de los durmientes,



y sueño en mi sueño todos los sueños de los que sueñan,  
y me convierto en los que sueñan.  
Soy una danza. ¡Vamos, tocad! ¡Giro y giro, arrebatado!  
Soy el que siempre se ríe. Brillan la luna nueva y la luz del crepúsculo.  
Veo cómo se ocultan las *doucens*<sup>[441]</sup>, veo ágiles fantasmas allí donde mire,  
*cache y cache*<sup>[442]</sup>, otra vez, en las profundidades de la tierra y el mar, y donde no  
hay tierra ni mar.  
Qué bien hacen su trabajo estos jornaleros divinos.  
Yo soy el único al que no pueden ocultar nada, ni lo harían aunque pudiesen.  
Me imagino su jefe, y me miman, además,  
y me rodean, y me guían, y corren delante de mí cuando camino,  
para quitarse las envolturas del conocimiento, y llamarme con los brazos abiertos,  
y reemprender luego la marcha;  
¡y seguimos avanzando, festiva pandilla de sinvergüenzas, al son de una música  
jubilosa y bajo estandartes de alegría que ondean al viento!  
Yo soy el actor, la actriz, el votante, el político,  
el emigrante y el exiliado, el delincuente en el banquillo de los acusados,  
el que ha sido famoso y el que lo será mañana,  
el tartamudo y el bien formado, el consumido y el enclenque.  
Yo soy la que se ha acicalado y recogido el pelo, expectante;  
el gandul de mi novio ya ha llegado, y está oscuro.  
Desdóblate, oscuridad, y acógeme,  
a mí y también a mi amante: no dejará que me vaya sin él.  
Doy vueltas contigo como si estuviera en la cama: me entrego a la oscuridad.  
Al que llamo me responde y ocupa el lugar de mi amante;  
conmigo se levanta en silencio de la cama.  
Oscuridad, tú eres más considerada que mi amante, cuya carne sudorosa jadeaba;  
aún siento la humedad caliente que me ha dejado.  
Extiendo las manos y las muevo en todas direcciones.  
Quiero sondear la costa sombría a la que viajas.  
¡Ten cuidado, oscuridad! ¿Qué es lo que me ha tocado?  
Yo creía que mi amante se había ido, a menos que la oscuridad y él sean lo  
mismo.  
Oigo los latidos del corazón, los sigo, me desvanezco.

## 2

Desciendo por la vertiente occidental, con los músculos flácidos;  
el perfume y la juventud recorren mi ser, y yo soy su estela.

Es mi rostro, y no el de la anciana, el amarillento y arrugado;  
me siento en una silla con asiento de paja, y zurzo con esmero los calcetines de mi  
nieto.

También soy yo la viuda insomne que mira por la ventana, a medianoche, en  
invierno.

Veo el titilar de las estrellas reflejarse en la tierra, helada y pálida.

Veo un sudario, y yo soy el sudario; amortajo el cuerpo, y yazgo en el ataúd.

Está oscuro aquí, bajo tierra, pero no hay aquí maldad ni dolor: sólo vacío, por  
alguna razón.

(Se me ocurre que todo lo expuesto a la luz y al aire debería ser feliz.

Quien no yazga en el ataúd, ni en la oscuridad de la tumba, que sepa que ya tiene  
bastante).

### 3

Veo a un hermoso y gigantesco nadador que nada desnudo por la mar gruesa:  
tiene el pelo castaño liso y pegado; bracea con determinación; se impulsa con las  
piernas;

veo su cuerpo blanco; veo sus ojos impávidos;

detesto esos velocísimos remolinos que quieren estamparlo contra las rocas.

¿Qué hacéis, olas brutales, chorreantes de sangre?

¿Mataréis a este valeroso gigante? ¿Lo mataréis en la flor de la edad?

Lucha y lucha sin desmayo,

aturdido, golpeado, magullado: aguanta mientras le quedan fuerzas;

su sangre salpica los remolinos que baten: lo arrastran, lo arrollan, lo zarandean,  
lo revuelcan;

los remolinos se tragan su hermoso cuerpo, y lo lanzan contra las rocas;

el cadáver del valiente se aleja y enseguida se pierde de vista.

### 4

Me doy la vuelta, pero no puedo librarme.

Confuso, una lectura del pasado, otra, pero aún entre tinieblas.

Un viento helado corta la playa como una cuchilla, se oyen los cañonazos que  
anuncian el naufragio<sup>[443]</sup>,

amaina la tormenta, y la luna asoma, a trompicones, por entre la lluvia.

Miro al barco dirigirse, sin remedio, a su fin, oigo el estruendo del choque y los  
gritos desesperados, aunque cada vez más débiles.

No puedo ayudar con estos dedos crispados.

Sólo atino a correr hacia las olas, y a que me calen, y a helarme con la mojadura.  
Me sumo a la busca. Ni un solo tripulante llega vivo a la orilla.  
Por la mañana ayudo a recoger los cadáveres y alinearlos en un pajar.

## 5

Ahora, los lejanos días de la guerra, la derrota de Brooklyn.  
Washington está tras las líneas, en los atrincheramientos de las colinas, rodeado  
por una cohorte de oficiales.  
Tiene la cara húmeda y fría, y no puede reprimir las lágrimas.  
Se lleva continuamente el catalejo a los ojos; el color ha desaparecido de sus  
mejillas.  
Ve la masacre de sus valientes sureños, cuyos padres le habían confiado.  
Lo mismo cuando, por fin, por fin, se ha declarado la paz.  
Ahí está, en la vieja taberna, y sus queridos soldados desfilan ante él.  
Los oficiales se le acercan, uno a uno, lentamente y en silencio.  
El comandante los abraza y besa en la mejilla,  
besa levemente las mejillas húmedas, una tras otra, les estrecha la mano y se  
despide del ejército.

## 6

Ahora, lo que mi madre me contó un día, mientras cenábamos,  
de cuando era una muchacha ya crecida que vivía con sus padres en la vieja  
alquería.  
Una piel roja llegó a la granja a la hora del desayuno.  
Llevaba a la espalda un hato de aneas para hacer sillas.  
El pelo, lacio, reluciente, grueso, negro, profuso, casi le tapaba la cara.  
Caminaba con desenvoltura y elasticidad; el sonido de su voz era exquisito.  
Mi madre miró a la extraña, maravillada y perpleja.  
Admiró la lozanía de su rostro altanero, y la plenitud y flexibilidad de sus  
miembros.  
Cuanto más la miraba, más le gustaba.  
Nunca había visto una hermosura y una pureza tan prodigiosas.  
La hizo sentar en un banco al amor del fuego, y cocinó para ella.  
No tenía trabajo que darle, pero le ofreció su recuerdo y su cariño.  
La piel roja se quedó toda la mañana, y se marchó a media tarde.  
Oh, mi madre no quería que se fuera.  
Pensó en ella toda la semana, y la esperó muchos meses,

y la recordó muchos inviernos y muchos veranos,  
pero la piel roja nunca regresó, ni se volvió a saber de ella.

## 7

Una muestra de la benignidad del verano, el contacto de algo invisible, el idilio del  
aire y la luz.

Estoy celoso y abrumado de cordialidad.

Yo también saldré a callejear con el aire y la luz.

Oh, amor y verano: estáis en los sueños y en mí;

el otoño y el invierno están en los sueños; el granjero prospera:

la cabaña y las cosechas aumentan, los graneros están repletos.

Los elementos se funden en la noche; los barcos viran en los sueños;

el marinero navega; el exiliado vuelve al hogar;

el fugitivo regresa ileso; el emigrante está de vuelta tras muchos meses y años,

el pobre irlandés vive en la humilde casa de su infancia, rodeado de vecinos y  
caras familiares,

que le brindan una calurosa bienvenida: se olvida de su buena posición, y vuelve a  
ir descalzo;

el holandés vuelve al hogar, y el escocés y el galés vuelven al hogar, y el nacido en  
el Mediterráneo vuelve al hogar;

a todos los puertos de Inglaterra, Francia y España arriban cargueros abarrotados;

el suizo se encamina a sus montañas, y el prusiano sigue su camino, y el húngaro,  
el suyo, y el polaco, el suyo;

el sueco vuelve, y vuelven también el danés y el noruego.

Los que vuelven al hogar, y los que lo abandonan,

el hermoso nadador perdido, el *ennuyé*, el onanista, la mujer que ama sin ser  
correspondida, el especulador,

el actor y la actriz, los que ya han representado su papel y los que esperan para  
comenzar,

el chico afectuoso, el marido y la mujer, el votante, el candidato elegido y el  
candidato derrotado,

los grandes ya conocidos y los grandes del mañana,

el tartamudo, el enfermo, el bien formado, el feo,

el delincuente que se ha sentado en el banquillo, el juez que, desde el estrado, ha  
dictado sentencia, los abogados locuaces, el jurado, el público,

el que ríe y el que llora, el bailarín, la viuda a medianoche, la piel roja,

el tísico, el erisipelatoso, el idiota, el agraviado,

los antípodas y cuantos se encuentran, a oscuras, entre unos y otros:

juro que ahora todos se han igualado: nadie es mejor que nadie;

la noche y el sueño los han equiparado y restaurado.

Juro que todos son hermosos.

Todos los que duermen son hermosos; todo cuanto yace en penumbra es hermoso.

Lo más violento y lo más sanguinario ha cesado, y todo es paz.

La paz es siempre hermosa.

El mito del cielo indica paz y noche.

El mito del cielo indica el alma.

El alma es siempre hermosa, ya se revele más o se revele menos, ya nos alcance o se rezague;

sale de su emparrado, y se mira complacida, y abarca el mundo;

limpios y perfectos son los genitales que han eyaculado, limpio y perfecto es el útero que cohesiona,

y la cabeza, bien desarrollada, proporcionada y equilibrada, y las tripas y las articulaciones, proporcionadas y equilibradas.

El alma es siempre hermosa,

y el universo, ordenado, como debe ser: cada cosa está en su sitio;

lo que ha llegado ocupa su sitio, y lo que espera ocupará el suyo.

El cráneo deforme espera; la sangre serosa o corrompida espera;

el hijo del comilón o del sifilítico espera mucho, y espera mucho el hijo del borracho, y el borracho mismo espera mucho;

los durmientes que han vivido y muerto esperan; los más adelantados habrán de avanzar cuando les toque, y los más atrasados habrán de continuar cuando les toque;

lo diverso no será menos diverso, pero todos fluirán y se unirán: ya se unen.

## 8

Son hermosos los durmientes que yacen desnudos.

Fluyen, de la mano, por toda la superficie de la Tierra, de levante a poniente, mientras yacen desnudos.

Los asiáticos y africanos se cogen de la mano, los europeos y americanos se cogen de la mano,

los instruidos y los ignorantes se cogen de la mano, y los varones y las hembras se cogen de la mano,

el brazo desnudo de la chica descansa en el pecho desnudo de su amado, se abrazan sin concupiscencia, él la besa en el cuello,

el padre estrecha a su hijo, pequeño o ya mayor, entre sus brazos, con amor infinito, y el hijo estrecha a su padre entre sus abrazos, con amor infinito, el pelo blanco de la madre reluce en las muñecas blancas de la hija, el aliento del chico se mezcla con el aliento del hombre, el amigo abraza al amigo, el alumno besa al maestro y el maestro besa al alumno, el agraviado encuentra satisfacción,

la llamada del esclavo se une a la llamada del amo, y el amo saluda al esclavo, el reo sale de la cárcel, el loco recobra la cordura, los enfermos ven aliviado su dolor,

cesan los sudores y las fiebres, sana la garganta que estaba mal, se recuperan los pulmones del tísico, se libera la pobre cabeza angustiada, las articulaciones de los reumáticos se mueven con la soltura de antes, y hasta con mayor soltura que nunca,

los ahogos se disipan, los conductos se despejan, los inválidos recobran la agilidad,

los que sufren inflamaciones y convulsiones y congestiones se despiertan en buen estado:

pasan por el fortalecimiento de la noche y por la química de la noche, y se despiertan.

Yo también salgo de la noche.

Me quedo un rato fuera, oh, noche, pero vuelvo a ti, y te amo.

¿Por qué debería tener miedo de confiarme a ti?

No tengo miedo: tú me has suscitado bien.

Adoro el día que pasa, exuberante, pero no abandono a aquélla en cuyo regazo he descansado tantas veces.

No sé cómo he venido de ti, ni a dónde voy contigo, pero sé que he venido bien y que me iré bien.

Sólo estaré un rato con la noche, y me levantaré temprano;

luego pasaré el día como corresponde, oh, madre, y volveré a ti, como corresponde.

## Transposiciones

Que los reformadores bajen de los estrados desde donde no dejan de vociferar, y que los idiotas o los locos ocupen esos estrados; que los jueces y delincuentes intercambien sus papeles; encarcelad a los carceleros, y que los presos se hagan con las llaves; y que los que desconfían del nacimiento y de la muerte guíen a los demás.

### Pensar en el tiempo

#### 1

Pensar en el tiempo, en tanta retrospección;  
pensar en hoy, y en las épocas que le seguirán.  
¿Se te ha ocurrido que acaso tú podrías no seguir?  
¿Te han espantado estos escarabajos terreros?  
¿Has tenido miedo de que el futuro no signifique nada para ti?  
¿No es nada hoy? Y el pasado, que carece de principio, ¿no es nada?  
Si el futuro no es nada, ellos seguramente tampoco lo son.  
Pensar que el sol salía por el este, que los hombres y las mujeres eran flexibles y reales, que estaban vivos, que todo estaba vivo,  
pensar que ni tú ni yo veíamos, sentíamos, pensábamos, ni cumplíamos con nuestra parte,  
pensar que ahora estamos aquí y que cumplimos con nuestra parte.

#### 2

No pasa un día, ni un minuto o un segundo, sin un nacimiento.  
No pasa un día, ni un minuto o un segundo, sin un cadáver.  
Las noches de congoja se acaban y los días de congoja también;  
acaba el dolor por llevar tanto tiempo en la cama;  
el médico, después de retrasarla mucho, da una mirada silenciosa y terrible por respuesta;

los niños vienen corriendo, entre lágrimas, y mandan a buscar a los hermanos y hermanas;  
las medicinas sin usar siguen en el estante (el olor a alcanfor ha impregnado las habitaciones);  
la mano fiel de los vivos no deja la mano del que se muere;  
los labios trémulos rozan la frente del que se muere;  
y entonces la respiración cesa, y el corazón deja de latir.  
El cadáver yace en la cama, y los vivos lo contemplan:  
es palpable, como son palpables los vivos.  
Los vivos contemplan con los ojos el cadáver,  
pero otro vivo, sin ojos, se detiene y mira con curiosidad el cadáver.

### 3

Pensar en la muerte a la vez que en la materia;  
pensar en esas maravillas del campo y la ciudad, y en los muchos a quienes interesan grandemente, y en que a nosotros no nos interesan nada.  
Pensar en lo ansiosos que estamos por construir nuestras casas;  
pensar en que otros estarán igual de ansiosos, y nosotros, bastante indiferentes.  
(Veo a uno que construye la casa que le servirá unos cuantos años, o setenta u ochenta, como mucho;  
veo a otro que construye la casa que le servirá aún más tiempo).  
Recorren la Tierra lentas filas negras, y nunca dejan de hacerlo: son los cortejos fúnebres.  
El que fuera Presidente ha sido enterrado, y el que ahora es Presidente será con toda certeza enterrado.

### 4

Una reminiscencia del destino común,  
un ejemplo frecuente de la vida y la muerte de los trabajadores,  
cada cual según su condición.  
El frío embate de las olas contra el embarcadero del transbordador, chapoteo y hielo en el río, barro casi congelado en las calles,  
un cielo desganado y gris, la última y breve luz de un día de diciembre,  
una carroza fúnebre y diligencias: el funeral de un viejo cochero de Broadway; el cortejo lo forman, sobre todo, otros cocheros.  
Un trote sostenido hasta el cementerio, y el doblar, como es debido, de las campanas.



Franquean el portón y se detienen ante la tumba recién cavada. Los vivos se apean y se abre la carroza fúnebre.

Sacan el ataúd, lo bajan y lo colocan, depositan el látigo en el féretro<sup>[444]</sup> y lo inhuman sin demora;

allanan luego con las palas el montículo que se ha formado. Y silencio.

Un minuto. Nadie habla, ni se mueve. Ya está hecho:

le han dado digna sepultura. ¿Qué más puede hacerse?

Era un buen tipo. Tenía la lengua suelta y un pronto fácil, y no era feo;

estaba dispuesto a jugarse la vida por un amigo; era mujeriego, jugador, buen comedor, buen bebedor;

sabía lo que era tener dinero, pero se desanimó hacia el final, cayó enfermo y tuvieron que ayudarle con una colecta.

Murió a los cuarenta y un años: aquél era su funeral.

Pulgar extendido, dedo levantado, mandil, capa, guantes, correa, ropa para la lluvia, látigo elegido con esmero,

patrón, vigilante, el que da la salida, el mozo de cuadra, el que holgazanea a tu costa, tú holgazaneando a costa de alguien, avanzar, un hombre delante y otro detrás,

un buen día de trabajo, un mal día de trabajo, animales buenos o animales malos, el primero en salir, el último en salir, volver a las cocheras por la noche:

pensar que todo esto significa tanto, y toca tan de cerca, a los demás cocheros, pero que a él, allí, ya no le interesa nada.

## 5

Los mercados, el gobierno, el salario del trabajador, pensar en la mucha cuenta que tienen en nuestras noches y días,

y en la mucha cuenta que tendrán también para otros trabajadores, aunque poca o ninguna ya para nosotros.

Lo vulgar y lo refinado, lo que llamáis pecado y lo que llamáis bondad: pensar en lo mucho que difieren,

y pensar que esa diferencia perdurará para otros, pero que nosotros la habremos superado.

Pensar en cuántos placeres hay.

¿Te diviertes en la ciudad?, ¿o dedicado a los negocios?, ¿o planeando una nominación y una elección?, ¿o con tu mujer y tu familia?,

¿o con tu madre y tus hermanas?, ¿o haciendo las labores domésticas, propias de las mujeres?, ¿o dispensando los hermosos cuidados de una madre?

Todo esto también fluye hacia los demás, tú y yo fluimos hacia ellos,

pero, a su debido tiempo, a ti y a mí nos interesará menos.

Tu hacienda, ganancias y cosechas: pensar en que te tienen absorto, pensar que siempre habrá haciendas, ganancias y cosechas, pero ¿de qué te servirán a ti?

## 6

Lo que sea, será bueno, porque lo que es, es bueno.

Interesarse es bueno, y no interesarse será bueno.

Las alegrías domésticas, el trabajo diario de la casa o del negocio, la construcción de hogares, no son fantasmas: tienen forma, peso y ubicación;

haciendas, ganancias, cosechas, mercados, gobierno: tampoco son fantasmas;

la diferencia entre el pecado y la bondad no es ilusoria;

la Tierra no es un eco; el hombre y su vida y todas las cosas de su vida son dignos de consideración.

No te han arrojado a los vientos: en ti ganas certeza y seguridad,

¡en ti!, ¡en ti!, ¡en ti, para siempre jamás!

## 7

No naciste de tu madre y de tu padre para dispersarte, sino para identificarte;

no para que te mantuvieses indeciso, sino para que fueras decidido;

algo informe que llevaba mucho tiempo gestándose ha llegado y ha cobrado forma en ti;

a partir de hoy estarás seguro, suceda lo que suceda.

Se recogen las hebras que se devanaron; la trama cruza la urdimbre; el patrón es sistemático.

Cada uno de los preparativos se ha justificado.

La orquesta ha afinado sobradamente los instrumentos, y la batuta ha dado la señal.

El huésped que iba a venir, y que ha tardado mucho, ya está alojado.

Es una de esas personas hermosas y felices; es uno de éstos a los que basta mirar, con los que basta estar.

No se puede escapar de la ley del pasado;

no se puede escapar de la ley del presente y del futuro;

no se puede escapar de la ley de los vivos: es eterna;

no se puede escapar de la ley del progreso y la transformación;

no se puede escapar de la ley de los héroes y los benefactores;

no se puede escapar, ni un ápice, de la ley de los borrachos, los delatores y los ruines.

## 8

Incesantes recorren la Tierra lentas filas negras.

Se llevan al del Norte y se llevan al del Sur, y a los de la costa atlántica y a los del Pacífico,

y a los del medio, y a cuantos viven en las cuencas del Misisipí, y en toda la Tierra.

Los grandes maestros y el cosmos están bien al marcharse, los héroes y los benefactores están bien,

los líderes famosos y los inventores y los propietarios ricos y los piadosos y distinguidos acaso estén bien,

pero ahí no terminan las cosas: cada uno cuenta con un minucioso informe.

Las interminables hordas de ignorantes y malvados son algo.

Los bárbaros de África y Asia son algo.

Los superficiales, en perpetua sucesión, son algo, al marcharse.

Sobre todo esto, y en ello,

he soñado que no habremos de cambiar tanto, ni de cambiar nuestra ley,

he soñado que los héroes y benefactores se someterán a la ley del presente y del pasado,

he soñado que los asesinos, borrachos y mentirosos se someterán a la ley del presente y del pasado,

porque he soñado que la ley a la que ahora están sometidos es bastante.

Y he soñado que el propósito y la esencia de la vida que conocemos, lo transitorio, consiste en dar forma y decidir la identidad de la vida que no conocemos, lo permanente.

Si todo diese en cenizas y estiércol,

si los gusanos y las ratas acabaran con nosotros, ¡entonces, cuidado!, porque nos habrían traicionado,

y concebiríamos la sospecha de la muerte.

¿Sospechas de la muerte? Si sospechara de la muerte, me moriría ahora mismo.

¿Crees que podría encaminarme con agrado y bien dispuesto a la aniquilación?

Con agrado y bien dispuesto me encamino,

a dónde, no sabría precisarlo, pero sé que es bueno.

El universo entero me dice que es bueno.

El pasado y el presente me dicen que es bueno.

¡Qué hermosos y perfectos son los animales!

¡Qué perfecta la Tierra, y lo más diminuto que contenga!

Lo que llamamos bueno es perfecto, y lo que llamamos malo es igualmente perfecto.

Las plantas y los minerales son perfectos, y perfectos los fluidos imponderables. Lentamente y con firmeza han llegado a ser lo que son, y lentamente y con firmeza progresan todavía más.

## 9

¡Juro que ahora creo que todo, sin excepción, posee un alma inmortal!

¡La tienen los árboles, cuyas raíces se hunden en la tierra! ¡La tienen las algas del mar, los animales!

¡Juro creer que sólo existe la inmortalidad!

¡Que el exquisito plan existe para ella, y que la nebulosa que flota existe para ella, y que la cohesión de todo existe para ella,

y que todos los preparativos existen para ella, y que la identidad existe para ella, y que la vida y la materia existen para ella!

## SUSURROS DE LA MUERTE CELESTIAL

### ¿Te atreverás ahora, oh, alma...?

¿Te atreverás ahora, oh, alma,  
a caminar conmigo a la región desconocida,  
en la que los pies no hallan suelo ni sendero que seguir?  
Allí no hay mapas, ni guías,  
ni suenan voces, ni se siente el roce de manos humanas;  
en esa tierra no hay rostros lozanos, ni labios, ni ojos.  
Nada sé, oh, alma,  
ni tú tampoco: el vacío se abre ante nosotros;  
lo nunca soñado nos espera en esa región, en esa tierra inaccesible.  
Hasta que se aflojen los lazos,  
todos salvo los eternos, el Tiempo y el Espacio,  
y ni la oscuridad, la gravedad, los sentidos o ninguna otra limitación nos limite.  
Entonces nos liberaremos y flotaremos  
en el Tiempo y el Espacio, oh, alma, preparados para afrontarlos,  
iguales, pertrechados, por fin (¡oh, alegría!, ¡oh, fruto de todo!), para  
consumarlos, ¡oh, alma!

## Oigo susurros de la muerte celestial

Oigo susurros de la muerte celestial,  
el comadreo labial de la noche, coros sibilantes,  
pasos que suben, suaves, graves céfiros místicos,  
ondas de líos invisibles, el fluir de una corriente eterna  
(¿o son unas lágrimas que salpican, las aguas inconmensurables de las lágrimas  
humanas?).

Veo, veo en el cielo grandes masas de nubes:  
giran lentas, luctuosas; se expanden y se confunden en silencio;  
y, de vez en cuando, dejan vislumbrar  
una estrella pálida, triste y remota.  
(Más bien algún parto, algún solemne e inmortal nacimiento:  
las fronteras impenetrables a los ojos  
algún alma cruza).

## Canto el cuadrado deífico

### 1

Canto el cuadrado deífico, surjo del Uno, de los lados,  
de lo viejo y lo nuevo, del cuadrado enteramente divino,  
sólido, tetragonal (todos los lados son necesarios): de este lado soy Jehová,  
soy el viejo Brahma y soy Saturno;  
el Tiempo no me afecta: yo soy el Tiempo, antiguo y moderno como cualquier  
otro,  
irreductible e implacable, administro justicia,  
mientras la Tierra, el Padre, el viejo y atezado Cronos, con sus leyes  
y una edad que excede todo cálculo, aunque siempre joven, giran eternamente en  
virtud de esas leyes poderosas;  
implacable, no perdono a nadie: el que peca, muere; yo le arrebató la vida.  
Que ninguno, pues, espere piedad. ¿Tienen piedad las estaciones, la gravedad, los  
días señalados? Pues tampoco yo.

Como las estaciones y la gravedad, y como todos los días señalados que no perdonan,  
dicto sentencias inexorables, desde este lado, sin el menor remordimiento.

## 2

Quien, benévolo, da consuelo, el prometido,  
el que tiende una mano amiga, Dios todopoderoso soy,  
anunciado por profetas y poetas en sus más arrebatadas profecías y poemas,  
de este lado, ¡mira!, Cristo Nuestro Señor observa; ¡mira!, soy Hermes; ¡mira!,  
tengo la cara de Hércules.

Todo pesar, todo trabajo, todo sufrimiento, halla correspondencia en mí, y lo absorbo.

He sido rechazado, ultrajado, encarcelado y crucificado muchas veces; y volveré a serlo muchas más.

He renunciado al mundo por mis queridos hermanos y hermanas, por el alma,  
y llevado el beso de mi afecto a los hogares de los hombres, ricos o pobres,  
porque yo soy el afecto, yo soy el Dios de la alegría, la esperanza y la caridad que  
a todos alcanza,

de las palabras indulgentes, como dirigidas a niños, de palabras nuevas y  
prudentes que sólo yo poseo.

Joven y fuerte tránsito entre los hombres, sabedor de que me espera una muerte  
prematura,

pero mi caridad no conoce la muerte, ni muere, ahora ni nunca, mi sabiduría,  
ni el dulce amor que he legado, aquí y en todas partes, muere jamás.

## 3

Señero, insatisfecho, conspirando,  
camarada de los criminales, hermano de los esclavos,  
astuto, despreciado, siervo ignorante,  
con cara de sudra<sup>[445]</sup>, exhausto, negro, pero, en lo más profundo de mi corazón,  
orgullosa como el que más,

enfrentado ahora y siempre a quien me escarnezca y pretenda gobernarme,  
taciturno, lleno de ardides, lleno de recuerdos, suspicaz, pródigo en artimañas  
(aunque creyeron haberme confundido y derrotado, y descubierto mis tretas, eso  
nunca sucederá),

desafiante, yo, Satán, vivo todavía, todavía pronuncio palabras y me aparezco, en  
el momento adecuado, en las nuevas tierras (y también en las antiguas),

y permanezco aquí, de este lado, beligerante, igual a todos, real como todos.  
Ni el tiempo ni el cambio me alterarán jamás, ni a mí ni a mis palabras.

#### 4

Santa Spirita<sup>[446]</sup>, dador de aliento y vida,  
más allá de la luz, más ligero que la luz,  
más allá de las llamas del infierno, que supero, alegre, de un salto,  
más allá del Paraíso, perfumado solamente con mi propio perfume,  
abarco cuanto vive en la tierra, toco, abarco a Dios, abarco al Salvador y a Satán,  
etéreo, impregnándolo todo (porque ¿qué sería todo sin mí?, ¿qué sería Dios?),  
esencia de las formas, vida de las identidades verdaderas, permanentes, positivas  
(es decir, las invisibles),  
vida de este gran mundo esférico, del sol y las estrellas, y del hombre, yo, el alma  
general,  
aquí doy fin al cuadrado, lo sólido, siendo yo lo más sólido,  
e infundo también mi aliento a estos cantos.

#### He soñado que me decían

He soñado que me decían que aquél a quien amo día y noche había muerto,  
y he soñado que iba a donde habían enterrado a aquél que amo, pero no estaba  
allí;  
y he soñado que deambulaba por entre las tumbas, en su busca,  
y que descubría que todo eran tumbas.  
Las casas llenas de vida estaban igualmente llenas de muerte (esta casa lo está  
ahora),  
las calles, los barcos, los lugares de esparcimiento, Chicago, Boston, Filadelfia,  
Mannahatta, estaban tan llenos de muertos como de vivos,  
y más aún, oh, mucho más llenos de muertos que de vivos.  
Y, a partir de hoy, lo que he soñado se lo contaré a todo el mundo y en todo  
tiempo,  
y, a partir de hoy, permaneceré ligado a lo que he soñado,  
y ahora estoy dispuesto a no prestar atención a las tumbas, a prescindir de ellas,



y, si los monumentos funerarios se erigiesen indistintamente aquí y allá, incluso en la habitación en la que como o duermo, me sentiría satisfecho,  
y, si el cadáver de alguien a quien amo, o mi propio cadáver, fuesen reducidos a polvo y arrojados al mar, como debe ser, me sentiría satisfecho,  
o si se esparciesen al viento, me sentiría satisfecho.

### **No obstante, horas de abatimiento**

No obstante, horas de abatimiento, ya os conozco.  
Pesas de plomo, cómo me entorpecéis, cómo os hincáis en mis tobillos.  
La tierra se transforma en un lugar de duelo. Oigo una voz arrogante y burlona:  
*La materia ha vencido; la materia, única triunfadora, avanza.*  
Me llegan, sin cesar, gritos de desesperación.  
La llamada de mi amante más cercano, alarmado, indeciso:  
*Ven y dime en qué mar me apresto a navegar,  
dime a dónde me dirijo, presuroso, revélame mi destino.*  
Entiendo tu angustia, pero no puedo ayudarte.  
Me acerco; oigo, contemplo la boca triste, la mirada de los ojos, tu pregunta muda:  
*¿A dónde iré cuando salga de la cama en que descanso? Ven y dímelo.*  
Vejez alarmada, indecisa; la voz de una joven, que me pide consuelo;  
La voz de un joven: *¿No podré escapar?*

### **Paseaba por la costa**

Paseaba por la costa  
y, como si un fantasma me hubiese acariciado, sentí que no estaba solo.  
Pero el que creía que me acompañaba en mi paseo por la costa, ése cuyas caricias adoraba,

ése, al inclinarme y observar a la luz trémula, había desaparecido por completo, y ya sólo se aparecían los que me resultaban aborrecibles y se burlaban de mí.

## Certidumbres

No necesito certidumbres: soy un hombre preocupado por su alma.

No dudo de que, bajo los pies y junto a las manos y los rostros que me son conocidos, hay rostros que me son desconocidos y que me miran, rostros calmos y reales;

no dudo de que la majestad y la belleza del mundo subyacen, latentes, en todos sus rincones;

no dudo de carecer de límites, ni de que los universos carecen de límites, y en vano intento imaginarme hasta qué punto carecemos de límites;

no dudo de que los orbes y los sistemas de orbes practican sus vertiginosos juegos en el aire con una intención, ni de que algún día estaré en condiciones de hacer lo mismo que ellos, y aún más;

no dudo de que las cosas temporales duran millones y millones de años;

no dudo de que lo interior tiene su interior, y lo exterior, su exterior, y de que la vista tiene otra vista, y el oído, otro oído, y la voz, otra voz;

no dudo de que las muertes de los jóvenes, tan lloradas, estaban previstas, y de que las muertes de las jóvenes y de los niños estaban previstas

(¿acaso creías que la Vida estaba perfectamente prevista, pero que la Muerte, que da sentido a la Vida, no estaba prevista?);

no dudo de que los naufragios, por horribles que sean, por muchas esposas, hijos, maridos, padres o amantes que se ahoguen, están previstos, hasta en sus menores detalles;

no dudo de que lo que pueda ocurrir, en cualquier parte y en cualquier momento, está previsto y resulta inherente a las cosas;

no creo que la Vida lo prevea todo, ni el Tiempo o el Espacio, pero sí que la Muerte Celestial lo prevé todo.

## **Años como arenas movedizas**

Años como arenas movedizas que me arrojáis no sé a dónde,  
vuestros planes y vuestra política fracasan, vuestros trazos se desvanecen, las  
sustancias se burlan de mí, y se me escapan;  
sólo el tema que canto, el alma grande y reciamente poseída, no se me escapa:  
el propio ser no ha de desvanecerse nunca, porque él es la sustancia última, y lo  
único seguro entre todas las cosas.  
De la política, los triunfos, las batallas, la vida, ¿qué queda, al final?  
Cuando el espectáculo se acaba, ¿qué hay seguro, sino el propio Ser?

## **Esa música que siempre me acompaña**

Esa música que siempre me acompaña, sin cesar, sin principio, aunque, ignorante,  
durante mucho tiempo no la oyera;  
ahora, sin embargo, percibo el coro, y la exaltación me invade;  
oigo a un tenor, fuerte, que profiere, con energía y salud, las alegres notas del  
amanecer,  
y, a ratos, a una soprano navegar, con alegría, por las crestas de las inmensas olas,  
y a un bajo transparente experimentar un delicioso estremecimiento bajo el peso  
del universo, o en sus entrañas,  
y los tutti triunfales, los dulces lamentos fúnebres de las flautas y violines, y me  
lleno de todos ellos.  
No atiendo meramente a las masas de sonido, sino que me conmueven sus  
exquisitos significados;  
escucho las distintas voces que irrumpen o se retiran, sinuosas, que pelean con  
extrema vehemencia, que rivalizan con las demás por superarlas en emoción;  
no creo que los intérpretes se conozcan, pero ahora sí creo que empiezo a  
conocerlos.

## **¿Qué barco extraviado en el mar...?**

¿Qué barco extraviado en el mar brega por recuperar la derrota?

¿O, al arribar a puerto, para sortear los obstáculos y enfilarse el canal, necesita un piloto perfecto?

¡Aquí, marinero!, ¡aquí, barco! Que embarque el piloto perfecto, que os ofrezco, en una chalupa y remando hacia vosotros, con mis saludos.

## **Una araña paciente y silenciosa**

Una araña paciente y silenciosa

he visto en un pequeño promontorio, sola,

y he visto también cómo, para explorar el vasto vacío que la circundaba,

producía un filamento tras otro, un filamento tras otro,

devanándolos deprisa, sin descanso.

Y tú, oh, alma mía, allí donde te encuentras,

rodeada, aislada, en inconmensurables océanos de espacio,

piensas, te aventuras, te lanzas, buscas sin cesar las esferas, para conectarlas,

hasta que el puente que necesitas se haya formado, y el ancla dúctil se afirme,

y el hilo sutil que produces se sujete a algo, oh, alma mía.

## **¡Oh, vivir siempre, y siempre morir!**

¡Oh, vivir siempre, y siempre morir!

¡Oh, mis propios entierros, pasados y presentes!

¡Oh, yo, avanzando a grandes pasos, material, visible, imperioso como siempre!

Oh, yo, y lo que he sido durante años, ahora muerto (no me lamento: estoy satisfecho).

Oh, desembarazarme de mis propios cadáveres, darme la vuelta y ver dónde los he arrojado,  
y continuar (¡oh, vivir, vivir siempre!), y dejar los cadáveres atrás.

### **A uno que pronto va a morir**

Entre todos te elijo: tengo un mensaje para ti.  
Vas a morir: que otros te digan lo que les plazca; yo no puedo andarme con rodeos.  
Soy exacto y despiadado, pero te quiero: no tienes escapatoria.  
Te toco, suavemente, con la mano derecha, y apenas la sientes.  
No discuto; inclino mucho la cabeza, hasta casi esconderla;  
sigo sentado, en silencio, junto a ti; te soy fiel.  
Soy más que un enfermero, más que un familiar o un vecino:  
te absuelvo de todo, excepto de tu ser espiritual y corporal, que es eterno. Tú escaparás, ciertamente,  
y el cadáver que dejarás no será sino un excremento.  
El sol irrumpe en direcciones inesperadas.  
Te invaden pensamientos arrebatados, y la confianza. Sonríes,  
te olvidas de que estás enfermo, y también yo me olvido de que lo estás.  
Ya no ves los medicamentos, ya no te preocupan los amigos que lloran, estoy contigo  
y aparto a los demás de ti: no hay nada de que apiadarse;  
yo no me apiado: yo te felicito.

### **Noche en las praderas<sup>[447]</sup>**

Noche en las praderas:  
la cena se ha acabado, la fogata está baja,

duermen los emigrantes, cansados, arrebuados en las mantas,  
y yo paseo solo: me paro y miro las estrellas, en las que —pienso ahora— no  
había reparado nunca antes.  
Ahora absorbo la inmortalidad y la paz,  
admiro a la muerte y pongo a prueba las proposiciones.  
¡Qué abundante!, ¡qué espiritual!, ¡qué condensado!  
El hombre y el alma de siempre, las aspiraciones de siempre, y la misma  
satisfacción.  
Pensaba que no había nada más espléndido que el día, hasta que vi lo que  
desplegaba el no día;  
pensaba que este globo era bastante, hasta que brotaron a mi alrededor, en  
silencio, miríadas de otros globos.  
Ahora que estoy lleno de grandiosos pensamientos sobre el espacio y la  
eternidad, ellos serán mi medida,  
y, rozado por las vidas de otros globos, que han llegado tan lejos como las de la  
Tierra,  
o que esperan hacerlo, o que han superado a las de la Tierra,  
ya no puedo desdeñarlas más de lo que desdeño mi propia vida,  
o las vidas de la Tierra que han llegado tan lejos como la mía, o que esperan  
hacerlo.  
Oh, ahora veo que la vida no puede enseñármelo todo, como no puede el día,  
y que habré de esperar a lo que me enseñe la muerte.

## Un pensamiento

Compartía con otros un magnífico festín, al son de la música,  
cuando me vino a la mente (no sé de dónde) la imagen espectral y nebulosa de un  
naufragio en el mar,  
de ciertos barcos, que zarpan de puerto con los gallardetes al viento y tirando  
besos, para no volver jamás;  
del solemne y oscuro destino del *Presidente*<sup>[448]</sup>,  
de la flor de la ciencia náutica de cincuenta generaciones, que zozobró y se fue a  
pique en la costa noreste —del vapor *Ártico* hundido<sup>[449]</sup>

y del velado retablo: las mujeres, juntas en cubierta, pálidas, heroicas, esperando el momento inminente, ¡oh, el momento!

Un inmenso sollozo, un leve burbujeo, el brotar de la espuma blanca, y las mujeres han desaparecido, se han hundido en un agua impasible. Y pienso: ¿realmente han desaparecido estas mujeres?

¿Así se ahogan y destruyen las almas?

¿Sólo triunfa la materia?

### **La última invocación**

En el último instante, con ternura,  
de los muros de la imponente casa fortificada,  
del abrazo de los cerrojos echados, de las profundidades de las puertas bien cerradas,  
que el viento me lleve.

Quiero deslizarme en silencio y salir,  
descorrer los cerrojos con la llave de la suavidad  
y, con un susurro, abrir las puertas, oh, alma.

Con ternura, sin impaciencia  
(me ciñes con fuerza, oh, carne mortal;  
me ciñes con fuerza, oh, amor).

### **Al ver labrar al labrador**

Al ver labrar al labrador,  
o al sembrador sembrar los campos, o segar al segador,  
veo también, oh, vida y muerte, vuestras analogías  
(la vida, la vida es la labranza, y la Muerte, la cosecha que se recoge).

## Pensativo y vacilante

Pensativo y vacilante,  
escribo las palabras *los Muertos*,  
porque los Muertos están vivos  
(acaso sean ellos los únicos vivos, los únicos reales,  
y yo, la aparición, yo, el espectro).

### A ti, Madre, con tu descendencia igual

#### 1

A ti, Madre, con tu descendencia igual,  
a ti, heterogénea cadena de Estados diversos, pero con una sola identidad,  
quisiera ofrecerte un canto especial, por encima de todos, antes de marcharme:  
a ti y al futuro.

Me gustaría sembrar para ti una semilla de Nacionalidad sin fin,  
modelarte entera, incluyendo cuerpo y alma,  
exponer de antemano tu verdadera Unión, y cómo puede lograrse.  
Procuro trazar los senderos que conducen a la casa,  
pero dejar la casa a los que vengan después.

A la fe canto, y a los preparativos;  
y, dado que la Vida y la Naturaleza no son sólo grandes referidas al presente,  
sino mayores aún vistas desde el futuro,  
en virtud de esta fórmula, para ti canto.

#### 2

Como un pájaro fuerte, con la libertad en las alas,  
que, jubiloso, hendiera los espacios dilatados y se perdiese en el cielo:  
sea ése mi pensamiento sobre ti, América,  
sea ése el recitativo que te ofrezco.

No te ofreceré las fatuidades de los poetas de otras tierras,  
ni los cumplidos que han sido útiles durante tanto tiempo,



ni las rimas, ni los clásicos, ni el perfume de las cortes extranjeras o las bibliotecas cerradas,  
sino un aroma como el de los pinares de Maine, o el aliento de una pradera de Illinois;  
compareceré con los aires de Virginia o Georgia o Tennessee, o de las serranías de Texas, o las marismas de Florida,  
o la oscura corriente del Saguenay<sup>[450]</sup>, o la vasta extensión azul del Hurón,  
con la representación de los paisajes del Yellowstone o de Yosemite<sup>[451]</sup>,  
y un murmullo subyacente, que lo invade todo: el rumor del mar,  
que brota sin término de los dos Grandes Mares del mundo.  
Y, para tu percepción más sutil, estribillos más sutiles todavía, Madre terrible,  
preludios del intelecto que concuerden contigo y con todo, fórmulas mentales adecuadas para ti, reales y cabales y amplias, como todo esto y como tú,  
¡tú!, que te elevas a alturas y descienes a profundidades mayores de lo que nos imaginábamos, ¡tú, Unión trascendental!  
Por ti se justificará el hecho, se fundirá con el pensamiento,  
el pensamiento del hombre justificado, fundido con Dios,  
y por tu idea, mira, ¡la realidad inmortal!,  
por tu realidad, mira, ¡la idea inmortal!

### 3

Cerebro del Nuevo Mundo, qué tarea la tuya:  
formular lo Moderno, a partir de la grandeza sin igual de lo moderno  
y de ti, incluyendo la ciencia, y refundir los poemas, las iglesias, el arte  
(refundirlos, o quizá descartarlos, destruirlos; acaso ya hayan cumplido su finalidad, ¿quién sabe?),  
y, mediante la visión o la concepción, o con las manos, sobre el trasfondo de un pasado imponente, y de sus muertos,  
dibujar, con absoluta fe, la magnificencia del presente vivo.  
Y, sin embargo, tú, cerebro del presente vivo, heredero de los muertos, del cerebro del Viejo Mundo,  
tú, resguardado tanto tiempo, como una criatura nonata, entre sus pliegues,  
tú, a quien tan larga y cuidadosamente ha preparado, quizá no hagas sino desplegarlo, llevarlo a su madurez,  
para que culmine en ti: la esencia del tiempo pasado se contiene en ti;  
sus poemas, iglesias, artes, sin ellos saberlo, te estaban destinados.  
Como las manzanas, que tardan muchísimo en crecer,  
en ti madura ahora el fruto de lo Antiguo.

## 4

Navega, navega lo mejor que puedas, barco de la Democracia.

Valiosa es tu carga, que no es sólo el Presente:

también el Pasado viaja en tus sentinas.

No sólo defiendes tu suerte, ni la del continente Occidental:

la Tierra entera, compendiada, navega con tu quilla, oh, barco, afirmada por tus mástiles;

el Tiempo viaja contigo, en fideicomiso; las naciones que te han precedido se hundan o navegan contigo;

con su multitud de viejos conflictos, mártires, héroes, epopeyas, guerras, tú transportas a los demás continentes:

de ellos, de ellos tanto como tuyo, es el triunfal puerto de destino.

Gobierna, pues, con mano firme y ojo avizor, oh, timonel, porque llevas a grandes compañeros:

la venerable Asia sacerdotal viaja hoy contigo,

la regia Europa feudal viaja contigo.

## 5

Hermoso, soberbio mundo, recién nacido, que se alza ante mis ojos,

como una infinita nube de oro que cubriera el cielo de occidente,

emblema de la maternidad general elevado sobre todas las cosas,

forma sagrada de quien lleva a hijas e hijos en su seno:

de tu vientre fecundo nacen vástagos gigantescos en procesión incesante,

y acceden desde la gestación, dando y tomando, continuamente, fuerza y vida.

Mundo de lo real, mundo de dos en uno,

mundo del alma, nacido sólo del mundo de lo real, y conducido a la identidad, al cuerpo, sólo por lo real,

pero incipiente apenas, con incalculables masas de materiales compuestos, preciosos,

arrojados por los ciclos de la historia, por todas las naciones y todos los idiomas, y enviados hasta aquí,

y preparados, reunidos aquí, para que sirvan a la construcción de un mundo más libre, más vasto, más eléctrico

(el verdadero Nuevo Mundo, el mundo de la ciencia, la moral y la literatura órbicas que han de llegar).

Tú, mundo maravilloso, pero aún indefinido, informe: no seré yo quien te defina;

¿cómo podría atravesar el impenetrable vacío del futuro?

Siento que tu ominosa grandeza contiene tanto el bien como el mal,  
y te veo avanzar, absorber el presente, trascender el pasado;  
veo brillar tu luz, y a tu sombra proyectar sombra, a todo el globo,  
pero no pretendo definirte, ni comprenderte apenas:  
me limito a nombrarte, a profetizarte, como ahora,  
¡a proferirte!

A ti en tu futuro;  
a ti en tu única vida perdurable, en tu trayectoria, en tu inteligencia sin ataduras,  
en tu espíritu alígero;  
a ti como a otro sol igualmente necesario, radiante, ardiente, veloz, que todo  
hace fructificar;  
a ti, arrebatado de alegría, regocijado, sacudido por una hilaridad interminable,  
que dispersas para siempre la nube que ha ensombrecido, que ha oprimido,  
durante tanto tiempo, la mente del hombre,  
la duda, la sospecha, el temor de la decadencia gradual, de la decadencia segura  
del hombre;  
a ti en tu descendencia más numerosa y sensata descendencia de varones y  
hembras; a ti en tus atletas morales y espirituales, el Sur, el Norte, el Oeste y el  
Este  
(y a tus pechos inmortales, Madre de Todo, a todas tus hijas e hijos, amados por  
igual, eternamente iguales);  
a ti en tus músicos, cantantes y artistas, no nacidos todavía, pero indudables;  
a ti en tu riqueza moral y tu civilización (hasta alcanzarlas, tu más orgullosa  
civilización material resultará vana);  
a ti en tu culto, que todo lo provee y todo lo abarca; a ti, pero no en una sola  
biblia, o en un único salvador,  
sino en salvadores innumerables, latentes en ti, en biblias incesantes que están  
dentro de ti, iguales entre sí, divinas por igual  
(tu curso alado no se formula en las dos grandes guerras que has sufrido<sup>[452]</sup>, ni en  
el visible crecimiento que has experimentado en este siglo,  
sino, con mucha mayor fidelidad, en estas hojas y estos cantos, tus cantos, ¡gran  
Madre!);  
a ti en una educación surgida de ti, en profesores, estudios, estudiantes, surgidos  
de ti;  
a ti en tus democráticas *fêtes*<sup>[453]</sup> *en masse*, en tus originalísimos festivales,  
óperas, conferencias y predicadores;  
a ti en tus ultimatots (los preparativos ya han terminado: el edificio descansa en  
cimientos sólidos);

a ti en tus pináculos, tu intelecto, tu pensamiento, tus más altas alegrías racionales, tu amor y tu aspiración divina, en tus espléndidos literatos futuros, en tus oradores a pleno pulmón, en tus bardos sacerdotales, en tus sabios cósmicos. ¡A éstos!, a todos éstos, que están en ti (y que sin duda llegarán), los profetizo hoy.

## 6

Tierra que todo lo toleras, que todo lo aceptas, y no sólo lo bueno, porque todo es bueno para ti;  
tierra que, en los reinos de Dios, constituirás un reino propio, que, bajo la ley de Dios, serás tu propia ley.  
(Mira: allí surgen tres estrellas incomparables, que serán las estrellas de tu nacimiento, país mío: Unión, Evolución y Libertad, engastadas en el cielo de la Ley).  
Tierra de fe sin precedentes, de fe en Dios:  
tu suelo, y hasta tu subsuelo, solevantados;  
las entrañas de la tierra, ocultas durante tanto tiempo, y con tanta diligencia, se muestran desde hoy osadamente desnudas, expuestas por ti a la luz del cielo, para nuestro provecho o nuestra desdicha.  
No sólo para el éxito, ni para la bonanza ininterrumpida, la tormenta te salpicará la cara, y te anegará el horror de la guerra, y de cosas peores que la guerra  
(¿has soportado la guerra, con sus convulsiones y sus pruebas? Pues enfréntate ahora a la paz y a las suyas, porque la convulsión última y el agarrotamiento mortal de las naciones no sobrevienen con la guerra, sino con la prosperidad que trae la paz);  
con una máscara, y una sonrisa en ella, se acercará la muerte para seducirte, y te consumirán las enfermedades:  
el cáncer extenderá sus garras lívidas, espantosas, y, clavándotelas en el pecho, querrá hundírtelas hasta el fondo, y la peor de las tisis, la tisis moral, te encenderá el rostro de fiebre, pero tú te enfrentarás a la fortuna y a la enfermedad, y las superarás a todas, sean cuales sean hoy y a lo largo del tiempo:  
todas y cada una de ellas se disiparán, y desaparecerán, y te abandonarán, en tanto que tú, ascendiendo por las espirales del Tiempo, saliendo de ti, desenmarañándote de ti, fundiéndote,

tú, Unión ecuánime, natural, mística (mezclado lo mortal con lo inmortal),  
remontarás el vuelo para alcanzar el futuro, el espíritu del cuerpo y de la mente,  
el alma y sus destinos.

El alma, sus destinos, lo verdaderamente real  
(el sentido de todas las apariciones de lo real),

en ti, América, el alma y sus destinos,

¡tú, globo de globos!, ¡tú, nebulosa admirable!,

convulsionada por múltiples agonías ardientes y glaciales (y consolidada por  
ellas),

tú, orbe mental, moral, ¡tú, Mundo Nuevo, nuevo, ciertamente, y Espiritual!

El Presente ya no te contiene: para un crecimiento tan descomunal como el tuyo,  
para un vuelo tan incomparable como el tuyo, y una descendencia como la tuya,  
sólo el futuro te contiene y puede contenerte.

### **Escena en Paumanok**

Dos barcas han tendido sus redes a cierta distancia de la playa, y descansan, casi  
inmóviles.

Diez pescadores esperan. Pero descubren un denso banco de sábalos, y tiran al  
agua los extremos unidos de las jábegas.

Las barcas se separan luego, a golpe de remo, y vuelven a la playa describiendo un  
círculo: así embolsan a los sábalos.

Los que se han quedado en tierra tiran de las jábegas con un cabrestante.

Algunos pescadores se han tumbado en las barcas; a otros, que siguen a pie firme,  
les llega el agua a los tobillos.

Las barcas ya casi han llegado a tierra, pero el agua aún las zarandea.

Desparramados en la arena, en montones e hileras, lejos del agua, están los  
sábalos, de lomos moteados de verde.

## DEL MEDIODÍA A LA NOCHE ESTRELLADA

**Tú, orbe deslumbrante, allá en lo alto**<sup>[454]</sup>

¡Tú, orbe deslumbrante, allá en lo alto!, ¡tú, ardiente mediodía de octubre!,  
inundáis de fulgor la arena gris de la playa  
y el mar cercano y sibilante, con sus perspectivas lejanas y su espuma,  
y las vetas ambarinas, y la sombras, y la amplitud azul;  
¡oh, refulgente sol de mediodía! Para ti, mi palabra especial.  
¡Óyeme, ilustre!,  
a mí, tu amante, porque siempre te he amado:  
ya de niño, al recibir tu calor; o de muchacho, en el lindero de algún bosque,  
cuando me bastaba, para sentirme feliz, que me rozaran tus rayos;  
o en la madurez, o joven o viejo, como ahora, en que te dirijo esta invocación.  
(No me puedes engañar con tu silencio:  
sé que al hombre adecuado se rinde la Naturaleza toda,  
y, aunque no contesten con palabras, el cielo, los árboles, oyen su voz; en cuanto  
a ti, oh, sol,  
en cuanto a tus sufrimientos, tus perturbaciones, tus repentinas fracturas, las  
saetas gigantescas de tus llamas,  
los entiendo: conozco bien esas llamas, esas perturbaciones).  
Tú, que derrochas luz y calor fructíferos  
en miríadas de granjas, en las tierras y aguas del Norte y del Sur,  
en el curso interminable del Misisipí, en los herbazales de Texas, en los bosques  
de Canadá,  
en todo el globo, cuando vuelve el rostro a mirarte, brillando en el espacio;  
tú que lo envuelves todo, imparcialmente, y no sólo a los continentes y los mares;

tú que te das, tan liberalmente, a la uva, a las malas hierbas y a las florecillas silvestres,  
derrámate, derrámate en mí y en lo mío: que apenas un rayo fugaz, de entre los millones y millones que emites,  
traspase estos cantos.  
Pero no prodigues tu sutil resplandor, ni tu fuerza, sólo por ellos:  
prepara mi anochecer, prepara las sombras que he de proyectar,  
prepara mis noches estrelladas.

## Caras

### 1

Tanto si paseas por las calles, como si recorres los caminos, en el campo, ¡mira qué caras!  
Caras de amistad, precisión, cautela, afabilidad o idealidad,  
la cara espiritual y premonitoria, la cara benevolente, siempre bienvenida, de las personas corrientes,  
la cara del que canta, las caras ceremoniosas de los que nacieron para ser abogados y jueces, con amplias coronillas,  
las caras de los cazadores y pescadores, de cejas prominentes, las caras rasuradas y palidecidas de los ciudadanos ortodoxos,  
la cara pura, extravagante, deseosa, inquisitiva, del artista,  
la cara fea de algún alma bella, la cara hermosa pero aborrecida o despreciada,  
las caras sagradas de los niños, la cara iluminada de la madre de muchos hijos,  
la cara de un romance, la cara de la veneración,  
la cara como de un sueño, la cara de un peñasco,  
la cara despojada de su bondad y su maldad, una cara castrada,  
un halcón con las alas recortadas,  
un semental sometido finalmente a las correas y al cuchillo del capador.  
Paseando, pues, por las calles, o, sin pausa, por el transbordador, caras y caras y caras;  
las veo y no me quejo: todas me satisfacen.

## 2

¿Crees que me sentiría satisfecho con ellas si pensara que son su propio *finale*?  
Esta cara es demasiado lamentable para un hombre:  
un piojo abyecto que pide permiso para existir, que se arrastra para conseguirlo;  
un gusano de morro blanquecino, que bendice a cuanto le permite reptar hasta su  
agujero.  
Esta cara es el hocico de un perro que olisquea la basura;  
las serpientes anidan en esa boca: oigo la amenaza de su siseo.  
Esta cara es una bruma más fría que el mar Ártico:  
sus icebergs, soñolientos, se menean, crujen al pasar.  
Ésta es una cara de hierbas amargas, y esta otra, un emético: no necesitan  
etiquetas;  
y hay más, salidas del botiquín: láudano, caucho, manteca de cerdo.  
Esta cara es una epilepsia: su lengua sin palabras lanza un grito sobrenatural,  
se le hinchan las venas del cuello, se le ponen los ojos en blanco,  
le rechinan los dientes, las uñas se le clavan en las palmas de las manos;  
el hombre cae al suelo, entre convulsiones y espumarajos, aunque ve bien.  
Esta cara está comida por sabandijas y gusanos,  
y ésta es el cuchillo de un asesino a medio desenvainar.  
Esta cara debe al sepulturero su más sombría retribución:  
la campana dobla ahí, sin cesar.

## 3

Rasgos de mis semejantes, ¿pretendéis engañarme con vuestro ajado, con  
vuestro cadavérico desfilar?  
Pues no podéis hacerlo.  
Veo vuestro flujo circular, nunca borrado;  
veo lo que ocultan vuestros disfraces mezquinos y harapientos.  
Desplegaos, retorceos cuanto queráis; hurgad, enredad con vuestros morros de  
pez o de rata <sup>[455]</sup>:  
os quitarán la careta; sin duda os la quitarán.  
He visto la cara del idiota más pringoso y babeante encerrado en el manicomio,  
y, para mi consuelo, sabía lo que ellos ignoraban:  
sabía quiénes habían desvalijado, arruinado a mi hermano <sup>[456]</sup>;  
eran los mismos que esperan para retirar los escombros del edificio derruido.  
Volveré a mirar dentro de una eternidad,



y encontraré al verdadero propietario de la casa sano y salvo, en un estado inmejorable, como yo mismo.

#### 4

El Señor avanza, sigue avanzando:

su sombra le precede, y la mano tendida, siempre, para que lo alcancen los rezagados.

De su cara surgen estandartes y caballos. ¡Oh, qué soberbio! Veo lo que se acerca: veo los gorros de los exploradores, veo a los bastones de los corredores despejar el camino, oigo tambores victoriosos.

Esta cara es un bote salvavidas;

ésta, barbada, es la que imparte órdenes: no pide a los demás que le den ventaja;

esta cara es un fruto en sazón, listo para comer;

esta cara de un chico sano y honrado es el programa de todo lo bueno.

Estas caras, dormidas o despiertas, dan testimonio:

demuestran provenir de Dios mismo.

De las palabras que he pronunciado, no exceptúo a nadie: rojos, blancos, negros: todos son deíficos;

todas las casas albergan el óvulo, que fructificará dentro de un milenio.

Las manchas y las rajaduras de las ventanas no me molestan.

Tras ellas, altos y suficientes, me hacen señas.

Comprendo la promesa, y espero, paciente.

Ésta es la cara de un lirio abierto:

le habla a un hombre, ágil de caderas, junto a la valla del jardín.

*Ven, exclama, sonrojándose; ven, acércate, hombre de caderas ágiles.*

*Quédate a mi lado, para apoyarme en ti y crecer todo lo que pueda.*

*Lléname de tu miel blanquecina, inclínate hacia mí;*

*restriégame tu barba áspera, restriégamela por el pecho y por los hombros.*

#### 5

La cara envejecida de la madre de muchos hijos.

¡Chist! Reboso de satisfacción.

Tranquilo y tardío es el humo de la mañana del Primer día <sup>[457]</sup>:

se enreda en las copas de los árboles, alineados junto a las vallas;

se deshilacha en el sasafrás, y el cerezo silvestre, y la zarzaparrilla.

He visto a las ricachonas, con sus mejores galas, en la soirée;

he oído lo que los cantantes se han pasado tanto tiempo cantando;  
he oído a aquél cuya carmínea juventud ha brotado de la espuma blanca y el agua azul.

¡Contempla a esa mujer <sup>[458]</sup>!

Mira por debajo de su cofia de cuáquera; su cara es más hermosa y luce más que el cielo.

Está sentada, a la sombra, en un sillón del porche de la granja;  
el sol se refleja apenas en sus canas.

Lleva un vestido amplio, de hilo, de color crema.

Sus nietos han cultivado el lino, y sus nietas lo han hilado con la rueca y el torno.

El carácter melodioso de la tierra,  
el punto final que la filosofía no puede, ni quiere, rebasar,  
la justificada madre de los hombres.

## El trompetero místico

### 1

¡Escucha! Algún trompetero brutal, algún músico extraño,  
se cierne, invisible, en el aire, y hace vibrar, esta noche, caprichosas melodías.  
Te oigo, trompetero; escucho con atención y capto tus notas,  
que se derraman, se arremolinan, tempestuosas, a mi alrededor,  
o bien se vuelven graves, y se apagan, y se pierden en la distancia.

### 2

Acércate, ser incorpóreo. Acaso en ti resuene  
algún compositor muerto; acaso tu vida haya estado llena de reflexión,  
de altas aspiraciones, de ideales inconcretos,  
de olas, de océanos musicales, en caótico tumulto,  
y ese ahora extático fantasma se incline sobre mí, y tu corneta sea su eco, y vibre,  
y no se entregue sino a mis oídos, se entregue a ellos sin reserva,  
para que pueda traducirte.

### 3

Toca, trompetero, libre y claro: yo te sigo.  
Ante tu prelude diáfano, alegre, sereno,  
se retiran el mundo inquieto, las calles, el fragor del día,  
y una calma sagrada desciende, como el rocío, sobre mí;  
paseo, con el fresco de la noche, por el Paraíso,  
y percibo el aroma de la hierba, el aire húmedo y las rosas;  
tu canto expande mi espíritu embotado y aterido: tú me liberas, tú me propulsas,  
para que flote al sol en el lago del cielo.

### 4

¡Vuelve a tocar, trompetero!, despliega, ante mis ojos sensuales,  
las antiguas pompas, exhibe el mundo feudal.  
¡Qué prodigio obra tu música! Haces que desfilen ante mí  
damas y señores muertos hace mucho, barones en las salas de sus castillos,  
trovadores que cantan,  
caballeros armados que salen a deshacer entuertos, algunos en busca del Santo  
Grial;  
veo la justa, y a los contendientes enfundados en pesadas armaduras y montados  
en majestuosos corceles, que piafan;  
oigo los gritos, el entrechocar del acero;  
veo los tumultuosos ejércitos Cruzados: oíd cómo retumban los címbalos,  
mirad a los monjes que encabezan la marcha, portando la cruz.

### 5

¡Vuelve a tocar, trompetero!, y, como tema,  
que sea el que todo lo abarca, el tema que resuelve y que fragua,  
el amor, que es el pulso de todo, su alimento y su herida:  
el corazón del hombre y la mujer está hecho para el amor;  
no hay tema sino el amor: el amor que todo lo teje, abarca y difunde.  
¡Oh, cómo se agolpan a mi alrededor fantasmas inmortales!  
Veo al vasto alambique trabajar sin descanso; veo y reconozco las llamas que dan  
calor al mundo,  
el brillo, el rubor, los corazones palpitantes de los amantes:  
algunos, indeciblemente felices; otros, callados, ensombrecidos, sintiéndose  
morir;

el amor, que es la tierra toda para los amantes, el amor, que se burla del tiempo y el espacio,  
el amor, que es el día y la noche, el amor, que es el sol y la luna y las estrellas,  
el amor, que es carmíneo y suntuoso, ebrio de perfume:  
no hay palabras sino las palabras del amor; no hay pensamiento sino el pensamiento del amor.

## 6

¡Vuelve a tocar, trompetero! Conjura los rebatos de la guerra.  
Por obra de tu hechizo, retumba incontinentemente un susurro estremecido, como un trueno lejano;  
mira: se apresuran los hombres armados, refulgen las bayonetas entre las nubes de polvo;  
veo a los artilleros: tienen la cara tiznada; distingo el fogonazo rosado en la humareda; oigo el crepitar de las armas.  
No sólo la guerra: tu pavorosa melodía, músico brutal, suscita todas las visiones del miedo:  
las fechorías de bandidos despiadados, la rapiña, el asesinato —¡oigo los gritos de socorro!—;  
veo barcos que naufragan, y contemplo cuadros de horror en cubierta y en el mar.

## 7

¡Oh, trompetero! Me parece ser el instrumento que tocas.  
Tú ablandas mi corazón y mi cerebro: los conmueves, los incitas y los modificas a tu antojo.  
Tus tristes notas me anegan ahora de oscuridad;  
me arrebatas el consuelo de la luz, y toda esperanza.  
Veo a los esclavizados, a los derrotados, a los heridos, a los oprimidos de la tierra; siento la vergüenza y la humillación inconmensurables de mi raza, que hago mías, como también las venganzas de la humanidad, y los agravios del pasado, y las enemistades y los odios irreductibles;  
la más completa derrota pesa sobre mí: todo se ha perdido; el enemigo ha triunfado  
(y, sin embargo, entre las ruinas, un colosal Orgullo sigue en pie, incommovible, hasta el final:  
la resistencia, el denuedo hasta el final).

Y ahora, trompetero, para acabar,  
 concédeme una melodía más sublime aún que las anteriores:  
 cántale a mi alma, renueva su fe y su esperanza, que languidecen,  
 aviva mi creencia desfalleciente, dame alguna visión del futuro,  
 bríndame, por una vez, su profecía y su gozo.  
 ¡Oh, canto alegre, exultante!, ¡oh, culminación!  
 Hay un vigor sobrenatural en tus notas,  
 marchas triunfales, el hombre emancipado, conquistador al fin,  
 himnos al Dios universal del hombre universal: ¡todo alegría!  
 Surge una raza renacida, un mundo perfecto: ¡todo alegría!  
 Las mujeres y los hombres, sabios, sanos e inocentes: ¡todo alegría!  
 ¡Desenfrenadas bacanales, llenas de risa y alegría!  
 La guerra, la congoja y el sufrimiento han desaparecido; la tierra impura ha sido  
 purgada; ¡ya sólo queda la alegría!  
 El océano se ha llenado de alegría, ¡la atmósfera es toda alegría!  
 ¡Alegría!, ¡alegría! ¡En la libertad, el culto y el amor! ¡Alegría en el éxtasis de la  
 vida!  
 ¡Basta con ser!, ¡basta respirar!  
 ¡Alegría!, ¡alegría!, ¡alegría por encima de todo!

### A una locomotora en invierno <sup>[459]</sup>

Tú para mi recitativo;  
 tú bajo la tormenta desencadenada, como ahora mismo, bajo la nieve, en un día  
 de invierno que ya declina;  
 tú con tu panoplia, con tu doble y acompasada pulsación y tu latido convulso,  
 con tu cuerpo negro y cilíndrico, tu bronce dorado y tu acero de plata,  
 con tus pesadas barras laterales, tus bielas paralelas, que giran, como lanzaderas,  
 a ambos costados,  
 con tu jadeo, con tu rugido cadencioso y creciente, que se adelgaza en la  
 distancia,  
 con tu gran faro delantero, protuberante,

con tus largos, pálidos y ondeantes gallardetes de vapor, teñidos de un púrpura delicado,  
con las densas nubes negruzcas que vomita tu chimenea,  
con tu armazón entretejido, tus resortes y válvulas, el trémulo centelleo de tus ruedas,  
con los vagones que arrastras, obedientes y alegres,  
ya sea en calma o con vendaval, ya deprisa o despacio, pero siempre en marcha.  
Eres el símbolo de la modernidad, el emblema del movimiento y el poder, el latido del continente.  
Ven, por una vez, y sirve a la Musa: alíate con los versos, tal como te veo ahora, bajo la tormenta, sufriendo las violentas ráfagas del viento y la nieve que cae, para que, de día, suene tu campana de aviso  
y, de noche, oscilen, silenciosas, tus lámparas de señales.  
¡Belleza de garganta feroz!  
Rueda por mi canto con tu música sin ley, con tus lámparas oscilantes, de noche, con la risa enloquecida de tus pitidos, que produce ecos, que retumba como un terremoto y a todos despierta.  
Eres tu propia ley, y sigues, con firmeza, tu propia vía  
(no te corresponde la elegancia lacrimógena del arpa, ni la facundia del piano)  
con el trinar de tus chirridos, cuyo eco devuelven las peñas y las colinas, extendiéndose por las grandes praderas, por los lagos,  
y remontando, sin límite, las alturas, con alegría y vigor.

### **¡Oh, Sur magnético!**

¡Oh, Sur magnético!, ¡oh, Sur perfumado y resplandeciente!, ¡Sur mío!  
¡Oh, temple vivaz, sangre poderosa, impulso y amor!, ¡bien y mal!, ¡oh, amados míos!  
Oh, las cosas de mi nacimiento, cuánto las quiero: todas las que se mueven, y los árboles del lugar en que naciera: las mieses, las plantas, los ríos,  
mis queridos ríos lentos, perezosos, cuyo curso se pierde en lejanos arenales plateados, o entre pantanos:  
mis queridos Roanoke, Savannah, Altamahaw, Pedee, Tombigbee, Santee, Coosa y Sabine<sup>[460]</sup>;

por cuyas riberas, pensativo, vagabundo, vuelvo a rondar con mi alma.

De nuevo en Florida, floto en lagos transparentes: floto en el Okeechobee<sup>[461]</sup>,  
atravieso la región de las colinas, o calveros agradables, o densos bosques,  
distingo loros en el follaje, veo la asimina y la cliftonia en flor.

De nuevo, en la cubierta de mi barco, recorro la costa de Georgia, y remonto la de  
las Carolinas.

Veo el lugar donde crecen la encina del sur, el pino amarillo y el aromático laurel,  
el limonero y el naranjo, el ciprés y el airoso palmito.

Paso ante un cabo abrupto, accedo al estrecho de Pamlico<sup>[462]</sup> por una ensenada y  
avizoro la tierra que se abre ante mí:

¡oh, el algodonerol, ¡oh, los arrozales, los campos de caña, los campos de  
cáñamo!,

el cacto protegido por las espinas, el laurel, de grandes flores blancas,  
las dehesas, a lo lejos, la feracidad y la aridez, los viejos bosques repletos de  
muérdago y musgo trepador,

el aroma de los pinos y el imponente, el tenebroso silencio de la naturaleza (aquí,  
en estos intrincados pantanos, el forajido anda armado y el fugitivo encuentra  
su escondite);

oh, la extraña fascinación de estos pantanos mal conocidos, apenas transitables,  
infestados de reptiles, en los que resuenan el llanto del caimán, las tristes  
onomatopeyas de la lechuza y el gato montés, y el cascabeleo del crótalo,

y viven el sinsonte, el mimo de América, que canta toda la mañana y canta por la  
noche, a la luz de la luna,

el colibrí, el guajolote, el mapache y la zarigüeya;

un maizal en Kentucky, con el maíz crecido, airoso, lanceolado, esbelto,  
ondulante, intensamente verde, borlado, de hermosas mazorcas, a resguardo  
de sus vainas.

¡Oh, corazón mío!, ¡oh, punzadas tiernas y feroces!: no puedo soportarlas; he de  
irme.

¡Oh, ser virginiano, donde he crecido!, ¡oh, ser carolino!

¡Oh, anhelos irreprimibles! ¡Oh, volveré al viejo Tennessee, y ya no vagabundearé  
nunca más!

## Mannahatta

Yo pedía algo específico y perfecto para mi ciudad,  
cuando he aquí que surgió su nombre aborigen.  
Ahora veo lo que encierra un nombre, una palabra, diáfana, juiciosa, indómita,  
musical, suficiente;  
veo que la palabra de mi ciudad proviene de antaño,  
porque veo que ha anidado en las bahías, soberbia,  
rica, circundada por multitud de veleros y vapores, isla de dieciséis millas de  
longitud, sólidamente asentada,  
de innumerables calles atestadas de gente y crecida vegetación de hierro, que  
tiende, espléndidamente, a la claridad de las alturas, esbelta, fuerte y ligera,  
de amplias y rápidas mareas, que adoro, a la caída del sol,  
las corrientes marinas, las islitas y las islas mayores adyacentes, las elevaciones,  
las villas,  
los incontables mástiles, los vapores costaneros, blancos, las barcazas, los  
transbordadores, los negros transatlánticos, de cuidado diseño,  
las calles céntricas, las corredurías, las oficinas de los navieros y los cambistas, las  
calles que dan al río,  
los inmigrantes que llegan, quince o veinte mil a la semana,  
los carros que transportan mercancías, la raza viril de los cocheros, las caras  
curtidas de los marineros,  
el aire del verano, el sol que brilla y las nubes viajeras,  
las nieves del invierno, las campanillas de los trineos, los témpanos que flotan en  
el río al albur del flujo y el reflujó de la marea,  
los artesanos de la ciudad, los capataces, de hermosas hechuras, guapísimos, que  
te clavan la mirada en los ojos,  
las aceras abarrotadas, los vehículos, Broadway, las mujeres, las tiendas y  
espectáculos,  
un millón de personas, de modales desenfadados y soberbios, las voces francas, la  
hospitalidad, los jóvenes más valientes y cordiales,  
¡ciudad de aguas rápidas y burbujeantes!, ¡ciudad de agujas y mástiles!,  
¡ciudad que anida en las bahías!, ¡mi ciudad!



## Todo es verdad

Ay de mí, hombre de poca fe durante tanto tiempo,  
separado, negador de las partes durante tanto tiempo,  
y sólo hoy consciente de la verdad compacta y extendida por todas partes,  
sólo hoy he descubierto que la mentira no existe, ni nada que se  
le asemeje, y que no puede existir, sino que crece en sí misma tan  
inevitablemente como lo hace la verdad,  
o como cualquier ley natural o cualquier producto de la naturaleza.  
(Esto es curioso y puede no comprenderse de inmediato, pero tiene que  
comprenderse:  
siento en mi interior que yo represento las falsedades, como los demás,  
y que también el universo lo hace).  
¿Dónde ha fracasado un resultado perfecto, indiferente a las mentiras o la  
verdad?  
¿En la tierra, en el agua, en el fuego?, ¿o en el espíritu del hombre?, ¿o en la  
carne y la sangre?  
Reflexiono, rodeado de mentirosos, ensimismado, y advierto que, después de  
todo, no hay, en realidad, mentiras ni mentirosos,  
y que nada carece de un resultado perfecto, y que lo que llamamos mentiras son  
resultados perfectos,  
y que cada cosa representa exactamente lo que es y lo que la ha precedido,  
y que la verdad lo incluye todo, y que es compacta, como el espacio,  
y que no hay imperfección ni vacío alguno en la suma de la verdad, sino que todo  
es verdad, sin excepción,  
y que, de ahora en adelante, he de celebrar todo lo que vea o sea,  
y cantar y reír, sin negar nada.

## Un canto enigmático

Lo que escapa a este verso o a cualquier verso,  
inaudible para el oído más fino, indiscernible para los ojos más penetrantes o para  
la inteligencia más incisiva,  
que no es ni ciencia ni fama, ni felicidad ni riqueza,

y, no obstante, constituye el latido incesante de todos los corazones y de todas las vidas del mundo,  
y que tú y yo y todos perseguimos siempre, sin alcanzar nunca,  
manifiesto, pero aún secreto, lo real de lo real, una ilusión,  
gratuito, que se concede a todos, pero que no pertenece a nadie,  
que los poetas se esfuerzan en vano por poner en verso, y los historiadores, en prosa,  
que ningún escultor ha cincelado todavía, ni pintado pintor alguno,  
que ningún cantor ha cantado jamás, ni enunciado orador o actor alguno,  
eso es lo que invoco aquí y desafío a que incorpore mi canto.  
Indiferentes, en parajes públicos o privados, en soledad,  
allende las montañas y los bosques,  
o compañero de las calles más bulliciosas de la ciudad, rodeado por el gentío,  
eso, y su radiación, no dejan de proyectarse.  
En la mirada inconsciente de los recién nacidos, tan hermosos,  
o, extrañamente, en los muertos que yacen en el ataúd,  
o en el espectáculo del amanecer o de la noche estrellada,  
como en una delicada y evanescente película de sueños,  
se oculta, pero persiste.  
La sutil exhalación de dos palabras lo contiene;  
dos palabras sólo, pero que todo lo abarcan, de principio a fin [\[463\]](#).  
¡Cuánto ardor en su busca!  
¡Cuántos barcos se han hecho a la mar y han naufragado en su busca!  
¡Cuántos viajeros han dejado su hogar, para no regresar nunca!  
¡Cuánto genio arriesgado y perdido en su busca!  
¡Qué incalculables reservas de belleza y amor se han aventurado en su busca!  
¡A él son atribuibles las más soberbias hazañas desde el principio de los tiempos, y lo serán hasta el final!  
¡A él, todos los martirios heroicos!  
¡Él ha justificado los horrores, las perversiones, las batallas de la tierra!  
Sus llamas ardientes pero suaves, fascinantes, han atraído la mirada de los hombres en todas las épocas y en todas las latitudes,  
generosas como el crepúsculo en la costa de Noruega, como el cielo, las islas y los acantilados,  
o como las luces boreales de medianoche, silenciosas, fulgurantes, inalcanzables.  
Quizá sea el enigma de Dios, tan vago pero tan cierto:  
el alma, en su busca; todo el universo visible, en su busca;  
y el cielo, al fin, en su busca.

¿Quién ha llegado más lejos? Porque yo llegaré más lejos.

¿Y quién ha sido justo? Porque yo seré la persona más justa de la Tierra.

¿Y quién, el más prudente? Porque yo seré más prudente.

¿Y quién, el más feliz? Oh, creo que he sido yo, creo que nadie ha sido nunca más feliz que yo.

¿Y quién lo ha derrochado todo? Porque yo vivo derrochando lo mejor que tengo.

¿Y quién se ha sentido más orgulloso? Porque yo creo tener razones para considerarme el hijo más orgulloso que haya habido: soy hijo de una ciudad magnífica, coronada de rascacielos.

¿Y quién ha sido atrevido y sincero? Porque yo seré el ser más atrevido y sincero del universo.

¿Y quién, benevolente? Porque yo demostraré más benevolencia que nadie.

¿Y quién ha recibido amor de más amigos? Porque yo sé lo que es recibir el amor apasionado de muchos amigos.

¿Y quién posee un cuerpo perfecto y enamorado? Porque no creo que nadie posea un cuerpo más perfecto o enamorado que el mío.

¿Y quién alberga los más amplios pensamientos? Porque yo englobaré esos pensamientos.

¿Y quién ha compuesto himnos a la medida de la Tierra? Porque me devora, hasta enloquecer, el éxtasis de componer himnos jubilosos a la Tierra.

### **Ah, pobrezas, estremecimientos y melancólicos repliegues**

Ah, pobrezas, estremecimientos y melancólicos repliegues;

ah, vosotros, enemigos que me habéis derrotado en la contienda

(porque ¿qué es mi vida, o la vida de nadie, sino una contienda con enemigos, una antiquísima e incesante guerra?);

vosotras, degradaciones, os peleáis con las pasiones y los apetitos;

vosotros, sufrimientos inspirados por los amigos que nos desilusionan (¡las heridas más crueles!);

vosotras, articulaciones dolientes, esforzadas, obstruidas; vosotras, vilezas;

vosotras, chácharas de sobremesa (la mía, la más superficial de todas);

¡vosotras, resoluciones incumplidas, desquiciantes ataques de cólera, tedios reprimidos!

Ah, no os imaginéis vencedores, porque mi verdadero yo todavía no ha comparecido:

aún ha de avanzar, dominador, hasta sojuzgarlo todo;

aún ha de erigirse en el soldado que se haga con la victoria final.

## Pienso

En la opinión pública;

en una autorización fría y serena, tarde o temprano (¡qué impasible!, ¡qué cierto y terminante!);

en el Presidente, pálido, preguntándose para sí: *¿Qué dirá el pueblo, por fin?*

en el Juez frívolo, en el Congresista, el Gobernador o el Alcalde corruptos, y en otros, parecidos, que quedan inermes y desenmascarados;

en el cura farfullador y gritón (que enseguida se queda sin feligreses);

en la merma paulatina de lo venerable, y de los dictámenes de los funcionarios, las normas, los púlpitos y las escuelas;

en el aumento de las intuiciones de hombres y mujeres, siempre mayores, más fuertes y amplias, y del Amor Propio y la Personalidad;

en el verdadero Nuevo Mundo; en las resplandecientes Democracias *en masse*,

y en la conformidad que les prestan políticos, ejércitos y armadas;

en el sol que hacen brillar, y en la luz que les es inherente, mayor que ninguna;

en que lo envuelvan todo, y en que todo emane de ellas.

## Intérpretes

Se alzarán en los Estados;

darán cuenta de la Naturaleza, las leyes, la fisiología y la felicidad;

ilustrarán la Democracia y el cosmos;  
serán nutricios, amantes y perceptivos;  
serán hombres y mujeres completos, de porte enérgico y ágil, y sangre limpia y clara, que sólo beberán agua<sup>[465]</sup>;  
disfrutarán plenamente de lo material y de la contemplación de lo producido:  
disfrutarán de la contemplación de la carne de vaca, de la madera, de cualquier forma de pan, de la gran ciudad de Chicago;  
se prepararán para aparecer en público y ser oradores y oradoras;  
dulces y vibrantes serán sus lenguas, y poemas, y material para los poemas, inspirarán sus vidas, y ellos serán hacedores y descubridores,  
y de su vida y obras habrá mensajeros divinos, que difundirán la buena nueva:  
se difundirán personajes, acontecimientos, recuerdos; se difundirán árboles, animales, aguas;  
se difundirán la muerte, el futuro, la fe invisible.

### **Teje, robusta vida mía**

Teje, teje, robusta vida mía;  
teje un soldado fuerte y entero para las grandes campañas que se avecinan;  
teje sangre roja, teje fibras como cables, teje los sentidos, la vista,  
teje para durar, teje la trama, la urdimbre día y noche, teje sin descanso, no desfallezcas  
(no sabemos para qué sirve, oh, vida, ni cuál sea su propósito, ni cuál su final; en realidad, no sabemos nada,  
excepto la obra en sí, y la necesidad que persiste y persistirá, y la marcha de la paz, que, envuelta por la muerte, persiste también, como la guerra);  
para las grandes campañas de la paz, teje con los mismos hilos gruesos;  
no sabemos el qué ni por qué, pero teje, no dejes de tejer, eternamente.

## España, 1873-1874<sup>[466]</sup>

De entre funestos nubarrones,  
de entre las ruinas del feudalismo y los osarios de los reyes,  
de entre los escombros de la vieja Europa, de las mistificaciones hechas pedazos,  
de las catedrales desmoronadas, los palacios derruidos, las tumbas de los  
sacerdotes,  
asoman los rasgos lozanos, nítidos, de la Libertad: asoma el mismo rostro  
inmortal  
(como un atisbo del rostro de tu Madre, Columbia,  
un destello significativo, como el de una espada,  
que se dirige a ti).  
No creas que nos hemos olvidado de ti, madre;  
¿tanto te has rezagado?, ¿volverán a cernerse los nubarrones sobre ti?  
Ah, pero ahora te nos has aparecido, y te reconocemos;  
nos has dado una prueba segura, tu atisbo.  
Allí esperas, como en todas partes, tu hora.

### A la orilla del ancho Potomac

A la orilla del ancho Potomac, de nuevo, vieja lengua  
(que aún habla, que todavía se pronuncia: ¿nunca dejarás de parlotear?),  
de nuevo, viejo y alegre corazón, de nuevo vuelve a ti, a tus sentidos, la primavera  
en todo su esplendor,  
de nuevo el frescor y los aromas, de nuevo el diáfano cielo estival, azul y plata, de  
Virginia,  
de nuevo el púrpura matinal de las colinas,  
de nuevo la hierba inmortal, tan verde, suave y silenciosa,  
de nuevo el florecer de las rosas rojas como la sangre.  
¡Perfumad este libro mío, oh, rosas rojas como la sangre!,  
¡baña sutilmente con tus aguas cada verso, Potomac!,  
¡dame algo de ti, oh, primavera, antes de acabar, para guardarlo entre sus  
páginas!,  
¡y de ti, oh, púrpura matinal de las colinas, antes de acabar!,

¡y de ti, oh, hierba inmortal!

## Desde las cañadas de la lejana Dakota<sup>[467]</sup>

**25 de junio de 1876**

Desde las cañadas de la lejana Dakota,  
tierra de barrancos escarpados, de sioux cobrizos, de extensas soledades, de  
silencio,  
quizá se eleve hoy un lamento fúnebre, quizá un toque de trompeta por los  
héroes.

El parte de la batalla,  
la emboscada de los indios, la trampa, el cerco fatal,  
los batallones de caballería luchando hasta el fin, con obstinado heroísmo,  
y, en el centro del pequeño círculo, con los caballos muertos como parapetos,  
Custer que cae, con todos sus oficiales y soldados.

Perdura la antiquísima leyenda de nuestra raza:

lo mejor de la vida, sostenido por la muerte;

el antiguo estandarte, enhiesto;

¡oh, lección oportuna, bienvenida seas!

Como sumido en días oscuros,

solo, taciturno, buscando en vano alguna luz, alguna esperanza, en la lúgubre  
espesura del tiempo,

como prueba contundente y momentánea de la existencia de regiones  
insospechadas

(el sol, allí, en el centro, aunque oculto;

la vida eléctrica siempre en el centro),

irrumpe el resplandor de un relámpago.

A ti, el de la melena pajiza al viento,

te he visto, en la batalla, no hace mucho, empuñar una refulgente espada y  
arremeter con la cabeza erguida;

ahora sepultas en la muerte el esplendor febril de tus hazañas

(no traigo un planto para ellas ni para ti; traigo un soneto alegre y triunfal<sup>[468]</sup>),

heroico, glorioso, pero más heroico aún en la derrota, más glorioso,

tras tus muchas batallas, en las que no has entregado jamás ni un cañón ni una bandera,  
y dejas un recuerdo grato a los soldados:  
haces entrega de ti.

### **Viejos sueños de guerra**

Cuando duermo, por la noche, con muchas caras de angustia,  
con la primera mirada de los heridos de muerte (oh, esa mirada indescriptible),  
con los muertos, tendidos de espaldas y con los brazos abiertos,  
sueño, sueño, sueño.

Con escenas de la Naturaleza, campos y montañas,  
con el cielo hermosísimo tras la tormenta y con la luna nocturna, cuyo brillo no es  
de este mundo,  
que nos ilumina, dulce, próxima, cuando cavamos las trincheras y amontonamos  
la tierra,  
sueño, sueño, sueño.

Hace mucho que desaparecieron las caras, trincheras y campos  
que observaba cuando me movía, con impávida compostura, por entre la  
matanza, o me alejaba de los caídos,  
y me lanzaba, presuroso, adelante; pero ahora, por la noche, con sus formas  
sueño, sueño, sueño.

### **Tela prietamente sembrada**

¡Tela prietamente sembrada!, ¡bandera de estrellas!  
Largo es aún tu camino, bandera decisiva; largo es aún tu camino, bordeado de  
sangre y muerte,  
porque el premio que veo en disputa, al final, es el mundo:



todos sus barcos y costas veo entretejidos con tus hebras, estandarte voraz.  
¿Vuelven a soñar las banderas de los reyes, izadas hasta lo más alto, con ondear  
sin rivales?  
¡Oh, apresúrate, bandera del hombre! Oh, supera, con paso resuelto, a las más  
altas banderas de los reyes,  
y asciende, suprema, al cielo, símbolo poderoso: rebásalas todas,  
¡bandera de estrellas!, ¡tela prietamente sembrada!

### **Lo mejor que veo en ti**

#### **A U. S. G., a su regreso de la vuelta al mundo**<sup>[469]</sup>

Lo mejor que veo en ti  
no es que en los grandes caminos de la historia que has recorrido  
brote eternamente, sin que lo empañe el tiempo, el resplandor de la victoria,  
ni que te hayas sentado donde Washington se sentara, para gobernar el país en  
paz,  
ni que hayas sido el hombre a quien agasajara la Europa feudal, ni sobre el que se  
volcase el Asia venerable,  
el que ha paseado con reyes, con su mismo paso, por el ancho mundo,  
sino que, en tierras extrañas, en tus paseos con los reyes,  
aquellos soberanos de las praderas del Oeste, de Kansas, Misuri e Illinois,  
y los millones de camaradas, granjeros y soldados de Ohio e Indiana, que  
acudieron a la vanguardia  
y pasearon, sin ser vistos, contigo y con los reyes, con su mismo paso, por el  
ancho mundo,  
hayan sido justificados.

## Espíritu que has formado este paisaje

Escrito en el Cañón del Platte, Colorado <sup>[470]</sup>

Espíritu que has formado este paisaje,  
este amontonamiento de peñascos desmoronados, rojos e inexorables,  
estas cumbres temerarias, que ambicionan el cielo,  
estas gargantas, estos torrentes cristalinos y turbulentos, este desnudo frescor,  
estas configuraciones informes y fantásticas, que obedecen a una causa:  
yo te conozco, espíritu salvaje: hemos compartido muchas cosas.  
Estas fantásticas configuraciones también son mías, y obedecen a una causa.  
¿No se ha acusado a mis cantos de haber olvidado el arte,  
de no haber incorporado sus precisas reglas y su *delicatesse*,  
de haber desdeñado el medido compás del lírico, la gracia del templo labrado, de  
la columna y el arco bruñido?  
Pero a ti, espíritu que has formado este paisaje, y que aquí te solazas,  
alguien te ha recordado.

## Transito por estos amplios y majestuosos días

Transito por estos amplios y majestuosos días de paz  
(porque ha terminado la guerra, el combate sangriento, en el que, oh, terrible  
Ideal,  
has vencido con gloria, y contra lo previsible,  
y ahora avanzas, a grandes pasos, aunque acaso hacia guerras más enconadas,  
acaso para entablar contiendas o arrostrar peligros aún más temibles,  
campañas y crisis más prolongadas, trabajos superiores a todos)  
y oigo en derredor el esplendor del mundo, de la política, de lo producido,  
los anuncios de las cosas reconocidas, de la ciencia,  
el crecimiento de las ciudades, aprobado, y la multiplicación de los inventos.  
Veo los barcos (durarán algunos años), las vastas fábricas, con sus capataces y  
obreros,  
y oigo que todo recibe respaldo: no tengo objeciones.

Pero yo también anuncio cosas sólidas:

la ciencia, los barcos, la política, las ciudades y las fábricas no son menudencias.

Como una grandiosa procesión que avanza, triunfal, y se agiganta, al son de  
lejanos clarines,

representan realidades: todo es como debe ser.

Luego, mis realidades:

¿qué hay tan real como lo mío?

La libertad<sup>[471]</sup> y el divino promedio, la liberación de todos los esclavos sobre la faz  
de la Tierra,

las promesas arrebatadas y la *luminé*<sup>[472]</sup> de los videntes, el mundo espiritual,  
estos cantos, que durarán siglos,

y nuestras visiones, las visiones de los poetas, los anuncios más sólidos de todos.

### Clara medianoche

Ésta es tu hora, oh, Alma, tu vuelo en libertad por lo indecible,  
lejos de los libros, lejos del arte, abolido el día, concluida la lección.  
Emerges, plena, silenciosa, absorta, pensando en lo que más amas:  
la noche, el sueño, la muerte y las estrellas.

## **CANTOS DE DESPEDIDA**

### **Al acercarse la hora**

Al acercarse la hora, se oscurece una nube  
y me asalta, sombrío, un terror a no sé qué.

Avanzaré,

atravesaré los Estados, aunque no pueda decir hacia dónde ni durante cuánto  
tiempo.

Quizá algún día o alguna noche, pronto, mientras esté cantando, mi voz se apague  
de repente.

¡Oh, libro!, ¡oh, cantos! ¿A esto se reducirá todo?

¿A nuestro principio podremos apenas llegar? Sin embargo, eso basta, oh, alma;  
oh, alma, hemos aparecido, sin duda: eso basta.

### **Años de lo moderno**

¡Años de lo moderno!, ¡años de lo irrealizado!

Vuestro horizonte se levanta: lo veo abrirse para dramas más augustos.

No sólo veo prepararse a América, no sólo a la nación de la Libertad, sino también  
a otras naciones;

veo entradas y salidas formidables, nuevas combinaciones, la solidaridad de las  
razas;

veo a esa fuerza avanzar, con ímpetu irresistible, por el escenario del mundo (¿han representado sus papeles las viejas fuerzas, las viejas guerras?, ¿han concluido los actos que les correspondían?);

veo a la Libertad, completamente armada y victoriosa y muy altiva, con la Ley a un lado y la Paz al otro,

una tríada estupenda que sale a combatir la idea de casta.

¿A qué desenlaces históricos nos acercamos tan rápidamente?

Veo las marchas y contramarchas forzadas de millones de hombres;

veo romperse las fronteras, los límites de las viejas aristocracias;

veo arrancar los hitos de los reyes europeos

y veo, en este día, al Pueblo colocar sus propios hitos (todos los demás ceden).

Nunca como hoy se han hecho preguntas tan incisivas;

nunca han estado el hombre corriente y su alma más llenos de energía, nunca se han parecido más a Dios.

¡Mirad cómo apremia a las masas, sin darles descanso!

Su pie audaz llega a todas partes, en tierra y en el mar: coloniza el Pacífico, los archipiélagos,

con el barco de vapor, el telégrafo eléctrico, el periódico, la maquinaria de guerra;

con todo esto y las fábricas, que se extienden por el mundo, conecta todas las geografías, todos los territorios.

¿Qué murmullos son éstos, oh, tierras, que os preceden y que cruzan el lecho de los mares?

¿Será que todas las naciones están en comunión?, ¿tendrá acaso el globo un solo corazón?,

¿se estará formando una humanidad *en masse*? Porque, mirad, los tiranos tiemblan, las coronas pierden brillo,

la Tierra, inquieta, se enfrenta a una nueva era, quizá a una guerra divina y general;

nadie sabe lo que va a pasar: tales son los presagios que llenan los días y las noches.

¡Años proféticos! El espacio que se abre ante mí al andar, y en el que intento en vano introducirme, está lleno de fantasmas,

y hechos que aún no han sucedido, cosas prontas a existir, proyectan sus formas a mi alrededor,

esta increíble urgencia, este ardor, esta fiebre extática y rara de los sueños, ¡oh, años!

Vuestros sueños, oh, años, ¡cómo penetran en mí! (no sé si estoy dormido o despierto).

La América y la Europa ya realizadas pierden brillo y se recogen en las sombras,  
detrás de mí;  
lo irrealizado, gigantesco como nunca, avanza, avanza hacia mí.

### Cenizas de soldados

Cenizas de soldados, del Sur o del Norte,  
cuando pienso en el pasado y tarareo un canto para mis adentros,  
se reanuda la guerra, y vuelven a mí vuestras formas,  
y avanzan, otra vez, los ejércitos.  
Sin hacer ruido, como la niebla o el vaho,  
salen de sus tumbas en las trincheras,  
de los cementerios que jalonan Virginia y Tennessee,  
de los cuatro puntos cardinales y de sus innumerables enterramientos;  
vienen en nubes que empuja el viento, en miríadas enormes, o en grupos de dos o  
tres, o de uno en uno,  
y se congregan en silencio a mi alrededor.  
No toquéis ahora, oh, trompeteros:  
no encabezo el desfile de la caballería, con sus briosos corceles  
y los sables desenvainados, refulgentes, y las carabinas apoyadas en los muslos  
(¡ah, mis valientes jinetes!,  
¡mis apuestos jinetes, de rostro cetrino! ¡Cuánta vida, cuánta alegría y cuánto  
orgullo  
fueron vuestros, pese a tantos peligros!).  
Ni vosotros, tambores: ni la diana al despuntar el día,  
ni el largo redoble de alarma en el campamento, ni siquiera el apagado toque a  
muerto;  
nada vuestro esta vez, oh, tambores que lleváis los parches de guerra.  
Pero, apartado de todo esto, y de la feria de la opulencia, y de los paseos  
atestados de gente,  
y admitiendo a mi lado a camaradas muy cercanos, sin voz, inadvertidos por los  
demás,  
con los muertos vueltos a la vida, y alegres, y el polvo y los escombros vivos  
también,

entono este canto de mi alma callada, en nombre de todos los soldados muertos.  
Caras pálidas, de ojos maravillosos, queridos míos, acercaos más todavía,  
acercaos, pero no habléis.  
Fantasmas de los innumerables desaparecidos,  
invisibles para los demás, sed, desde ahora, mis compañeros:  
seguidme siempre, y no me abandonéis mientras viva.  
Dulces son las sonrosadas mejillas de los vivos, y dulces, sus voces musicales.  
Pero dulces, ah, dulces son los muertos y el silencio de sus ojos.  
Queridos camaradas, todo se ha acabado hace mucho,  
pero el amor no se ha acabado. ¡Y qué amor, oh, camaradas!  
Los campos de batalla desprenden perfume: se eleva del hedor.  
Perfuma, pues, mi canto, oh, amor, amor inmortal,  
concédeme bañar los recuerdos de todos los soldados muertos,  
amortajarlos, embalsamarlos, cubrirlos por entero de ternura y orgullo.  
Perfúmalo todo, sánalo todo;  
haz que estas cenizas alimenten y florezcan,  
oh, amor, resuélvelo todo, haz que todo fructifique con la química definitiva.  
Concédeme ser inagotable, hazme fuente,  
que exhale amor allí donde vaya, como un perenne rocío,  
para las cenizas de todos los soldados muertos, del Sur o del Norte.

## Pensamientos

### 1

Sobre estos años que canto:  
cómo han pasado, y pasan, con dolor, convulsos, como partos;  
cómo América ilustra el nacimiento, la juventud musculosa, la promesa, el  
cumplimiento indudable, el éxito absoluto, a pesar de la gente —ilustra tanto el  
mal como el bien,  
esta pugna vehemente, y tan fiera, por alcanzar la unidad con uno mismo;  
cuántos se aferran todavía, con desespero, a modelos ya superados, a la casta, a  
los mitos, a la obediencia, a la compulsión y a la infidelidad,

y qué pocos ven los modelos que ya han llegado, los atletas, los Estados del Oeste, o la libertad o la espiritualidad, o abrigan alguna fe en los resultados (pero yo veo a los atletas, y veo el resultado de la guerra gloriosa e inevitable, y cómo conducen a otros resultados).  
Cómo aparecen las grandes ciudades y las masas democráticas, turbulentas, obstinadas, como a mí me gustan;  
cómo el torbellino, la contienda, la lucha entre el bien y el mal, el sonido y el eco, siguen y siguen;  
cómo la sociedad espera, informe, y permanece, durante algún tiempo, entre lo que ha terminado y lo que acaba de empezar;  
cómo América es el continente de las glorias, y del triunfo de la libertad y las Democracias, y de los frutos de la sociedad, y de todo lo que empieza;  
y cómo los Estados están completos en sí mismos, y cómo los triunfos y las glorias están completos en sí mismos, para hacernos avanzar;  
y cómo estos míos y de los Estados serán, a su vez, convulsos, y servirán a otros partos y otras transiciones,  
como sirven también las personas, los espectáculos, las combinaciones, las masas democráticas, y como sirven los hechos y las guerras, con todos sus horrores,  
y como, ahora y en cualquier momento, sirve cada uno a la exquisita transición de la muerte.

## 2

Sobre las semillas que caen en tierra, sobre los nacimientos,  
sobre la firme concentración de América, en el interior, en las alturas, en lugares populosos e inexpugnables,  
sobre lo que Indiana, Kentucky, Arkansas y los demás hayan de ser,  
sobre lo que revelen algunos años en Nebraska, Colorado, Nevada y los demás (o más lejos aún, remontando el Pacífico norte hasta Sitka o Aliaska<sup>[473]</sup>),  
sobre aquello de lo que el *feuillage* de América sea el preparativo, y sobre todo lo que se ve, al Norte, Sur, Este y Oeste,  
sobre esta Unión soldada con sangre, sobre el solemne precio pagado, sobre los muertos sin nombre, siempre presentes en mi pensamiento,  
sobre el uso pasajero de lo material por razón de la identidad,  
sobre el presente, que pasa, que se va, sobre el crecimiento de los hombres más completos que hayan existido jamás,  
sobre todo lo que declina hacia el curso del fresco, pródigo y maternal Misisipí,  
sobre las imponentes ciudades del interior, desconocidas aún, insospechadas,



sobre los nuevos y buenos nombres, sobre los adelantos modernos, sobre las moradas inalienables,  
sobre la vida en libertad, acorde con los orígenes, que se lleva allí, sobre la dieta sencilla y sobre una sangre dulce y limpia,  
sobre la agilidad, sobre los rostros majestuosos, los ojos claros y los cuerpos perfectos que hay allí,  
sobre los inmensos resultados espirituales que habrá, en el futuro, en el lejano Oeste, a ambos lados de los Anáhuacs<sup>[474]</sup>,  
sobre estos cantos, bien comprendidos allí (se han compuesto para esa región), sobre el innato desprecio que se siente allí por la grosería y el lucro (oh, esto me ronda día y noche: ¿qué es el lucro, al fin y al cabo, para una vida de salvajismo y libertad?).

### **Canción a la puesta de sol**

Esplendor del día concluido, que me eleva y me colma,  
hora profética, hora que prolonga el pasado,  
que me inflama la garganta, a ti, divino promedio,  
y a vosotras, tierra y vida, os canto, hasta que brille el último rayo.  
Boca abierta de mi alma, que proclama la alegría;  
ojos de mi alma, que contemplan la perfección;  
vida natural que hay en mí, que ensalza, fiel, las cosas  
y corrobora para siempre el triunfo de las cosas.  
¡Ilustres todas las cosas!  
Ilustre lo que llamamos espacio, esfera de espíritus innumerables;  
ilustre el misterio del movimiento de todos los seres, incluso del insecto más diminuto;  
ilustres la facultad del habla, los sentidos, el cuerpo;  
ilustre la luz que pasa; ilustre, el pálido reflejo de la luna nueva en el cielo de occidente;  
ilustre cuanto veo, u oigo, o toco, hasta lo último.  
El bien en todo:  
en la satisfacción y serenidad de los animales,  
en el retorno anual de las estaciones,

en la hilaridad de la juventud,  
en la fuerza y plenitud de la madurez,  
en la magnificencia y exquisitez de la senectud,  
en la soberbia perspectiva de la muerte.

¡Maravilloso es partir!

¡Maravilloso, quedarse!

¡El corazón, que bombee sangre siempre igual, inocente!

¡Respirar el aire, qué delicia!

¡Hablar, andar, coger algo con la mano!

¡Irse a dormir, a la cama, contemplar la propia carne, sonrosada!

¡Tener conciencia del cuerpo, tan satisfecho, tan grande!

¡Ser este increíble Dios que soy!

¡Haber acompañado a otros Dioses, los hombres y mujeres que amo!

¡Es maravilloso cómo te celebro y me celebro!

¡Con cuánta sutileza juegan mis pensamientos con los espectáculos que los rodean!

¡Cómo pasan las nubes, silenciosas, por el cielo!

¡Cómo viaja la tierra, y sigue viajando, y cómo el sol, la luna, las estrellas, viajan y siguen viajando!

¡Cómo canta y juguetea el agua! (¡seguro que está viva!)

¡Cómo crecen los árboles y se mantienen firmes, con troncos fuertes, con ramas y hojas!

(seguro que hay algo más en los árboles: un alma viviente).

¡Oh, asombro por las cosas, aun por su partícula menor!

¡Oh, espiritualidad de las cosas!

¡Oh, melodía que recorres el tiempo y los continentes, y que ahora me alcanzas a mí, y a América!

Cojo tus poderosos acordes, los mezclo y, con alegría, los dejo ir.

También canto al sol, cuando sale, o al mediodía, o, como ahora, cuando se pone;  
también me estremezco con el cerebro y con la belleza de la tierra, y de todo lo que crece en la tierra;

también he sentido la irresistible llamada de mí mismo.

Al descender, en vapor, por el Misisipí,

al vagar por las praderas,

al vivir, al asomarme a las ventanas de mis ojos,

al salir por la mañana y contemplar la luz que despuntaba al este,

al bañarme en la playa del mar Oriental, y, después, en la del mar Occidental,

al andar por las calles de la interior Chicago, por cualesquiera de ellas,

o por ciudades o bosques silenciosos, y hasta por escenas de guerra:

dondequiera que haya estado, me he colmado de triunfo y de alegría.  
Canto, hasta el fin, las igualdades modernas o antiguas,  
canto los interminables finales de las cosas,  
digo que la Naturaleza continúa, que la gloria continúa,  
y ensalzo con voz eléctrica,  
porque no veo ni una sola imperfección en el universo,  
y tampoco veo, a la postre, ni una sola causa o resultado lamentable en el  
universo.

¡Oh, sol poniente! Aunque ha llegado la hora,  
todavía canto, iluminado por tu luz, acaso solo, mi plena adoración por ti.

### **También a tus puertas, muerte** <sup>[475]</sup>

También a tus puertas, muerte,  
penetro en tus dominios soberanos, oscuros, ilimitados,  
para recordar a mi madre, para alcanzar la hechura divina, la maternidad:  
para llegar a ella, enterrada y desaparecida, aunque ni enterrada ni desaparecida  
para mí

(vuelvo a ver la cara apacible, benevolente, lozana y todavía hermosa;  
me siento al lado del cuerpo que descansa en el ataúd,  
y beso y vuelvo a besar, entre convulsiones, sus dulces y viejos labios, las mejillas,  
los ojos cerrados en el ataúd).

Para ella, la mujer ideal, práctica, espiritual, la mejor de la Tierra, de la vida, del  
amor, para mí,  
grabó un verso funerario, antes de irme, entre estos cantos,  
y plantó aquí una lápida.

## **Mi legado**

El hombre de negocios, el gran adquirente,  
después de muchos años de analizar asiduamente los resultados, de prepararse  
para la marcha,  
deja en herencia casas y tierras a sus hijos, lega acciones, bienes, fondos, a un  
colegio o un hospital,  
distribuye dinero entre algunos compañeros para que se compren, como prendas  
o recuerdos, piedras preciosas y oro.  
Pero yo analizo mi vida, próxima a su fin,  
y no encuentro nada que dejar en herencia de mis años ociosos,  
ni casas ni tierras, ni piedras preciosas u oro en prenda para mis amigos.  
Sin embargo, reúno algunos recuerdos de la guerra, de los campamentos y  
soldados,  
para ti, y para los que vengan después de ti, con mi amor,  
y te los lego en este ramillete de cantos.

## **Pensativa, contemplando a sus muertos**

Pensativa, contemplando a sus muertos,  
desesperada ante los cuerpos mutilados, ante los cadáveres que cubrían los  
campos de batalla  
(el último cañón había enmudecido, pero el olor de la pólvora no se había  
disipado aún),  
oí a la Madre de Todo invocar a la tierra con voz doliente y paso majestuoso:  
Absórbelos, oh, tierra mía, gritaba: te confío a mis hijos; no los pierdas, no pierdas  
ni uno sólo de sus átomos.  
Y vosotros, arroyos, absorbedlos bien, y recibid su sangre amada;  
y vosotros, parajes familiares, y vosotros, aires fugitivos, leves e impalpables;  
y vosotras, esencias de la tierra y de cuanto crece en ella; y vosotras,  
profundidades de mis ríos;  
y vosotras, laderas montañosas, y los bosques teñidos por la sangre derramada de  
mis queridos hijos;  
y vosotros, árboles, con vuestras raíces, para legarlos a los árboles futuros,

absorbed a mis muertos, del Norte o del Sur, absorbed los cuerpos de estos  
jóvenes míos, y su muy preciosa sangre;  
guardadlos, como fieles depositarios, y devolvédmelos, dentro de muchos años,  
en la esencia invisible y el aroma de la tierra y la hierba, dentro de siglos,  
devolvedme a mis hijos en el aire que llega de los campos, dadme a mis héroes  
inmortales,  
exhaladlos para mí, dentro de siglos, insufladme su aliento, que no se pierda ni un  
solo átomo,  
¡oh, años y tumbas!, ¡oh, aire y tierra!, ¡oh, muertos míos, dulce aroma!  
Exhálalos, perenne y dulce muerte, dentro de años, de siglos.

### **Campamentos verdes**

No sólo esos campamentos blancos, viejos camaradas de la guerra,  
en los que, habiéndose ordenado avanzar, tras una larga marcha,  
cansados, con los pies doloridos, nos paramos a pasar la noche en cuanto declina  
la luz;  
esos campamentos en los que algunos, agotados de cargar con la mochila y el  
fusil, caen dormidos sobre sus pasos,  
y otros plantan las tiendas, y las fogatas encendidas empiezan a chisporrotear,  
y los piquetes de vigilancia, apostados alrededor, escrutan la oscuridad,  
y se ha comunicado con reserva, por seguridad, la contraseña,  
hasta que, al reclamo de los tambores, que baten con fuerza los parches al  
amanecer,  
nos levantamos, con nuevos bríos, transcurridos ya la noche y el sueño, y  
reanudamos la marcha  
o entramos en combate.  
Mirad los campamentos de tiendas verdes  
que los días de paz siguen llenando, y los días de guerra siguen llenando,  
con un ejército místico (¿también se le ha ordenado avanzar? ¿O sólo está  
haciendo también un alto momentáneo,  
hasta que la noche y el sueño hayan transcurrido?).  
Ahora, en esos campamentos verdes, en las tiendas diseminadas por el mundo,  
en los padres, hijos, maridos, esposas, en ellos, en los viejos y los jóvenes,

que duermen a la luz del sol, o a la luz de la luna, satisfechos y en silencio, por fin, contemplad el imponente vivac, el campamento en el que todos esperan: la tropa y los generales, y el Presidente, que está por encima de la tropa y los generales,  
y cada uno de nosotros, oh, soldados, y todos y cada uno de los hombres que integraban las filas contra las que luchamos (ahí, sin odio, nos reunimos todos).  
Porque ahora, oh, soldados, también nosotros acampamos en los lugares que nos corresponden en estos vivacs verdes, aunque no necesitemos apostar centinelas, ni establecer contraseñas, ni que redoble el tambor al amanecer.

### **El sollozar de las campanas**<sup>[476]</sup>

**(Medianoche, 19-20 de septiembre de 1881)**

El sollozar de las campanas, las súbitas noticias de la muerte por todas partes, el despertar de los que duermen, la consternación del Pueblo (conocen de sobra el mensaje en la oscuridad, y sobradamente responden sus pechos y sus cerebros a los ecos funestos), el redoble y el tañido, henchidos de pasión, de ciudad en ciudad: se confunden, resuenan, pasan;  
son, esta noche, los latidos de la Nación.

### **Al acercarse a su fin**

Al acercarse a su fin,  
de cuanto subyace en los cantos precedentes, y de lo que pretendía con ellos, de la semilla que he intentado plantar en ellos,

de la alegría, de la dulce alegría de muchos años que contienen,  
(por ellos, por ellos he vivido: ellos son mi obra),  
de tantas aspiraciones acariciadas, de tantos planes y sueños;  
por el Tiempo y el Espacio, fundidos en el canto, y el fluir de la identidad eterna,  
a la Naturaleza que los engloba, que engloba a Dios, al todo eléctrico y gozoso,  
al sentido de la Muerte, y a la aceptación exultante de la Muerte, que es, a su vez,  
igual que la vida,  
la entrada del hombre a cantar;  
a uniros, vidas separadas y diversas,  
a armonizar las montañas y rocas y ríos,  
y los vientos del norte, y los robledales y pinares,  
contigo, oh, alma.

### **¡Alegría, compañero de a bordo, alegría!**

¡Alegría, compañero de a bordo, alegría!  
(grito complacido, al morir, a mi alma),  
nuestra vida se acaba, y empieza nuestra vida:  
dejamos nuestro larguísimo anclaje,  
el barco queda libre, por fin: ¡ya zarpa!,  
se aleja rápidamente de la playa,  
alegría, compañero de a bordo, alegría.

### **El deseo inconfesado**

El deseo inconfesado y nunca concedido, ni en la vida ni en la tierra,  
hazte ahora a la mar, viajero, para buscarlo y encontrarlo.

## Portales

¿Para qué son los de lo conocido sino para ascender y entrar en lo Desconocido?  
¿Y para qué son los de la vida sino para la Muerte?

## Estas canciones

Estas canciones, entonadas para alentar mi paso por el mundo visible,  
se las dedico, para que las complete, al Mundo Invisible.

## Ahora, *finale* para la costa

Ahora *finale* para la costa,  
ahora, tierra y vida, *finale* y adiós,  
ahora, Viajero, parte (mucho te está reservado todavía):  
ya te has aventurado bastante por los mares,  
navegando con prudencia, estudiando los mapas  
y volviendo puntualmente a puerto y a la seguridad de la amarra.  
Obedece ahora a tu deseo secreto, tanpreciado:  
abraza a tus amigos, déjalo todo en orden  
y no vuelvas nunca más a puerto, ni a la seguridad de la amarra:  
parte a tu viaje eterno, viejo Marinero.



## ¡Hasta luego!

Para concluir, anuncio lo que vendrá tras de mí.  
Recuerdo haber dicho, antes de que mis hojas brotasen siquiera,  
que elevaría mi voz fuerte y jocunda para referirme a lo consumado.  
Cuando América cumpla lo prometido,  
cuando por estos Estados anden cien millones de soberbias personas<sup>[477]</sup>,  
cuando los demás se aparten para dejar paso a esas soberbias personas, y  
colaboren con ellas,  
cuando linajes de madres perfectas distinguan a América,  
entonces yo y lo mío nos habremos cumplido.  
Yo me he abierto camino por derecho propio,  
he cantado al cuerpo y al alma, a la guerra y a la paz he cantado, y entonado  
cantos de vida y muerte,  
y cantos natalicios, y demostrado que muchos son los nacimientos.  
He ofrecido mi estilo a todos, he viajado con paso confiado,  
y, cuando mi placer está aún en su plenitud, musito ¡hasta luego!  
y cojo de la mano a la joven y al joven por última vez.  
Anuncio el advenimiento de personas sencillas,  
anuncio el triunfo de la justicia,  
anuncio que la libertad y la igualdad serán inflexibles,  
anuncio la justificación de la sinceridad y la justificación del orgullo.  
Anuncio que la identidad de estos Estados es una sola identidad,  
anuncio una Unión compacta e indisoluble,  
anuncio majestades y esplendores tales que harán insignificante toda política  
anterior de la tierra.  
Anuncio la adhesividad, digo que será ilimitada y que no conocerá ataduras,  
digo que, a la postre, encontrarás al amigo que buscabas.  
Anuncio la llegada de un hombre o una mujer, y quizá seas tú (*¡hasta luego!*),  
anuncio al gran individuo, fluido como la Naturaleza, casto, afectuoso, compasivo,  
completamente armado.  
Anuncio una vida llena de abundancias, vehemente, espiritual, audaz,  
anuncio un final que se enfrentará al tránsito con alegría y serenidad.  
Anuncio miríadas de jóvenes, hermosos, gigantescos, de sangre dulce,  
anuncio una raza de ancianos salvajes y espléndidos.  
Oh, más nutrido y veloz (*¡hasta luego!*),  
cerniéndose, multitudinario, sobre mí,  
es demasiado lo que veo, significa más de lo que pensaba;  
creo que me estoy muriendo.

Date prisa, garganta, y emite un último sonido;  
salúdame, saluda a los días una vez más, profiere el antiguo grito una vez más.  
Grito, eléctrico, uso la atmósfera,  
miro al azar, absorbo cada cosa que veo,  
avanzo deprisa, aunque me paro un momento,  
entrego sobres con curiosos mensajes,  
tiro al barro chispas y semillas etéreas,  
fiel a un mandato, sin saberlo siquiera, y sin atreverme nunca a cuestionarlo,  
encomiendo a los siglos de los siglos la germinación de la semilla,  
promulgo las tareas establecidas para las tropas que vuelven de la guerra,  
lego a las mujeres algunos susurros: su afecto me explica con mayor claridad,  
ofrezco mis problemas a los jóvenes —yo no pierdo el tiempo—, pongo a prueba  
la musculatura de su cerebro;  
y así voy: hablo, soy visible, contradictorio,  
y, luego, un eco melodioso, que preservará con pasión (la muerte me hace  
verdaderamente inmortal)  
lo mejor de mí, cuando ya no sea visible, porque para eso me he estado  
preparando sin descanso.  
¿Qué más hay, que me rezago y me detengo y me escondo con la boca abierta?  
¿Hay un solo adiós definitivo?  
Cesan mis cantos: los abandono;  
salgo de detrás de la pantalla que me ocultaba, y me acerco a ti, sólo a ti.  
*Camerado*, esto no es un libro:  
quien lo toca, toca a un hombre  
(¿es de noche? ¿estamos aquí solos los dos?).  
Soy yo a quien abrazas y quien te abraza;  
salto de las páginas a tus brazos: la muerte me llama.  
Oh, cómo me adormecen tus dedos;  
tu aliento me cubre como el rocío, tu latir arrulla mis tímpanos.  
Me siento inmerso de pies a cabeza;  
es delicioso. Pero basta.  
Basta, oh, acto imprevisto y secreto,  
basta, oh, presente fugaz, basta, oh, pasado revivido.  
Querido amigo, quienquiera que seas, acepta este beso.  
Te lo doy especialmente a ti. No me olvides.  
Me siento como el que ya ha acabado la jornada de trabajo y se retira a  
descansar.  
Vuelvo a experimentar uno de mis muchos tránsitos, y asciendo de mis  
avatares [\[478\]](#), mientras otros, sin duda, me esperan,

y una esfera desconocida, más real de lo que haya podido soñar, más directa, me  
arroja sus dardos, que me despiertan, ¡*hasta luego!*

Recuerda mis palabras, puede que vuelva,  
te amo, abandono la materia,  
soy como alguien incorpóreo, triunfante, muerto.

## Primer anexo:

### Horas de un septuagenario

#### Mannahatta

El nombre noble e idóneo de mi ciudad, rescatado,  
el selecto nombre aborigen, de maravillosa belleza, significa  
*isla asentada en la roca, costas en las que rompen siempre con alegría las olas  
presurosas que vienen y van.*

#### Paumanok

¡Belleza marina, extensa, soleada!

Tu ancho océano interior baña un costado, en el que bullen el comercio, los  
vapores y las velas;

el viento del Atlántico, apacible o feroz, acaricia el otro, y cascos poderosos se  
deslizan, oscuros, a lo lejos.

¡Isla de arroyos en los que se puede beber, de aire y tierra puros!

¡Isla de costas salinas, de brisa y mar!

Desde la punta de Montauk<sup>[479]</sup>

Heme aquí, como en el pico de un águila poderosa.

Hacia el este, absorbo el mar, contemplo (sólo mar y cielo)  
el movimiento de las olas, la espuma, los barcos a lo lejos,  
la agitación bravía, las crestas níveas y rizadas, el adentrarse incansable de las  
olas,  
siempre en busca de la costa.

### **A los que han sucumbido**

A los que han sucumbido, y a sus vastos anhelos,  
a los soldados sin nombre caídos en primera línea,  
a los maquinistas tranquilos, abnegados, a los viajeros apasionados en exceso, a  
los pilotos de los barcos,  
a muchos cantos y cuadros sublimes, pero olvidados, yo erigiría un monumento  
cubierto de laurel,  
que excediese a cualquier otro; a las vidas tronchadas prematuramente,  
poseídas por un extraño espíritu de fuego,  
apagadas por una muerte temprana.

### **Una canción al cumplir sesenta y nueve**

Una canción al cumplir sesenta y nueve, un resumen, una repetición:  
mis versos de alegría y esperanza siguen cantándoos  
a vosotros, oh, Dios, Vida, Naturaleza, Libertad, Poesía;  
a ti, Tierra mía: a tus ríos, praderas y Estados; a ti, amada bandera multicolor,  
a tu conjunto, íntegramente preservado; al norte, el sur, el este y el oeste, a  
cuanto es tuyo;  
a mí mismo: al corazón jocundo que me sigue latiendo en el pecho,  
al cuerpo en ruinas, viejo, pobre y paralizado, a la extraña inercia que me  
envuelve, mortuoria,

al fuego abrasador, aún no extinto, que contiene mi sangre despaciosa,  
a la fe sin merma, a los amigos que me quieren.

### Los soldados más valientes

Valientes, valientes fueron los soldados (hoy célebres) que sobrevivieron al  
combate;  
pero los más valientes acudieron a primera línea y cayeron, anónimos,  
desconocidos.

### Fuente tipográfica

Esta mina latente, estas voces reprimidas, estas fuerzas apasionadas,  
la ira, la disputa o el elogio, la mirada maliciosa y cómica o la plegaria devota  
(y no sólo la *nonpareil*, la *brevier*, la *bourgeois*, la *long primer*<sup>[480]</sup>),  
estas olas oceánicas, capaces de enfurecerse y matar,  
o de sosegar, bajo el sol radiante, y adormecerse,  
sueñan ahora, dentro de las laminillas pálidas.

### Mientras escribo

Mientras escribo, enfermo y envejecido,  
no es la menor de mis preocupaciones que el embotamiento de los años, los  
lamentos,

las tristezas descorteses, los dolores, el letargo y el estreñimiento,  
este *ennui* quejumbroso,  
se filtren en mis cantos cotidianos.

### **Mi canario**

¿Hemos considerado grande, oh, alma, adentrarnos en los temas de los libros importantes,  
absorbiendo, profunda y enteramente, sus ideas, sus dramas, sus especulaciones?  
Pero oír ahora, pájaro enjaulado, cómo tus alegres píidos  
llenen el aire, la habitación vacía, la larga mañana,  
¿no es igual de grande, oh, alma?

### **Preguntas a mi septuagésimo año**

Te acercas, curioso,  
impreciso, incierto espectro: ¿traes la vida o la muerte?,  
¿la fuerza, la debilidad, la ceguera, más parálisis, y más intensa?  
¿O un cielo y un sol plácidos? ¿Todavía quieres agitar las aguas,  
o acaso acabar conmigo para siempre? ¿O dejarme como estoy:  
sin fuerzas, viejo, cotorreando, repitiendo lo mismo con voz cascada, estridente?

## Los mártires de Wallabout

*(En Brooklyn, en una vieja cripta, sin ninguna reconocimiento especial, yacen amontonados en este momento los indudablemente auténticos restos de los primeros y más leales patriotas revolucionarios, presos en los pontones y las cárceles británicas de Nueva York y sus alrededores, y de todo Long Island, entre 1776 y 1783, muchos miles de los cuales fueron enterrados originariamente en trincheras excavadas en las arenas de Wallabout<sup>[481]</sup>)*

Mayores que el recuerdo de Aquiles o Ulises,  
más, mucho más para ti que la tumba de Alejandro<sup>[482]</sup>,  
son aquellas carretadas de restos quemados, de escamas y astillas de huesos  
mohosos,  
que antes habían sido personas, que habían sido, una vez, coraje y resolución,  
aspiraciones y fuerza,  
los escalones de piedra que hoy, aquí, conducen hasta ti, América.

## El primer diente de león

Sencillo, fresco y hermoso, aparece cuando el invierno ya ha pasado,  
como si nunca hubieran existido los caprichos de la moda, los negocios o la  
política.  
El primer diente de león de la primavera brota de su soleado escondrijo de hierba,  
inocente, áureo, sereno como el alba,  
y muestra su rostro confiado.

## América

Centro de hijas iguales, de hijos iguales,



todos queridos de la misma forma, grandes, pequeños, jóvenes o viejos,  
fuerte, amplia, hermosa, perdurable, capaz, rica,  
perenne como la Tierra, como la Libertad, la Ley y el Amor,  
Madre grandiosa, prudente, encumbrada, sedente,  
que ocupas el diamante del Tiempo.

### **Recuerdos**

¡Qué dulces, las miradas, en silencio, al pasado!  
Vagabundear como en sueños, pensar en los viejos tiempos, y revivirlos: los  
amores, las alegrías, las personas, los viajes.

### **Hoy y tú**

Los ganadores designados en un juego que ha durado mucho:  
la carrera del Tiempo y las naciones: Egipto, la India, Grecia y Roma;  
todo el pasado, con sus héroes, historia, artes y experimentos,  
su patrimonio de cantos, inventos, viajes, maestros y libros,  
recogidos para este momento y para ti. ¡Pensar en ello!  
Toda la herencia converge en ti.

### **Ya no deslumbra el día**

Ya no deslumbra el día,

y sólo la noche, oscurísima, me revela las estrellas.

Tras el estruendo del majestuoso órgano, o del coro, o de la orquesta perfecta, atraviesa mi alma la vibración callada de la verdadera sinfonía.

### **Abraham Lincoln, nacido el 12 de febrero de 1809**

Hoy, de todos y cada uno, el aliento de una oración, el latido de un pensamiento, en Su memoria, por Su nacimiento.

*Publicado el 12 de febrero de 1888.*

### **Florilegio de mayo**

Manzanares, árboles cubiertos de flores;  
trigales alfombrados, a lo largo y a lo ancho, por el verdor vital de la esmeralda;  
la frescura eterna e inagotable de las madrugadas;  
la bruma amarilla, dorada, transparente, del cálido sol de la tarde;  
las matas de lilas en ciernes, con su profusión de flores púrpuras o blancas.

### **Días del Alción [\[483\]](#)**

No sólo los del amor triunfante,  
ni los de la riqueza, ni los de la madurez con honores, ni los de la victoria en la política o en la guerra;  
cuando la vida declina, y se apaciguan las turbulencias de la pasión,

cuando colores suntuosos, etéreos, silentes, tiñen el cielo de la tarde,  
cuando la suavidad, la plenitud, el sosiego, inundan el cuerpo, como un aire  
fresco, balsámico,  
cuando los días adquieren una luz más tenue, y la manzana pende, por fin, del  
árbol completa, madura, indolente,  
¡entonces los días son los más fecundos, los más tranquilos, los más felices de  
todos!,  
¡días del alción, de meditación y bienaventuranza!

## Fantasías en Navesink<sup>[484]</sup>

### ***EL PILOTO EN LA NIEBLA***

Navego por los rápidos del norte (una vieja reminiscencia del San Lorenzo,  
un súbito recuerdo que regresa, como un relámpago, no sé por qué,  
mientras espero a que salga el sol, aquí, mirando desde esta colina);  
otra vez es la hora del amanecer, contra el que pelea una bruma espesa;  
otra vez vira la temblorosa, esforzada embarcación, y yo me abro paso por entre  
rocas batidas por la espuma, que casi me tocan;  
otra vez veo en la popa al pequeño y enjuto timonel indio  
perfilarse en la niebla, con la frente alta y la mano firme.

### ***SI EN MI MANO ESTUVIERA***

Si en mi mano estuviera igualarme a los más grandes bardos,  
pintar sus retratos, hermosos, majestuosos, y emularlos a voluntad:  
a Homero, con sus guerras y guerreros —Héctor, Aquiles, Áyax—,  
o al Hamlet, al Lear o al Oteló de Shakespeare, en pugna con su dolor, o a las  
resplandecientes damas de Tennyson,  
y lucir el mejor verso o el mayor ingenio, o escogidos conceptos que disponer en  
rimas perfectas, deleite de los cantores,  
todo, todo lo cambiaría, oh, mar, de buena gana,  
por el ondular de una ola tuya, por su gracia;  
todo te lo entregaría si respiraras en mis versos

y dejaras en ellos tu perfume.

### **OH, VOSOTRAS, MAREAS INCESANTES**

¡Oh, vosotras, mareas incesantes!, ¡tú, energía que alimenta esta obra!,  
tú, fuerza invisible, centrípeta, centrífuga, extendida por el espacio,  
vínculo del sol, la luna, la tierra y todas las constelaciones,  
¿qué mensajes nos traes de las estrellas lejanas?, ¿de Sirio?, ¿de Capella <sup>[485]</sup>?  
¿Qué corazón central —siendo tú sus latidos— lo vivifica todo?, ¿qué ilimitado  
conjunto?  
¿Qué sutil insinuación, qué significado hay en ti?, ¿qué clave contiene de todo?,  
¿qué fluida, vasta identidad  
mantiene la unidad del universo, como navegar en un barco?

### **BAJAMAR Y LUZ DECLINANTE**

Bajamar y luz declinante,  
el perfumado frescor del mar llega a tierra, junto con el olor de los juncos y la sal;  
y también muchas voces, apenas oídas, de los remolinos,  
muchas confesiones sofocadas, muchas sollozos, muchas palabras susurradas,  
como si estuvieran lejos o escondidos quienes las pronuncian.  
¡Cómo se hunden y emergen!, ¡cómo murmuran!  
Poetas anónimos, artistas incomparables, frustrados sus mejores proyectos,  
la falta de amor, un coro de lamentos milenarios, las últimas palabras de la  
esperanza,  
el grito desesperado de algún suicida: *Marchemos al desierto sin límites, para no  
volver jamás.*  
¡Adelante, al olvido!  
¡Adelante, adelante, cumple tu parte: sé tú la enterradora, bajamar!  
¡Adelante, aprovecha la ocasión, oh, furiosa hendidura!

### **Y, SIN EMBARGO, NO SÓLO VOSOTROS**

Y, sin embargo, no sólo vosotros, crepúsculo y bajamar enterradora,  
ni vosotros, proyectos frustrados, ni fracasos, ni aspiraciones;  
yo sé, divinos impostores, cómo luce vuestra seducción;  
como es debido, por vosotros, y de vosotros, vuelven la pleamar y la luz, como es  
debido giran los goznes,  
como es debido las necesarias discordancias se contrapesan y mezclan,

y tejen con vosotros, con el Sueño, la Noche y la Muerte misma,  
el ritmo del Nacimiento eterno.

### ***SUBE ORGULLOSA LA MAREA***

Sube orgullosa la marea: grita, espuma, avanza;  
se mantiene henchida mucho tiempo, ancho el pecho, desbordante;  
todo palpita, se dilata: las granjas, los bosques, las calles de las ciudades, los  
trabajadores;  
velas mayores, gavias y foques se divisan en el mar, y los gallardetes de humo de  
los vapores, que, bajo el sol matinal,  
con su cargamento de vidas humanas, zarpan, alegres, o arriban, alegres,  
luciendo en los mástiles la bandera bienamada.

### ***CONTEMPLANDO LARGAMENTE LAS OLAS***

Contemplando largamente las olas, siento una llamada, y me ensimismo;  
en cada cresta ondula una luz o una sombra: recuerdos,  
alegrías, viajes, estudios, panoramas silenciosos, escenas fugaces,  
la larga guerra pasada, las batallas, lo visto en el hospital, los heridos y los  
muertos,  
yo mismo en cada una de esas fases pretéritas, mi juventud ociosa, la vejez  
inminente,  
el resumen de mis sesenta años de vida, y más, ya transcurridos,  
desafiado por cualquier ideal elevado, sin propósito, en conjunto nada,  
pero siendo, acaso, una gota en el plan de Dios, una ola, o una parte de una ola,  
como una de las tuyas, océano multitudinario.

### ***POR ÚLTIMO***

Por último, he comprendido, en estas costas, en esta colina,  
gracias a vosotras, oh, mareas, el significado místico del hombre:  
sólo por vuestra ley, por vuestro flujo y reflujo, que me rodean por igual,  
surgen el pensamiento que moldea y la voz que entona este canto.

## Día de elecciones, noviembre, 1884<sup>[486]</sup>

Si hubiese de nombrar, oh, Mundo Occidental, tu espectáculo y tu paisaje más poderoso,  
no serías tú, Niágara, ni vosotras, praderas sin fin, ni las enormes hendiduras de tus cañones, Colorado,  
ni tú, Yosemite, ni Yellowstone, con los espasmódicos bucles de los géiseres, que aparecen y desaparecen, disparados al cielo,  
ni los conos blancos de Oregon<sup>[487]</sup>, ni el cinturón de grandes lagos del Hurón, ni el curso del Misisipí.

A la humanidad que bulle ahora en este hemisferio, yo diría —*la queda vocecilla* que vibra— que es el día en que América elige (cuyo meollo no son los elegidos, sino el acto en sí mismo: la elección cuatrienal), el despertar, en toda su extensión, del Norte y del Sur, de la costa y el interior, de Texas a Maine, de los Estados de las Praderas, de Vermont, Virginia y California, la lluvia final de votos del Este al Oeste, la paradoja y el conflicto, los copos de nieve que caen, innumerables (un conflicto sin espadas, aunque mayor que las antiguas guerras de Roma, o las modernas de Napoleón): la pacífica elección por parte de todos, de la humanidad buena o mala, que se decanta por las peores opciones, la escoria.

¿Espuma y fermenta el vino? Sirve para purificar: si el corazón jadea, arde la vida. Estás ráfagas, estos vientos huracanados, impulsan a preciosos barcos: hinchen las velas de Washington, Jefferson y Lincoln.

## Con labios roncros y altivos, oh, mar

¡Con labios roncros y altivos, oh, mar!

Día y noche recorro tus costas, batidas por las olas, representándome todo lo que, extraño, múltiple, me sugieres (veo y escucho con claridad cuanto dices, y tu discurso), el galopar de tus corceles de crines blancas hacia la meta, tu rostro amplio y sonriente, tachonado de los hoyuelos centelleantes del sol, tu ceño pensativo y lúgubre, tus huracanes desatados,

tu indomabilidad, tus caprichos, tu obstinación;  
grande como eres, mayor que todo, tus muchas lágrimas: algo falta en la  
eternidad que contienen  
(sólo las luchas más enconadas, los mayores agravios y derrotas, podrían  
engrandecerte; nada menos que ellos),  
la soledad, algo que buscas sin descanso, pero que nunca alcanzas,  
un derecho denegado, sin duda, la voz, poseída por un enorme y monótono furor,  
de un amante de la libertad cautivo,  
un vasto corazón, como el de un planeta, encadenado a estos rompientes, y  
rabiando en ellos,  
entre dilatadas tumescencias, y espasmos, y jadeos,  
y el rítmico chirrido de tus olas y tus arenas,  
y el siseo de la serpiente, y la carcajada brutal,  
y ese fondo como de un rugido de león a lo lejos  
(que, resonantes, le suplican al oído sordo del cielo; pero ahora, por una vez, se  
establece la comunicación,  
y un fantasma, esta noche, se vuelve tu confidente, por una vez),  
la primera y última confesión del globo,  
un murmullo que surge de los abismos de tu alma,  
la historia de la pasión cósmica elemental,  
que le cuentas a un alma gemela.

### **La muerte del general Grant**<sup>[488]</sup>

Uno a uno se retiran los sublimes actores  
de la gran obra que se ha representado en el escenario eterno de la historia,  
del acto espeluznante, parcial, de la guerra y la paz, de la antigua y la nueva  
contienda,  
librada con ira, temor, sombrío desaliento e incertidumbre perdurable;  
todo es ya pasado, y, desde entonces, en tumbas innumerables, se alejan y  
maduran  
los vencedores y los vencidos, Lincoln y Lee<sup>[489]</sup>, y tú con ellos,  
¡hombre de esa edad heroica, e igual a ella!,  
¡tú, nacido en las praderas! Intrincado, y nudoso, y difícil, ha sido tu papel:

¡admirablemente lo has representado!

### **Chaqueta roja (desde lo alto<sup>[490]</sup>)**

**(Improvisación en el monumento de la ciudad de Buffalo al orador iroqués,  
con ocasión de su nuevo enterramiento, el 9 de octubre de 1884)**

Esta escena, este espectáculo,  
rendidos hoy por la moda, el saber, la riqueza  
(no son un mero capricho: contienen algunos granos de un significado muy  
profundo),  
acaso desde lo alto (¿quién sabe?), desde las formas confusas de las nubes  
distantes,  
como un árbol viejo, o roca, o risco, estremecido con su alma,  
producto directo de la Naturaleza, y de su sol, su tierra y sus estrellas, una  
imponente figura humana,  
vestida con una camisa de caza de cendal, armada con un rifle, y con una sonrisa  
levemente irónica en los labios espectrales,  
como uno de los fantasmas de Osían<sup>[491]</sup>, los contempla.

### **Monumento a Washington, febrero, 1885<sup>[492]</sup>**

Ah, no este mármol, muerto y frío;  
expandiéndote mucho más allá de esta base y su columna, circundando,  
abarcando las partes redondas,  
tú, Washington, perteneces al mundo entero, a todos los continentes, y no sólo al  
tuyo, América:  
también a Europa y a todas sus regiones, al castillo del señor y la choza del  
jornalero,



al helado Norte o al sofocante Sur, al africano, al árabe en su jaima,  
a la vieja Asia, de sonrisa venerable, sentada entre sus ruinas  
(¿Saluda el héroe antiguo al héroe nuevo? Son lo mismo: el heredero legítimo,  
perpetuado,  
el corazón y el brazo indómitos, pruebas de la línea ininterrumpida;  
el valor, el celo, la paciencia y la fe, iguales; y ambos salen igualmente triunfantes,  
incluso en la derrota):  
dondequiera que navegue un barco, o se construya una casa, de día o de noche,  
por las calles transitadas de las ciudades, bajo techo o al descubierto, en las  
fábricas o las granjas,  
ahora, en el futuro o en el pasado, allí donde haya existido, o exista, la voluntad  
de un patriota,  
dondequiera que florezca la Libertad, templada por la Tolerancia, gobernada por  
la Ley,  
allí se yergue o está erigiéndose tu verdadero monumento.

### **De tu alegre garganta**

**(A más de ochenta y tres grados de latitud norte, y a una distancia de  
alrededor de un día completo de navegación al Polo, con mar tranquilo, en  
uno de nuestro veloces transatlánticos, el explorador Greely<sup>[493]</sup> oyó el canto  
de un solitario pinzón de las nieves, que se sobreponía, alegre, a la desolación)**

De tu alegre garganta, que canta en el Ártico inhóspito y vacío,  
aprenderé la lección, pájaro solitario: yo también saludaré a las corrientes  
heladas,  
y hasta al frío más sobrecogedor, como el que siento ahora: tengo el pulso  
aletargado, el cerebro desfallecido,  
la vejez encerrada en su bahía invernal (fría, fría, ¡qué fría!),  
el pelo blanco como la nieve, el brazo laxo y los pies congelados.  
Por ellos abrazo tu fe, tu imperio, y los grabo hasta el fin.  
No sólo canto a las regiones del verano, ni a las efusiones de la juventud, ni a las  
cálidas corrientes meridionales,

sino que, retenido por estos témpanos parsimoniosos, atrapado por el hielo del norte —el cúmulo de los años—, también, con corazón alegre, a estos canto.

## **Broadway**

¡Qué presurosas oleadas humanas, de día y de noche!  
¡Cuántas pasiones, ganancias, pérdidas, fervores, surcan tus aguas!  
¡Cuántos remolinos de maldad, bienaventuranza y pesar te refrenan!  
¡Cuántas miradas inquisitivas y destellos de amor!  
¡Miradas maliciosas, envidia, desprecio, desdén, esperanza, aspiraciones!  
¡Tú, portal!, ¡tú, arena!, ¡tú, donde confluye una miríada de filas y grupos  
inacabables!  
(Si pudieran contar tus losas, tus bordillos, tus fachadas, sus historias sin igual;  
y tus hermosas ventanas, y tus enormes hoteles, y tus anchos paseos).  
¡Tú, la de los pies que se deslizan, dan pasos cortos o se arrastran!  
¡Tú, polícroma como el mundo, infinita, ingente, burlona, como la vida!  
¡Tú, avizorado, vasto, inefable espectáculo y lección!

## **Para alcanzar el ritmo final de los cantos**

Para alcanzar el ritmo final de los cantos;  
para penetrar en el más íntimo saber de los poetas, y para conocer a los mejores,  
Job, Homero, Esquilo, Dante, Shakespeare, Tennyson, Emerson;  
para determinar los delicados matices cambiantes del amor, el orgullo y la duda;  
para entender verdaderamente  
y abarcar todo esto, la facultad decisiva y el precio de admisión  
es la vejez, y cuanto aportan las experiencias pasadas.

## El viejo lobo de mar Kossabone<sup>[494]</sup>

Voy a contaros cómo murió un pariente lejano por parte de madre,  
Kossabone, el Viejo Lobo de Mar.

(Había sido marino toda su vida. Tenía casi 90 años ya. Vivía con su nieta casada,  
Jenny,

en su casa de la colina, con vistas a la bahía y al cabo, a lo lejos, abierta al mar).

Durante muchos años, tuvo por costumbre pasarse las últimas horas de la tarde,  
hasta que anoheciera,

sentado en el sillón, al lado de la ventana

(a veces, incluso, medio día entero),

observando el ir y venir de los barcos, y hablando para sí. Y he aquí cómo acabó  
todo:

un día, un bergantín pugnaba por partir, pero lo frenaban las corrientes y sus  
imperitas maniobras,

hasta que, por fin, al caer la noche, lo impulsó una brisa favorable, y su suerte  
cambió.

Dobló entonces, veloz, el cabo, se sumió, orgulloso, en la oscuridad, hendiéndola,  
y él dijo:

«Ya es libre; ya va rumbo a su destino». Ésas fueron sus últimas palabras. Cuando  
Jenny llegó, allí estaba muerto, en el sillón,

el holandés Kossabone, el Viejo Lobo de Mar, un lejano pariente por parte de  
madre.

## El tenor muerto<sup>[495]</sup>

Como si volvieras al escenario,

con un sombrero español de plumas y ese andar inimitable,

de regreso de las evanescentes lecciones del pasado, quiero proclamar,  
manifestar y reconocer

cuánto te debo: ¡tu voz, cantando, ha sido una revelación!

(tan firme, tan diáfana y suave; y, de nuevo, ¡ese timbre trémulo, viril!;

una voz, al cantar, perfecta: para mí, la lección más profunda de todas, piedra de  
toque universal),

y cómo, gracias a tus notas, mis oídos y mi alma, arrebatados, absorben el corazón de *Fernando*, la invocación apasionada de *Manrico*, de *Hernani*, del dulce *Gennaro*<sup>[496]</sup>.

Desde hoy abrazo, o quiero abrazar, transmutándolos en mis cantos, el cantábile desatado de la Libertad y el Amor y la Fe (correlatos del perfume, el color y la luz del sol): de todas estas cosas, y para ellas, y con ellas, te entrego este verso apresurado, tenor que ya no existes, una hoja otoñal que se lleva el viento, y que se posa en la tumba recién sellada, en la tierra removida a paletadas, en tu memoria.

## Continuidades

**(De una conversación que he tenido recientemente con un espiritista alemán)**

Nada se pierde nunca, en realidad, ni se puede perder:  
ningún nacimiento, ni identidad, ni forma; ningún objeto del mundo.  
Tampoco ninguna vida, ni fuerza, ni cosa visible:  
la apariencia no ha de frustrar a tu cerebro, ni los cambios de esfera, confundirlo.  
Amplios son el tiempo y el espacio, amplios los campos de la Naturaleza.  
El cuerpo, renuente, envejecido, frío: el ascua de los antiguos fuegos,  
la luz apagada de los ojos, se avivarán otra vez;  
el sol que ahora declina al oeste, se alzaré para mañanas y mediodías sin cuento;  
a los terrones helados vuelve siempre la ley invisible de la primavera,  
con hierba y flores y los frutos y el cereal del verano.

## Yonnondio

**(Esta palabra significa lamento por los aborígenes. Es un término iroqués, que ha sido utilizado también como nombre<sup>[497]</sup>)**

Un canto, un poema en sí misma, y la palabra, una elegía.

En los desiertos, en las montañas, bajo la tormenta o en la noche invernal, qué extraños y brumosos retablos suscitan en mí estas sílabas:

Yonnondio. Veo, a lo lejos, al norte o al oeste, una quebrada infinita, con planicies y cordilleras oscuras;

veo enjambres de caciques recios, de brujos y guerreros,

que pasan, en un revuelo, como nubes de fantasmas, y desaparecen en el crepúsculo

(¡raza de los bosques, de los paisajes libérrimos, de las cascadas!

No hay cuadro, poema ni crónica que la transmita al futuro).

¡Yonnondio! ¡Yonnondio! Desaparecen, sin imágenes que los representen.

El día de hoy cede su puesto y se desvanece: las ciudades, las granjas y las fábricas se desvanecen;

un sonido vibrante pero apagado y un breve quejido atraviesan fugazmente el aire,

pero luego todo se disuelve, y desaparece, y queda en silencio: y se pierde para siempre.

## Vida

Siempre el alma animosa, resuelta, combativa, del hombre

(¿Han fracasado los ejércitos anteriores? Pues enviamos ejércitos nuevos, y otros más nuevos aún);

siempre el misterio inextricable de las edades de la tierra: todas, las antiguas y las modernas;

siempre los ojos anhelantes, los hurras, las manos que dan el aplauso de bienvenida, la cerrada ovación;

siempre el alma insatisfecha, curiosa, aún no convencida.

Hoy lucha como siempre, batalla como siempre.

### «Se dirigen a alguna parte»

Mi sabia amiga, mi amiga nobilísima<sup>[498]</sup>

(enterrada ahora en una tumba inglesa; ésta es una hoja que dedico a su recuerdo bienamado),

acabó así nuestra conversación: «El resumen, la conclusión de todo cuanto sabemos de la ciencia antigua o moderna, de nuestras profundas intuiciones, de la Geología, la Historia, la Astronomía, la Evolución, la Metafísica, es que avanzamos, que avanzamos, acelerando poco a poco, mejorando, sin duda:

la vida, la vida es una marcha sin fin, un ejército sin fin (que no hace altos, salvo cuando ha alcanzado su objetivo),

y el mundo, las razas, el alma, los universos perdidos en el tiempo y el espacio, todos siguen el rumbo que les corresponde, todos se dirigen, sin duda, a alguna parte».

### Es pequeño el tema de mi Canto

(De la edición de H. de H. de 1869<sup>[499]</sup>)

Es pequeño el tema de mi Canto, aunque sea el mayor: a saber, Yo mismo, una simple persona, un individuo; para uso del Nuevo Mundo, eso canto.

La fisiología entera del hombre, de la cabeza a los pies, yo canto. No sólo la fisiognomía, o el cerebro, son dignos de la Musa; yo digo que la Forma entera es mucho más digna. A la Mujer igual que al Varón canto.

Tampoco ceso en el tema del Yo. Yo pronuncio la palabra moderna, la palabra *en masse*.

Mis Días canto, y las Tierras, con aquella fractura, que he conocido, de una guerra desventurada

(Oh, amigo, quienquiera que seas, que hasta aquí has llegado, por fin, para empezar, siento en cada hoja la presión de tu mano, y la devuelvo; partamos, pues, en este viaje, emprendamos el camino, y más de una vez, con los brazos entrelazados).

### **Verdaderos conquistadores**

Viejos granjeros, viajeros, trabajadores (aun inválidos u oprimidos),  
viejos marinos, sobrevivientes de travesías azarosas, de tempestades y naufragios,  
viejos soldados, de vuelta de sus campañas, cargados de heridas, cicatrices y derrotas:

basta con que hayan sobrevivido, sin arredrarse, y disfruten de una larga vida;  
con que hayan salido de sus luchas, de sus pruebas, de sus combates: sólo por eso son los verdaderos conquistadores de todos los demás.

### **Los Estados Unidos a los críticos del Viejo Mundo**

Éstos son, en primer lugar, los deberes de hoy, las lecciones de lo concreto:  
riqueza, orden, viaje, refugio, productos, abundancia.

Es como construir un edificio heterogéneo, vasto, perpetuo,  
del que se elevarán, inevitablemente, con el tiempo, los imponentes tejados, las luminarias,  
las agujas altísimas, sólidamente asentadas en las torres, que apuntarán a las estrellas.

## El pensamiento más consolador

Que, siguiendo su curso, a despecho de las especulaciones humanas, en la turbamulta de escuelas, teologías y filosofías, siempre cambiantes, y de las ruidosas ofrendas, antiguas y modernas, las leyes, hechos y modos silenciosos y vitales de esta esférica tierra continúen.

## En mi vejez doy las gracias

En mi vejez doy las gracias; gracias antes de partir:  
por la salud, el sol del mediodía, el aire impalpable, por la vida, por el mero hecho de vivir;  
por los preciosos e inextinguibles recuerdos (de ti, querida madre; de ti, padre; de vosotros, hermanos, hermanas, amigos);  
por todos mis días, no sólo los vividos en paz, sino también los días de guerra;  
por las palabras cordiales, las caricias, los dones de otras tierras;  
por darme albergue, vino y alimento; por la amable estima (vosotros, bienamados lectores, lejanos, nebulosos, desconocidos, jóvenes o viejos, innumerables, indeterminados;  
nunca nos hemos conocido, y nunca nos conoceremos, pero nuestras almas están fundidas en un largo y estrecho abrazo);  
por los seres, los grupos, el amor, los acciones y las palabras, los libros; por los colores y las formas;  
por todos los valientes, hombres fuertes, abnegados, que han acudido con prontitud en auxilio de la libertad, en todas las épocas, en todas las naciones, y por aquéllos aún más valientes, fuertes y abnegados (un laurel especial, antes de partir, para los elegidos en la guerra de la vida, los servidores del cañón del canto y del pensamiento, los grandes artilleros, los líderes supremos, capitanes del alma):  
como un soldado que ha vuelto de una guerra concluida, como un viajero entre miríadas de viajeros, que recuerda la larga procesión,  
doy las gracias, ¡gracias regocijadas!, las gracias de un soldado, de un viajero.



## **La vida y la muerte**

Los dos antiguos y simples problemas siempre entrelazados,  
ceranos, esquivos, presentes, confundidos, aferrados.  
Transmitidos sucesivamente por cada época, insolubles,  
hasta la nuestra de hoy, que, a su vez, la transmite.

## **La voz de la lluvia**

¿Y quién eres tú?, le pregunté a la lluvia, que caía mansamente  
y que, por extraño que parezca, me dio esta respuesta, que traduzco aquí:  
yo soy el Poema de la Tierra, dijo la voz de la lluvia.  
Me alzo, eterna, impalpable, de la tierra y el mar insondable  
hasta el cielo, en el que adquiero una forma difusa y, transmutada, aunque siga  
siendo la misma,  
desciendo para bañar las sequías, las osamentas, las acumulaciones de polvo del  
globo  
y todo cuanto en ellas, sin mí, eran sólo semillas, latentes, sin germinar.  
Y siempre, de día y de noche, devuelvo la vida a mi propio origen, y lo purifico y  
embellezco  
(porque el canto, que brota de donde ha nacido, ya cumplido, errante,  
atendido o desatendido, vuelve, como ha de ser, con el amor).

## **Pronto estará aquí la vencedora del invierno**

Pronto estará aquí la vencedora del invierno,  
pronto se desatarán y se fundirán estas ligaduras de hielo: apenas un momento,  
y la suavidad de las flores, de cuanto crece, anegará el aire, la tierra y las olas;  
miles de formas surgirán

de estos terruños muertos, de estos fríos, como de sepulturas profundísimas, y tus ojos y oídos, tus mejores atributos, todo cuanto capta la belleza natural, se despertarán y se colmarán. Percibirás entonces los sencillos espectáculos, los delicados milagros de la tierra:

los dientes de león, el trébol, la esmeralda de la hierba, los aromas y las flores tempranos,

las raíces superficiales del madroño, el sauce verdeamarillo, el ciruelo y el cerezo en flor,

y, con ellos, el petirrojo, la alondra y el tordo, y sus cantos, y el azulejo que revolotea,

porque tales son las escenas que trae la obra de cada año.

### **Sin olvidar el pasado**

Sin olvidar el pasado,

hoy, al menos, sepultada por entero la contienda, e instauradas la paz y la fraternidad,

en recíproca señal, nuestras manos, del Norte y del Sur,

depositan en las tumbas de todos los soldados muertos, del Norte o del Sur

(y no sólo por el pasado, sino con significado para el futuro),

coronas de rosas y ramos de palma.

*Publicado el 30 de mayo de 1888*

### **El veterano agonizante**

**(Un incidente en Long Island, a principios de este siglo)**

En estos días de orden, holgura y prosperidad,

en estos cantos de belleza, paz y decoro,  
comparto este recuerdo (que quizá te ofenda:  
lo oí contar de niño). Hacía más de una generación,  
un viejo adusto y estafalario, combatiente a las órdenes del mismísimo  
Washington,  
corpulento, valiente, recto, sanguíneo, taciturno, más bien espiritual,  
había luchado en sus filas, y luchado con valor, hasta el final de la Guerra  
Revolucionaria<sup>[500]</sup>,  
pero ahora agonizaba. Sus hijos e hijas, los diáconos, lo atendían con amor  
y aguzaban el oído, prestaban mucha atención a las palabras que murmuraba, y  
que apenas alcanzaban a oír:  
«Quiero volver a mis días de guerra,  
a lo que vi allí, a sus escenas: la formación de la línea de batalla,  
las avanzadillas de exploradores que reconocían el terreno,  
los cañones, la torva artillería,  
los edecanes, al galope, llevando órdenes,  
los heridos, los muertos, el calor, la incertidumbre,  
los olores fuertes, el humo, el ruido ensordecedor;  
¡no quiero esta vida en paz, la alegría de vuestra paz!  
¡Devolvedme mi antigua, mi brutal vida de soldado!».

### **Lecciones más importantes**

¿Has aprendido cosas sólo de los que te admiraban, y eran amables contigo, y te cedían el paso?

¿No has aprendido más y mejores cosas de los que te rechazan y se alían contra ti, o de los que te tratan con desprecio, o te disputan el paso?

## Anochecer en la pradera

Brotes de oro, granate y violeta, plata deslumbrante, esmeralda, beis:  
toda la amplitud de la tierra y el poder multiforme de la Naturaleza, consignados  
esta vez en los colores;  
la luz y el aire de que son dueñas, colores hasta ahora desconocidos,  
sin límites, sin confín, no sólo el cielo del Oeste, sino el alto meridiano, el Norte, el  
Sur, todo,  
un color puro y luminoso, batiéndose hasta la muerte con las sombras silenciosas.

## Veinte años

Allí abajo, en el viejo embarcadero, la arena, y yo, sentado, charlo con un recién  
llegado:  
se embarcó como grumete, y partió (obedeció a una idea repentina, vehemente);  
desde entonces, han pasado más de veinte años, y, como ellos,  
él ha dado muchas veces la vuelta al globo; ahora regresa.  
Cuánto ha cambiado este sitio: los viejos lugares reconocibles han desaparecido,  
los padres han muerto  
(sí, él vuelve *para quedarse en el puerto para siempre, para establecerse*; trae la  
bolsa llena; ningún otro sitio le vale: sólo éste).  
Veo el bote de remos que lo ha traído de la balandra, ya amarrado;  
oigo el golpeteo de las olas, la quilla impaciente, el balanceo en la arena;  
veo los aparejos del marinero, el petate, el baúl enorme con abrazaderas de  
cobre;  
examino la cara, cobriza, barbada, el cuerpo, fuerte, macizo,  
y el traje bermejo que lleva, de buen paño escocés.  
(¿Y, entonces, la historia de esos veinte años? ¿Y qué hay del futuro?)

## **Azahares de Florida por correo**

**(Voltaire puso fin a una célebre discusión afirmando que un barco de guerra y la ópera eran pruebas suficientes del progreso de la civilización, y de Francia, en su tiempo)**

Una prueba menor que la del viejo Voltaire, pero mayor,  
prueba del tiempo presente y de ti, de tus dimensiones, América:  
a mi sencilla cabaña del Norte, perdida bajo las nubes, entre la nieve,  
y traído sin daño, cruzando la tierra y el mar, desde mil millas de distancia,  
apenas tres días después de que florecieran,  
ha llegado un ramillete de azahares, enviado de Florida por correo,  
que ahora llena mi cuarto con su dulzura.

## **Crepúsculo**

Las sombras suaves, voluptuosas, adormecedoras,  
el sol que acaba de desaparecer, la luz ansiosa, disipada (también yo  
desapareceré pronto, disipado),  
niebla, nirvana, descanso y noche, olvido.

## **Vosotras, hojas mías escasas, tardías**

Vosotras, hojas mías escasas, tardías, en ramas que se acercan al invierno,  
y yo, un árbol del campo, o de la huerta, bien podado;  
vosotras, prendas diminutas y desamparadas (ya no, ahora, la lozanía de mayo, ni  
el trébol en flor de julio; ya no las mieses de agosto);  
vosotras, pálidas astas de estandartes, vosotras, banderolas sin valor, vosotros,  
residuos del tiempo,

sois, empero, mis hojas más queridas, las que confirmáis al resto, las más fieles, las más resistentes, las últimas.

### **No sólo sois exiguas y latentes ramas**

No sólo sois ramas exiguas y latentes, ¡oh, cantos! (escamosas y desnudas, como las garras del águila):  
puede que algún día de sol (¿quién sabe?), en alguna primavera futura, en algún verano, estalléis  
en hojas verdes, o en sombra protectora, o en fruta nutricia,  
manzanas y uva, y que emerjan los robustos miembros de los árboles, y que el aire fresco y libre,  
y el amor y la fe, florezcan como rosas perfumadas.

### **El emperador muerto**<sup>[501]</sup>

Hoy, con la cabeza gacha y los ojos entornados, también tú, Columbia,  
no tanto por la poderosa corona abatida en el dolor, no tanto por el Emperador,  
musitas tu condolencia sincera, y la envías, allende el océano, a muchas millas de  
distancia,  
para llorar a un anciano bueno, a un pastor fiel, a un patriota.

*Publicado el 10 de marzo de 1888.*

## Al igual que las almenaras de los griegos

(Para el octogésimo cumpleaños de Whittier<sup>[502]</sup>, 17 de diciembre de 1887)

Al igual que las almenaras de los griegos, como refieren las antiguas crónicas, se elevaban en las cumbres de las colinas, a modo de aplauso y glorificación, para dar la bienvenida a la fama a algún veterano o héroe singular, y teñían de rojo, con matices rosáceos, la tierra a la que había servido, así yo, también en lo alto, desde la costa de Mannahatta, orlada de barcos, enciendo y elevo una tea por ti, Viejo Poeta.

## El barco desmantelado

En alguna laguna apartada, en alguna bahía sin nombre, en aguas ociosas, solitarias, anclado cerca de la costa, un viejo barco, desarbolado, maltrecho y gris, sin aparejos, acabado, tras haber surcado, libre, todos los mares de la tierra, remolcado al fin, y amarrado con firmeza, se consume y enmohece.

**Ahora, cantos precedentes, adiós<sup>[503]</sup>**

Ahora, cantos precedentes, adiós, por todos vuestros nombres, adiós (trenes de una línea sinuosa, con recorridos extraños, vagones, con altibajos, a intervalos, de la vejez, o de la edad madura, o de la juventud), «En barcos, en el mar», o «Para ti, vieja causa», o «Poetas venideros», o «Paumanok», «Canto de mí mismo», «Cálamo», «Adán», o «¡Batid, batid, tambores!», o «A la tierra fecundada que pisaron»,

o «¡Oh, Capitán, mi Capitán!», «Cosmos», «Años como arenas movedizas», o «Pensamientos»,  
«A ti, madre, con tu descendencia igual», y muchos, muchos más que no digo, nacidos de las fibras de mi corazón, de mi garganta y mi lengua (la sangre caliente, palpitante, de mi vida, el impulso y la forma personales para mí, no meramente papel, o tinta y tipos automáticos),  
y cada uno, cada expresión del pasado, con su propia y larga historia de vida o de muerte, o de soldados heridos, o del país en peligro o a salvo. (¡Oh, cielos, qué destello y qué inacabable tren de todo, puesto en marcha!  
Comparado con eso, ciertamente, ¡qué migaja despreciable, en el mejor de los casos!)

### **Adormecimiento vespertino**

Tras una semana de sufrimientos físicos, de agitación, fiebre y dolor, me llegan, cuando ya acaba el día, la calma y el adormecimiento, tres horas de paz, en que el cerebro, sosegado, descansa.

### **Cumbres radiantes de la vejez**

El contacto de la llama, el fuego que ilumina, la última mirada, la más altanera, a la ciudad, a la pasión, al mar, a las praderas, las montañas y los bosques, a la tierra;  
los matices etéreos, múltiples, cambiantes, de todo a la luz del crepúsculo, de los objetos y grupos, de los comportamientos, rostros y recuerdos;  
el sosiego de las escenas, el ocaso de oro, claro y dilatado:



todo eso es la atmósfera, los puntos de vista, las situaciones desde las que observamos,  
realizadas sólo por ellas; todo (y quizá lo mejor) descuidado antes.  
De ellas provienen las luces: de las cumbres radiantes de la vejez.

### **Tras la cena y la sobremesa**

Tras la cena y la sobremesa, acabado ya el día,  
como el amigo que retrasa el momento de despedirse de sus amigos,  
que repite Adiós, Adiós, con labios emocionados  
(qué difícil le es a su mano soltar las de ellos: no se volverán a ver,  
nunca más compartirán tristezas y alegrías, ni se juntarán los viejos y los jóvenes;  
le espera un largo viaje, del que nunca regresará),  
que evita, que pospone la separación, e intenta desviar, un instante más, esa  
última palabra,  
y que hasta cuando ya ha llegado a la puerta se vuelve, para hacer encargos  
superfluos, y hasta bajando los escalones  
intenta ganar un minuto más. Pero las sombras del anochecer se espesan,  
y los adioses y lo que se dice menguan, y el semblante y la silueta del que se va, se  
hacen más borrosos,  
para perderse, pronto y para siempre, en la oscuridad: reacio, ¡oh, tan reacio a  
irse!,  
gárrulo hasta el final.

## **Segundo anexo:**

### **Adiós, fantasía**

#### **¡Zarpa para siempre, yate Eidolon!**

¡Leva anclas!,  
iza la vela mayor y el foque, y enfila al mar,  
oh, balandrita blanca, acelera ahora por aguas muy profundas  
(no diré que éste sea nuestro último viaje,  
sino el inicio del más verdadero, del más maduro, del mejor, y acceso seguro a él).  
Aléjate, aléjate de tierra firme, y no vuelvas nunca a estas costas:  
naveguemos ahora, y para siempre, a la aventura, libre, infinita,  
y prescindamos de los puertos y mares conocidos, de las amarras,  
las densidades y la gravitación.  
¡A la mar para siempre, yate eidolon!

#### **Últimas y tardías gotas**

¿De dónde venís, y por qué?  
No sabemos de dónde (fue la respuesta).  
Sólo sabemos que aquí vamos a la deriva, con las demás;  
que nos hemos retrasado, que nos hemos rezagado, pero que por fin hemos sido  
arrastradas, y que ahora estamos aquí,  
gotas finales del chubasco que pasa.

## Adiós, fantasía

Adiós<sup>[504]</sup>, fantasía (yo tenía algo que decir,  
pero aún no es el momento: lo mejor de lo que se tiene que decir  
llega cuando es el momento adecuado; y, en cuanto a su significado,  
guardo el mío para el final).

### ¡Seguid, seguid igual los dos, con alegría!

¡Seguid, seguid igual los dos, con alegría!,  
mi vida y mi recitativo, que contienen el nacimiento, la juventud y los años de  
madurez,  
intermitentes, como abigarradas lenguas de fuego, pero inseparablemente  
entrelazadas, fundidas en uno, y que lo combinan todo,  
mi alma única —objetivos, confirmaciones, fracasos, alegrías—, mas no sólo el  
alma única:  
yo canto la etapa crucial de mi nación (de América, acaso de la humanidad), la  
gran prueba, la gran victoria,  
el extraño esclarecimiento de todas las masas del pasado, del mundo oriental, de  
la antigüedad, del medievo;  
aquí, aquí, tras multitud de andanzas, extravíos, lecciones, guerras y derrotas,  
aquí, al oeste, una voz triunfal, que lo justifica todo,  
un grito jubiloso y resonante, un canto, esta vez, de pleno orgullo y satisfacción,  
con el que celebro a la masa común, a la muchedumbre ordinaria, general (y a la  
mejor no antes que a la peor), y con el que canto ahora a la vejez  
(mis versos, escritos primero para la mañana de la vida, y para la prolongación del  
verano y del otoño,  
los traspaso ahora al pelo blanco como la nieve, a los latidos que el invierno ha  
enfriado);  
como ahora, con trinos despreocupados, yo y mis recitativos, con fe y amor,  
empujados a otras tareas, a cantos y condiciones desconocidos,  
¡seguid, seguid los dos, con alegría!, ¡continúad igual!

## **Mi año 71.º**

Tras superar los setenta,  
con todos sus azares, cambios, pérdidas y pesadumbres,  
la muerte de mis padres, los devaneos de mi vida, mis muchas y desgarradoras  
pasiones, la guerra del 63 y 64,  
como un viejo soldado deshecho, tras una larga, calurosa y extenuante marcha, o  
quizá después de la batalla,  
hoy, con el crepúsculo, cojeando, grito ¡*Presente!*, con voz vital, cuando pasan  
lista en la compañía,  
y me presento al Oficial, y lo saludo todavía, antes que a nadie.

## **Apariciones**

Una vaga neblina envuelve la mitad de las páginas  
(a veces, qué extraño y claro resulta para el alma  
que todas estas sólidas cosas no son, en verdad, sino apariciones, conceptos,  
irrealidades).

## **La corona pálida**

De algún modo, no puedo dejar que la quiten todavía, por fúnebre que sea:  
que siga ahí, colgada de un clavo,  
con los colores —rosa, azul, amarillo— desvaídos, y el blanco, agrisado y  
ceniciento,  
una rosa, marchita, depositada hace años en tu honor, querido amigo.  
Pero yo no te he olvidado. ¿Te has consumido tú?  
¿Se ha agotado tu aroma? ¿Han muerto los colores, las vitalidades?

No, mientras perduren sutilmente los recuerdos, el pasado seguirá vivido, como siempre:

anoche mismo desperté, y te vi en ese anillo espectral:

la sonrisa, los ojos, la cara, tranquilos, callados, amorosos, como siempre.

Que la corona, pues, siga colgada ahí, donde pueda verla.

No ha muerto todavía para mí; ni siquiera ha palidecido.

### **Un día terminado**

La satisfacción consoladora y la alegría de lo terminado:

han concluido la prisa, la pompa y el resplandor fugaz de la contienda;

¡ahora, el triunfo!, ¡la transformación!, ¡regocijaos<sup>[505]</sup>!

### **El barco de la vejez y el de la muerte artera**

Del este y del oeste, por la línea del horizonte,

dos buques imponentes se nos acercan, con cautela.

Pero aún hemos de surcar los mares: ¡una batalla más!, ¡avanzad con viveza!

(¡la alegría del combate, de la gesta, hasta el final!),

¡dad hoy al viejo barco todo su poder!,

haced fuerza de vela con la gavia, el juanete y la arrastradera;

nuestro reto, nuestro desafío, con banderas y gallardetes ostentosos,

cuando ganemos el mar abierto, las aguas más libres, más profundas.

## El año en ciernes

¿No tengo para ti una palabra que sea también un arma, un mensaje breve y despiadado?

(¿Acaso no he librado la batalla hasta el final?) ¿No queda ni un cartucho para tus afectaciones, tus ceceos, tus desdenes, tu multiforme necesidad?

¿Ni para mí mismo, para mi propio yo rebelde, oculto en ti?

¡Inclínate, inclínate, garganta orgullosa!, aunque te ahogues;  
inclina, hasta el sumidero, ese gáznate barbado, esa frente altanera;  
agacha el cuello, hasta el suelo, para recoger las limosnas.

## La clave de Shakespeare y Bacon <sup>[506]</sup>

No lo dudo: más, pues, mucho más;

en todo antiguo canto legado a la posteridad, en toda noble página o texto (diferente, algo antes inadvertido, algún autor insospechado),

en todo objeto, montaña, árbol o estrella, en todo nacimiento y en toda vida, como parte de cada uno, y desarrollada a partir de cada uno, cuyo significado se esconde tras lo ostensible,

espera, escondida, una clave mística.

## Mucho tiempo después

Sólo después de que un largo, muy largo transcurso, de cientos de años, de rechazos

y acumulaciones, del despertar del amor, y la alegría, y el pensamiento, de esperanzas, deseos, aspiraciones, reflexiones y victorias, de miríadas de lectores,

los envuelva, los abarque, los cubra; sólo después de que todo esto, durante siglos, se haya incrustado en ellos, se verán cumplidos estos cantos.

### **¡Bravo, exposición de París<sup>[507]</sup>!**

Añade a tu espectáculo, antes de clausurarlo, Francia,  
con todo lo demás, visible, concreto —los templos, torres, mercancías, máquinas  
y minerales—,  
el sentimiento que te rinden los latidos de muchos millones de corazones, etéreo  
pero sólido  
(nosotros, nietos y bisnietos, no olvidamos a vuestros antepasados),  
y el aplauso, el amor, el recuerdo y la buena voluntad de América  
que te envían hoy, allende el mar, cincuenta Naciones y embriones de Naciones,  
unidas.

### **Sonidos interpolados<sup>[508]</sup>**

**(El general Philip Sheridan fue enterrado en la catedral de Washington, D.C.,  
en agosto de 1888, con toda la pompa, la música y el ceremonial de la liturgia  
católica romana<sup>[509]</sup>)**

Sobreponiéndose al canto fúnebre, o mezclándose con él,  
del órgano y el solemne ritual, del sermón y los sacerdotes reverentes,  
me llegan sonidos interpolados, que no corresponden a la ceremonia; oigo con  
claridad, amontonándose en el pasillo y al lado de la ventana,  
la urgencia por la batalla y su áspero estruendo. Vuelvo a ver y a escuchar el juego  
macabro de la guerra:

al explorador al que han llamado y ordenado que salga; al general a caballo, rodeado de sus edecanes; la información que acaban de traer; la orden impartida al instante;  
el crepitar de la fusilería; el rugido sordo del cañón; a los hombres que salen precipitadamente de las tiendas;  
el estrépito de la caballería; la rara celeridad con que se forman las filas; la nota aguda del clarín;  
el repicar de los cascos de los caballos al partir; sillas, armas, bagajes.

### **A la brisa del ocaso**

Ah, susurrante, invisible,  
entras esta tarde calurosa por la ventana, por la puerta,  
y lo impregnas, lo templas todo: me refrescas, suave, me das vida,  
a mí, viejo, solo, enfermo, debilitado, deshecho en sudor;  
me abrigas, me envuelves con firmeza pero con dulzura; eres mejor compañera  
que la conversación, los libros o el arte  
(tú tienes, ¡oh, Naturaleza!, elementos que le hablan a mi corazón como ningún  
otro, y éste es de éstos);  
es tan dulce inspirar tu sabor primitivo; siento tus dedos consoladores en la cara y  
las manos.

Tú, mensajera mágica: qué extraño es esto que traes a mi cuerpo y a mi espíritu  
(las distancias, superadas; medicinas ocultas penetran en mí, de la cabeza a los  
pies).

Siento el cielo, la inmensidad de las praderas; siento los grandes lagos del norte;  
siento el océano y el bosque; de algún modo, siento al globo surcar, veloz, el  
espacio.

Tú, exhalada por labios bienamados, ya idos, o surgida acaso de una abundancia  
infinita, enviada por Dios  
(porque eres espiritual, Divina, aunque accesible, casi toda, a mis sentidos),  
ministro venido para hablarme, aquí y ahora, para decirme lo que ninguna palabra  
ha dicho, ni podrá decir, jamás,  
¿no eres la destilación de lo concreto universal?, ¿no eres el último refinamiento  
de la Ley, de la Astronomía toda?,



¿no tienes alma?, ¿no puedo conocerte, identificarte?

## Antiguos cánticos

Recitaba yo, y ya concluía, un antiguo canto,  
y te miraba, Madre de Todo,  
meditando, buscando temas dignos de ti,  
y me dijiste: *Acepta para mí las viejas baladas,  
y nómbrame, antes de irte, a todos los poetas antiguos.*  
(De muchas deudas incalculables,  
quizá la mayor de nuestro Nuevo Mundo sea con los antiguos poemas).  
Hace muchísimo tiempo, preludiándote, América,  
cánticos antiguos, sacerdotes egipcios, y los de Etiopía,  
las epopeyas de la India, las griegas, chinas y persas,  
los libros y profetas bíblicos, y los apasionados idilios del Nazareno,  
la *Ilíada*, la *Odisea*, conspiraciones, hazañas, los viajes de Eneas,  
Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Merlín, Arturo,  
el Cid, Roldán en Roncesvalles, los Nibelungos,  
los trovadores, juglares, *minnesinger*, escaldos,  
Chaucer, Dante, bandadas de pájaros canoros,  
los poemas de la frontera, las baladas de antaño, los cuentos, tratados y dramas  
feudales,  
Shakespeare, Schiller, Walter Scott, Tennyson:  
como presencias vistas en sueños, vastas, prodigiosas, fantásticas,  
como sombras, se congregan en grupos,  
y te lanzan una mirada penetrante, imperiosa,  
¡a ti!, que subes, como ahora, con La cabeza gacha, y con palabras y gestos  
cortesés,  
¡a ti!, que te paras un momento y les devuelves la mirada, fundida con su música,  
y que, satisfecho, aceptándolos a todos, curiosamente preparado por ellos,  
entras por el pórtico de entrada.

## Saludo de Navidad<sup>[510]</sup>

### De una constelación del Norte a una del Sur, 1889-1890

Bienvenido, hermano brasileño: tu amplio espacio está dispuesto.

Una mano amorosa, una sonrisa del norte, un saludo perentorio, bajo el sol (que el futuro se preocupe de sí mismo, cuando se manifiesten sus problemas, sus impedimentos;

nuestros, nuestros son la angustia presente, el designio democrático, la aceptación y la fe).

A ti tendemos hoy la mano, a ti volvemos el rostro, a ti dirigimos una mirada expectante,

¡a ti, pléyade libérrima!, ¡a ti, esplendorosa!, ¡a ti, que has aprendido

la verdadera enseñanza de la luz de una nación en el firmamento

(más brillante que la Cruz, más que la Corona<sup>[511]</sup>),

cuya culminación será una humanidad soberbia!

### Sonidos del invierno

Sonidos del invierno, también,

la luz del sol en las montañas, los ecos lejanos,

alegres, del ferrocarril, el susurro del aire

que proviene de las casas, los campos y los graneros cercanos, incluso las cosechas mudas, las manzanas y el maíz recogidos,

las voces de las mujeres y los niños, el ritmo de los granjeros y el mayal,

y, entre todo esto, los labios gárrulos de un anciano: *No creáis que nos rendimos; aun con estos cabellos nevados, seguimos el compás.*

## Canto del crepúsculo

Aquí sentado, solo, a la hora del crepúsculo, al amor de la vacilante llama del roble,  
acuden a mi mente remotas escenas de guerra: el entierro de innumerables soldados desconocidos,  
los nombres sin dueño, como los nombres sin mella del aire y el mar, los que nunca volvieron,  
la breve tregua después de la batalla, con las macabras cuadrillas de enterradores,  
y las trincheras repletas  
de cadáveres, de gente de toda América, del Norte, Sur, Este y Oeste, de donde vinieron,  
de los bosques de Maine, de las granjas de Nueva Inglaterra, de los fértiles Pensilvania, Illinois y Ohio,  
del Oeste inconmensurable, de Virginia, del Sur, de las Carolinas y Texas  
(incluso aquí, en las sombras de este cuarto, a la débil luz de estas llamas titubeantes y silenciosas,  
vuelvo a ver a los recios soldados ponerse en pie y desfilar, vuelvo a oír la rítmica marcha de los ejércitos);  
para vosotros, millones de nombres no escritos, para todos vosotros, oscuro legado de la guerra,  
es este verso singular, destello del deber tanto tiempo preterido: aquí reúno, extrañamente, vuestra mística lista  
y rescato el nombre de cada uno de las tinieblas y las cenizas de la muerte,  
para que esa mística lista de nombres desconocidos, del Norte o del Sur, entera, grabada en lo más profundo de mi corazón, perdure, durante años por venir, embalsamada con amor en este canto crepuscular.

## Cuando llegó el poeta maduro

Cuando llegó el poeta maduro,  
rompió a hablar, complacida, la Naturaleza (el viejo e impasible globo, con sus espectáculos del día y de la noche), y dijo: *Es mío.*

Pero también lo hizo el Alma del hombre, altiva, celosa y disconforme: *No, es sólo mío.*

Entonces, el poeta maduro se interpuso entre ambas y las cogió de la mano, y así sigue hoy y siempre, fundiendo, uniendo, sujetándolas con fuerza de la mano;

y no las soltará hasta haberlas reconciliado, hasta que se fundan por completo, jubilosamente.

### Osceola<sup>[512]</sup>

(Cuando ya era casi un hombre en Brooklyn, Nueva York, a mediados de 1838, conocí a uno de los marines de los Estados Unidos que habían vuelto de Fort Moultrie, en Carolina del Sur, y hablé mucho con él. Así supe del suceso que refiero a continuación: la muerte de Osceola. Era éste un joven y valiente caudillo de los seminólas en la guerra que se libraba entonces en Florida. Se rindió a nuestras tropas, fue encarcelado y murió, literalmente, con «el corazón destrozado» en Fort Moultrie. Su encierro lo consumió. El médico y los oficiales le dispensaron todas las atenciones y favores posibles; luego, el final)

Al llegarle su hora,  
se levantó despacio de la cama, en el suelo,  
se puso la ropa de guerra —una camisa, polainas— y se ciñó el cinturón,  
pidió pintura roja (le tuvieron que sostener el espejo),  
se pintó el cuello y media cara, las muñecas y el dorso de las manos,  
se puso con cuidado el cuchillo de cortar cabelleras al cinto, y luego, después de haberse acostado y descansado un momento,  
se incorporó otra vez, sonrió, tendió la mano en silencio a todos y cada uno de los presentes,  
y se dejó caer, suavemente (agarrando el mango del tomahawk),  
con la mirada fija —la última— en su mujer y sus hijos pequeños.  
(Y aquí un verso en memoria de su nombre y de su muerte).

## Una voz de la Muerte

(El cataclismo de Johnstown, Pensilvania, 31 de mayo de 1889<sup>[513]</sup>)

Una voz de la Muerte, solemne y extraña, en toda su magnitud y poder,  
con un golpe repentino, indescriptible —ciudades anegadas, muertos a millares,  
el resultado, tan pregonado, del ahorro, las mercancías, las casas, las fraguas, las  
calles, los puentes de hierro,

todo hecho trizas, sumido en el caos, por el golpe. Pese a ello, la vida que se  
anunciaba sigue adelante

(entre la confusión, en el torbellino inclemente de escombros,

se ha salvado una mujer que estaba dando a luz, ¡y ha nacido felizmente un  
niño!).

Aunque llego sin que me hayan anunciado, en el horror y la agonía,

en la inundación y el incendio, en el impacto brutal de los elementos (esta voz tan  
solemne, tan extraña),

yo también soy un ministro de la Deidad.

Sí, Muerte, inclinamos la frente, cerramos los ojos ante ti,

lloramos a los viejos, a los jóvenes a los que te has llevado antes de tiempo,

a los hermosos, los fuertes, los buenos, los capaces,

al hogar en ruinas, al marido y la mujer, al forjador que se ha ahogado en la  
fragua,

a los cadáveres en las aguas arrasadoras y el barro,

a los miles de muertos apilados en los túmulos, y a los miles que no han sido  
encontrados ni amontonados.

Entonces, después de llorar y enterrar a los muertos

(siéndoles fieles, hallados o desaparecidos, sin olvidarlos, recordando el pasado,  
meditando hoy, aquí),

un día, un momento fugaz o una hora, América misma se inclina,

silenciosa, resignada, sumisa.

La guerra, la muerte, cataclismos como éste, América,

grábalos profundamente en tu corazón, habitado por el orgullo y la prosperidad.

Pero en este mismo instante en el que canto, contemplad con cuánta rapidez  
floreced,

del barro, del limo y de la muerte, la compasión, la ayuda, el amor,

del Oeste y del Este, del Sur y del Norte, y de allende el mar:

la humanidad tiende las manos y el corazón, ferviente, en auxilio de los hombres;

y, desde el interior, una enseñanza todavía, y un pensamiento.

¡Tú, Globo, dardo eterno por el Aire y el Espacio!  
¡Vosotras, aguas que nos rodeáis!  
¡Tú, presente en nuestra vida y nuestra muerte, en la acción o el sueño!  
¡Vosotras, leyes invisibles que lo permeáis todo!  
¡Tú, en todo, y sobre todo, y a través y debajo de todo, incesante!  
¡Tú!, ¡tú!, fuerza vital, universal, gigantesca, irresistible, siempre despierta,  
tranquila,  
que sostienes a la Humanidad en la palma de la mano, como a un juguete  
efímero,  
¡cuánto perjuicio si llegamos a olvidarte!  
Porque yo también he olvidado  
(atrapado por estas pequeñas potencias del progreso, la política, la cultura, la  
riqueza, los inventos, la civilización),  
he dejado de reconocer vuestro poder silencioso y siempre pujante, vuestros  
poderosos sufrimientos elementales,  
en los cuales, y por sobre los cuales, flotamos todos, y todos nos amparamos.

### Lección persa

Como última y suprema lección, el sufí de barba gris,  
con el fresco aroma de la mañana, al aire libre,  
en el declive de una exuberante rosaleda persa,  
y bajo un castaño añejo y copudo,  
así habló a los jóvenes sacerdotes y estudiantes:  
«Por último, hijos míos, para envolver cada palabra, cada parte del resto,  
Alá lo es todo, todo, todo: es inmanente en toda vida y todo objeto,  
quizá a cierta distancia, o más lejos todavía, pero Alá, Alá, Alá está ahí.  
El descarriado, ¿se ha alejado mucho? Y el porqué, ¿permanece extrañamente  
oculto?  
¿Queréis sondear el proceloso océano del mundo entero?  
¿Queréis conocer el descontento, el impulso y acicate de toda vida,  
ese algo nunca quieto, que nunca desaparece del todo, la invisible necesidad de  
toda semilla?  
Constituye el impulso central de todo átomo

(a menudo inconsciente, a menudo malévolo, caído)  
volver a su fuente y a su origen divinos, por lejos que estén,  
latentes por igual en el sujeto y el objeto, sin excepción.»

### **Lo común**

Lo común canto.

¡Qué ordinaria es la salud!, ¡qué ordinaria, la nobleza!

Canto la abstinencia, que no haya falsedad, ni gula, ni lujuria,  
canto el aire libre, la libertad, la tolerancia

(que ésta sea tu principal enseñanza: no tanto de los libros, ni de las escuelas),  
un día y una noche cualquiera, una tierra y un agua cualquiera,  
tu granja, tu trabajo, tu oficio, tu ocupación,  
y la sabiduría democrática que subyace, suelo firme para todos.

### **«El catálogo divino completo y perfecto»**

(Domingo,\_\_\_\_\_. He ido esta mañana a la iglesia. Un profesor de la universidad, el reverendo doctor\_, nos ha dado un magnífico sermón, en el que he reparado en las palabras anteriores. Pero el ministro sólo ha incluido las cosas estéticas en la letra y el espíritu de su «catálogo perfecto», prescindiendo por completo de lo que cito a continuación)

Los diabólicos y los tenebrosos, los moribundos y los enfermos,  
los innumerables (diecinueve de cada veinte) mezquinos y malvados, los toscos y primitivos,  
los dementes, los presos, los horribles, los que huelen mal, los malignos,  
el veneno y la suciedad, las serpientes, los voraces tiburones, los mentirosos, los disolutos

(¿qué papel desempeñan los inicuos y los repugnantes en los planes órbicos de la tierra?)

Tritones, criaturas que se arrastran por el barro, tósigos, el suelo yermo, la gente malvada, la escoria, la horrenda podredumbre.

## Espejismos

**(Anotado, palabra por palabra, tras una conversación al raso, después de la cena, con dos mineros de Nevada<sup>[514]</sup>)**

Más experiencias y espectáculos, forastero, de los que creerías;  
muchas veces, ahora casi siempre poco después de que salga el sol o poco antes de que se ponga,  
a veces en primavera, más a menudo en otoño, con el tiempo perfectamente claro, y bien visibles,  
campamentos lejanos o cercanos, las abarrotadas calles de las ciudades y los escaparates  
(te lo expliques o no, lo creas o no, es verdad,  
y lo mismo podría decirte mi compañero; hemos hablado mucho de ello),  
gentes y escenas, animales, árboles, colores y líneas, todo clarísimo,  
granjas y jardines, caminos flanqueados por bojes, lilas en las esquinas,  
bodas en las iglesias, cenas de Acción de Gracias, hijos que vuelven después de una larga ausencia,  
funerales tristes, madre e hijas con velos de crespón,  
juicios en los tribunales, el jurado y el juez, el acusado en el banquillo,  
contendientes, batallas, multitudes, puentes, muelles,  
de vez en cuando rostros marcados por el dolor o la alegría  
(los reconocería, ahora mismo, si volviera a verlos):  
todo eso se me muestra allí, arriba, a la derecha, sobre la línea del horizonte,  
o, con claridad, aquí, a la izquierda, en lo alto de las colinas.



## El sentido de H. de H.

No excluir ni delimitar, ni seleccionar los males, extrayéndolos de sus formidables masas (ni siquiera para exhibirlos), sino agregar, fundir, completar, extender y celebrar lo inmortal y lo bueno. Es altivo este canto, sus palabras y su alcance: quiere abarcar los vastos dominios del espacio y el tiempo, de la evolución, de cuanto se acumula y se desarrolla, de las generaciones. Iniciado en la madurez de mi juventud, y proseguido sin flaquear, vagando, escudriñando, holgando con todos, absorbiendo la guerra, la paz, el día y la noche, sin abandonar nunca, ni una sola hora, la tarea, la concluyo aquí, pobre, viejo y enfermo. Canto la vida, aunque piense mucho en la muerte: hoy, las sombras de la Muerte me pisan los talones, me acosan cuando me siento —llevan años haciéndolo— y, a veces, se me acercan tanto, que me parece tenerlas delante.

## Lo inexpresado

¿Cómo atreverse a decirlo?

Después de los ciclos, los poemas, los cantores, los dramas, los pregonados de Jonia y la India, de Homero y Shakespeare; de los caminos y las regiones transitados durante épocas sin fin; de las constelaciones y las Vías Lácteas; de tantos latidos de la Naturaleza como se han cosechado; de todas las pasiones, héroes, guerras, amores y adoraciones del pasado; de las plomadas con que todas las épocas miden sus más profundos abismos; de todas las vidas, gargantas, deseos y cerebros humanos; de la manifestación de todas las experiencias; después de los innumerables cantos, largos o cortos, en todos los idiomas, en todas las tierras, aún queda algo que la poesía no ha dicho, ni de viva voz ni en letra impresa, algo que falta

(¿quién sabe? Lo mejor, aún inexpresado, todavía ausente).

### **Grandioso es lo visible**

Grandioso es lo visible, la luz, para mí; grandiosos son el cielo y las estrellas; grandiosa es la Tierra, y grandiosos, el tiempo y el espacio perdurables, y grandiosas son sus leyes, multiformes, desconcertantes, evolutivas.

Pero más grandiosa es aún mi alma invisible, que comprende y dota de contenido a todo lo anterior, que ilumina a la luz, al cielo y a las estrellas, que ahonda en la tierra, que surca el mar

(¿qué sería todo esto, en verdad, sin ti, alma invisible? ¿Qué valor tendría sin ti?). Eres más evolutiva, vasta, desconcertante, ¡oh, alma mía!, mucho más multiforme y perdurable que todo ello.

### **Flores invisibles**

Flores invisibles, infinitas, escondidas, bajo la nieve y el hielo, en la oscuridad, en cada pulgada cuadrada o cúbica, germinales, exquisitas, con encajes delicados, microscópicas, nonatas, como criaturas en el seno materno, latentes, replegadas, compactas, dormidas; miles y miles de millones, y billones y billones de flores a la espera (en la tierra y el mar, en el universo, en las estrellas del cielo), presionando lentamente, avanzando con firmeza, sin dejar de formarse nunca, siempre esperando, y siempre con más detrás.

## ¡Adiós, fantasía!

¡Adiós, fantasía!

¡Adiós, querida compañera, amada mía!

Me voy, no sé a dónde,

ni cuál será mi suerte, ni si volveré a verte.

Adiós, pues, fantasía.

Y ahora, por última vez, déjame mirar atrás un momento.

El tictac del reloj que hay en mí se debilita, se hace más lento;

mutis, anochecer y enseguida se apagará el sordo latir de mi corazón.

Hemos convivido, nos hemos alegrado y nos hemos acariciado mucho tiempo;

¡Ha sido delicioso! Ahora, la separación: Adiós, fantasía.

Aunque no permitas que me apresure.

Ciertamente, hemos convivido, hemos dormido y nos hemos trasfundido mucho tiempo, nos hemos convertido en un solo ser;

así pues, si hemos de morir, muramos juntos (sí, seguiremos siendo uno),

si hemos de ir a alguna parte, vayamos juntos y enfrentémonos a lo que sea:

quizá nos vaya mejor, y seamos más felices, y aprendamos algo,

quizá seas tú la que entonces me guíe a los cantos verdaderos (¿quién sabe?),

quizá seas tú la que haga girar y descorra el cerrojo mortal, así que, por última vez,

adiós, ¡y salve!, Fantasía.

## **LA PROSA DE WHITMAN**

## DÍAS EJEMPLARES DE AMÉRICA

### Paumanok, y mi vida en ella de niño y de joven

Merece la pena investigar a fondo en esta Paumanok (por dar al lugar su nombre aborigen<sup>[515]</sup>) que se extiende al este por los condados de Kings, Queens y Suffolk: 120 millas en total. En el estrecho al norte de Long Island se suceden, pintorescas y hermosas, ensenadas, gargantas y entrantes aparentemente marinos, a lo largo de cien millas, hasta Orient Point<sup>[516]</sup>. Del lado del océano se encuentra la gran bahía meridional, salpicada de oteros, la mayoría pequeños, pero algunos bastante grandes, y ocasionalmente bancos de arena que se adentran en el mar entre doscientas varas y una milla y media. Y, aquí y allá, como en Rockaway<sup>[517]</sup> y más al este aún, en los Hamptons<sup>[518]</sup>, la playa se mete en la isla, y el mar la barre sin freno. Hay varios faros en la costa oriental, y una larga historia de trágicos naufragios, algunos incluso en años recientes. De joven, me eran familiares aquella tradición de naufragios y las circunstancias en que solían producirse. De uno o dos de ellos fui testigo presencial. En la playa de Hempstead, por ejemplo, se perdió el barco *Mexico* en 1840<sup>[519]</sup> (al que aludo en «Los durmientes», de *Hojas de hierba*), y en Hampton, algunos años después, se fue a pique el bergantín *Elizabeth*, un suceso terrible, por culpa de una de las peores galernas del invierno, en el que se ahogaron Margaret Fuller, su marido y su hijo<sup>[520]</sup>.

Las aguas de esta bahía meridional, delimitada por los bancos de arena y la playa, son relativamente someras, y, con el frío del invierno, se hielan. De niño, visitaba aquellos campos congelados con uno o dos amigos: íbamos en trineos, con hachas y arpones, a cazar anguilas. Abríamos agujeros en el hielo y, a veces, teníamos suerte: dábamos con un buen montón de ellas, y llenábamos los cestos con la carne dulce y blanca de aquellos bichos gruesos y magníficos. No

había nada más divertido para un chico, ni más deseable, que aquellos paisajes, el hielo, montar en trineo, abrir agujeros, pescar anguilas, etc. Las costas de la bahía, tanto en invierno como en verano, y mis correrías por allí aparecen, entremezcladas, en *Hojas de hierba*. Algo que me encantaba hacer en verano era ir en grupo a la bahía a coger huevos de gaviota. (Las gaviotas ponen dos o tres huevos, algo más grandes que medio huevo de gallina, en la arena, y los dejan incubar al sol).

Conocía bastante bien, asimismo, el extremo oriental de Long Island, la región de la bahía de Peconic. Había circunnavegado en más de una ocasión la isla de Shelter, y luego ido hasta Montauk; había pasado muchas horas en la colina de la Tortuga<sup>[521]</sup>, junto al faro, en la punta más alejada, contemplando el ondular incesante del Atlántico. Me gustaba acercarme allí y confraternizar con los pescadoras de anjovas, o con las cuadrillas que cada año cogían corvinas. A veces, en la península de Montauk (de unas 15 millas de longitud y buenos pastos), topaba con pastores, extraños, desharrapados y semibárbaros, que vivían allí enteramente al margen de la sociedad o la civilización, cuidando, en aquellos herbazales, de enormes manadas de caballos o rebaños de vacas u ovejas, propiedad de los granjeros de los pueblos del este. A veces, me encontraba también con algunos de los pocos indios que quedaban, o con sus mestizos, y que hoy supongo ya extinguidos por completo.

Hacia el centro de la isla se extendían las llanuras de Hempstead<sup>[522]</sup>, que eran por aquella época (1830-1840) como praderas, abiertas, deshabitadas, casi yermas, cubiertas de arándanos y laurel de montaña, aunque con buenos pastos para el ganado, sobre todo vacas lecheras, que pacían allí a centenares, o incluso a miles, y que, al anochecer (aquellas llanuras eran propiedad de los municipios, y su uso era comunal), podían verse volver a casa, y dirigirse cada una a la suya desde el camino principal. Me he encontrado a menudo, al caer el sol, en las lindes de esas llanuras, y me acuerdo muy bien de aquellas interminables procesiones vacunas: oigo, a lo lejos o muy cerca, la música de los cencerros de hojalata o de cobre, y aspiro el frescor del aire de aquellas tardes, dulce y levemente aromático, y contemplo el ocaso.

En la misma región de la isla, pero más al este, había grandes pinares y vastas extensiones de matorral de roble (se sacaba de allí mucho carbón de leña), monótonas y yermas. Pero también ahí he pasado muchos días, o medios días, vagando por las solitarias encrucijadas, inhalando aquel peculiar, áspero olor a campo. Ahí, y en las playas, y en la isla entera, he pasado ratos muchos años, en todas las estaciones, a veces a caballo, a veces en barca, pero generalmente a pie (entonces era un gran andarín), empapándome de campos y costas, de lo que pasaba en el mar, de personajes, de los habitantes de la bahía, de granjeros

y pilotos: me gustaba mucho tratar a estos últimos, y a los pescadores; y todos los veranos me embarcaba. Disfrutaba también de la playa del sur, en la que no había nada, pero en la que he pasado algunas de las horas más felices de mi vida.

Escribo ahora, y aquella experiencia se me hace otra vez presente, cuarenta y pico años después: el tranquilizador murmullo de las olas y el olor salobre, los años de adolescencia y el almejeo, descalzo, con los pantalones arremangados, caminar por el arroyo, el perfume de los juncas, la barca con heno y las excursiones de pesca, en las que comíamos sopa de pescado; o, en años posteriores, pequeñas escapadas por la bahía de Nueva York en las embarcaciones de los pilotos. En esos mismos años, cuando vivía en Brooklyn (1836-1850), iba cada semana, con el buen tiempo, a Coney Island<sup>[523]</sup>, que era entonces una playa grande y poco frecuentada, que tenía toda para mí, y por cuya arena endurecida me encantaba correr, después de bañarme, arriba y abajo, y recitar a Homero o Shakespeare al mar y a las gaviotas durante horas. Pero me estoy precipitando: he de volver sobre mis pasos.

### **La imprenta. El viejo Brooklyn**

Después de un par de años, entré a trabajar en un periódico semanal, que era también imprenta, para aprender el oficio. El periódico era el *Long Island Patriot*, propiedad de S.E. Clements, que era también administrador de correos. Un viejo impresor, William Hartshorne, un personaje de la Revolución, que había visto a Washington, se hizo muy amigo mío, y charlé mucho con él de los viejos tiempos. Los aprendices, incluido yo, nos alojábamos con su nieta. A veces, salía a montar con el jefe, que era muy amable con nosotros. Los domingos nos llevaba a la vieja, tosca y enorme iglesia de piedra de la calle Joralemon, que parecía una fortaleza, cerca de donde ahora se encuentra el ayuntamiento de Brooklyn (en aquella época sólo había allí campos y caminos vecinales)<sup>[524]</sup>. Después, trabajé en el *Long Island Star*, el periódico de Alden Spooner. Por esos años, mi padre seguía haciendo de carpintero y constructor, con desigual fortuna. La familia crecía, y ya éramos ocho hermanos: Jesse, el mayor; yo, el segundo; mis queridas hermanas Mary y Hanna Louisa; mis

hermanos Andrew, George, Thomas Jefferson y el más pequeño, Edward, nacido en 1835, y siempre delicado de salud, como yo en estos últimos años.

### **La batalla de Bull Run, julio, 1861**<sup>[525]</sup>

Este estado de ánimo iba a concluir y a revertirse con un terrible acontecimiento, la primera batalla de Bull Run, en verdad, y como sabemos ahora, una de las más singulares de las que se tenga noticia. (Todas las batallas, y sus desenlaces, son cosa mucho más accidental de lo que se cree, pero ésta obedeció por entero a una casualidad, a un azar. Ambos bandos, hasta el último momento, creían haber vencido, y, de hecho, cualquiera de los dos podría haber salido derrotado. Por algo ficticio, o por una serie de hechos ficticios, en el último instante cundió el pánico entre las fuerzas nacionales, y abandonaron el campo). Las tropas derrotadas comenzaron a inundar Washington, por el Puente Largo, el lunes 22; estuvo todo el día lloviendo. El sábado y el domingo de la batalla (20 y 21) habían sido extremadamente secos y calurosos. El polvo, el humo y la suciedad, depositados en capas superpuestas, impregnaban a los hombres, y aquellas pobres almas los absorbían. Tenían la ropa saturada del polvo de arcilla que flotaba en el aire, y cuyas tolvaneras cubrían los caminos atestados de regimientos, carrromatos, artillería, etc. A todos los bañaba aquella mezcla de negrura y sudor y lluvia, en su retirada, al cruzar el Puente Largo: una horrible marcha de 20 millas para volver a Washington confusos, humillados, presas del pánico. ¿Dónde quedan los alardes, la orgullosa jactancia con la que partisteis? ¿Dónde están vuestros estandartes, y vuestras bandas de música, y las cuerdas con las que traeríais atados a los prisioneros? No hay bandas tocando, ni banderas, sino sólo jirones avergonzados colgando de las astas.

El sol ha salido, pero no brilla. Empiezan a llegar los hombres, primero unos pocos, con cara de vergüenza, y luego más, a las calles de Washington. Se plantan en la avenida Pensilvania y en los escalones de entrada a las casas y los sótanos. Llegan en turbas desordenadas, algunos en pelotones, o rezagados, o en compañías. En alguna rara ocasión, un regimiento desfila en perfecto orden, en silencio, con sus oficiales (hay algunos huecos, los de los muertos: ellos son los valientes de verdad): todos van cabizbajos, graves, agotados, tiznados y mugrientos, pero cada hombre porta su mosquete, y marchan a paso vivo. Sin



embargo, son sólo excepciones. Las aceras de la avenida Pensilvania y de la calle Catorce, entre otras, están llenas de ciudadanos, de negros, de empleados, de todo el mundo, que miran. Las curiosas se asoman a las ventanas para ver pasar a los enjambres de soldados sucios en retirada (¿no terminarán nunca?). Pero nadie dice nada: no se hacen comentarios (la mitad de los mirones son rebeldes de la peor ralea: no pronuncian palabra, pero el diablo se ríe con disimulo en su cara). Por la mañana, los soldados vencidos convierten Washington en un lugar abigarrado: objetos extravagantes, ojos y caras raros, empapados (llueve con fuerza todo el día), cansados hasta el agotamiento, hambrientos, demacrados, con ampollas en los pies. Algunas buenas gentes (pero tampoco demasiadas) se afanan en darles algo de comer: ponen ollas al fuego, para hacer sopa o café, sacan mesas a la calle, compran carretadas de pan y lo cortan en gruesas rebanadas. Dos hermosas señoras de cierta edad, las más distinguidas de la ciudad por su educación y su encanto, atienden un puesto de comida y bebida instalado en una mesa improvisada, hecha con un tablón sin desbastar, y sirven el alimento; y se ocupan de surtir el puesto de víveres, que traen de sus propias casas, cada media hora, todo el día. Y ahí siguen, bajo la lluvia, activas, calladas, con el pelo blanco, sirviendo comida, aunque las lágrimas les corran por las mejillas, casi sin parar, todo el tiempo. Rodeados por tan intensa agitación, entre tanta gente y movimiento, con semejante ansia y desespero, se hace extraño ver a tantos soldados durmiendo: son muchísimos; en el centro de todo ello, duermen como piedras. Se dejan caer en cualquier rincón: en las escaleras de las casas, o junto a los sótanos o las vallas, o en las aceras, o a un lado, en cualquier hueco libre, y se sumen en el sueño. Ahí está un pobre chico de diecisiete o dieciocho años, en el pórtico de una noble mansión; duerme apacible, profundamente. Algunos siguen aferrados a sus mosquetes, aun durmiendo; otros lo hacen en grupo, camaradas, hermanos, muy juntos. Y a todos, acostados, los moja la lluvia.

Pasada la tarde, al llegar la noche, las calles, las tabernas, corrillos por todas partes, unos que escuchan, otros que preguntan, relatos terribles, espantajos, baterías camufladas, nuestro regimiento se quedó aislado, etc.: historias y contadores de historias, pomposos, fanfarroneando, engreídos centros de atención de las muchedumbres callejeras. La resolución y la hombría parecen haber abandonado Washington. El hotel principal, el Willard, está lleno de tipos con galones, abarrotado, hasta los topes, de tipos con galones. (Los veo, y tengo que decirles cuatro cosas. ¡Aquí estáis, con un montón de galones! Pero ¿y vuestras compañías?, ¿dónde están vuestros hombres? ¡Incompetentes! No me habléis de los riesgos de la batalla, de quedaros aislados y cosas así. Esto, esta retirada, es obra vuestra, después de todo. Garlad, daos aires ahí, en los

suntuosos salones y restaurantes del Willard, o en cualquier parte: ninguna explicación os salvará. Bull Run es obra vuestra: si hubierais valido la mitad, una décima parte siquiera, de lo que valían vuestros hombres, esto nunca habría pasado.

Mientras tanto, en Washington, entre los gerifaltes y sus séquitos reina una mezcla de espanto, consternación, incertidumbre, ira, vergüenza, impotencia, decepción y estupor. Lo peor no es sólo inminente, sino que ya ha llegado. Dentro de pocas horas, quizá antes de la próxima comida, los generales rebeldes, con sus hordas victoriosas, caerán sobre nosotros. El sueño de la humanidad, esa Unión que con tanta fe hemos imaginado, y de la que hemos alardeado, inexpugnable, mirad, ahora parece hecha añicos, como un plato de porcelana. Es una hora amarga, muy amarga: la orgullosa América quizá no vuelva a conocer otra así. Ha de hacer el equipaje e irse; y no hay tiempo que perder. ¿Se abandonarán los blancos palacios —el Capitolio y la cúpula que lo remata, en la colina, majestuoso, por sobre los árboles— o se destruirán antes? Porque lo cierto es que, en las veinticuatro horas siguientes a Bull Run, en Washington y sus alrededores predominaba entre algunos magnates, oficiales, empleados y funcionarios la opinión, manifestada en voz alta y sin disimulo, de que había que rendirse y someterse a los sudistas; y de que Lincoln tenía que renunciar y marcharse cuanto antes. Si los oficiales y las fuerzas rebeldes hubieran seguido avanzando y, con un audaz movimiento napoleónico, entrado en Washington el primer día (o incluso el segundo), podrían haberse salido con la suya, y logrado una poderosa facción al norte para apoyarles. Uno de los coroneles que se había retirado, expresó en público esa noche, en medio del montón de oficiales y caballeros que atestaba la sala, su opinión de que era inútil luchar, de que los sudistas habían afirmado su derecho con claridad, y de que la mejor determinación que podía adoptar el gobierno de la nación era desistir de cualquier intento de detenerlos, y admitirlos de nuevo al mando, en las mejores condiciones que pudieran ofrecer. Ninguna voz, entre tantos oficiales y caballeros, se alzó contra ese juicio. (El hecho es que aquélla fue una de las tres o cuatro crisis que sufrimos entonces, y que sufriríamos después, en las fluctuaciones de los cuatro años de guerra, cuando los ojos de los hombres parecían tan proclives a contemplar el último aliento de la Unión como a verla continuar).

## En el frente

falmouth, va., *frente a Fredericksburg, 21 de diciembre de 1862*. Empiezo mis visitas a los hospitales de campaña del ejército del Potomac. Paso buena parte del día en una gran mansión de ladrillo, a la orilla del Rappahannock<sup>[526]</sup>, que se utiliza como hospital desde la batalla, y en la que parecen concentrarse los peores casos. Fuera, al pie de un árbol, a unas diez yardas de la fachada de la casa, veo un montón de pies, piernas, brazos, manos, etc., amputados: llenarían un carro tirado por un caballo. Hay algunos cadáveres cerca, tapados con mantas marrones de lana. En el patio, hacia el río, están las tumbas recientes, la mayoría de oficiales, con los nombres escritos en trozos de duelas de barril o en tablones rotos, clavados en el barro. (Casi todos estos cuerpos se exhumaron después y se llevaron al norte, con sus amigos). La mansión está llena, tanto el piso de arriba como el de abajo, y todo se improvisa, no hay sistema, nada funciona, pero no me cabe ninguna duda de que nada mejor se puede hacer. Todas las heridas son muy feas, y algunas, espantosas; quienes las padecen llevan la ropa de siempre, sucia y manchada de sangre. Algunos de los heridos son soldados y oficiales rebeldes, a los que se ha hecho prisioneros. Con uno, un capitán de Misisipí, gravemente herido en una pierna, estuve hablando un rato. Me pidió periódicos, y se los di. (Lo vi tres meses después en Washington, con la pierna amputada, pero bastante bien). Recorrí todas las habitaciones, arriba y abajo. Algunos agonizaban. No tenía nada que ofrecerles en esa visita, pero escribí por ellos algunas cartas para sus parientes, para sus madres, etc. También hablé con tres o cuatro, que parecían los más propensos a hacerlo, y los que más lo necesitaban.

## Tras el primer Fredericksburg<sup>[527]</sup>

*Del 23 al 31 de diciembre*. El desenlace de la batalla echa de ver, aquí, por todas partes, en miles de casos (mueren cientos al día): en los hospitales de campaña, de la brigada y de la división. Son meras tiendas, y con frecuencia muy simples: los heridos están en el suelo, y tienen suerte si descansan en una manta extendida sobre un montón de pinaza, cicuta u hojarasca. No hay camastros, y raramente colchón alguno. Hace bastante frío. El suelo está helado, y, aquí y

allá, hay nieve. Voy de un caso a otro, pero, aunque no veo que mi presencia sirva de mucho a los heridos y moribundos, no puedo abandonarlos. De vez en cuando, alguno, más joven, se me agarra convulsivamente, y hago lo que puedo por él; sea como fuere, me quedo a su lado, y permanezco allí, sentado horas junto a él, si lo desea.

Además de visitar los hospitales, a veces hago largos recorridos por los campamentos, y hablo con los hombres, etc.; también de noche me reúno con ellos, alrededor del fuego, en sus refugios de arbustos. Constituyen un curioso espectáculo, con muchos personajes y pandillas. Pronto me conocen en el campamento entero, tanto oficiales como soldados, y en todas partes me reciben bien. A veces hago guardia con los piquetes de los regimientos que conozco mejor. En cuanto a los suministros, el ejército parece, en la actualidad, razonablemente bien provisto, y los hombres comen lo suficiente, sobre todo salazón de cerdo y galletas. La mayoría de los regimientos se alojan en pequeñas tiendas de campaña, muy ligeras. Sólo algunos han construido cabañas de troncos y barro, con chimenea.

### **Escenas y personas en el hospital**

*Escribiendo cartas.* Cuando pueden hacerlo, animo a los hombres a escribir, y yo mismo, si me lo piden, les escribo toda clase de cartas (incluso de amor, algunas muy cariñosas). Casi al mismo tiempo que compongo estas notas, escribo a la esposa de un nuevo paciente. A M. de F., del 17.<sup>o</sup> de Connecticut, compañía H, lo acaban de traer (17 de febrero) del puesto de Windmill, y se le ingresa en la sala H, en la plaza del Arsenal. Tiene un aire inteligente, acento extranjero y los ojos y el pelo negros: parece hebreo. Quiere que se le envíe un telegrama a su mujer, en New Canaan, Connecticut, y yo me avengo a hacerlo, pero, para asegurarme, me siento a su lado, le escribo una carta a la esposa, y la mando enseguida a la oficina de correos, porque tiene miedo de que venga a verlo, y él, que está seguro de que se recuperará, no quiere que lo haga.

*Sábado, 30 de enero.* Por la tarde he visitado el hospital Campbell. Escena de limpieza de la sala (6) y de entrega de ropa limpia a los hombres. Por todas partes, los pacientes se visten o son vestidos; están desnudos de cintura para arriba; reina el buen humor: se divierten cambiándose de camisa y calzoncillos,

las sábanas de la cama, etc. Se hacen los preparativos del domingo. Le he dado 50 centavos a J. L.

*Miércoles, 4 de febrero.* He visitado el hospital de la plaza del Arsenal y recorrido casi todas las salas E y D. He proporcionado papel y sobres a los que me los han pedido; como siempre, había muchos que los necesitaban. He escrito cartas. He visto y hablado con dos o tres miembros del 14.º regimiento de Brooklyn. A un pobre diablo de la sala D le estaban limpiando de astillas del hueso los alrededores de una herida muy grave, que tenía un aspecto horripilante. La operación era larga y de mucho dolor; sin embargo, el soldado la ha sufrido en silencio.

Aunque estaba muy perjudicado, se ha incorporado y apoyado: llevaba mucho tiempo en la misma posición, sin moverse (no días, sino semanas); cetrino, estaba demudado, pero sus ojos brillaban de determinación. Pertenece a un regimiento de Nueva York. Había —y no era frecuente— un nutrido grupo de cirujanos, estudiantes de medicina, enfermeras, etc., alrededor de su cama, y me ha dado la impresión de que todo se hacía con cuidado y bien. En otro caso, la mujer estaba junto al lecho del marido, muy enfermo de fiebre tifoidea. En otro, era la madre la que acompañaba al hijo. Me ha dicho que tenía siete, y que éste era el menor. (Una madre estupenda, afectuosa, saludable, encantadora, guapa, no muy mayor; llevaba un gorro e iba vestida como en casa: cuánto calor transmitía a toda la sala). Me ha gustado mucho la enfermera de la sala E. Me he fijado en cómo atendía, mucho rato, a un pobre tipo que había sufrido por la mañana, además de la enfermedad que lo aquejaba, una grave hemorragia. Con mucha delicadeza, le ayudaba a expulsar la sangre, acercándole un pañuelo a la boca cuando tosía. El hombre estaba tan débil que apenas podía girar la cabeza en la almohada.

Un joven de Nueva York, de facciones luminosas y agradables, llevaba varios meses postrado por una herida de lo más desagradable, recibida en Bull Run. Una bala le había dado en el bajo vientre, atravesado la vejiga y salido por la espalda. Había sufrido mucho. La herida no había dejado de supurar, lenta pero incesantemente, durante semanas, y el hombre vivía en una especie de charco casi permanente, además de otras circunstancias desagradables. Sin embargo, mantenía el ánimo. Al visitarlo yo, estaba bastante bien, en comparación con otros momentos, aunque le dolía la garganta: le encantaron la barrita de caramelo de marrubio y dos o tres chucherías más que le regalé.

## Abraham Lincoln

Veo al presidente casi todos los días, puesto que vivo por donde él pasa, cuando va o viene de su residencia, en las afueras de la ciudad. Nunca se queda a dormir en la Casa Blanca cuando aprieta el calor, sino que lo hace en unas dependencias menos malsanas a unas tres millas al norte de la ciudad, en el Hogar del Soldado, unas instalaciones militares de los Estados Unidos. Lo he visto esta mañana, hacia las ocho y media, en la avenida Vermont, cerca de la calle L, cuando se dirigía, a caballo, a su despacho. Siempre lo escoltan veinticinco o treinta jinetes, con los sables desenvainados al hombro. Dicen que esta guardia lo acompaña contra sus deseos, pero ha dejado que sus asesores impusieran su criterio. Ni los uniformes ni los caballos de la escuadra llaman demasiado la atención. El Sr. Lincoln suele montar un caballo gris de buen tamaño y fácil manejo, y viste enteramente de negro. Remata la ropa, algo raída y polvorienta, un sombrero de copa también negro. Parece, por su indumentaria, y en todo, el más corriente de los hombres. Un teniente, con galones dorados, monta a su izquierda, y les siguen los jinetes, en columna de a dos, con casacas de franjas amarillas. Suelen ir despacio, al trote, puesto que ése es el paso que les marca quien los precede. Suenan los sables y los arrees, pero el *cortege*, tan escasamente ornamental, que trota hacia la plaza Lafayette, apenas despierta interés, y sólo algún forastero curioso se para a mirarlo. Veo con claridad el rostro moreno de abraham Lincoln, y sus líneas pronunciadas, y sus ojos, que tienen siempre, a mi parecer, una expresión de profunda tristeza. Hemos llegado incluso a intercambiar saludos, y muy cordiales. A veces, el Presidente va y viene en una calesa descubierta, acompañado siempre por la caballería, con los sables desenvainados. He observado a menudo que, cuando sale por la noche —y a veces también por la mañana, si vuelve temprano—, se desvía y se para en la magnífica residencia del Secretario de la Guerra, en la calle K, para conferenciar con él. Si va en calesa, veo desde la ventana que no se apea, sino que sigue sentado, y que el Sr. Stanton sale a atenderle. A veces, uno de sus hijos, de diez o doce años, lo acompaña, montado en un *pony*, a su derecha. A principios del verano, también he visto en alguna ocasión al Presidente y a su esposa en la calesa, ya bien entrada la tarde, paseando por la ciudad. La Sra. Lincoln vestía completamente de negro, con un velo largo de crespón. El carruaje era de lo más corriente, sin nada extraordinario, y de sólo dos caballos. Una vez pasaron muy cerca de mí; iban despacio, y vi al Presidente de frente. Su mirada, aunque abstraída, se dirigía a mí. Me saludó y sonrió, pero, tras esa sonrisa, advertí con nitidez aquella expresión a la que me he referido. Ningún artista, ningún retrato, ha captado la profunda, aunque sutil e

indirecta, expresión del rostro de este hombre. Hay en ella algo más. Nos hace falta uno de los grandes retratistas de hace dos o tres siglos.

### **Visión de terribles escenas de guerra**

En uno de los últimos movimientos de nuestras tropas en el valle (cerca de Upperville, creo), una potente partida de guerrilleros de Moseby<sup>[528]</sup> atacó un tren hospital y a su escolta de caballería. Los vagones transportaban a unos 60 heridos, muchos de los cuales eran oficiales de alta graduación. Los rebeldes iban en gran número; tras un breve tiroteo, se hicieron con el tren y capturaron a la escolta. Tan pronto como nuestros hombres se rindieron, empezaron a saquear el convoy y a asesinar a los prisioneros, incluso a los heridos. Y he aquí la escena, o una parte de ella, que tuvo lugar diez minutos después. Entre los oficiales heridos que viajaban en el tren había un teniente de las fuerzas regulares y otro de mayor rango. A ambos los guerrilleros, aquella turba demoníaca, los sacaron a rastras, los rodearon y los acribillaron a machetazos. A uno de los oficiales le clavaron los pies al suelo con bayonetas. Y los dos recibieron, como se comprobó en un examen posterior, una veintena de puñaladas, algunas en la boca, en la cara, etc. Al resto de los heridos también los habían sacado de los vagones (para darse mejor al pillaje), y a muchos los habían despachado: sus cuerpos yacían ensangrentados e inertes. Otros, aún con vida, pero horriblemente mutilados, gemían. A la mayoría de los soldados que se habían rendido, los habían lisiado o asesinado.

En ese momento, una fuerza de caballería, que había seguido al tren a cierta distancia, cargó violentamente contra los captores rebeldes, que se dieron a la fuga lo mejor que pudieron. La mayoría lograron escapar, pero capturamos a dos oficiales y diecisiete soldados que habían participado en los actos descritos. La situación era tal que apenas cabía discusión, como se puede imaginar. Los diecisiete prisioneros y los dos oficiales pasaron la noche bajo vigilancia, pero se resolvió, en aquel mismo momento y lugar, que habían de morir. A la mañana siguiente, se llevó a los oficiales al pueblo —cada uno a un lugar diferente—, se los puso en medio de la calle, y se los fusiló. A los diecisiete hombres se los trasladó a un campo abierto, algo apartado; allí se los situó en un agujero del suelo, y los rodearon dos de nuestros regimientos de caballería. Uno hacía tres

días que había encontrado los cadáveres sanguinolentos y desjarretados de tres de sus miembros, a los que los guerrilleros de Moseby habían colgado de los árboles por los talones; al otro hacía poco también que le habían asesinado a doce hombres que se habían rendido, a los que luego habían colgado de los árboles por el cuello, con una inscripción burlesca, además, en el pecho de uno, un sargento. A aquellos tres y a estos doce, como digo, los habían encontrado los regimientos que ahora formaban, con los revólveres desenfundados, un ominoso cordón en torno a los prisioneros. Se los puso, a continuación, en el centro del agujero, se los desató y se les dijo, irónicamente, que se les iba a dar «una oportunidad de luchar por su vida». Algunos echaron a correr. Pero ¿para qué? Les llovieron balas de todos lados. En apenas unos minutos, los diecisiete cadáveres llenaban el agujero. Yo tenía curiosidad por saber si algún soldado de la Unión (al menos uno o dos de los más jóvenes) se abstendría de disparar a aquellos hombres indefensos. Pero no. Sin alegría, y sin apenas hablar, casi en silencio, todos contribuyeron con sus disparos.

Multiplicad lo anterior por veinte, o por cien; verificadlo en cualquier circunstancia posible, en lugares y entre individuos distintos; iluminadlo con las pasiones más espeluznantes —la del lobo, la del león que lame la sangre de sus presas para saciar la sed, la del volcán en erupción de la venganza del hombre por los hermanos y camaradas masacrados— y con el resplandor de las granjas incendiadas, y sus brasas negras —unas brasas completamente negras, y peores, en el corazón humano—, y los escombros humeantes, y tendréis una idea de lo que es esta guerra.

## **Compendio**

### **La muerte de Abraham Lincoln**

**Conferencia dictada en Nueva York el 14 de abril de 1879; en Filadelfia, en 1880; y en Boston, en 1881.**



Con cuánta frecuencia, desde aquel oscuro y lluvioso sábado, desde aquel frío día de abril, hace hoy quince años, ha abrigado mi corazón el sueño, el deseo de dedicar a la muerte de Abraham Lincoln un pensamiento y un recuerdo especiales. Y, sin embargo, ahora que se me ofrece la oportunidad tan ansiada, veo que mis notas no sirven (¿por qué, en los asuntos realmente profundos, resulta tan impreciso lo que se dice?; ¿por qué nunca damos con la frase adecuada?), y el tributo perfecto con el que he soñado se revela más falto de preparación que nunca. Ciertamente, mi charla de hoy se justifica menos por sí misma, o por nada de lo que pueda contener, que por mi deseo, ajeno a cualquier discurso, de señalar el día, el martirio. Es por este motivo, amigos míos, por el que os he convocado. Por muy a menudo que los años que pasan nos devuelvan esa hora, revivámosla, siquiera brevemente, una vez más. Por mi parte, espero y deseo, hasta el mismo día de mi muerte, reunir a un grupo de amigos cada año, cuando llegue el 14 o el 15 de abril, y conmemorar aquella tragedia; una conmemoración que no ha de ser parcial ni local, porque la tragedia afecta a estos Estados en su totalidad: no sólo al Norte, sino también al Sur, y quizá aún con más ternura y devoción al Sur, porque de él proviene el linaje de este hombre, porque suya es la impronta que recibiera. ¿Por qué debería ocultar que del Sur derivan sus rasgos más viriles, su universalidad, sus modales suaves, desembarazados, y, a la vez, la inflexible determinación y el valor de su corazón? ¿No habéis reparado nunca, amigos míos, en que Lincoln, aunque trasplantado al Oeste, es, esencialmente, en personalidad y carácter, una contribución del Sur?

Y, aunque de ningún modo me propongo resumir esta noche la Guerra de Secesión, sí me gustaría recordaros, brevemente, las condiciones que precedieron a la contienda. Durante veinte años, y especialmente durante los cuatro o cinco inmediatamente anteriores al estallido del conflicto, las cosas en los Estados Unidos, aunque sin el fogonazo de la conmoción militar, presentaban un aspecto peor que una batalla, o una campaña prolongada, o incluso que una serie de convulsiones de la Naturaleza: las pasiones desatadas del Sur, la extraña mezcla, en el Norte, de inercia, incredulidad y conciencia del poder, el comportamiento incendiario de los abolicionistas, la truhanería y el *agarre* de los políticos, sin igual en país ni época algunos. A estos factores no debo dejar de añadir la honradez de la mayoría de la gente en todas partes, aunque su furia y las contradicciones de su naturaleza fuesen mayores que las olas del Atlántico en el más inclemente equinoccio. ¿Qué puede haber más ominoso en política (aunque, en general, no se apreciara así entonces), o más significativo, que la Presidencia de Fillmore y Buchanan<sup>[529]</sup>? Lo cual es prueba concluyente de que la flaqueza y la perfidia de los gobernantes elegidos puede

afligirnos aquí tanto como en los países del Viejo Mundo, con sus monarquías, emperadores y aristocracias. En el Viejo Mundo se oían por todas partes ruidos sofocados, que se extinguían, para reaparecer luego, mientras que, en América, el volcán, aunque todavía cívico, no dejaba de crecer, cada vez con mayores sacudidas, cada vez más tormentoso y amenazador.

En la cúspide de toda esta turbación y este caos, primero en la periferia, pero después en pleno centro, y destinado a desempeñar un papel protagonista, aparece una extraña, una insólita figura. No olvidaré fácilmente la primera vez que vi a Abraham Lincoln. Debe de haber sido hacia el 18 o 19 de febrero de 1861. Era una tarde agradable en la ciudad de Nueva York. Él, llegado del Oeste, apenas iba a pasar allí unas horas, para seguir luego a Washington, donde había de tomar posesión del cargo. Lo vi en Broadway, cerca de donde ahora está la oficina de Correos. Él bajaba, creo, por la calle Canal, y se paró en la Casa Astor. Las calles, las espaciosas aceras del barrio se llenaron, y no poco trecho, de multitudes compactas: eran muchos miles de personas. Se había desviado a los ómnibus y demás vehículos, y dejado, así, aquella parte de la ciudad, siempre ruidosa, en un inusual silencio. En aquel momento, dos o tres calesas destartadas, tiradas por jamelgos, se abrieron paso, con dificultad, por entre el gentío. Se acercaron a la Casa Astor, y allí se detuvieron. Una figura espigada se apeó del centro de la comitiva, se quedó un momento en la acera, miró los muros de granito y la amenazante arquitectura del viejo y grandioso hotel, y luego, después de estirar bien los brazos y las piernas, se dio la vuelta para observar con calma y expresión divertida, durante más de un minuto, a la muchedumbre silenciosa. No hubo discursos, ni cumplidos, ni bienvenidas; hasta donde yo alcancé a oír, no se dijo una palabra. Pero aquel mutismo escondía mucha inquietud. Algunos tenían miedo de que se profirieran insultos o indignidades contra el presidente electo, porque no gozaba de la menor popularidad personal en Nueva York, y de muy escasa popularidad política. Pero era evidente que se había acordado tácitamente que, si los pocos partidarios políticos del Sr. Lincoln que estuvieran presentes se abstenían por completo de manifestarle su apoyo, la inmensa mayoría, que eran cualquier cosa menos partidarios suyos, también se abstendrían de expresar su oposición. El resultado de aquella componenda fue un silencio hosco, pero que no se rompió; un silencio como nunca había guardado una multitud tan enorme en Nueva York.

Casi en el mismo barrio recuerdo con claridad haber visto a Lafayette cuando visitó América en 1825. También vi y oí, varios años después, las calurosas bienvenidas que se dispensaron allí a Andrew Jackson, a Clay, a Webster, al húngaro Kossuth, al filibustero Walker, al Príncipe de Gales<sup>[530]</sup> en la visita que nos hizo, y a otras celebridades, nacionales y extranjeras, con ese magnetismo,

con ese indescriptible rugido humano, que no se parece a ningún otro sonido del universo, ¡con los gritos exultantes, jubilosos, atronadores, de innumerables gargantas sin freno! Pero, en esta ocasión, no se oyó ni una voz, ni un sonido. Encaramado a lo más alto de un ómnibus (que había llegado hasta muy cerca de allí y se había quedado bloqueado entre el bordillo y la multitud), yo disfrutaba, creedme, de una magnífica vista de todo, y especialmente del Sr. Lincoln: de su mirada y su porte, de su perfecta compostura y tranquilidad, de su insólita y desgarrada estatura, de su vestimenta, completamente negra, de su chistera un poco echada hacia atrás, de sus rasgos cetrinos, de su rostro arrugado, con costurones, pero no desagradable, de su mata de pelo negro, de su cuello desproporcionadamente largo, y de las manos que se sujetaba por detrás, mientras observaba a la gente. Miraba con curiosidad aquel inmenso mar de caras, y el mar de caras le devolvía la mirada con parecida curiosidad. En ambos había un cierto aire de comedia, casi de farsa, como consigue Shakespeare en sus tragedias más sombrías. Lo rodeaba una muchedumbre, diría yo, de unas treinta o cuarenta mil personas, entre las que no se contaba ni un solo amigo personal suyo. En cambio, no tengo ninguna duda (tan demenciales eran los fermentos de aquella época) de que muchos cuchillos y pistolas asesinos acechaban en los bolsillos de los presentes, del pecho o de la cadera, listos para asomar en cuanto surgiera la posibilidad o estallase el desorden.

Pero la posibilidad no surgió, ni estalló desorden alguno. Aquella figura alta volvió a estirar, una o dos veces, los brazos y las piernas, y después, con paso tranquilo, y acompañado por unos pocos desconocidos, subió la escalinata de la Casa Astor, desapareció por su amplia entrada, y ahí acabó la pantomima.

Vi a menudo a Abraham Lincoln los cuatro años siguientes. Cambió mucho y muy deprisa durante su Presidencia, pero esta escena, y él en ella, están grabadas indeleblemente en mi memoria. Sentado en el techo del ómnibus, y viéndolo muy bien, se me ocurrió, de manera imprecisa, rudimentaria, entonces, pero con paulatina claridad después, que harían falta cuatro clases de genios, cuatro pares de manos primigenias y poderosas, para completar el retrato futuro de este hombre: los ojos, el cerebro y el tacto de Plutarco, Esquilo y Miguel Ángel, con la ayuda de Rabelais.

Y ahora (el Sr. Lincoln ha abandonado esta escena para trasladarse a Washington, donde ha tomado posesión del cargo, rodeado por jinetes armados y francotiradores en todas las esquinas, el primer ejemplo de algo así —y espero que también el último— en nuestra historia), ahora ya ha tenido lugar una rápida sucesión de acontecimientos sobradamente conocidos (demasiado bien conocidos: hoy, creo, detestamos oírlos mencionar): la bandera nacional, acribillada en Sumter<sup>[531]</sup>, el levantamiento del Norte, en un paroxismo de

estupor e ira; el caos de los ayuntamientos; la llamada a filas; el primer Bull Run; el sorprendente hundimiento y la consternación del Norte; y, en fin, la Guerra de Secesión que ha seguido. Cuatro años de feroz, sanguinaria, tenebrosa, espeluznante guerra. ¿Quién podrá pintar sus escenas?: los enfrentamientos encarnizados; las derrotas, planes y fracasos; las horas y días oscuros, cuando nuestra Nacionalidad parecía embargada por la duda, a un paso de la muerte; la sonrisa mefistofélica de las naciones extranjeras y de sus agregados diplomáticos; el temido Escila de la intervención europea y el Caribdis de los estratos latentes, y tremendamente peligrosos, de simpatizantes de la secesión en los Estados libres (mucho más numerosos de lo que se supone); las largas marchas en verano; el calor, el sudor y, a menudo, la insolación, como camino de Gettysburgh en 1863<sup>[532]</sup>; las batallas nocturnas en los bosques, como la sostenida por Hooker en Chancellorsville<sup>[533]</sup>; los campamentos en invierno; las prisiones militares; los hospitales (¡ay!, ¡ay!, ¡los hospitales!).

¿La Guerra de Secesión? No: permitidme que la llame la Guerra de la Unión. Aunque, la llamemos como la llamemos, todavía la tenemos demasiado cerca: es demasiado grande, y la sombra que proyecta nos eclipsa; sus ramas, aún no bien formadas (pero seguras), se pierden en el futuro, y las más significativas y vigorosas no han crecido todavía. Saldrá una gran literatura de esta época, de estos cuatro años y estas escenas; una época que comprende siglos de pasión nativa, pinturas excelentes, tempestades de vida y muerte: una mina inagotable para quienes, en el futuro, quieran escribir relatos, dramas, romances e incluso filosofía. Será, de hecho, la columna vertebral de la poesía y el arte (y también del carácter personal) de la futura América, mucho más grandiosa, en mi opinión, para las manos que sean capaces de trabajarla, de lo que fue el asedio homérico de Troya o las guerras de Francia para Shakespeare.

Pero debo dejar las especulaciones y volver al tema que me he asignado, y al que quiero ceñirme. Aunque mucho se ha escrito sobre el asesinato del presidente Lincoln, probablemente los hechos sigan resultando borrosos para muchos. Leo de mis notas, escritas en aquel momento, y revisadas muchas veces hasta hoy.

El día, el 14 de abril de 1865, parece que fue agradable en todo el país, como el ambiente moral. La larga tormenta, oscura y fratricida, llena de sangre y tiniebla y vacilación, había terminado con el amanecer de la absoluta victoria Nacional y el ocaso definitivo del Secesionismo. ¡Apenas nos lo podíamos creer! Lee había capitulado a la sombra del manzano de Appomattox<sup>[534]</sup>.<sup>18</sup> Los demás ejércitos, los flancos de la revuelta, no tardaron en seguir su ejemplo. ¿Podía ser, pues? ¿De verdad? De todos los asuntos de un mundo presidido por la confrontación y el fracaso y el desorden, ¿había llegado, se había confirmado

aquella inequívoca señal de un plan, como una flecha de la purísima luz de Dios y de su legítimo reinado? El día era, como digo, propicio. Había empezado a crecer la hierba, a florecer las flores. (Recuerdo que, donde yo me encontraba en aquel momento, bien entrada ya la primavera, abundaban las lilas. Por uno de esos caprichos del azar, que dan color a los acontecimientos sin formar parte de ellos, ver y oler esas flores me recuerda siempre la gran tragedia que tuvo lugar aquel día. Nunca falla).

Pero no quiero entretenerme en los detalles. Urgen los hechos. El popular periódico vespertino de Washington, el pequeño *Evening Star*, había llenado su tercera página, sensacionalista, con el anuncio, mil veces repetido, entre muchos otros, de que *El presidente y su esposa irán al teatro esta noche...* (A Lincoln le gustaba el teatro. Yo mismo lo había visto varias veces asistir a representaciones. Recuerdo haber pensado lo raro que era que él, en algunos aspectos el protagonista del más tormentoso drama que hubiera conocido el escenario real de la historia en muchos siglos, estuviera allí sentado, tan sumamente interesado, y hasta absorto, en los estúpidos mohines, el espíritu foráneo y el texto flatulento de aquellos espantapájaros).

En aquella ocasión, el teatro estaba abarrotado. Menudeaban las damas con sus mejores galas, los oficiales de uniforme, los ciudadanos conocidos, los jóvenes y las acostumbradas luces de gas: todo el magnetismo de un gentío tan numeroso y animado, de los perfumes, la música de los violines y las flautas (y, sobre todo, saturándolo todo, la vasta y vaga maravilla de la *Victoria*, la victoria de la nación, el triunfo de la Unión, que colmaba el aire, el pensamiento, los sentidos, de una euforia superior a la que suscitaban la música y los perfumes).

El presidente llegó temprano y, con su mujer, vio la obra desde dos grandes palcos del segundo piso, muy cercanos al escenario, habilitados como uno, y profusamente decorados con la bandera nacional. Las escenas de la pieza —una de esas composiciones (*Nuestro primo americano* <sup>[535]</sup>), singularmente escritas, que tienen al menos la virtud de proporcionar un completo descanso a un público cuya actividad mental es constante, agobiado a diario por las exigencias y sobresaltos de los negocios, puesto que no plantea el menor problema de carácter moral, emocional, estético o espiritual, y en la que, entre otros personajes, por llamarlos de algún modo, un yanqui como nunca se ha visto, o como apenas se ha visto jamás, en Norteamérica, llega a Inglaterra y se enzarza en una cháchara insustancial, y en las truculencias, paisajes y fantasmagorías que requiere la composición de un drama popular moderno— ya habían alcanzado el tercer acto <sup>[536]</sup>, cuando, en medio de la comedia, o de la no-comedia, o como quiera llamársela, y para contrapesarla, o para redondearla, como si fuera una burla de la Naturaleza o de la Musa para con aquellos pobres



mimos, se intercaló aquella escena que resulta, en verdad, imposible de describir, o de describir con exactitud (puesto que, en los muchos cientos de personas que estaban allí, parece haber dejado sólo una impresión borrosa y pasajera, un rastro onírico, una mancha), pero que me propongo esbozar aquí, siquiera parcialmente. En la obra hay una escena, que transcurre en un moderno salón, en la que ese yanqui imposible informa a dos damas inglesas, asimismo sin precedentes, de que no es un aventurero ni, por lo tanto, un indeseable para sus propósitos matrimoniales, después de lo cual, y habiendo concluido la conversación, el trío dramático hace mutis y el escenario se queda vacío un momento. En ese momento se produjo el asesinato de Abraham Lincoln<sup>[537]</sup>. Por grandes y múltiples que sean sus consecuencias, y por mucho que condicionen y se prolonguen, durante siglos, en el futuro —en la política, la historia, el arte, etc., del Nuevo Mundo—, lo cierto es que lo principal, el asesinato real, tuvo lugar con la placidez y la simplicidad de un suceso cualquiera: como el reventar de un capullo o una vaina en una planta que crece, por ejemplo. Al murmullo general que siguió al mutis de los actores, al ruido que hizo el público al removerse en los asientos, se sumó la detonación amortiguada de un pistoletazo, que ni una centésima parte del público alcanzó a oír, pero que luego, tras un momento de silencio, suscitó un vago estremecimiento de espanto. Entonces, en el palco del presidente, engalanado con las banderas con las barras y estrellas, se alza de repente una figura, que se encarama, ayudándose con las manos y los pies, a la barandilla, y salta al escenario (a una distancia de, quizá, catorce o quince pies), aunque el tacón de una bota se le enreda en las abundantes colgaduras (una bandera americana) y cae mal, sobre una rodilla<sup>[538]</sup>. Pero se recobra de inmediato, se levanta como si nada hubiera sucedido (en realidad, se ha torcido el tobillo, pero todavía no se ha dado cuenta) y la figura, Booth, el asesino, vestido de velarte negro, sin sombrero, con una melena negra y brillante, como un cuervo, y los ojos de un animal enloquecido, fulgurantes y resueltos, con una serenidad que no deja de ser extraña, alza un cuchillo enorme, que blande en una mano, se aleja algunos pasos de las candilejas, vuelve por completo al público un rostro de belleza estatuaria, iluminado por aquellos ojos de basilisco, que irradian desesperación, acaso locura, profiere, en voz alta, con firmeza, las palabras *Sic semper tyrannise*<sup>[539]</sup> cruza en diagonal el escenario, con paso ni lento ni muy rápido, y desaparece entre bambalinas. (¿Había ensayado Booth con antelación esta escena, esta terrible escena, en blanco, reduciendo al ridículo a los imitadores?)

Un momento de silencio, un alarido y el grito de *asesinato*. La Sra. Lincoln se asoma desde el palco, demudada, lívida, y, señalando a la figura que se aleja, exclama: *Ha matado al presidente*. Hay entonces un instante de extraño, de

incrédulos *suspense*, ¡y luego el diluvio!, con una mezcla de horror, estrépito e incertidumbre. (Se oye, al fondo, en alguna parte, el repicar de los cascos de un caballo que se aleja a toda velocidad<sup>[540]</sup>). La gente se abalanza por entre sillas y barandas, y las rompe. Hay un terror y una confusión inextricables. Las mujeres se desmayan. Los más débiles se van al suelo, y los demás los pisotean. Se oyen muchos gritos de dolor. De repente, el amplio escenario se ha llenado, hasta la asfixia, de una abigarrada multitud, como un horrible carnaval. El público corre por él, al menos los hombres más fuertes; los actores y actrices siguen allí, maquillados y vestidos para sus papeles, aunque sus coloretos traslucen un susto mortal. Los gritos, las llamadas, las palabras alborotadas, se duplican, se triplican. Dos o tres consiguen hacer llegar agua desde el escenario al palco presidencial; otros intentan trepar; etc., etc.

En medio de todo esto, los soldados de la guardia presidencial, junto con otros, rápidamente llegados a la escena, irrumpen en el lugar (unos doscientos, en total), ocupan la platea y recorren los palcos, especialmente los superiores, encolerizados, y literalmente encañonan al público, con las bayonetas caladas, al grito de: ¡Desalojad, *desalojad*, *hijos de...*! Tal era la pavorosa escena, o más bien un esbozo de la escena, que se vivió en el teatro aquella noche.

Fuera, asimismo, en un ambiente de locura y estupor, multitud de personas, henchidas de furia, y dispuestas a darle salida como fuese, estuvieron varias veces a punto de asesinar a personas inocentes. Un caso resultó especialmente sobrecogedor. Por algún azar, la muchedumbre, enfurecida, la había tomado con un hombre, quizá por algo que había dicho, o sin motivo alguno, y se disponía a lincharlo, sin más, en una farola cercana. Sin embargo, al hombre lo rescataron unos heroicos policías, que formaron un cordón a su alrededor y consiguieron abrirse paso, despacio y con gran peligro, hasta la comisaría. Aquel episodio reflejaba muy bien lo que estaba pasando: la muchedumbre feroz, precipitándose como la marea; la noche, los gritos, las caras demudadas, mucha gente asustada intentando, en vano, escapar de allí; el hombre atacado, apenas rescatado de las fauces de la muerte, con aspecto de cadáver; la media docena de policías callados, decididos, sin otras armas que las porras, y, pese a ello, firmes ante aquel enjambre enloquecido: sí, una escena adecuada para secundar la grandiosa tragedia del asesinato. Los policías llegaron a la comisaría con el hombre al que protegían, le hicieron pasar allí la noche, por seguridad, y lo dejaron ir a la mañana siguiente.

Y, en medio de este pandemonio, de los soldados rabiosos, el público y las multitudes, el escenario, los actores y actrices, los tarros de pintura, las lentejuelas y las luces de gas, la sangre se escapa poco a poco de las mejores y

más dulces venas del país, y la espuma de la muerte empieza a burbujear en sus labios.

Éstos fueron los incidentes y las circunstancias que rodearon el asesinato de Abraham Lincoln, tal como ocurrieron. Así acabó el intento de secesión de estos Estados; así, una guerra de cuatro años. Pero lo más importante llegó, sutil e inadvertidamente, después, acaso mucho después, y no fue ni militar, ni político, ni histórico (por importante que fuese este aspecto). Digo que algunas consecuencias, secundarias e indirectas, de esta trágica muerte son, en mi opinión, más relevantes. No el hecho del asesinato en sí; ni que el Sr. Lincoln hilvane los principales aspectos y personajes de este periodo, como cuentas, en el hilo único de su carrera; ni que su idiosincrasia, de tan súbita aparición y desaparición, deje una impronta en esta República más poderosa y duradera que la de cualquier otro (más, incluso, que Washington). Junto con todo lo anterior, el significado y el valor inestimable de esta tragedia radica, en mi opinión, en sentidos por los que este país siente devoción (y que son enteramente nuestros): imaginativos y artísticos, literarios y dramáticos. Y no en la dimensión más baja u ordinaria de dichos términos, sino en la más preciada por la raza, y por cualquier época. Una larga y heterogénea serie de acontecimientos contradictorios alcanza por fin su más alto desenlace poético, pictórico, singular, central. Todo el desconcertante y multiforme torbellino del periodo de secesión desemboca en esta crisis, se concentra en este relámpago instantáneo e iluminador: en este único hecho, simple y atroz. La tajante culminación, y, en cierto modo, la solución, de tantos sangrientos y enconados problemas ilustra estos momentos de clímax en el escenario del Tiempo universal, donde la Musa de la historia, en una entrada, y la Musa de la tragedia, en la otra, bajan de repente el telón y ponen fin, así, a un acto inmenso del larguísimo drama del pensamiento creativo, dándole una irradiación, una viveza, más extraña que la ficción. ¡Óptima irradiación, óptimo final! ¡Cuánto le gustan a la imaginación, y a los estudiantes, estas cosas! También América ha de contar con ellas. Porque ninguna muerte gloriosa, antigua o moderna —ni la de César en el senado romano; ni la de Napoleón con aquella terrible tormenta en Santa Elena<sup>[541]</sup>; ni la de los Paleólogos, tras una lucha desesperada, abatidos sobre docenas de cadáveres griegos<sup>[542]</sup>; ni la del viejo Sócrates, bebiéndose, con serenidad, la cicuta—, supera, en la vida de un hombre, este final de la Guerra de Secesión, aquí, con nosotros alrededor, en nuestra propia época, este sello de la emancipación de tres millones de esclavos, ese parto de nuestra República por fin realmente libre, renacida para iniciar su proyecto de Unión genuinamente homogénea, compacta, coherente consigo misma.



Como tampoco encontrarán nunca una moraleja mejor, de esta lección, los futuros Patriotas y Unionistas americanos, dondequiera que estén, en el Norte o en el Sur. El mayor provecho que cabe extraer de los mejores hombres de una Nación no tiene que ver, en último término, con su comportamiento en vida, ni con la relación que hayan mantenido con la época o el país que los ha acogido. El mayor provecho de una vida eminente y heroica —y especialmente de una muerte eminente y heroica— es su infiltración indirecta en esa nación y en esa raza, y en proporcionar, a menudo desde la distancia, pero inequívocamente, época tras época, nervio y color a la personalidad de la juventud y a la madurez de cada época, y de la humanidad. Constituye un cimiento para todo el mundo más sutil, más fundamental, que lo que esté escrito en la constitución, o que los tribunales o los ejércitos, a saber, el cimiento de una muerte que se identifica plenamente con ese pueblo, y que se ha dado cuando lo encabezaba, y por su causa. Es extraño, ¿no?, que las batallas, los mártires, el sufrimiento, la sangre, incluso el asesinato, condensen de este modo —y que sólo así sea esa condensación genuina y duradera— una Nacionalidad.

Repito: las grandes muertes de la raza, las muertes dramáticas de todas las nacionalidades, son su herencia más importante y valiosa; en algunos aspectos, más, incluso, que su literatura y su arte (igual que el héroe excede a su mejor retrato, y la batalla, a su más sobresaliente epopeya o canto). ¿No es esto lo que subyace, realmente, en las tragedias, en las famosas obras de los maestros griegos, y de cualquier maestro? Por supuesto, si los antiguos griegos hubiesen tenido a un hombre como éste, ¿qué trilogías dramáticas, qué epopeyas, no habrían compuesto con él? ¡Cómo lo habrían recitado los rapsodas! ¡Qué de prisa habría ingresado esa alta y singular figura en la región en que los hombres infunden vida a los dioses, y los dioses divinizan a los hombres! Pero Lincoln, su tiempo, su muerte, tan sublimes como los de cualquier otra época, pertenecen a la nuestra: son autóctonos. (A veces pienso que nuestros días americanos, nuestro propio escenario, los actores que conocemos, a los que hemos dado la mano, o con los que hemos hablado, más funestos que cuanto aparece en Esquilo, más heroicos que los sitiadores de Troya, interpretan a reyes de hombres para nuestra Democracia más orgullosos que Agamenón, modelos de carácter fuerte y hermoso como Ulises, muertes más lastimosas que la de Príamo).

Cuando, en los siglos venideros (puesto que, a mi parecer, han de pasar muchos todavía hasta que la vida de estos Estados, o de la Democracia, pueda ser puesta realmente por escrito e ilustrada), los historiadores y dramaturgos más reputados busquen algún personaje, o algún acontecimiento especial, lo suficientemente incisivo como para dejar una huella profunda y memorable de

este turbulento siglo Diecinueve nuestro (y no sólo en estos Estados, sino en todo el mundo político y social), algo, quizá, que ponga fin al espléndido desfile del feudalismo europeo, con toda su pompa y sus prejuicios de casta (de cuya larga estela en América somos los indisociables herederos), algo que identifique, con identificación terrible, lo que ha sido, con creces, el paso más revolucionario de la historia de los Estados Unidos (quizá el mayor del mundo, en nuestro siglo), la extirpación, la definitiva eliminación de la esclavitud en estos Estados, esos historiadores buscarán en vano otro suceso que sirva mejor a sus propósitos que la muerte de Abraham Lincoln.

Grato a la Musa, tres veces grato a la Nacionalidad, a toda la raza humana, precioso para la Unión, precioso para la Democracia, indecible y eternamente precioso, su primer Líder Mártir.

## **Ramas de noviembre**

### **El elemento español de nuestra nacionalidad**

*(Nuestros amigos de Santa Fe, Nuevo México, acaban de clausurar el largamente celebrado 333.º aniversario del establecimiento de su ciudad por los españoles, y han pedido al buen y gris Walt Whitman que les escribiera un poema conmemorativo. En su lugar, les ha dirigido la carta que se reproduce a continuación. Philadelphia Press, 5 de agosto de 1883)*

CAMDEN, NUEVA JERSEY, 20 de julio de 1883.

A Messrs. Griffin, Martínez, Prince y otros Caballeros de Santa Fe:

estimados señores: Su amable invitación a visitarlos y dedicar un poema al 333.º aniversario de la fundación de Santa Fe me ha llegado con tanto retraso que, con sincero pesar, debo declinarla. No obstante, voy a improvisar unas palabras.

Los americanos aún tenemos que conocer de verdad a nuestros antepasados, y ordenarlos, para unificarlos. Nos enteraremos entonces de que son más de los

que suponíamos, y de muy diferentes orígenes. Hasta hoy, impresionados por los escritores y maestros de Nueva Inglaterra, nos hemos abandonado tácitamente a la idea de que sólo las islas británicas han moldeado nuestros Estados Unidos, y de que éstos no constituyen, en esencia, sino otra Inglaterra. Pero es un gran error. Muchos de los principales rasgos de nuestra futura personalidad nacional, y algunos de los mejores, se demostrará, sin duda, que pertenecen a linajes distintos. De hecho, los rasgos británicos y germánicos, por valiosos que sean en algunos aspectos, amenazan con resultar excesivos, o quizá debería decir que ya resultan excesivos. Hoy necesitamos con urgencia algo que provenga de otros ámbitos, y que los contrapesen.

Los vórtices ferozmente materialistas y empresariales de los Estados Unidos, y las devoradoras relaciones que establecen, que controlan y empuñan todo lo demás, no son, en mi opinión, sino un vasto e indispensable estadio en el desarrollo del nuevo mundo, al que ha de seguir, con toda certeza, algo enteramente distinto, o, al menos, inmensas modificaciones. Aún hemos de establecer un carácter, una literatura y una sociedad dignos de ese nombre, mediante una nacionalidad que contenga los más nobles atributos espirituales, heroicos y democráticos —ninguno de los cuales existe todavía—, completamente distintos al pasado, aunque inequívocamente basados en él, y que lo justifican.

A esta plural identidad americana del futuro, el carácter hispano ha de proporcionarle algunos de sus rasgos más necesarios. Ninguna estirpe posee una historia más grandiosa: en religiosidad y lealtad, en patriotismo, valentía, decoro, gravedad y honor. (Ya es hora de descartar ese espejismo, mitad hombre del saco, mitad Misterios de Udolfo, heredado de los escritores ingleses de los últimos 200 años<sup>[543]</sup>; ya es hora de que aprendamos —porque ésa es la verdad— que no se encontrará más crueldad, tiranía, superstición, etc., en el resumen de la historia de España que en el de la historia anglo-normanda. No, no creo que se encuentre más).

Y, por casualidad, voy a tocar otro punto, que tiene que ver con la etnología americana, pasada y futura. En relación con nuestra población aborigen o india —los aztecas al sur y muchas tribus al norte y al oeste—, me consta que todo el mundo parece convenir en que irá menguando con el paso del tiempo, hasta dejar, dentro de algunas generaciones, sólo un vacío, un recuerdo. Pero yo no lo tengo tan claro. Conforme América se desarrolle, se adapte, se interrelacione y se identifique a sí misma, sumando a sus muchas y antiguas fuentes sus aportaciones actuales, ¿se complacerá en aceptar y utilizar las contribuciones de las naciones extranjeras, del mundo exterior, y rechazará, en cambio, las únicas que son específicamente suyas, las autóctonas?

En cuanto a la estirpe hispana de nuestro suroeste, tengo por cierto que aún no hemos empezado a apreciar el esplendor y la valiosa solidez de su elemento racial. ¿Quién sabe si ese elemento, como el curso de un río subterráneo, que buza, sin ser visto, cien o doscientos años, no ha de emerger, fluir ampliamente y permanecer para siempre en la superficie?

Si me lo permiten, me gustaría enviarles la más cordial y sentida enhorabuena de sus compatriotas americanos. Tienen Uds. más amigos en las regiones del norte y del Atlántico de lo que suponen, y todos ellos albergan un profundo interés en el desarrollo del gran interior del suroeste, y en que el festival que patrocinan reciba la atención pública que merece.

Respetuosamente suyo, etc.

WALT WHITMAN

## PRÓLOGOS, CARTAS Y PREFACIOS

### Prólogos a las ediciones de *Hojas de hierba*

#### Prefacio, 1855

América no rechaza el pasado, ni lo producido bajo sus formas, o en el curso de otras políticas, ni la idea de las castas, ni las religiones antiguas; acepta la lección con calma; no se impacienta tanto como se ha supuesto porque su piel siga adherida a unas opiniones, costumbres y literatura determinadas, cuando la vida que atendía a sus necesidades se ha transformado ya en una vida nueva, con formas nuevas; advierte cómo sacan lentamente el cadáver del comedor y los dormitorios de la casa; advierte que lo dejan un rato a la puerta, que convino a los días que le tocó vivir, que su acción ha pasado al heredero recio y bien plantado que se acerca, y que él también conviene a los días que le ha tocado vivir.

De todas las naciones de la Tierra habidas en la historia, los americanos son, probablemente, los que posean una naturaleza poética más completa. Y los Estados Unidos son, en sí mismos, y en esencia, el más extraordinario de los poemas. En la historia del mundo, hasta nuestros días, lo más grande y conmovedor se revela sumiso y disciplinado, comparado con su enormidad y con la conmoción que inspira. Los actos de los hombres cobran aquí, por fin, una naturaleza similar a los actos universales del día y de la noche. He aquí, no

una sola nación, sino una ingente nación de naciones. He aquí un comportamiento libre de ataduras, y necesariamente ciego a las particularidades y los detalles, que se mueve, magníficamente, en masa. He aquí la hospitalidad que siempre ha distinguido a los héroes. He aquí las escabrosidades, y las barbas, y el espacio, y la bastedad, y la despreocupación que son gratos al alma. He aquí un comportamiento que desdeña lo trivial, incomparable por la tremenda audacia de sus multitudes y sus comunidades, y por el empuje de su perspectiva, que se extiende, y fluye, con amplitud irrestricta, y derrama su espléndida y prolífica extravagancia. Es manifiesto que tuyas han de ser las riquezas del verano y del invierno, y que nunca quebrará mientras crezca el maíz, o se recojan manzanas en los huertos, o las bahías tengan peces, o los hombres engendren hijos en las mujeres.

Otros Estados se distinguen por sus representantes, pero la mejor expresión del genio de los Estados Unidos no son sus gobernantes o sus parlamentos, ni sus embajadores, escritores, universidades, Iglesias o salones, ni siquiera sus periódicos o sus inventores, sino, siempre y sobre todo, el pueblo llano: sus modales, su forma de hablar y de vestirse, sus amistades; la lozanía y franqueza de su fisonomía; la pintoresca soltura de su porte; su apego imperecedero a la libertad; su aversión a lo indecoroso o blando o mezquino; el reconocimiento práctico de los ciudadanos de un estado por parte de los ciudadanos de los demás estados; su fiereza cuando se les provoca; su curiosidad y su entusiasmo por lo nuevo; su amor propio y su maravillosa compasión; su susceptibilidad al menosprecio; su aire de personas que no saben lo que es sentirse ante un superior; el desparpajo con el que hablan; su gusto por la música, síntoma seguro de ternura varonil e innata elegancia espiritual; su afabilidad y su largueza; el significado trascendente de sus elecciones; que el presidente se descubra ante ellos, y no ellos ante él. Todo esto es poesía sin rimar, que aguarda el tratamiento, generoso y colosal, que sea digno de ella.

La magnitud de la naturaleza o de la nación sería monstruosa sin la correspondiente magnitud y generosidad espiritual de sus ciudadanos. Ni la naturaleza, ni Estados populosos, ni calles, ni barcos de vapor, ni negocios florecientes, ni granjas, ni el capital, ni el conocimiento, bastan para conformar el ideal del hombre, ni para el poeta. Tampoco bastan los recuerdos. Una nación viva siempre puede dejar una huella profunda y someterse a la mayor autoridad, al menor precio: la que ejerce su propia alma. Ésta es la suma de las costumbres provechosas de los individuos o de los Estados, y de la acción y la grandeza del presente, y de los asuntos de que tratan los poetas. ¡Como si fuera necesario remontarse, generación tras generación, hasta las fuentes orientales! ¡Como si la belleza y la sacralidad de lo demostrable debieran subordinarse a las

de lo mítico! ¡Como si los hombres no dejaran su huella en todas las épocas! ¡Como si la apertura del continente occidental por el descubrimiento, y cuanto ha pasado desde entonces en América del Norte y del Sur, fuese menos que el teatrillo de la antigüedad o el sonámbulo vagar de la Edad Media! El orgullo de los Estados Unidos renuncia a la riqueza y la sofisticación de las ciudades, y a los réditos del comercio y la agricultura, y a la magnitud de la geografía, y al espectáculo de las victorias en el exterior, para disfrutar de una raza de hombres plenos, o de un solo hombre pleno, sencillo e inconquistable.

Los poetas americanos han de abrazar tanto lo viejo como lo nuevo, porque América es la raza de las razas. El bardo ha de estar a la altura de su pueblo. Para él, los demás continentes no son más que una ayuda: los recibe en beneficio de ambos. Su espíritu corresponde al espíritu de su país. Es encarnación de su geografía, y de su naturaleza, y de sus ríos y lagos. El Misisipí con sus crecidas anuales y sus cambiantes cascadas, el Misuri y el Columbia y el Ohio y el San Lorenzo, con las suyas, y el hermoso y masculino Hudson, no desembocan en el mar más de lo que desembocan en él. La inmensidad azul que cubre el mar interior de Virginia y Maryland, y el mar de las costas de Massachusetts y Maine, y la bahía de Manhattan, y el lago Champlain<sup>[544]</sup> y el Erie y el Ontario y el Hurón y el Michigan y el Superior, y los mares de Texas, México, Florida y Cuba, y los mares de las costas de California y Oregón, no se corresponde con la inmensidad azul de esas aguas más de lo que el poeta se corresponde con las que se extienden por encima y debajo de él. Cuando la extensa costa del Atlántico se prolonga, y la costa del Pacífico se prolonga, él se prolonga con ellas, sin esfuerzo, al norte o al sur. Las abarca, asimismo, de este a oeste, y refleja cuanto contienen. Le crecen sólidos brotes que compiten con los del pino y el cedro y el abeto y la encina del sur y el algarrobo y el castaño y el ciprés y el nogal y el tilo y el álamo de Virginia y el tulipero y el cacto y la parra silvestre y el tamarindo y el caqui, y espesuras tan enmarañadas como las del cañaveral o el pantano, y bosques revestidos de hielo transparente y de carámbanos que cuelgan de las ramas y que el viento hace crujir, y laderas y picos montañosos, y los pastos frescos y despejados de las sabanas, las serranías o las praderas, con vuelos y cantos y chillidos que responden a los de la paloma torcaz y el carpintero escapulario y la calandria café y la focha y el negrón costero y el busardo de hombros rojos y el águila pescadora y el corocoro blanco y la gallineta y el búho cornudo y el ánade rabudo y el martinete común y la serreta mediana y el mirlo y el sinsonte y el águila ratonera y el cóndor y la garza nocturna y el águila. Sus rasgos hereditarios provienen tanto del padre como de la madre. En él penetran la esencias de lo real y de los sucesos pasados y presentes, de la enorme diversidad de climas, de la agricultura y de la minería;

las tribus de pieles rojas; los navíos azotados por la tempestad, que arriban a nuevos puertos o desembarcan en costas rocosas; los primeros asentamientos en el norte y el sur; la rapidez con la que se crece y se desarrollan los músculos; el altivo desafío del 76<sup>[545]</sup>, y la guerra y la paz y la redacción de la constitución; la unión siempre rodeada de charlatanes, y siempre serena e inexpugnable; la constante llegada de inmigrantes; las ciudades rodeadas de muelles y una flota sin igual; el interior inexplorado; las cabañas de troncos y los claros del bosque y la fauna salvaje y los cazadores y tramperos; el libre comercio; las pesquerías y la caza de ballenas y la busca de oro; la interminable gestación de nuevos estados; la reunión del Congreso cada diciembre, cuyos miembros acuden a la sesión, puntualmente, desde todos los climas y desde los lugares más remotos; el noble carácter de los jóvenes artesanos y de todos los trabajadores y trabajadoras libres de América; el gran entusiasmo y la cordialidad y el espíritu de empresa; la perfecta igualdad de varones y hembras; la gran amatividad<sup>[546]</sup>; el movimiento fluido de la población; las fábricas y la vida mercantil y la maquinaria que ahorra trabajo; el intercambio yanqui; los bomberos de Nueva York y la excursión para practicar el tiro al blanco; la vida en la plantación del sur; el carácter del noreste y del noroeste y del sudoeste; la esclavitud y las manos temblorosas que se extienden para protegerla, y la rotunda oposición a ella, que nunca cesará mientras perdure, mientras las lenguas hablen y los labios se muevan. Por todo esto, la expresión del poeta americano ha de ser trascendente y nueva. Ha de ser indirecta, no directa, descriptiva o épica. Su calidad pasa por todo esto, y lo excede. Cántense la historia y las guerras de otras naciones, e ilústrense sus épocas y sus personajes, y acabe ahí el verso. No así el gran salmo de la república. Su tema es creativo y tiene perspectiva. Y aquí viene uno de nuestros bienamados canteros, y traza planes con decisión y conocimiento, y ve las hermosas formas sólidas de un futuro que carece, todavía, de formas sólidas.

Entre todas las naciones, son los Estados Unidos, cuyas venas rebosan de materia poética, la más necesitada de poetas, y la que, sin duda, tendrá a los mejores, y la que mejor se servirá de ellos. Sus referentes habituales no serán tanto sus presidentes como sus poetas. Entre todos los hombres, el gran poeta es el hombre ecuánime. No en él, sino fuera de él, las cosas resultan grotescas o excéntricas, o carecen de sentido. Nada fuera de su lugar es bueno y nada en su lugar es malo. Él da las proporciones adecuadas a los objetos y cualidades, ni más ni menos. Él es el árbitro de lo diverso, y es la clave. Él iguala a su época y su tierra. Él suministra lo que se ha de suministrar y reprime lo que se ha de reprimir. Si la paz es la norma, por su boca habla el espíritu de la paz, grande, rico, próspero, constructor de ciudades vastas y populosas, fomento de la



agricultura y las artes y el comercio, faro del estudio del hombre, del alma, de la inmortalidad, el gobierno federal, estatal o municipal, el matrimonio, la salud, el libre comercio, las comunicaciones por tierra y por mar; nada está demasiado cerca, nada demasiado lejos: las estrellas no están demasiado lejos. En tiempos de guerra, él es el arma más letal. Quien lo alista, alista a la caballería y a la infantería. Él aporta los mejores parques de artillería que haya conocido jamás ingeniero alguno. Si se remolonea, él sabe cómo espabilar. Lo que dice, hace sangrar. Todo se estanca en la marisma de la costumbre o de la obediencia o de la ley; él, nunca. La obediencia no lo gobierna: él la gobierna a ella. En lo más alto, inalcanzable, proyecta una luz intensísima, cuyo pivote hace girar con el dedo. Él desconcierta a los corredores más rápidos al adelantarlos y rodearlos fácilmente, sin moverse. Cuando las cosas tienden a la infidelidad y la frivolidad y la guasa, él las refrena con la solidez de su fe. Él distribuye los platos, y ofrece una carne sabrosa y consistente con la que crecen hombres y mujeres. Su cerebro es el cerebro definitivo. Él no discute: él es la sentencia. Él no juzga como juzga el juez, sino como el sol que se derrama en algo indefenso. Como es el que más lejos ve, es el que más fe tiene. Lo que piensa son himnos en alabanza de las cosas. Cuando se habla del alma y la eternidad y Dios sin hacerlo en un plano de igualdad, él guarda silencio. Él no ve a la eternidad como una obra con prólogo y desenlace; ve a la eternidad en los hombres y mujeres, y no ve a los hombres y mujeres como sueños o partículas. La fe es el antiséptico del alma: impregna al pueblo llano, y lo preserva, y éste nunca deja de creer y de esperar y de confiar. Hay una frescura y una inconsciencia indescriptibles en una persona iletrada, que humilla y se burla del poder del más noble genio expresivo. El poeta ve, con absoluta certeza, cómo alguien que no es un gran artista puede ser tan sagrado y perfecto como el mayor artista. Se sirve libremente del poder de destruir o rehacer, pero nunca del poder de atacar. Lo que ha pasado, ha pasado. Si no expone modelos superiores y demuestra quién es a cada paso que da, no es lo que se necesita. Lo que conquista es la presencia del gran poeta, no la cháchara, ni los afanes, ni estudiadas tentativas. Y ahora que ha pasado por aquí, ¡ved lo que ha dejado! No queda vestigio alguno de desesperación o misantropía o arteria o exclusivismo o de la ignominia del nacimiento o del color o del engaño del infierno o de la necesidad del infierno; y ningún hombre, de ahora en adelante, será menospreciado por ser ignorante o débil o pecador.

El gran poeta apenas sabe de pequeñeces o trivialidades. Si infunde su aliento en algo que antes se consideraba menguado, se dilata con la grandeza y la vida del universo. Es un visionario; es individual; es completo en sí mismo. Los demás valen tanto como él, pero él lo ve, y ellos no. Él no forma parte del coro.

Las normas no lo frenan: él gobierna las normas. Lo que la vista es para los demás, él es para los demás. ¿Quién conoce el curioso misterio de la vista? Los otros sentidos se corroboran mutuamente, pero éste prescinde de toda prueba que no sea la suya, y anticipa las identidades del mundo espiritual. Una sola mirada suya deja en ridículo a todas las investigaciones humanas, y a todos los instrumentos y libros de la Tierra, y a todos los razonamientos. ¿Qué es maravilloso, qué es improbable, qué es imposible o infundado o vago, cuando has abierto un hueso de melocotón, y prestado oídos a lo que está cerca y lo que está lejos, y a la puesta de sol, y dejado entrar a todas las cosas con rapidez eléctrica, suave y puntualmente, sin confusión, ni empujarse, ni amontonarse?

La tierra y el mar, los animales, peces y pájaros, la bóveda celestial y los planetas, los bosques, montañas y ríos, no son temas baladíes, pero la gente espera del poeta que les revele algo más que la belleza y dignidad que han atribuido siempre a los objetos reales y mudos; espera que les revele el camino que conduce de la realidad a sus almas. Los hombres y las mujeres perciben muy bien la belleza, probablemente tan bien como él. La apasionada tenacidad de los cazadores y leñadores, de los madrugadores, de los que cuidan jardines o cultivan huertos y campos, el amor de las mujeres sanas por la forma masculina, los marineros, los que conducen caballos, la pasión por la luz y el aire libre: todo es una vieja y múltiple señal de la indefectible percepción de la belleza y de la presencia de lo poético en la gente que vive a la intemperie. Los poetas no pueden ayudarles a percibir; a otros quizá sí, pero a ellos no. La cualidad poética no se ordena por medio de la rima o la uniformidad o las invocaciones abstractas a las cosas, ni se expresa en melancólicos lamentos o en sabios preceptos, sino que es lo que da vida a todo esto y a mucho más, y radica en el alma. Lo bueno de la rima es que siembra la semilla de otra rima más agradable y exuberante, y de una uniformidad que se dirige a sus propias raíces, fuera del alcance de la vista. La rima y la uniformidad de los poemas perfectos revelan el libre desarrollo de las leyes métricas, y brotan en ellos de forma tan infalible y natural como las lilas o las rosas en la mata, y adoptan formas tan compactas como las de las castañas y las naranjas y los melones y las peras, y exhalan un perfume impalpable para la forma. La fluidez y el ornato de los más exquisitos poemas, canciones, discursos o recitaciones no son independientes, sino dependientes. Toda belleza proviene de una sangre bella y de un cerebro bello. Si las grandezas entran en conjunción en un hombre o una mujer, eso basta: el hecho prevalecerá en el universo; no lo harán, sin embargo, la palabrería y el oropel de un millón de años. El que se preocupa por ese ornato o esa fluidez está perdido. Esto es lo que has de hacer: ama la tierra y el sol y los animales, desprecia las riquezas, da limosa a todo el que la pida, álzate en defensa de los

estúpidos y los locos, dedica tus ganancias y tu trabajo a los demás, odia a los tiranos, no discutas sobre Dios, sé paciente con todos, indulgente con todos, no te descubras ante nada, conocido o desconocido, ni ante nadie, ya sean uno o muchos, no tengas reparo en ir con gente sin educación pero con carácter, con jóvenes y madres de familia, lee estas hojas al aire libre en cada estación de cada año de tu vida, reconsidera todo lo que te han enseñado en el colegio o en la iglesia o en los libros, desecha cuanto ofenda a tu alma, y tu misma carne será un gran poema y poseerá una fluidez insuperable, no sólo sus palabras, sino también las líneas silenciosas de los labios y la cara, y entre las pestañas, y en cada movimiento y articulación de tu cuerpo. El poeta no ha de perder el tiempo haciendo cosas innecesarias. Él sabrá que la tierra ya ha sido labrada y abonada; otros quizá no, pero él sí. Él irá directamente a la creación. Su confianza se impondrá a la confianza de todo cuanto toque, y a todos los afectos.

El universo conocido tiene un amante total, y ése es el mayor poeta. Se consume en una pasión eterna, y le es indiferente qué azar suceda, o las contingencias de la suerte o el infortunio, y persigue cada día y cada hora su deliciosa retribución. Lo que frustra o doblega a otros alimenta su ardoroso avance en busca del contacto y la alegría del amor. Otra dimensiones del placer que se experimenta se reducen a nada, comparadas con las suyas. Él entra en relación con lo que se espera del cielo o de lo más alto al contemplar un amanecer, o una escena en el bosque en invierno, o en presencia de unos niños que juegan, o cuando echa el brazo por el cuello de un hombre o una mujer. Su amor, más que cualquier amor, posee holganza y amplitud, y deja espacio por delante. No es un amante indeciso o suspicaz: él está seguro; desdeña los intervalos. Su experiencia, y las efusiones y estremecimientos, no son en vano. Nada lo destempla: ni el sufrimiento ni la oscuridad, ni la muerte ni el miedo. La queja y los celos y la envidia son, para él, cadáveres inhumados, que se descomponen bajo tierra: vio cómo los sepultaban. El mar no está más seguro de la costa, ni la costa del mar, que él de la materialización de su amor y de toda perfección y belleza.

La materialización de la belleza no es una posibilidad al azar, sino inevitable como la vida; es exacta e inexorable como la fuerza de la gravedad. De la vista procede otra vista, y del oído, otro oído, y de la voz, otra voz, que sienten una curiosidad eterna por la armonía entre las cosas y el hombre. A ellos responden las perfecciones, no sólo en los comités que se suponía representaban a las demás, sino en todas las demás, del mismo modo. Entienden la ley de la perfección en las masas y las inundaciones, que su acabamiento lo es de cada una, pero también de lo que tienen por delante, que es profusa e imparcial, que

no hay un minuto de luz u oscuridad, ni un acre de tierra o de mar, que carezcan de ella, ni lugar en el cielo, ni oficio u ocupación, ni giro alguno de los acontecimientos. Éste es el motivo de que haya precisión y equilibrio en la expresión óptima de la belleza. No hay por qué tirar una parte encima de otra. El mejor cantante no es el dotado del órgano más potente y dúctil. El placer de los poemas no se obtiene de los que estén mejor medidos, o cuenten con los mejores símiles, o suenen mejor.

Sin esfuerzo, y sin revelar en absoluto cómo se hace, el poeta mayor consigue que el espíritu de cualesquiera sucesos y pasiones y escenas y personas —de algunos o de todos, unos más y otros menos— influya, al leerlo o escucharlo, en el carácter individual. Hacerlo bien supone competir con las leyes que buscan y siguen al tiempo. Su objetivo ha de estar ahí, sin duda, y su clave ha de estar ahí. El menor indicio es indicio de lo mejor, y entonces se convierte en el indicio más claro. El pasado, el presente y el futuro no están desunidos, sino unidos. El mayor poeta da consistencia a lo que ha de ser, a partir de lo que ha sido y de lo que es. Saca a los muertos de sus ataúdes y los pone otra vez de pie. Le dice al pasado: levántate y anda, para que pueda comprenderte. Y aprende la lección. Se sitúa donde el futuro se hace presente. El mayor poeta no sólo ilumina, con sus rayos, caracteres, escenas y pasiones, sino que asciende, por fin, y le da fin a todo. Exhibe pináculos cuya utilidad nadie sabría precisar, ni qué ocultan; brilla un momento en el extremo más remoto. Está magnífico con esa última media sonrisa o gesto apenas esbozado. El relámpago que se produce en el momento de partir fortalecerá o aterrorizará a quien lo vea durante muchos años. El mayor poeta no moraliza ni aplica preceptos morales: él conoce el alma. El alma se enorgullece, con orgullo inconmensurable, de no recibir nunca más lecciones que las suyas. Pero su capacidad de comprensión es tan inconmensurable como su orgullo, y una cosa compensa a la otra, y ninguna puede ir demasiado lejos, si la acompaña la otra. Los más íntimos secretos del arte duermen con ambas. El mayor poeta ha estado en estrecho contacto con las dos, vitales para su estilo y su pensamiento.

El arte de artes, la gloria de la expresión y el sol de las letras es la simplicidad. No hay nada mejor que la simplicidad. Nada puede compensar el exceso o la indefinición. Sostener el esfuerzo del impulso y adentrarse en honduras intelectuales y articular los temas no son facultades corrientes, pero tampoco excepcionales. Sin embargo, hablar, en literatura, con la entereza y la naturalidad perfectas con que se mueven los animales, y con la irreprochabilidad del sentimiento de los árboles del bosque y de la hierba al borde de los caminos, es el verdadero triunfo del arte. El que haya visto a quien lo haya logrado, ha visto a un maestro de artistas, de cualquier época o nación.

No contemplarás el vuelo de la gaviota gris en la bahía, ni las briosas evoluciones del purasangre, ni la grácil inclinación del girasol, ni la aparición del sol en su viaje celeste, ni, después, la aparición de la luna, con más satisfacción que a él. El mayor poeta no tiene un estilo singular, sino que es, más bien, el cauce de pensamientos y cosas que no crecen ni disminuyen, y el cauce, sin entorpecimientos, de sí mismo. Y jura a su arte: no seré entrometido; no pondré en mi escritura elegancia, efecto u originalidad alguno que se interponga, como un telón, entre mí y los demás. Nada se interpondrá, pues, por ricos que sean los cortinajes. Lo que digo, lo digo precisamente por lo que es. Que quien lo desee, exalte, o sobrecoja, o fascine, o consuele: yo me propongo lo mismo que la salud, o el calor, o la nieve, y me importa tan poco que me observen como a ellos. Lo que experimente o describa saldrá de mi mano sin un jirón siquiera de mí. Tú estarás a mi lado y te mirarás en el espejo conmigo.

La espontaneidad será la prueba de la sangre y de la nobleza sin mácula de los grandes poetas. Alguien heroico convive o descarta, a su gusto, las costumbres, precedentes o autoridades que no le convienen. De cuantos rasgos caracterizan a la hermandad de escritores, eruditos, músicos, inventores y artistas, ninguno es mejor que el desafío silencioso que se desprende de unas formas nuevas y libres. Para satisfacer la necesidad de poemas, filosofía, política, mecánica, ciencia o conducta, del oficio del arte, de una ópera autóctona adecuada, de industria naval o de cualquier otra industria, el más grande es siempre aquel que contribuye con el mayor ejemplo práctico original. La expresión más limpia es la que no encuentra esfera alguna que sea digna de ella, e inventa una.

Los mensajes de los grandes poetas a los hombres y mujeres son: venid a nosotros como iguales; sólo así podréis entendernos; no somos mejores que vosotros; lo que está en nosotros, también está en vosotros; lo que nos gusta, también os gustará a vosotros. ¿Pensabais que sólo había un Ser Supremo? Nosotros afirmamos que puede haber innumerables Seres Supremos, y que uno no contrarresta a otro más de lo que aquello que ven unos ojos contrarresta lo que ven otros, y que los hombres sólo pueden ser buenos o extraordinarios si son conscientes de su supremacía interior. ¿Dónde creéis que radica la grandeza de las tormentas y los desmembramientos, y de las más cruentas batallas, y de los naufragios, y de la furia devastadora de los elementos, y de la fuerza del mar, y de la actividad de la naturaleza, y de la angustia a que conducen los deseos del hombre, y de la dignidad y el odio y el amor? Pues en eso que alberga el alma, y que dice: Enfureceos, temblad, yo soy aquí, y en todas partes, el amo y señor: amo y señor de los espasmos del cielo y de la zozobra del mar,

amo y señor de la naturaleza y la pasión y la muerte, y de todo terror y todo dolor.

Los bardos americanos se caracterizarán por su generosidad y su afecto, y por animar a sus competidores. Serán el cosmos, sin monopolio ni secreto. Estarán contentos de compartirlo todo con todos, y ávidos por encontrar a sus iguales de día y de noche. No les preocuparán las riquezas ni los privilegios: ellos serán las riquezas y los privilegios, e identificarán al hombre más opulento. El hombre más opulento es el que opone a los espectáculos que contempla los equivalentes extraídos de la sólida riqueza que atesora en su interior. El bardo americano no describirá a ninguna clase de personas, ni a una o dos de sus estratos de intereses, ni más el amor, ni más la verdad, ni más el alma, ni más el cuerpo; y no estará más a favor de los estados del Este que de los del Oeste, ni de los del Norte más que de los del Sur.

Las ciencias exactas y sus aspectos prácticos no constituyen un estorbo para el poeta mayor, sino, siempre, un acicate y un sostén. Ahí están el principio y el recuerdo; ahí los brazos que lo levantaron por primera vez, y que lo sostuvieron con vigor; ahí vuelve él, después de tanto ir y venir. El marino y el viajero, el anatomista, el químico, el astrónomo, el geólogo, el frenólogo, el espiritualista, el matemático, el historiador y el lexicógrafo no son poetas, sino los legisladores de los poetas, y sus construcciones subyacen en la estructura de todo poema perfecto. Da igual lo que surja o se pronuncie: ellos han depositado la semilla de su concepción. De ellos y por ellos se alzan las pruebas visibles de las almas. Con su simiente ha de engendrarse siempre la vigorosa raza de los bardos. Si hay amor entre padre e hijo, si se sienten satisfechos, y si la grandeza del hijo proviene de la grandeza del padre, ha de haber amor entre el poeta y quien se dedique a las ciencias experimentales. En la belleza de los poemas se encuentran la culminación y la aplauso final de la ciencia.

Grande es la fe del entusiasmo por saber y de la investigación en lo profundo de las cualidades y las cosas. Hendirlas, rodearlas, expande el alma del poeta, que sigue siendo, no obstante, dueña de sí misma. Esas profundidades son insondables y, por lo tanto, tranquilas. Prosiguen la inocencia y la desnudez. No son modestas ni inmodestas. Toda la teoría de lo singular y lo sobrenatural, y cuanto estaba vinculado a ella, o se derivaba de ella, se disipa como un sueño. Lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que pueda o haya jamás de suceder, está contenido en las leyes de la vida. Bastan en cada caso, y en todos los casos. No pueden acelerarse ni retrasarse. Todo milagro en las cosas y las personas resulta inadmisibles en ese amplio y nítido plan en el cual todo movimiento, toda brizna de hierba, y los cuerpos y espíritus de hombres y mujeres, y cuanto les incumbe, son milagros indeciblemente perfectos, todos referidos a todos, pero, a su vez,

todos inconfundibles y en su lugar. Tampoco es coherente con la realidad del alma admitir que haya algo en el universo conocido más divino que los hombres y las mujeres.

A los hombres y las mujeres, y a la Tierra y a cuanto hay en ella, hay que tomarlos simplemente por lo que son, y la investigación de su pasado y presente y futuro ha de hacerse sin interrupción y con absoluta sinceridad. Sobre esta base, la filosofía especula, siempre con la mirada puesta en el poeta, siempre contemplando la eterna tendencia de todo a la felicidad, que no es nunca incoherente con lo que resulta claro para los sentidos y el alma. Porque la tendencia eterna de todo a la felicidad es lo único de lo que debe ocuparse una filosofía cabal. Lo que no alcance a abarcarlo, lo que sea menos que las leyes de la luz y del movimiento de los astros, o menos que las leyes que persiguen al ladrón, al mentiroso, al comilón y al borracho en esta vida y, sin duda alguna, en la siguiente, o menos que las vastas extensiones del tiempo, o la lenta formación de la densidad, o el paciente solevantarse de los estratos, carece de importancia. También carecerá de importancia lo que presente a Dios en un poema o en un sistema filosófico como antagonista de otro ser o influencia. La sensatez y la globalidad caracterizan al gran maestro. Si falla en un principio, falla en todo. El gran maestro no tiene nada que ver con los milagros. Se asegura la salud siendo uno de la masa. Ve el vacío que oculta la eminencia singular. Para que la forma sea perfecta, el terreno debe ser el de todos. Estar sometido a la ley general es magnífico, porque significa estar en correspondencia con ella. El maestro se sabe indeciblemente grande, y los sabe a todos indeciblemente grandes. Sabe, por ejemplo, que nada es más grande que concebir hijos y criarlos bien, y que ser es tan grande como percibir o contar.

Para que haya grandes maestros, la idea de la libertad política es indispensable. La libertad recibe la adhesión de los héroes allí donde haya hombres y mujeres, pero, de los demás, nunca recibe tanta adhesión, o una bienvenida más calurosa, como de los poetas, que son la voz y la demostración de la libertad. Son, desde siempre, dignos de tan grandiosa idea: a ellos les ha sido confiada, y ellos deben sostenerla. Nada tiene precedencia ante ella, y nada puede pervertirla ni degradarla. La actitud de los grandes poetas consiste en alentar a los esclavos y horrorizar a los déspotas. Girar la cabeza, mover las muñecas, que hagan ruido los pies, supone riesgos para unos y esperanza para otros. Acércate a ellos un rato y, aunque no hablen ni den consejos, aprenderás la lección americana. A la libertad no le sirven aquéllos cuyos propósitos son desbaratados por un fracaso, o dos fracasos, o un número determinado de fracasos, o por la indiferencia o ingratitud de la gente, o por la violenta

exhibición de los colmillos del poder, o por la llegada de soldados y cañones, o por la aplicación del código penal. La libertad confía en sí misma, no invita a nadie, no promete nada, se mantiene serena bajo la luz, es positiva y guarda la compostura, y no conoce el desánimo. Ruge la batalla: suenan alarmas estridentes, y hay muchos avances y retiradas. El enemigo triunfa. La cárcel, las esposas, el collar y los grilletes, el patíbulo, el garrote y las cadenas y las bolas hacen su trabajo. La causa está dormida. Las poderosas gargantas se ahogan en su propia sangre. Los jóvenes bajan la vista al cruzarse. ¿Ha desaparecido la libertad? No, nunca. Cuando la libertad se va, no es la primera, ni la segunda, ni la tercera, en hacerlo. Espera a que todos los demás se vayan, y ella es la última. Cuando el recuerdo de los mártires del pasado se haya desvanecido por completo; cuando los oradores se rían en las asambleas públicas de los grandes nombres de los patriotas; cuando ya no se bautice a los niños con esos nombres, sino con los de tiranos y traidores; cuando las leyes de los hombres libres se aprueben de mala gana y, en cambio, sean del gusto del pueblo las leyes dictadas para los chivatos y el dinero manchado de sangre; cuando tú y yo andemos por tierra extraña, y nos mueva a compasión ver a tantos hermanos responder, como iguales, a nuestra amistad, y no llamar amo a nadie; cuando nos embargue una noble alegría al ver a esclavos; cuando el alma se retire, en comunión con la noche, y revise sus experiencias, y se extasíe con las palabras o los actos que hayan devuelto a alguien, inocente e indefenso, a las garras de sus opresores, o a una cruel inferioridad; cuando los que viven en estos estados, y podrían reconocer fácilmente el verdadero carácter americano, no lo hacen; cuando los enjambres de aduladores, embusteros, pusilánimes<sup>[547]</sup>, piojos de la política y granujas que urden minuciosas artimañas para que los promuevan a cargos municipales, al parlamento del estado, a la judicatura, al congreso o a la presidencia, reciban como respuesta el amor y la deferencia de la gente, consigan o no los puestos a que aspiraban; cuando sea mejor ser un idiota redomado y un pícaro con cargo, muy bien pagado, que el artesano o el granjero más pobre, pero libre, que no se descubre ante nadie, y que tiene la mirada limpia, y un corazón franco y generoso; y cuando la ciudad, o el estado, o el gobierno federal, impongan la sumisión o cualquier otra forma de opresión, a gran o pequeña escala, sin recibir, de inmediato, el debido castigo, proporcional a aquélla, y que no haya ninguna posibilidad de eludir, o, más bien, cuando toda vida humana, toda alma de hombres y mujeres, sea borrada de la faz de la tierra, sólo entonces el instinto de la libertad será borrado de la faz de la tierra.

Como los atributos de los poetas del cosmos se concentran en el cuerpo y el alma verdaderos, y en el placer de las cosas, poseen la superioridad de lo



genuino respecto a toda ficción y relato. Al emitirse, los hechos se inundan de luz. La luz del día se ilumina con una luz más volátil, y el abismo que separa al sol que se pone y al sol que sale multiplica su hondura. Todo objeto, condición, combinación o proceso concreto exhibe su belleza: la tabla de multiplicar, la suya; la vejez, la suya; el oficio de carpintero, la suya; la gran ópera, la suya. El clíper de Nueva York, de enorme casco y líneas puras, en alta mar, a vapor o a toda vela, resplandece con belleza incomparable; los círculos y las grandes armonías del gobierno americano resplandecen con la suya; y las más corrientes y definidas intenciones y acciones, con la suya. Los poetas del cosmos avanzan, por entre interposiciones, envolturas, alborotos y estratagemas, hacia los principios primeros. Son útiles: privan a la pobreza de su necesidad, y a la riqueza de su engreimiento. Tú, gran propietario, dicen, no repararás en las cosas, ni las percibirás mejor que cualquier otra persona. No es dueño de la biblioteca el que disponga de un título de propiedad que así lo acredite, por haberla pagado y comprado. Son dueños de la biblioteca todos y cada uno de quienes puedan leer la multitud de lenguas, asuntos y estilos que contiene, y en los que estos penetran con facilidad, y se asientan, y los empujan a la paternidad y la maternidad, y los hacen ágiles y poderosos y ricos y grandes. A estos estados americanos, sanos, fuertes y consumados, no les complacerá que se violen los modelos naturales, y no deben permitirlo. Ya sea en pinturas, molduras o tallas de piedra o madera; o en las ilustraciones de libros o periódicos; o en grabados cómicos o trágicos; o en los patrones de las telas, o en cualquier cosa que sirva para embellecer las habitaciones, el mobiliario o la ropa, o para ponerse en cornisas o monumentos, o en la proa o la popa de los barcos, o ante los ojos de los hombres, bajo techo o al aire libre, lo que distorsione la honestidad de las formas o cree seres, lugares o contingencias sobrenaturales es una molestia y una rebelión; y ello, especialmente, respecto a la forma humana, tan magnífica que nunca ha de ser ridiculizada. En cuanto a la ornamentación de una obra, no debe permitirse ninguna extravagancia, pero sí aquella que se adecue a los hechos perfectos que tienen lugar a la intemperie, y que se desprenda de la naturaleza de la obra, y surja irremisiblemente de ella, y sea necesaria para completarla. La mayoría de obras son más hermosas sin adornos. La fisiología humana se vengará de las exageraciones. Sólo se conciben niños sanos y fuertes en las comunidades cuyos modelos públicos sean, día tras día, las formas de la naturaleza. Los grandes genios y los habitantes de estos estados no han de rebajarse nunca a fantasear. Cuando las historias se cuentan bien, no hay necesidad de fantasías.

Los grandes poetas se conocen también por la ausencia de trucos y porque demuestran una perfecta sinceridad personal.

La gente se hace eco entonces de una sencilla alegría compartida y de una voz divina que les brota del cerebro: ¡qué hermosa es la sinceridad! Todas las faltas se le pueden perdonar a quien sea perfectamente sincero. Así pues, y desde hoy, que no mienta ninguno de nosotros, porque hemos visto que la franqueza conquista el mundo interior y el exterior, sin excepción; y que, desde que la Tierra se adensara, hasta convertirse en masa, ni el engaño, ni el subterfugio, ni la tergiversación, han atraído a la menor de sus partículas, ni la han oscurecido con la más pálida sombra; y que, pese a la riqueza y la jerarquía de un estado, o de toda la república, que los envuelve, los granujas y los canallas serán descubiertos y despreciados; y que nunca se ha engañado al alma, ni se la engañará jamás; y que la prosperidad, sin el amoroso asentimiento del alma, no es más que un soplo fétido; y que nunca ha existido, en ningún continente del globo, ni en planeta o satélite o estrella alguno, ni en los asteroides, ni en rincón alguno del espacio etéreo, ni en lo que es denso, ni en la fluida humedad del mar, ni en la condición que precede al nacimiento de los niños, ni en ningún momento de la vida, con todos sus cambios, ni en la condición que sigue a lo que llamamos muerte, ni en periodo alguno de suspensión o de acción posterior de la vitalidad, ni en los procesos de formación o reforma, en cualquier parte, un ser cuyo instinto aborreciera la verdad.

Una cautela o prudencia extremas, un organismo completamente sano, tener mucha esperanza en mujeres y niños, y estima por ellos, y parecido, una gran nutritividad y destructividad y causalidad, un perfecto sentido de la unidad de la naturaleza y de la idoneidad del mismo espíritu aplicado a los asuntos humanos: todo esto se hace emerger del flujo del cerebro del mundo, para que forme parte del mayor poeta desde el instante en que nazca del vientre de su madre, y desde el que ésta naciera del vientre de la suya. La cautela pocas veces basta. Se ha creído que el ciudadano prudente era aquel que se aplicaba a ganar un dinero seguro, y al que le iban bien las cosas, a él y a su familia, y que culminaba una vida respetuosa con la ley, sin contraer deudas ni cometer delitos. El mayor poeta ve y admite estas economías, al igual que ve y admite las economías del comer y el dormir, pero tiene un concepto de la prudencia que va más allá de creer que da mucho, cuando sólo hace algunos cumplidos a la puerta. Las premisas de una vida prudente no son ni su hospitalidad, ni su madurez o su cosecha. Aparte de la independencia que da ahorrar algo de dinero para pagar el entierro, y unos cuantos listones con que construir las paredes y el techo de una casa en un pedazo de tierra americana, y los pocos dólares, fáciles de conseguir, que proporcionan una ropa modesta y el alimento de un año, la melancólica prudencia que consiste en que un ser tan grande como es el hombre se abandone al tráfigo y los desvelos de años de ganar dinero, con sus

días asfixiantes y sus noches heladoras, y el bochorno de los engaños, y las tretas solapadas, o al tiempo malgastado en charlas de salón, o a un hartarse sin recato, mientras otros se mueren de hambre, y se pierda el florecer y los aromas de la tierra y las flores, y de la atmósfera, y del mar, y el auténtico sabor de las mujeres y los hombres con los que te cruzas, o con los que has tenido relación cuando eras joven o ya adulto, y la náusea consiguiente y el sentimiento de desesperación al término de una vida sin elevación ni inocencia, y el horrible parloteo de una muerte carente asimismo de serenidad y de majestad, ése es el gran fraude de la civilización y la previsión modernas, que emborrona la superficie y el sistema que la civilización innegablemente bosqueja, y que humedece con lágrimas las inmensas facciones que ofrece, tan velozmente, a los besos del alma. Pero todavía hay que dar una explicación adecuada de la prudencia. La prudencia de la mera riqueza y respetabilidad de la vida más digna de aprecio se aparece muy tenue a la vista, cuando lo pequeño y lo grande se desprenden por igual, en silencio, ante la sola consideración de la prudencia que conviene a la inmortalidad. ¿Qué es la sabiduría que llena la levedad de un año, o de setenta u ochenta años, comparada con la sabiduría de la que nos separan eras, y que vuelve, en cierto momento, con refuerzos, y ricos regalos, y los rostros alegres de los invitados a la boda, que, hasta donde alcanza la vista, en todas direcciones, corren hacia ti, jubilosos? Sólo el alma es de sí misma: todo lo demás se refiere a lo que sigue. Todo lo que una persona hace o piensa, tiene importancia. Ni el hombre ni la mujer pueden hacer un solo movimiento que les afecte un día, un mes o un periodo cualquiera de su vida directa, o en la hora de su muerte, sin que eso mismo les afecte también, después, en la vida indirecta. Lo indirecto es siempre tan grande y real como lo directo. El espíritu recibe del cuerpo tanto como le da al cuerpo. No hay palabra o acto, ni chancro o despigmentación, ni soledad de onanista, ni venas pútridas de tragones o bebedores de ron, ni malversación, astucia, traición o asesinato, ni veneno viperino de seductores de mujeres, ni tonta entrega de mujeres, ni prostitución, ni depravación alguna de los jóvenes, ni enriquecimiento por medios deshonorosos, ni apetito desordenado, ni severidad alguna de los oficiales para con los soldados, de los jueces para con los presos, de los padres para con los hijos, de los hijos para con los padres, o de los maridos para con las mujeres, o los jefes para con sus empleados, ni mirada codiciosa o apetencia perversa, ni treta alguna de las que la gente practica consigo misma, que se incluya, o puede incluirse, en el programa, que no se lleve a cabo y vuelva, y vuelva a representarse en el futuro, y vuelva una vez más. El impulso de la caridad y la fuerza personal no puede ser nunca sino la razón más profunda, tanto si provoca discusiones como si no. No es necesario

especificar. Sumar, restar o dividir es en vano. Pequeño o grande, instruido o iletrado, blanco o negro, legal o ilegal, enfermo o sano, desde el primer aliento que recorre la tráquea hasta el último que sale de ella, todo cuanto hagan un varón o una hembra, que sea vigoroso, benevolente y limpio, les será de provecho en el orden inmutable del universo y en su perduración eterna. Si el bárbaro o el felón es prudente, está bien; si el mayor poeta o el mayor sabio son prudentes, es simplemente igual; si el presidente de la nación o el presidente del Tribunal Supremo son prudentes, es igual; si el joven artesano o granjero es prudente, no es ni más ni menos; si la prostituta es prudente, no es ni más ni menos. El interés revivirá; todo revivirá: las más nobles acciones de la guerra y de la paz; la ayuda prestada a parientes y extraños, y a los pobres y viejos y afligidos y niños y viudas y enfermos, y a todos a los marginados; el apoyo dado a los fugitivos, y para que huyan los esclavos; la abnegación que se mantuvo firme y señera en los naufragios, viendo a otros ocupar los botes salvavidas; todo ofrecimiento de dinero o de la propia vida por la buena y vieja causa, o por un amigo, o por una opinión; todos los afanes de los entusiastas, de los que se burlan los vecinos; todo el vasto y dulce amolde las madres, y su precioso sufrimiento; todos los hombres honrados derrotados en conflictos de los que se tiene noticia, o de los que no; toda la grandeza y la virtud de las pocas naciones de la antigüedad de cuyos anales hemos heredado fragmentos, y toda la virtud de cientos de naciones mucho más poderosas y antiguas, cuyos nombres, épocas y emplazamientos nos resultan desconocidos; todo lo que se ha iniciado con espíritu viril, haya tenido éxito o no; todo lo que, en cualquier época, ha sugerido, certero, el corazón divino del hombre, o la divinidad de su boca, o han moldeado sus enormes manos; y todo lo que sea bien pensado o dicho hoy en cualquier parte de la superficie del globo, o en cualquiera de las estrellas errantes o de las estrellas fijas, por quienes estén allí, como nosotros estamos aquí; o todo cuanto haya de ser pensado o hecho, de ahora en adelante, certeramente, por ti, seas quien seas, o por cualquiera. Todas estas cosas, por separado o en conjunto, beneficiaron a su época, y nos benefician ahora, y siempre beneficiarán a las identidades de las que han surgido, o de las que surjan. ¿Pensabas que todo vivía sólo su momento? El mundo no existe así; ninguna parte, palpable o impalpable, existe así; no existe hoy resultado alguno que no provenga de un resultado anterior, ni éste de otro, y así sucesivamente, sin que el más lejano que se pueda mencionar esté más cerca del principio que cualquier otro. Lo que satisface al alma es verdad. La prudencia del mayor poeta responde, en última instancia, a las ansias y la voracidad del alma, no desprecia las formas inferiores de la prudencia si se adecuan a las suyas, no rechaza nada, no permite tregua alguna en su caso, ni en ningún caso, no tiene un día sagrado

particular, ni un día del juicio, no distingue entre vivos y muertos ni entre justos e injustos, está satisfecho con el presente, casa todo pensamiento o acto con su correlato, no conoce perdón posible ni expiación sustitutiva, sabe que el joven que ha arriesgado serenamente la vida, y la ha perdido, se ha hecho un gran bien, mientras que el hombre que no la ha puesto en peligro, y la conserva, hasta alcanzar la vejez, con dinero y rodeado de comodidades, no ha conseguido, probablemente, nada que valga la pena mencionar, y que la única persona que no tiene que aprender gran cosa sobre la prudencia es la que ha aprendido a preferir lo realmente duradero, y que favorece al cuerpo y al alma por igual, y que percibe que lo indirecto se sigue necesariamente de lo directo, y que el mal o el bien que hace se le adelanta de un salto y lo espera, para volver a encontrarlo, y que, en espíritu, ante cualquier emergencia, ni se precipita hacia la muerte, ni la evita.

La prueba directa de quien quiera ser el mayor poeta es el hoy. Si no se deja anegar por la época que lo rodea, como por vastas mareas oceánicas; si no atrae a su propia tierra, en cuerpo y alma, y se le cuelga al cuello con amor incomparable, e hinca su músculo seminal en sus méritos y deméritos; si no es una transfiguración de su época; y si no se abre a él la eternidad, que asemeja a todos los periodos, emplazamientos y procesos, y a todas las formas animadas e inanimadas, y que es la trabazón del tiempo, y que se alza de su inconcebible vaguedad e infinitud bajo la forma fluida del hoy, y a la que sujetan las dúctiles anclas de la vida, y que hace al momento presente el paso de lo que ha sido a lo que ha de ser, y que se compromete a representar la ola que es esta hora, y a éste, de entre los sesenta hermosos hijos de la ola; si no hace todo esto, que se hunda entonces en el fluir general y espere a crecer. Pese a ello, la prueba definitiva de los poemas, o de los personajes, o de una obra cualquiera, aún se ha de superar. El poeta presciente se adelanta siglos a su tiempo y juzga al que actúa, y a su actuación, cuando los tiempos ya han cambiado. ¿Sobrevive a esos cambios? ¿Resiste, sin agotarse? ¿Son satisfactorios ese estilo y que el genio se dirija a objetivos similares? ¿No se habrán producido nuevos descubrimientos científicos, o alcanzado estadios superiores de pensamiento, juicio y conducta, que lo paralicen, a él y a lo suyo, y que los vuelvan despreciables? ¿Se habrán desviado voluntariamente, a la derecha y a la izquierda, por su causa, decenas, centenares, miles de años? ¿Se le sigue queriendo después de muerto? ¿Piensa el joven mucho en él? ¿Piensa la joven mucho en él? ¿Y piensan en él los de mediana edad y los viejos?

Un gran poema es para todas las épocas, común a todas: para todos los grados y complexiones, departamentos y sectas, y para la mujer tanto como para el hombre, y para el hombre tanto como para la mujer. Un gran poema no

es un final para el hombre ni para la mujer, sino más bien un principio. ¿Ha imaginado alguien que podría someterse, por fin, a una autoridad legítima, y quedarse satisfecho con sus explicaciones, comprenderlas, y sentirse contento y saciado? No es éste el final que procura el mayor poeta. Él no hace que las cosas acaben, ni garantiza que se engorde, ni molicie alguna. Su contacto es acción. A quien se lleva, se lo lleva, con mano firme y segura, a regiones llenas de vida, a las que aún no ha llegado nadie. Y luego no hay descanso. Ven el espacio y el fulgor inefable que convierten las antiguas luces y parajes en oquedades muertas. Su compañero contempla el nacimiento y la evolución de las estrellas, y aprende uno de los significados. Del tumulto y del caos se formará entonces un hombre. El mayor anima al más joven, y le enseña cómo. Ambos se lanzarán, sin miedo, juntos, hasta que el nuevo mundo se haga con una órbita propia, y mire con desvergüenza las órbitas estelares inferiores, y recorra los anillos infinitos, y no vuelva a encontrar reposo.

Pronto ya no habrá sacerdotes. Su tarea ha concluido. Puede que todavía duren algún tiempo, quizá una generación o dos, pero luego irán disminuyendo. Una estirpe superior ocupará su lugar. Las agrupaciones del cosmos y los profetas *en masse* ocuparán su lugar. Y surgirá un nuevo orden: serán los sacerdotes del hombre, y cada hombre será su propio sacerdote. Las Iglesias construidas a su sombra serán las Iglesias de los hombres y las mujeres. Gracias a su propia divinidad, el cosmos y la nueva estirpe de poetas serán los intérpretes de los hombres y las mujeres, y de todos los sucesos y cosas. Encontrarán la inspiración en los objetos reales de hoy, síntomas del pasado y del futuro. No se dignarán defender la inmortalidad o a Dios, ni la perfección de las cosas, ni la libertad, ni la exquisita belleza y realidad del alma. Se alzarán en América y obtendrán respuesta del resto de la Tierra.

La lengua inglesa favorece la grandiosa expresión americana. Es lo suficientemente robusta, flexible y completa. Ha engrosado el recio linaje de una raza que bajo ninguna circunstancia ha prescindido de la idea de libertad política, que es la esencia de toda libertad, con términos de otros idiomas, más delicados, alegres, sutiles y elegantes. Es la poderosa lengua de la resistencia; es el dialecto del sentido común. Es el habla de las razas orgullosas y melancólicas, y de todos los que tienen ambición. Es la lengua elegida para expresar el crecimiento, la fe, el amor propio, la libertad, la justicia, la igualdad, la cordialidad, la amplitud, la prudencia, la decisión y el valor. Es el medio capaz de expresar casi lo inexpresable.

Ninguna gran literatura ni estilo semejante de conducta, u oratorio, o de relación social, o de arreglos domésticos, o de instituciones públicas, o de trato a los empleados por parte de los patronos, o de tareas administrativas, o de

tareas del ejército o de la armada, o del espíritu de la ley, o de los tribunales, o de la policía, o de la enseñanza, o de la arquitectura, o de las canciones, o de las diversiones, o de la forma de vestir de los jóvenes, puede sustraerse durante mucho tiempo al celoso y apasionado instinto de las reglas americanas. Aparezca el signo o no en boca de la gente, una pregunta palpita en el corazón de todo hombre o mujer libres sobre lo que es pasajero o lo que se ha construido para perdurar. ¿Es acorde con mi país? ¿Están exentas sus normas de distinciones ignominiosas? ¿Es adecuado para comunidades siempre crecientes de hermanos y amantes, grandes, bien avenidas, más orgullosas que los antiguos modelos, más generosas que cualquier modelo? ¿Es algo que se ha cultivado en el campo, o que se ha sacado del mar, para que yo lo utilice hoy aquí? Yo sé que lo que vale para mí, como americano, ha de valer para cualquier individuo o nación que me sirva, siquiera parcialmente, como material. ¿Vale esto? ¿O no guarda relación con las necesidades universales? ¿O ha surgido de las necesidades de una sociedad menos desarrollada, con jerarquías especiales? ¿O de las viejas necesidades de placer, enterradas por la ciencia y las formas modernas? ¿Acepta esto la libertad con aceptación audible y absoluta, y tiene en nada a la esclavitud, cueste lo que cueste? ¿Ayudará a crear un hombre maduro y bien plantado, y una mujer que sea su compañera independiente y perfecta? ¿Mejora las costumbres? ¿Sirve para criar a los jóvenes de la república? ¿Se mezcla fácilmente con la dulce leche de los pezones de los pechos de la madre de muchos hijos? ¿Posee también una antigua, y siempre renovada, indulgencia e imparcialidad? ¿Mira con el mismo amor al recién nacido y a los que ya han crecido, y a los errabundos, y a los que desdeñan toda fuerza de asalto que no sea la suya?

Los poemas destilados de otros poemas probablemente morirán. El cobarde sin duda morirá. Sólo una conducta grande y vital puede satisfacer unas expectativas grandes y vitales. Los enjambres de personas educadas, de censores remilgados, de pedantes e imitadores pasan sin dejar recuerdo. América se prepara, guardando la compostura y con buena voluntad, para recibir a los visitantes que han anunciado su visita. No es el intelecto lo que les autorizará a entrar, ni les dará la bienvenida. El que tiene talento o es ingenioso, el artista, el director de periódico, el hombre de Estado, el erudito, siguen siendo apreciados: ocupan su puesto y hacen su trabajo. También el alma de la nación hace su trabajo. Ningún disfraz le pasa inadvertido; ningún disfraz puede ocultarle nada. No rechaza a nadie; a todos acoge. Sólo saldrá a recibir a lo que la iguale en calidad, a sus semejantes. Un individuo es tan sublime como una nación cuando posee las cualidades que hacen sublime a esa nación. El alma de la nación más grande, rica y poderosa bien puede salir al encuentro de la de sus

poetas. Las señales son ciertas. No hay temor a equivocarse. Si una es verdad, la otra es verdad. La prueba de un poeta es que su país lo asimile con tanto afecto como él haya asimilado a su país.

## Apéndice, 1856

### **CARTA A WALT WHITMAN**

Concord, Massachusetts, 21 de julio de 1855.

estimado señor: No estoy ciego al valor de su maravilloso regalo, *Hojas de hierba*. Me parece la demostración más extraordinaria de ingenio y de sabiduría que haya alumbrado nunca América. Leerlo me hace feliz, porque lo que tiene fuerza nos da felicidad. Atiende mi ruego reiterado a una naturaleza que tenía por estéril y por avara, como si demasiado preciosismo, o un temperamento linfático en exceso, estuvieran envileciendo a los ingenios de Occidente y haciendo que engordaran.

Quiero expresarle mi alegría por la libertad y audacia de su pensamiento. Me alegra mucho. Encuentro cosas incomparables, incomparablemente bien dichas, como debe ser. Me complace sobremanera la valentía con que las aborda, y que sólo una aguda percepción puede inspirar.

Le saludo al principio de una gran carrera, que, no obstante, ha debido manifestarse ya de algún modo, para que se diese este inicio. Me he frotado los ojos para asegurarme de que este rayo de sol no fuera una ilusión, pero el sólido sentido del libro constituye una certeza de la que no cabe dudar. Posee los mayores méritos, a saber, el de fortalecer y el de alentar.

Hasta anoche, cuando vi el libro anunciado en un periódico, no tuve la plena seguridad de que el nombre de su autor fuese real, y de que pudiera dirigirme a él por correo. Me complacería conocer a mi benefactor; me apetece mucho abandonar momentáneamente mis tareas y visitar Nueva York, para presentarle mis respetos.

R. W. EMERSON



## **CARTA A RALPH WALDO EMERSON**

Brooklyn, agosto de 1856.

Encontrará aquí, querido Amigo y Maestro, treinta y dos Poemas que le mando porque no he encontrado el modo de sentirme satisfecho con dar una respuesta acostumbrada a su carta. La primera edición, por la cual me remitió Ud. la misiva que hasta ahora no había contestado, contenía doce poemas —tiré mil ejemplares, que se agotaron deprisa—; estereotipo ahora estos treinta y dos Poemas, para tirar varios miles de ejemplares<sup>[548]</sup>. Me encanta escribir poemas. Me he asignado otros tareas: conocer a la gente y a los Estados cara a cara, y obligarlos a enfrentarse a un idioma americano todavía por desbastar. Pero el trabajo de mi vida es escribir poemas. Lo hago hasta que tengo cien, y luego varios cientos, o quizá mil. Y tengo clara la forma. Al cabo de unos años, la demanda media de mis Poemas será de diez o veinte mil ejemplares al año, o más, probablemente<sup>[549]</sup>. ¿Por qué debería correr o ponerlo en peligro? En los poemas o las conferencias, digo esas una o dos palabras que hay que decir, me adhiero al cuerpo, mezclo mis pasos con los innumerables pasos de todos, y recuerdo algo a todo hombre y mujer.

Maestro, soy un hombre poseído por una fe perfecta. Maestro, no hemos sobrevivido a siglos, castas, heroísmos y fábulas para detenernos hoy en esta tierra. Creo, más bien, que todo alto se hace para tomar un impulso diez veces superior. Como la naturaleza, inexorable, irresistible, siempre avanzando, impasible ante las amenazas y el griterío de los que discuten, así sea América. Que todo se detenga. Que todo sirva respetuosamente a la singularidad de Estos Estados: su política, sus poemas, su literatura, sus costumbres y su generosa manera de educar a su descendencia. Y ésta llega, ya madura, cierta, numerosa y capaz, con lenguas egotistas y muñecas fibrosas, haciéndose abiertamente con lo que les pertenece. Prolongan la Personalidad, mucho tiempo descuidada. Sus sombras se proyectan en las ocupaciones, en los libros, en las ciudades, en el comercio; sus pies suben las escaleras del Capitolio: generalizan un natural de los Estados más corpulento, más fuerte, más sincero, más democrático, indómito y positivo; una nueva raza de hombres de cuerpos armoniosos, más completos, intrépidos, fluyentes, dominantes y barbados.

Deprisa, asentados en unos cimientos sin límites, los Estados Unidos están fundando también una literatura. Y lo están haciendo, en mi opinión, tan bien como es posible. Todos los elementos están aquí en condiciones. Cada día me mezclo con la gente de la isla de Manhattan, Brooklyn y otras ciudades, y con los jóvenes, para descubrir su espíritu y para renovarme. A esto hay que atender también; a mí me atrae más que autores, editores, importaciones,

reimpresiones y demás. Los aguanto sin alterarme, y los entiendo muy bien: sé que prestan un servicio indispensable, aparte de hombres como yo, que no podríamos hacer otra cosa. En los poemas, se representará a los jóvenes de los Estados, porque superan a los mejores del resto de la Tierra.

Los catálogos literarios que América ha heredado gracias al poderoso legado de la lengua inglesa —ese rico repertorio de tradiciones, poemas, relatos, metafísica, obras, clásicos y traducciones— han constituido, y siguen constituyendo, magníficos preparativos para otra literatura, significada por su llaneza: para que sea nuestra, eléctrica, nueva, vigorosa, para que exprese el cuerpo de tamaño natural, del hombre y de la mujer, para que aporte el significado actual de las cosas, para que crezca hermosa y duradera, y corresponda a América, con todas las pasiones del hogar, con las inimitables simpatías de haber sido niños y niñas juntos, y de padres que estuvieron con nuestros padres.

¿Qué más puede pasarles a los Estados, incluso a pesar suyo? Ese enorme caudal de lo inglés, tan dulce, tan innegable, ha hecho aquí un bien incalculable, y no cabe mencionarlo sino con generosa alabanza y gratitud. Sin embargo, el precio al que los Estados han tenido que someterse no ha sido pequeño. Pagar se impone: una nación no puede apropiarse sin contrapartida de la solución a las necesidades de otras naciones. América, la mayor de las naciones por su teoría política, por sus índices de lectura, por su hospitalidad, amplitud, belleza animal, ciudades, barcos, artefactos, dinero y crédito, se derrumba con la rapidez de un rayo al oír estas firmes, admonitorias y repetidas palabras: ¿Dónde están las expresiones de tu pensamiento, más allá de las que hayas copiado o sustraído? ¿Dónde, el tropel de poetas, literatos y oradores que habías prometido? ¿Te limitarás a seguir los pasos de otras naciones? Ellas han luchado con ahínco por una literatura propia, se han abierto camino dolorosamente, algunas con idiomas deficientes, otras gracias al trabajo de sus sacerdotes, otras, en fin, por mero empeño vital. Pero todas produjeron, en su tiempo, libros y poemas, acaso el único sólido consuelo que les quedaría después, durante sus muchos siglos de vergüenza y declive. Vosotros sois jóvenes, disfrutáis del más perfecto de los dialectos, de una prensa libre y de un gobierno libre; y el mundo está dando lo mejor de sí para acompañaros. Se os ha hecho justicia, plenamente, y desde ahora debéis haceros justicia vosotros. Estrangulad a los cantores que no os canten alto y claro. Abrid las puertas del Oeste. Convocad a nuevos grandes maestros que comprendan las nuevas artes, las nuevas perfecciones, los nuevos deseos. Someteos al bardo más robusto, hasta que ponga remedio a vuestra esterilidad. Sólo entonces no necesitaréis

adoptar a los herederos de otros: tendréis auténticos herederos, engendrados por vosotros, cuya sangre será la vuestra.

Contemplo con serenidad esta empresa, y cada día advierto respuestas más adecuadas. Las expresiones no sirven todavía, por muchas razones, pero se están preparando, más allá de cuanto la tierra haya conocido hasta este momento, para hacerse nuestras cuando se produzcan, y para que el pueblo de los Estados Unidos se identifique con ellas, que es la enseñanza que se compra, por poco dinero, a lo largo de un tiempo determinado. Dicha enseñanza la extraen Los Estados de las muchísimas reimpresiones, y de sus autores y editores actuales. A ese servicio y a esa extracción sólo se llega tras una labor ingente, audaz, libérrima, característica de Los Estados. Aquí se alcanzarán resultados que no se han creído posibles en ninguna otra parte, y las formas de hacerlo serán igualmente grandiosas. Los instintos del pueblo americano son perfectos, y tienden a hacer héroes. Es raro que alguien entienda aquí a Los Estados.

Todo sustento actual de la literatura es válido. No sé cuántos autores y editores hay en Los Estados, pero son miles, y cada uno de ellos, hombre o mujer, constituye un peldaño en la escalera por la que subirán gigantes. De las veinticuatro modernas y mastodónticas imprentas de vapor de dos, tres o cuatro cilindros dobles que hay en el mundo, veintiuna están en Estos Estados. Hay doce mil establecimientos, grandes y pequeños, que dispensan libros y periódicos, y el mismo número de bibliotecas públicas, cada una de las cuales dispone de toda la lectura necesaria para equipar a un lector o lectora americano. Hay tres mil diarios, y el alimento que proporcionan los más imperfectos es tan útil como cualquier otro: las diversas revistas infantiles y juveniles, con sus excitantes historias, de gran circulación; los periodiquillos de uno o dos centavos; los noticiarios políticos, sean de la tendencia que sean; los semanarios rurales; las revistas deportivas o ilustradas; las mensuales, llenas de material importado; las novelas sentimentales, con sus enormes tiradas; las historietas, los libritos de aventuras, las biografías, baratos, sensacionales. Todos son proféticos; todos pasan deprisa, pero siguen creciendo, por muchas razones. Eso no me preocupa, antes bien, me complace enormemente. Veo lanzaderas en constante movimiento, y miríadas de libros, activos y efímeros, tejiendo lealmente la ropa de una generación de hombres, de una generación de mujeres, que ni advierten ni conocen. ¡Cuánto ha mejorado la lectura y la escritura entre la gente en estos cincuenta años! ¡Y cuánto habrá mejorado dentro de cincuenta años! Muy pronto, la literatura inherente a Estos Estados constituirá una parte esencial de su ser: estará tan generalizada y será tan real como la fuerza del vapor, el hierro, el maíz, la carne de buey y el pescado. Nos

proporcionará americanos de primera clase. No se descartarán los perennes materiales propios para alumbrar nuevas ideas, relatos, poemas, música, discursos, religiones, recitaciones, entretenimientos, al igual que no se descartan nuestros campos, minas, ríos y mares. Algunas cosas ya están establecidas, y son inamovibles: justifican millones de años. Las madres y los padres de los que han surgido los siglos modernos no han existido en vano: también ellos tuvieron corazón y cerebro. Desde luego, todas las literaturas, en todas las épocas y naciones, compartirán algunos atributos singulares, del mismo modo que todos, en todas las épocas, compartimos los atributos humanos. América será siempre ruda y ancha. Lo que tenemos que hacer es apartarnos de los precedentes y dirigirnos a los hombres y mujeres, y también a la federación que componen Los Estados, porque la unión de las partes de sus cuerpos no es más necesaria para su vida que la unión de Estos Estados para la suya.

Una persona profunda puede fácilmente saber más de la gente de lo que la gente sabe de sí misma. A la espera, sin revelarse aún, las almas de los ejércitos de personas corrientes esconden cosas mejores que las que puedan manifestarse en quienes los gobiernan. Eso dicta el veredicto definitivo. En los departamentos de Estos Estados, el que viaje con la pandilla, o con personas escogidas, o con imitadores, o con descreídos, o con propietarios de esclavos, o con quien se avergüence del cuerpo del hombre, o con quien se avergüence del cuerpo de la mujer, o con quien no sea el más valiente entre los valientes y el más abierto entre los abiertos, se dirige a las laderas de la disolución. El genio de las literaturas extranjeras es corto e inhábil en comparación con el nuestro, y, en esencia, un insulto a nuestras costumbres, a los acuerdos orgánicos de Estos Estados. Viejas formas, viejos poemas, apropiados y majestuosos en sus tierras, son exiliados en la nuestra: el aire aquí es muy fuerte. Muchas cosas que aguantan bien, y a las que se ha proporcionado un espacio exiguo pero suficiente, en la pequeña escala de los reinos, imperios y cosas así europeos, viven aquí macilentas, menguadas, absurdas, sin espacio alguno. Autoridades, poemas, modelos, leyes, nombres, importados a América, sólo sirven para que la América actual los destruya, y para que pueda encaminarse, así, libre de cargas, a grandes obras, a grandes días.

Hoy, en nuestro país o en cualquier otro, donde no hay avances revolucionarios que barran, con el apoyo de la gente, a los enjambres de representantes habituales y funcionarios con mando en plaza, a los que hacen libros, a los profesores, eclesiásticos y políticos, hoy, yo percibo que los que ocupan el poder representan razonablemente al país, y son útiles, acaso muy útiles. Para reemplazarlos, cuando así lo deseen Estos Estados, todo está

dispuesto. Y yo digo que ha llegado la hora de hacerlo con mano firme. Aquí, además, las almas de los ejércitos no sólo han alcanzado a las almas de los funcionarios, sino que han seguido avanzando, y dejado atrás a las almas de los funcionarios, a muchas semanas de distancia: ya no los alcanza la vista; y las almas de los ejércitos prosiguen su avance, *en masse*, sin funcionarios. Aquí las fórmulas y formularios, las glosas y minucias están ahogando a los portavoces. Las cosas que más se espera escuchar, son, sin duda, las menos dichas. No hay una única Historia del Mundo. Ni una sola de América, o de los acuerdos orgánicos de Estos Estados, o de Washington, o de Jefferson, ni del Lenguaje, ni un Diccionario de la Lengua Inglesa. No hay ningún gran autor: todos se han degradado, hasta convertirse en una mera etiqueta o una impotencia. No hay hombría ni fuerza vital en los poemas; hay, más bien, lechones y caballos castrados. La literatura se viste como un caballero distinguido al que le disgustan nuestros instintos, extraño a nuestro suelo. El cuello gira a derecha e izquierda dondequiera que vaya. Su indumentaria y sus joyas demuestran qué poco conoce a la Naturaleza. Tiene las carnes blandas; cada vez revela menos de esa cosa dura e indefinible que es la Naturaleza. ¿Dónde está todo, salvo la afeitada Naturaleza de los sínodos y las escuelas? ¿Dónde, el hombre indómito y lujurante? ¿Dónde, el supervisor? En la vida, en los poemas, en los códigos legales, en el Congreso, en las aulas, teatros, conversaciones y debates, ni una sola cabeza se eleva con claridad, como prueba de que los domina, de que los ha subordinado a sí, de que está preparada para poner a prueba a sus superiores. Nadie cree en Estos Estados, ni se presenta, audaz, como su ejemplo. Nadie se encara con quienes lo rodean, ni rechaza, con voz terrible, negativa, todo intento de soborno de lo que vean sus ojos, o del alma que abraza, o de la amistad, o del cuerpo que ostente, o de la tierra y el mar. La vida se ofrece poco a los credos, la literatura, el arte, el ejército, la armada y el ejecutivo, pero a los enfermos y moribundos se les ofrece que curen a los enfermos y moribundos. Las Iglesias son una gigantesca mentira. La gente no cree en ellas, ni tampoco en sí misma. Los sacerdotes no dejan de decir lo que saben muy bien que no es verdad ni de ocultar lo que saben que sí lo es. El espectáculo es lamentable. No creo que pueda haber nunca, en esta alegre tierra, ocupantes de las poltronas que presiden las mesas públicas más gravemente perturbados que los que hoy se sientan en ellas en Estos Estados: esos jueces que parecen los ojos de un cadáver; ese granuja y ladrón en la Presidencia <sup>[550]</sup>.

Hasta el presente, la gente, como muchos chicos ya crecidos, no tiene todavía gustos propios, ni conciencia de su grandeza, ni de su destino, ni de lo mucho que progresa; acepta con voracidad lo que le ofrecen las novelas, los

relatos, los periódicos, los poemas, las escuelas y las conferencias: todo. Muy pronto, por éste u otros medios, su desarrollo alumbrará la fibra que es capaz de sí misma, y asumirá unos gustos determinados. Los jóvenes sabrán lo que quieren, y lo tendrán. No seguirán sino a aquél cuyo espíritu los lleve a poseer un espíritu que se le asemeje. Ese hombre será bienvenido como las flores de mayo. A otros se les despachará sin ceremonia. ¿Qué pueden encontrar, no obstante, los jóvenes de Estos Estados en este sinfín de caballeros inútiles, que no saben pelear, trabajar, disparar, montar, correr ni mandar, algunos devotos, otros bastante chiflados, otros castrados, todos de segunda mano, o de tercera, cuarta o quinta mano, a los que atienden los camareros, que nunca ponen esta tierra, sino otras, en primer lugar, que hablan de arte y hacen las cosas más ridículas por miedo a que los llamen ridículos, que siempre sonrían afectadamente y se marchan deprisa, que siempre están quitándose el sombrero, y que nunca se comportan, visten, escriben, hablan o aman a su propio gusto, masculino y natural, sino que observan con cuidado cómo se comportan, visten, escriben, hablan o aman los demás, que aplastan la nariz, y la del país, contra libros muertos, sin aprobar a ningún poeta, filósofo o literato de aquí, sino pegados como perros a los talones de los poetas, filósofos y literatos de las naciones enemigas, y que promueven unas expresiones del pensamiento, unos modelos de caballerosidad y feminidad, unos hábitos sociales en Estos Estados, que desafían, subrepticamente, los sustratos populares de Los Estados? Desde luego, ellos, y cuantos son como ellos, nunca podrán justificar los grandes poemas de América. Desde luego, ningún alimento que produzcan será apto ni bienvenido para muscular jamás los cuerpos masculino y femenino de la isla de Manhattan, Brooklyn, Boston, Worcester, Hartford, Portland, Montreal, Detroit, Búfalo, Cleveland, Milwaukee, San Luis, Indianápolis, Chicago, Cincinnati, la ciudad de Iowa, Filadelfia, Baltimore, Raleigh, Savannah, Charleston, Mobile, Nueva Orleans, Galveston, Brownsville, San Francisco, La Habana y otras mil ciudades iguales, presentes y futuras. Desde luego, aquello para lo que se les ha utilizado, a ellos y a cuantos son como ellos, se acerca a su final, tras lo cual se les echará, y nunca más se volverá a saber de ninguno.

América ha concebido y alumbrado vástagos propios que producirán el arte deseado. Para la libertad, para la fuerza, para los poemas, para la grandeza personal, nunca está permitido descansar, ni a una generación, ni a parte de una generación. Haber madurado, sin posibilidad ya de crecimiento, es prepararse para morir. Los arquitectos de Estos Estados pusieron sus cimientos, y pasaron a esferas ulteriores. Lo que construyeron es trabajo ya hecho, pero queda todavía mucho por hacer. Ahora se necesitan otros arquitectos, cuyo

deber no es menos difícil, sino, quizá, más difícil todavía. Todas las épocas necesitan siempre arquitectos. América no se ha acabado de construir, y quizá nunca termine de hacerlo: América es ahora un auténtico bosquejo divino. Hay treinta y dos Estados abocetados, y una población de treinta millones. Dentro de algunos años, habrá Cincuenta Estados, y, al cabo de algunos más, Cien; y la población será de cientos de millones, los más jóvenes y libres de los hombres. Por supuesto, estos hombres no esperan menos que la más joven y libre de las expresiones.

Los poetas de aquí, los literatos de aquí, se apoyarán en bases orgánicas diferentes de las de otros países; no serán una clase aparte, que se mire sistemáticamente el ombligo, modesta y linda, y se esfuerce con desespero por pergeñar rimas, gente demudada, blanca como el papel, aislada, conocedora de las viejas imágenes y tradiciones de la raza, pero ignorante de la raza que ahora los rodea, cuyos miembros no se reproducen entre sí, hasta acabar todos escrofulosos. ¡Tierra de la fraternidad, bardos de la fraternidad! Liberándose de las viejas tradiciones, como ha hecho nuestra política, los poetas y literatos americanos no reconocerán en el pasado nada superior a su presente; reconocerán con alegría las enérgicas formas de vida de los hombres y mujeres de Estos Estados, la divinidad del sexo, la perfecta compatibilidad de hembras y varones, a todos Los Estados, la libertad y la igualdad, los artículos de verdad, los diferentes oficios, los artesanos, los mozos de la isla de Manhattan, las costumbres, los instintos, las jergas, Wisconsin, Georgia, el noble corazón sureño, la sangre caliente, el espíritu que nunca será sino dueño y señor, el espíritu filibustero, el hombre del Oeste, las percepciones innatas, el ojo para las formas, la perfección modélica de las cosas hechas, el agreste sabor de la libertad, California, el dinero, los telégrafos eléctricos, el libre comercio, el hierro y las minas de hierro; reconocerán sin reparo los espléndidos e irresistibles poemas negros, los barcos de vapor y los estados costeros, y esos otros espléndidos e irresistibles poemas, las locomotoras, tras las cuales pasan, en los estados del interior, filas y filas de vagones.

Aún queda algo por decir, sobre algo siempre presente, aunque todavía no se permita a la literatura reconocerlo, descartarlo o silenciarlo, y a la vista están los resultados. A la falta de un desarrollo franco, autorizado, que no sienta vergüenza, del sexo (la única salvación posible), y al hecho de que los que hablan y escriben asuman fraudulentamente como siempre muerto lo que todo el mundo sabe que está siempre vivo, debe atribuirse la notable impersonalidad y anodinia de la producción moderna de libros, arte y lenguaje; también que, si examinamos la vida de hombres y mujeres, la mayoría parezcan haber pertenecido, durante mucho tiempo, al género neutro; y también el hecho

sorprendente de que, si en nuestra ortodoxa sociedad actual se intercambiaran los vestidos, los hombres pasarían fácilmente por mujeres, y las mujeres, por hombres.

La falta de fe lo usurpa casi todo con una cara fétida pero educada; entre otras cosas, la falta de fe en el sexo. Por silencio u obediencia, las plumas de los sabios, poetas, historiadores, biógrafos y demás han convenido en la detestable ley, y los libros se han sometido a ella, de que lo que hace hombre a un hombre, de que el sexo, la feminidad, la maternidad, los deseos, los impulsos lascivos, los órganos y actos, no se podían mencionar, que eran algo de lo que avergonzarse, algo que mantener oculto en la literatura, junto con todo lo que tuviese que ver con ellos. Hay que derogar esta ley detestable: es un obstáculo para las grandes reformas. Tanto a las mujeres como a los hombres les interesa que el sexo no se exprese sin fe, sino con fe perfecta. Ya falta poco para que las mujeres de Estos Estados disfruten de una igualdad orgánica con los hombres, sin la cual, me parece, los hombres no pueden disfrutar de una igualdad orgánica entre ellos. Entonces se llenará el plato vacío de la galantería. Esta agua tibia, este amor deferente y diluido que se expresa en canciones, ficciones, etc., hace vomitar al hombre. En cuanto a la amistad entre varones, que se observa por todas partes en Los Estados, ni remotamente se observa en lo impreso. Yo digo que el cuerpo de un hombre o una mujer, que es lo principal, no se expresa hoy en poesía, pero que debe expresarse, igual que el sexo. Los bardos de Estos Estados, si nos planteamos la cuestión, han de decidir si quieren celebrar en sus poemas la eterna decencia de la amatividad de la Naturaleza, la madre de todo, o si prefieren ser los bardos de ese engaño de buen tono que consiste en considerar al sexo como algo intrínsecamente repugnante, y de la endeble y quejumbrosa modestia de la privación. Esto es importante en poesía, porque las demás expresiones de la nación no hacen sino complementar sus grandes poemas. En lo sucesivo consideraré que los elementos vitales de toda teoría, sobre cualquier cosa, se estancan y se pudren, cobardemente, si no es capaz de aceptar públicamente, y nombrar públicamente, con palabras concretas, aquellas realidades de las que depende toda existencia, toda alma, toda comprensión, toda decencia, toda salud, todo aquello por lo que vale la pena estar aquí, toda mujer y todo hombre, toda belleza, toda pureza, toda dulzura, toda amistad, toda fuerza, toda vida y toda inmortalidad. El alma valerosa, durante los próximos uno o dos años, se demostrará por su fe en el sexo, y por no avenirse a concesiones.

Para los poetas y literatos, para los hombres y mujeres, de hoy o de cualquier época, las condiciones del presente, sus necesidades, peligros, prejuicios y demás, son las condiciones perfectas que justifican nuestra presencia aquí, y las



condiciones necesarias para expresar el futuro con palabras que no puedan ser silenciadas. Estos Estados, que han recibido el nervio de épocas y tierras pasadas, empiezan a perfilar la devolución de mil veces lo recibido. Buscan a los grandes maestros americanos, a los que han esperado los mundos del pasado y el nuevo mundo, y que aceptan tanto el bien como el mal, la ignorancia y la erudición, lo blanco y lo negro, las cosas que han surgido aquí y las que han surgido en el extranjero, que no rechazan nada, ponen las discrepancias al alcance, las rodean a todas, las concentran en periodos y lugares actuales, y enseñan su utilidad a todos y cada uno de los cuerpos y almas, así como el uso adecuado de los precedentes. América siempre será inquieta y turbulenta. Este día se está gestando ya, no para menguar, sino para crecer, tormentosamente, caprichosamente, basado en principios autóctonos, ¡con partes tan proporcionadas! En cuanto a mí, me gusta gritar y pelearme; me encantan los días de calor abrasador.

Desde luego, tendremos un carácter nacional, una identidad. Como debe ser, y tan pronto como deba ser, será. Eso, como muchas otras cosas, se dará por su cuenta: es un resultado, y causa de resultados aún mejores. Con Ohio, Illinois, Misuri, Oregón, con los estados que bordean el mar de México, con los siempre bienvenidos inmigrantes de Europa, Asia y África, con Connecticut, Vermont, New Hampshire, Rhode Island, con múltiples intereses, hechos, creencias, partidos y génesis, se forjará un determinado carácter, con el que los hombres y mujeres libres de Los Estados, que ya lo sean o que aún hayan de serlo, sin excepción alguna, podrán conseguir cualquier cosa. Todos libres, sí, todos singulares, como conviene a estados y hombres vivos, pero todos adheridos también a una forma general, que los abarque por entero, de hacer política, a unos modales, a una forma de hablar y a un estilo comunes, igual que las diversas modalidades de la raza se adhieren a una sola forma física. Ese carácter será el cerebro y la espina dorsal de todo, incluyendo a la literatura, incluyendo a la poesía. Ese carácter, fuerte, flexible, justo, franco, de sangre americana, lleno de orgullo, lleno de naturalidad, de apasionada cordialidad, permanecerá firme, sobre la amplia base de la supremacía de la Individualidad, ese nuevo continente moral americano sin el cual, se me antoja, el continente físico estaría incompleto, sería quizá un cadáver, algo tumefacto, esa nueva América que responderá, cara a cara, con Los Estados, con mares y costas siempre satisfactorios, pero siempre imposibles de cartografiar.

Esas costas ha descubierto usted. Yo digo que usted ha conducido a Los Estados hasta ellas, me ha conducido a Mí hasta ellas. Digo que nadie ha hecho nunca más, ni podría hacer más, por Los Estados que usted. Otros acaso tracen líneas, edifiquen ciudades, perforan minas, parcelen granjas, pero sólo usted ha

sido el verdadero y original Capitán que se ha hecho a la mar, intuitivo, positivo, y ha entregado el primer informe, del que hablarán durante muchos años, después de que se haya ido, no tanto otros informes como los marineros de mil bahías, en cada viraje de su arribada o su partida.

Reciba de mí, querido Maestro, estas palabras y estas seguridades, en nombre de todos los jóvenes, con un fervor que no hemos conocido antes de usted, y que es el mayor tras usted; solicitamos llevar su nombre en nuestro ánimo, afirmamos haber entendido lo que usted ha indicado, y lo encontramos indicado en nosotros, y nos atendremos a ello, y nos engrandeceremos gracias a ello, a lo largo de Estos Estados.

WALT WHITMAN

## Prefacio, 1872

### **A «Como un pájaro fuerte, con la libertad en las alas» (ahora «A ti, Madre, con tu descendencia igual», en permanente edén)**

Ahora que el ímpetu y las ideas que me han empujado, en estos últimos años, a formular, o intentar formular, los cantos del Nuevo Mundo y una epopeya de la Democracia, ya han encontrado expresión impresa, la mejor que he podido, en *Hojas de hierba*, mis composiciones presentes o futuras no son, en realidad, sino el excedente de ese volumen, o la estela que ha dejado. Obedecí con aquéllos a una imperiosa convicción y a los mandatos de mi naturaleza, tan totales e irresistibles como los que hacen que se mueva el mar o que el globo gire, pero de este volumen suplementario confieso que no estoy tan seguro. Habiendo abandonado, desde muy joven, los negocios y las ocupaciones habituales en mi tiempo y mi país, y habiéndome rendido, dócilmente y para siempre, al ímpetu mencionado y al trabajo de expresar esas ideas, puede que el mero hábito se haya adueñado de mí, y que no sea necesario decir nada más. Pero ¿qué es la vida sino un experimento, y la mortalidad, un ejercicio, cuyos resultados se constatan después? Eso serán mis poemas. Si son incompletos aquí y superfluos allá, *n'importe*<sup>[551]</sup>: al menos serán míos el intento aplicado y la exploración persistente, y, a falta de otro éxito, serán éxito bastante. En todo caso, he pretendido sugerir los cantos del esfuerzo vital y de la evolución del

hombre, y de aportar algo a las razas de atletas que viven al aire libre, antes que elaborar rimas perfectas o ser el rey de los salones. Me he aventurado, desde el principio, a hacer las cosas a mi manera, y a asumir riesgos; y seguiré aventurándome.

No ocultaré, pues, a nadie que se interese por el asunto, tanto si lo conozco como si no, que ambiciono dedicar algunos años más a la composición poética. ¡Poderosa época actual! Absorber y expresar poéticamente todo cuanto la conforma, cuanto conforma su mundo, América, ciudades y Estados, los años, los acontecimientos de nuestro siglo Diecinueve, la rapidez del movimiento, los violentos contrastes y fluctuaciones de la luz y la sombra, del miedo y la esperanza, la revolución que la ciencia ha supuesto para el método poético, estos grandes y nuevos hechos subyacentes y estas nuevas ideas que irrumpen y se difunden por todas partes; en verdad, ¡qué época tan poderosa! Como si fuese un drama colosal que se representara, como los de la antigüedad, a la luz del sol, las Naciones de nuestro tiempo, y todas las características de la Civilización, parecen moverse deprisa, y andar majestuosas, y entrar y salir por uno y otro bastidor, y reunirse, y acercarse, en fin, a un tremendo y largamente preparado desenlace, no para que concluyan las infinitas escenas de la vida, los trabajos, la felicidad y la tristeza de la raza, sino, quizás, para quitar de las tablas lo que estorba, todo lo viejo que hay amontonado, y para que el Hombre pueda reanudar esta representación eterna bajo más felices auspicios, bajo los auspicios de la libertad. Para mí, los Estados Unidos son importantes, porque han sido designados protagonistas de este drama colosal, incuestionablemente, durante los siglos venideros. La historia y la humanidad parecen buscar en ellos su culminación. Nuestras amplias extensiones son ahora el ajetreado escenario de tramas, pasiones, intereses y problemas pendientes, comparadas con los cuales las intrigas del pasado de Europa, las guerras dinásticas, las ambiciones de reyes y reinos, y hasta la evolución de los pueblos, como hasta hoy, presentan unas proporciones estrechas, triviales. Y en este territorio nuestro, al igual que en el escenario, tarde o temprano se desarrollará, probablemente, algo parecido a un esclarecimiento de toda la civilización pasada de Europa y Asia.

Los papeles protagonistas. No representaremos, ni emularemos aquí, otra vez, el papel que ha prevalecido hasta ahora en la historia. No nos convertiremos en una nación conquistadora, o que alcance la gloria de la mera superioridad militar, diplomática o comercial, sino en una, grandiosa, que alumbre hombres y mujeres nobles, y razas copiosas, alegres, sanas, tolerantes y libres; seremos la nación más acogedora (los Estados Unidos, ciertamente), una nación moderna, compuesta, formada por todos, donde quepan todos, que

da la bienvenida a todos los inmigrantes, que acepta la brega que supone nuestro propio desarrollo interior, un trabajo que nos llevará siglos; una nación que encabece la paz, pero que sabrá y será muy capaz de encabezar la guerra; no sólo la nación del hombre, sino también de la mujer: tierra de espléndidas madres, hijas, hermanas y esposas.

Considero a nuestra América de hoy, en muchos sentidos, una enorme masa ingente de *materiales*, más abundantes y mejores (también peores) que los hasta ahora conocidos, que pueden utilizarse para construir, de una vez por todas, y para que culmine, la gran nacionalidad ideal del futuro, la nación del cuerpo y del alma<sup>[552]</sup>, sin límite de tierras, auxilio, oportunidades, minas, productos, oferta y demanda, etc., y con (creo) nuestra organización política, Nacional, Estatal y Municipal, establecida de forma permanente, con la mayor antelación de que seamos capaces, aunque, hasta ahora, ninguna organización social, literaria, religiosa o estética se haya adecuado a nuestra política, ni nos haya convenido; unas organizaciones que sólo surgirán, con el tiempo, de unas grandes ideas democráticas, de la religión, de la ciencia —que ahora se eleva, como un nuevo amanecer, y empieza a iluminarlo todo— y de los poetas y literatos que hayamos engendrado. (La moraleja de un libro reciente, y bien escrito, sobre la civilización parece ser que los únicos cimientos y bases reales de una civilización completa y verdadera —y también la condición *sine qua non* después— son disponer, con certeza, de una provisión ilimitada de bienes que asegure comida, ropa y cobijo para todo el mundo —fuentes perennes de comodidad física y doméstica, con comunicaciones y libertad civil y religiosa—, y que entonces lo estético y lo mental se resolverán por sí solos. Bien, los Estados Unidos han establecido estas bases, cuya amplitud, variedad, vitalidad y continuidad rivalizan con las de la Naturaleza, y ahora han de construir, han de edificar sobre ellas. Yo digo que sólo una nueva literatura, y especialmente la poesía, puede construir ese edificio como es debido. Yo digo que una creación moderna, productora de imágenes, es indispensable para fundir y expresar las creaciones políticas y científicas de la modernidad (y entonces la trinidad estará completa).

Cuando empecé, hace años, a elaborar el plan de mis poemas, y le seguí dando vueltas, y pensando en él durante mucho tiempo (desde los veintiocho hasta los treinta y cinco años), y experimentando mucho, y escribiendo y desechando mucho, un objetivo principal subyacía en todos, y ha seguido subyaciendo en su ejecución desde entonces: era un objetivo religioso. A pesar de los muchos cambios que ha habido, y de una formulación que ha adoptado un perfil muy diferente del que había imaginado al principio, no me he apartado nunca de ese objetivo básico en la composición de mis versos. Y no, desde

luego, para exhibirlo a la antigua usanza, escribiendo himnos o salmos con el pensamiento puesto en la congregación, o para expresar una piedad convencional o los enfermizos anhelos de los devotos, sino de una forma nueva, apuntando a las bases subyacentes y a la sustancia de la humanidad, y a que sea como el aire fresco de la tierra y el mar. Voy a ver (me dije) si no hay, para lo que pretendo como poeta, una religión, una firme germinación religiosa en la raza humana, al menos en su moderno desarrollo en los Estados Unidos, y en la recia fibra común, y en los anhelos y elementos autóctonos, más profunda y mayor, y que ofrezca mejores resultados, que las meras sectas o Iglesias, ilimitada, alegre y vital como la Naturaleza misma; una germinación que lleva mucho tiempo sin recibir aliento, sin que se la cante, casi desconocida. Con la ciencia, la vieja teología del Este, decrepita desde hace mucho, empieza, evidentemente, a morir y desaparecer. Pero (a mi parecer) la ciencia —y acaso ése sea el principal servicio que preste—, con la misma evidencia, despeja el camino para Una indescriptiblemente superior, hija joven pero perfecta del Tiempo: la nueva teología, heredera del Oeste, fuerte y amante, y prodigiosamente hermosa. Para América, y para el día actual, como para cualquier otro día, la ciencia suprema y definitiva es la ciencia de Dios —lo que llamamos ciencia es sólo su ministro—, como lo es también la Democracia, o como lo será. Y un poeta de América (me dije) debe imbuirse de tales pensamientos, y cantarlos después lo mejor que sepa. Y, como ésas eran las convicciones y objetivos, para bien o para mal, de *Hojas de hierba*, no otra es la intención de este volumen. Puesto que no puede haber, en mi opinión, una personalidad sana y completa, ni una nacionalidad eléctrica y grandiosa, sin el elemento de una religión que imbuya a todos los demás elementos (como el calor en química, que es invisible, pero que da vida a la vida visible), tampoco puede haber una poesía digna de ese nombre sin que dicho elemento la sustente. En verdad, ha llegado la hora de empezar a despojar a la idea de la religión, en los Estados Unidos, del mero clericalismo, y de las Iglesias, y de ir a misa los domingos, y referirla a esa posición general, principalísima, absolutamente indispensable, estimulante, a la que deben adaptarse las demás, dentro de los caracteres, la educación y los asuntos humanos. La gente, especialmente los y las jóvenes de América, ha de empezar a aprender que la religión (como la poesía) es algo muy, muy diferente de lo que creían. Es, ciertamente, de la mayor importancia, para el imperio y la perpetuación del Nuevo Mundo, que no se remita ya más a las Iglesias, viejas o nuevas, católicas o protestantes, ni a este o aquel santo. Ha de remitirse, a partir de ahora, a la democracia *en masse*, y a la literatura. Ha de penetrar en los poemas de la nación. Ha de construir la nación.

Ha acabado la Guerra de los Cuatro Años<sup>[553]</sup>, y, en la coyuntura actual, y también futura, de paz, fuerte, estimulante, lozana, esa extraña y tristísima guerra se encamina rápidamente al olvido. El campamento, la instrucción, las filas de centinelas, los calabozos, los hospitales (¡ah, los hospitales!), todo ha desaparecido, todo parece ahora un sueño. Como una corriente oceánica, irrumpe una raza nueva, una generación joven y fuerte, que destruye toda huella de la guerra, sus cicatrices, sus túmulos, y todo recuerdo de odio, conflicto y muerte. Que los destruya. Yo digo que la vida del presente y del futuro nos hace demandas, a todos y a cada uno de nosotros, a las que no podemos negarnos, en el sur, en el norte, en el este y en el oeste. Contribuir a que los Estados Unidos (aunque sólo sea en la imaginación) entrelacen las manos y formen un círculo sin fisuras en un poema, y a despertar en ellos la grandeza sin precedentes del papel que les corresponde interpretar, y que están ya interpretando, la idea del gran futuro que les espera, y de la actitud que requiere, sobre todo de su gran porvenir estético, moral y científico (respecto al cual el vulgar presente político y material no es sino la afinación de los instrumentos de una orquesta), se cuentan todavía, como se han contado hasta ahora, entre mis esperanzas, entre mis ambiciones.

*Hojas de hierba*, ya publicado, pretende ser el canto de un grande y compuesto *individuo democrático*, hombre o mujer. Y, prosiguiendo y ampliando esa pretensión, supongo que tengo en mente hilvanar los cantos de este volumen (si es que llega a completarse) con la voz, más o menos audible, de una *nacionalidad democrática* global, indisoluble, sin precedentes, vasta, compuesta y eléctrica.

Con la intención, pues, de continuar llenando, una que otra vez, en los próximos años, el volumen que sigue (salvo impedimento), doy fin a este prefacio de su primera entrega, escrito a lápiz y al aire libre, en mi quincuagésimo tercer aniversario, y te mando a ti, querido lector, quienquiera que seas (de entre el aroma fresco de la hierba, la agradable frialdad de la brisa matutina, las luces y sombras de las ramas de los árboles, que proyectan sombras y juguetean a mi alrededor, y las notas del pájaro gato como fondo sonoro y acompañamiento), mis mejores deseos y mi amor.

W. W.

Washington, D. C., 31 de mayo de 1872

## Prefacio, 1876

### A la Edición del Centenario, en dos volúmenes, de Hojas de Hierba y «Dos riachuelos».

En el último momento, y gravemente enfermo, reúno las piezas de poesía y prosa que me quedan tras la publicación, hace mucho ya, de mi primer y principal volumen, *Hojas de hierba*, nuevas unas, antiguas otras, casi todas (muchas sombrías, hasta el punto de casi convertir este libro en el libro de la muerte) compuestas en circunstancias ya desaparecidas, cuando disfrutaba de una salud perfecta, y precedidas por una pequeña colección inédita, «Dos riachuelos», y las doy a conocer, agrupadas en esta mezcolanza, en parte como efusión personal y contribución a la celebración, en cierto modo, de lo más notable de este tiempo, el primer centenario de la nacionalidad de nuestro Nuevo Mundo, pero en parte también como quilo y alimento de esta unión moral e indisoluble, que nos representa a todos por igual, y que es la madre de muchos centenarios más.

E incluso como ejemplo y prueba de nuestra América, y, tanto o más, como recuerdo en sus momentos de insuperable orgullo y alegría, reservo mis cantos especiales de muerte e inmortalidad<sup>[554]</sup> como remate en color de todo, presente y pasado. Los escribí, originalmente, como conclusión de todo, y para atemperarlo, y mantendrán esa función hasta el fin.

Por alguna razón —que no resulta explicable, ni está definida en mi mente, pero que, secretamente, le es agradable y la satisface—, no he dudado en incorporar al volumen, y desarrollar a lo largo de él, dos vetas o estratos muy distintos: uno, político, y el otro, una larga reflexión sobre la inmortalidad; e, igualmente, la poesía y la prosa, las dos formas de este libro. El volumen, por lo tanto, tras sus episodios menores, probablemente se divida en estas dos vetas, a primera vista muy diferentes, de tema y tratamiento. Tres puntos, en especial, me resultan muy queridos, y vuelvo a ellos, a lo largo del libro, una y otra vez, repitiéndolos de distintas formas, como se verá: 1) Que lo que caracteriza realmente al crecimiento de la democracia del Nuevo Mundo es que irradia, a partir de este momento, expresiones literarias, artísticas y religiosas superiores, mucho más que las formas republicanas, el sufragio universal y las frecuentes elecciones (aunque estas sean indeciblemente importantes). 2) Que la misión política vital de los Estados Unidos consiste en resolver en la práctica el problema de la existencia de dos conjuntos de derechos: la fusión, haciéndolas compatibles, entroncándolas, de las prerrogativas de los estados individuales y



la indispensable necesidad de centralidad y Unidad, el poder de la identidad nacional, la Unión soberana, inexorable, que lo comprenda siempre todo, y por encima de todo, y que no ceda en eso nunca ni un palmo de terreno; y 3) ¿Acaso no vemos, en la extendida malaria de nieblas y miasmas de nuestro tiempo, sin confusión posible, dos columnas de promesas, con las más grandiosas e indestructibles leyendas: una, que los hechos malsanos de la política y la sociedad americanas, que se dan por todas partes, no son más que incidentes pasajeros, minucias de nuestro incontenible ímpetu por crecer, malas hierbas y plantas caducas de un suelo fértil y rico, nunca cosas centrales, duraderas, perennes; y la otra, que todo lo que han experimentado los Estados en su primer siglo de vida, hasta hoy mismo, no ha sido sino un preparativo, una adolescencia, y que sólo ahora (esto es, desde la Guerra de Secesión) y en adelante esta Unión va a hacer una plena carrera democrática?

Para este conjunto de poemas y prosas (que no obedece en absoluto al orden cronológico, y cuyas fechas de composición y alusiones pasajeras, fruto del calor y la impresión del momento, aparecen revueltas y sin modificar), los cantos de *Hojas de hierba*, mi volumen anterior, son todavía la tierra, la base indispensable en que se formarán, y sólo en ella, las raíces y los tallos que perfilan, distintivamente, estas páginas recientes (mientras aquel volumen sólo irradia fisiología, éste, aunque su origen, en lo fundamental, sea el mismo, demuestra, sin duda alguna, y más palpablemente, la patología que era bastante seguro que, con el tiempo, acabaría produciendo el primero).

En mi anterior y principal volumen, compuesto cuando tenía salud y conservaba el vigor, de los treinta a los cincuenta años, me ocupé de la vida y la muerte, y vestí mis ideas de imágenes, días, transacciones de mi tiempo, para que ocuparan un lugar positivo y tuvieran identidad, saturándolas del orgullo vehemente y la audaz libertad que se necesitaban para liberar la mente de una América todavía por formar de los estratos acumulados, las supersticiones, y las largas, contumaces y asfixiantes autoridades antidemocráticas del pasado europeo y asiático. Mi objetivo primordial era expresar, más allá de toda regulación o ayuda artificial, el carácter eterno, corporal, compuesto, acumulativo y natural de uno mismo<sup>[555]</sup>.

Estimando que la Unión Americana se encuentra todavía, y se seguirá encontrando durante bastante tiempo, en un condición formativa, lego poemas y ensayos como alimento e influjo que contribuyan a robustecer y asimilar, y especialmente a proporcionar, algo conducente a lo que los Estados más necesitan, y que, a mi modo de ver, la literatura todavía no ha aportado, a saber: que se vean, o que empiecen a verse, a sí mismos con claridad, y que sepan cuál es su misión. Porque, aunque los aspectos fundamentales de todas



las épocas y naciones acaso presenten puntos de semejanza, e incluso, cuando aseguran su evolución, sean sustancialmente los mismos, hay algunas cosas vitales en las que esta República, tanto por sus individualidades, como por su condición de Nación compacta, destacará singularmente y será la culminación de la humanidad moderna. Y esas cosas son las que menos conoce, moral y mentalmente (aunque, curiosamente, obra, al mismo tiempo, apoyándose en ellas).

Cuento, con tan absoluta certeza, con que los Estados Unidos tengan un gran futuro —diferente del pasado, aunque cimentado en él—, que ya lo he invocado, y me he rodeado de él, antes de cantarlo, o mientras lo cantaba. (Como siempre, todo se orienta hacia el futuro: América es también una profecía. ¿Qué se justificaría sólo por sí mismo, aun siendo lo mejor o alcanzando el éxito, o sólo por el presente, o por su opulencia material? Pocos hombres o Estados advierten hasta qué punto viven en el futuro. Eso, elevándose como pináculos, da su significado primordial a lo que hacemos hoy Vosotros y Yo. Sin ello, los países o los poemas tendrían escaso sentido, y poca relevancia en la vida de los hombres. Todas las épocas, todas las Naciones y Estados, han sido profecías. Pero ¿dónde ha habido alguno que fuese una profecía tan amplia, tan clara, como nuestros tiempos, como nuestros países, como los del Oeste?

Sin ser hombre de ciencia, he adoptado íntegramente las conclusiones de los grandes sabios y empiristas de nuestro tiempo, y de los últimos cien años, que han teñido interiormente el quilo de mis versos, con fines trascendentes. Siguiendo el espíritu moderno, los auténticos poemas del presente, que nunca dejan de solidificarse y de expandirse hacia el futuro, han de pronunciar la vastedad y el esplendor y la realidad con los que la ciencia ha investido al hombre y al universo (y que se llama creación), y, a partir de ahora, impulsar al hombre a nuevas órbitas, coherentes con esa vastedad, esplendor y realidad (que los antiguos poemas desconocen), como nuevos sistemas planetarios, equilibrados, que orbitan en un espacio ilimitado, más sutiles que las estrellas. La poesía, tan íntimamente relacionada hasta hoy, y aun en nuestros días, con los cuentos infantiles, y con lo amoroso, la tapicería y la rima superficial, tendrá que aceptar —y, aunque no reniegue del pasado, ni de los temas del pasado, será vivificada por esta tremenda innovación— el espíritu cósmico, que debe ser, desde hoy, en mi opinión, el trasfondo y el ímpetu subyacente, más o menos visible, de todo canto de primer orden.

Aceptando, pues, con alegría la ciencia moderna, y siguiéndola con lealtad y sin la menor vacilación, sólo (para mí, en cualquier caso, en mi prosa y mi poesía) queda algo, un vuelo superior, un hecho superior, que he reconocido

siempre: el alma inmortal del hombre (y de todo lo demás también), lo espiritual, lo religioso, a lo que liberar de fábulas, primitivismos y supersticiones, e impulsar con una fe renovada y un alcance cien veces mayor, ha de ser, en mi opinión, la mayor ocupación del cientifismo, y también de la poesía futura. Para mí, los mundos de la religiosidad, de la concepción de lo divino y del ideal, aunque fundamentalmente latentes, son tan absolutos para la humanidad y el universo como el mundo de la química, o cualquier cosa propia de los mundos objetivos. Para mí

El profeta y el bardo,

empero, se mantendrán en estadios superiores

y serán los mediadores y los intérpretes, ante la modernidad y la democracia, de Dios y los ídolos.

Para mí, el conocimiento culmina cuando conduce a una teología más espléndida, y a más amplios y divinos cantos. Esto no lo resolverá ningún año, ningún siglo. Hay una fase de lo real, que acecha tras lo real, a la que se rinde enteramente. También hay en el intelecto del hombre, en el tiempo, en momentos muy lejanos del porvenir, un juicio, un último tribunal de apelación, que dictará sentencia.

En algunos momentos de ese vuelo, o cuando intentaba representarlo o sugerirlo, en cualquiera de mis dos volúmenes, no he temido que me acusaran de oscuridad, porque el pensamiento, la poesía o la música del hombre han de tener alguna vía de escape, alguna pequeña salida, han de poseer una cierto carácter fluido, aéreo, análogo al espacio mismo, que resultará oscuro para los que tengan poca o ninguna imaginación, pero que es indispensable para los más altos propósitos. El estilo poético, cuando se dirige al alma, no es tanto una forma definida, un perfil, una escultura, como una perspectiva, una música, una media tinta, y hasta menos que una media tinta. Es verdad: puede ser arquitectura, pero, de nuevo, puede ser un bosque virgen, o su mejor efecto, al anochecer, el viento meneando los robles y los cedros, y un olor impalpable.

Y, por último, como he vivido en un país nuevo, incipiente, y en una época revolucionaria, base del futuro, he sentido la necesidad de identificar, en mis recitativos, las características de esa época y de ese país, siempre a mi manera. Así, mi forma ha surgido estrictamente de mis propósitos y de los hechos, y es su analogía. En el periodo de mi vida, los Estados Unidos han emergido de una vaguedad y una imprecisión nebulosas, y se han resuelto, órbicos y plenos (aunque diversos); han completado sus proezas y alcanzado los triunfos de media veintena de siglos; y están a punto de entrar, desde hoy, en la verdadera historia, en cuyo camino ya no se interponen (es decir, desde el desenlace de la Guerra de Secesión) obstáculos que puedan suponer la muerte, y cuyas zonas

libres, que nos rodean y se extienden ante nosotros, son seguras y ciertas, a diferencia de como han sido (el siglo pasado no ha sido sino un preparativo, un viaje de prueba y un experimento con el barco, antes de surcar aguas profundas).

Para valorar mis volúmenes, hay que valorar primero, profundamente, la época actual y los hechos del mundo, al igual que su espíritu. En los cien años que ahora acaban (1776-1876), y que han generado sucesos inevitables, obstinados, y nuevos experimentos y principios, y muchas cosas sin precedentes, tanto en la guerra como en la paz (y que quizá se comprendan mejor, o sólo puedan comprenderse, dentro de un siglo); en ese periodo de tiempo, y especialmente en estos últimos veinticinco años (1850-1875), con sus muchos y vertiginosos cambios, innovaciones y movimientos audaces, y llevando consigo sus propias, inevitables y obstinadas marcas de nacimiento, se encuentra también la génesis de los experimentos de mis poemas.

### **Prefacio, 1889, 1891**

#### **UNA MIRADA RETROSPECTIVA A LOS CAMINOS RECORRIDOS**

Acaso los mejores cantos que se hayan oído, lo mejor de todo amor verdadero, o los episodios más hermosos de la vida, o las angustiosas escenas de los marineros o los soldados, en tierra o en el mar, no sean sino el resumen que hacemos, de todos o de cualquiera de ellos, mucho tiempo después, cuando miramos las realidades del pasado y sus emociones prácticas, ya desaparecidas. ¡Cuánto se complace el alma en dejarse llevar por esos recuerdos!

Aquí estoy, pues, chismoso, sentado a la primera luz de la vela de la vejez — yo y mi libro—, echando una mirada retrospectiva a los caminos que hemos recorrido. Después de completar, por así decirlo, el viaje (una variopinta excursión de años, con muchas paradas e intervalos; o una larga travesía por mar, en la que más de una vez parecía que había llegado la última hora, y que nos íbamos a pique sin remedio, pese a lo cual arribábamos a puerto, por fin, en condiciones razonables, tras grande tribulación), después de completar los poemas, siento curiosidad por examinarlos a la luz de las intenciones que albergaban (en aquel entonces, inconscientes o en buena medida

inconscientes), con algunos descubrimientos hechos a lo largo de los treinta años que pretenden encarnar. Es probable, por lo tanto, que estas líneas entretejan la trama de mis primeros propósitos y especulaciones con la urdimbre de esas experiencias posteriores, que siempre comporta desarrollos extraños.

Resultado de siete u ocho etapas<sup>[556]</sup> y esfuerzos que se extienden a lo largo de casi treinta años (al acercarme a los setenta, vivo en gran medida del recuerdo), veo ahora *Hojas de hierba*, agotadas sus posibilidades y sus energías, como mi *carte visite*<sup>[557]</sup> definitiva para las futuras generaciones del Nuevo Mundo<sup>[558]</sup>, si se me permite decirlo así. Que no haya ganado la aceptación de mi época, sino que haya recurrido a ingenuas ensoñaciones de futuro-anticipaciones («perdura el canto, aunque Regnar muera<sup>[559]</sup>»); que, desde un punto de vista material y lucrativo, *Hojas de hierba* haya sido peor que un fracaso; que la crítica pública del libro, y de mí mismo, en tanto que autor, demuestre todavía, antes que otra cosa, una exasperación y un desprecio acerbos («los enemigos cierran filas contra usted por todas partes», carta de W. S.K.<sup>[560]</sup>, Boston, 28 de mayo de 1884); y que sólo por publicarlo haya sido objeto de dos o tres estacazos singulares, y bastante serios, por parte del gobierno, no es, probablemente, sino lo debería haber esperado. Pude elegir, al principio. No buscaba el elogio fácil, ni ganar dinero, ni la aprobación de las escuelas y convenciones existentes. Una vez concluido, o concluido en parte, el mayor consuelo de todo este asunto (además del pequeño grupo de los más queridos amigos y defensores nunca concedidos a un hombre o una causa, tanto más fieles e inflexibles, sin duda —¡minúscula falange!—, por ser tan pocos) es que, sin que ninguna influencia externa a mi alma me detuviera ni me desviase, he dicho todo lo que quería decir y como quería decirlo, y lo he registrado inequívocamente. El tiempo determinará su valor.

Al enjuiciar esta decisión, William O'Connor y el Dr. Bucke<sup>[561]</sup> son mucho más categóricos que yo. Además de cuanto pueda decirse, yo considero experimentales *Hojas de hierba* y su teoría, como considero que lo son, en el más profundo sentido, nuestra república americana y la suya. (Creo tener, al menos, la suficiente filosofía como para no estar absolutamente seguro de nada, ni de resultado alguno). En segundo lugar, el volumen es una incursión: para responder cabalmente a la pregunta de si ha salido victorioso, y conquistado el terreno que constituía su objetivo, y su alternativa, y su construcción, harán falta, por lo menos, cien años. Considero que lo importante es haber conseguido que se me escuche, y eso compensa, con creces, cualesquiera otras carencias y negativas. En esencia, ése era, desde el principio, y ha sido siempre, mi principal objetivo. Ahora que parece haberse alcanzado,

me complace tener en poco los reveses, por otra parte graves, que he sufrido. Repasando mis intenciones sincera y desapasionadamente, creo que han sido loables, y acepto el resultado, sea cual sea.

Después de haber bregado, cuando era joven, por competir con los demás, para obtener las acostumbradas recompensas comerciales, políticas, literarias, etc.; después de haber participado en la gran melé, tanto por el premio de la victoria en sí mismo, como por hacer algún bien; después de albergar tantos años esas intenciones y esos objetivos, me encontré poseído todavía, entre los treinta y uno y los treinta y tres, por un deseo y una convicción especiales. O más bien, para ser exacto, un deseo que llevaba revoloteando toda mi vida, o rondando a mi lado, esencialmente indefinido hasta entonces, había avanzado con resolución a la primera línea, se había definido y había acabado por dominarlo todo. Y era éste el sentimiento o la ambición de articular y expresar fielmente, de forma literaria o poética, y sin concesión alguna, mi propia Personalidad física, emocional, moral, intelectual y estética, enmarcada por el espíritu y los acontecimientos trascendentales de aquellos días y de la América de entonces, y en correspondencia con ellos, y de explotar esa Personalidad, identificada con aquel lugar y aquella fecha, de una forma más amplia y sincera que ningún otro poema o libro escrito hasta entonces.

Quizá esto resuma, o sugiera, lo que he intentado hacer. *Hojas de hierba* es, o pretende ser, simplemente, una crónica fiel y, sin duda, tenaz de los Estados Unidos en el siglo XIX: de su espacio y sus puntos de vista. En medio de todo ello, refleja la identidad, las pasiones, las observaciones, las creencias y los pensamientos de un solo hombre —el autor—, apenas teñidos por matiz alguno de ninguna otra creencia, ni de ninguna otra identidad. Se habían entonado muchos otros cantos —cantos hermosos, incomparables—, adecuados para otras tierras, para otro espíritu y otro estadio evolutivo. Pero yo iba a cantar, y a omitir o añadir, sólo a América y al momento presente. La ciencia y la democracia modernas parecían estar desafiando a la poesía para que las incluyera en sus manifestaciones, en contraposición a los cantos y mitos del pasado. Tal como ahora lo veo (quizá demasiado tarde), he aceptado ese desafío, sin darme cuenta, y ensayado esas manifestaciones, una tarea que, ciertamente, no emprendería ahora, sabiendo más claramente lo que significa.

Como base de *Hojas de hierba*, en tanto que poema, dejé de lado los temas convencionales, que no aparecen en él: ningún adorno manido, ninguna exquisita trama de amor o de guerra, ningún personaje elevado o excepcional, propio todo ello de la literatura del Viejo Mundo; nada, si se me permite decirlo así, que sólo aspirara a la belleza: ni leyendas, ni mitos, ni romances, ni eufemismos, ni rima, sino el más amplio término medio de la humanidad y de

sus identidades en este Siglo Diecinueve que ya alcanza la madurez, y especialmente en cada uno de los innumerables ejemplos y ocupaciones prácticas de los Estados Unidos de hoy.

Una de las ideas que hay detrás de cada una de las páginas de mis versos, y que más vivamente contrasta con los poemas consagrados, es su diferente actitud relativa para con Dios y para con el universo objetivo, y, más aún (por reflexión, confesión, suposición, etc)., una actitud muy distinta del ego, de quien canta o habla, para consigo mismo y sus semejantes. Ya es hora, en verdad, de que América, por encima de todo, reajuste el alcance y los puntos de vista básicos de su verso, porque todo lo demás ha cambiado. Mientras escribo, leo esto en un artículo sobre Wordsworth, publicado en una revista inglesa actual: «Hace algunas semanas, un eminente crítico francés dijo que, debido a la especial inclinación de nuestra época por la ciencia, y a su fuerza, que todo lo devora, dentro de cincuenta años ya no se leerá poesía<sup>[562]</sup>». Pero yo preveo exactamente lo contrario. Un nuevo territorio, más firme, y mucho más amplio, acaba de nacer —no: ya está formado—, al que ha de emigrar el genio poético. Cualquiera que haya sido el caso en el pasado, la verdadera utilidad de la facultad imaginativa de los tiempos modernos consiste en dar máxima vida a los hechos, a la ciencia, a las vidas normales y corrientes, dotándolos del lustre, la gloria y la grandeza última propios de las cosas reales, y sólo de las cosas reales. Sin esta vivificación máxima —que sólo el poeta u otro artista pueden proporcionar—, la realidad parecería incompleta, y vanas, en fin, la ciencia, la democracia y la vida misma.

Pocos aprecian las revoluciones morales de nuestra época, que han sido mucho más profundas que las materiales, o las que han propiciado los inventos o las guerras. El Siglo Diecinueve, que ya se acerca a su final (y que madura los frutos cuyas semillas sembraron los dos siglos anteriores)<sup>[563]</sup>; los levantamientos de masas nacionales y los desplazamientos de fronteras; los hechos históricos y otros acontecimientos relevantes de los Estados Unidos; la guerra con la que se pretendió la Secesión; la tempestuosa acometida y la precipitación de fuerzas nebulosas: nunca asistirán los años venideros a tantas emociones, a tanto estrépito, ni a un cambio más completo, en toda línea, en todo el mundo civilizado, del frente de batalla. Para todos estos hechos, significados y propósitos, nuevos y en evolución, son inevitables nuevos mensajes poéticos, nuevas formas y expresiones.

Mi Libro y yo. ¡Menudo periodo hemos querido abarcar!: los treinta años que van de 1850 a 1880, ¡y América en ellos! ¡Orgullosos, bien orgullosos podemos estar, si hemos sido capaces de captar lo suficiente del espíritu de esa época como para insuflar dignamente un poco de su aliento vital al futuro!

No osaré, ni aquí ni en ninguna parte, para mis fines o para cualesquiera otros, definir a la Poesía, ni responder a la pregunta de qué sea. Así como Religión, Amor o Naturaleza son términos indispensables, a los que todos damos un significado bastante preciso, ninguna de las definiciones que se han dado de Poesía abarca por entero, en mi opinión, lo que este nombre encierra, ni cabe establecer norma o convención tan absoluta que excluya la aparición de alguna notable excepción que la descarte o la refute.

También hay que recordar que la mejor literatura no brilla por poseer una luminosidad propia, ni tampoco sus poemas. Nacen de las circunstancias, y evolucionan. La luz de verdad, la luz que vive, proviene siempre, curiosamente, de otra parte: brota de fuentes inexplicables, y es lunar y relativa, en el mejor de los casos. Sé que hay algunos temas predominantes que los poetas siempre juzgan apropiados, como la guerra, en el pasado; en la Biblia, el arrebató religioso y la adoración; y, siempre, el amor, la belleza, una trama bien urdida o una emoción, melancólica o de otra suerte. Pero, por extraño que parezca al principio, diré que hay, en los mejores elementos del canto moderno, temas que conmueven mucho más hondamente que aquéllos, y que alcanzan una altura muy superior.

Al igual que las antiguas obras de la imaginación descansan, cada una a su modo, en largas series de presuposiciones, que muchas veces ni siquiera se mencionan, pero que les proporcionan su base primordial, sin la que no tendrían razón de ser, *Hojas de hierba*, antes de haberse escrito ni un solo verso, suponía cosas muy distintas y, tal como ahora se presenta, es el resultado de esa presuposición. Sin duda, consideraría inútil todo intento de leer el libro sin que la mente se adecuara, primero, a esos antecedentes y esas cualidades previas. ¡Pensemos en los Estados Unidos de hoy, en estos treinta y ocho o cuarenta imperios fundidos en uno, en los sesenta o setenta millones de iguales, en sus vidas, sus pasiones y su futuro, en estas multitudes ingentes, incalculables, modernas, americanas, que nos rodean, y de las que somos parte inseparable! Pensemos, en comparación, en el entorno mezquino y el exiguo territorio de los poetas de la Europa del pasado o del presente, sin perjuicio de la grandeza de su genio. Pensemos en la ausencia y la ignorancia, en todos los casos hasta la fecha, de lo multitudinario, la vitalidad y los estímulos sin precedentes del hoy y el aquí. Casi diríamos que una poesía con rasgos cósmicos y dinámicos de magnitud e inconmensurabilidad adecuadas al alma humana no era posible antes de ahora. Lo cierto es que nunca ha habido una poesía de fe e igualdad absolutas para el uso de las masas democráticas.

Para valorar un canto de primera clase, una Nacionalidad suficiente o, por otro lado, lo que podría llamarse su negación y su ausencia (como en el caso de

Goethe, me parece a veces) es, a menudo, si no siempre, el primer elemento. No hace falta mucha perspicacia para ver, tras todos y cada uno de los poetas, y a mayor o menor distancia, los hechos materiales de su país y de su ámbito, matizados por los estados de ánimo de la humanidad en ese momento, y por sus perspectivas sombrías o esperanzadas, y convertidos en sus marcas de nacimiento. Sé muy bien que mis *Hojas* no habrían podido surgir, ni ser creadas o completadas, en otra época que en la segunda mitad del Siglo Diecinueve, ni en ninguna otra tierra que en la América democrática, y sólo desde el triunfo absoluto de las armas de la Unión Nacional.

Sé muy bien, asimismo, que, pese a cuanto mis amigos puedan alegar en mi favor con respecto al talento pictórico, al dramatismo de las situaciones y, especialmente, a la melodía verbal y la técnica poética convencional, no sólo las obras divinas que hoy encabezan las lecturas del mundo, sino muchas otras docenas, trascienden (algunas inconmensurablemente) todo lo que yo haya hecho o podido hacer. Pero me parecía que, al igual que los objetos de la Naturaleza, los temas de la estética y todo aquello de lo que se ocupen la mente y el alma no sólo incorporan su propia cualidad inherente, sino también la cualidad, tan inherente e importante, de *su punto de vista*<sup>[564]</sup> había llegado el momento de reflejar todos los temas y todas las cosas, viejos y nuevos, a la luz del advenimiento de América y de la democracia; de que cantara esos temas alguien que no sólo fuese el reverente y agradecido legatario del pasado, sino un hijo del Nuevo Mundo; y de ilustrarlos con la génesis y la totalidad del presente, puesto que esa ilustración y esa totalidad se me antojaban las exigencias fundamentales de la futura literatura imaginativa de América. No desarrollar, al estilo consabido, alguna exquisita trama de venturas o desventuras, o repleta de fantasías, peripecias o lindezas, o en la que descollaran las sutilezas del pensamiento —todo lo cual ya se hecho, mucho y bien, y acaso nunca se supere—, sino que, mientras que para la presentación estética de esos objetos, pasiones, intrigas, meditaciones, etc., nuestras tierras y nuestros días no quieren, y probablemente nunca consigan, nada mejor que lo que ya poseen, heredado del pasado, aún queda por decir que, incluso respecto a ellos, hay un punto de vista subjetivo y contemporáneo que nos corresponde sólo a nosotros, y a nuestro nuevo genio y entorno, diferente de cualquier otro habido hasta ahora; y que esa concepción de la vida y el arte actuales o pasados es la única forma que tenemos de asimilarlos compatible con el mundo Occidental.

En realidad, y en todo caso para concretar, ¿no ha llegado el momento (si hay que decirlo llanamente, aunque sólo sea por amor de la América democrática) en que se impone un reajuste total de la teoría y la naturaleza de la Poesía? La



cuestión es importante, y puedo darle la vuelta al argumento y repetirlo: ¿no concibe el más esclarecido pensamiento de nuestros días y de nuestra República un origen y un espíritu poético superiores a todo lo pasado o presente? Para la consolidación efectiva y moral de nuestras tierras (que constituyen, como ya se ha establecido materialmente, los factores más importantes de la historia conocida, y mucho, mucho más decisivos por lo que auguran y exigen, y por lo que han de ser en el futuro); para adecuarse a las concretas realidades y teorías del universo que brinda la ciencia, desde ahora las únicas bases irrefutables de todo, incluyendo el verso, y edificar sobre ellas; para que arraiguen ambas influencias en la actividad imaginativa y emocional de la época moderna, y que dominen cuanto las precede y se les opone, ¿no es indispensable un avance radical y un paso adelante, o una nueva vertebración del mejor canto?

El Nuevo Mundo recibe con alegría los poemas de la antigüedad, con el preciado bagaje de epopeyas, obras de teatro y baladas del feudalismo europeo; no pretende, en modo alguno, apagar o apartar esas voces de nuestro oído y de nuestra tierra: los considera, de hecho, estudios, influencias, testimonios y ejemplos comparativos indispensables. Pero, aunque el sol del amanecer de la literatura brille para nosotros, hoy, en esos poemas; aunque los mejores aspectos del carácter actual de las naciones, los grupos sociales o la individualidad de cualquier hombre o mujer, tanto del Viejo como del Nuevo Mundo, provengan acaso de ellos; y aunque, si tuviera que nombrar el más valioso legado de los tiempos pasados a la civilización americana actual, no estoy seguro, pero creo que diría esos cantos antiguos, y no tan antiguos, que nos han llegado del este y el oeste, siguen pendientes ciertos asuntos de importancia y ciertas deudas, y algunas amargas consideraciones aún deben ser oídas. De los grandes poemas recibidos de otros lugares y de otras épocas, y que hoy envuelven e impregnan a América, ¿hay alguno que sea compatible con los Estados Unidos, o que les sea esencialmente aplicable, tal como son y como han de ser? ¿Hay alguno en el que no subyazga una negación y un insulto a la democracia? ¿Cómo se explica, en todo caso, que, en esta época de plenitud literaria, con el espléndido mediodía de la ciencia y la resurrección de la historia, nuestras principales obras religiosas y poéticas no sean nuestras, ni se adapten a nuestra luz, sino que nos hayan sido procuradas por una antigüedad remota, que las ha extraído de sus honduras y de sus tinieblas, o, en el mejor de los casos, de su penumbra crepuscular? ¿Qué hay en ellas que tan imperiosa y despectivamente domina toda nuestra avanzada civilización y nuestra cultura?

Hasta Shakespeare, del que tan imbuidas están las letras y el arte actuales (y que, ciertamente, en buena medida han surgido de él), pertenece, en esencia, a un ayer enterrado. Sólo él se distingue, orgullosamente, en algunas fases

importantes de ese pasado, como el más eminente de los cantores al que jamás haya dado voz la vida. Todo, sin embargo, se relaciona y descansa en circunstancias, normas de conducta, condiciones políticas y sociológicas, y gamas de creencias, prácticamente eliminadas del hemisferio oriental, y que nunca han existido en el occidental. Como modelos rectores del canto, corresponden a América tanto como las personas e instituciones que describen. Es verdad, puede decirse, que la naturaleza emocional, moral y estética de la humanidad no ha cambiado radicalmente; que, en este sentido, los antiguos poemas son válidos en nuestra época y en todas las épocas, con independencia de la fecha; y que, como retratos del pasado, tienen un valor incalculable. Todo lo admito de buen grado, y sin reservas, y al mismo tiempo expongo esos puntos de gran, más aún, de capital importancia.

Ya he dejado constancia en otro lugar de mi reverencia y mi elogio por estos insuperables legados poéticos, y por su indescriptible valor como herencia para América. Pero ahora debo manifestar, con franqueza, otra cuestión, bien distinta. Si no me hubiera descubierto ante esos poemas, consciente de su colosal grandeza, y de su hermosura formal y espiritual, no habría podido escribir *Hojas de hierba*. He alcanzado el veredicto y las conclusiones que acreditan sus páginas gracias al temple y las enseñanzas de las obras antiguas, tanto como a cualquier otra cosa, si no más. Así como América se explica, plena y cabalmente, como el resultado legítimo y la consecuencia evolutiva del pasado, eso mismo me atrevo a afirmar de mis versos. Sin detenerme a matizar el aserto, el Viejo Mundo ha contado con los poemas que le han procurado los mitos, las ficciones, el feudalismo, las conquistas, las castas, las guerras dinásticas, y personajes y acontecimientos excepcionales y espléndidos, y todos han sido magníficos; pero el Nuevo Mundo necesita poemas inspirados por la realidad y por la ciencia, por el promedio democrático y por la igualdad básica, que aún serán mejores. Y, en el centro de todo, y como objeto de todo, el Ser Humano, a cuya evolución heroica y espiritual, directa o indirectamente, tienden los poemas y todas las cosas, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

Ahondando en el tema, mis amigos me han señalado más de una vez —o acaso la locuacidad de la vejez se esté apoderando de mí— algunos otros hechos embrionarios de *Hojas de hierba*, y, en especial, de cómo se iniciaron en mí. El doctor Bucke ha descrito en su libro, con minucia y pertinencia, la preparación de mi campo poético: cómo, en general, pero también en particular, se labró, plantó, sembró y ocupó el terreno, hasta que todo quedó fertilizado, arraigado y listo para emprender su propio camino, para bien o para mal. Hasta no haber hecho todo esto, no quise entablar una relación seria con la

literatura poética. Cuando tenía dieciséis años, llegó a mis manos un volumen en octavo, muy grueso, de mil apretadas páginas (todavía lo conservo), que contenía la poesía completa de Walter Scott, una mina inagotable y un tesoro de alimento poético (especialmente, los bosques, las junglas interminables de notas): eso ha sido para mí durante cincuenta años, y eso sigue siendo hoy<sup>[565]</sup>.

Luego, de vez en cuando, en verano y en otoño, me iba al campo, o a las playas de Long Island, en ocasiones una semana entera, y allí, sometido a las influencias de la naturaleza, estudié con aplicación el Viejo y el Nuevo Testamento, y absorbí (probablemente con más provecho que en cualquier biblioteca o estancia cerrada: *dónde* se lea marca la diferencia) a Shakespeare, Osián, las mejores traducciones que pude conseguir de Homero, Esquilo, Sófocles, los viejos Nibelungos alemanes, los antiguos poemas hindúes, y una o dos obras maestras más, entre ellas la del Dante. Por casualidad, leí casi toda esta última en un viejo bosque. Leí la *Ilíada* por primera vez, con atención, en la versión en prosa de Bucke, en la península de Orient, en el extremo nororiental de Long Island, en una cavidad resguardada de arenas y roca, con el mar a uno y otro lado. (Me pregunto desde entonces por qué no me abrumaron aquellos extraordinarios maestros. Quizá porque los leí, como he descrito, en presencia de la Naturaleza, a la luz del sol, rodeado por un paisaje y unas vistas que se extendían sin fin, o por el mar encrespado).

Hacia el final, ya había revisado, entre muchas otras cosas, los poemas de Edgar Allan Poe, de los que no era admirador, aunque no dejaba de percibir que, más allá de su limitada gama melódica (como un perpetuo tintineo de campanillas, de *Si bemol a sol*), constituían expresiones melodiosas, y acaso nunca superadas, de ciertas fases agudas de morbidez humana. (El territorio de la Poesía es muy espacioso: tiene sitio para todos, ¡y tantas mansiones!). Sin embargo, la prosa de Poe me compensó con la idea de que (en nuestras circunstancias, en todo caso, en nuestros días) el poema largo no existe. Ese mismo pensamiento llevaba tiempo rondándome, pero el argumento de Poe, aunque sucinto, resolvió el problema y lo dejó demostrado.

Otro asunto quedó pronto establecido, despejando, en gran parte, el terreno. Vi, desde el momento en que mi empresa y mis preguntas cobraron forma (¿qué mejor forma de expresar mi época y entorno característicos, América, la Democracia?) que el tronco, que el centro del que irradiaría la respuesta, y al que todo había de volver, por mucho que se hubiese alejado, debía ser un cuerpo y un alma idénticos, una personalidad; una personalidad que, tras mucha consideración y examen, deliberadamente resolví que fuera la mía; de hecho, no podía ser ninguna otra. También llegué al profundo convencimiento

(lo haya manifestado o no) de que, para valorar plena y verdaderamente el Presente, tanto el Pasado como el Futuro constituían aspectos esenciales.

Todo esto, sin embargo, y mucho más, podría haber continuado, y resultado en nada (y casi con toda seguridad habría resultado en nada), si no hubiera recibido un súbito, vasto, terrible, directo e indirecto estímulo para crear una nueva expresión declamatoria nacional. Es verdad, afirmo, que, aunque yo ya había dado mis primeros pasos, sólo de la Guerra de Secesión y de cuanto me reveló, como un encadenamiento de relámpagos, de las honduras emocionales que despertó, y en las que me abismé (y, por supuesto, no me refiero solamente a mi corazón: lo vi, con claridad, en otros, en millones), sólo de esa poderosa llamarada, de la provocación de cuanto vi en aquella guerra, de sus escenas, surgió la razón de ser definitiva de un canto autóctono y apasionado.

Visité los campos de batalla de Virginia (a finales de 1862), viví desde entonces acampado, presencié grandes batallas y los días y noches que siguieron, participé de todos los estados del ánimo: la tristeza, la desesperanza, las esperanzas renacidas, el valor evocado, y de la muerte que se arrostraba sin vacilar, y también de *la causa*, durante los agónicos y espeluznantes años que siguieron, 1863, 1864 y 1865, los que realmente alumbraron (más que los años entre 1776 y 1783) esta Unión, homogénea desde entonces. Sin estos tres o cuatro años y las experiencias que me proporcionaron, *Hojas de hierba* no existiría.

Pero también tengo la intención de indicar, o de sugerir, algunas características singulares que percibo, desde entonces (aunque no en aquel momento, o, por lo menos, no definitivamente), como las bases de aquellas *Hojas* y los impulsos objetivos que condujeron, desde el principio, a su elaboración. La mejor palabra que se me ocurre para describirlas, tal como ahora se presentan, es Sugestividad. Yo redondeo y doy por acabado poco, si es que llego a hacerlo; y tampoco debería, si quiero ser coherente con mi planteamiento. El lector o lectora siempre habrá de poner de su parte, igual que yo he puesto de la mía. No pretendo tanto afirmar o exponer un tema o una reflexión, como sumirte a ti, lector, en la atmósfera que suscitan ese tema o esa reflexión, para que, desde ahí, emprendas tú el vuelo. Otra palabra-impulso es «Camaradería», referida a todos las tierras, y con un sentido mucho más categórico y reconocido que el que ha tenido hasta ahora. Otras palabras-emblemas serían Buen Ánimo, Satisfacción y Esperanza.

El rasgo distintivo de todo poeta es siempre el espíritu con el que aborda la contemplación de la Humanidad y de la Naturaleza, el ánimo con el que se asoma a sus temas. ¿Con qué temperamento y con cuánta fe se comunican estas cosas? ¿Llega el canto hasta una época reciente? ¿Cuál es el bagaje del

poeta, su gracia peculiar, el matiz de su coloración? Estas preguntas encierran, sin duda, el valor último de quienes se han expresado artísticamente en el pasado y en el presente —los estetas griegos, Shakespeare—, y también en nuestros días —Tennyson, Victor Hugo, Carlyle, Emerson—. Yo sostengo que el mejor servicio que pueden prestar los poemas o cualquier otra cosa que se escriba al lector no es satisfacer su intelecto, ni brindarle un producto pulido e interesante, ni siquiera pintar para él grandes pasiones, personas o acontecimientos, sino colmarlo de una virilidad y una religiosidad limpias y vigorosas, y darle un *buen corazón*, que constituya su posesión y su hábito más arraigados. El mundo culto parece haberse aburrido con el tiempo, y esa herencia le ha dejado al nuestro. Por suerte, queda una reserva original e inagotable de optimismo, que reside normalmente en la raza, a la que siempre se puede recurrir, y en la que siempre se puede confiar.

En cuanto a la individualidad nativa americana, aunque ciertamente ha de llegar, y a gran escala, el carácter occidental, distintivo e ideal (tan acorde con los rasgos funcionales, políticos y hasta económicos de la humanidad de los Estados Unidos del Siglo Diecinueve, como lo eran los armados caballeros, los grandes señores y la soldadesca con los siglos del feudalismo europeo), todavía no ha aparecido. Yo he puesto el énfasis en mis poemas, de principio a fin, en la individualidad americana, y en ayudar a que se perfile, no sólo por constituir una gran lección de la Naturaleza, entre todas sus leyes generalizadoras, sino como contrapeso de las tendencias igualadoras de la Democracia, y por otras razones. Desafiando ostensibles convenciones literarias, y de otra índole, canto abiertamente al «gran orgullo del hombre por sí mismo», y consiento en que sea, más o menos, un motivo de casi toda mi poesía. Considero este orgullo indispensable para los americanos, y no lo tengo por incompatible con la obediencia, la humildad, la cortesía y el examen de conciencia.

Tanto han retrasado y comprometido a la Democracia algunas personalidades muy poderosas, que sus primeros impulsos han consistido en ceñir, acomodar, incorporar a los rezagados y reducirlo todo a un mismo nivel. Y, aunque el ambicioso propósito de mi canto es ayudar a la formación de una gran Nación unida, eso quizá deba hacerse mediante la formación de miríadas de individuos completamente desarrollados, y que lo engloben todo. Aunque son bienvenidas las doctrinas de la igualdad y la fraternidad y la educación del pueblo, siempre conllevan cierta responsabilidad, como vemos. La ciencia y la democracia modernas parecen amenazar, y acaso eliminar, ese algo primordial e interior del hombre, eso que radica en los abismos de su alma, y que a todo da color, y a él, por sus excepcionales logros, su majestad última —algo a lo que se referían continuamente, y que procuraban, los antiguos poemas y baladas del

feudalismo, y que era, a menudo, su cimiento fundamental—. Pero eso es sólo apariencia; la realidad es muy diferente. En conjunto, las nuevas influencias están, sin duda, preparando el camino para individualidades mayores que nunca. Hoy, aquí, la fuerza de la persona está, como siempre, detrás de todo. Los tiempos que van desde la *Ilíada* hasta Shakespeare, ambos incluidos, no se repetirán, por fortuna, ni su representación artística, pero sus elementos de virilidad valerosa y altiva siguen siendo los mismos.

Los trabajadores, hombres y mujeres, habían de figurar en mis páginas, de la primera a la última, sin concesión alguna. Yo debía dotar a las masas democráticas de América del mismo grado de heroísmo y grandeza —y aun de mayor alcance, con más orgullo y mejor fundamentado— con que los poetas griegos y feudales dotaban a sus personajes divinos o de alta cuna. Yo tenía que demostrar que nosotros, hoy, aquí, éramos acreedores de lo más grandioso, de lo mejor, mucho más que cualquier época pasada. También quiero (me dije antes de empezar) que mis palabras sean, en espíritu, poemas de la mañana. (Se han inspirado, y los he escrito, en su mayoría, al sol de la mañana y en las primeras horas del mediodía de mi vida). Y quiero que sean tanto de las mujeres como de los hombres. He deseado llevar la Unión total de los Estados a mis cantos sin preferencia ni parcialidad alguna. A partir de ahí, si perviven y son leídos, debe ser tanto en el Sur como en el Norte, tanto en la costa del Pacífico como en la del Atlántico, en el valle del Misisipí, en Canadá, en Maine, en Texas y en las costas del Estrecho de Puget.

Desde otro punto de vista, *Hojas de hierba* es, abiertamente, el canto del Sexo y la Amatividad, e incluso de la Animalidad, aunque el significado que encierran, y que no se corresponde con el habitual, surgirá a su debido tiempo; a todos he querido elevarlos a una luz y una atmósfera distintas. De este rasgo, intencionadamente palpable en algunos versos, sólo diré que el principio que los anima infunde tal aliento vital al proyecto en su conjunto, que, si esos versos se hubieran omitido, el grueso de los poemas habría perdido su razón de ser. Por difícil que sea, se ha vuelto imperativo, en mi opinión, modificar la actitud de los hombres y mujeres superiores ante el concepto y el hecho de la sexualidad, como elemento del carácter, la personalidad y las emociones, y como tema literario. No voy a discutir el tema en sí, porque no se puede aislar. Su vitalidad reside en sus relaciones, en sus conexiones, en su significación, como la clave de una sinfonía. Como última analogía, los versos a los que aludo, y el espíritu que se expresa en ellos, permean todo *Hojas de hierba*, y, si la obra ha de perdurar, ha de ser con ellos, al igual que el cuerpo y el alma tienen que permanecer unidos, como una sola entidad.

Aunque ciertos hechos y síntomas en las comunidades y los individuos son universales, es rarísimo que las costumbres y la poesía modernas los reconozcan. La literatura siempre está llamando al médico para que la atienda, y para confesársele, pero, en vez de revelar una «heroica desnudez<sup>[566]</sup>», la única con la que puede establecerse el verdadero diagnóstico de un caso grave, da evasivas y se venda con inhibiciones. Y, con respecto a las futuras ediciones de *Hojas de hierba* (si es que llega a haberlas), aprovecho esta ocasión para confirmar esos versos con la asentada convicción y tras las deliberadas renovaciones que han supuesto estos treinta años, y prohíbo expresamente que se supriman, en la medida en que mi palabra tenga esa facultad.

Queda todavía un propósito que lo abarca todo, que está por encima y por debajo de todo. Desde el instante en que asomó a mi mente lo que podríamos llamar pensamiento, o los primeros brotes de pensamiento, he abrigado el deseo de ofrecer un testimonio cabal de la fe y la aceptación («los caminos del Señor justificar ante los hombres», dice la célebre y ambiciosa frase de Milton<sup>[567]</sup>) que constituyen los cimientos de la América moral. Lo sentí tan categóricamente en mis días de juventud como lo siento hoy, en la vejez: formular un poema cuyas ideas o hechos compartieran o admitiesen, directa o indirectamente, la creencia implícita en la sabiduría, la salud, el misterio y la belleza de todos los procesos, de todo objeto concreto, de toda existencia humana, o de cualquier otra naturaleza, y no sólo considerada desde un punto de vista general, sino desde cada perspectiva singular.

Creo firmemente que la Naturaleza encierra una clave y un designio, únicos y múltiples, aunque no los comprenda, ni puedo expresarlos, y que los resultados espirituales invisibles, pero tan reales y definidos como los visibles, redundan en las vidas concretas, y en todo lo material, a lo largo del Tiempo. De mi libro deberían emanar, muy legítimamente, alegría y vivacidad, porque estos elementos han sido su origen, y él, el consuelo de mi vida desde que lo empecé.

Uno de los motivos esenciales de la génesis de *Hojas de hierba* fue mi convicción (tan firme hoy como siempre) de que la culminación del crecimiento de los Estados Unidos había de ser espiritual y heroica. Contribuir a iniciar ese crecimiento, y favorecerlo —o incluso dirigir la atención a él, o a su necesidad—, ha sido el propósito primero y último de estos poemas, y el que me ha guiado también durante su elaboración. (De hecho, si se piensa bien y se recapitula cabalmente, la justificación, el propósito principal de estos Estados Unidos no es, simplemente, el «buen gobierno», en el sentido común de la expresión, sino labrar con diligencia los interminables campos en barbecho del hombre corriente).

Las ventajas aisladas de cualquier orden, prerrogativa o fortuna —la urdimbre, directa o indirecta, de toda la poesía del pasado— repugnan, en mi opinión, al gusto republicano, y no ofrecen base alguna para el verso que le es propio. Los poemas consagrados, lo sé, presentan la enorme ventaja de cantar lo que ya se ha hecho, los acontecimientos gloriosos, cosas que a la gente le gusta recordar. Pero mi libro es candidato al futuro. «Todo arte original», dice Taine<sup>[568]</sup>, en cualquier caso, «se regula a sí mismo: ningún arte original se puede regular desde fuera; conlleva su propio equilibrio: no lo obtiene de nada; vive de su propia sangre»: un consuelo para mis frecuentes magulladuras y mi desabrida vanidad. Como esto quizá sea, en esencia, un intento por explicarme, o por ilustrar lo que he hecho, me permitiré aportar, a mayor abundamiento, esta anécdota, extraída de un libro, *Anales de viejos pintores*<sup>[569]</sup>, que leí con fervor en mi juventud. Rubens, el pintor flamenco, paseando, como solía hacer, por las galerías de un viejo convento, dio con una obra singular. Después de contemplarla, pensativo, mucho rato, y de escuchar las críticas que hizo su séquito de estudiantes, les dijo, en respuesta a sus preguntas (referidas a qué escuela evocaba o se adscribía la obra): «No creo que el artista, desconocido, y probablemente ya muerto, que ha legado esta obra al mundo, haya pertenecido nunca a ninguna escuela, ni pintado siquiera otra obra que ésta, que es un asunto personal: una obra surgida de la vida de un hombre».

Ciertamente, *Hojas de hierba* (no me cansaré de repetirlo) ha sido, en esencia, el aflorar de mi naturaleza emocional y de otros aspectos de mi personalidad: un intento, de principio a fin, de dejar constancia de una *Persona*, un ser humano (yo, en la segunda mitad del Siglo Diecinueve, en América), y de hacerlo con libertad, completa y fidedignamente. No he podido encontrar, un testimonio parecido que me satisficiera en la literatura actual. Pero no es en lo que distingue a *Hojas de hierba* como literatura, o como ejemplo de ésta, en lo que quiero hacer hincapié. Nadie entenderá mis versos, si insiste en verlos como una obra literaria, o un intento de obra literaria, o como algo cuyo objetivo principal sea el arte o la estética.

Yo afirmo que nunca ha existido un país, un pueblo o unas circunstancias que necesitaran tanto de una raza de cantores y poemas distintos de cualesquiera otros, y que fueran estrictamente suyos, como los necesitan, hoy, y en el futuro, la tierra y el pueblo y las circunstancias de nuestros Estados Unidos. Más aún, mientras los Estados Unidos continúen absorbiendo la poesía del Viejo Mundo, y siendo dominados por ella, y carezcan de un canto autóctono que exprese, dé vida y color, y defina su progreso material y político, y que los asista particularmente, no llegarán a ser una Nacionalidad de primera clase, y estarán incompletos.



En el libre ocaso de mis días, te entrego, lector, estas muchas palabras, pensamientos y recuerdos, como si las arrastrara perezosamente la marea, reverberan, desde la costa, estos murmullos, estas voces confusas.

Concluyo con dos advertencias para el genio imaginativo de Occidente, cuando por fin emerja, como le corresponde. La primera, lo que Herder le enseñó al joven Goethe: que la gran poesía es siempre (como en Homero o en los cánticos bíblicos) fruto de un espíritu nacional, y no el privilegio de una minoría selecta y cultivada; la segunda, que los cantos más dulces y poderosos aún están por cantar.

## **Prefacio, segundo anexo**

### ***Conclusión de Hojas de hierba, 1891.***

¿No habría sido mejor (viejo y parálítico como estoy), guardarme estos jirones, estos flecos (quizá motas, manchas), estela de un viaje por el polvo, y testimonio suyo, después? Probablemente, nunca me haya dado miedo cometer negligencias —ni me lo dé tampoco ahora—, ni repetirme como un loro, ni caer en tópicos o lugares comunes. Quizá sea demasiado democrático para evitarlos. Además, ¿no se ha iluminado ya bastante el ámbito de la poesía, tal como me propuse, teóricamente, al principio, y no es hora ya de que me retire en silencio? (y, en verdad, no en medio de una fragorosa demanda de mi mercancía poética).

En respuesta, o más bien en desafío, de estas oportunas preguntas, aquí entrego esta pequeña selección, que concluye mis selecciones anteriores. Aunque no esté seguro de que merezca la pena imprimirla tal como queda recogida (ciertamente, no tengo nada nuevo que escribir), entretengo las horas de mi septuagésimo segundo año —horas de confinamiento forzoso en mi madriguera— ordenando esta pequeña selección de la vejez:

Gotas postreras de una lluvia espontánea,  
surgida de límpidas destilaciones, de aguaceros pasados  
(¿Fecundarán algo, meras exhalaciones como son de la tierra y del mar, de América?;

¿se filtrarán hasta alguna profunda emoción? ¿hasta algún cerebro o corazón?).

Sea como fuere, quiero aprovechar la oportunidad que hoy tengo, y terminar. En estos dos últimos años, he emitido, en las treguas que me han dado la enfermedad y el agotamiento, algunos gorjeos, agónicos, probablemente (indudablemente), que hoy quiero reunir y publicar, con una tipografía adecuada, mientras todavía pueda ver (porque mis ojos me advierten, sin ambages, de que se están apagando, y mi cerebro, cada vez más palpablemente, descuida o rechaza, mes tras mes, incluso las más pequeñas tareas o revisiones).

De hecho, aquí estoy, en estos años de 1890 y 1891 (más agarrotado y hundido a cada quincena que pasa), como un crustáceo porfiado, viejo y desvencijado, de caparazón pétreo, o como una concha golpeada por el tiempo (ápodo, sin locomoción alguna), y arrojada a la arena, seca e incapaz de moverse. Lo único que puedo hacer es estarme quieto, y entretener los días que me quedan, y descubrir si hay algo que la mencionada concha porfiada y golpeada por el tiempo pueda rebañar todavía del optimismo heredado y de los latidos alegres, prístinos, que resuenan aún en lo profundo de su viejo, gris y desdibujado caparazón. (Lector, me permitirás aquí una broma: por alguna razón, demasiados de los poemitas que leerás a continuación tratan de la muerte, etc., y, por alguna otra, qué sol maravilloso ilumina las horas de este día, 5 de julio de 1890. A pesar de mi vejez, hoy casi me siento parte de una ola juguetona, o con ganas de retozar, como un niño o un gatito; probablemente, un gesto de adaptación y de perfección física, en este instante, aunque creo que es perenne en mí).

Y, en el fondo de todo, el profundo consuelo (aunque sombrío, pero no me atrevo ni a deplorar el hecho pasado, ni a abstenerme de subrayarlo, y hasta de vanagloriarme aquí de él) de que mi condición de crustáceo decrepito y paralizado de estos últimos años sea el resultado, la consecuencia indubitable, desde hace casi dos décadas ya, de haber sometido al cuerpo y la sensibilidad a un exceso de acción y de emociones, sin parar, durante 1862, 63, 64 y 65, cuando visitaba y atendía a los voluntarios heridos y enfermos de ambos ejércitos, en campaña o en combate, o al acabar estos, o en hospitales o en los campos de batalla, al sur de la ciudad de Washington, o aquí o en otras partes. Fueron años de pasión, tristes, torturados; los voluntarios, de todos los estados, del Norte y del Sur; los heridos, los que sufrían, los agonizantes; los veranos y las marchas sofocantes, agotadores; las batallas, las carnicerías; las zanjas pronto llenas de miles de cadáveres, casi todos desconocidos. ¿Sabrá la América del futuro, se dará cuenta alguna vez esta vasta y próspera Unión del precio que se ha tenido que pagar por conseguirla, de esas hecatombes de muertos en

combate, de esos tiempos de los que, oh, lector lejano, este libro no es, en fin, sino un recuerdo, un monumento conmemorativo, que te transmito hoy a ti?



## ACERCA DEL AUTOR

WALT WHITMAN, (West Hills, Nueva York, 31 de mayo de 1819 – Camden, Nueva Jersey, 26 de marzo de 1892). Fue un poeta, ensayista, periodista y humanista estadounidense. Su trabajo se inscribe en la transición entre el trascendentalismo y el realismo filosófico, incorporando ambos movimientos a su obra. Whitman está entre los más influyentes escritores del canon estadounidense (del que ha sido considerado su centro) y ha sido llamado el padre del verso libre. Su trabajo fue muy controvertido en su tiempo, particularmente por su libro *Hojas de hierba*, descrito como obsceno por su abierta sexualidad.

Nacido en Long Island, trabajó como periodista, profesor, empleado del gobierno y enfermero voluntario durante la Guerra Civil estadounidense. Al inicio de su carrera, también produjo una novela, *Franklin Evans* (1842). Su obra maestra, *Hojas de hierba*, fue publicada en 1855, costeadada por él mismo. El libro fue una tentativa de tender los brazos hacia el ciudadano común con una épica americana. La obra fue revisada y ampliada durante el resto de su vida, siendo publicada la edición definitiva en 1892. Luego de un derrame al final de su vida, se trasladó a Camden, Nueva Jersey, donde su salud empeoró. Murió a los 72 años y su funeral se convirtió en un espectáculo público.

## Notas

[1] Jorge Luis Borges, prólogo a Walt Whitman, Hojas de hierba, Barcelona, Lumen, 1991, p. 7.

[2] Sam Abrams, «Whitman», en Lecciones de Literatura Universal, Jordi Llovet (ed.), Madrid, Institut d'Humanitats de Barcelona y Ediciones Cátedra, 1995, p. 646.

[3] Concha Zardoya, prólogo a Walt Whitman, Cantando a la primavera, Madrid, Vitrubio, 2013 (ya edición), p. 11.

[4] En otro punto de esta biografía poética, Whitman escribe: «Me encontré poseído [...] por un deseo y una convicción especiales [...]. Y era éste el sentimiento o la ambición de articular y expresar fielmente, de forma literaria o poética, y sin concesión alguna, mi propia Personalidad física, emocional, moral, intelectual y estética, enmarcada por el espíritu y los acontecimientos trascendentales de aquellos días y de la América de entonces, y en correspondencia con ellos, y de explotar esa Personalidad, identificada con aquel lugar y aquella fecha, de una forma más amplia y sincera que ningún otro poema o libro escrito hasta entonces. [...] [Hojas de hierba] refleja la identidad, las pasiones, las observaciones, las creencias y los pensamientos de un solo hombre —el autor—, apenas teñidos por matiz alguno de ninguna otra creencia, ni de ninguna otra identidad».

[5] Entre las muchas biografías del poeta, las más destacadas quizá sean las siguientes: Gay Wilson Allen, *The Solitary Singer. A Critical Biography of Walt Whitman*, Nueva York, McMillan, 1955 [edición corregida en 1985]; Adrien Stoutenburg y Laura Nelson Baker, *Listen America. A Life of Walt Whitman*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1968; Justin Kaplan, *Walt Whitman: A Life*, Nueva York, Simon and Schuster, 1980; Paul Zweig, *Walt Whitman: The Making of a Poet*, Nueva York, Basic Books, 1984; Phillip Callow, *From Noon to Starry Night: A Life of Walt Whitman*, Chicago, Ivan R. Dee, 1992; Gary Schmidgall, *Walt Whitman: A Gay Life*, Nueva York, Dutton, 1997; y Jerome Loving, *Walt Whitman: The Song of Himself*, Berkeley, University of California, 2000 (del que hay edición española: *Walt Whitman: el canto a sí mismo*, traducción de Carlos Roche Suárez, Barcelona, Paidós, 2002). Son también muy útiles la biografía ([http://www.whitmanarchive.org/biography/walt\\_whitman/index.html](http://www.whitmanarchive.org/biography/walt_whitman/index.html)) y la cronología (<http://www.whitmanarchive.org/biography/chronology.html>) de The Whitman Archive.

[6] Lo cuenta Guillermo de Torre en el epílogo a Walt Whitman, *Canto a mí mismo*, traducción y prólogo de León Felipe, Buenos Aires, Losada, 1998, p. 113, citando a Cameron Rogers.

[7] Hay edición española: *Walt Whitman, Franklin Evans, el borracho*, edición de Carme Manuel, Madrid, Cátedra, 2012.

[8] Así se lo confiesa a Horace Traubel, que lo recoge en *With Walt Whitman in Camden* («Con Walt Whitman en Camden»), vol. I, Boston, Small, Maynard & Co., 1906, p. 93.

[9] Robert D. Faner ha explicado hasta qué punto la ópera moldea la poesía de Whitman en *Walt Whitman and Opera* («Walt Whitman y la ópera»), Filadelfia, Pennsylvania University Press, 1951.

[10] Citado por José Antonio Gurpegui en la introducción a *Walt Whitman, Hojas de hierba*, traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, p. 36.

[11] Neil McKenna, *The Secret Life of Oscar Wilde* («La vida secreta de Oscar Wilde»), Londres, Century, 2003, p. 33. Wilde dio cuenta del impacto que le había causado la poesía de Whitman en «El Evangelio según Walt Whitman», recogido en *Impresiones de Yanquilandia*, traducción de Susana Carral, Madrid, Rey Lear, 2012, pp. 58-69.

[12] <http://www.saylor.org/site/wp-content/uploads/2011/11/SAYLOR-ENGL405-2.1-POET.pdf>.

[13] *Ibíd.*

[14] Con ser importante, Emerson no fue el único que lo inspiró para convertirse en el poeta de América. En una anotación de 1854 de su cuaderno personal, Whitman confiesa haberse sentido electrizado por algunos pasajes de *A Life Drama* («Un drama de la vida»), del escocés Alexander Smith, en el que se anuncia la llegada de un gran poeta, y cuyo influjo se observa en el prólogo de la primera edición de *Hojas de hierba*. También en las novelas de George Sand, leídas y apreciadas por Whitman, se recrea la figura del poeta como bardo. En conjunto, el peso de los románticos ingleses, de los idealistas alemanes, de las literaturas sagradas, de la épica oriental y de las diversas doctrinas religiosas que conoció o compartió, desde el cuaquerismo hasta el trascendentalismo, es apreciable en su obra.

[15] Según el crítico estadounidense, la canonicidad de Whitman «descansa en su capacidad de alterar de modo permanente lo que podríamos denominar la imagen norteamericana de la voz. Uno puede oír la voz de Whitman en Hemingway, probablemente sin intención por parte de Hemingway, de una manera casi tan arrolladora como puede oír la en poetas que, por lo demás, nada tienen en común. La voz que en nuestra literatura contemporánea se alza en soledad, herida o estoica, tiende a asumir tonalidades whitmanianas» (Harold Bloom, *El canon occidental*, traducción de Damián Alou, Barcelona, Anagrama, 2004 [3a ed.], p. 288). Ezra Pound lo ha dicho en términos muy parecidos, refiriéndose a sí mismo: «Leo [a Whitman] (en muchos pasajes) y siento un dolor agudo, pero, cuando escribo de ciertas cosas, me descubro usando sus ritmos» (*What I feel for Walt Whitman* [«Lo que siento por Walt Whitman»], <http://www.poets.org/poetsorg/text/what-i-feel-about-walt-whitman>). La influencia de Whitman en la literatura en lengua inglesa, en general, y en la literatura norteamericana, en particular, ha sido enorme, hasta el punto de que, como ha dicho Roy Harvey Pearce, desde *Hojas de hierba* «toda la poesía americana es, en esencia, si no en sustancia, una sucesión de debates con Walt Whitman» (*The Continuity of American Poetry* [«La continuidad de la poesía americana»], Princeton, Princeton University Press, 1961, p. 57), con hitos tan señalados como «Un pacto» y los *Cantos*, de Ezra Pound; *Poemas de Chicago*, de Carl Sandburg; *Antología de Spoon River*, de Edgar Lee Masters; *El puente*, de Hart Crane; «Oda a Walt Whitman», de Stephen Vincent Benet; *Aullido* y «Un supermercado en California», de Allen Ginsberg, entre muchas otras obras singulares, además de la influencia que ha ejercido en T. S. Eliot, Wallace Stevens, William Carlos Williams, Robert Creeley, Charles Olson, Robert Duncan y John Ashbery, entre otros.

[16] Borges lo resume bien en el prólogo a su traducción de *Hojas de hierba*: «¡Cómo cantar de un modo condigno a esa nueva fe de los hombres! Había una respuesta evidente [...]. Urdir laboriosamente una oda o tal vez una alegoría, no desprovista de interjecciones vocativas y de letras mayúsculas. Whitman, felizmente, la rechazó. Pensó que la democracia era un hecho nuevo y que su exaltación requería un procedimiento no menos nuevo» (op. cit., p. 8).

[17] Sam Abrams, «Whitman», art. cit., p. 651.

[18] Entrevista con Rita Guibert, *Life en Español*, Nueva York, 11 de marzo de 1968, vol. 31, núm. 5.

[19] «Sigue Whitman una ley, digámoslo así, fantástica. Expresa un pensamiento, un impulso, una imagen, y se acabó, a otro verso. Canta por oleadas de fantasía [...] y la armonía se dilata de unidad en unidad. [...] [Sus pensamientos] valen por sí mismos, y ya afloran por un instante o bien a lo largo de veinte páginas, nunca se confunden ni se entorpecen unos a otros, a no ser que el cansancio o algún obstáculo mental del poeta lo permita» (Cesare Pavese, *La literatura americana y otros ensayos*, traducción de Elcio di Fiori, Barcelona, Ediciones B, 1987, pp. 170-171).

[20] Pavese ha ridiculizado alguno de estos intentos: «A Whitman no se le da bien la imagen, y quien recuerde el “nido resguardado, con dos huevos iguales” y “el cinturón que ensarta los inmensos lagos ovalados” (supongo que para sujetar los pantalones de los Estados Unidos) se convencerá sin más de ello» (ibíd., p. 183).

[21] Emilio Adolfo Westphalen, «Sobre la concepción de la poesía, con el ejemplo de Whitman», en *La poesía los poemas los poetas y otros ensayos*, prólogo de Jorge Rodríguez Padrón, Madrid, Huerga & Fierro, col. Signos, 2010, p. 167.

[22] Que han recibido tantos elogios como denuestos; entre las críticas, del propio Emerson, su padre intelectual y mentor, que había escrito en *El poeta* que «meras listas de palabras están llenas de sugerencias para una mente despierta e imaginativa» (op. cit.), pero que después dijo de Whitman que se había puesto a cantar un himno a su país, y que sólo había conseguido redactar un inventario. Por su parte, Borges desdeña «la parte más desarmable de su dicción: las complacientes enumeraciones geográficas, históricas y circunstanciales que enfiló Whitman para cumplir con cierta profecía de Emerson, sobre el poeta digno de América» (Jorge Luis Borges, *Discusión*, Madrid, Alianza, 1976, p. 45).

[23] Y añade Bloom: «Cuando Whitman lleva a cabo ese inventario, se recuerda a sí mismo, siguiendo a Emerson, que él no es parte de la creación, o, mejor dicho, que lo mejor y más antiguo que hay en él se remonta a antes de la creación. El “inventario” se convierte en la metáfora de Whitman para la gnosis, el conocimiento intemporal de la religión norteamericana. Por extensión, el inventario de Whitman es su primer tropo canónico y centra nuestra literatura nacional» (op. cit., p. 299).

[24] Bloom afirma: «Whitman poseía una inteligencia sagaz, ingeniosa y llena de recursos, pero no manifestó más originalidad cognitiva que Tennyson [...]. Su originalidad hay que buscarla en otra parte: innovaciones formales, actitud, estilo, cartografía psíquica, perspectiva visionaria» (op. cit., p. 292). José Antonio Gurpegui coincide con el autor de *El canon occidental*: «en los aspectos formales [...] habita el alma de la originalidad del libro» («Introducción», op. cit., p. 52). También Manuel Villar Raso: «Su trascendencia, más que en las ideas, estaba en un lenguaje que, siguiendo a Burns y a Wordsworth, debió de producir ampollas y no pocos sinsabores» («Introducción» a *Walt Whitman, Hojas de hierba*, Madrid, Alianza, 2012 [3a ed.], p. 12).

[25] De hecho, en sus primeros años como periodista, Whitman se opuso al abolicionismo, pero, a partir de 1848, se expresó en contra de que la esclavitud se extendiera por los territorios del Oeste, suscribiendo las posiciones del partido de la Tierra Libre —aunque no porque defendiera a los afroamericanos, sino porque quería que hubiera más oportunidades de trabajo para los blancos—. Sus lecturas de Emerson le hicieron cambiar de opinión y, desde los años cincuenta, abogó por la abolición de la esclavitud, aunque no estaba de acuerdo con que los negros libres pudieran votar, una opinión muy extendida en su época, y le preocupaba el creciente número de diputados negros.

[26] Como ha subrayado Emilio Adolfo Westphalen, «la poesía de Whitman estaba dirigida a este sujeto complejo, variable, nada fijo que es una persona humana [...]. Pero cuando Whitman hablaba de “democracia”, cuando presentaba a los hombres en masse, entendía primero y sobre todo un conjunto de esas personas libres y despabiladas, sobre quienes no hacen mella odiosidades y resentimientos, unidas en

sus profundas raíces “por el amor de los camaradas”, en relación íntima de afecto, reconociéndose cada una como distinta y como única, pero palpitando en todas la misma fibra fraterna, la misma solidaria simpatía» (op. cit., p. 171).

[27] Harold Bloom, op. cit., p. 299.

[28] Horace Traubel, *With Walt Whitman in Camden*, op. cit., p. 372.

[29] Ezra Pound, *What I feel for Walt Whitman*, op. cit.

[30] Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972 (3a edición), p. 297.

[31] La primera conferencia de este ciclo fue «Muerte del presidente Lincoln», reproducida en el apartado de prosa de esta edición.

[32] Estas referencias previas están recogidas en Anne Fountain, «Autores norteamericanos asumidos por Martí», en José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, edición crítica de Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez, coordinadores, allca XX, 2003, pp. 1916-1917.

[33] Importa subrayar que en 1887, muy poco después de la conferencia en el teatro Madison, Martí fue elegido presidente del Comité Ejecutivo encargado de coordinar las acciones de los emigrados cubanos en los Estados Unidos. Como ha señalado Nicolás Magaril, «es en el marco de su acción revolucionaria concreta donde se aprecia cabalmente ese entusiasmo por la prédica libertaria de Hojas de hierba, por el espíritu de rebeldía y camaradería, el orgullo americanista y republicano, el desenfado sensual absuelto del cargo de sodomía, la visión ecuménica y armónica del cosmos, la capacidad de percepción omnímota y la organización lírica de un volumen virtualmente infinito de realidad histórico-política, antropológica y natural, y la energía inédita de ese verso libre al que calificó como de “entre hebraico y aborigen”» («José Martí y Pedro Mir: Walt Whitman en el Caribe», <http://blogs.ffyh.unc.edu.ar/centenariojoselezamalima/files/2010/02/nicolas-magaril.pdf>).

[34] Todas las citas corresponden a José Martí, «El poeta Walt Whitman», en José Martí, *En los Estados Unidos. Periodismo de 1881 a 1892*, op. cit., pp. 855-863. «El poeta Walt Whitman» ha sido objeto de diversos estudios: Avicoli, Franco, «Análisis semántico de cuatro textos martianos», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 9, 1986, pp. 107-140; Carpentier, Alejo, «Martí y Walt Whitman», en *Letras y Solfa. Literatura. Autores, compilación, prólogo e índices de América Díaz Acosta*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1997, pp. 183-184; Cruz, Mary, «Centenario de “El poeta Walt Whitman” de Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, núm. 1.º, 1987, pp. 136-158; Jorge Viera, Elena, *Letra de Martí*, «Estética martiana de los Versos libres y “El poeta Walt Whitman”», *Revolución y Cultura*, La Habana, núm. 7, julio, 1986, pp. 12-17; Mejía Sánchez, Ernesto, «Las relaciones literarias interamericanas: el caso Martí-Whitman-Darío», en *Casa de las Americas*, La Habana, año 7, núm. 42, mayo-junio, 1967, pp. 52-57 (incluido en *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1996, pp. 363-369); Quirarte, Martí, «Comentarios de Martí sobre Whitman», *Anuario. Estudios Angloamericanos*, México, 1969, pp. 145-146; Rabassa, Gregory, «Walt Whitman visto por José Martí», en *La Nueva Democracia*, año 39, núm. 4, octubre, 1959, pp. 88-93; Vitier, Cintio, «Prólogo», en *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, Departamento de Colección Cubana, 1970, tomo II; entre otros.

[35] Rubén Darío, *Los raros, Obras completas*, vol. VI, Madrid, Mundo Latino, 1918, p. 238.

[36] Recogido por Raúl Silva Castro en *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile*, Santiago de Chile, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, p. 247-254; la cita se encuentra en las pp. 249-250.



- [37] Rubén Darío, Páginas escogidas, edición de Ricardo Gullón, Madrid, Cátedra, 1984 (3a edición), p. 54.
- [38] Enrique Gómez Carrillo, Whitman y otras crónicas, Washington-México, Unión Panamericana, 1950, p. 21.
- [39] Leopoldo Lugones, Las montañas del oro, Buenos Aires, Imprenta Jorge A. Kern, 1897, p. 15.
- [40] Rubén Darío, Páginas escogidas, op. cit., p. 59.
- [41] *Ibíd.*, p. 102.
- [42] Juan Ramón Jiménez, Españoles de tres mundos, Madrid, Alianza, 1987, p. 57.
- [43] Muy recientemente ha aparecido la primera traducción de la edición completa de Hojas de hierba en catalán, a cargo de Jaume C. Pons Alorda: *Fulles d'herba*, Barcelona, Edicions de 1984, 2014.
- [44] Guillermo de Torre, «Hermeneusis y sugerencias. Un poeta energético», *Cervantes*, diciembre de 1918, p. 71.
- [45] Los versos transcritos de *Leaves of Grass* son: «Las miríadas silenciosas / Los océanos silenciosos donde confluyen los ríos / Las innumerables entidades libres y distintas / Las verdaderas realidades son las imágenes» (Guillermo de Torre, *Hélices. Poemas (1918-1921)*, Madrid, Mundo Latino, 1923, p. 10).
- [46] *Ibíd.*, p. 15.
- [47] Todas las citas anteriores, en Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia*, edición de José María Barrera López, Sevilla, Renacimiento, 2001, pp. 383-389.
- [48] *Ibíd.*, p. 385.
- [49] El de Eugenio Montes se titula «El Atlante», y apareció en el número de *Cervantes* de mayo de 1919. Entre otras razones turbulentas, Montes sostiene lo siguiente: «El *Leaves of Grass* es la secreción de un exceso de vida que desbordaba los límites de su alma, el superávit de un mundo que propugnaba por romper los hitos marcadores de las delimitaciones en su psiquis. Todo el sentido conturbado de superdionisiaco fluido dinámico, que asume la iniciación de un ditirambo al esfuerzo y una plegaria fervorosa al novísimo culto de nuestra señora la Fuerza, es una epigonía en forma de reacción a su humanitarismo primigenio, pleno de ademanes compasivos» ([http://www.archive.org/stream/cervantesrev1919mayaugmadruoft/cervantesrev1919mayaug-madruoft\\_djvu.txt](http://www.archive.org/stream/cervantesrev1919mayaugmadruoft/cervantesrev1919mayaug-madruoft_djvu.txt)). Por su parte, César A. Comet publica «Walt Whitman (31 de mayo de 1819)» en *Grecia* (año II, núm. 17, de 31 de mayo de 1919, p. 9), y establece un curioso paralelismo con Juan Ramón Jiménez en la valoración de Whitman: «Y así, cuando, porque nos acompañes por más tiempo vivo, como el florido Juan Ramón vayamos a contemplar la casa en que naciste con tus poemas sobre el Atlántico, no nos sorprenderemos de que a los habitantes de Long Island les extrañe que prefiramos visitar tu morada mejor que la de Roosevelt [sic]; y cuando, como Juan Ramón, veamos aparecer ante nosotros “un hombre alto, lento y barbudo, en camisa y con sombrero ancho, como el retrato juvenil de Whitman”, y ese hombre nos reciba hosco y despectivo, diciéndonos que él “no sabe quién es Whitman; que él es polaco, que la casa es suya y que no tiene ganas de enseñársela a nadie”, quedaremos serenos y sonrientes y aun agradecidos, porque a nuestra memoria acudirán tus frases como un bálsamo confortador: “Existo cual soy: eso me basta. Si nadie lo sabe, eso tampoco amarga mi satisfacción. Y, si lo saben todos, igual es mi satisfacción”. Y volveremos con el corazón regocijado. Cantaremos, cual tú, plenos de plenitud, a la locomotora, a las chispas que emergen de la rueda del afilador, que como un dios crea un Universo de astros; a la vía pública, que nos conduce; a la bandera, que nos saluda y llama con su ala única; a los pioneros, taladores de selvas vírgenes; a la ciudad, al labrador, a los ejércitos, a la pradera, al depósito de cadáveres: a todo cuanto es

deslumbrador y cotidiano» (recogido en Grecia. Revista de Literatura (1918-1920), edición de José María Barrera López, Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27, 1998).

[50] «El canto adámico» —no «adánico», como escribe De Torre— es un relato de Unamuno, publicado en Los Lunes de El Imparcial, de Madrid, el 6 de agosto de 1906, y recogido en El espejo de la muerte, de 1913, en el cual el autor de La agonía del cristianismo vincula la obra de Whitman con la génesis del mundo y con el Génesis bíblico: «Fue esto en una tarde bíblica, ante la gloria de las torres de la ciudad, que reposaban sobre el cielo como doradas espigas gigantescas, surgiendo de la verdura que viste y borda al río. Tomé las Hojas de yerba —Leaves of Grass—, de Walt Whitman, este hombre americano, enorme embrión de un poeta secular, de quien Roberto Luis Stevenson dice que, como un enorme perro lanudo al que acabaran de desatar, recorría las playas del mundo ladrando a la luna; tomé estas hojas y traduje algunas a mi amigo, ante el esplendor silencioso de la ciudad dorada. Y mi amigo me dijo: —Qué efecto tan extraño causan esas enumeraciones de hombres y de tierras, de naciones, de cosas, de plantas... ¿Es eso poesía? Y yo le dije: —Cuando la lírica es sublime y espiritualizada, acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos [...]. ¡Poner nombre! Poner nombre a una cosa es, en cierto modo, adueñarse espiritualmente de ella. Este mismo Walt Whitman, cuyas Hojas de hierba aquí tenemos, al decir en su “Canto a la puesta del sol” estas palabras: “Respirar el aire, ¡qué delicioso! ¡Hablar! ¡Pasear! ¡Coger algo con la mano!”, pudo añadir: “Dar nombre a las cosas, ¡qué milagro portentoso!”» (Miguel de Unamuno, El espejo de la muerte (novelas cortas), Madrid, Renacimiento, sin fecha de edición, pp. 209-211). «El canto adámico» no es el único trabajo de Unamuno sobre Whitman. Es interesante, también, el artículo «Abraham Lincoln y Walt Whitman», publicado en Nuevo Mundo, de Madrid, el 23 de agosto de 1918. Para una revisión general de la presencia de Whitman en la obra de Unamuno, es recomendable «Walt Whitman y Unamuno», de Manuel García Blanco, en Atlántico. Revista de Cultura Contemporánea, núm. 2, Madrid, Casa Americana, 1956, pp. 5-47.

[51] Así lo precisa en el epílogo a Walt Whitman, Canto a mí mismo, op. cit., p. 116; y añade: «También el mismo autor, en un capítulo de otro libro, Hermann encadenado, y al glosar el concepto antropocéntrico de Whitman, testimonia su comprensiva devoción al gran poeta» (ibíd).. En este mismo epílogo, De Torre amplía aquella nómina de ultraístas influidos por Whitman que había dado en 1923 con «un poeta desvinculado de aquel grupo, no obstante sus intenciones afines. Alu

do al malogrado Ramón de Bastera y a su libro Virulo: Mediodía. [...] Reléase [...] su serie titulada “Nuevo fabulario”, cuya ambición épica evoca por momentos el poema “Crossing Brooklyn Ferry” de Whitman» (ibíd)..

[52] Así lo confiesa en «Credo de poeta», una de las seis conferencias que incluye en Arte poética, traducción de Justo Navarro, Barcelona, Crítica, 2001, p. 126.

[53] Jorge Luis Borges, Un ensayo autobiográfico, edición del centenario (1899-1999), ilustrado con imágenes de su vida, prólogo y traducción de Aníbal González, epílogo de María Kodama, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores/Emecé, 1999, p. 40. En este mismo volumen, Borges llama a Whitman «héroe literario», junto con Poe, Swedenborg, Heine, Camões, Jonathan Edwards y Cervantes (ibíd., p. 82).

[54] Jorge Luis Borges, Discusión, Madrid, Alianza, 1976, p. 45.

[55] Ibíd., p. 105.

[56] Ibíd., pp. 105-106.

[57] Ibíd., p. 109.

[58] Jorge Luis Borges, Nueva antología personal, Buenos Aires, Emecé, 1968, p. 33.

[59] Dieciséis poemas de Hijos de Adán, seis de Cálamus, uno de Riachuelos de otoño, uno de Cantos de despedida y el poema «Al partir de Paumanok».

[60] Jorge Luis Borges, prólogo a Walt Whitman, Hojas de hierba, op. cit., p. 7.

[61] *Ibíd.*, p. 8.

[62] *Ibíd.*, pp. 8-9.

[63] Citado por Cedomil Goic en Vicente Huidobro, Obra poética, edición crítica de Cedomil Goic, coordinador, alca XX, 2003, p. 319.

[64] *Ibíd.*, 320.

[65] *Ibíd.*, 341.

[66] *Ibíd.*, 734.

[67] Félix Hangelini, «La vida es un viaje en paracaídas», Temas, núm. 22-23, julio-diciembre 2000, pp. 181-190. Con relación al punto tercero, de los cinco analizados, Hangelini compara un fragmento final del prefacio de Altazor con un pasaje del poema «La última invocación». El primero dice: «¿Habéis oído? ése es el ruido siniestro de los pechos cerrados. / Abre la puerta de tu alma y sal a respirar al lado afuera. Puedes abrir con un suspiro la puerta que haya cerrado el huracán» (Vicente Huidobro, Obra poética, op. cit., p. 735). El segundo: «En el último instante, con ternura, / de los muros de la poderosa casa fortificada, / del abrazo de los cerrojos echados, de las profundidades de las puertas bien cerradas, / que el viento me lleve. // Quiero deslizarme en silencio y salir, / descorrer los cerrojos con la llave de la suavidad y abrir, / con un susurro, las puertas de par en par, oh, alma. // Con ternura, sin impaciencia / (me ciñes con fuerza, oh, carne mortal; / me ciñes con fuerza, oh, amor)». Hangelini señala asimismo varios rasgos expresivos comunes al norteamericano y al chileno: la repetición, la interpelación, el tono declamatorio, la sintaxis irregular y compleja, «en el caso whitmaniano por su carácter agreste, y en el huidobriano por la experiencia de la vanguardia en el irrespeto a los signos de puntuación» (Hangelini, «La vida es un viaje en paracaídas», art. cit., p. 187), y la creación de neologismos.

[68] Pablo Neruda, Canto general, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 243-244.

[69] *Ibíd.*, p. 239.

[70] Selena Millares, Neruda: el fuego y la fragua, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008, p. 25.

[71] Pablo Neruda, Nuevas odas elementales, Buenos Aires, Losada, 1969 (2a edición), p. 172.

[72] *Ibíd.*, p. 174.

[73] *Ibíd.*, p. 175.

[74] Pablo Neruda, Una casa en la arena, Barcelona, Lumen, 1984 (3a edición), sin número de página.

[75] Pablo Neruda, Fin de mundo, Buenos Aires, Losada, 1976 (4a edición), p. 73.

[76] Pablo Neruda, Invitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena, Buenos Aires, Grijalbo, 1974, p. 11. No sólo en la poesía, sino también en su obra en prosa y en sus memorias reconoce Neruda la importancia de su deuda con Whitman. Entre otros testimonios que recoge Selena Millares en su

documentado estudio, cabe subrayar el discurso pronunciado ante el PEN Club de Nueva York en abril de 1972, en el que califica a Whitman de «moralista lírico» y de «cantor torrencial y didáctico», y revela que lo descubrió a los quince años, y que es, desde entonces, su «más grande acreedor». Y añade: «Es el primer poeta totalitario y es su intención no sólo cantar, sino de imponer su extensa visión de las relaciones de los hombres y de las naciones» (citado por Selena Millares, *Neruda: el fuego y la fragua*, op. cit., p. 25). En las memorias de Neruda, *Confieso que he vivido*, escribe: «Si mi poesía tiene algún significado, es esa tendencia espacial ilimitada, que no se satisface en una habitación. Mi frontera tenía que sobrepasarla yo mismo; no me la había trazado en el bastidor de una cultura distante. Yo tenía que ser yo mismo, esforzándome por extenderme como las propias tierras en donde me tocó nacer. Otro poeta de ese mismo continente me ayudó en este camino. Me refiero a Walt Whitman, mi compañero de Manhattan» (Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memoria*, Barcelona, Seix Barral, 1974, p. 364). Más adelante, habla del «héroe positivo» que reconoce en Whitman y Maiakovski, y que ambos encontraron «en las turbulentas trincheras de las guerras civiles» (ibíd., p. 404). Por fin, recuerda uno de los mandatos de Whitman para rechazar las etiquetas intelectuales y las discusiones estéticas: «“Que nada exterior llegue a mandar en mí”, dijo Walt Whitman» (ibíd., p. 459).

[77] Ian Gibson, *Lorca y el mundo gay*, Barcelona, Planeta, 2009, p. 242.

[78] Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*, edición de Andrew A. Anderson, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013, p. 268.

[79] Ian Gibson, *Lorca y el mundo gay*, op. cit., p. 252.

[80] Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*, op. cit., p. 270.

[81] *Ibíd.*

[82] Esto opina, entre otros, Francisco Alexander: «El Canto a mí mismo, de León Felipe, es una traducción original y personalísima del *Song of Myself*; tanto, que más es paráfrasis que traducción. En realidad, a este trabajo, de elevada calidad poética, habría que considerarlo y juzgarlo como obra original de León Felipe, más que como traducción de Whitman, de quien toma, sin embargo, impulsos, estímulos y las características formales. En los pasaje [sic] en que el poeta español interpreta a Whitman como traductor, no siempre es afortunado, tal vez a causa de un conocimiento insuficiente de la lengua inglesa, quizá también porque no estuvo muy familiarizado con el peculiar estilo de Whitman, molesto y rebelde para quienquiera que intente traducirle» (preámbulo a *Walt Whitman, Hojas de hierba*, Madrid, Visor, 2006, pp. 13-14).

[83] Citado por Marietta Gargatagli en «Borges escribe sobre Whitman», *El Trujamán. Revista diaria de traducción*, 30 de diciembre de 2013 (Centro Virtual Cervantes: F:\Whitman\Borges escribe sobre Whitman, por Marietta Gargatagli.htm). No es la única reacción negativa a la actividad traductora de Felipe. Hay que contabilizar también la de Luis Cernuda, que escribe: «Al leer las traducciones o adaptaciones que [...] hace León Felipe, nuestra sorpresa dolorosa acaso sea igual a la de don Quijote al ver transformada a Dulcinea en labradora manchega» (*Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1972, p.126), y la de Fernando Alegría, que en «Canto a mí mismo. Variaciones de León Felipe sobre un tema de Walt Whitman», publicado en 1952 en la revista chilena *Atenea*, reprocha al español «la estridencia que se sobreimpone a una poesía de suyo sobria, así como la agresividad y una individualidad incómoda que refleja la traducción, que sería un canto a León Felipe más que a Walt Whitman», como ha recordado Juan Frau en «Una traducción polémica: León Felipe ante la obra de Shakespeare y Whitman» (*Hermeneus. Revista de Traducción e Interpretación*, núm. 4, 2002, p. 22).

[84] Todas las citas anteriores, Marietta Gargatagli, «Borges escribe sobre Whitman», art. cit.

- [85] León Felipe, *Ganarás la luz*, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 118-119.
- [86] *Ibíd.*, pp. 119-120.
- [87] Walt Whitman, *Canto a mí mismo*, traducción y prólogo de León Felipe, *op. cit.*, p. 10.
- [88] *Ibíd.*, p. 16.
- [89] León Felipe, *Ganarás la luz*, *op. cit.*, p. 135.
- [90] Walt Whitman, *Canto a mí mismo*, traducción y prólogo de León Felipe, *op. cit.*, pp. 10-11.
- [91] *Ibíd.*, p. 11.
- [92] *Ibíd.*
- [93] *Ibíd.*, p. 13.
- [94] *Ibíd.*, p. 14.
- [95] *Ibíd.*, p. 16.
- [96] *Ibíd.*, p. 9-20.
- [97] Pablo de Rokha, *Los gemidos*, Santiago de Chile, LOM, 1994 (2a edición), p. 39.
- [98] Andrés Morales, «Walt Whitman en la poesía chilena contemporánea», <http://apuntescatedrapoesiahispanoamericana.blogspot.com.es/2010/10/walt-whitman-en-la-poesia-chilena.html>.
- [99] <http://www.jmarcano.com/poesia/poetamp/p1nir3.html>
- [100] Iván Carrasco M., «Canto cósmico de Cardenal: un texto interdisciplinario», *Estudios Filológicos*, núm. 39, septiembre 2004, pp. 129-140 ([http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?pid=S0071-1713-2004000100007&script=sci\\_arttext](http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?pid=S0071-1713-2004000100007&script=sci_arttext)).
- [101] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00016.html>
- [102] Todas las citas anteriores, *ibíd.*
- [103] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00022.html>
- [104] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00024.html>
- [105] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00038.html>. Fanny Fern era el seudónimo de Sara Payson Willis, una activista en favor de los derechos de las mujeres que había publicado en 1853 *Fern Leaves from Fanny's Portfolio* [«Hojas de helecho de la carpeta de Fanny»], un libro que se hizo muy popular, y cuya cubierta imita la de la primera edición de *Hojas de hierba*. Whitman y Willis se hicieron muy amigos.
- [106] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00028.html>
- [107] El fuego era un recurso habitual entre quienes abominaban de *Hojas de hierba*: el poeta John Greenleaf Whittier arrojó a la hoguera el ejemplar de la primera edición que estaba leyendo, según James Miller (*Walt Whitman*, Nueva York, Twayne, 1962, p. 27), y Thomas Wentworth Higginson escribió: «No constituye un descrédito que Whitman haya escrito este libro; lo es que no lo haya quemado inmediatamente».

a continuación», como recoge Dorothy C. Broaddus (*Genteel Rhetoric: Writing High Culture in Nineteenth-Century Boston* [«Retórica gentil: escribiendo alta cultura en el Boston del siglo diecinueve»], Columbia, University of South Carolina Press, 1999, p. 76).

[108] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1855/anc.00030.html>. Que Whitman estaba loco es algo que también repiten muchos: un comentarista anónimo del Boston *Intelligencer* escribe en una reseña del 3 de mayo de 1856: «[Hojas de hierba] no debería admitirse en ningún lugar donde la humanidad exija respeto, y su autor debería ser expulsado de toda sociedad decente, como si fuera menos aún que una bestia. Este incoherente balbuceo carece tanto de ingenio como de método, y nos parece obra de un lunático escapado de algún manicomio, que desvaría con delirio lamentable» (<http://www.whitmanarchive.org/published/LG/1856/poems/44>).

[109] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1856/anc.00031.html>

[110] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1860/anc.02004.html>

[111] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1871/tei/anc.00199.html>

[112] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/leaves1881/anc.00087.html>

[113] New Haven & London, Yale University Press, 2006.

[114] Citado por Patricio Pron en «Los frutos amargos de la dulce ira», *Revista de Libros*, núm. 180, diciembre de 2011, p. 41.

[115] Whitman Archive, <http://www.whitmanarchive.org/criticism/reviews/drumtaps/anc.00054.html>

[116] Reproducido en Walt Whitman, edición de Harold Bloom, «Bloom's Classic Critical Views», Nueva York, Infobase Publishing, 2008, p. 69.

[117] <http://www.writing.upenn.edu/~afilreis/88/whitman-per-santayana.html#whitman>

[118] D. H. Lawrence, *Studies in Classic American Literature*, Londres, Penguin, 1977, pp. 171-172.

[119] Robert Louis Stevenson, *Familiar Studies of Men & Books*, Londres, Chatto & Windus, 1896 (11a edición), pp. 91 y 123.

[120] Reproducido, en inglés, en Walt Whitman, edición de Milton Hindus, «The Critical Heritage», Abingdon & Nueva York, Routledge, 2007, pp. 244-245 (la traducción es mía). Hay una traducción española, de Nicolás Salmerón y García, publicada por la Librería Fernando Fé y Hermanos Sáenz de Jubera, de Madrid, en 1902, en dos tomos, y que reproduce en facsímil *Analecta* (Pamplona, 2004).

[121] Cebriá Montoliu, «Walt Whitman», prólogo de *Fulles d'herba*, Barcelona, Biblioteca Popular de L'Aveng, 1909, p. 5.

[122] *Ibíd.*, p. 6.

[123] *Ibíd.*, p. 10. Cebriá Montoliu publicaría posteriormente un libro sobre Whitman: *Walt Whitman, l'home i sa tasca* (Barcelona, Societat Catalana d'Edicions, 1913), del que hay traducción al castellano: *Walt Whitman, el hombre y su obra* (Buenos Aires, Poseidón, 1943).

[124] Armando Vasseur, prólogo a *Poemas*, de Walt Whitman, Valencia, Editorial Sempere y Compañía, 1912, p. 8. Curiosamente, Emerson había definido la poesía de Whitman como una mezcla del *Bhagavad Gita* y el *Herald neoyorquino*.

[125] Francisco Alexander, preámbulo a Walt Whitman, Hojas de hierba, op. cit., pp. 12-13.

[126] Que es la que ha reeditado recientemente la editorial Vitrubio. Véase la nota 3.

[127] Madrid, Aguilar, 1946.

[128] Francisco Alexander, preámbulo a Walt Whitman, Hojas de hierba, op. cit., p. 13.

[129] Rodolfo Rojo, «Notas sobre la traducción» en Walt Whitman, Los poemas «Calamus», Santiago de Chile, Andrés Bello, 1984, p. 8.

[130] Francisco Alexander, preámbulo a Walt Whitman, Hojas de hierba, op. cit., p. 12.

[131] *Ibíd.*, p. 13.

[132] *Ibíd.*

[133] Pese a los errores y omisiones en el texto, los principales defectos de la traducción de Alexander publicada en 2006 son las muchas erratas y el desbarajuste de los espacios entre estrofas, que muy a menudo no respetan los del original.

[134] Rolando Costa Picazo, introducción a Walt Whitman, Hojas de hierba, traducción de Francisco Alexander, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2004, pp. XLVII y XLVIII.

[135] Jorge Luis Borges, prólogo a Walt Whitman, Hojas de hierba, op. cit., p. 11.

[136] Harold Bloom, op. cit., p. 278. Las otras cuatro son «En el transbordador de Brooklyn» (en la segunda edición, con el título «Poema del ocaso»), «Al refluir el océano de la vida» y «De la cuna que se mece eternamente» (en la tercera), y «La última vez que florecieron las lilas en el jardín» (en la cuarta).

[137] Éste es el primero de los muchos extranjerismos que Whitman utiliza en Hojas de hierba, aunque no consta que conociese otro idioma que el inglés. No lo aprendió con sus lecturas de los románticos franceses, ni lo trajo de su estancia en Nueva Orleans en 1848, sino que lo tomó de George Sand.

[138] La fisiognomía es una pseudociencia que tuvo gran predicamento en el s. XIX, y que influyó notablemente en Whitman. De acuerdo con ella, es posible conocer el carácter o la personalidad de alguien por su apariencia externa, y, en particular, por los rasgos de la cara. Por «forma», Whitman suele referirse al cuerpo.

[139] Whitman altera la ortografía del nombre. Los montes Allegheny son una cordillera norteamericana que forma parte de los Apalaches; se la tiene por la más antigua del país. Discurren a lo largo de unos 800 km desde el norte de Pensilvania, atravesando la parte occidental de Maryland y la oriental de Virginia Occidental, hasta el sudoeste de Virginia. También habitan, en este mismo verso, es un neologismo whitmaniano. Proviene, seguramente, de *habitant*, el término francés que designa a los originarios de Canadá y Luisiana de ascendencia francesa.

[140] Un *eidolon* (del griego «εἶδωλον»: imagen, fantasma, aparición), según la mitología griega y la teosofía, es la copia astral de un difunto. Los antiguos griegos imaginaban el *eidolon* como un doble fantasmal del ser humano, que se originaba tras el ingreso del muerto en el Hades. Del término griego se ha derivado «*idolum*» en latín y, de éste, «*ídolo*» en castellano e «*idol*» en inglés. Ésta es una de las definiciones de la palabra, según el Diccionario Webster: «Todo aquello que no tiene sustancia, pero se puede ver, como una sombra o la imagen reflejada en un espejo».

[141] En francés en el original, aunque con la tilde errónea. Es *exalté*: exaltado.

- [142] La dimensión globalizadora, cósmica, del pensamiento de Whitman se plasma en diversos rasgos de su poesía. Alude, así, con frecuencia, al «orbe» como representación de la totalidad de lo existente, y lo transforma, también a menudo, en adjetivo: «órbico».
- [143] Whitman utiliza la forma abreviada y coloquial de referirse al país, los Estados Unidos: «los Estados». Sin embargo, el término también alude a los estados que lo componen.
- [144] Se refiere a Maria Anna Marzia Alboni, más conocida como Marietta Alboni (182.6-1894), prima donna de la ópera de su tiempo y una de las máximas representantes del bel canto italiano clásico. En la temporada 1852-1853, protagonizó diez óperas en Nueva York, a todas las cuales asistió Whitman, que las consideraba la mayor experiencia musical de su vida.
- [145] Imperturbe es otro neologismo whitmaniano.
- [146] Mannahatta es el nombre que los indios algonquinos daban a la isla de Manhattan. Significa «isla grande». Whitman lo utiliza para evocar el espíritu histórico y el pasado natural de la ciudad.
- [147] El término empleado por Whitman es *mechanic*, que significa, como antiguamente «mecánico» en castellano, «operario», «trabajador manual». He optado, a lo largo de todo el libro, por una traducción menos inespecífica, «artesano», en aras de la concisión.
- [148] Paumanok es el nombre asimismo algonquino de Long Island: significa «con forma de pez». Whitman denomina así el lugar donde nació y pasó buena parte de su juventud.
- [149] Whitman había adoptado la costumbre cuáquera de designar los días y meses con números ordinales, y de contar los años a partir de 1776, fecha de la declaración de independencia de los Estados Unidos, porque discrepaba de sus antiguas denominaciones: «los nombres actuales de los días —escribió en un artículo— significan antiguos dioses y diosas; los meses, rituales y emperadores semidesconocidos, y la cronología es ajena a América... Todos estos nombres son expatriados y ofensivos aquí». Así, para los cuáqueros y para él, el Primer día era el domingo, y el Primer mes, enero. La influencia cuáquera en la vida de Whitman proviene de su familia, que, sin pertenecer formalmente a esa confesión, respetaba sus doctrinas y tenía antepasados cuáqueros, como la abuela materna del poeta, Amy Williams Van Velsor, a la que estaba muy unido. Un líder cuáquero radical, Elias Hicks, a una de cuyas conferencias asistió con sus padres en 1829, sostenía que la luz interior que albergaba cada persona la unía directamente con Dios, y que había que tener un confianza ciega en ese yo entrañado, una doctrina que se refleja significativamente en *Hojas de hierba*.
- [150] En español en el original.
- [151] En español en el original. Ésta es una de las palabras del idioma castellano preferidas por el poeta, que la reitera en numerosos poemas.
- [152] El finale es el último pasaje o el movimiento de cierre de una composición musical, normalmente de gran vigor sonoro. Whitman recurre al vocabulario de la música, de la que era devoto, pero acentúa mal la palabra italiana original.
- [153] Latín: «todos».
- [154] Francés: «idilios», «romances», «amoríos».
- [155] Aunque al principio se creyó que este término era una deformación, ya del francés *camarade*, ya del español *camarada*, Michael Moon recuerda en *Leaves of Grass and Other Writings* (p. 19) que, según Louise Pound, se trata, en realidad, de un arcaísmo del inglés, derivado de la palabra española, que Whitman había descubierto en *Waverley*, la novela histórica de Walter Scott, publicada en 1814.



[156] En su sentido habitual, average designa el «promedio aritmético» y también «lo común, lo corriente». Whitman utiliza el término para subrayar la divinidad inherente a los hombres comunes, en una suerte de reedición democrática del aurea mediocritas aristotélico.

[157] Francés: «¡Esposa mía!».

[158] Whitman cita en estos dos versos tres ríos y una bahía de los Estados Unidos. Los ríos son el Columbia, que nace en las montañas Rocosas de la Columbia Británica, en Canadá, discurre por el estado de Washington, y constituye, por fin, buena parte de la frontera entre Washington y Oregon, hasta desembocar en el océano Pacífico; el Colorado, cuyas fuentes se encuentran al pie de las Montañas Rocosas, en el estado al que da nombre, e irriga gran parte de las llanuras desérticas de los estados de Colorado, Utah, Arizona, Nevada, California, Baja California y Sonora, estos dos últimos en México; y el Delaware, que recorre Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Maryland y Delaware, hasta la bahía del mismo nombre, en el océano Atlántico. La bahía de Chesapeake es un enorme estuario, en el que desembocan más de 150 ríos y corrientes de agua, en el estado de Maryland.

[159] Cuatro de los cinco grandes lagos norteamericanos, situados en la frontera entre Canadá y los Estados Unidos. El quinto, que Whitman no cita, es el Superior.

[160] Las Trece Colonias es el nombre dado históricamente a las posesiones coloniales de Gran Bretaña en la costa atlántica de América del Norte, entre Nueva Escocia y Florida, y que, tras la Guerra de Independencia, se unificaron bajo un gobierno independiente, para crear los actuales Estados Unidos. Eran New Hampshire, Massachusetts, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia.

[161] En español en el original.

[162] Para designar a varios de estos estados, Whitman utiliza sus sobrenombres oficiales: «El Estado de Granito», New Hampshire; «El Estado de la Bahía de Narragansett», Rhode Island; y «El Estado Imperial», Nueva York.

[163] Directriz musical, en italiano en el original, que indica un movimiento suave.

[164] Whitman alude, en casi todos los casos, a ríos americanos: el Oconee es un río de Georgia; el Coosa atraviesa Alabama; el Ottawa separa las provincias canadienses de Ontario y Quebec, y da nombre a la capital del país; el Monongahela fluye por la llanura de los Allegheny, al norte de Virginia Occidental y oeste de Pensilvania; el Sauk puede referirse a un lago en Illinois y a tres ríos: en Minnesota, Michigan y Washington; Natchez es una ciudad del estado de Misisipí, a las orillas de río homónimo; el Chattahoochee es otro río de Georgia, que constituye la frontera sur de este estado y Alabama; Kaqueta es, probablemente, el Caquetá, el río amazónico, que discurre por Colombia y Brasil; Oronoco seguramente se refiera al Orinoco, el gran río venezolano, cuyo tramo central constituye la frontera con Colombia; el Wabash discurre por los estados de Illinois, Indiana y Ohio; Miami da nombre a cinco ríos en los Estados Unidos: el gran y el pequeño Miami, afluentes del Ohio, y otros tres, tributarios de Biscayne Bay, Lewey Lake y Tillamook Bay, respectivamente, además de a la ciudad más importante de Florida; el Saginaw es un pequeño curso fluvial del estado de Michigan; Chippewa bautiza otros dos ríos americanos, en los estados de Michigan y Wisconsin; el Oshkosh es un lago glacial de Wisconsin, y también se llaman así sendas ciudades en este estado y el de Nebraska; y el Walla-Walla es un afluente del Columbia, al sureste del estado de Washington. Casi todos ellos designan, asimismo, a las tribus amerindias que vivían en esas regiones.

[165] El Kaw es un río del noroeste del estado de Kansas, también llamado río Kansas. Discurre a lo largo de 240 km, hasta unirse con el río Misuri.

- [166] Atlántica es otro nombre de la Atlántida, el continente mitológico situado entre Europa y América, y desaparecido, en tiempos inmemoriales, en las profundidades del océano. Whitman alude con esta denominación al océano Atlántico.
- [167] Según Michael Moon (p. 27), siguiendo a Joseph Beaver, en esta afirmación hay un eco de las conferencias que impartió en Nueva York el astrónomo de Cincinnati, y general de la Unión durante la Guerra Civil, Ormsby McKnight Mitchel (1809-1862) en 1847.
- [168] Kanuck tiene hoy un sentido peyorativo, pero en la época de Whitman designaba a los canadienses del Quebec, o de origen francés. El tuckahoe es un hongo comestible, también denominado «trufa de Virginia», que abunda en las costas de este estado; por extensión, se denominaba así a los pobladores de esa zona. Cuff era el nombre, de origen africano, que se daba a los varones nacidos en viernes, y que pasó a designar coloquialmente a los negros en el s. XIX.
- [169] En tiempos de Whitman, los conductores de los ómnibus —los carruajes tirados por caballos para el transporte público en Nueva York— buscaban pasajeros levantando el pulgar. Whitman era amigo de muchos de esos cocheros, que a veces lo invitaban a acompañarlos en el pescante del vehículo.
- [170] Estos cuatro versículos se inspiran en el cuadro *The Trapper's Bride* («La novia del trampero»), del pintor Alfred Jacob Miller (1810-1874), de Baltimore. La pintura data de 1850, y se conserva en el Joslyn Art Museum de Omaha, Nebraska.
- [171] Shuffle y break-down son dos bailes populares norteamericanos: el primero, más lento, y el segundo, más dinámico.
- [172] El pato joyuyo (*Aix sponsa*), también conocido como pato de Florida o pato de Carolina, es una especie de ave anseriforme de la familia anatidae. Presenta un marcado dimorfismo sexual: el macho luce colores muy vivos y una elegante cresta en la cabeza; el plumaje de la hembra, en cambio, es mucho más discreto, marrón y gris. Vive principalmente en las costas oriental y occidental de los Estados Unidos, donde frecuenta lagos y pantanos.
- [173] Hojas de hierba está llena de referencias críticas o despectivas a los borrachos y, en general, a los bebedores de alcohol. Whitman creía que la bebida no sólo causaba perjuicios físicos, sino también, y sobre todo, morales, y abogó toda su vida, con algunas oscilaciones, por la abstinencia. A ello contribuyeron las desgraciadas circunstancias de su familia, varios de cuyos miembros —su padre, un hermano y él mismo, en algunos momentos de su vida— tuvieron problemas con el alcohol. Su posición antialcohólica se documenta ampliamente en la novela *Franklin Evans, el borracho*, que publicó, por encargo, en 1842.
- [174] Woolly-pates significa, literalmente, «cabellos ensortijados», una expresión familiar con la que se designaba a los negros de la época.
- [175] Hay dos ríos así llamados en el estado de Michigan: el que discurre por el sureste del estado, hasta desembocar en el lago Erie, y el mucho más corto, de sólo 12 km, que cruza su península septentrional y desemboca en el lago Superior.
- [176] Squaw proviene de la lengua algonquina —es el morfema que significa «mujer»— y designa, en el inglés de los Estados Unidos, a la indígena norteamericana, esto es, a la india, ya sea nombre o adjetivo. Actualmente se considera despectivo.
- [177] El cuatro de julio, la fiesta nacional de los Estados Unidos.
- [178] El río Rojo —a veces llamado río Rojo del Sur para diferenciarlo del otro río Rojo de Norteamérica, el río Rojo del Norte—, uno de los principales afluentes del Misisipí, cruza los estados de Texas, Oklahoma,

Arkansas y Luisiana; el Tennessee, afluente del Ohio, discurre por los estados sureños de Tennessee, Alabama y Misisipí; el Arkansas, otro afluente del Misisipí, nace en las montañas de Colorado y atraviesa los estados de Kansas, Oklahoma y Arkansas.

[179] Sobre el río Chattahoochee, véase la nota 28; el Altamahaw se forma por la confluencia de los ríos Ocmulgee y Oconne, y sus 220 km de longitud discurren íntegramente por Georgia.

[180] El río Elkhorn nace en las montañas del norte de Nebraska y, tras un curso de 470 km, se une al Platte, afluente, a su vez, del Misuri, y este del Misisipí.

[181] En español en el original.

[182] Era común, en tiempos de Whitman, que los medicamentos se dispensaran en forma de polvos, en unos sobrecitos que entregaba el médico.

[183] Los cartouches eran una suerte de cartelas o marcos ovalados de las tumbas antiguas, sobre todo de las egipcias, en los que se inscribían jeroglíficos. Whitman frecuentó el Museo Egipcio de Antigüedades de Broadway, cuyo director, el doctor Henry Abbot, era amigo suyo.

[184] El cálamo o acorus es una planta monocotiledónea nativa de Norteamérica y Asia, que crece en marjales y zonas húmedas, de tallos grandes y duros, y cuyas flores forman una inflorescencia que rodea a un tallo engrosado o espádice, con aspecto de pene. Aquí se integra en un pasaje con evidentes referencias a la sexualidad masculina, tanto formales como funcionales, y, en ediciones posteriores de Hojas de hierba, dará incluso título a un conjunto de poemas, cuyo tema es asimismo es de la «adhesividad», esto es, al sentimiento de afecto, a la camaradería o amistad entre personas del mismo sexo. No obstante, como hace constar Michael Moon (pp. 96-97), en una carta de 1 de enero de 1867, dirigida a su editor inglés, William Rossetti, Whitman no asignaba al cálamo ningún significado erótico. Para él, era sólo una «palabra corriente», referida a «una hierba o juncácea aromática de gran tamaño que crece en las zonas pantanosas de los valles [...]. El carácter etéreo y refinado del término, tal como se emplea en mi libro, probablemente deriva de que el cálamo tiene, entre todas las hierbas, los tallos más grandes y duros, así como de su fresco, acuático, penetrante aroma». En cartas posteriores, como la que dirigió al crítico inglés John Addington Symonds, que le había preguntado por la naturaleza homoerótica del símbolo y de los poemas en que se insertaba, Whitman protestó airadamente, afirmando que su heterosexualidad era incuestionable, como demostraba que hubiera sido padre de seis hijos —de los que, no obstante, nunca se ha encontrado rastro alguno.

[185] La quahaug es un tipo de almeja comestible que se encuentra en la costa atlántica de Norteamérica.

[186] Esta cabina solía instalarse en los barcos, para rescatar a los pasajeros en caso de desastre.

[187] Bull dance era una expresión jergal para designar la Buffalo dance, un baile ritual de los indios de las praderas con el que se celebraba el retorno de las manadas de búfalos y se invocaba el favor de los dioses para cazarlos. Lo traduzco por otro baile, de similares características, más conocido, quizá, para los lectores de lengua española.

[188] Whitman se refiere a los siete planetas del sistema solar entonces conocidos. La posible existencia de Neptuno había sido calculada matemáticamente, pero todavía no había sido avistado, y Plutón no se descubriría hasta 1930. El «ancho anillo» alude a los anillos planetarios de Saturno, formados por infinidad de pequeños asteroides que mantienen órbitas independientes.

[189] Whitman alude a la actuación del capitán Creighton, del barco escocés Three Bells, que salvó a 150 pasajeros del San Francisco, que había zarpado de Nueva York el 22 de diciembre de 1853 rumbo a

Sudamérica con 700 personas a bordo, y sido arrastrado por una tormenta a cientos de millas de la costa. Los supervivientes pasaron en alta mar doce días hasta ser rescatados. El *New York Weekly Tribune* dio cuenta del desastre en su edición del 21 de enero de 1854. Un ejemplar del periódico se encontró entre los papeles del poeta.

[190] El término que utiliza Whitman, *ambulanza*, supone una corrupción del castellano *ambulancia*.

[191] La batalla de El Alamo se desarrolló entre el 23 de febrero y el 6 de marzo de 1836, y consistió en el asedio de la antigua fortaleza española, donde se habían atrincherado 183 colonos norteamericanos partidarios de la secesión de Texas, por el ejército de Antonio López de Santa Anna, presidente de México. El lugar fue tomado tras sucesivos ataques, y todos sus defensores —menos dos, que escaparon, y una quincena de mujeres y niños no combatientes, a los que se dejó marchar: Whitman, pues, se equivoca— perecieron en combate, o fueron ejecutados tras la rendición. El episodio referido por Whitman alude a otra masacre perpetrada por el ejército mexicano: la del capitán James Fannin y su compañía de 345 tejanos —también aquí Whitman yerra en las cifras, aunque todavía no hay acuerdo sobre el número exacto de combatientes—, después de rendirse en la batalla de Coleto Creek. Por órdenes de Santa Anna, todos los prisioneros fueron ejecutados en Goliad el 27 de marzo de 1836.

[192] Otro dato inexacto: se calcula que las bajas mexicanas, entre muertos y heridos, no superaron las doscientas, aunque sí fueron muy superiores a las tejanas, que rondaron las setenta.

[193] Unidad militar especializada en la vigilancia de un territorio determinado, compuesta generalmente por soldados nativos, conocedores del terreno y expertos en cacería y exploración. Se les conoce también como cazadores o zapadores.

[194] La batalla naval a la que se refiere Whitman es una de las más célebres de la Guerra de Independencia norteamericana: la del cabo Flamborough, que libraron una flotilla continental de cinco navíos y dos buques de guerra británicos, escoltas de un convoy comercial, el 23 de septiembre de 1779, frente a las costas de Yorkshire, en el mar del Norte. En el encuentro, el buque insignia americano, el *Bonhomme Richard*, comandado por el capitán John Paul Jones, y la fragata británica *Serapis* permanecieron varias horas cañoneándose y trabadas en abordajes mutuos. Cuando la suerte parecía favorecer a los británicos, el comandante de la *Serapis* instó a los americanos a rendirse. El capitán Jones pronunció entonces su inmortal respuesta, que aún hoy celebran sus compatriotas, y que Whitman transcribe en el poema: la bandera no se arría; la lucha acaba de empezar. El *Bonhomme Richard* se impuso finalmente en el combate, aunque después, a resultas de los daños sufridos, acabara hundiéndose. Las fuentes del poeta son, en efecto, su abuela materna, Naomi Van Velsor, cuyo padre, el capitán John Williams, había luchado a las órdenes de Jones, pero también los testimonios del propio Jones, que le relató la batalla por carta a Benjamin Franklin. Dicha carta se publicó en *Old South Leaflets*.

[195] Francés: «alumnos», «discípulos». Whitman omite el acento preceptivo.

[196] *Top-knot* es una metonimia humorística, propia del inglés de frontera de la época de Whitman, para designar a los chinos o a los indios americanos: el pelo que llevaban recogido en la cabeza —el «nudo superior», literalmente: el moño, o, dicho con más exactitud, el copete— designaba al individuo entero.

[197] En la mitología griega, Cronos era uno de los titanes, hijo de Urano y Gea, que destronó a su padre, y fue, a su vez, destronado por su hijo, Zeus. Osiris es el dios egipcio del inframundo. Isis, la diosa egipcia de la fertilidad, hermana y esposa de Osiris. Baal, una divinidad de varios pueblos del Asia Menor, como los cartagineses, los caldeos y los babilonios. Manítú, el espíritu de la naturaleza para muchas tribus algonquinas. Mexitli y Odín son dioses de la guerra: el primero, en la mitología azteca; el segundo, en la escandinava. Brahma es el alma suprema del universo en el hinduismo.

[198] Probablemente Whitman se refiera a ellos sólo como animales corrientes, pero hay que tener en cuenta que tanto el toro como el escarabajo han sido criaturas sagradas en muchas religiones. Por citar sólo dos ejemplos, en la mitología griega encarnaba a Dionisos, y la egipcia veneraba al toro Apis, encarnación de Ptah y luego de Osiris. Por otra parte, en ésta el dios del sol, Kepher, era representado con cabeza de escarabajo y cuerpo de hombre.

[199] En tiempos de Whitman había la costumbre de mantener cerrados los ojos de los difuntos con monedas hasta que se celebrara el funeral. En la antigua Grecia también se ponían monedas en los ojos de los muertos para que pagaran a Caronte por llevarlos en su barca al inframundo.

[200] Los obis eran fragmentos de conchas utilizados en ceremonias de adivinación de la religión yoruba, practicadas antiguamente por las comunidades negras de origen africano de las Antillas Británicas, las Guayanas y el sudeste de los Estados Unidos.

[201] Aunque el Diccionario de la Real Academia Española define itifálico, con pudorosa concisión, como «que tiene el falo erecto», Whitman se refiere a las imágenes sagradas —el pene en erección era símbolo del poder generador del dios— que se sacaban en procesión en las fiestas dionisíacas de la Grecia antigua.

[202] Los griegos llamaban gimnosofistas —literalmente, «filósofos desnudos»— a ciertos filósofos de la India, cuyo ascetismo les inducía a rechazar la comida y la ropa, porque enturbiaban el pensamiento. Se les conoce más popularmente como yogis.

[203] Así hacían los vikingos: bebían de las calaveras de sus enemigos, para celebrar haberles vencido.

[204] Los shastras —no shastas, como escribe erróneamente Whitman— son, en el budismo, tratados sobre las doctrinas contenidas en los sufras, escritos por grandes maestros de las diferentes líneas de pensamiento del budismo Mahâyaná, y comentarios sobre esos tratados y sobre los sutras mismos. En el hinduismo, designa un tipo de composición literaria, de carácter aforístico, que elucida cuestiones teóricas o técnicas, y cuyo mejor ejemplo es el Dharma-Shastra de Manu, el cual regula desde la cosmogonía hasta los ritos de purificación, pasando por los asuntos jurídicos. Los Vedas —compuestos por el Rig-veda, el Láyur-veda, el Sama-veda y el Átharva-veda— son los textos más antiguos de la literatura india, base de la desaparecida religión védica, anterior al hinduismo. El primero de ellos, el Rig-veda, data de mediados del segundo milenio antes de Cristo.

[205] Los teocallis —no teocalis, como escribe, también equivocadamente, Whitman— son pirámides mesoamericanas coronadas por un templo, en las que se celebraban muchas de las ceremonias religiosas —con frecuencia, sangrientas— del México precolombino.

[206] Nativos de la zona de Palembang, en la costa oriental de Sumatra, cuya religión no reconoce ningún ser supremo.

[207] Este poema apareció en 1856 con el título de «Canto de la procreación», aunque Whitman se lo cambiaría en 1867. Ésta fue una de las piezas que el fiscal Oliver Stevens exigió que se suprimiera de la edición de 1881.

[208] Bunch significa «puñado», «manejo», «racimo», «montón», pero, en este contexto, adquiere la connotación de «líquido seminal»; de ahí su traducción como «simiente». El poema iba a titularse «Bunch Poem». Harold Bloom ha ejemplificado el onanismo de Whitman, que considera definitorio de su orientación sexual, con este pasaje: «El acto representado es una consumada aunque reacia masturbación. Resulta ciertamente irónico que en la actualidad se aclame a Whitman como poeta gay. No hay duda de que su impulso más profundo fue el homoerótico [...]. Pero, por alguna razón, en su poesía, probablemente al

igual que en su vida, su orientación erótica fue onanista. Una imagen que prevalece en su poesía es la de derramar la propia semilla en el suelo tras la autoexcitación» (El canon occidental, op. cit., p. 285).

[209] La ciudad es Nueva Orleans, en la que Whitman pasó tres meses en 1848.

[210] Sobre el significado, real y metafórico, de esta palabra, véase la nota 184.

[211] El antecedente de «Éstas» son las «prendas» que aparecen en el verso 14 y, después, en el 20: los motivos vegetales que el protagonista del poema recoge en honor de los amantes, aunque de todas ellas la única que tiene una relevancia superior es la raíz de cálamó, la prenda de los camaradas, a la que no cabe renunciar. Sobre la significación erótica —o no— de este símbolo, me remito a lo señalado en la nota anterior, sobre el título del poemario.

[212] Como se ha avanzado en la nota 48, la «adhesividad» es un término propio de la frenología —otra pseudociencia a la sazón en boga, y por la que Whitman sentía mucho interés, según la cual es posible determinar el carácter y la personalidad de la persona por la forma de su cráneo— que designa la propensión a la amistad entre personas del mismo sexo, y que, en su poesía, supone un vínculo muy intenso, incluso apasionado.

[213] Filósofos alemanes de los siglos XVIII y XIX: Emmanuel Kant (1724-1804), autor, entre otras obras, de *Crítica de la razón pura*, Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), de *Doctrina de la ciencia y Ética*; Friedrich von Schelling (1775-1854), de *Las edades del mundo y Filosofía del arte*; y Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), de *La fenomenología del espíritu*. Hegel, en particular, tuvo una notable influencia en Whitman, que llegó a declarar que era el único filósofo adecuado para América: lo bastante grande y lo bastante libre.

[214] El estrecho de Puget es un profundo entrante del océano Pacífico, de unos 160 km de extensión, en la costa del estado de Washington.

[215] Whitman nació en 1819 y habían transcurrido ochenta y tres años desde la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, que se produjo el 4 de julio de 1776. Estamos, pues, en 1859.

[216] Francés: «¡Saludo al mundo!».

[217] Puerto marítimo del este de Siberia.

[218] Sistemas montañosos de China, Siberia y la India, respectivamente.

[219] Son cumbres del Cáucaso: el monte Elbrus es un volcán situado en Kabardino-Balkaria (Rusia), cerca de la frontera con Georgia, de 5642 m de altura; el monte Kazbek es otro volcán, situado en Georgia, cerca de la República de Osetia del Norte, de 5047 m; el monte Bazardüzü se encuentra en la frontera entre el Daguestán ruso y Azerbaiyán, y tiene 4485 m.

[220] Los Alpes austríacos e italianos, respectivamente.

[221] El Dofrafield, o cadena del Dofra, es el espinazo montañoso que separa Noruega de Suecia.

[222] El Hekla es un volcán del suroeste de Islandia, el más activo de la isla.

[223] Whitman no se refiere a las montañas selenitas, sino a una cordillera que Ptolomeo situaba en el interior de África.

[224] A Madagascar se la llama «la gran isla roja», por el color de sus tierras.

- [225] Botnia es un golfo situado entre el oeste de Finlandia y el este de Suecia.
- [226] El mar Blanco es un extenso golfo del mar de Barents, en el océano Glacial Ártico, en la costa noroeste de Rusia.
- [227] Así llamó el navegante portugués Bartolomé Dias al cabo de Buena Esperanza.
- [228] El punto más occidental de África, así bautizado por los navegantes portugueses, que ha dado nombre a la república homónima.
- [229] Cabo de la costa oriental de África, a la entrada del golfo de Adén, en Somalia. Se trata del vértice del llamado Cuerno de África.
- [230] Cabo y península localizados en la costa septentrional de África, en el extremo nororiental de Túnez.
- [231] Cabo de la costa atlántica norafricana, en el Sáhara Occidental, al sur-sudeste de las islas Canarias.
- [232] Cabo del extremo sur de Sri Lanka.
- [233] Situado entre las islas de Java y Sumatra, en Indonesia, el estrecho de la Sonda conecta el mar de Java y el océano Índico.
- [234] El cabo Lopatka es el punto más meridional de la península de Kamchatka, en Rusia.
- [235] La bahía de Baffin, de 1130 km de longitud, es, en realidad, un mar, transición entre los océanos Atlántico, con el que conecta a través del estrecho de Davies, y Artico, a través del estrecho de Nares.
- [236] El estrecho de Washington —aquí abreviado por Whitman—, también llamado de San Juan de Fuca, separa la península Olímpica del estado Washington y la isla canadiense de Vancouver, y es la principal salida de los estrechos de Georgia y de Puget, a los que conecta con el océano Pacífico.
- [237] El fiordo de Solway delimita la frontera entre Inglaterra y Escocia, entre los condados de Cumbria y Dumfries and Galloway. Comprende una parte del mar de Irlanda.
- [238] El cabo Clear se encuentra en la minúscula isla del mismo nombre (Cape Clear Island), al suroeste del condado de Cork, en Irlanda. Es el punto habitado más meridional de la República.
- [239] El Zuiderzee, o mar del Sur, era una bahía de aguas someras del mar del Norte en la costa occidental holandesa. En el siglo XX, la bahía se aisló del mar, se transformó en un lago de agua dulce y se recuperó un tercio de sus 5000 km<sup>2</sup> para tierra firme, que ahora constituye la provincia de Flevoland.
- [240] Río que nace en Francia, atraviesa Bélgica y desemboca en el mar del Norte, en territorio de los Países Bajos.
- [241] El estrecho de los Dardanelos —el antiguo Helesponto de la Grecia clásica— comunica el mar Egeo con el mar interior de Mármara y su archipiélago.
- [242] Ríos siberianos: el Obi nace en las montañas del Altai y desemboca en el golfo del Obi, un largo entrante del mar de Kara, que forma parte del océano Ártico; el Lena nace en las montañas del Baikal y desemboca en el mar de Laptev, integrante también del océano Ártico.
- [243] Ríos asiáticos: el Indo, con una longitud de entre 2900 y 3180 km, recorre el Tibet, Pakistán y la India; el Brahmaputra nace en el Himalaya y, después de un itinerario de 2896 km, desagua en el golfo de Bengala, en Bangladesh; el Mekong también nace en el Himalaya y desemboca en el mar de China Meridional, tras haber recorrido 4.350 km y atravesado seis países: China, Birmania, Tailandia, Laos, Camboya y Vietnam.

[244] El golfo Sarónico o golfo de Egina —aunque Whitman lo llame «bahía»— es un amplio golfo de la costa oriental de Grecia, abierto a las aguas del mar Egeo, y que define el lado oriental del istmo de Corinto.

[245] Whitman deletrea mal el nombre de Sankara (o Shánkara), como se llamaba también a Shiva, el dios de la destrucción y la fertilidad en la literatura hindú. De su cabeza manaba el Ganges, que se precipitaba desde el reborde de su pelo, amontonado en hileras de rizos por encima de la frente.

[246] También llamados sabeanos, eran los antiguos habitantes del reino bíblico de Saba, el actual Yemen.

[247] Muftí significa, etimológicamente, «emisor de una fetua». Se trata de un jurisconsulto musulmán suní, intérprete o expositor de la sharia o ley islámica, con autoridad para emitir dictámenes legales (fetuas).

[248] Mona es el nombre galés de Anglesey —históricamente, Anglesea—, condado del noroeste de la costa de Gales, una zona en la que abundan los monumentos megalíticos, y tradicionalmente vinculada con la cultura druídica.

[249] En la mitología egipcia, dios con cuerpo de hombre y cabeza de oveja, también llamado Amen-Ra, y, en Grecia, Amón.

[250] En la mitología griega, el mensajero de los dioses.

[251] Whitman se inspira para este pasaje, casi literalmente, en *Las ruinas de Volney*, o *Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios y la Ley de la Naturaleza*, de Constantin François Chassebrouef, conde de Volney (1757-1820), publicado en París en 1791, y ampliamente leído en los círculos ilustrados estadounidenses, con traducción de Thomas Jefferson. En el capítulo XXI («El problema de las contradicciones religiosas») se lee: «Observad que los sacerdotes egipcios hacen decir a Hermes en la hora de su muerte: “He vivido hasta hoy desterrado de mi verdadera patria; ahora vuelvo a ella: no lloréis por mí: vuelvo a la patria celestial a la que todo el mundo ha de ir. Allí vive Dios. Esta vida no es sino muerte”».

[252] Tribus nómadas mongolas.

[253] El eragrostis tef, comúnmente llamado tef, es una especie de planta herbácea de la familia de las poáceas, de semilla comestible, que se parece a los cereales y se cultiva principalmente en Etiopía y Eritrea.

[254] El Nevado Illampu, también llamado Nevado de Sorata, por su proximidad al pueblo homónimo, es una montaña de la cordillera oriental de los Andes, en la provincia de Larecaja, del departamento de La Paz.

[255] Michael Moon señala en su edición crítica (p. 122) que se trata del miembro de una tribu cadoana de Texas, la que ha dado nombre a la ciudad de Waco, pero el contexto («vaquero brasileño» «boliviano», «pampas») sugiere más bien que se trata de una deformación —en las que Whitman incurría a menudo— de «gaucho».

[256] Miembro de una tribu neosiberiana de la región de las montañas de Altai.

[257] Antiguo nombre de Oslo, la capital de Noruega.

[258] Ciudad de la Siberia rusa, en la región montañosa del lago Baikal, de unos 600 000 habitantes.

[259] No consta poema 9 en la edición de la poesía de Whitman.

[260] Ciudad de Libia, capital del distrito homónimo.

[261] Antiguo nombre de la ciudad de Essaouira, en Marruecos.

[262] Etnia que se extiende por Liberia y Costa de Marfil.



[263] Habitante de Dahomey, hoy Benin.

[264] Asante o ashanti, un importante grupo étnico de Ghana.

[265] Ciudad de Uzbekistán, situada en un oasis del curso inferior del río Amu Daria.

[266] Ciudad del noroeste de Afganistán.

[267] Región del sureste de Austria.

[268] Río del noroeste de Alemania, que fluye por los estados de Hesse, Baja Sajonia, Renania del Norte-Westfalia y Bremen.

[269] Habitante de Valaquia, principado rumano de la Europa oriental desde la baja Edad Media hasta mediados del siglo XIX.

[270] Cadena montañosa al sur de Turquía.

[271] Ciudad de Uzbekistán, situada en la Ruta de la Seda, capital de la provincia de Bujará.

[272] Estrecho marino que enlaza el mar Rojo, al norte, con el golfo de Adén, al sur, en el océano Índico.

[273] Los khoikhoi («hombres de los hombres»), más conocidos como hotentotes, son un pequeño grupo étnico nómada asentado en Botsuana y Namibia. Los holandeses los llamaron así, «hotentotes» (hottentots), es decir, «tartamudos» en el dialecto holandés de la época, aunque la palabra ha caído en desuso, por peyorativa. En el lenguaje de esta tribu, perteneciente a la gran familia khoi-san, son característicos los chasquidos.

[274] Los kubu, u orang rimba, son una tribu nómada de los bosques del sur de Sumatra.

[275] Kamchatka es una península volcánica al noreste de Siberia, que se interna en el océano Pacífico.

[276] Francés: «¡Vamos!».

[277] Francés: «fórmula».

[278] «Cudge», como escribe Whitman, o «Cudjoe», era el nombre que se daba a los negros que nacían en lunes.

[279] El río San Lorenzo se origina en la desembocadura del lago Ontario, forma luego la frontera natural entre Canadá y los Estados Unidos, y desemboca en el golfo homónimo, en el océano Atlántico; el Sacramento cruza el norte y el centro del estado de California, para desembocar en la bahía Suisun, un brazo de la bahía de San Francisco, en el océano Pacífico.

[280] Francés: «follaje».

[281] Este dato sitúa la fecha de composición del poema en 1859, aunque en algún manuscrito de Whitman se lee «octogésimo año», lo que lo adelantaría a una fecha tan temprana como 1856.

[282] Todos son ríos del este de los Estados Unidos: el Susquehanna desemboca en el océano Atlántico tras atravesar los estados de Nueva York, Pensilvania y Maryland; el Potomac constituye parte de la frontera entre Maryland y Washington, D. C., en la orilla izquierda y Virginia Occidental y Virginia, en la derecha, y fluye hasta la bahía de Chesapeake, asimismo en la costa atlántica; el Rapahannock también desemboca en la bahía de Chesapeake, tras un curso de más de 300 km por el norte del estado de Virginia; el Roanoke atraviesa el sur de Virginia y el noreste de Carolina del Norte; en cuanto al Delaware, véase la nota 22.

[283] El Adirondack es un macizo montañoso al noroeste del estado de Nueva York; sobre el Saginaw, véase la nota 164.

[284] El lago Moosehead es el mayor del estado de Maine y de todos los lagos de montaña del este de los Estados Unidos. Se encuentra en las montañas Longfellow y contiene más de 80 islas.

[285] El río Pee Dee discurre por los estados de Carolina del Norte y del Sur. Whitman lo escribe con su grafía antigua, propia de los tiempos de las colonias.

[286] El Great Dismal Swamp (Gran Pantano Tenebroso) es una vasta zona pantanosa en las llanuras costeras entre el sureste de Virginia y el noreste de Carolina del Norte.

[287] En francés en el original, aunque sin el acento preceptivo. En *arrière* quiere decir «detrás», pero aquí significa «en el pasado».

[288] Con este término Whitman designa tanto a las islas griegas de las Espórades, en el mar Egeo —esto es, a las «islas dispersas», que es lo que significa el término *sporades*—, como a las estrellas esporádicas que no pertenecen a ninguna constelación.

[289] De nuevo, ríos estadounidenses, aunque estos del centro del país, de Canadá y de México: sobre el Arkansas, véase la nota 42; el río Grande —llamado río Bravo, o río Bravo del Norte, en México— atraviesa los estados estadounidenses de Colorado, Nuevo México y Texas, y los mexicanos de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; el Nueces discurre íntegramente por el estado de Texas, hasta desaguar en el golfo de México; el Brazos se extiende a lo largo de más de 2000 km desde su nacimiento en Nuevo México hasta su desembocadura en el golfo de México; el Tombigbee, otro afluente del Misisipí, atraviesa los estados de Misisipí y Alabama; sobre el río Rojo, véase asimismo la nota 42; el Saskatchewan, uno de los más importantes de Canadá, se extiende por las praderas centrales del país, desde las estribaciones occidentales de las montañas Rocosas, en la provincia de Alberta, hasta Saskatchewan y Manitoba, donde desemboca en el lago Winnipeg; el Osage, en fin, es tributario del Misuri, en el estado homónimo.

[290] Las Mil Islas —en realidad, 1700— forman un archipiélago en el curso superior del río San Lorenzo, en la frontera entre el sureste de la provincia de Ontario, en Canadá, y el norte del estado de Nueva York, en los Estados Unidos.

[291] Whitman alude al establecimiento de colonos en los ríos americanos: el Arkansas (véase la nota 42); el Colorado (véase la nota 22); el Ottawa, que divide las provincias canadienses de Ontario y Quebec, y a cuyas orillas se encuentra la capital de Canadá, a la que da nombre; y el Willamette, tributario del río Columbia, en el noroeste del estado de Oregón.

[292] Nombre bíblico de Egipto.

[293] Los *lictors* eran funcionarios públicos —una especie de policías locales— que precedían a los magistrados curules y portaban simbólicamente el *imperium*, es decir, los derechos y prerrogativas propios de la autoridad. Fuera de Roma, los *lictors* portaban en el hombro izquierdo un haz de ramas (*fascis*) en el que se encontraban insertas una o dos hachas, lo cual simbolizaba la capacidad del magistrado *cum imperium* de castigar y ejecutar. En cambio, cuando se hallaban dentro de las fronteras sagradas de la ciudad de Roma, los *lictors* llevaban *fascis* sin hachas, como representación de la limitación de su poder.

[294] Francés: «Delicadeza», aunque sin el acento preceptivo: *délicatesse*.

[295] Ríos del estado de Maine: el Penobscot, de 175 km, y el Kennebec, de 270 km, que nace en el lago Moosehead (véase la nota 148).

[296] Afluente del río Colorado, que atraviesa Nuevo México y Arizona.

[297] Knee es cualquier pieza de madera, natural o artificialmente curvada, que sirve para consolidar una estructura formada por la unión de dos ángulos, como la quilla y el codaste de una nave.

[298] Whitman escribió este «Canto de la exposición» en respuesta a la invitación del American Institute para que leyera un poema en la inauguración de su 40a Exposición Anual en Nueva York, el 7 de septiembre de 1871.

[299] Antigua ciudad y puerto de Israel, al sur de Tel Aviv, de la que hoy forma parte.

[300] El Monte Moriá o Moriah («visión», en hebreo) es la montaña a la que, según el Génesis, subió Abraham con su primogénito Isaac para sacrificarlo a Dios, como éste le había ordenado. En la tradición judía, es también la colina de Jerusalén en la que Salomón construyó el Templo.

[301] La fuente de Castalia representaba, en la mitología griega, el venero de la inspiración poética. Situada en el monte Parnaso, emitía los vapores alucinógenos que provocaban en el oráculo de Delfos los sueños y visiones que le permitían predecir el futuro. En ella se congregaban también algunas divinidades, diosas menores del canto y la poesía, llamadas musas, junto con las náyades, las ninfas de los ríos. En estas reuniones Apolo tocaba la lira y las musas cantaban.

[302] En la mitología griega, musas de la poesía épica, la historia, la tragedia y la comedia, respectivamente.

[303] Una es el personaje que representa a la verdadera religión en el libro primero del poema épico *Faerie Queene*, del inglés Edmund Spenser (c. 1552-1599), publicado en 1590 y 1596. Oriana es un personaje de Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula, de Garci Rodríguez de Montalvo (c. 1450-c. 1505), publicado en 1508, y también el nombre que le daban los poetas isabelinos a la reina Isabel.

[304] El Santo Grial es la legendaria copa —o plato— que usó Jesucristo en la Última Cena, cuyo hallazgo ha perseguido durante siglos la cristiandad.

[305] Amadís es el protagonista de Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula (véase la nota 167) y de numerosos romances medievales; Tancredo es Tancredo de Hauteville (1072 o 1076-1112), un líder normando de la Primera Cruzada.

[306] Carlomagno es el legendario rey de los francos (800-814); Roldán, el héroe protagonista del poema épico *Cantar de Roldan*, compuesto a finales del siglo XI; Oliverio es el amigo de Roldán y uno de los doce pares de Francia.

[307] Héroe protagonista del Libro del muy esforzado caballero Palmerín de Inglaterra, hijo del rey don Duardos —conocido comúnmente como Palmerín de Inglaterra—, novela de caballerías escrita por el portugués Francisco de Moraes (1500-1572) y publicada en 1547 y 1548.

[308] Río de 102 km de longitud que atraviesa Gales y el sur de Inglaterra, asociado con la leyenda artúrica.

[309] Personajes principales de la leyenda artúrica: Arturo, legendario rey de Bretaña en el s. VI, fundador de la Mesa Redonda; Merlin, mago y adivino del rey; Lanzarote, el primero entre los caballeros de la Mesa, amante de la reina Ginebra; y Galahad, noble caballero de la Mesa, hijo de Lanzarote y Elaine.

[310] El poeta inglés Alfred Tennyson (1809-1892) publicó en 1859 *Idilios del rey* (*Idylls of the King*), un conjunto de doce poemas narrativos que refieren la leyenda del rey Arturo, las hazañas de sus caballeros, su amor por Ginebra y la traición de ésta, que significará la caída de Arturo y su monarquía. Toda la obra

describe el intento de Arturo de crear un reino perfecto, desde su llegada al poder hasta su muerte a manos del traidor Mordred.

[311] Esto es, los Estados Unidos.

[312] En esta descripción subyacen los grandes edificios de exposiciones de mediados del siglo XIX: el Palacio de Cristal de Londres, construido para albergar la Exposición Internacional de 1851, y el Palacio de Cristal de Nueva York, inaugurado en 1853 para acoger la Exposición Universal de la Industria.

[313] El rodillo rotativo de impresión fue inventado por el neoyorkino Richard March Hoe (1812-1886) en 1843. Las impresoras que lo utilizaban eran denominadas así: Hoe press.

[314] Se refiere a las musas.

[315] El túnel del Monte Cenis, de 13 km de longitud, conecta Francia e Italia por los Alpes, y el túnel de San Gotardo, de 15 km, hace lo propio entre Suiza e Italia. Ambos fueron, en su momento, los túneles más largos del mundo. El túnel de Hoosac, de más de 7,5 km de longitud, al oeste de Massachusetts, fue el segundo más largo del mundo, tras el del Monte Cenis, y el más largo de Norteamérica hasta 1916.

[316] En la mitología griega, las dríades eran las ninfas de los árboles, en general, y de los robles, en particular. La tradición tardía distingue entre dríades y hamadríades: éstas se asociaban específicamente a un árbol, mientras que las primeras vagaban libres por los bosques.

[317] Condado costero al norte de San Francisco, famoso por sus bosques de secuoyas.

[318] Hay un doble sentido que resulta imposible preservar en la traducción: shanty significa «choza», «chabola», «cabaña», pero también «saloma», ese son cadencioso con que acompañan los marineros y otros operarios su faena, para hacer simultáneo el esfuerzo de todos, como lo define el diccionario de la Real Academia Española.

[319] El monte Shasta es un volcán al sur de la cordillera de la Cascada, en el condado de Siskiyou, en California. Nevadas es Sierra Nevada, una cordillera del sur de California, de 650 km de longitud, que limita con el vecino estado de Nevada.

[320] La cordillera de la Cascada (o de las Cascadas) se extiende a lo largo de 1100 km, desde el sur de la Columbia Británica, en Canadá, hasta el norte de California, atravesando los estados de Washington y Oregón. La cordillera Wasatch se prolonga unos 260 km desde la frontera de Utah e Idaho hacia el sur, hacia el centro del primero de dichos estados. Se considera generalmente el límite occidental de las montañas Rocosas.

[321] Una pinta corresponde, en los Estados Unidos, a 0,47 litros; un cuarto es un cuarto de galón, equivalente a 1,136 litros.

[322] Francés: «¡Parturienta! ¡Da a luz!». La ortografía de Whitman es incorrecta. Debería ser Accouchée! Accouchez!

[323] Las «hermanas interminables» son las estrellas y los planetas del universo, entre las que se cuenta «la hermosa hermana que conocemos», la Tierra. El cotillón es un baile francés de salón, de principios del siglo XVIII, de complejas evoluciones, muy arraigado en los Estados Unidos.

[324] Es decir, 1794. Este año constituyó el punto álgido del Terror revolucionario, que acabó devorando a su principal inductor, Maximiliano Robespierre. No obstante, hay que recordar que, el 4 de febrero de este

mismo año, la Convención Nacional abolió la esclavitud en Francia y en todas sus posesiones, aunque Napoleón la reinstauraría en 1802.

[325] Francés: «autores de canciones».

[326] Entre los manuscritos de Whitman se hallaron dos fragmentos referidos a sendas lluvias de meteoros, ocurridas el 13 de noviembre de 1833 y el 12 y 13 de noviembre de 1858. En el poema, el fenómeno celeste tiene un sentido ominoso, premonitorio de la Guerra Civil; de ahí el «siniestro» del primer verso.

[327] Se refiere a la feroz contienda electoral librada en 1860 entre el candidato republicano, Abraham Lincoln, y el demócrata, Stephen Douglas, de la que salió triunfador el primero.

[328] Se refiere al abolicionista John Brown, que fue ahorcado por traición y asesinato en Charles Town, Virginia, el 2. de diciembre de 1859.

[329] Se trata del istmo de Panamá.

[330] Alberto Eduardo, hijo de la reina Victoria, príncipe de Gales y rey de Inglaterra entre 1901 y 1910 con el nombre de Eduardo VII, visitó Nueva York el 11 de octubre de 1860. Consta una entrada en el diario de Whitman sobre el evento.

[331] Famoso transatlántico inglés, a vapor y vela, el barco más grande jamás construido hasta su botadura en 1858. En su travesía inaugural, zarpó de Londres el 17 de junio de 1860 y arribó a Nueva York once días más tarde, acontecimiento del que da cuenta Whitman.

[332] Antiguo poeta escandinavo, autor de poemas épicos y sagas.

[333] Whitman escribió este poema para conmemorar la embajada del Shogun de Japón a los Estados Unidos en 1860. El 16 de junio de ese año, contempló el desfile de los representantes del shogunato en Broadway Avenue, en Nueva York.

[334] En español en el original. El término se repite en las tres partes de este poema, siempre en castellano.

[335] En español en el original.

[336] Cordillera del Asia central, que ocupa territorios de Rusia, China, Mongolia y Kazajistán.

[337] El Amur, el río Amarillo, el Yang-Tsé y el Perla, como ya ha enumerado en el poema 5 de *Salut au monde!*

[338] Se refiere a Alberto Eduardo, príncipe de Gales y futuro Eduardo VII, al que Whitman ya ha citado antes (véase la nota 330).

[339] Resulta sorprendente que unos versos tan templados como éstos para un lector actual fueran considerados ofensivos, por demasiado crudos, por James Russell Lowell, el editor de la revista, *Atlantic Monthly*, donde se publicó por primera vez, en 1860. Lowell pidió a Whitman que los suprimiera, y éste, ansioso por aparecer en la revista, insólitamente accedió. En la edición de *Hojas de hierba* de ese mismo año recuperó los tres versos eliminados.

[340] Este poema, publicado por primera vez en 1876, es prácticamente una paráfrasis de la entrada dedicada a la fragata real, o rabihorcado, en el libro de Jules Michelet *El pájaro*, cuya traducción inglesa apareció en 1869. Whitman había leído a Michelet en una fecha tan temprana como 1847, y había sido influido por él, sobre todo por *El pueblo*, traducido al inglés en 1845.

[341] Michael Moon (p. 216) ha observado aquí una influencia inversa del célebre poema «A una alondra», de Shelley, cuya estrofa final dice así: «Si un poco me dijeras / del gozo que tú sabes, / tal locura armoniosa / brotara de mis labios, / que, como yo te escucho, el mundo escucharía» (traducción de Marie Montand).

[342] En la mitología griega, las pléyades eran las siete hijas del titán Atlas y la ninfa marina Pléyone. Tras ser Atlas obligado a cargar sobre sus hombros con el mundo, Orion persiguió durante cinco años a las pléyades, y Zeus terminó por transformarlas primero en palomas y luego en estrellas para consolar a su padre. Hoy designan a un conjunto de estrellas situadas a un lado de la constelación de Tauro.

[343] Whitman escribió este poema para conmemorar dos recientes desastres marinos: el hundimiento del vapor inglés Northfleet el 22 de enero de 1873, al chocar frente a Dungeness, cerca de Dover, en el que perecieron 300 personas; y el de otro vapor, el Atlantic, de la compañía White Star, que se fue a pique en Nueva Escocia el 1 de abril de ese mismo año, con 547 víctimas.

[344] La bahía de Barnegat es un entrante del océano Atlántico, de unos 50 km de longitud, en la costa de Ocean County, en el estado de Nueva Jersey. Whitman solía visitarla durante sus estancias en Camden.

[345] Whitman probablemente escribió este poema en junio de 1854, indignado por la excitación popular que había suscitado la detención y posterior juicio de Anthony Burns, un esclavo fugitivo, poco después de que se aprobara la ley Kansas-Nebraska, que creaba ambos territorios y facultaba a quienes se establecieran en ellos a decidir si la esclavitud era legal o no. Esta posibilidad generó un intenso debate y, prácticamente, un estado de guerra civil en ambos estados.

[346] Jonathan era el nombre que se daba vulgarmente al aldeano de Nueva Inglaterra —al yanqui—, popularizado en la comedia de Royall Tyler *El contraste*, de 1787.

[347] Se refiere al rey de Inglaterra Jorge III, bajo cuyo reinado (1760-1802) se independizaron las colonias americanas.

[348] Es decir, desde 1776: el poema se sitúa, pues, en 1848 y 1849. Este bienio conoció una intensa actividad revolucionaria en Europa, que condujo al derrocamiento de Luis Felipe y la instauración de la Segunda República en Francia; la abdicación de Fernando I de Austria en favor de su sobrino Francisco José; y las revueltas populares en Hungría, Irlanda, Lombardía, Venecia, Dinamarca y Schleswig-Holstein. También en España los liberales protagonizaron intentos de sublevación contra el gobierno moderado de Ramón María Narváez, el Espadón de Loja, pero la represión de éste no tuvo nada de moderada: bombardeó Barcelona, disolvió las Cortes y gobernó sin control parlamentario durante dos años. Este poema es el más antiguo de *Hojas de hierba*: bajo el título de «Resurgemus», y con algunas diferencias respecto de la versión incluida después en el libro, se publicó en el *New York Daily Tribune* del 21 de junio de 1850.

[349] El presidente al que alude el poema es, con toda probabilidad, James Buchanan, que ocupó la presidencia desde 1857 hasta 1861, y del que la opinión pública abominaba. Le sucedió Abraham Lincoln.

[350] Estas presidenciadas —otro neologismo de Whitman— corresponden a los mandatos presidenciales de Millard Fillmore (1850-1853), Franklin Pierce (1853-1857) y James Buchanan, del que se ha hablado en la nota anterior, por los que el poeta sentía un profundo desprecio, que no sólo manifestó en sus versos, sino también en un opúsculo político titulado *La decimotava presidencia*, publicado póstumamente. En todo caso, no son los presidentes decimosexto, decimoséptimo y decimooctavo, sino decimotercero, decimocuarto y decimoquinto.

[351] La Guerra de Secesión norteamericana estalló el 12 de abril de 1861, cuando las tropas de la Confederación, al mando del general Pierre Gustave Toutant de Beauregard, bombardearon y ocuparon Fort Sumter, en Carolina del Sur. En octubre de 1861, Whitman intentó vender este poema, por 20 dólares, al

Atlantic Monthly, pero su editor, James Russell Lowell, lo rechazó con la peregrina excusa de que, por referirse a un incidente pasado, su interés había caducado.

[352] El río Cumberland, de 1107 km de longitud, discurre por Kentucky y Tennessee.

[353] Chattanooga, con casi 200 000 habitantes, es la cuarta ciudad más grande del estado de Tennessee, y la sede del condado de Hamilton. Se encuentra al sureste, cerca de la frontera con Georgia.

[354] La batalla a la que se refiere el poema es la de Long Island, también llamada de Brooklyn, librada el 27 de agosto de 1776, la más importante de toda la Guerra de Independencia americana, en la que las tropas británicas, al mando del general William Howe, derrotaron al ejército continental, a las órdenes de George Washington, al que doblaban en número, y ocuparon Nueva York y, más tarde, toda la isla, aunque la retirada de Washington, ejecutada con sagacidad y en buen orden (pero también propiciada por la apatía de Howe, que no se preocupó por que sus barcos vigilaran el East River, por donde huyeron los americanos), evitó la pérdida de todo el ejército rebelde. No obstante, los americanos sufrieron 5000 bajas, entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros. Al parecer, uno de los hijos de Nehemiah Whitman, teniente del ejército continental y bisabuelo de Walt Whitman, murió en la acción.

[355] Se refiere a la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

[356] George Washington (1732-1799) fue el primer presidente de los Estados Unidos, entre 1789 y 1797, y comandante en jefe del ejército americano en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783).

[357] La bahía de Gowanus, hoy Upper Bay, en Brooklyn.

[358] Francés: «aceras».

[359] William Tecumseh Sherman (1820-1891) sirvió como general de la Unión en la Guerra Civil americana. Desde mediados hasta diciembre de 1864, dirigió un ejército de casi 70 000 hombres en la sangrienta «marcha hacia el mar»: atravesó Georgia y las Carolinas hasta el océano Atlántico, destruyendo cuanto encontraba a su paso: plantaciones, ciudades, vías férreas y toda suerte de infraestructuras. Sherman fue un virtuoso de la devastación, como demuestran sus célebres «corbatas», una novedosa técnica de destrucción consistente en arrancar los raíles de los trenes y doblarlos en los árboles: así no podían ser reutilizados por el enemigo. Refinó la estrategia de la «tierra quemada» y fue uno de los primeros en practicar «la guerra total», con la que pretendía quebrar el espinazo de la resistencia sudista, que incluyó la ciudad de Atlanta, arrasada por sus tropas, y que no se detuvo hasta tomar, e incendiar en gran parte, el puerto de Savannah.

[360] Se refiere al número de estados que componían los Estados Unidos. En versiones anteriores de Hojas de hierba, aparecen «treinta y cuatro carbones», lo que situaría la redacción del poema entre el 29 de junio de 1861, fecha de la admisión del trigésimo cuarto estado, Kansas, en la Unión, y el 19 de junio de 1863, en que se dio entrada al trigésimo quinto, Virginia Occidental, y también «treinta y seis», lo que nos remite al 31 de octubre de 1864, con la incorporación de Nevada. El trigésimo octavo fue Colorado, al que se admitió el 1 de agosto de 1876.

[361] En español en el original.

[362] En español en el original.

[363] La Guerra Civil americana acabó el 9 de abril de 1865. Cinco días más tarde, Abraham Lincoln asistía a la representación de Our American Cousin, una comedia musical, en el teatro Ford de Washington. Apenas se hubo sentado en el palco, John Wilkes Booth, un mediocre actor de Maryland, residente en Virginia y

simpatizante del Sur, irrumpió en el lugar y le descerrajó un tiro en la cabeza, al grito de «¡Sic semper tyrannis!» («¡así sea siempre con los tiranos!»). El presidente falleció diez horas después. Al cabo de unos días, Booth, que había logrado huir, fue abatido por la policía. Whitman, que consideraba a Lincoln la encarnación de la Unión y el mejor ejemplo de la democracia que él ansiaba para su país, acusó profundamente el magnicidio, de lo que dejó constancia en este conjunto de poemas, en sus cartas y testimonios personales, y en sus obras en prosa.

[364] Venus.

[365] El cadáver de Abraham Lincoln fue llevado en tren, en una solemne procesión fúnebre: atravesó varios estados y las ciudades de Baltimore, Harrisburg, Filadelfia, Nueva York, Albany, Búfalo, Cleveland, Columbus, Indianapolis y Chicago. Fue enterrado en Springfield, Illinois, donde residía su familia, el 4 de mayo de 1865.

[366] Pese a ser uno de los poemas más famosos de Whitman, a lo que ha contribuido la celebridad cinematográfica que le dio *El club de los poetas muertos*, es raro en su obra, que casi nunca recurre al metro ni a la rima. El poeta tampoco se sentía satisfecho con él, y hasta le disgustaba que el público lo prefiriera a otros, que juzgaba mejores. «Casi lamento haberlo escrito», confesó en una carta.

[367] En este conjunto de poemas, Whitman reutiliza —y, en algunos casos, prácticamente transcribe— muchas de las ideas expuestas en el prefacio de la primera edición de *Hojas de hierba*.

[368] En español en el original.

[369] Se refiere a la nación —Madre— y a los estados que la componen —Hermanas.

[370] Se refiere, de nuevo, al primer año de la independencia de los Estados Unidos, 1776.

[371] Sobre la fisonomía y la frenología, véanse las notas 138 y 212, respectivamente. He optado aquí por traducir los términos originales, aunque Whitman se refiere al rostro y la cabeza, respectivamente.

[372] Término frenológico que designa la pasión sexual.

[373] El Yankee swap, o «Intercambio yanqui», es un juego americano, basado en un complejo sistema de elección y canje de regalos.

[374] En español en el original.

[375] Es un verso problemático. *Vasting*, en el original, parece ser una forma abreviada de *avasting*, un término náutico que, en la edición de 1913 del diccionario Webster, figura como «cesar», «interrumpir» o «abortar», referido a una maniobra o movimiento. Michael Moon sugiere que en el poema significa «llevándolo todo al fin de su travesía» (p. 301).

[376] Los «héroes» son los dos millones de hombres que, desmovilizados al acabar la Guerra de Secesión, se reintegraron a la vida civil.

[377] Entre 1851 y 1860, un millón y medio de irlandeses, huyendo de la Gran Hambruna que se había desatado en el país, emigraron a los Estados Unidos. El arpa es el símbolo de Irlanda.

[378] Una *dead-house* es un pequeño edificio, situado normalmente dentro o muy cerca de los cementerios, en el que se depositaban los cadáveres antes de transportarlos o enterrarlos. Abundaron hasta mediados del siglo XX, sobre todo en zonas frías, como el norte de los Estados Unidos o Canadá, donde era a menudo muy difícil o imposible cavar tumbas en invierno. A veces, estaban vinculados a determinados grupos religiosos.



[379] Cuando se publicó por primera vez, en 1856, este poema tenía el espectacular título de «Poema de la Libertad para Asia, África, Europa, América, Australia, Cuba y los Archipiélagos de la Mar». Lamentablemente, decayó en ediciones posteriores, hasta lucir el mucho más circunspecto con el que se incorporó a la edición definitiva de Hojas de hierba.

[380] En este poema, como en «A orillas del Ontario azul», se vuelcan muchas de las ideas expresadas en el prefacio de la primera edición de Hojas de hierba.

[381] Este poema celebra el concierto que dio, en 1869, la famosa soprano escocesa Euphrosyne Parepa-Rosa (1836-1874) en el no menos famoso presidio de Sing Sing, al que se cree que acudió el propio Whitman.

[382] Whitman utiliza el término dialectal de Long Island, high-hole, para designar a esta ave (picoides nuttalli).

[383] Las iniciales corresponden a George Peabody (Massachusetts, 1795-Londres, 1869), banquero, empresario y filántropo, fundador de numerosos institutos, museos y entidades culturales tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos. En enero de 1870, por orden de la reina Victoria, un buque de guerra británico devolvió su cuerpo a su localidad natal, South Danvers, en Massachusetts, rebautizada después como Peabody en su honor.

[384] Río de 63 km de longitud, que cruza el centro del estado de Maryland y desemboca en la bahía de Chesapeake.

[385] Francés: «sonámbulos».

[386] Los años del subtítulo del poema son en los que tuvo lugar la guerra francoprusiana, que concluyó con la aplastante derrota de Francia, el sitio de París, la proclamación de la Tercera República y el levantamiento de la Comuna. En la guerra con los prusianos, Whitman, que despreciaba a Napoleón III —a quien consideraba «el peor de los canallas que se hayan sentado nunca en un trono»—, se decantó inicialmente por éstos, pero, dada su constante simpatía por Francia, acabó apoyando su causa. De ese sentimiento surge este poema.

[387] Según consta en una noticia del New York Daily Graphic del 3 de noviembre de 1874, Whitman recitó este poema la tarde del 31 de octubre en la inauguración del Colegio Público Cooper, de Camden, Nueva Jersey.

[388] George Fox (1624-1691) fue un reformista inglés, fundador de la Sociedad Religiosa de Amigos, comúnmente conocidos como «cuáqueros».

[389] En el año en que Whitman escribió este poema, 1873, los Estados Unidos sufrieron una grave crisis económica, derivada de la quiebra de la banca de Jay Cooke.

[390] Whitman nunca estuvo en Dakota, aunque sí viajó por el Oeste. Puede que, en algún momento de estos viajes, oyera a la banda a la que canta en este poema.

[391] Whitman alude a tres óperas. En *La sonnambula* (1831), de Vincenzo Bellini, se acusa de infiel a la protagonista, Amina, por haber entrado, sonámbula, en el dormitorio de un extraño, aunque, a la postre, su prometido reconocerá su inocencia y se unirá felizmente a ella. En *Norma* (1831), también de Bellini, la heroína, suma sacerdotisa de los celtas, se enamora de Polión, un procónsul de Roma, pero éste le es infiel, y ella, para vengarse, incita a su pueblo en su contra. Sin embargo, el amor la disuade de la venganza, y el procónsul, conmovido, renuncia a su perfidia. *Polliuto* (1840) es una obra de Gaetano Donizetti, que narra una truculenta historia de amor entre Poliuto, magistrado de Mitilene, su esposa Paolina y el antiguo amado

de ésta, el romano Severo. El padre de Paolina le había dicho a su hija que Severo había muerto, para forzar su matrimonio con el más conveniente Poliuto. Severo, sin embargo, reaparece y desata un torbellino de conflictos, que concluyen con el sacrificio de Poliuto y Paolina en la arena.

[392] El apostrofe se dirige a la reina Victoria de Inglaterra, cuyo reinado se extendió desde 1837 hasta 1901. Podría tratarse de una alusión a la Guerra de Crimea y a la célebre —e infausta— carga de la Brigada Ligera en la batalla de Balaclava, en 1854, o bien una referencia burlesca al triunfo de la Unión en la Guerra Civil americana, a la vista del apoyo prestado por Gran Bretaña a los estados del sur, aunque hubiera declarado formalmente su neutralidad en el conflicto.

[393] Poetas cortesanos alemanes de los siglos XII y XIII. Crearon una lírica amorosa paralela a la de los trovadores provenzales. Los poemas se recitaban ante el público, con acompañamiento de diversos instrumentos de cuerda.

[394] Alude a la Divina comedia de Dante, en cuyo canto tercero el poeta y su amada Beatriz, concluido su peregrinaje, ascienden juntos a la esfera celestial.

[395] Italiano: «¡Todos!». Como término musical, se refiere a un pasaje orquestal en el que todos los instrumentos del conjunto tocan al unísono.

[396] La protagonista de la ópera del mismo nombre, de Vincenzo Bellini. Véase la nota 255.

[397] La protagonista de Lucia de Lammermoor (1835), de Gaetano Donizetti. Engañada para que se case con un hombre al que no ama, Lucia lo mata y pierde la razón.

[398] El héroe de la ópera homónima de Giuseppe Verdi, estrenada en 1844.

[399] En español en el original. Whitman alude en estos versos al gran dúo de trombón de la ópera Los puritanos de Escocia (1835), de Vincenzo Bellini.

[400] Fernando es el protagonista de la ópera La favorita (1840), de Gaetano Donizetti. La escena descrita, en la que Fernando cree, desesperado, que su amada Leonora se ha convertido en amante del rey, era una de las preferidas de Whitman.

[401] Protagonista de La sonnambula. Ver la nota 255.

[402] Ópera de Gioachino Rossini, estrenada en 1829.

[403] Giacomo Meyerbeer (1791-1864), compositor de ópera alemán. Las obras que cita Whitman están entre las más famosas que escribió: Los hugonotes, estrenada en 1836; El profeta, en 1849; y Robert le diable, en 1831.

[404] La ópera Fausto, del francés Charles Gounod (1818-1893), inspirada, parcialmente, en el Fausto de Goethe, se estrenó en París en 1859.

[405] Don Giovanni —no Don Juan, como escribe Whitman—, de Mozart, es un drama jocoso en dos actos, estrenado en Praga en 1787.

[406] En Eleusis, una pequeña población cerca de Atenas, se celebraban los misterios eleusinos, unos ritos de iniciación al culto de Deméter, la diosa de la agricultura, según la mitología griega. Ceres era su homónima en la mitología romana.

[407] Sacerdotes danzantes de la diosa Cibeles, que en la mitología griega auspiciaba, con Afrodita y Dioniso, ritos celebratorios de la fuerza vital de la naturaleza.

[408] La vina o sárasuati vina es un instrumento tradicional indio, de la familia del sitar.

[409] Bailarina y cantora india, dedicada a intervenir en las funciones religiosas o sólo a divertir a la gente con sus danzas o cantos.

[410] «Castillo fuerte es nuestro Dios», himno compuesto por Martín Lutero en 1529. El texto tiene su base en el salmo 46: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones...».

[411] El Stabat Mater, de Gioachino Rossini, tiene forma de secuencia litúrgica, y se inspira en unos versos tradicionales católicos del siglo XIII (la plegaria Stabat Mater) atribuidos al papa Inocencio III o al fraile franciscano Jacopone da Todí. Se estrenó en París en 1842.

[412] Italiano: «sopranos, tenores, bajos».

[413] Célebre oratorio de Joseph Haydn, estrenado en Viena en 1798.

[414] Estos versos celebran algunas de las grandes obras de la modernidad en tiempos de Whitman: el canal de Suez, inaugurado el 17 de noviembre de 1869; la unión de las dos grandes líneas férreas de los Estados Unidos, la Union Pacific y la Central Pacific, en Promontory, Utah, el 10 de mayo de 1869; y la puesta en servicio del cable telegráfico transatlántico, entre Terranova e Irlanda, en 1866, respectivamente.

[415] Francés: «aclara», «ilumina», «elucida».

[416] La española Eugenia de Montijo (1826-1920), esposa de Napoleón III y emperatriz de Francia, asistió, a bordo de L'Aigle, a la apertura al tránsito marítimo del canal de Panamá, en cuya construcción Francia había desempeñado un papel decisivo, y que ella había defendido personalmente.

[417] El río Platte o río Chato, uno de los principales afluentes del Misuri, discurre por el centro de las Grandes Llanuras. Tiene 500 km de longitud, aproximadamente.

[418] Extensiones junto al río Laramie, entre Colorado y Wyoming.

[419] El río Wind —en realidad, el río Bighorn en su curso alto— nace en una de las estribaciones orientales de las montañas Rocosas, en el extremo centro occidental del estado de Wyoming.

[420] Hay doce picos en los Estados Unidos con este nombre. Por el recorrido que desarrolla en el poema, Whitman podría referirse al famoso Monument Valley, en Colorado, o, más probablemente, al monte Monumento, en las montañas Rocosas de Wyoming, de algo más de 3000 m de altura.

[421] Diez pueblos, comunidades y montañas se llaman así en los Estados Unidos, además de una cadena montañosa en la Columbia Británica, en Canadá. Ninguno, no obstante, consta en la ruta que describe el poema.

[422] Véase la nota 414.

[423] Montaña de Wyoming, de 3400 m. de altura.

[424] Cadena montañosa al noroeste del estado de Nevada.

[425] Lago de 495 km<sup>2</sup> en la frontera entre los estados de California y Nevada.

[426] El pasaje anterior describe sustancialmente el recorrido del tren entre Omaha (Nebraska) y San Francisco (California).

[427] Cristóbal Colón.

[428] Vasco da Gama (1460 o 1469-1524), navegante portugués que descubrió la ruta marítima a la India por África entre 1497 y 1499.

[429] Latín: «Trinidad».

[430] Alude, de nuevo, al año en el que se inauguró el canal de Suez: 1869.

[431] Cada año, el dux —o dogo— de la Serenísima República de Venecia se casaba simbólicamente con el mar, arrojando una alianza a las aguas del Adriático.

[432] Alejandro Magno murió inesperadamente —no se sabe si por envenenamiento o enfermedad— al volver de su invasión de la India, en el 323 a. C. Tenía treinta y dos años.

[433] Tamerlán, también llamado «Príncipe de la Destrucción», fue un conquistador turco-mongol, descendiente de Gengis Kan, nacido entre 1330 y 1340, probablemente en Samarcanda, y muerto en 1405. En poco más de dos décadas, conquistó ocho millones de kilómetros cuadrados, desde Delhi hasta Moscú.

[434] Abu Muzaffar Muhiuddin Muhammad Aurangzeb Alamgir (1618-1707), más conocido como Aurangzeb, «Conquistador del Mundo», como a sí mismo se llamaba, fue el emperador mongol de la India entre 1658 y 1707. Su personaje protagoniza la tragedia de John Dryden Aureng-Zebe (1675).

[435] Shams ad-Din Abu Abd Allah Muhammad ibn Muhammad ibn Ibrahim al-Luwati at-Tanyi, más conocido (y, sobre todo, más brevemente) como Ibn Battuta, fue un viajero y explorador nacido en Tánger en 1304 y muerto en 1368 o 1369. Su periplo por Oriente duró veinte años, que contó con detalle en la Relación de sus viajes, una crónica dictada a instancias del sultán de Marruecos. En su viaje recorrió una distancia mayor que la de su contemporáneo Marco Polo, lo que contribuyó a ensanchar las rutas comerciales abiertas por el veneciano: Ibn Battuta atravesó el oeste, centro y norte de África, parte del sur y este de Europa, Oriente medio, la India, Asia central, el sureste asiático y China.

[436] Sirio es el nombre propio de la estrella Alfa Canis Maioris, la más brillante de todo el cielo nocturno vista desde la Tierra, situada en la constelación del hemisferio celeste sur Canis Maior.

[437] Las desgracias de Colón —su encarcelamiento tras el tercer viaje a América, la muerte de Isabel y el desdén de Fernando, la enfermedad y la pobreza—, que Whitman utilizó, hasta cierto punto, como metáfora de las suyas, le eran conocidas al poeta gracias al ensayo Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, de Washington Irving, publicado en 1828, del que constan fragmentos transcritos en sus notas de trabajo. Whitman se refiere en el poema, específicamente, a la obligada —y penosa— estancia de Colón en Jamaica en 1503.

[438] Michael Moon considera a este poema uno de los más imaginativos y esotéricos de Whitman, y, probablemente, «el único poema surrealista americano del s. XIX, antecedente de la experimentación posterior». El Dr. Buckc lo consideraba la representación de la actividad de la mente durante el sueño. Otros, en cambio, como John Burroughs, simplemente «no lo entendían», y añadían que hablaban por muchos (p. 356).

[439] Francés: «hastidados».

[440] Los epilépticos.

[441] Francés: «dulzuras», «deleites».

[442] Francés: «escondrijo».

- [443] En «Paumanok, y mi vida en ella de niño y de joven», uno de los fragmentos de Días ejemplares de América, incluido en esta edición, Whitman especifica que el naufragio al que alude en este poema fue el del Mexico, que se perdió en las aguas de Long Island en 1837.
- [444] Ésa era la costumbre de los cocheros de Nueva York: enterrar el látigo con su dueño.
- [445] En la cultura hinduista, un sudrá es un miembro de la cuarta y última casta, la de los siervos.
- [446] El Espíritu Santo, aunque la expresión elegida por Whitman, «Santa Spirita», no sea latín ni italiano. Así se lo hizo notar su editor inglés, William Rosetti, pero Whitman se negó a corregirlo. Aunque el género parezca femenino, mantengo el masculino de «Espíritu Santo» en la traducción.
- [447] Michael Moon (p. 379) señala la posible influencia en este poema del soneto «La noche y la muerte», de José María Blanco White, considerado uno de los mejores poemas de la literatura inglesa, aunque Blanco White era español —Moore lo tiene, simplemente, por «an English Unitarian clergyman»—. Nacido en Sevilla en 1775, se exilió en Inglaterra —de donde ya no volvería— con el fatídico advenimiento del reinado de Fernando VII en España. Falleció en Liverpool en 1841, tras componer una destacada obra literaria, tanto en castellano como en inglés. Entre los papeles de Walt Whitman, se ha conservado una copia del soneto de Blanco White, que dice así: «Oh, noche oscura, si por vez primera / Te viera yo venir, ¿no temblaría / Temiendo que esta clara luz del día, / Este milagro azul se deshiciera? // Pero, si ya el lucero reverbera / Al caer de la tarde, y la alegría / De mil estrellas nace, ¿negaría / Que brilla más la creación entera? // ¡Quién hubiera pensado, oh, noche oscura, / Que el propio Sol pudiera ensombrecerte, / Tenerte entre sus rayos escondida! // Eres gloria de paz y de hermosura. / ¿Por qué temer, entonces, a la muerte? / Igual que el Sol, ¿nos cegará la vida?» (traducción de Esteban Torre, en José María Blanco White, *Night & Death*. «El mejor soneto del idioma», presentación de Antonio Molina Flores, versiones de Juan Aguilar, Yolanda Morató, Justo Navarro, Antonio Rivero Taravillo y Jenaro Talens, artículos de Antonio Garnica Silva y Jesús Díaz García, y de Martin Murphy, sin lugar de edición, Berenice, 2012, p. 40).
- [448] El vapor Presidente zarpó de Nueva York, rumbo a Liverpool, el ir de marzo de 1841, con 136 personas a bordo. No volvió a saberse de él.
- [449] El vapor Ártico, que se dirigía a Nueva York desde Liverpool, chocó contra el francés Vesta, en un banco de niebla, el 27 de septiembre de 1854, a 40 millas del cabo Race, en Terranova. Murieron 350 personas, entre las que había muchas mujeres y niños.
- [450] Afluente del río San Lorenzo, de 700 km de longitud, que discurre íntegramente por la provincia de Quebec, en Canadá.
- [451] El Yellowstone, afluente del río Misuri, nace en las montañas Rocosas, en la zona del Parque Nacional homónimo, y se extiende a lo largo de 1080 km. El Yosemite es un río de apenas 22 km de longitud, que alimenta las cascadas del valle de Yosemite —eje del Parque Nacional del mismo nombre, situado a unos 320 km al este de San Francisco— y se une al río Merced, que lo atraviesa.
- [452] Se refiere a la Guerra de Independencia contra la Gran Bretaña (1775-1783) y a la Guerra Civil (1861-1865).
- [453] Francés: «fiestas».
- [454] Resulta llamativo que el editor de la revista Harper, a la que Whitman lo envió para publicarlo en 1881, rechazara este poema —un claro himno al sol— por considerar que sus lectores no lo entenderían.
- [455] En el lenguaje náutico de la época, «fores» significaba la parte delantera de algo, en este caso, el morro de los peces y el hocico de las ratas, cuya forma se asemeja.

[456] Edward Whitman, hermano de Walt, sufría una deficiencia mental. El poeta lo atendió durante toda su vida.

[457] El domingo, en el lenguaje cuáquero.

[458] Michael Moon sugiere que Whitman describe a su propia abuela materna, Naomi Williams Van Velsor, en este pasaje (p. 391).

[459] Siendo poetas de formación y trayectoria muy distintas, es curioso que Walt Whitman y Emily Dickinson coincidieran en su canto a la locomotora. Esto dice Dickinson en su poema «I like to see it lap the miles...»: «Me gusta verlo devorar las millas, / y beberse los valles, / y pararse a repostar en los depósitos, / y luego, prodigioso, // bordear una sierra, / y curiosear con desdén / en las casuchas de los caminos, / y recortar después una cantera // para que se ajuste a sus flancos, / y arrastrarse por medio, / ululando sin cesar un lamento / de hórridas estrofas, / y precipitarse ladera abajo, en pos de sí, // relinchando como los hijos del trueno, / y, por fin, puntual como una estrella, / detenerse, dócil y omnipotente, / a la puerta de su establo» (la traducción es mía).

[460] Todos son ríos del sur de los Estados Unidos: el Roanoke, véase la nota 146; el Savannah, de 481 km de longitud, es el mayor del sureste del país, y constituye buena parte de la frontera entre los estados de Carolina del Sur y Georgia; el Altamahaw, véase la nota 43; el Pedee, véase la nota 149; el Tombigbee, véase la nota 153; el Santee, de 230 km de longitud, fluye por Carolina del Sur; el Coosa nace en Georgia y, después de recorrer 451 km, tributa en el río Alabama, al noreste de Montgomery; el Sabine, de 820 km de longitud, constituye, en su curso bajo, la frontera entre los estados de Texas y Luisiana, y desemboca en el lago del mismo nombre, un estuario del golfo de México.

[461] El lago Okeechobee es el mayor lago de agua dulce de Florida. Situado al sur del estado, cubre 1890 km<sup>2</sup>.

[462] El llamado Estrecho de Pamlico es, en realidad, una ensenada de la costa atlántica de los Estados Unidos, situada al noreste de Carolina del Norte, y delimitada por una cadena de islas, los Outer Banks. Tiene 129 km de longitud.

[463] Michael Moon recuerda (p. 399) que esta mención a «dos palabras» ha suscitado numerosos intentos de desciframiento. El doctor Bucke, por ejemplo, opinaba, ya en 1888, que eran «vieja causa» o «buena causa», y W. S. Kennedy ha supuesto que se trata de «el Ideal». Whitman, no obstante, interpelado al respecto por Horace Traubel, contestó que él había ideado el enigma, pero que no era de su incumbencia desvelarlo.

[464] Excelsior significa, en latín, «más alto» o «superior», y es la leyenda que figura en el escudo de armas del estado de Nueva York.

[465] De nuevo se manifiesta la militancia antialcohólica de Whitman.

[466] Las fechas que indica el título del poema corresponden a las de la Primera República española, proclamada el 11 de febrero de 1873, tras la abdicación de Amadeo I de Saboya, y extinguida el 29 de diciembre de 1874, cuando el general Arsenio Martínez Campos se pronunció en Sagunto a favor de la restauración de la monarquía borbónica en la persona de don Alfonso de Borbón, hijo de Isabel II, que reinaría con el nombre de Alfonso XII. Seguramente, Whitman sólo se refiere al periodo de la República federal, desde el 8 de junio de 1873 hasta el 3 de enero de 1874, cuando el golpe del general Manuel Pavía supuso la instauración de la República unitaria, bajo la dictadura de otro general, Francisco Serrano. Ése era el periodo que realmente suscitaba sus simpatías, y que le permitía establecer un paralelismo con el nacimiento de América, bajo los auspicios de la libertad.

[467] Aunque Whitman compone aquí un poema de exaltación épica —como han hecho también, durante mucho tiempo, otras recreaciones literarias y cinematográficas—, los investigadores han demostrado la incompetencia de Custer y su estrategia suicida en la lucha contra los indios. La batalla de Little Big Horn, a la que se refiere el poeta, tuvo lugar el 25 y 26 de junio de 1876, en Montana. En ella, Custer, al mando del 7.º Regimiento de Caballería, con unos 600 hombres, se enfrentó a los 2000 indios que lideraban, entre otros jefes, los aguerridos Toro Sentado y Caballo Loco. Los errores de Custer —que ya apuntaba maneras en la Academia de West Point, donde fue el último de su promoción— fueron muchos: antes de la batalla, prescindió de las fuerzas que se le ofrecieron como apoyo, entre las que se contaban cuatro compañías de caballería y una de ametralladoras Gatling, y hasta ordenó que sus hombres empaquetaran los sables; desdeñó el consejo de sus exploradores nativos, que le recomendaron no atacar y esperar refuerzos, dada la superioridad del enemigo y su acreditada belicosidad; y, al organizar el ataque, dividió sus fuerzas en tres batallones, lo cual acentuó su inferioridad. A ello se sumó el comportamiento poco ejemplar de las otras dos columnas del regimiento: la comandada por el mayor Marcus Reno, que lo precedió en el ataque y que, sorprendida por la briosa resistencia india, se desbandó pronto; y la que estaba al mando del capitán Frederick Benteen, que, con los restos de las tropas de Reno, no acudió en ayuda de su comandante. Custer, pues, lanzó a los 225 hombres de su batallón, provistos sólo de armas ligeras, contra los 2000 guerreros lakotas, cheyenes y arapahoes acampados junto al río Little Big Horn, a los que no costó mucho repeler la carga y contraatacar. Los estadounidenses se retiraron desordenadamente a un promontorio cercano, donde fueron rodeados y exterminados: se contabilizaron 268 muertos y 55 heridos, por unas 200 bajas de los sioux. El cadáver de Custer apareció con dos heridas de bala en el cuerpo, sin calzoncillos y una flecha clavada en los testículos.

[468] Este poema se titulaba inicialmente «Soneto a la muerte de Custer».

[469] «U. S. G.» son las iniciales del general Ulysses S. Grant (1822-1885), que fue comandante en jefe de las tropas de la Unión durante la Guerra Civil y presidente de los Estados Unidos entre 1869 y 1877. Al concluir su segundo y último mandato, en la primavera de 1877, inició una vuelta al mundo, que se extendió hasta septiembre de 1879. Grant visitó Gran Bretaña, Irlanda, Alemania, el Vaticano, Rusia, Egipto, Palestina, Siam, Birmania y China.

[470] El cañón del Platte es una garganta, muy estrecha y profunda, situada en el tramo meridional del río homónimo, en las Montañas Rocosas de Colorado (véase la nota 281). Su parte más angosta se extiende a lo largo de 13 km y, en algunos puntos, las paredes que se elevan del río tienen una altura de 300 m.

[471] En español en el original.

[472] Aparente galicismo inventado por Whitman, que puede traducirse por «iluminación».

[473] Sitka es una pequeña ciudad del sureste de Alaska, en la isla de Baranof; «Aliaska» es un antiguo nombre de Alaska.

[474] El nombre azteca de Anáhuac designa la meseta en la que se asienta la Ciudad de México. Al norte de esa meseta se suceden varias cordilleras, algunas de las cuales forman la denominada cordillera de Anahuac. El plural utilizado por Whitman parece remitir, no a la llanura, sino a las montañas.

[475] Este poema constituye una elegía a la madre del poeta, Louise Van Velsor, que murió el 23 de mayo de 1873, a los setenta y ocho años. En esa fecha, también Whitman, aquejado por diferentes problemas de salud, se sentía cerca de la muerte, como revela el primer verso.

[476] Whitman se encontraba en Boston, supervisando la impresión de la edición de Hojas de hierba de 1881, cuando, hacia la medianoche del 19 de septiembre, le llegó la noticia de la muerte del presidente

James A. Garfield, que había sufrido un atentado el 2 de julio de ese año. Whitman era amigo de Garfield, a quien había conocido cuando el futuro presidente era un joven congresista en Washington. El fallecimiento de Garfield —el segundo presidente estadounidense en morir asesinado, tras Lincoln— fue un cúmulo de despropósitos: el atentado lo había cometido un abogado, Charles Jules Guiteau, ofuscado porque Garfield no le hubiera concedido el puesto consular que había solicitado, aunque ninguna de las dos balas que le disparó había afectado a órganos vitales. Los médicos que atendieron al presidente, al intentar extraer uno de los proyectiles, convirtieron una perforación sin importancia en una herida mortal. Alexander Graham Bell, el inventor del teléfono, intentó sin éxito encontrar la bala con un detector de metales que había improvisado para la ocasión, pero la cama donde estaba recostado era de metal, lo cual imposibilitó el hallazgo. Garfield falleció, a la postre, a causa de la infección y la hemorragia interna que le habían provocado quienes habían de curarlo.

[477] La predicción de Whitman es poco osada, o bien él conocía poco las leyes de la demografía: en la época en que escribió estos versos, la población de los Estados Unidos era ya de 70 millones de habitantes. Hoy son 314.

[478] «Avatar» es una palabra sánscrita que en el hinduismo significa «encarnación», referida a la corporeización terrestre de una deidad, en particular Visnú, aunque también puede ser la de los dioses o maestros muy influyentes de otras religiones, como Zoroastro, Buda o Jesucristo.

[479] Promontorio en la península de South Fork, en el extremo suroriental de Long Island.

[480] Whitman, que había trabajado en imprentas, enumera diversas fuentes tipográficas entonces en boga, de seis, ocho, nueve y diez puntos, respectivamente.

[481] La bahía de Wallabout es una pequeña masa de agua situada al noroeste de Brooklyn, en un meandro del East River. En ella estaban fondeados los pontones británicos que servían de cárcel durante la

Guerra de Independencia, en los que murieron más de 10 000 prisioneros americanos a causa de los malos tratos, la alimentación deficiente y las enfermedades. Los británicos enterraban los cadáveres en fosas comunes en las playas adyacentes, o simplemente los tiraban por la borda.

[482] No se sabe dónde está enterrado Alejandro Magno. Encontrar su tumba ha sido, durante siglos, uno de los grandes objetivos de la arqueología. Whitman utiliza aquí la magnitud de este desideratum para ponderar la importancia que tienen para él las tumbas de sus compatriotas.

[483] Whitman, amante de la naturaleza, observador de los pájaros y conocedor de la mitología griega, debía de estar familiarizado con el mito de Alcíone, esposa de Ceix e hija de Eolo, el señor de los vientos. Ceix se había ido a Claros, en Jonia, para consultar a un oráculo, pero su barco naufragó, y él murió ahogado. Al enterarse de la muerte de su esposo, Alcíone, desesperada, se arrojó al mar. Apiadándose de ambos, los dioses transformaron a la pareja en alciones, esto es, en martillos pescadores. Se cuenta que, cuando estas aves hacían su nido en la playa y las olas amenazaban con destruirlo, Eolo contenía a sus vientos y obligaba a las olas a calmarse los siete días anteriores al día más corto del año, y varios después, para que pudiesen poner los huevos. Estos días pasaron a llamarse «días del alción», y en ellos nunca se esperaban tormentas. El alción se convirtió, así, en símbolo de la tranquilidad.

[484] Navesink es una elevación, a orillas del mar, en la costa de Nueva Jersey, al sur de la bahía de Nueva York. Así lo consigna el propio Whitman al pie del poema.

[485] Sobre Sirio, véase la nota 436. Capella, o Alfa Aurigae, es la estrella más brillante de la constelación de Auriga, y la sexta más brillante del cielo.



[486] Se refiere a la contienda electoral de ese año entre los candidatos a la presidencia James G. Blaine y Stephen G. Cleveland; ganó este último. Aunque no se dilucidaban cuestiones de importancia, según Whitman anotó en sus diarios, le gustaba «el hecho de que hubiera elecciones nacionales», y escribió este poema conmemorativo.

[487] Se refiere a las piñas del pino blanco occidental (*pinus monticola*), común en el estado de Oregon y, en general, en todo el oeste de los Estados Unidos y Canadá.

[488] Cuando este poema se publicó por primera vez, el 16 de mayo de 1885, el general Grant todavía estaba vivo. En esa versión, Whitman instaba a la tumba a esperar al héroe mucho tiempo todavía. Después de su muerte, ocurrida el 23 de julio de ese mismo año —la tumba, como se ve, no fue sensible a la petición del poeta—, volvió a publicarse, el 15 de agosto. Sobre la figura de Ulysses S. Grant, véase la nota 333.

[489] Robert E. Lee (1807-1870), general en jefe del ejército confederado en la Guerra de Secesión. Se rindió a Grant en Appomattox, Virginia, el 9 de abril de 1865, dando fin así al conflicto.

[490] Chaqueta Roja (1750-1830), también llamado en su adultez Sagoyewhata («El que mantiene despierto»), fue un gran sachem de los indios séneca, que destacó por sus habilidades retóricas, como indica su nombre indio. Aunque los iraqueses lucharon con los británicos en la Guerra de Independencia americana, y pagaron por ello un alto precio, viéndose forzados a ceder sus tierras y muchos de ellos, a emigrar a Canadá, Chaqueta Roja hizo que abrazaran la causa americana frente a sus antiguos aliados en la Guerra de 1812. Eso le devolvió la estima del país, aunque antes ya se había ganado su respeto, con un célebre discurso al senado americano en 1805. La ceremonia a la que alude el poema de Whitman consistió en la inhumación de los restos de Chaqueta Roja en el cementerio de Forest Lawn, en Búfalo, a donde habían sido trasladados desde el enterramiento indio en que se encontraban. Whitman, por cierto, no estuvo allí.

[491] Osián es el legendario bardo céltico cuya poesía épica —reunida primero en Fragmentos de poesía antigua recogida en las Tierras Altas de Escocia, de 1760, y, de forma completa, en Obras de Osián, de 1765— afirmó haber traducido del gaélico el poeta escocés James MacPherson (1736-1796), y que tanto influyó en el Romanticismo europeo. Aunque el debate no ha concluido, hoy prevalece la opinión de que Osián es un apócrifo de MacPherson, que escribió —o reelaboró ampliamente— buena parte de los poemas.

[492] El Monumento a Washington es el obelisco, de 170 m de altura, dedicado al primer presidente de los Estados Unidos y jefe del ejército continental en la Guerra de Independencia, situado en la Explanada Nacional de la Ciudad de Washington. Construido entre 1848 y 1884, se inauguró oficialmente el 21 de febrero de 1885.

[493] Adolphus Washington Greely (1844-1935) fue un oficial naval y explorador del Ártico estadounidense. El poema de Whitman se inspira en la expedición científica Bahía de Lady Franklin, capitaneada por Greely, que se desarrolló entre 1881 y 1884. La expedición, tras recopilar valiosos datos geográficos y meteorológicos, sufrió graves contratiempos, y quedó abandonada a su suerte en el casquete polar. Por fin, a mediados de 1884, fue rescatada, aunque sólo sobrevivieron cinco de sus 25 componentes, entre ellos Greely. Las acusaciones de que lo habían conseguido gracias a la práctica del canibalismo fueron vigorosamente rechazadas por el capitán. El poema establece un paralelismo entre la experiencia vivida por Greely y las experimentadas por el propio poeta en el invierno de su vejez.

[494] El «holandés Kossabone» era el tatarabuelo, por vía materna, de Walt Whitman.

[495] El tenor es el italiano, aunque naturalizado norteamericano, Pasquale Brignoli (1824-1884), uno de los favoritos de Whitman, al que había oído cantar muchas veces en la ópera de Nueva York, y cuyo funeral se celebró el 3 de noviembre de 1884 en esa misma ciudad. Así lo consignó Whitman en el sobre en el que mandó el poema a su amigo William Douglas O'Connor.

[496] Whitman señala aquí los cuatro papeles protagonistas que Brignoli había representado en la ópera de Nueva York: Fernando, en *La favorita*, de Donizetti; Manrico, en *El trovador*, de Verdi; Ernani, en la obra homónima, también de Verdi; y Genaro, en *Lucrecia Borgia*, de Donizetti, respectivamente.

[497] Yonnonidio es también el título de un largo poema narrativo de H. C. Hosmer, publicado en 1844, con el subtítulo de *Guerreros del Génesis: Una historia del siglo XVII*. En esta obra, Hosmer aclara que yonnonidio era el nombre por el que se dirigían los miembros de las Cinco Naciones indias a los gobernadores generales de Francia en los territorios del Nuevo Mundo. El sentido de lamento al que alude Whitman está implícito en el reconocimiento indio de la dominación extranjera.

[498] Whitman se refiere a la escritora inglesa Anne Burrows Gilchrist (1828-1885), a la que ya se ha hecho referencia en el estudio introductorio. Gilchrist le confesaría por carta al poeta que se había enamorado de él al leer la antología de sus poemas que había publicado en Londres William Michael Rossetti, y hasta le propondría matrimonio. Whitman no aceptó la propuesta ni correspondió a su amor, pero ambos mantuvieron una intensa correspondencia desde 1869 y trabaron una gran amistad.

[499] No consta ninguna edición de *Hojas de hierba* en esta fecha. Las más próximas en el tiempo son la cuarta, de 1867, y la quinta, de 1871-72. Puede tratarse de una errata o de una referencia de Whitman a alguna edición parcial de la obra hecha o planeada para ese año.

[500] Así se denomina en los Estados Unidos a la Guerra de Independencia contra los británicos.

[501] El emperador es Guillermo I de Alemania y Prusia, fallecido en Berlín el 9 de marzo de 1888.

[502] Se trata de John Greenleaf Whittier (1807-1892), poeta, cuáquero y ferviente abolicionista. El poema conmemorativo que le dedica Whitman no tiene en cuenta que Whittier, un hombre de férreas convicciones morales, arrojó al fuego el ejemplar de *Hojas de hierba* que estaba leyendo, al topar con alguno de sus «pasajes indecorosos».

[503] He escrito estos dos poemas, con gran esfuerzo, una tarde de junio de 1888, en mi septuagésimo año, durante un repunte de la enfermedad. Tengo por seguro que ningún lector, ni probablemente ser humano alguno, ha experimentado, ni experimentará jamás, fases tales de acción emocional y solemne como estos poemas suponen para mí. Siento en ellos el fin, la conclusión de todo. (N. del A).

[504] Un *Adiós* suele esconder el saludo de un nuevo principio: para mí, Desarrollo, Continuidad, Inmortalidad y Transformación son los más importantes significados vitales de la Naturaleza y la Humanidad, y el *sine qua non* de todos y cada uno de sus hechos.

¿Por qué la gente se aferra a las últimas palabras, consejos o apariencia de los que se van? Esas últimas palabras no son ejemplo de lo mejor, que requiere una vitalidad plena, equilibrio, y un control y un ámbito de aplicación perfectos. Sin embargo, son inapreciables para confirmar, y para avalar, el desarrollo, los hechos, las teorías y la fe de la vida que las han precedido. (N. del A).

[505] NOTA. Vida en verano en el campo. Varios años. E11 mis caminatas y exploraciones, di con un bosquecillo cerca del arroyo, en el que, por alguna razón, se reunían, alegres, los pájaros en cantidades inusitadas. Especialmente al despuntar el día, y también al acabar, yo estaba seguro de asistir allí a muchísimos conciertos pajariles. Iba a menudo al lugar al amanecer, y también al ponerse el sol, o muy poco

antes... Una vez me pregunté: ¿Qué canto es más hermoso: el primero o el último? El primero siempre me estimulaba, y acaso parecía más alegre y vigoroso, pero siempre encontraba los sonos del atardecer, o del caso, más dulces y penetrantes —parecían acariciar el alma—, y a menudo los tordos vespertinos, dos o tres, se contestaban, o entrelazaban sus cantos. Aunque me perdí algunas mañanas, me descubrí asistiendo con estricta puntualidad a los conciertos de la tarde.

OTRA NOTA. «Se fue con la marea, al atardecer» es una frase que le oí a un cirujano para describir la muerte, particularmente dulce, de un viejo marinero.

En la Guerra de Secesión, entre 1863 y 1864, cuando visitaba los hospitales militares de las inmediaciones de Washington, adquirí el hábito, y lo mantuve hasta el final, de visitar aquellas salas populosas y a quienes allí penaban, puntualmente, siempre que subía o bajaba la marea, al atardecer. El efecto de la hora resultaba palpable, de algún modo (o así lo creía yo). Los heridos más graves encontraban algún alivio, y hasta querían hablar un poco, o que se les hablase. Los de naturaleza intelectual y emocional eran los que mejor se sentían: las muertes eran siempre más apacibles, los medicamentos parecían surtir mejor efecto si se administraban a aquella hora, y un ambiente de sosiego reinaba en las salas.

Parecidas influencias, parecidas circunstancias y horas, al caer el día, tras grandes batallas, aun con todos sus horrores. Más de una vez tuve la misma experiencia en los campos cubiertos de muertos y heridos.

[506] El código de Bacon, o clave baconiana, es un sistema criptográfico, también denominado esteganografía, ideado por el escritor inglés Francis Bacon en 1605. Durante mucho tiempo, y como un aspecto más de la pintoresca tradición, que Whitman compartía, consistente en atribuir las obras de Shakespeare a alguien que no fuera Shakespeare, se ha sostenido que Bacon era su verdadero autor, como demostraban los diversos criptogramas incluidos en los textos. En 1957, sin embargo, los criptólogos William y Elizabeth Friedman refutaron definitivamente esta teoría en *The Shakespeare Ciphers Examined*.

[507] Se refiere a la Exposición Universal de París, celebrada entre el 6 de mayo y el 6 de noviembre de 1889, cuya más singular aportación fue la Torre Eiffel.

[508] NOTA. CAMDEN, N.J., 7 de agosto de 1888. Walt Whitman pide al *New York Herald* «que añada este tributo a Sheridan»:

«En la grandiosa constelación de cinco o seis nombres, en la presidencia de Lincoln, que perdurarán eternamente en el firmamento de la historia, como hitos de los últimos latidos de la secesión y como destellos que iluminan sus estertores, el de Sheridan brillará con fuerza. Merece la pena reparar en algo que se desprende del ejemplo del soldado fallecido, y que ahora acude a mi mente. Si la guerra hubiese durado más tiempo, estos Estados, en mi opinión, habrían demostrado poseer las virtudes militares más decisivas que haya alumbrado jamás nación alguna sobre la Tierra. No se discute que dispusieron de tropas superiores, en cantidad y calidad, a cualesquiera otras conocidas. Pero también tenemos la capacidad, excelente como la otra, de organizarlas, dirigirlas y proporcionarles oficiales. Ambas, unidas al armamento, a los medios de transporte modernos y al genio inventivo de los americanos, harían a los Estados Unidos, con determinación, no sólo capaces de enfrentarse al mundo entero, sino de conquistarlo, aunque se coaligase contra nosotros».

[509] Philip Henry Sheridan (1831-1888) fue general del ejército de la Unión en la Guerra de Secesión. Destacó en el arma de caballería. En 1864, venció a las fuerzas confederadas en el valle de Shenandoah y aplicó, como Sherman, la técnica de «la tierra quemada», que contaba ya con muchos y esmerados practicantes. Tras la Guerra Civil, participó en las guerras indias, donde siguió aplicando sus refinadas técnicas de arrasamiento, aunque uno de sus subordinados, el general Custer, optara por aplicárselas a sí mismo. Sheridan es el autor de la célebre frase «el único indio bueno es el indio muerto».

[510] El 15 de noviembre de 1889, un golpe militar depuso al emperador Pedro II e instauró la república en Brasil. El mariscal Manoel Deodoro da Fonseca, que había desempeñado un importante papel en el golpe, fue elegido primer presidente de la República.

[511] La cruz y la corona es un símbolo cristiano —y, singularmente, católico— que representa «la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (Santiago, I:12). Ha sido el emblema de los caballeros templarios, de la Iglesia de Cristo, Científico, y de los Estudiantes de la Biblia. En el poema de Whitman, alude a la onerosa conjunción de monarquía y catolicismo en la historia de Brasil, sobrepujados ahora por la nueva república.

[512] Osceola (1804-1838) fue uno de los más destacados jefes de la tribu de los seminóla. Opuesto a la ocupación y la venta de las tierras de su pueblo, desató la segunda Guerra Seminola en los everglades de Florida. En octubre de 1837, se dirigía a San Agustín bajo bandera de tregua, pero el general Thomas S. Jessup lo hizo prisionero y lo encarceló en Charleston, donde murió al cabo de cuatro meses. Las causas de la muerte no se han establecido con certeza: oficialmente, murió de malaria, pero también circulan teorías de que fue asesinado y hasta de que murió de pena, por no poder resistir el aislamiento al que estaba confinado. Esta última, que ilustra el amor a la libertad que inflama el corazón de los indígenas, es la más romántica y la que suscribe Whitman. Para escribir el poema, se inspiró, en parte, en el retrato del indio que le regaló el pintor George Catlin.

[513] La inundación de Johnstown, en Pensilvania, también llamada «la gran inundación», se produjo el 31 de mayo de 1889 por la rotura de la presa de South Fork, a causa de las lluvias torrenciales que habían caído en la zona. Murieron 2209 personas.

[514] El subtítulo, como tantos otros datos aparentemente biográficos de Hojas de hierba, es ficticio: Whitman nunca estuvo en Nevada; lo más lejos que llegó fue a Denver, Colorado.

[515] Paumanok (o Paumanake, o Paumanack, el nombre indio de Long Island), con más de cien millas de extensión, tiene forma de pez y abundantes costas: arenosas, azotadas por las tormentas, inhóspitas, de horizontes ilimitados y aire demasiado fuerte para los enfermos; sus bahías son un maravilloso refugio para las aves acuáticas, y al sur se extienden pastos salinos. El suelo de la isla es poco cultivable, pero bueno para el algarrobo, el manzano y la zarzamora, y alberga innumerables fuentes del agua más dulce del mundo. Hace años, entre los habitantes de la bahía —una raza fuerte, indómita, ya extinta, o casi enteramente transformada—, a los nativos de Long Island se les llamaba paumanackers o paumanacker criollos (John Burroughs).

[516] El punto que culmina la península de Orient, que es la situada más al norte, de las dos, North y South Fork, en que se divide Long Island en su extremo oriental.

[517] Otra península de Long Island, que ha sido lugar de esparcimiento desde 1830, en la que extiende el actual distrito metropolitano de Queens, en Nueva York.

[518] Los Hamptons son un conjunto de pueblos en Southampton y East Hampton, localidades al este de South Fork.

[519] El Mexico, proveniente de Liverpool, no naufragó en 1840, sino el 2 de enero de 1837, cuando embarrancó en un banco de arena de la playa de Hempstead, en medio de una tormenta terrible y con un clima helado. Sólo se salvaron ocho personas —entre ellas, el capitán— de un total de 124, entre pasajeros y tripulación. Las gentes de la costa, como refiere Whitman en el poema «Los durmientes», ayudaron a recuperar y enterrar los cadáveres.

[520] El Elizabeth naufragó en Point O'Woods, en Long Island, el 19 de julio de 1850. Margaret Fuller (1810-1850), periodista y activista de los derechos de la mujer, amiga de Ralph Waldo Emerson, y casada con el revolucionario Giovanni Ossoli, al que había conocido como corresponsal del New York Times en Europa, declinó abandonar el Elizabeth como las demás mujeres, y pereció al lado de su marido y de su hijo, de tres años de edad.

[521] Son todos paisajes de Long Island: la bahía de Peconic se sitúa entre las dos penínsulas del extremo nororiental de la isla, North y South Fork, y alberga la isla Shelter, de 32 km<sup>2</sup> de extensión; Montauk es el pueblo situado en la punta de South Fork; y en la colina de la Tortuga se asienta el faro de Montauk, inaugurado en 1797, el primero en el estado de Nueva York y el cuarto más antiguo todavía en funcionamiento en los Estados Unidos.

[522] Región central de Long Island, hoy perteneciente al condado de Nassau. Los pastos a los que alude Whitman tenían una extensión, entonces, de 60 000 acres, unos 240 km<sup>2</sup>.

[523] Península —antes isla— en el extremo sur de Brooklyn, célebre como lugar de ocio desde la Guerra de Secesión hasta mediados del siglo XX.

[524] Del Brooklyn de entonces (1830-1840) apenas queda nada, excepto el trazado de las antiguas calles. Tenía entre diez y doce mil habitantes. A lo largo de una milla, magníficos olmos flanqueaban la calle Fulton. Su aire era enteramente rural. Como ejemplo para comparar su valor de entonces y el de ahora, cabe mencionar que el Sr. Parmentier, un emigré francés, compró veinticinco acres de lo que es hoy la parte más cara de la ciudad, entre las avenidas Flatbush y Fulton, por 4000 dólares. ¿Quién recuerda aquellos lugares, tal como eran? ¿Quién recuerda a los ciudadanos de entonces? Entre los primeros estaban Smith & Wood, Coe Downing y otros edificios públicos junto al transbordador, el propio Transbordador, la calle Love, los Ffeights —de entonces—, Wallabout con el puente de madera, y el camino que iba desde más allá de la calle Fulton hasta el antiguo acceso de peaje. Entre los segundos, el genial y majestuoso General Jeremiah Johnson y otros: Gabriel Furman, el reverendo E. M. Johnson, Alden Spooner, el Sr. Pierrepont, el Sr. Joralemon, Samuel Willoughby, Jonathan Trotter, George Hall, Cyrus P. Smith, N. B. Morse, John Dikeman, Adrian Hegeman, William Udall y el viejo sr. Duflon, con su jardín militar.

[525] La primera batalla de Bull Run se libró el 20 y el 21 de junio de 1861, a las puertas de Washington. El ejército de Virginia Nororiental, al mando del general Irvin McDowell, se enfrentó al ejército confederado del Potomac, comandado por Joseph Johnston y P. G. T. Beauregard, con resultados inicialmente alentadores, pero a la postre catastróficos para la Unión. La buena sociedad de Washington, que daba por segura una victoria aplastante de los suyos, y que había ido de picnic a contemplar la batalla, quedó sobrecogida por el desastre. Las fuerzas federales se desbandaron hacia Washington, e inundaron la ciudad de soldados heridos y abrumados por la derrota. Esta decepción y este caos son los que narra Whitman en el fragmento.

[526] Río de 314 km de longitud, que atraviesa el norte del estado de Virginia. Durante la Guerra de Secesión, constituyó uno de los frentes orientales, en el que se libraron dos batallas importantes: la de Fredericksburg, entre el 11 y el 15 de diciembre de 1862, a la que se refiere Whitman, y la de la estación de Rappahannock, a finales de 1863.

[527] En esta batalla, el confederado Robert E. Lee aplastó al unionista Ambrose Burnside, cuyo ejército era muy superior en número. Las fuerzas de la Unión perdieron casi 13 000 hombres; los confederados, 3000.

[528] John Singleton Mosby (1833-1916) —no Moseby, como escribe Whitman— fue un comandante de caballería de la Confederación, que se significó por sus acciones de guerrilla en la franja central del norte de Virginia. Se le llamaba «El fantasma gris».

[529] Véase la nota 347 de Hojas de hierba.

[530] Andrew Jackson (1767-1845), séptimo presidente de los Estados Unidos (1829-1837); Henry Clay (1777-1852), político norteamericano, presidente del Congreso en varias ocasiones y candidato a la presidencia por el Partido Nacional Republicano, muy admirado por Abraham Lincoln; Daniel Webster (1782-1852), abogado y político norteamericano, senador y secretario de Estado, candidato asimismo a la presidencia por el Partido Nacional Republicano; Luis Kossuth (1802-1894), aristócrata y político húngaro, partidario de la independencia de Hungría del imperio austrohúngaro, exiliado en los Estados Unidos; William Walker (1824-1860), médico, abogado, periodista y político norteamericano, uno de los más famosos piratas del siglo XIX: intentó arrebatar los territorios de Sonora y Baja California a México, luchó en la guerra civil nicaragüense y llegó a ser, aunque brevemente, presidente del país, e intervino también en Honduras, aunque allí acabó su suerte: fue fusilado en Trujillo; sobre el príncipe de Gales, véase la nota 192 de Hojas de hierba.

[531] Véase la nota 348 de Hojas de hierba.

[532] La batalla de Gettysburg, en Pensilvania, librada entre el 1 y el 3 de julio de 1863, se considera la más importante de la Guerra de Secesión, y decisiva para su desenlace. La iniciativa y las victorias, que habían correspondido hasta entonces a la Confederación, pasaron entonces a la Unión. En el enfrentamiento, el general George G. Meade derrotó al hasta entonces invencible Robert E. Lee. Meade sufrió 22 000 bajas, pero infligió casi 31 000 a Lee.

[533] La batalla de Chancellorsville enfrentó, cerca de Spotsylvania Courthouse (Virginia), entre el 30 de abril y el 6 de mayo de 1863, al ejército del Potomac, al mando del general de la Unión Joseph Hooker, y al ejército confederado de Virginia del Norte, comandado por Robert E. Lee. Una buena parte de la batalla se desarrolló de noche, entre bosques y maleza. Aunque la victoria sonrió a Lee —pese a que el enemigo lo más que doblaba en número—, pagó un precio muy alto por ella: perdió a una cuarta parte de sus fuerzas y a alguno de sus mejores generales, como Stonewall Jackson, muerto, precisamente, porque un centinela sudista no lo identificó de noche y lo abatió de un disparo.

[534] Véase nota 488 de Hojas de hierba.

[535] Obra en tres actos del dramaturgo inglés Tom Taylor (1817-1880), estrenada en 1858, que gozó de una gran popularidad. Cuenta la historia de un muchacho americano, Asa Trenchard, ruidoso y vulgar, pero honrado, que viaja a Inglaterra para reclamar de sus aristocráticos parientes el patrimonio que le corresponde por herencia.

[536] El atentado, en efecto, se produjo en la escena segunda del tercer acto.

[537] La descripción no es correcta. John Wilkes Booth, el asesino de Lincoln, no disparó contra el presidente en un momento de silencio, con el escenario vacío, sino aprovechando la risa del público tras una frase de Asa Trenchard, el protagonista, que se consideraba la cumbre cómica de la obra. Quería que esas carcajadas apagaran o disimularan el ruido del pistoletazo.

[538] De nuevo, los datos no son exactos: la distancia hasta el escenario era algo inferior a lo indicado por Whitman (unos doce pies), y Booth no cayó en él sobre una rodilla, sino con el pie izquierdo. Antes de saltar, el magnicida había apuñalado dos veces al mayor Henry Rathbone, invitado por Lincoln al palco, que había intentado detenerlo.

[539] «¡Así sea siempre con los tiranos!». La frase se ha atribuido con frecuencia a Bruto, el asesino de Julio César, aunque Plutarco niega que pudiera decir algo, o que llegara a hacerlo. Es también el lema oficial del estado de Virginia.

[540] Booth escapó en su caballo, que un cómplice, Peanuts Burroughs, le guardaba detrás del teatro.

[541] Napoleón Bonaparte murió —probablemente envenenado con arsénico— el 5 de mayo de 1821 en la isla de Santa Elena, en el Atlántico, a donde había sido desterrado tras la derrota de Waterloo.

[542] Los paleólogos eran el ejército del imperio bizantino, bajo la dinastía homónima, desde finales del siglo XIII hasta la caída de Constantinopla, en 1453. Whitman se refiere, precisamente, a la defensa que los soldados de Bizancio hicieron de la ciudad frente a los ataques del otomano Mehmet II, que finalmente la conquistaría.

[543] Whitman alude a la leyenda negra que pesaba entonces sobre la historia de España, fabricada por sus antagonistas ingleses. Para caracterizarla como un relato fantástico, recurre a la figura de raw-head-and-bloody-bones, algo así como «cabeza pelada y huesos sangrientos», un coco que espantaba a los niños ingleses ya en 1550, y a Los misterios de Udolfo, de la inglesa Ann Radcliffe (1764-1823), publicada en 1794, y considerada el arquetipo de la novela gótica.

[544] El lago Champlain, de 1100 km<sup>2</sup> de superficie, constituye la frontera entre los estados norteamericanos de Nueva York y Vermont, y se adentra diez kilómetros en el Quebec canadiense.

[545] Año de la declaración de independencia de los Estados Unidos, y de inicio de la Guerra de Independencia con la Gran Bretaña. En «A orillas del Ontario azul», Whitman cambiará esta referencia por «el año Uno».

[546] Se refiere, de nuevo, al primer año de la independencia de los Estados Unidos, 1776.

[547] El término que utiliza Whitman, doughface, significa, literalmente, «cara de masa», esto es, rostro — y, por extensión, persona— moldeable, manipulable. Por eso designaba, en un principio, a los políticos que se dejaban convencer fácilmente por otros, o que sucumbían a exigencias o intereses ajenos; de ahí mi traducción, «pusilánime». No obstante, en los años anteriores a la Guerra de Secesión, la palabra pasó a designar a los políticos del norte que apoyaban a los del sur, sobre todo en las cuestiones referidas a la esclavitud, la forma de gobierno y la secesión.

[548] El optimismo de Whitman no se corresponde con la realidad: de la primera edición de Hojas de hierba, cuya tirada fue de 795 ejemplares, se vendieron muy pocos; la mayoría se regalaron a críticos y gente de letras, con la esperanza de que se hicieran eco de su aparición. Y, aunque no hay constancia de la tirada de la segunda edición, es muy improbable que fuesen varios miles, como dice Whitman.

[549] Otra manifestación de optimismo inverosímil. Whitman debería haber sabido que, entre los poetas americanos, sólo Longfellow se acercaba a estas cifras.

[550] El presidente de los Estados Unidos entre el 4 de marzo de 1833 y el 4 de marzo de 1857 fue Franklin Pierce (1804-1869).

[551] En francés en el original: «no importa».

[552] He abordado y discutido, en mi anterior Perspectivas democráticas, los problemas de alcanzar esta culminación, que sólo se logrará merced a los futuros, y excelentes, Cantores, Oradores y Artistas Nacionales, y otros; de la creación en la literatura de un Nuevo Mundo imaginario, que corresponda y equivalga a los Nuevos Mundos actuales de la Ciencia y la Política; y de la perspectiva, acaso lejana, pero aun así deliciosa (para nuestros hijos, si no para nosotros), de librar a América y, ciertamente, a todos los países cristianos del mundo del engorro de la anémica, moribunda y lacrimosa, aunque espantosamente extendida, poesía convencional, y sustituirla por algo realmente vivo y sustancial.

[553] La Guerra de Secesión americana (1861-1865).

[554] viaje A la india. Como en alguna antigua leyenda llevada al teatro, para cerrar el argumento y las andanzas del protagonista, todos se reúnen en la cubierta del barco y en la playa para despedirlo, se desatan los nudos y las maromas, se despliega el velamen, y se zarpa hacia mares ignotos, en busca de algo que nadie conoce, para no volver jamás. Entonces cae el telón, y ése es el final. Del mismo modo he reservado yo los poemas que se agrupan bajo este título, para dar fin y explicar muchas cosas que, sin ellos, carecerían de explicación, y para abandonar, y liberarme para siempre, de cuanto las ha precedido. (Así pues, probablemente, los poemas que se agrupan bajo el título de Viaje a la India no son sino una manifestación más libre y una más cabal expresión de lo que, desde un principio, y a lo largo de su desarrollo, se ha escondido, más o menos, en mis escritos: en cada página, en cada verso, en todas partes).

No estoy seguro de que la última y abarcadora sublimación de la raza o del poema sea lo que piensa de la muerte. Cuando todo lo demás se ha comprendido y dicho, incluso lo más grandioso; cuando las contribuciones para que la nacionalidad sea más poderosa, o el canto más dulce, o el personalismo, de hombre o mujer, mejor, se hayan obtenido de los ricos y variados temas de la vida tangible, y hayan sido completamente aceptadas y cantadas, y el hecho abrumador de la existencia visible, con el deber que le es inherente, se perfecciona y, en apariencia, se completa, aún queda por completar, infundiéndolo en el todo y en sus partes, ese otro hecho abrumador e invisible, una porción muy grande (¿acaso no es la mayor?) de la vida, que conjunta al resto y proporciona, a personas y Estados, el único sentido permanente y unitario de todo, incluso de la vida más miserable, coherentemente con la dignidad del universo, en el Tiempo. Y, puesto que de la pertinencia de ese pensamiento y de la gozosa conquista de ese hecho derivan las primeras y distintivas pruebas del alma, para mí (llevándolo un poco más lejos), el significado último de la Democracia, el etéreo y espiritual, ha de concentrarse aquí y desde aquí irradiar, como una estrella fija. Porque, en mi opinión, nada menos que esta idea de inmortalidad, más que cualquier otra, ha de penetrar, y vivificar, y dejar la más alta impronta religiosa en la democracia del Nuevo Mundo.

En un principio, tenía la intención, tras entonar en Hojas de hierba los cantos del cuerpo y la existencia, de componer otro volumen, igualmente necesario, basado en esas convicciones sobre la perpetuidad y la conservación, que, abarcando a todas las anteriores, hicieran que el alma invisible consiguiera, por fin, el gobierno absoluto. Quería continuar, en cierto sentido, con el tema de mis primeros cánticos, pero cambiar las placas y proyectar el problema y la paradoja de que esa misma ardiente y plenamente asentada personalidad ingresara en la esfera de la irresistible gravitación de la ley espiritual y arrostrara la muerte con alegría, sin considerarla una conclusión, sino como lo que siento que ha de ser: la entrada en lo que es, con creces, la mayor parte de la existencia, y que significa tanto para la vida, por lo menos, como la vida misma. Pero completar una obra así excede mis capacidades, y la dejo para un bardo futuro. Lo físico y lo sensual, por sí solos o por lo que se sigue inmediatamente de ellos, siguen aferrados a mí, y no creo que me suelten nunca. Pero yo no sólo no he renegado de esa presa, sino que ni siquiera he deseado que se aflojara.

Entre tanto, y no tanto por prescindir de mi plan original, cuanto para evitar que se produzca un hiato excesivo en él, antes que para llenarlo, termino mis libros con pensamientos, o irradiaciones de mis pensamientos, sobre la muerte, la inmortalidad y el libre acceso al mundo espiritual. Con esos pensamientos, de algún modo, doy los primeros pasos hacia el tema principal, o le dedico unos primeros estudios, desde el punto de vista que requieren mis poemas anteriores y la ciencia moderna. Con ellos también quiero poner la piedra angular del arco permanente de mi democracia. Ahora los vuelvo a reunir, para la imprenta, con el fin de ocupar, en parte, y compensar unos días en los que he sufrido una extraña dolencia, y la mayor aflicción y pérdida de mi vida[1], y me complazco sobremanera con la idea de dejarte este compendio a ti, oh, desconocido lector futuro, como «algo por lo que me recuerdes», más que cualquier otra cosa. Escritas hace mucho tiempo, cuando gozaba de una salud perfecta, nunca pensé que estas piezas cobrarían el sentido que ahora, en las presentes circunstancias, tienen para mí.



(Cuando escribo estas líneas, el 31 de mayo de 1875, vuelve a ser principio de verano, y también mi cumpleaños, el quincuagésimo sexto. Rodeado por la belleza y el frescor de todo, por la luz del sol y la verdura de esta deliciosa estación, oh, qué diferente es la atmósfera moral en la que reviso este Volumen de la jocunda influencia que rodeaba el crecer y el advenimiento de Hojas de hierba. Me ocupo ahora en preparar estas páginas para su publicación, con el pensamiento puesto todavía en la muerte, hace dos años, de mi querida Madre, cuyo carácter era el más perfecto y magnético, y que era la más rara combinación de lo práctico, lo moral y lo espiritual, y la menos egoísta de cuantas personas he conocido, y a la que yo, oh, amaba más que nadie, y también aquejado por un pesadísimo ataque de parálisis, que se empeña en no dejarme, en no soltar su presa, y en arrebatarme el bienestar e impedir toda actividad corporal).

Bajo estas influencias, por consiguiente, sigo queriendo que Viaje a la India sean las últimas palabras de este ditirambo para el centenario. No del modo en que, en las más solemnes celebraciones del antiguo Egipto, el repulsivo esqueleto de la muerte se exhibía ante los celebrantes, para exacerbar y ensombrecer la alegría y el brillo de la ocasión, sino como la estatua de mármol de los griegos de Elis, que sugería la muerte con la forma, hermosa y perfecta, de un joven con los ojos cerrados y apoyado en una antorcha invertida, emblema del descanso y la aspiración tras la acción, cúspide y punto al que todas las vidas y poemas deberían siempre referirse, a saber, la noble y justificada terminación de nuestra identidad, del nivel en que se encuentra, y preparación y salida para el siguiente nivel.

[555] A saber, un carácter en el que sean fundamentales los elementos más normales y corrientes, y a cuya superestructura no sólo contribuyan el preciado bagaje de las enseñanzas y experiencias del Viejo Mundo, las permanentes necesidades de las ciudades y de la sociedad, y las exigencias de lo cotidiano, tan lentas en asentarse, sino que, en sus cimientos, y creciendo desde ahí, con un ímpetu sostenido por el espíritu democrático y aceptando que todos sus aspectos se midan por el rasero de las fórmulas democráticas, sea vivificado, otra vez, directamente por la influencia perenne de la Naturaleza, y por su heroico y antiguo vigor, por el aire puro de las praderas y las montañas, por el brío del mar, y por el antiséptico principal de las pasiones, con toda su potencia y su calor: el valor, la lozanía, la amatividad y un inmenso orgullo. Y sin perder en absoluto, por lo tanto, los beneficios del progreso artificial y de la civilización, sino haciendo que Occidente vuelva a disponer de las viejas tierras, aunque siempre renovadas, y obtenga de ellas el agreste y sano alimento indispensable para una nación fuerte, y cuya ausencia, que amenaza con empeorar, es la mayor carencia y el mayor defecto de la literatura actual del Nuevo Mundo.

Y no es sólo que, como espero, el músculo de Hojas de hierba esté cabalmente espiritualizado para su examen final, sino que, por los temas que aborda, dé sensación de vida, como debe ser: de carne y hueso, de deseo físico, de animalidad. Y, aunque hay otros temas, y muchos pensamientos y poemas abstractos en el volumen; aunque he incluido en él fugaces pero muy reales vislumbres de la gran lucha entre la nación y la esclavitud (1861-1865), conforme se desarrollaba el feroz y sangriento panorama del conflicto; y aunque, de hecho, todo el libro gira en torno a esa guerra de cuatro años, que, por estar yo en ella, se convierte, en Redobles de tambor, en el eje alrededor del cual pivotan el conjunto entero, y, aquí y allá, antes y después, no pocos episodios y conjeturas, ése, a saber, hacer un retrato tipo de la personalidad viva, activa, terrenal, sana, objetiva y subjetiva, alegre y potente, moderna y libre, que sirva a los Estados Unidos, a hombres y mujeres, durante mucho tiempo, ha sido, como digo, mi objetivo general. (Probablemente, todos estos cantos míos, tan diversos, y todos mis escritos, los dos volúmenes, sólo anuncian cambios en cierta medida, en la exclamación. Qué vasto, qué deseable, qué alegre, qué real, es el ser humano, hombre o mujer).

Aunque sin un plan definido en su momento, ahora veo que he buscado, inconscientemente, tanto, al menos, por oblicuidades como por rectitudes, expresar los remolinos, el vertiginoso crecimiento y la intensidad de los Estados Unidos, la tendencia dominante y los acontecimientos del siglo Diecinueve, y, en gran medida, el espíritu del mundo actual, de mi tiempo, puesto que siento que he participado de ese espíritu, por haberme interesado profundamente por esos acontecimientos, por el final de un larguísimo periodo anterior y, como

ilustra la historia de los Estados Unidos, el inicio de otro mayor. (La muerte del presidente Lincoln, por ejemplo, cierra históricamente, en la civilización del feudalismo, muchas viejas influencias, al bajar de golpe un gran y sombrío telón, que, por así decirlo, las separa).

Durante mi enfermedad (1873-1875), aunque sin grandes dolores, como he tenido mucho tiempo y disposición para valorar mis poemas (que nunca he escrito pensando en el mercado del libro, ni para hacerme famoso, ni para ganar dinero), me he deprimido más de una vez, por miedo a que las partes morales de Hojas de hierba no estuviesen suficientemente subrayadas. Pero, cuando me serenaba y era capaz de pensar con claridad, entendía que, dado que esas Hojas, en su totalidad y por separado, despejan el camino para la moral, y la exigen, y se adaptan a ella, exactamente igual que hace y es la Naturaleza, son, coherentemente con mi plan, lo que deben y probablemente deberían ser. (En cierto sentido, la Moral es el propósito y la inteligencia últimos de la Naturaleza, pero no hay absolutamente nada moral en las obras, las leyes o los espectáculos de la Naturaleza. Éstos sólo conducen inevitablemente a ella: la inician y la reclaman).

Quise, pues, que Hojas de hierba, tal como se publicó, fuese el Poema de la Identidad común (de la tuya, quienquiera que seas, lector, ahora, de estas líneas). El hombre no alcanza la cima de su grandeza por vencer en la guerra, o por ser inventor o explorador, ni por triunfar en la ciencia, ni por su capacidad intelectual o artística, ni por su ejemplaridad con alguna gran obra. Según el más alto concepto democrático, cuando resulta más aceptable el hombre es cuando vive bien la vida práctica y el destino que le ha tocado en suerte como granjero, marinero, artesano, oficinista, jornalero o conductor, en cuya posición, y a partir de ella, base o pedestal central, y mientras desempeña su trabajo y cumple con sus deberes como ciudadano, hijo, marido, padre y empleado, preserva su entidad física, asciende, se desarrolla e irradia a otras regiones, y, especialmente, cuando (alcanza entonces la mayor grandeza, y es más noble que el genio o el magnate más altivo, en el campo que sea) comprende cabalmente la conciencia, lo espiritual, la facultad divina, bien cultivada, y la ejemplifica con sus actos y sus palabras, durante toda la vida, inflexible hasta el final —un vuelo mayor que cualquiera de Homero o Shakespeare, de mayor amplitud que todos los poemas y las biblias, a saber, el de la Naturaleza, y, en su centro, Tú, tu propia Identidad, cuerpo y alma. (Todo sirve, todo ayuda, pero, en el centro de todo, absorbiéndolo todo, y dando, para cuanto pretendes, significado único y vitalidad a todo, dueño o señora de todo, al amparo de la ley, te alzas Tú). Cantar el Canto de esa ley de la Identidad común, y de Ti, de acuerdo con la divina ley de lo universal, es el propósito principal de estas Hojas.

Conviene añadir algo más, porque, ya que estoy en esto, me gustaría hacer una confesión completa. También he dado a conocer Hojas de hierba para despertar y para que fluyera en el corazón de los hombres y las mujeres, jóvenes y viejos, una corriente infinita de amor y amistad vivos y palpitantes, directamente de ellos a mí, ahora y siempre. A este terrible, irreprimible anhelo (que sin duda subyace, en mayor o menor medida, en casi todas las almas humanas); a éste nunca saciado apetito por el amor del prójimo, y a este ilimitado ofrecimiento de amor al prójimo; a esta camaradería democrática universal; a este ancestral, eterno, pero siempre renovado, intercambio de adhesividad, emblema fiel de América, he dado en este libro, deliberada e indisimuladamente, la más franca expresión. Además, y por importante que sea para lo que pretendo, dar expresión de las emociones humanas, el significado singular de los poemas agrupados bajo el título Cálamo en Hojas de hierba (y que, más o menos, recorre todo el libro y aflora en Redobles de tambor) reside, fundamentalmente, en su relevancia política. En mi opinión, es el ferviente y aceptado desarrollo de la camaradería, el hermoso y sano afecto de un hombre por otro hombre, latente en todos los jóvenes, al norte y al sur, al este y al oeste, y todo cuanto conlleva, directa o indirectamente, lo que hará que los Estados Unidos del futuro (y nunca me cansaré de repetirlo) permanezcan eficazmente unidos, intercalados, soldados en una unión viva.

Y ahora, como clave que lo abarca todo, es imperativo tener siempre en cuenta que Hojas de hierba no ha de ser interpretado, en lo fundamental, como un esfuerzo intelectual o ensayístico, ni como un mero poema, sino como la expresión radical de las Emociones y de lo Físico, pero adaptada a la Democracia y la Modernidad, y acaso nacida de ellas, cuya naturaleza desatiende las antiguas convenciones y, al amparo de grandes leyes, sigue sólo sus propios impulsos.

[556] Se refiere, en realidad, a las nueve ediciones de Hojas de hierba.

[557] La expresión, incorporada al idioma inglés, proviene del francés, aunque Whitman la deletrea mal: es *carte de visite*, «tarjeta de visita». En los Estados Unidos, era, a veces, una fotografía del visitante.

[558] Cuando Champollion, en su lecho de muerte, entregó al impresor las pruebas corregidas de su Gramática egipcia, le dijo, jovial: «Cuide bien esto: es mi *carte de visite* para la posteridad[2]».

[559] El verso pertenece al poema *Alfred the Harper* (Alfredo el harpista), de 1839, del poeta escocés John Sterling (1806-1844), una balada que relata cómo el rey inglés Alfredo el Grande se infiltra, disfrazado de juglar, en un campamento de los daneses, que han desembarcado en Inglaterra para conquistarla. Allí se atreve a cantar a Regnar, el defensor inglés muerto por los invasores, y sale huyendo, para volver más tarde y derrotarlos definitivamente. Ralph Waldo Emerson elogió la poesía de Sterling, y este verso en particular, en su correspondencia con el autor.

[560] Se trata de William Sloane Kennedy (1850-1929), crítico y biógrafo, discípulo tardío de Whitman.

[561] Son dos buenos amigos de Whitman: William Douglas O'Connor (1832-1889), que escribió *The Good Gray Poet* (El buen poeta gris), el primer ensayo que reivindicaba su obra y su figura; y Richard Maurice Bucke (1837-1902), psiquiatra canadiense, que publicó, entre otros trabajos dedicados al poeta, una biografía suya, *Walt Whitman*, en 1883.

[562] El artículo se titula «Wordsworth's Relations to Science» («Las relaciones de Wordsworth con la ciencia»), y su autor es Robert Spence Watson. Se publicó inicialmente en el número 297 de *Macmillan's Magazine*, correspondiente a julio de 1884, y, después, el 2 de agosto de ese mismo año, en el semanario *Littell's Living Age*, que fue, probablemente, donde Whitman lo leyó.

[563] El fermento y la germinación, incluso de los Estados Unidos de hoy, se remontan y, en mi opinión, se fundamentan principalmente en la época isabelina de la historia de Inglaterra, la época de Francis Bacon y Shakespeare. En efecto, si lo analizamos bien, ¿qué progreso o advenimiento puede haber que no se remonte hasta perderse —y quizá pérdidas también sus más fascinantes claves— en los horizontes remotos del pasado?

[564] Según Emmanuel Kant, la última realidad esencial, que da forma y significado a todo lo demás.

[565] Poesía completa, de sir Walter Scott, que incluía, en concreto, «Poemas de la frontera», luego «*Sir Tristrem*», «Canto del último trovador», «Baladas traducidas del alemán», «*Marmion*», «La dama del lago», «Visión de don Rodrigo», «El señor de las islas», «*Matilde de Rokeby*», «Los desposorios de *Triermain*», «El campo de Waterloo», «*Harold, el intrépido*», todas las obras de teatro, varias introducciones, infinidad de interesantísimas notas, y ensayos sobre poesía, novela, etc.

Es la edición de Lockhart[3], de 1833 (o 1834), con las últimas y numerosas revisiones y anotaciones de Scott. (Leí todos los poemas con gran detenimiento, pero sobre todo las baladas de los «Poemas de la frontera» una y otra vez).

[566] *Nineteenth Century* [«Siglo Diecinueve»], julio de 1883[4].

[567] Así rezan los versos 24 a 26 del libro primero de El paraíso perdido: «That to the highth of this great Argument / I may assert Eternal Providence, / And justifie the wayes of God to men»: «Que en la cumbre de este magno argumento / Pueda vindicar a la Providencia Eterna / Y los caminos del Señor justificar ante los hombres» (John Milton, Paraíso perdido, edición bilingüe de Bel Atreides, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1005, p. 47).

[568] Hippolyte Taine (1828-1893), filósofo, crítico e historiador francés. El origen de esta cita resulta desconocido.

[569] No hay constancia de este libro al que se refiere Whitman.

## Notas de notas

[1] En enero de 1873, Whitman sufre una apoplejía que lo deja semiparalizado, y de la que nunca se recuperará del todo; en mayo de ese mismo año, muere su madre, como Whitman señalará inmediatamente a continuación.

[2] Jean-François Champollion (1790-1832), filólogo y egiptólogo francés, descifrador de la escritura jeroglífica egipcia, en 1822, gracias a la Piedra de Rosetta. Su obra magna, Gramática egipcia, se publicó en 1836.

[3] Se trata de John Gibson Lockhart (1794-1854), escritor y editor escocés, autor de una monumental biografía de Walter Scott, publicada entre 1837 y 1838.

[4] The Nineteenth Century fue una revista literaria inglesa, de periodicidad mensual, fundada en 1877 por James Knowles. Whitman extrajo la expresión «heroica desnudez» de un artículo publicado en sus páginas en la fecha indicada, julio de 1883.